Ovidio

Metamorfosis



GENIO MALIGNO

OVIDIO

Metamorfosis

GENIO MALIGNO

Metamorfosis, de Ovidio.

Traducción: Francisco Crivell.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Traducción de Francisco Crivell: sin fecha de muerte conocida, pero la traducción es del siglo XIX (verificado a mano).

Texto de dominio público, a partir de una transcripción hecha por voluntarios.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Tomo I · Prólogo

Prólogo

Si hubiera de manifestar en este prólogo mi dictámen acerca del mérito poético de los *Metamorfóseos* ó *Transformaciones* de Ovidio, sospecho ganaria pocas ventajas mi crédito y gusto literario en esta parte para con algunos, que se dexan deslumbrar de los oropeles y falsas apariencias. Diria seguramente cosas nada conformes á ciertos gustos, que se saborean con manjares poco substanciosos y de mero deleyte. Diria, por exemplo, que en este Poema solo se hallan tres cosas apreciables, y aun excelentes; que son la invencion, las transiciones, y la fluidez de los versos. Ovidio ciertamente no es inventor de ninguna de las fábulas que componen sus Metamorfóseos, pues en su tiempo ya contaban algunos siglos de antigüedad; pero las ilustró, las exôrnó, y las vistió de un modo agradable y halagüeño: en una palabra, las hizo suyas, acomodólas á su designio, amenizólas con algunas circunstancias que llamasen la atencion de los lectores, las encadenó con transiciones bastante naturales, y finalmente las hizo gustosas con fáciles y fluidos versos.

Diria que Ovidio en este Poema es en exceso redundante y nimio: es recargado y prolixo: es enfadoso, y pesado en sus descripciones; y á las veces algo amigo de conceptillos y de jugar del vocablo; pero en medio de estos,

que me parecen lunares, hallo golpes y pinceladas las mas maestras, y rasgos apénas imitables. Ovidio quiso decirlo todo, y no dexar libertad al lector para que pensase y discurriese. No sabe dexar el pincel de la mano, ni apartarle de la tabla, cargando y recargando mas y mas sus quadros, hasta enervar el vigor de la invencion primera. El fluxo, el arrebatado raudal de frases y palabras, que hacia esfuerzos en su imaginacion por saltar á la pluma, no podia ménos de cerrar en gran parte el paso á la fuerza poética, y á las imágenes valientes que diferencia al poeta de los meros trobadores.

Las continuas repeticiones de una cosa dicha de tres ó quatro modos, cansan á todo juicio y gusto sazonado por buena, por bien dicha que la cosa sea. *La miel*, decia Gorgias Tarentino, *no se debe probar con toda la mano, sino con la punta del dedo. Mel non cava manu, sed summis digitis degustandum.*

Diria en fin, que las Transformaciones de Ovidio, sin embargo de ser un poema que no acabó de limar, es de mucho atractivo para la juventud, y propio para formar la fantasía de buenos poetas, y mucho mas para instruir en la Mitología á los pintores y escultores. Acaso fuera un poema mas completo, si Ovidio le hubiera compuesto en sus últimos años. Forjóle en el fuego de su juventud, y por lo mismo trasladó á él todo el vigor de su imaginacion, aun no madura; y quando en su destierro quiso quemarle ó corregirle, ya no pudo, por haberse multiplicado las copias en Roma y otras partes.

Yo he formado juicio de que los buenos maestros, los buenos jueces y los buenos censores en poesía son aun mas raros que los buenos poetas, con serlo tanto estos. Igualmente he fallado para mí, que la mayor parte de los preceptistas y escritores de artes poéticas, quando han querido poner en

execucion sus mismas reglas y preceptos, no han producido nada de sublime, ni aun quizá han adquirido una medianía. Quanto á lo primero, hemos visto sabios que eleváron á Estacio sobre todos los poetas latinos: otros hiciéron á Lucano superior á Virgilio. Respecto á lo segundo, será buen exemplar Julio César Escalígero, que habiéndonos dexado excelentes preceptos de poesía, nos dexó tambien poemas que corresponden bien poco á lo que debíamos esperar de aquellos juiciosos preceptos. Sobre el modelo de Escalígero se han vaciado despues innumerables poéticas; pero los versos de sus autores no parecen fruto de las reglas que prescribiéron.

Pero volviendo á la prodigalidad de Ovidio en algunos lugares de sus Transformaciones, digo, que aunque podia causar algun fastidio al leer, por exemplo, el número y afectados nombres de los perros que despedazáron á su amo Acteon (Libro III, verso 206); y aunque en pedir perdon de sus errores es Ovidio cansado y enfadoso, como vemos en sus *Tristes*, elegía 6, libro I; esta misma, que parece pesadez, es un nuevo raudal poético por la diversidad con que lo dice.

Déxese, pues, en su lugar el mérito poético de las Transformaciones de Ovidio, y vamos á la necesidad que tienen de ellas los profesores de pintura y escultura, para el buen desempeño de las fábulas que se les ofrece executar en sus facultades. Hace muchos siglos que las inconcusas verdades de la religion cristiana corriéron del entendimiento humano el denso velo que cubria los ojos de la gentilidad, y el enemigo comun no pudo ya tenerla mas tiempo fascinada con deidades mentidas, é inventadas á capricho de los hombres; quedó demostrada con argumentos invencibles la imposibilidad y lo absurdo de tales seres. De Júpiter que manejaba los rayos; de Juno que gobernaba los ayres; de Vénus que repartia gracias; de

Marte que vencia las batallas, y de otros infinitos seres de igual clase, nada mas ha quedado que sus nombres fabulosos, y la verdadera certidumbre de que los hombres los fingiéron, y de que jamas han exîstido.

Pero los hombres sabios, aunque sobradamente desengañados de la vanidad de tales Dioses, parece no han podido alejarles totalmente de su fantasía. Les han conservado un distinguido lugar en la dramática, en la lírica, en la épica, y aun mas en la pintura y escultura. Verdad es que los profesores de estas artes solo llaman en su socorro estos fabulosos Dioses para asuntos alegóricos, comparando sus acciones, gusto, genio &c. con los de aquellas personas que quieren simbolizar baxo de los geroglíficos que llaman fábulas.

¿Se han de representar las ilustres hazañas de un héroe guerrero? Inmediatamente se piensa en Hércules, triunfador valeroso en todas sus empresas y trabajos. ¿Se debe construir una fuente magnífica, rica y abundante de aguas? Al punto viene Neptuno con su tridente, carroza de conchas, caracoles y mariscos, cortejado de Nereydas, Tritones, Delfines y demas gente de escama. Para simbolizar la liberalidad y beneficencia de un Príncipe, he aquí que sale Júpiter, dador de todos los bienes. Quando se quiere significar la integridad de un Magistrado, se pintan los tres Jueces de la casa de Pluton, y Astrea con su balanza. Marte reyna en la guerra; Mercurio en el comercio; Ceres en los campos; Amaltea con su cornucopia demuestra la abundancia; Pluton gobierna los infiernos; Saturno, que es el tiempo, lo destruye y aniquila todo con su guadaña.

Estos y otros infinitos objetos alegóricos y mitológicos enriquecen la imaginacion de los artistas; y ciertamente no tenemos escritor alguno que mejor ni con mas gracia se les inspire y sugiera que Ovidio en estas

Transformaciones: no se contentó con referirnos la teogonia, ó generacion de los Dioses fabulosos, como hizo Hesiodo, sino que imitando á Partenio (poeta griego que floreció algunos años ántes que Ovidio), y á otros dos ó tres fabulistas, fraguó sus Transformaciones, unas tomadas de la Mitología antigua, ampliadas á su gusto y facundia poética, y otras acomodadas á la física y cosas naturales: bien que casi todo fingido á placer, y no solo falso, sino tambien inverosímil, y exâgerado en extremo.

Mas esta misma variedad y travesura puede fecundizar la imaginacion de los artistas y poetas en invenciones caprichosas, como sepan y puedan contenerse dentro de los límites de la congruencia y decoro. Podrán, por exemplo, representar con elegancia los errores y temeridades de la desaconsejada juventud en Faeton, Icaro, Acteon, Merope, Neso, Ariadna y Narciso; la vanidad y presuncion en Marsias y Aracnea; la detestable voracidad en Caríbdis y Licaon; la bastarda avaricia en Bato; la hospitalidad en Filemon y Baucis; la criminosa pasion en Biblis y Macreo; la detestable fiereza y crueldad en Medea; los desgraciados amores en Píramo, Tisbe y en Adonis: la imprudencia en Ascalafo; la facilidad en Danae, Leda y Europa; la horrible brutalidad en Teréo, y la constancia en Filomela &c. En suma, la lectura de las Transformaciones de Ovidio será un mineral inagotable para los artistas; y para los otros sobremanera gustosa sobre todos los libros de Mitología. Aun la misma pesadez, nimiedad y redundancia, con que procede en algunas narraciones, puede convenir á ciertos artistas de invencion remisa y obtusa, á quienes hay necesidad de mover y estimular con repeticiones y nuevos modos de significar las cosas. En efecto, se hallan algunos artistas, á quienes nada sobra por mucho que una descripcion se les repita, para que la

desenvuelvan, la vistan y la exôrnen en sus diseños.

Para los artistas seria mucho mejor esta obra si se pudiese poner en verso castellano con el mismo fuego que tiene en el latino; pero esto, en mi dictámen, es poco ménos que imposible. Aun quando hubiera quien saliese con tanto empeño, se dexaria una gran parte de las bellezas que tiene en el original, y las que pasasen á la version llegarian tan débiles y cansadas, que no las conoceria el autor que las produxo; pero por otra parte les seria mas perjudicial que útil, á mi corto modo de entender; porque careciendo muchos de ellos de los principios de la poesía, cuya sintaxîs es tan agena de la que usa la prosa; ó no comprehenderian muchas veces lo que el poeta queria decir, ó lo entenderian quizá muy al reves, y en tal caso seria mayor la pérdida que la ganancia. Por esta causa he preferido esta manera de traduccion á la de los versos, procurando hacer los esfuerzos posibles para expresar con toda claridad el sentido del original: si lo he conseguido ó no lo juzgarán los sabios imparciales, á los quales, si he atinado á complacer en este trabajo, daré por bien empleados los afanes que me ha producido.

* * *

Tomo I · Vida de Ovidio

Vida de Ovidio

Publio Ovidio Nason nació en Sulmona, pequeña ciudad del Abruzo, en Italia, el dia 19 de Marzo del año 710 de la fundacion de Roma, y 43 años ántes de la era cristiana, en el consulado de Hircio y Pansa, que fuéron muertos en aquel mismo año peleando contra Antonio cerca de Módena. Todas estas circunstancias nos las explica él mismo en varios lugares, y principalmente en la elegía 10 del libro 4 de los Tristes, en que hace un resúmen de su vida.

Sulmo mihi patria est gelidis uberrimus undis,
Millia qui novies distat ab urbe decem.
Editus hic ego sum: necnon, ut tempora noris
Cum cecidit fato Consul uterque pari.

Y poco mas abaxo explica el dia de su nacimiento de este modo:

Haec est armiferae festis de quinque Minervae,
Quae fieri pugna prima cruenta solet.

Sus padres fuéron de linage ilustre, de los quales heredó la dignidad de Caballero, con bastantes bienes de fortuna.

Tuvo un hermano de un año mas de edad que él; y lo que es mas de admirar, ámbos naciéron en un mismo dia.

Desde su juventud dió pruebas de su grande y singular talento; enviado por su padre á Roma, en compañía de su hermano, aprovechó tanto, y tomó tal inclinacion á las letras humanas, y principalmente á la poesía baxo de los mejores retóricos y poetas, que su padre tuvo que hacerle muchas reconvenciones para que dexase unos estudios en que podia brillar poco, y abrazase la jurisprudencia, en cuya carrera podia llegar á obtener los empleos mas honoríficos. Dócil á su padre, accedió á sus deseos; estudió con prolixidad los oradores, y trató con freqüencia á los mas brillantes retóricos. Pero luego le desagradó el foro, pareciéndole una carga superior á sus fuerzas, y volvió á reconciliarse con las musas: leyó con atencion á Homero y otros poetas griegos, y él fué respetado de los demas. Todas estas circunstancias las toca él mismo en el lib. 4 de los Tristes, elegía 10 ya citada, desde la línea

Protinus excolimur teneri, curaque parentis.
Imus ad insignes urbis ab arte viros:
Frater ad eloquium viridi tendebat ab aevo:

hasta

Utque ego majores, sic me coluere minores:
Notaque non tarde facta Thalia mea est.

Á pesar de ser ordinariamente atrevido todo poeta, y por conseqüencia satírico &c. tuvo tan buen porte Ovidio, que jamas fué ultrajado de nadie en sus escritos. Así lo afirma en la elegía 10 del libro 4 de los Tristes:

Nec qui detrectat praesentia Livor iniquo
Ullum de nostris dente momordit opus.

Aunque estaba del todo entregado á la poesía, no dexó de obtener algunos empleos honoríficos: fué Triumviro, aun siendo muy muchacho, y despues Decemviro. En Roma se grangeó muchos amigos, hasta al mismo Augusto, con quien tuvo íntima confianza. Sus costumbres eran apreciables; muy parco en comer y beber; y aunque muchos de sus versos respiran molicie y pasion al deleyte, él mismo confiesa que aquello mas lo hacia el espíritu que el corazon.

En la epístola 10 del libro 1.º del Ponto nos da una idea de todo esto.

Parvus in exiles succus mihi pervenit artus,
Membraque sunt cera pallidiora nova.
Non haec immodico contraxi damna Lyaco:
Scis mihi quam solae pene bibuntur aquae.
Non epulis oneror: quarum si tangar amore,
Est tamen in Geticis copia nulla locis.
Nec vires adimit Veneris damnosa voluptas:
Non solet in moestos illa venire toros.

Se casó por tres veces: la primera contra su gusto, y con una muger nada proporcionada á él: así lo dice en la elegía 10 del libro 4 de los Tristes:

Pene mihi puero nec digna, nec utilis uxor
Est data: quae tempus per breve nupta fuit.

Inmediatamente la repudió: con la segunda muger hizo lo mismo:

Illi successit, quamvis sine crimine conjux;
Non tamen in nostro firma futura toro.

Á la tercera tuvo mucho amor, y siempre la conservó en su corazon; y tuvo de ella algunos hijos.

Ultima, quae mecum seros permansit in annos,
Sustinuit conjux exulis esse viri.

Y en la elegía 11 del libro 3 dice:
Utque sit exiguum poenae quod conjuge cara,
Quod patria careo pignoribusque meis...

Hubiera sido muy feliz; pero la mucha familiaridad que tenia con César le acarreó su ruina. Habia sido este testigo de muchas acciones indecentes de Ovidio: publicó el *Arte amandi*, que causó muchos estragos en la juventud romana; y aunque habia ya corrido diez años ántes, César se valió de esta obra para desterrarle á la ciudad de Tomos en el Ponto Euxîno. El mismo Poeta alega dos causas de su destierro: primera, su *Arte amandi*; la segunda la calla: sobre esta hay varias opiniones; pero yo me inclino á que valido de la confianza que tenia con César, fué testigo inadvertidamente de alguna accion ménos decente de aquel, por cuya causa indignado Augusto le desterró inmediatamente. Esto es mas probable; pues él mismo confiesa que en la primera causa tuvo culpa, pero que en la segunda fué un descuido: así lo dice en el libro 2 de los Tristes:
Perdiderint cum me duo crimina carmen et error:
Alterius facti culpa silenda mihi est.

En muchos lugares confiesa que la primera causa de su destierro fuéron sus versos: ... y aunque nunca descubre la segunda, por no irritar mas á César, casi nos la manifiesta en la elegía 5 del libro 3 de los Tristes, y es la misma á que yo me inclino arriba.
Inscia quod crimen viderunt lumina, plector:
Peccatumque oculos est habuisse meum.

Non equidem totam possum defendere culpam,
Sed partem nostri criminis error habet.

El pais de su destierro, por su inmediacion al Norte, era muy frio y húmedo en extremo, y el mas abominable de todos por la barbarie de sus habitantes; y por eso escribió en él las elegías llenas de tristeza y amargura. Algunos le han tenido por muy afeminado, por las adulaciones que desde su destierro escribia á César, honrándole como á Dios &c.; pues en el mismo Ponto hizo erigir en su nombre una especie de templo donde le ofrecia inciensos; pero estas adulaciones no le salian del corazon, y solo las usaba como un recurso para ablandar el corazon de César, á fin de que le levantase el destierro, y le restituyese á Roma; pero todo fué en vano. Los Sármatas fuéron mas sensibles á sus desgracias: Ovidio no solo encontró humanidad en aquellos bárbaros, sino tambien mucha cortesía: le amáron, le honráron, y su muerte les fué muy sensible. Murió á los siete años de su destierro, cincuenta y siete de edad, y catorce despues de la venida de Jesucristo.

Todas sus obras son de mucho aprecio, y recibidas con aplauso en todas las naciones cultas. Escribió mucho; pero se ha perdido bastante, y solo se conservan de él los quince libros de los Metamorfóseos; seis de los Fastos Romanos; cinco de los Tristes; quatro del Ponto; las Heroinas; el *Arte amandi*; el Remedio del amor; la Carta de Ibis, y otras muchas &c.: obras llenas todas de fuego y entusiasmo poético; pero sobre todo de una facilidad incomparable en la estructura de sus versos.

* * *

METAMORFÓSEOS

Ó

TRANSFORMACIONES DE OVIDIO.

* * *

Tomo I · Libro primero

Libro primero

ARGUMENTO.

Se divide el caos en los quatro elementos, y luego que cada especie de animales ocupó el lugar que le pertenecia, fué formado el hombre de agua y tierra. Síguense las quatro edades, acomodadas á las costumbres de sus vivientes. Maldad y castigo de los Gigantes. Nacen de su sangre hombres entregados á todo género de maldad. Licaon es convertido en lobo; y todo el orbe de la tierra sumergido en las aguas. Solo se libran Deucalion y Pirra: arrojan estos piedras, de las que nacen hombres, y todo el universo se repara. Nacen los demas animales de la tierra, y entre ellos la serpiente Piton. Mátala Apolo, y se establecen los juegos Pitios en memoria de esta victoria; en los que coronaban de hojas de encina á los vencedores, porque no exîstia el laurel, hasta que Dafne fué transformada en este árbol; por cuyo suceso concurren todos los rios ó á dar el parabien ó á consolar á su padre Penéo, faltando solo Inaco, que se hallaba desconsolado por la pérdida de su hija Iö, á quien transformó Júpiter en Vaca: la entrega Juno á la custodia de Argos. Este es muerto por Mercurio; sus ojos adornan la cola del Pavo real, é Iö es adorada entre los Egipcios por diosa con el nombre de Isis. Epafo, hijo suyo, tiene una contienda con Faeton, hijo del Sol. Acude

éste á su madre, quien le aconseja camine al palacio del Sol su padre, para que le asegure de su legitimidad.

* * *

Introduccion

He tomado la resolucion de escribir en versos las transformaciones que ha habido de los cuerpos en nuevas formas. Favoreced ¡ó Dioses! mi intento, supuesto que vosotros habeis sido los autores de ellas, y haced con vuestro influxo que salga un Poema tan completo, que en él no se eche ménos nada desde el principio del mundo hasta estos últimos tiempos.

* * *

Fábula primera

DEL CAOS Y DE LA CREACION DEL MUNDO.

El mar, la tierra y el cielo, que por todas partes les sirve de bóveda, no eran ántes otra cosa que un aspecto uniforme de la naturaleza[1] en todo el universo, al que los antiguos llamáron caos; porque era una masa tosca é informe, y un peso inerte, en que los principios de todos los seres estaban encerrados y confundidos. Aun no alumbraba Titan[2] con su luz al mundo; ni Febe[3] renovaba progresivamente los cuernos en su creciente.[4] Ni la tierra, sostenida en su misma gravedad, mantenia el equilibrio en medio de los ayres.[5]

Ni Anfitrite[6] extendia sus brazos[7] hasta la extremidad de la tierra, y por donde habia tierra habia tambien agua y ayre. De este modo ni la tierra era sólida, ni el agua fluida: al ayre faltaba la luz; y en suma, ningun elemento tenia aun su propia figura. Los unos servian de obstáculo á los otros; pues en cada uno de ellos[8] la frialdad chocaba con el ardor; la sequedad hacia resistencia á la humedad; la dureza á la blandura, y la levedad á la pesadez. Hasta que últimamente Dios, ó la Naturaleza[9] mas probida, puso fin á todas estas desavenencias, separando el cielo de la tierra; esta de las aguas, y el ayre mas raro[10] del mas denso. Desenvuelto el caos en esta forma, colocó

á cada uno de los elementos en el lugar que le pertenecia, y los enlazó á todos en amigable concordia, bien que colocados en diversos lugares. Resplandeció aquella parte de fuego mas sutil y ligera del arqueado cielo, y fixó su asiento en el lugar mas eminente: el ayre es á este el mas inmediato en ligereza y situacion: la tierra, mas densa que estos, se apropió las partes mas crasas, y quedó en el centro equilibrada en su propio peso; y el agua que la ciñe ocupó el lugar último, coartando y penetrando la dura redondez de la misma tierra.

* * *

Notas

1. Madre de todas las cosas.

2. Titan, el Sol: por antonomasia pone el nombre patronímico por el propio, pues el Sol fué hijo de Titan.

3. Febe, la Luna; como si dixera pura.

4. La Luna parece como que se renueva todos los meses, y los primeros dias aparece con cuernos.

5. Es constante que la tierra está circundada de ayres, en cuyo medio se sostiene en su propio peso.

6. Anfitrite, el Océano; pues fué hija suya.

7. Los mares del Mediterráneo, que parecen brazos del Océano.

8. Esto es, ó en aquella masa, ó en cada parte de uno de los elementos.

9. Ó la Naturaleza tenida tambien por Dios, pues por Naturaleza, segun Séneca, se entiende aquella porcion de divinidad que exîste en todos los seres.

10. Ayre mas puro, ó que está en la superior region; á diferencia del que está mas cercano á la tierra, que es mas denso.

Fábula II

DE LA CREACION DEL HOMBRE.

Luego que aquel Dios,[1] quien quiera que sea, dividió aquella masa, y así dividida la distribuyó en sus partes; hizo redonda primeramente la superficie de la tierra á modo de un grande globo, para que su superficie quedase por todas partes á igual distancia del centro. Extendió los mares, y ordenó se embraveciesen con la rapidez de los vientos, y que circundasen las riberas de la tierra ceñida por todas partes de las aguas. Las distribuyó tambien en fuentes, estanques y lagunas; enfrenó en sus tortuosas márgenes á los rios, de los quales, aunque colocados en diversos lugares, parte embebe la tierra, y parte van á desaguar al mar; en donde teniendo un espacio de agua mas dilatado, hallan anchas riberas en lugar de las limitadas que ántes tenian. Tambien mandó á los campos extenderse, á las selvas cubrirse de hojas,[2] á los escarpados montes elevarse, y á los valles abatirse. Y así como dos zonas dividen por la derecha al cielo, otras dos por la izquierda, y en el centro está colocada la quinta, que es la mas ardiente; del mismo modo la providencia de aquel Dios dividió la tierra baxo la misma disposicion. La zona del medio es inhabitable,[3] á causa de su excesivo calor: las de los dos extremos estan siempre endurecidas con el rigor de la nieve y

del hielo; pero las otras dos son templadas con la agradable alternativa de calor y frio. Sobre ellas está el ayre, que es tanto mas pesado que el fuego, quanto el peso del agua es mas leve que el de la tierra: en él[4] determinó que habitasen las nieblas, las nubes, los truenos, que atemorizan al hombre, y los vientos, que forman el rayo y el granizo. Pero el Criador del mundo no permitió á estos enseñorearse á su arbitrio alternativamente de los ayres, pues á pesar de tener cada uno sus límites, con mucho trabajo se les contiene, para que no destruyan al mundo:[5] ¡tan grande es la discordia que reyna entre estos hermanos! El Euro fixó su asiento en el pais de la Aurora, y reyna comunmente hácia la Arabia, la Persia y otros pueblos del Oriente. El lucero de Vénus, y las templadas riberas donde el sol se oculta, cupiéron por suerte al Céfiro. El terrible Boreas se apoderó de la Escitia, y de los helados climas del Septentrion; y la region contrapuesta[6] á este se humedece con las continuas nubes, y el viento meridional. Colocó sobre estos el éter mas puro y ligero, que nada tiene del ayre denso que nos rodea, y apénas habia prescrito á todos estos seres límites fixos, quando los astros, que habian estado ocultos en la masa comun del caos, empezáron á brillar por todo el cielo; y para que á ninguna region faltasen sus propios animales, las estrellas y los Dioses[7] ocupáron el cielo: los plateados peces habitáron las aguas, las fieras[8] pobláron la tierra, y las aves el ayre. Faltaba aun en el mundo un animal mas perfecto que todo esto, el qual, dotado de un espíritu mas sublime, fuese capaz de mandar á los otros. Fué hecho el hombre, sea que le formase de su divina semilla el Autor de la Naturaleza, orígen de mundo mas excelente[9], ó que la nueva tierra, separada poco ántes del sublime éter, encerrase dentro de su seno algunas partículas del cielo, nacido al mismo tiempo que ella; y Prometeo[10], amasándola con las aguas

de los rios, la dió una forma semejante á los Dioses que todo lo gobiernan. Porque quando los demas animales llevan siempre inclinada la cabeza á la tierra, á este concedió el semblante erguido, y le mandó contemplar el cielo, y dirigir á las estrellas sus elevadas miradas. De este modo la tierra, que ántes era una masa informe y sin expresión, recibió con esta mudanza las figuras que ántes no eran conocidas.

* * *

Notas

1. No sabe si llamarle Dios ó Naturaleza, pues el Poeta sigue á Platon y los Estoycos que creen que el mundo tuvo principio, y fué formado por un ser superior, á quien llamáron ya Dios, ya Jove, ya Naturaleza, y ya Hado &c.

2. De árboles. Sinédoque, la parte por el todo.

3. Los antiguos eran de opinion que no podia habitarse la zona tórrida; pero hoy es punto decidido por todos los Físicos el sistema contrario, y está apoyado en el testimonio de los mejores viageros.

4. Las nubes y nieblas se forman de los vapores del agua y la tierra: diestramente hace distincion Ovidio entre nieblas y nubes; pues las nieblas son unos vapores densos muy poco elevados sobre la tierra ó agua: mas las nubes son un vapor húmedo, que se remonta bastante sobre la tierra. Los vientos son ímpetus del ayre: por naturaleza son frios, aunque el austro ó mediodia parezca cálido, por pasar por la zona tórrida.

5. Arruinarian al mundo los vientos, si no les hubiera destinado el Criador del mundo su region propia á cada uno.

6. Contrapuesta al Septentrion ó Norte es la plaga meridional.

7. Sigue la opinion de que los Dioses y estrellas eran animales.

8. Todo animal irracional. Sinéd. Lo particular por lo general.

9. Porque mudó el caos en la disposicion que ahora tiene.

10. Hijo de Japeto; es cierto que si estos eran hombres, no pudiéron hacer el primer hombre; pero no hay que extrañar nada, haciéndose cargo de que es fábula.

Fábula III

LA EDAD DE ORO.

Principió la edad de oro, y en ella se echaban de ver naturalmente la fidelidad y la justicia, sin que hubiera leyes que las hiciesen observar, ni jueces que las vindicasen. No se conocian ni el castigo ni el temor: ni se grababan en bronce las leyes amenazadoras; ni delinqüente alguno se miraba temblando en la presencia del juez; porque vivian todos seguros sin necesidad de quien los defendiese. No habia entrado en los mares árbol alguno cortado de los montes para descubrir tierras extrañas;[1] ni el hombre conocia otro pais que aquel en que habia nacido. Aun no ceñian las ciudades fosos ni murallas; los clarines marciales, trompas, morriones y las espadas no se conocian en este tiempo; pues sin la defensa del soldado vivian los hombres tranquilos en los brazos de la dulce paz. La tierra libre, y no tocada de los rastrillos, ni hendida con el arado, producia todo género de frutos, y sus habitantes, contentos con sus naturales producciones, se alimentaban de madroños, fresas, cerezas, y de la bellota, que sazonada caia de las copadas encinas.

La primavera era continua: los blandos céfiros mansamente agitaban con suaves soplos las flores que nacian sin ser plantadas. Tambien la tierra

producia trigo sin el cultivo del arado, y el campo, sin renovarle, se ponia blanco con las granadas espigas: ya corrian rios de leche, ya de néctar, y el verde sauce destilaba menudas gotas de la miel mas regalada.

* * *

Notas

1. Quiere decir con esta perífrasis, que los hombres no habian hecho nave alguna.

Fábula IV

LA EDAD DE PLATA CON LAS QUATRO ESTACIONES DEL AÑO.

La edad de plata, inferior á la de oro, pero superior á la del pálido bronce, apareció sobre la tierra, luego que Júpiter precipitó en el obscuro Tártaro á su padre Saturno,[1] y se apoderó del imperio de la tierra. Acortó Júpiter la duracion de la antigua primavera, y dividió el año en quatro estaciones, que son el invierno, el estío, el inconstante otoño, y la corta primavera. Desde entónces se calentó el ayre abrasado con los ardorosos calores del estío; y se sintió la escarcha formada con los helados vientos del invierno. Entónces se viéron precisados los hombres á buscar donde guarecerse; pero sus primeras casas fuéron las cuevas, los espesos árboles, y las ramas entretexidas en los troncos.

Entónces la semilla de Ceres[2] fué envuelta por la primera vez en los surcos que prolongó el arado, y quando gimiéron los novillos oprimidos baxo el pesado yugo.

* * *

Notas

1. Júpiter, hijo de Saturno y Opis, nacido de un parto con Juno, se crió en el monte Ida de Creta con la leche de la cabra Amaltea; restituyó en el trono á su padre Saturno, á quien Titan habia arrojado del cielo. Sabiendo luego Saturno que Júpiter era el destinado para mandar el universo, le persiguió, y quiso quitarle la vida; mas él echó á su padre del cielo, le condenó al infierno, y se quedó con el gobierno del universo. Se llama Júpiter de *juvando*, porque fué el ayudador de los hombres.

2. Ceres fué la primera que inventó é hizo conocer á los hombres el trigo.

Fábula V

LA EDAD DE BRONCE Y DE HIERRO.

Á las edades de oro y plata sucedió la de bronce, mas áspera que aquellas por la crueldad de los vivientes, y pronta para las horribles armas; pero no del todo viciada. La última edad fué la de hierro; é inmediatamente se originó de ella toda maldad con un siglo de peor vena.[1] Desapareciéron el pudor, la verdad y la lealtad; y en su lugar se entrometiéron el engaño, la traycion, la violencia, y la insaciable codicia. El piloto se entregaba á los vientos sin conocerlos; y las naves, que por tanto tiempo habian sido el decoro de los encumbrados montes, fuéron abandonadas á la furia de las olas no tratadas: ya se hizo indispensable que el diestro agrimensor señalase límites á la tierra, comun ántes á todos, como lo eran la luz y el ayre; y no contentos con las abundantes cosechas que producia, iban á extraer de sus entrañas las riquezas[2] que escondia, y habia depositado en el infierno,[3] y que despues fuéron el orígen de innumerables males.

Ya estaba descubierto el nocivo hierro[4] y el oro aun mas perjudicial,[5] quando se apercibe la guerra á lidiar con ámbos,[6] y hace resonar por todas partes el estruendo de las armas con mano[7] sanguinaria. Vivíase del hurto,

y el huésped arriesgaba su seguridad. El suegro no estaba seguro del yerno, y apénas los hermanos vivian en paz. Velaba el marido por quitar á su muger la vida, y esta al marido: la desapiadada madrastra hacia uso del veneno, y los hijos ántes de la muerte de sus padres averiguaban los años que podian vivir. La piedad estaba en el olvido, y la doncella Astrea[8] abandonó la última de los Dioses la tierra, contaminada ya con la sangre de los malos.

* * *

Notas

1. Del hierro, que es el peor metal.

2. Las piedras preciosas y metales.

3. En sus profundidades.

4. Se hacen de hierro armas para matarse los hombres unos á otros. *Meton.*

5. ¡Á quantas maldades se arrojan los hombres por el oro!

6. Con el hierro y el oro, la victoria se decide comunmente á favor de los poderosos.

7. Anima á la guerra por la *metáfora*, llamándola sanguinaria, por el efecto que causa. *Meton.*

8. La Justicia, que se dice fué hija de Astreo.

Fábula VI

LOS GIGANTES DESTRUIDOS
POR EL FUEGO DE LOS RAYOS.

Y porque el sublime cielo no estuviese mas seguro que la tierra de estas atrocidades, cuentan que los Gigantes[1] le acometiéron tambien, y para escalarle pusiéron montes sobre montes hasta acercarse á las estrellas. Entónces Júpiter, vibrando el fuerte rayo, derribó el monte Olimpo, y destruyó al Pelion, aplanando tambien el Osa; quedando destruidos con su propio peso aquellos enormes cuerpos. Tambien dicen que se humedeció la tierra empapada con la sangre que habian derramado sus propios hijos, y que la reanimó estando aun caliente, para que produxese nuevos hombres, y se conservasen algunos indicios de una generacion tan bárbara y descomunal; porque esta generacion fué menospreciadora de los Dioses, ansiosa de muertes y de crueldades. Por la sangre se puede venir en conocimiento de tales hijos.

* * *

Notas

1. Los Gigantes eran unos hombres de una estatura formidable, hijos de la tierra, pero sin padre, quienes tenian los pies de serpiente, y cien manos cada uno.

Fábula VII

LA ASAMBLEA DE LOS DIOSES.

Gimió Júpiter luego que observó esta tropelía desde su encumbrado alcázar, y considerando los crueles convites de la mesa de Licaon,[1] no divulgados por lo inaudito de la atrocidad, determina tomar una venganza digna de su persona; y para esto convoca á los Dioses, los quales concurriéron sin tardanza. Hay un camino muy elevado nombrado la *via lactea*,[2] fácil de observarse por su extremada blancura, quando está el cielo sereno. Por él se encaminan los Dioses al suntuoso palacio del gran Júpiter: por su derecha é izquierda se freqüentan las casas de los principales Dioses: los inferiores habitan diversos sitios; pero los mas nobles y mas poderosos fixáron su asiento á la entrada de la misma *via lactea*. Este es el lugar, al qual, si me es permitido, me atreveré á llamar el alcázar del alto cielo. Habiéndose pues sentado cada uno de los Dioses en una pieza interior fabricada de mármol, Júpiter, ocupando un asiento mas elevado, y apoyado en su cetro de marfil, sacudió tres y quatro veces la terrible melena de su cabeza, con cuyo movimiento hizo estremecerse la tierra, el mar y el cielo; y lleno de indignacion prorumpió en estas expresiones:

„Jamas me vi tan apurado y solícito para conservar el imperio del

mundo, como ahora me veo, quando los dragones de los Gigantes, cada qual con sus cien robustos brazos, quisiéron hacerse dueños del cielo; porque aunque era poderoso y fiero el enemigo, la suerte de la guerra dependia de sola una multitud de hombres mancomunados, estimulados todos de una sola causa; pero hoy he de destruir al género humano por toda la redondez de la tierra, que baña Nereo, por hallarse atestada de maldades; lo juro por los rios infernales que corren baxo la tierra, por las selvas de la Estigia:[3] he procurado los medios posibles para salvarle; pero la parte incurable se ha de cortar, para que no inficione los miembros sanos. Tengo Semi-Dioses,[4] Ninfas, Faunos, Sátiros y Silvanos de los montes; á quienes permitiremos habitar las tierras que les hemos señalado, pues no les juzgamos aun dignos de entrar en el cielo. ¿Pero creeis, Dioses, que podrán vivir estos seguros entre los mortales, quando intentó quitarme la vida la conocida fiereza de Licaon; á mí, á cuya disposicion estan el rayo, y vosotros mismos, á quienes gobierno?" Se horrorizáron todos, y pidiéron con ardientes deseos la venganza de un delito tan horrendo. Del mismo modo se llenó de pasmo el género humano, y de horror todo el orbe, quando las manos parricidas quisiéron extinguir el nombre romano con la sangre de César. No os fué ménos grato, ó Emperador augusto, el zelo de vuestros conciudadanos, que á Júpiter el de los Dioses en esta ocasion; y despues que apaciguó con palabras y acciones el murmullo que habia excitado su discurso, calláron todos; y sosegado que fué el clamor, contenido por la gravedad del presidente, continuó hablando en estos términos:

„Ya queda castigado el delinqüente, no os altereis; pero os referiré su delito, y la pena que le he impuesto. Noticioso de los desórdenes á que los

hombres se habian entregado, y deseando fuese falsa la noticia, baxo del Olimpo, y ocultando mi divinidad en forma humana, recorro todo el universo. Me detendria mucho si os dixese las abominaciones que en todas partes se cometian; porque el mal excede á todas las ponderaciones de la narracion."

* * *

Notas

1. Licaon, hijo de Pelasgo, Rey de Arcadia, quitaba la vida á los que hospedaba en su casa, y luego les daba á comer en los convites.

2. Describe el círculo *lacteo*, dicho así *à lacte* por su blancura.

3. Juramento inviolable á los Dioses.

4. Héroes que se señaláron por alguna hazaña particular, mayores que los hombres, y menores que los Dioses.

Fábula VIII

LICAON TRANSFORMADO EN LOBO.

Despues de haber pasado el espantoso monte Menalo, por ser habitado de diferentes fieras, los helados pinares del Licéo, con el Cileno, llegué al anochecer á la Arcadia, y entré en el cruel palacio del tirano Licaon, dando señales de que era un Dios. El pueblo principió á venerarme; mas Licaon, despreciando los religiosos cultos, pronto veré, dice, con una infalible experiencia, si este es un Dios, ó un mortal, de modo que no me quedará duda. En efecto, determinó (por este medio queria descubrir la verdad) matarme improvisamente quando durmiera. No contento con esto degolló á uno de los que tenia en rehenes de la nacion Molosa, y coció parte de sus palpitantes miembros, y parte asó: apénas me presenta en la mesa tal manjar, quando destruyo con vengadora llama su palacio, para que le sepultase entre sus ruinas con sus dignos penates. Licaon huye espantado quando ve abrasarse su casa; y llegando á un solitario campo, principia á dar fuertes ahullidos, haciendo vanos esfuerzos para hablar: la rabia se traslada de su corazon á la boca, y exerce en los ganados su acostumbrada carnicería; deleytándose aun entónces en derramar sangre. Sus vestidos se convierten en pelos, los brazos en piernas, y él en lobo; pero

sin embargo de esta transformacion conserva señales de su misma figura, las canas son las mismas que ántes tenia, la misma fiereza en el semblante, el mismo fuego en sus ojos, y todo su cuerpo es un retrato vivo de la crueldad.

* * *

Fábula IX

EL DILUVIO UNIVERSAL.

Pereció en verdad una casa; pero no es sola la que debe arruinarse: por todo el mundo reyna la impiedad y el furor; y parece que se han comprometido todos los hombres con un sacrílego juramento para practicar la maldad. „Ea, paguen todos prontamente su merecido." Esta es la sentencia que fulminó. Parte de los Dioses aprueba de palabras el parecer de Júpiter, y le estimulaban mucho para que se executase: otros daban con gestos y acciones señales suficientes de su consentimiento; pero á todos era sensible la pérdida del género humano; y preguntaban á Júpiter, ¿cómo se encontraria la tierra no quedando en ella un linage tan ilustre? ¿Quién ha de ofrecer sacrificios al pie de los altares? ¿Acaso piensas abandonarla á la ferocidad de las bestias? Queda de mi cargo todo, responde el Rey de los Dioses á los que le preguntaban esto: no paseis pena por nada, que yo os prometo una generacion desemejante al pueblo primero, nacida de un modo maravilloso. Ya estaba para vibrar sus rayos sobre la tierra; pero se detuvo, temiendo que tanto fuego como era necesario para asolarla subiese hasta el cielo, y abrasase los exes en que se sostiene. Acordóse asimismo que estaba escrito en el libro de los destinos,[1] que vendria tiempo en que

arderian el mar, la tierra, y aun los sagrados alcázares del cielo, y que padeceria mucho la costosa máquina del universo. Dexa los rayos que los Cíclopes[2] acababan de fabricar; forma el contrario designio de destruir á los hombres entre las aguas, y enviar de todo el cielo copiosas lluvias. Encierra al punto en las grutas de Eolo[3] al Aquilon, y demas vientos que disipan las nubes, dexando en libertad al del mediodia. Vuela este con húmedas alas, cubierto el rostro de una nube obscura, y la barba poblada de nieblas. Las nubes hacen asiento en su frente; sus alas y vestidos despedian un continuo rocío; y apénas este tempestuoso viento oprimió con sus manos las nubes suspendidas por toda la extension del ayre, se oyó un gran ruido, y el agua principió á caer fuerte y copiosamente. Iris,[4] mensagera de Juno, adornada de diversos colores, trae nuevas aguas, y va renovando la humedad de las nubes. Abátense las mieses; quedan sin efecto las súplicas de los labradores, y en un momento perece el trabajo de todo un año. No se aplaca la ira de Júpiter con las aguas que despide desde el cielo; acude su hermano Neptuno á socorrerle con las aguas de su cargo. Convoca en su palacio á los rios, y luego que se le presentan: „No hay necesidad de muchas palabras, les dice: dad libre curso á vuestras aguas, esto es necesario: abrid vuestras urnas;[5] y apartando qualquier obstáculo, soltad las riendas á sus torrentes." Apénas les habia dado esta órden, quando se retiran los rios á sus mansiones; y quitando todo impedimento á las fuentes, corren con precipitado curso por la dilatada llanura de los campos.

El mismo Neptuno hirió la tierra con su tridente, con cuyo movimiento tembló esta, y abrió paso á las aguas que ocultaba en sus senos. Los rios, fuera de sus madres, inundan los espaciosos campos,

destruyen los sembrados, los árboles, los ganados, los hombres, las casas, y aun los mismos templos; y si alguna cosa pudo resistir á tanto mal sin arruinarse, la sobrepuja enteramente el agua, y las torres mas altas quedan sepultadas debaxo de las corrientes. Ya no habia diferencia alguna entre el mar y la tierra: todo era un dilatado mar, y este no conocia ya sus antiguas riberas. Unos huyen al collado: otros se sientan en la cóncava barca, y reman por el mismo sitio que acababan de arar: estos navegan sobre sus mieses, ó sobre las alturas de su aldea ya anegada: aquellos hallan peces en la altura de los olmos. Si alguno echa casualmente el áncora, se clava en el verde prado: los baxeles reman sobre las viñas; y donde poco ántes paciéron las hambrientas cabrillas, descansan las monstruosas focas:[6] las Nereydas se admiran de ver debaxo de las aguas las grandes casas, las ciudades y los bosques: los delfines habitan las selvas, corren por las altas ramas, y sacuden los agitados robles: el lobo nada entre las ovejas: las olas arrastran tras sí á los leones y tigres. De nada sirven al jabalí sus fuerzas poderosas como las de un rayo, ni al arrebatado ciervo su ligereza para libertarse del naufragio. Caen al mar las aves, despues de tener sus alas cansadas, buscando inútilmente tierra en que descansar. Ya la inundacion cubria las montañas, y las nuevas olas batian en sus cumbres. Los mas de los mortales perecieron entre las olas, y los que no fuéron sumergidos en ellas viniéron á fenecer á los impulsos de la hambre.

La Fócida, que divide la Beocia del Ática, pais fértil quando era tierra, se convierte en un brazo de mar, y en un dilatado campo de agua.[7] Hay en ella un monte llamado Parnaso, que se eleva hasta el cielo por sus dos extremos, y cuya altura se empina hasta mas allá de las nubes. Luego que Deucalion con su muger llegáron conducidos de una pequeña barca á este

sitio, que era el único á quien habian dexado descubierto las aguas, adoráron á las ninfas Corycidas,[8] á las deidades de aquel monte,[9] y á Temis, que entónces pronunciaba los oráculos. No hubo hombre mejor ni mas amante de la justicia que Deucalion; ni muger mas virtuosa y temerosa de los Dioses que Pirra.

* * *

Notas

1. En la disposicion del Hado: este, segun los Estoycos, es una encadenada serie de todas las cosas, por la que se gobierna el universo.

2. Los Cíclopes hacian los rayos de Júpiter: eran criados de Vulcano, hijos de Neptuno y de Anfitrite; llamábanles así, porque no tenian mas que un ojo en medio de la frente.

3. Tenido por Rey de los vientos.

4. El arco que aparece en el cielo, vestido de tantos colores, causado de los reflexos del sol y de la luna. Este fué tenido por la Diosa mensagera de Juno, segun unos, y de Júpiter, segun otros.

5. Las fuentes, que parecen ser las casas de los rios.

6. Becerros marinos.

7. Topografía. Describe el monte Parnaso, en cuya cumbre se salváron Deucalion y Pirra, los únicos que no perecieron en el diluvio.

8. Llámanse Corycidas de una cueva que habia en aquel monte, dicha Coryco.

9. Apolo, Baco y las Musas, á quienes estaba consagrado este monte.

Fábula X

NEPTUNO AMANSA LAS AGUAS.

Viendo Júpiter el mundo reducido á líquidas lagunas, y que de tantos millares de hombres solo sobrevivia uno, y una muger de otras tantas; ámbos justos, ámbos adoradores de los Dioses, disipó las nubes, y arrollándolas con la impetuosidad del Aquilon, descubrió las tierras al cielo, y el cielo á la tierra. La ira del mar se aplaca; y Neptuno, deponiendo su tridente, amansa las aguas, y llama al cerúleo Triton,[1] que está siempre sobre ellas con sus brazos cubiertos de natural púrpura: le manda tocar la concha, y á los rios y olas que vuelvan á sus lugares, luego que se haga la señal. Toma la cóncava concha, bocina torcida hácia un lado, que va ensanchándose desde el principio, y que quando se toca en medio de la mar hace oirse de polo á polo. Luego que la llegó á su boca este Dios, mojada con la humedad de la barba, y promulgó, inflada, los preceptos que le habian dado, fué oida de todas las aguas, tanto de las de la tierra, como de las de la mar, y reduxo á sus antiguas márgenes á todas las que la oyéron. El mar vuelve á tener riberas, y los rios á correr dentro de su propia madre: báxanse estos, y parece que empiezan á salir los collados: la tierra se descubre poco á poco, y segun baxaban las aguas, iban creciendo los

lugares. Las selvas, ocultas tanto tiempo entre ellas, presentan sus cumbres desnudas, y sus árboles cubiertos de cieno.

* * *

Notas

1. Hijo de Neptuno, y clarinero suyo: dicen que su cuerpo estaba cubierto de conchas congénitas con él en lugar de escamas, y por honor.

Fábula XI

DEUCALION Y PIRRA.

Restituido á su ser antiguo el universo, libre ya de la inundacion, vió Deucalion la tierra enteramente desierta, y que se hallaba en un profundo silencio. Entónces afligido, y derramando muchas lágrimas, habló á Pirra en estos términos. „¡Ó hermana! ¡Ó amada esposa! ¡Ó muger la única que ha sido preservada de la desgracia de las demas, con quien la naturaleza, el deudo de primos, el lecho conyugal, y ahora unos mismos peligros me enlazan! nosotros dos somos los que quedamos ilesos de tanta multitud de hombres como habia de Oriente á Occidente: de todas las demas cosas es dueño el mar; pero ni aun ahora está segura nuestra vida: aun ahora abaten mi ánimo las nubes. Di, muger digna de compasion, ¿cómo se hallaria tu espíritu, si por decreto de los hados hubieras sido sola libre de la inundacion sin mi compañía? ¿Cómo podrias tolerar sola esta pena? ¿Quién te consolaria en tu desgracia? Porque yo te aseguro, querida esposa, que si las aguas te hubieran arrebatado, no podria sobrevivir á tu pérdida, y las mismas olas me servirian de sepulcro. ¡Oxalá que yo poseyera el secreto de mi padre Prometeo, para poder renovar el género humano, animando, como él lo hizo, un poco de barro! ¡Solo á nosotros dos ha quedado

reducido el universo! Así lo quisiéron los Dioses, y nosotros solos somos los exemplares de los demas hombres."

Habia dicho esto Deucalion, y seguian entrambos derramando lágrimas: resolviéronse á implorar el socorro del cielo, y á consultar los oráculos, y nada les detiene. Baxan á las orillas del Céfiso,[1] cuyas aguas, aunque turbias aun, tenian sus conocidas márgenes. Despues que se purificáron, derramando sobre sus cabezas y vestidos agua de este rio,[2] se dirigen al templo; se postráron en tierra, y llenos de temor besáron aquella yerta piedra, y dixéron estas palabras: „Si las Deidades se aplacan con justos ruegos, si los Dioses deponen su ira, te suplicamos Temis,[3] que nos digas de qué modo, ó con qué industria se podrá reparar el daño del género humano: concede generosa tu proteccion al universo sumergido." Se movió á compasion la Diosa, la qual le responde en estos términos: „Salid del templo, cubrios la cabeza, desplegad vuestras vestiduras, y caminad esparciendo tras las espaldas los huesos de vuestra gran madre." Admirados de lo que acababan de oir, guardáron un profundo silencio por algun tiempo, el que rompió Pirra la primera diciendo: „Que no debia cumplirse la órden de la Diosa; y con voz temerosa pide que la perdone, y teme turbar el alma de su madre, arrojando de aquel modo sus huesos." Entre tanto meditan entre sí las palabras del obscuro enigma, que envolvia la respuesta dada, y procuran descubrir su verdadero sentido. Por último Deucalion consuela á Pirra con estas agradables palabras: „Ó yo me engaño, la dice, ó el oráculo de la Diosa está lleno de piedad, y ninguna maldad persuade. La gran madre es la tierra; y juzgo que las piedras son en ella los huesos de su cuerpo, y estos los que se nos mandan arrojar tras las espaldas." Aunque este discurso inclinó á creerlo al espíritu de Pirra, quedó no obstante

dudosa: ¡tan desesperanzados estaban el uno y el otro de los mandatos celestiales! ¿Pero qué daño puede originarse en hacer la experiencia? Con efecto, apartándose del templo, cubren sus cabezas, despliegan sus vestiduras, y arrojan detras de sus huellas las piedras, como Temis lo habia ordenado. Estas[4] (¿quién lo creeria, á no autorizarlo la antigüedad?) empezáron á ablandarse poco á poco, depuesta su natural dureza y rigor, y á tomar una nueva disposicion. Despues que se fuéron aumentando, y se les introduxo una forma mas suave, observóse, aunque confusamente, cierta semejanza de hombres; pero como si se fueran formando de mármol, y muy parecidas á unas toscas estatuas. Sin embargo, las partes humedecidas con algun xugo, y que tenian mas de tierra, se convirtiéron en carne; las mas duras en huesos, y las venas permaneciéron con el mismo nombre. De este modo en poco tiempo, por voluntad de los Dioses, las piedras que arrojó Deucalion tomáron la forma de hombres, y las mugeres se reparáron con las que arrojó Pirra. De aquí proviene la dureza del hombre, y el aguante que tiene en el trabajo, y en esto demostramos el orígen de que nacimos.

La tierra produxo de suyo á las demas especies de animales, despues que los rayos del sol calentáron el humor primero; y se entumeciéron el lodo y las húmedas lagunas con el calor: creciéron tambien las semillas de las cosas criadas formadas de la criadora tierra, como en el vientre de la madre, y con el tiempo empezáron á tener alguna forma. De este modo luego que el Nilo, dexando los húmedos campos, volvió sus corrientes á sus antiguas márgenes, y el sol calentó el cieno reciente, halláron los labradores muchos animales envueltos en los terrones, y entre ellos notáron unas cosas como empezadas al tiempo mismo que nacian, otras imperfectas y

defectuosas en sus partes, y muchas veces se advertia que un mismo cuerpo era en parte viviente, y en parte una porcion de tierra crasa.

* * *

Notas

1. Rio que nace del Parnaso.

2. Los antiguos se lavaban ántes de entrar en el templo.

3. Temis, hija del cielo y la tierra: creian era su oficio aconsejar á los hombres hiciesen aquello que fuese razon, justo y lícito.

4. Las piedras.

Fábula XII

LA SERPIENTE PITON.

Porque despues que la humedad y el calor se atemperáron, concibiéron todas las cosas, puesto que no tienen otro principio que estas dos qualidades; y aunque el fuego sea contrario al agua, sin embargo el fuego, mezclado con el vapor húmedo, cria todas las cosas, y esta encontrada concordia es muy á propósito para la generacion. Calentada la tierra, que estaba cenagosa con el reciente diluvio, con los ardores del sol, produxo innumerables especies: á muchas restituyó su antigua figura, y crió asimismo nuevos monstruos. Á tí tambien te crió contra su voluntad, disforme Piton, que aterrabas á los nuevos pueblos: serpiente nunca vista, ¡quán grande espacio de monte ocupabas! Apolo,[1] Dios insigne por el arco, y que jamas habia usado de tales armas sino contra los gamos y cabras monteses, quitó la vida á esta espantosa serpiente, acribillándola á flechazos, despues de haber gastado casi todas las saetas que llevaba en su aljaba, haciéndola vomitar por ellas el negro veneno.

Y porque la antigüedad no pudiese borrar la memoria de un hecho tan admirable, instituyó con célebre certámen los sagrados juegos Pitios, así llamados por el nombre de la serpiente muerta. Qualquiera jóven que

vencia en ellos, en la lucha, en la carrera ó en el carro, llevaba una corona de hojas de encina, porque entónces aun no habia laurel, y el mismo Febo adornaba sus sienes con las hojas de qualquier árbol.

* * *

Notas

1. Hijo de Júpiter y Latona: mató á la Serpiente Piton, que se dice habia sido enviada por Juno, para que persiguiese á Latona.

Fábula XIII

DAFNE CONVERTIDA EN LAUREL.

El primer objeto del amor de Apolo fué Dafne, hija del rio Penéo; pasion que no fué efecto del acaso, sino una venganza del amor irritado contra él. Orgulloso Delio[1] por la victoria que acababa de conseguir sobre la serpiente Piton, viendo al hijo[2] de Vénus, que estiraba su arco, le dice: „¿Qué pretendes hacer, jóven afeminado, con esas poderosas armas? Esas insignias son propias de mis hombros, y solo de mí, que puedo dar certeras heridas á las fieras, y dirigir acertados tiros á mis enemigos. Acabo de matar con innumerables heridas á la serpiente Piton, cuyo enorme cuerpo cubria muchas yugadas[3] de tierra. Tú, conténtate con que tus flechas provoquen á un no sé qué de amores; pero no hagas tuyas mis alabanzas."

„Tu arco, Febo, respondió á este el Amor, hiera á quantos te agrade; mas tú no has de poder huir del mio: y así tu gloria es menor que la mia en razon de lo inferiores que son á un Dios los animales que matas." Esto dixo, y volando ligero surcó batiendo las alas el ayre, y se paró en la umbrosa cumbre del Parnaso. Allí sacó de su carcax dos flechas, cuyos efectos son tan contrarios, que la una enciende el amor, y la otra le apaga. La que enciende el amor es dorada y puntiaguda, y la que le apaga

embotada y con la punta de plomo. Con esta tiró Cupido al corazon de Dafne, hija del rio Penéo, y con la otra hirió á Apolo, traspasándole hasta los huesos. Al punto este ama, y aquella huye hasta del nombre del amante; y queriendo imitar á Diana, tiene sus delicias en lo oculto de las selvas, y en las pieles de las fieras que cazaba. Se ataba desaliñadamente los cabellos con una cinta. Muchos la habian pedido por muger; pero ella despreciándoles, pasea impaciente, y libre de marido, los escabrosos bosques, sin cuidarse de qué cosa sean himeneo, amor y casamiento. Su padre repetidas veces la dixo: Hija mia, debes darme un yerno: debes darme algunos nietos. Mas ella, aborreciendo la tea nupcial[4] como un delito, y cubriendo sus mexillas un modesto rubor, se arroja á los brazos de su padre, y le habla de esta manera: „Concédeme, padre mio, guardar perpetua virginidad: esta gracia ha concedido ya ántes Júpiter á Diana." Otorga su padre la peticion; pero tu hermosura, añade, repugna á tus deseos, y es un obstáculo para verificarlos. Apolo la ve, la ama, y desea poseerla: él lo espera; pero sus oráculos le engañan. Y así como arden las livianas pajas quitadas las aristas, ó se quema un vallado, al que el caminante aplica demasiado la tea, ó la dexa junto á él por descuido al rayar el dia, del mismo modo arde en llamas aquel Dios; así se abrasa el corazon de Febo; y con la esperanza va dando fomento á un amor vano y estéril. Mira los cabellos de la Ninfa, que sin adorno alguno caen por su cuello, y dice: ¿qué seria si estuviesen rizados? Ve sus ojos tan resplandecientes, que se asemejaban á las estrellas: observa su delicada boca; pero no se contenta con verla: alaba sus dedos y manos y los brazos medio desnudos; pero aun le parece mejor lo que oculta. Ella huye mas ligera que el ayre, ni se detiene siquiera á estas palabras que la dirige Apolo. „Espera, la dice, te suplico, bella Ninfa de Penéo, detente; no

te sigo como enemigo. Aguarda Ninfa: así huye del lobo la oveja, del leon la cierva, y del águila la sencilla paloma, agitando tímidamente sus alas: todo animal huye de sus enemigos; pero á mí me obliga á seguirte el amor. ¡Ay desdichado de mí! Temo no sea que inclinada caygas sobre las espinas, y estas hieran tus rodillas, que no merecen ser maltratadas, y entónces sea yo la causa de tu dolor. Ásperos son los lugares por donde discurres; te suplico no corras tan precipitadamente, que yo moderaré el ardor con que te sigo. Considera sin embargo á quien ha sorprehendido tu hermosura. No habito yo en el monte; no soy pastor; no guardo aquí desaliñado ganados y rebaños. Ignoras, temeraria, ignoras de quien huyes, y esta es la causa de tu fuga. La tierra de Delfos, de Claros, Ténedos y los Reynos Patareos me rinden los debidos honores. Júpiter es mi padre; por mí se declara lo presente, pasado y venidero; á mí se debe el ingenioso arte de unir la voz al son de la lira; soy diestro en tirar las flechas; pero ¡ah! aquel que con la suya me hirió el corazon, libre de todo amor, es mucho mas que yo: mia es la invencion de la medicina, y el universo me mira como un Dios auxîliador y benéfico: conozco la virtud de las plantas; pero ¡ay de mí! no hay ninguna que pueda curar el amor; y mis inventos, tan favorables á todos, no pueden aprovechar al inventor." Apolo quisiera hablar mas, quando Dafne, redoblando temerosa su paso, le interrumpe, y le dexa con las palabras á medio pronunciar. Parece mas hermosa con la precipitacion de la fuga. Los vientos descubren su cuerpo,[5] y los soplos contrarios tremolan sus vestidos: el ayre echa sus cabellos con una graciosa descompostura sobre las espaldas, y quanto mas huia, tanto mas se acrecentaba su belleza. Pero el jóven Dios ya no puede sufrir producirse en inútiles cariños; y segun le aconsejaba el amor, sigue sus huellas con precipitados pasos. Y á la manera que el galgo

quando ve á la liebre en campo raso solicita la presa, al tiempo que ella su libertad, fiados ámbos en la ligereza de sus pies, y aquel como si estuviera cerca espera ya cogerla, y acelera sus pasos alargando el hocico, y ésta dudando estar cogida escapa de las mordeduras, y dexa burlada la boca que le va á los alcances; del mismo modo corrian Apolo y la hermosa Dafne; aquel ligero con la esperanza, y ésta con el temor. Parece que vuela Apolo animado de las alas del amor; y sin tomar descanso la va ya tan á los alcances, que hace mover con su aliento los cabellos esparcidos sobre los hombros de la fugitiva Ninfa. Fatigada ésta de tan veloz carrera, ve en fin que sus fuerzas la abandonan, y mirando las olas de Penéo con rostro pálido: „Amado padre, le dice, si es cierto que los rios gozan del privilegio de divinidades, socórreme: ó tú, tierra, en donde tanto agradó mi hermosura, recíbeme en tu seno, ó haz que yo pierda esta figura tan encantadora que tanto mal me causa." Apénas habia concluido la súplica, quando todos los miembros se la entorpecen, sus entrañas se cubren de una tierna corteza: los cabellos se convierten en hojas: los brazos en ramas: los pies, que ántes eran tan ligeros, se transforman en retorcidas raices: ocupa finalmente el rostro la altura, y solo queda en ella la belleza.[6] Este nuevo árbol es no obstante el objeto del amor de Apolo; y puesta su mano derecha en el tronco, advierte que aun palpita el corazon de su amada dentro de la nueva corteza; y abrazando las ramas como miembros de su cariño, besa aquel árbol, que parece rehusa sus ósculos. Por último la dice: „Pues veo que ya no puedes ser mi esposa, á lo ménos serás un árbol consagrado á mi deidad. Mis cabellos, mi lira y mi aljaba se adornarán de laureles. Tú ceñirás las sienes de los alegres Capitanes, quando el alborozo publique su triunfo, y suban hasta el capitolio con los despojos que hayan

ganado á sus enemigos. Serás fidelísima guarda de las puertas de los Emperadores, cubriendo con tus ramas la encina que está en medio;[7] y así como mis cabellos se conservan en su estado juvenil, tus hojas permanecerán siempre verdes." Luego que Apolo dexó de hablar, hizo demostracion el laurel de aceptar la oferta, moviendo sus nuevas ramas; y como si tuviera cabeza, meneó tambien su erguida copa.

* * *

Notas

1. Apolo, llamado Delio, de la isla de Delos, en que nació.

2. Cupido, el amor.

3. Una yugada de tierra se dice lo que puede arar un par de bueyes en un dia.

4. El himeneo: *Metonimia*, el signo por la cosa significada: se acostumbraba á que las esposas fuesen á casa de sus maridos, precediéndolas las cinco hachas encendidas, que llaman teas.

5. Sus carnes.

6. Se convierte en laurel, árbol hermoso.

7. Los palacios de los Emperadores tenian encima de la puerta una corona de laurel, en cuyo medio estaba otra de encina.

Fábula XIV

JÚPITER ENAMORADO DE IÖ.

Hay en Tesalia un bosque llamado Tempe, á quien rodea por todas partes una eminente selva. El Penéo, que nace de las raices del Pindo, se desenvuelve por estos lugares con espumosa corriente. Con su precipitado curso levanta una especie de nubes, que causan ligeras nieblas; con cuyo rocío parece riega las encumbradas selvas, y su ruido se oye hasta en los sitios mas distantes. Esta es la casa, este el asiento, y estos los recintos del gran rio Penéo, que habita en una cueva tajada de peñascos, desde donde gobierna las aguas, y á las Ninfas que veneran las olas. Todos los rios de ménos nombre vecinos se juntáron en este sitio, dudosos de si habian de dar el parabien á Penéo, ó le habian de consolar por la pérdida de su hija. Viene el rio Esperquio, cuyas riberas estan cubiertas de álamos, el inquieto Enipéo, que tiene siempre sus aguas agitadas, el anciano Apidano, el blando Anfriso, el rápido Aeas, y últimamente todos los demas rios, que llevan al mar las aguas golpeadas con los grandes rodeos por donde el ímpetu los arrebata. Solo entre estos falta Inaco, que encerrado en su profunda caverna acrecienta las aguas con sus lágrimas. Este desgraciado padre llora la pérdida de su hija Iö: ignora si es viva ó muerta; pero no

hallándola por ningun lado, se persuade que ya en ninguna parte exîste, siempre inclinado á sospechar los sucesos mas desgraciados. Habia visto Júpiter á Iö, que salia del gremio de su padre, y la dice: „Ó doncella, digna de ser amada del mismo Júpiter, y que con tu mano harás feliz á no sé quien de los mortales: busca las sombras ó en estos ó en aquellos bosques (la señalaba las de derecha é izquierda) para evitar el ardor del sol, miéntras está en lo mas alto del cielo;[1] pero si temes entrar sola en los albergues de las fieras, no temas; penetrarás segura hasta lo mas oculto de los bosques, pues te acompaña un Dios, y no de los vulgares, sino el que tiene en su poder el imperio del cielo, y vibra los rayos. Ni huyas de mí (porque ya empezaba á hacerlo).” Habia pasado las majadas de Lerna y los campos Lircéos, poblados de árboles, quando cubriendo Júpiter con una espesa nube la tierra, la hizo obscurecer, detuvo á Iö en su precipitada fuga, y la robó el pudor. Entre tanto dió Juno[2] vuelta á la tierra con su vista, y admirándose de que las nieblas hubiesen convertido en noche la claridad y resplandor del dia, conoció que estas no provenian ni de los rios, ni de las humedades de la tierra. Busca pues á su marido, como que ya sospechaba sus adulterios, en que le habia cogido tantas veces, y no hallándole en el cielo: „Ó yo me engaño, dixo, ó se me hace traycion.” Y baxando á la tierra, mandó retirar las nubes.

* * *

Notas

1. El calor del medio dia.

2. Hermana de Júpiter, y creida esposa suya.

Fábula XV

IÖ CONVERTIDA EN VACA.

Júpiter previó la llegada de su esposa, y al momento transformó á Iö en una blanca becerra; pero aun en esta forma mantenia su hermosura. Juno alaba, aunque con violencia, la belleza de aquella novilla, y pregunta á su marido, como si estuviese ignorante, de qué toro era cria, de dónde habia venido, y á qué vacada pertenecia. Júpiter, para evitar que supiese el dueño de quien era, la respondió que la Tierra la acababa de producir. Entónces Juno se la pide como una fineza. Júpiter no sabe qué partido tomar: desprenderse de su amada le es muy doloroso; negársela á Juno le hace con ella sospechoso: el pudor le mueve á entregársela, y el amor lo reprueba. El amor hubiera vencido al pudor; pero como la solicitud de su hermana y esposa era de tan pequeña entidad como una novilla, podia creer Juno que no lo era, y así aumentarse en ella las sospechas. Entregada la concubina por Júpiter á su esposa, aun no se tranquiliza ésta, y teme de su marido que se la robe: hasta que por último la entrega á Argos, hijo de Arestor, para que la guarde.

Adornaban la cabeza de este cien ojos, y de estos, dos descansaban y dormian alternativamente, y los demas velaban y quedaban de centinela.

En qualquiera parte que estuviese, jamas perdia de vista á Iö; y aun quando estaba vuelto de espaldas, siempre la tenia delante: de dia la dexaba pacer, y de noche la encerraba, y aherrojaba, lo que ella seguramente no merecia: se alimentaba de las hojas de los árboles y yerbas amargas:[1] la tierra, que no siempre está cubierta,[2] la servia de cama á esta infeliz, y el agua cenagosa era su ordinaria bebida; y quando intentaba suplicar á Argos con los brazos tendidos, veia que la faltaban para hacerlo; y haciendo esfuerzos para quejarse, solo se resolvia su voz en bramidos, cuyo eco la hacia temblar, causándola miedo su propia voz. Llegó tambien á las riberas del rio Inaco su padre, en donde acostumbraba muchas veces explayarse; pero habiendo visto en el agua los nuevos cuernos que tenia, se espantó, y queria huir de sí misma. Las Nayades sus hermanas ignoraban quien era, y aun su padre Inaco no lo sabia; pero ella seguia con docilidad á este y aquellas, de quienes se dexaba tocar, admirándose todos de su docilidad. El anciano Inaco la presentaba yerbas, que cortaba; y ella lamia y besaba sus manos, no pudiendo contener las lágrimas, y si la voz la ayudara,[3] le pediria socorro, le diria su nombre, y contaria sus desgracias: mas para suplir este defecto, le graba en la arena con el pie la triste historia de su transformacion: ¡ay desdichado de mí! exclamó el padre, pendiente de los cuernos y cerviz de la blanca novilla. ¡Ay desdichado de mí! ¿No eres tú, hija, la que he buscado por todas partes? No te hallé quando te buscaba, y te hallo ahora que no te busco: me causas mayor dolor que quando estabas perdida. ¿Por qué callas? ¿Por qué no respondes á mis palabras? Solamente arrancas suspiros de tu profundo pecho, y me contestas con bramidos, que es solo lo que puedes hacer. Yo, ignorando tu desgraciada situacion, te prevenia tálamo y teas, lisonjeándome con la esperanza de tener primero yerno y despues

nietos. Pero ya tu marido y tus hijos serán del rebaño en que te hallas.[4] Esta es la ocasion en la que el ser Dios me es perjudicial, pues que siendo inmortal, ninguna esperanza me queda de que mis dolores tengan fin con la muerte; y así se prolongarán por una eternidad mis lágrimas. Quando Inaco se lamentaba de esta suerte con su hija, el estrellado Argos se la arrebata de su presencia, y la lleva á pacer por diversas partes: él ocupa á lo léjos la elevada cumbre de un monte, desde donde podia sentado registrarlo todo.

* * *

Notas

1. Amargas á ella; pero no á los bueyes.
2. De grama y yerba.
3. Si pudiera hablar.
4. Será un toro tu marido, y tus hijos los becerrillos.

Fábula XVI

SIRINGA TRANSFORMADA EN CAÑA.

No podia ya Júpiter sufrir los males á que veia expuesta á Iö; y para remediarlos, llamó á su hijo Mercurio, que es el que tuvo de Maya, y le mandó que diese muerte á Argos. No hubo en esto detencion; inmediatamente puso sus talares[1] en los pies: acomodó á sus sienes el petaso, y á su mano aquella misteriosa vara que tiene la virtud de adormecer. Luego que se acomodó en esta forma, baxó á la tierra desde el alcázar de su padre: en ella se quitó el sombrero, y dexó las alas, quedándose solamente con la vara; y baxo el disfraz de pastor guiaba las congregadas cabras por descaminados campos, tocando la flauta. Admirado Argos del sonido que oía, le habló en estos términos. „Tú, quien quiera que seas, puedes venir á sentarte conmigo en este peñasco, porque no hay un lugar mas fecundo de yerba para el ganado, y ves la sombra, que es tan regalada para los pastores."

Aceptó el nieto de Atlante[2] la oferta de Argos; y despues de haberle divertido todo el dia con varios discursos, y cantado con el acompañamiento de la flauta, procuró se quedase dormido. Mas él trabaja con todo cuidado para no dexarse vencer del sueño; y aunque unos ojos

dormian, no obstante velaban otros; y así pregunta á Mercurio quál era el orígen de aquella flauta que hacia poco tiempo era conocida. Entónces Mercurio le habló de esta manera:

„En los bien frescos montes de la Arcadia hubo entre las Amadriades[3] una Nayade[4] muy celebrada, á quien las Ninfas llamáron Siringa. Muchas veces habia esta burlado á los Sátiros[5] que la perseguian, y despreciado los homenages que la tributaron todas las Deidades que habitan, ó en los umbrosos bosques, ó en la fértil tierra. Veneraba á Diana, y la imitaba en los mismos exercicios de la caza y en su virginidad; de modo que vestida con el trage de aquella, podia engañar á qualquiera, y ser tenida por la misma Diana,[6] si no fuera su arco de cuerno, y el de la Diosa de oro. Pero á pesar de esta diferencia, no dexaban algunas veces de equivocarse. Pan,[7] coronada su cabeza con hojas de pino, la encontró un dia que baxaba del monte Licéo, y la habló en estos términos: cede, bella Ninfa, á los deseos de un Dios que quiere ser tu esposo. Aun le quedaba que referir otras palabras; y la Ninfa, poco sensible á sus discursos, huyó por caminos extraviados hasta llegar al rio Ladon; pero hallándose detenida por las aguas, rogó á las Ninfas, sus hermanas, que la transformasen: tampoco refirió que Pan habia corrido tras ella, y que creyendo tenerla asida, se halló abrazado con unas cañas; y que miéntras él suspiraba, las agitó el viento, resultando un sonido muy parecido á los ayes de quien se queja: que entónces, habiendo quedado suspenso Pan con el nuevo arte y dulzura de aquella voz, dixo: ha de haber sin embargo entre nosotros una estrecha conexîon; y tomando algunas cañas desiguales, las unió con cera, y de ellas formó la flauta que se llama Siringa, conservando en ella el nombre de la Ninfa."

* * *

Notas

1. Mercurio, hijo de Júpiter y Maya, tenia el calzado y morrion con alas, como que era mensagero de los Dioses. El caduceo que llevaba significa la potestad que tenia para poner paz, pues tenia la tal vara eficacia para apaciguar qualquiera controversia.

2. Su madre Maya era hija de Atlante.

3. Ninfas que nacian y morian al mismo tiempo que los árboles.

4. Nayades se llamaban las ninfas tutoras de las fuentes.

5. Dioses campestres, libidinosos y luxuriosos.

6. Diana era una Diosa silvestre, hermosa con extremo, empleada en la caza, y conservó siempre su virginidad. Teníasela tambien por la Luna.

7. Dios silvestre, símbolo de la universal naturaleza.

Fábula XVII

MERCURIO CORTA LA CABEZA Á ARGOS.

Al ir á referir todo esto Mercurio, observó que todos los ojos de Argos se habian quedado vencidos del sueño: al momento calla; y tocando suavemente los ojos con la vara inficionada, les adormece mas, y sin detenerse divide de su cuello con una corva espada la titubante cabeza, que arrojó bañada en sangre sobre un alto peñasco, contaminándole con la misma sangre. ¡De esta manera yaces Argos! ¡Así se extinguió toda la luz que en tantos ojos tenias! ¡Una sola noche[1] envuelve entre sus sombras tus cien ojos! Entónces Juno, condolida de la muerte de Argos, recoge todas aquellas lumbreras, y las coloca en las alas del Pavo real, ave que le era consagrada, esmaltando su soberbia cola con tan resplandecientes piedras preciosas.

* * *

Notas

1. Una obscuridad, la muerte.

Fábula XVIII

JÚPITER APLACA Á JUNO.

No tardó Juno en encenderse en cólera por la muerte del fiel Argos, y no quiso diferir la venganza para otro tiempo. Presenta luego á la vista de su rival Iö una horrible furia, que la turbe su espíritu, é introduciéndola en el pecho ocultamente la rabia, la hace andar errante por todo el universo, llena de un anhelante terror: ¡tú solo, ó Nilo, no eras aun testigo de sus desgracias! Y luego que llegó á tus orillas se echó en la tierra fatigada, y puestas las rodillas en la márgen de las riberas con el cuello erguido, dirige sus miradas al cielo de la manera mejor que puede; y con gemidos, lágrimas y lúgubres bramidos, parece que se queja á Júpiter, y le pide que ponga fin á sus males. Júpiter, abrazando á Juno con semblante alegre, la ruega que finalice las penas de la desventurada Iö: „Cesen, la dice, tus rezelos, ésta no te causará en lo sucesivo ningun disgusto, y para crédito de la verdad, la Estigia nos será testigo de mis promesas." Luego que se aplacó Juno por los ruegos de Júpiter, recobró Iö su perdida forma, y quedó como ántes: se cae el pelo de que estaba cubierta; desaparecen los cuernos; sus ojos se estrechan mas; la boca queda mas pequeña; los brazos y manos toman su primera figura; y dividiéndose la pesuña de los pies se convierte en cinco

dedos: en una palabra, no conserva otra cosa de becerra sino la extremada blancura. Se levanta la Ninfa contenta, viendo que podia usar ya de solos dos pies; pero no se atreve á hablar, temiendo prorumpir aun en bramidos, como quando estaba convertida en becerra; y con bastante miedo repite entre sí las palabras que tanto tiempo tenia interrumpidas. Ahora es venerada por Diosa[1] de los que visten solo ropages de lino;[2] y se cree que esta es la madre de Epafo, á quien tuvo del gran Júpiter, tributándosele en todas las ciudades los mismos honores que á su madre.

Hubo un Faeton, hijo del Sol, que tenia la misma edad é inclinaciones que Epafo; mas este, ofendido de su presuncion, y de que se gloriaba igualarse á él, engreido de tener á Febo por padre, le habló de esta manera: „Tú neciamente crees á tu madre en todo quanto te dice, y así estás orgulloso con la opinion errada de un fingido progenitor." Avergonzado Faeton, ocultó con el pudor su ira, é inmediatamente pasó á referir á su madre Climene[3] los oprobios que acababa de oir. „Y para que mas te muevas, ó madre, la dice: yo, aquel que soy tan atrevido y libre en hablar, callé por entónces. Es una mala vergüenza que haya habido atrevimiento para decirnos estos ultrajes, y que no hayamos podido contradecirlos. Por tanto, si es cierto que puedo gloriarme de tener á un Dios por padre, dame pruebas de mi nacimiento, y pon en claro que es celestial la sangre que corre por mis venas." Luego que acabó de hablar, se abrazó al cuello de su madre, y la rogó por su vida, por la de Merope[4] su esposo, y por los casamientos de sus hermanas, le diese señales de su legítimo padre.

No sé si conmoviéron mas el corazon de Climene los ruegos de Faeton, ó la ira que agitaba su espíritu por un delito que se le imputaba; y así levantó ámbas manos al cielo, y dirigiendo la vista hacia el Sol: „Te juro,

hijo mio, dixo, por este resplandor adornado de tan refulgentes rayos, que nos oye y ve, que tú eres hijo de este Sol que miras, de este Sol que gobierna todo el mundo. Él mismo me niegue sus luces, y sea este el dia postrero de mi vida si no te digo la verdad. Ademas que no te es muy difícil visitar los lares de tu padre: la casa de donde nace dista poco de nuestra tierra. Si te animas, ve y sabrás de él mismo tu orígen." Luego que Faeton oyó este discurso de su madre, salió lleno de regocijo, y ya se creia estar dentro del cielo. Atraviesa la Etiopia y las provincias de los Indios,[5] que habitan debaxo del Sol, y llega con prontitud al claro y paterno Oriente.

* * *

Notas

1. Con el nombre de Isis.

2. De los Egipcios, que solo se visten de estas telas, Iö, vuelta á su antigua figura, casó con Osiris, enseñó las letras á los Egipcios, y el uso del lino, por cuyos motivos la veneráron por Diosa.

3. Ninfa, hija del Océano y Tetis.

4. Marido de Climene, con quien casó despues de haber tenido á Faeton de Apolo.

5. Pueblos del Oriente, llamados así del rio Indo.

Tomo I · Libro segundo

Libro segundo

ARGUMENTO.

Faeton injuriado por Epafo, el qual se atrevió á decirle que Apolo no era su verdadero padre, sube al alcázar del Sol, y le pide gobernar por un solo dia su carro en prueba de su legítimo nacimiento. Habiendo logrado su gusto, abrasa toda la tierra por no saber dirigirle, y los Etíopes se vuelven Negros. Es herido Faeton por un rayo, que le quita la vida; y despues de llorar algun tiempo esta desgracia sus hermanas y su pariente Cicno, aquellas son transformadas en árboles, y este en cisne. Con esta ocasion baxa Júpiter á recorrer todo el universo; y habiéndole vuelto á su antiguo estado, se enamora de Calixto, y la viola tomando la figura de Diana. Llena de ira Juno por esta accion, transforma á Calixto en Osa, y la hubiera quitado la vida su hijo Arcas, si Júpiter no lo estorbara, colocando á ámbos entre las estrellas. Quejándose Juno de este suceso al Océano, fué llevada al cielo en hombros de pavos reales, que poco ha estaban adornados de varios colores; así como hacia poco tiempo que el cuervo habia sido mudado de blanco en negro, por haber descubierto temerariamente el adulterio de Coronis, por no hacer caso de los consejos de Cornice, que le habia referido su transformacion en corneja, y la de Nictimene en lechuza.

Ociroe es transformada en yegua, por haber pronosticado las aventuras de Esculapio. Quiron, padre de ella, invocó en vano el auxilio de Apolo; porque este Dios, hecho pastor en los campos de Mesena, no haciendo caso ya de las vacas, se ocupaba en otra cosa, lo que dió ocasion á Mercurio para que se las hurtase; cuyo robo no le vió sino Bato, á quien por su perfidia convirtió Mercurio en piedra de toque. Despues entrando en Ática se enamoró de Herse, hija de Cecrope, de quien teniendo envidia su hermana Aglaura, fué convertida en peñasco. Últimamente Júpiter, habiendo mandado que la vacada de Agenor fuese conducida á la playa, tomando forma de toro, llevó á Europa por el mar á la isla de Creta.

* * *

Fábula primera

FAETON SUBE AL PALACIO DEL SOL, Y CONSIGUE GOBERNAR SU CARRO POR UN DIA.

El palacio del Sol era elevado por sus altas colunas, insigne por el oro que brillaba en él por todas partes, y por el carbunclo que centelleaba. Su techo estaba cubierto de marfil bruñido, y las puertas resplandecian con el brillo de la plata: la obra excedia á la preciosidad de la materia; porque Vulcano[1] habia esculpido en ella los mares que rodean la mitad de la tierra; la redondez de esta, y el cielo que la sirve de bóveda; en el agua estaban cinceladas sus divinidades; el sonoro Triton;[2] el desconocido Proteo;[3] Egeon[4] oprimiendo con sus brazos monstruosas ballenas; Doris[5] con sus hijas, unas nadando, otras sentadas en las rocas como enxugando sus mojados cabellos, y otras conducidas por los mismos peces. Estas Ninfas no tienen el mismo semblante, aunque no es tan desemejante que no se las pueda conocer por hermanas. La tierra tenia de relieve los hombres, ciudades, selvas, fieras, rios, Ninfas y demas Deidades del campo. Sobre todo esto estaba puesta la brillante esfera del cielo y los doce signos del Zodiaco,[6] seis á las puertas de la derecha, y seis á las de la izquierda. Luego que Faeton llegó al palacio por un árduo camino, y entró en la casa de su

dudoso padre, inmediatamente se dirige á su presencia; bien que se quedó algo distante porque no podia sufrir mas de cerca su resplandor. Estaba sentado Febo, vestido de púrpura, sobre un trono resplandeciente con brillantes esmeraldas: tenia á sus costados los dias, los meses, los años, los siglos, y las horas dispuestas á igual distancia. La Primavera estaba allí coronada de flores: el Estío desnudo con corona de espigas: el Otoño sucio en accion de pisar las uvas; y el erizado Invierno con su cabellera plateada. El Sol, colocado en medio de esta corte, vió con aquellos ojos con que todo lo registra al jóven Faeton, que estaba atónito con la novedad de todas aquellas maravillas, y le dice: „¿Qual es la causa de tu venida? ¿Qué buscas en este alcázar, Faeton, hijo querido de tu amante padre? ¡Ó luz comun de todo el mundo! responde el jóven: ¡ó padre Febo! si me permites usar de este nombre, y si Climene no oculta su culpa con mentidas apariencias, te suplico me des pruebas seguras que hagan conocer á todo el universo que soy tu hijo, y desvanece esta duda de mi corazon." Habia dicho esto el jóven, quando el padre, deponiendo los resplandecientes rayos que rodeaban su cabeza, le mandó acercarse mas, y abrazándole: „No mereces, le dice, que yo niegue que eres mi hijo: Climene te ha dicho tu verdadero nacimiento; y para que no te quede duda alguna, pídeme la gracia que quieras, seguro de conseguirla: y tú, formidable laguna,[7] por quien juran los Dioses, y que mis rayos jamas han descubierto, sé testigo de mis promesas." Apénas habia acabado de hacer este juramento, quando Faeton le pide que le permita manejar su carro, el mando y señorío de los alados caballos por solo un dia. Se arrepintio el padre de haber jurado; y moviendo tres y quatro veces la venerable cabeza, dixo; „He sido un temerario en concederte lo que me has pedido. ¡Oxalá pudiese no cumplir

lo prometido! lo confieso, hijo: esto solo te negaria; pero aun me es permitido disuadirte. Tu deseo es arriesgado: grandes cosas pides, Faeton; y unos dones superiores á tus fuerzas y á tus cortos años. Tu condicion es mortal; lo que deseas es permanente;[8] é ignorante solicitas lo que no es permitido á los Dioses mismos conseguir. Estos podrán confiar de sí mismos quanto quieran; pero el conducir el ardiente carro que alumbra al mundo, está reservado á mí solo. El mismo Júpiter, siendo el que gobierna todo el universo, y que arroja los rayos con su terrible diestra, no le podrá manejar; ¿y quién es superior á Júpiter? Es tan áspero el principio del camino, que aun á mis caballos, quando salen de refresco por la mañana,[9] les es dificultoso superarlo; y es altísima la bóveda del cielo, desde donde me da miedo muchas veces mirar á la tierra y al mar, y me palpita el corazon de sobresalto. El fin de la jornada está cuesta abaxo, y por esta causa se necesita de un mas diestro y especial manejo; y este peligro es tan grande que aun la misma Tetis,[10] que me recibe en sus ondas,[11] suele temer no me precipite. Á todo esto has de juntar el continuo movimiento con que el cielo es arrebatado, y arrastrando consigo las mas altas estrellas[12] las hace dar vuelta aceleradamente: yo, aunque con algun esfuerzo, tomo un movimiento contrario, y no me lleva tras sí el ímpetu que á los demas; ántes bien hago un rumbo del todo opuesto á la rapidez del orbe. Figúrate que te he confiado la direccion de mi carro; ¿qué harás? ¿Tendrás fuerzas para resistir á los volubles polos,[13] y evitar que te arrebate su precipitado exe?[14] ¿Acaso imaginas, que hallarás en este camino bosques, ciudades, casas y templos? No es así, porque el camino está lleno de asechanzas, y de figuras de horribles fieras. Y aunque sigas el camino sin extraviarte, es forzoso que pases por entre los cuernos del contrapuesto Toro, por los

arcos Hemonios,[15], por la boca del furioso Leon, por entre el Escorpion, que encorva sus nocivos brazos ocupando un largo espacio, y por el Cancer, que tuerce los suyos de distinta manera. Por otra parte no será fácil que tú puedas gobernar mis fogosos caballos, que siempre ardientes arrojan fuego por boca y narices. Apénas se sujetan á mí quando llegan á acalorarse, y se resisten al freno. Así que, hijo mio, no pretendas que yo te conceda una gracia tan perjudicial: muda de designio, supuesto que aun tienes tiempo. Tú me pides señales ciertas que te aseguren ser mi hijo; no puedo darte otras mas infalibles que el temor que me inspira el riesgo á que quieres exponerte. Con un temor paternal te pruebo ser tu padre. Mira, observa mi semblante; ¡y oxalá que pudiesen tus ojos penetrar mi corazon, para que vieses en su interior los sobresaltos paternales! Por último, hijo mio, exâmina todo lo mas exquisito que hay en el mundo, y pide lo mas apreciable que en sí contienen la tierra, el mar, y el mismo cielo, seguro de obtenerlo; solo una cosa te prevengo, y es que esto mas seguramente es castigo que honor: una pena pides por gracia, Faeton. ¡Ah! ¿para qué me abrazas con tanto cariño, ignorante? Tendrás lo que pides, no lo dudes; lo he jurado por la Estigia; pero tú, hijo mio, sé mas cuerdo en tus peticiones." Con esto dexó de reconvenirle; pero Faeton no mudó por lo tanto de resolucion; y oponiéndose á todas las razones de su padre, se mantiene en su propósito, y arde en deseos de conducir el carro. El padre, pues, deteniéndose quanto pudo, lleva á su hijo al sitio en donde estaba el carro, que era obra de las manos de Vulcano. El exe, la lanza y las ruedas eran de oro, y los rayos de plata: los crisólitos y piedras preciosas colocadas con simetría, daban nuevo resplandor al reflexo de Febo. Miéntras se admira de todo el animoso Faeton, y registra aquella magnífica obra, he

aquí que la vigilante Aurora abre las purpúreas puertas del Oriente, y sus atrios sembrados de rosas.[16] Desaparecen las estrellas[17] que recogió el lucero de Vénus,[18] retirándose el último. Pero el Sol, viendo que la tierra y el mundo se ponian roxos, y que la Luna se iba retirando, mandó á las veloces horas[19] que unciesen los caballos. Lo executan prontamente las Diosas, y sacan de los altos pesebres á estos exhalando fuego, satisfechos de ambrosía, y les ponen los frenos resonantes. Entónces el padre ungió el rostro de su hijo con sagrado ungüento, llenándole de fortaleza, para que no le incomodasen las llamas; ciñó su cabeza con los rayos; y repitiendo en su solícito pecho muchos suspiros, como presagios del llanto, le habló de esta manera: „Si puedes someterte á lo ménos ya á los últimos consejos de tu padre, no uses ¡ó jóven! de espuelas; maneja fuertemente las bridas, porque ellos por sí mismos se adelantan; la dificultad consiste en refrenar su fogosidad. No camines por alguna de las cinco zonas[20] por estar derechas; hay allí una senda obliqua[21] cercada de tres círculos, y que se aparta de los polos Árctico y Antárctico, que está junto al Aquilon. Por ella has de ir, como podrás observarlo en las señales que las ruedas han dexado estampadas. Y para que el cielo y la tierra participen igualmente del calor, es necesario que ni baxes ni subas demasiado el carro. Haciendo lo primero quemarás el cielo, y con lo segundo abrasarás la tierra: irás mas seguro por el camino del medio; y para que ni la rueda de la derecha te lleve hácia el dragon torcido,[22] ni la de la izquierda te guie á la ara oprimida,[23] camina entre estas dos constelaciones. Todo lo demas lo dexo á la fortuna, la que te deseo favorable: y quiero que tenga mas cuenta contigo, que tú la tienes de tu propia persona. Pero miéntras hablo, la noche ha terminado su carrera en la playa Hesperia;[24] no puedo detenerme mas, porque soy llamado. La

Aurora resplandece ya, disipadas las tinieblas: toma las riendas en la mano; y si aun tu corazon puede mudarse, prefiere mis sabios consejos al deseo de conducir mi carro; todavía puedes, y aun te hallas en lugar seguro, y puesto que no oprimes los exes, que temerariamente deseas, dexa que yo alumbre la tierra, que tú puedes mirar seguro." Faeton, sin escuchar las advertencias de su padre, ocupa el carro, ligero con un cuerpo tan liviano; se sienta en él, y gozoso de tomar las riendas en la mano, le da gracias de un favor que contra su voluntad le habia concedido.

Entre tanto los quatro alados caballos del Sol, Piroó, Eóo, Eton y Flegon, llenan el ayre de ardientes relinchos, é inquietos sacuden con los pies el pavimento de las caballerizas. Luego que los arrojó Tetis, sin prever la triste suerte de su nieto, y se manifestó todo el universo, tomáron velozmente el camino, y moviendo sus pies por los ayres, separan las nieblas que se les oponian; y sostenidos de las alas, pasan los Euros,[25] que nacian de la misma parte. Pero la carga era demasiado ligera, tanto que los caballos del Sol no la podian sentir, por carecer del yugo de su acostumbrado peso; y á la manera que las corvas naves, que no tienen el lastre suficiente, andan vacilantes por las olas, del mismo modo salta en el ayre el carro, falto de la acostumbrada carga, y se levanta en alto como si estuviera vacío. Luego que los caballos sintiéron esto, saltan y dexan el camino ordinario, corriendo desordenadamente. Se atemoriza Faeton; desconoce el manejo de las riendas que le habia entregado su padre, y el camino por donde debia guiarles, y aun quando lo supiera, no sabia como gobernarles. Entónces se abrasáron primeramente los helados Triones,[26] y tentáron en vano sumergirse en el Océano, donde no les es permitido entrar; y el Dragon, vecino al helado polo,[27] siempre entorpecido de frio, y á quien nadie habia

jamas temido, sintió los efectos del calor, y se enfureció con sus ardores. Dicen que tú tambien huistes turbado, Bóotes,[28] aunque eras tardo, y tu carro te detenia. Luego, pues, que el infeliz Faeton vió desde el alto cielo la tierra, descubierta por una y otra parte, se explayó en su rostro la palidez, y de repente empezáron á temblarle sus rodillas, y á cubrirle sus ojos las tinieblas nacidas de tanta luz.[29] Ya quisiera no haber tocado los caballos de su padre; ya le pesa haberle conocido, y haber alcanzado lo que le pidió; y ya finalmente quisiera llamarse hijo de Merope. Es llevado así como la nave arrebatada del furioso Boreas, cuyo piloto ha desamparado el timon, dexándola encomendada á los ruegos y á los Dioses. ¿Qué haria en tal situacion? Mucha parte del cielo dexaba ya á las espaldas; pero era mayor la que tenia ante los ojos; mide en su interior estos dos espacios: unas veces mira al ocaso, adonde no le permiten llegar los Hados, otras, por último, mira al Oriente; y sin saber que hacer, se pasma, no suelta las riendas, ni puede refrenarlas, ni se acuerda de los nombres de los caballos; y ve tambien, trémulo, cosas estupendas á cada paso esparcidas por el cielo, y los simulacros de las grandes fieras.

Hay un lugar donde el Escorpion[30] doblega sus brazos en dos arcos semejantes, y los extiende por todo el espacio de dos signos[31] que forma, encorvando la cola y brazos por una y otra parte. Quando el jóven Faeton vió á este monstruo cubierto del negro veneno que exhalaba, y que amenazaba herirle con la punta de la cola, perdió enteramente el sentido, y afloxó las riendas con un frio temor; luego que estas tocáron las anchurosas espaldas de los caballos, se separan; y viéndose sin conductor, se van por los vientos de desconocida region: se precipitan desordenadamente por donde el ímpetu los lleva; y se remontan hasta las estrellas, que estan fixadas

debaxo del alto cielo, arrebatando por extravíos al carro: unas veces caminan por las alturas, otras por lugares baxos y caminos pendientes, ó mas inmediatos á la tierra. La Luna se admira de ver correr los caballos de su hermano por el orbe inferior al suyo, y las nubes abrasadas empiezan á despedir humo. La tierra mas encumbrada se quema con las llamas, y dividida, hace aberturas, secándose con la falta de humedad. Los pastos se ponen roxos, los árboles se queman con sus hojas, y las áridas mieses dan materia á su daño; pero todo esto es nada. Las ciudades perecen con sus muros, y el incendio reduce á cenizas todas las gentes con sus pueblos: arden las selvas y montes: arde el Atos, el Tauro de Cilicia, el Tmolo, el Oeta, el monte Ida, ahora seco, y ántes célebre por sus fuentes; el virgíneo Helicon, el Hemo, que aun no habia visto á Orfeo.[32] Arde inmensamente el Etna[33] con el fuego interior y exterior, el Parnaso con sus dos cumbres, el Erix, el Cintio y el Otris; el Rodope, que vió entónces derretirse sus nieves, el Mimas, el Didimo, el Micale y el Citeron, hecho para los sacrificios. De nada sirven á la Escitia sus frios: arde el Cáucaso y el Osa con el Pindo, arde el Olimpo, superior á entrambos, los encumbrados Alpes, y el Apenino cubierto de nubes. Entónces mira Faeton al universo encendido por todas partes: no puede sufrir tanto ardor; percibe con el aliento el aura encendida como quando sale de un profundo horno; siente que su carro se quema; ya no puede resistir las cenizas y pavesas que saltaban de todas partes; ya se halla rodeado de ardiente humo; y cubierto de una negra obscuridad, no sabe donde está, ó adonde vaya, y es arrebatado al arbitrio de los alados caballos. Creese que los pueblos de los Etíopes traen el color negro de la sangre que entónces salió á la superficie del cuerpo. Entónces fué tambien quando la Libia se volvió árida, consumida su humedad con el calor, y las

Ninfas, con los cabellos sueltos, lloráron la pérdida de las fuentes y lagos. La Beocia lamentó á Dirce, Argos á Antimon, Corinto á las ondas Pirenidas. Tampoco los rios, que lográron riberas distantes de este sitio, quedan exêntos: humeó el Tanais en medio de sus aguas, el viejo Penéo, el Teutrantéo, el Caico, el ligero Ismeno y el Erimanto, como igualmente Xanto,[34] que habia de arder segunda vez. El roxo Licormas, el Meandro, que se divierte en las torcidas ondas, el Melas, que corre en Mygdonia, el Eurotas, vecino del Tenario, el Eufrates,[35] que atraviesa por Babilonia; ardió el Oroste, el ligero Termedon, el Ganges,[36] el Fasis y el Danubio. Hierve Alseo, arden las riberas del Esperquio, y con el fuego corre el oro que el Tajo[37] arrastra en sus arenas. Se quemáron en el Caistro los cisnes, que con su dulce canto habian hecho célebre las riberas Meonias. Huye amedrentado el Nilo á las extremidades del mundo, y ocultó su cabeza, que aun ahora se desconoce.[38] Sus siete bocas quedáron reducidas á siete valles secos, y llenos de polvo. Toca la misma suerte al Hebro y Estrymon,[39] que riegan la Tracia, y á los rios occidentales, Rhin,[40] Ródano, Po y Tibre, á quien se le habia concedido el imperio del mundo.[41] Es hendida la tierra por todas partes; y la luz que penetró por las brechas que abrió hasta los infiernos, amedrenta á Pluton y Proserpina. El mar se estrecha, y se hace un campo de arena lo que poco ántes era agua: los montes, que cubrian las olas, se viéron entónces, y aumentáron el número de las apartadas Cicladas.[42] Se van á lo profundo los peces: y no se atreven los delfines á levantarse á los vientos sobre la superficie del mar, como acostumbraban. Nadan exânimes sobre las aguas los cuerpos de las Focas.[43] Aseguran tambien que aun el mismo Nereo, Doris, y sus hijas, se escondiéron en los cálidos retretes. Y que Neptuno, con cruel semblante, tres veces intentó

sacar los brazos de las aguas, y otras tantas el ardor del ayre le obligó á esconderlos.

No obstante la sagrada Tierra, como estaba rodeada del mar entre las aguas del Piélago, y las fuentes que se habian congregado de todas partes para ocultarse en su seno, levantó seca hasta el cuello su cabeza, que tan fecunda era en otro tiempo: se puso la mano en la frente, é infundiendo en todas las cosas un horroroso temblor, se sentó un poco, y se halló mas abaxo de lo que solia estar, y con voz santa habló de este modo: „Si esta es tu voluntad, supremo Dios, y yo lo he merecido; ¿para qué cesan tus rayos? Permítaseme, si he de perecer á la fuerza del fuego, que perezca con el tuyo, y aliviaré mi desgracia, recibiéndola de mano de mi Autor." Apénas pudo abrir la boca para articular estas solas palabras, porque el calor habia desecado sus fauces. „Mira mis cabellos tostados, mis ojos cubiertos de humo, y mi rostro de cenizas. ¿Es este el fruto que espero? ¿Esta recompensa me das en premio de mi fertilidad, y del servicio que hago en sufrir las hendiduras que me hace el corvo arado y los rastrillos, viéndome combatida todo el año? Esta es la recompensa de suministrar pastos á las bestias, al hombre frutos, y alimentos suaves, y á vosotros el incienso. Haya yo merecido en hora buena esta destruccion; pero ¿en qué la han merecido las aguas? ¿en qué mi hermano?[44] ¿Por qué se disminuyen los mares que le tocáron en suerte, y estan mas distantes del cielo? Pero si no te conmovemos mi hermano y yo, á lo ménos compadécete de tu cielo. Mira á una y otra parte, y verás humear ámbos polos; y si el fuego llegare á apoderarse de ellos, vendrá á ser reducido á ceniza tu mismo palacio. Mira padecer al mismo Atlante,[45] y que apénas puede sostener en sus hombros el ardiente cielo. Si perecen el mar, la tierra y los cielos, serémos confundidos

en el antiguo caos: si ha quedado aun alguna cosa, líbrala de las llamas, y mira por el universo." Este fué el discurso de la Tierra; y no pudiendo resistir mas el calor, ni seguir hablando, ocultó su cabeza en su centro hasta llegar á las cavernas mas inmediatas al profundo infierno.

* * *

Notas

1. Vulcano, llamado Mulciber de ablandar el hierro, habia esculpido en la puerta del palacio del Sol los quatro elementos con todos sus animales.

2. Triton, como ya se ha dicho, clarinero de Neptuno.

3. Proteo vestia tantas formas, que no se le podia conocer.

4. Egeon, un Gigante, hijo de la tierra y el mar, que se dice tenia cien brazos.

5. Doris, muger de Nereo, de quien tuvo una multitud de hijas, que llamáron Nereydas.

6. Dice que el círculo Zodiaco estaba tambien grabado con sus doce signos, que se llaman: Aries, Tauro, Géminis, Cancer, Leon, Virgo, Libra, Escorpion, Sagitario, Capricornio, Aquario y Piscis.

7. La Estigia, por quien temian jurar los Dioses.

8. El carro del Sol es incorruptible.

9. Sigue la opinion del vulgo, que cree que el Sol y sus caballos descansan de noche.

10. Muger del Océano.

11. Cree el vulgo que el Sol se oculta en el Océano; pero no es así.

12. Las estrellas fixas, que dan vuelta juntamente con el cielo.

13. Polos son los dos extremos puntos de la esfera, á cuyo rededor da vuelta el cielo.

14. Es una línea que atraviesa por el centro de polo á polo.

15. El Sagitario.

16. La antigüedad consagraba á la Aurora las rosas.

17. Sigue tambien al vulgo, que cree se retiran las estrellas al rayar el dia: las estrellas son

fixas; pero dexan de brillar luego que viene la Aurora.

18. Consagrado á Vénus.

19. Se dice que las horas cuidan de los caballos del Sol, porque parece que ellas nacen de su curso, ó por mejor decir, se regulan y distinguen.

20. Que se llaman cíngulos ó zonas. El cielo está dividido en cinco círculos de igual distancia unos de otros, á saber: Árctico, Antárctico, Trópico de Cancro, Trópico de Capricornio y el Equador.

21. El Zodiaco, llamado obliquo, porque corta al Equador, y llega así al Cancro y Capricornio.

22. Al polo Árctico, donde yace la tortuosa serpiente muerta por Hércules, y colocada por Juno entre las estrellas.

23. Al Antárctico, donde está el ara de los Dioses. Los Poetas fingen que esta ara fué en la que hiciéron los Gigantes sacrificios y la conjuracion para la guerra contra los Dioses, y que estos la trasladáron al cielo.

24. En el Occidente.

25. Viento solano, que nace del Oriente.

26. El carro de las siete estrellas, que está al Septentrion, no tienen ocaso, y por esa razon dicen no entráron en el mar.

27. El Árctico, como queda dicho.

28. Fingen que Bóotes guiaba el carro de los Triones, y este andaba lentamente.

29. La mucha luz ofusca la vista.

30. Uno de los doce signos del Zodiaco.

31. Con los brazos forma el signo de Libra, y con la cola el Escorpion.

32. En este monte fué despedazado Orfeo por las Bacantes furiosas; y como este era hijo de Oeagro, tomó despues el nombre.

33. Siempre está despidiendo fuego.

34. Rio de Troya, que ardió una vez con el fuego de Vulcano contra Aquiles á ruego de Vénus.

35. Celebérrimo rio del Asia.

36. Rio de las Indias bien conocido.

37. Rio de España, que lleva las arenas de oro.

38. Se ignoró su nacimiento: mas ahora se sabe le tiene en la Etiopia.

39. Dos rios de Tracia, que desaguan en el mar Egeo.

40. De Italia.

41. Á sus moradores, que eran los Romanos, pues este rio pasaba por medio de Roma. Sinécdoque, el continente por el contenido.

42. Islas del mar Egeo.

43. Animales marinos que mugen como bueyes.

44. Neptuno, hermano de la Tierra.

45. Fingen que este Gigante sostenia en sus hombros el cielo: dió á esto motivo el haber sido el primero que dió principio á la Astronomía.

Fábula II

FAETON ES HERIDO DE UN RAYO.

Pero el Padre omnipotente, haciendo ver á los Dioses, y al mismo Febo que le habia entregado el carro, que iban á arruinarse todas las cosas, segun el fatal hado, si no se acudia con prontitud al socorro, subió á lo mas alto del Olimpo, de donde suele enviar las nubes á la tierra, y de donde hace resonar los truenos, y arroja los rayos; pero no teniendo entónces nubes que enviar, ni lluvias que poder arrojar del cielo, truena y arroja contra el Cochero[1] un rayo vibrado con todo el impulso de su brazo poderoso, con que le quita la vida, y á un mismo tiempo el carro, matando de este modo un fuego con otro fuego. De este modo se apagó el fuego con el mismo fuego. Se espantan los caballos, y dando un salto hácia atras, sacan el cuello del yugo, dexando las riendas rotas. Aquí quedan los frenos, allí el exe apartado de la lanza, en otra parte los rayos de las ruedas hechas mil pedazos; y finalmente por todas partes quedáron esparcidos despojos del derrotado carro. Cae de cabeza Faeton, abrasándole las llamas sus rubios cabellos, y es llevado por los ayres un dilatado trecho, así como muchas veces lo es una exhalacion, que, estando el cielo sereno, nos parece haber caido, aunque en realidad no cae. El Erídano le recibió en una region muy

distante de su patria,[2] y le lavó su rostro cubierto de espuma.

* * *

Notas

1. Faeton.

2. Vino á caer en el Erídano ó Po, rio de Italia, region muy distante de la Etiopia su patria.

Fábula III

LAS HERMANAS DE FAETON TRANSFORMADAS EN ÁRBOLES, Y CICNO EN CISNE.

Las Ninfas de la Hesperia[1] dan sepultura al cuerpo, que aun humeaba con la llama de tres puntas, entallando en su sepulcro este epitafio.

AQUÍ YACE FAETON, COCHERO DEL CARRO DE SU PADRE, QUE AUNQUE NO LE RIGIÓ CON FELICIDAD, LO EMPRENDIÓ SIN EMBARGO CON ARROGANCIA JUVENIL.

Entre tanto su miserable padre habia inundado su rostro con el triste llanto;[2] y si se ha de creer la tradicion, no hubo sol un dia, y el mismo incendio sirvió de luz al mundo, hallándose de este modo alguna utilidad en medio de tanta desolacion. Pero Climene,[3] despues de prorumpir en todo lo que es propio de una madre sitiada de semejantes penas, recorre todo el mundo, llorosa, loca, rasgando sus vestidos y seno. Buscaba primeramente los miembros muertos de su hijo, y despues eran sus cuidados los huesos, que halló por último casualmente sepultados en tierra extraña. Sentóse en aquel sitio, y leyendo el nombre que estaba grabado en el mármol, le regó con sus lágrimas, calentándole despues con su desnudo

pecho. Lúgubres llantos tributan á la muerte tambien las Heliadas;[4] consolándose de este modo vana é inútilmente, é hiriéndose el pecho con las manos, llaman de dia y noche á Faeton, que ya no puede escuchar sus compasivas quejas, y permanecen postradas sobre su sepulcro. Quatro veces habia iluminado la luna toda su redondez, uniendo sus puntas brilladoras,[5] y ellas continuaban sus lamentos (pues el uso se habia trocado ya en naturaleza) quando Faetusa, que era la mayor de las hermanas, queriendo sentarse en tierra, se quejó de habérsele endurecido los pies. Fué detenida, al ir á socorrerla la blanca Lampecia, con raices nacidas repentinamente; la tercera arranca hojas con sus manos, quando solo intentaba arrancarse los cabellos. Una se queja de que sus piernas se transforman en troncos: otra de que sus brazos se vuelven ramas; y miéntras estan admiradas con este prodigio, empiezan á cubrirse los muslos de corteza, que por grados ocupa el vientre, pecho, hombros y manos; solo les falta por cubrir la boca con que llaman á su madre. ¿Pero qué habia de hacer esta desdichada sino discurrir por acá y acullá como una loca, y miéntras puede, juntar sus labios amorosos con los de las hijas? No se contenta con esto, se empeña en arrancar sus cuerpos de las raices, y dividir con las manos las tiernas ramas; pero en vano, porque manan de ellas gotas de sangre, como de una herida. No hagas eso, madre, claman ellas heridas. Madre, rogámoste no lo hagas, porque nuestro cuerpo es despedazado en el árbol con los esfuerzos que haces. Quédate ya con Dios. Á estas últimas palabras acabó de cubrirse su boca con corteza. Corren lágrimas de estos árboles;[6] y el ámbar,[7] que destilan sus ramas, se endurece con el sol; la cristalina corriente le recibe, y lleva para uso de las matronas Romanas.

Presenció este prodigio Cicno, hijo de Esteneleo, quien, aunque estaba

unido á Faeton, por el parentesco materno, lo estuvo mas por la amistad. Este Príncipe, Señor de muchas poblaciones de Liguria,[8] y de populosas ciudades, dexando sus Estados, se fué á las riberas del Erídano, y las llenaba de quejas, como igualmente á las selvas aumentadas por las hermanas de Faeton, quando la voz se le disminuye, y sus cabellos se le mudan en blancas plumas; del pecho le sale el cuello largo, y la juntura liga á los roxos dedos; y un pico redondo ocupa la boca; en una palabra, Cicno se transforma en cisne, ave nueva; pero acordándose del fuego, que tan injustamente arrojó Júpiter, no mira al cielo, ni á aquel; habita los estanques y espaciosos lagos, eligiendo por su morada á los rios, cosa contraria al fuego, que tanto aborrecia.[9]

Entre tanto Febo, desaliñado y privado de su hermosura, como quando se ve eclipsado, se aborrece á sí mismo, á la luz y al dia: se entrega á la tristeza; con ésta aumenta su ira, y no quiere alumbrar al mundo: bastante, dice, he trabajado desde el principio de él, y estoy pesaroso de un no interrumpido trabajo, que no me sirve de honor. Gobierne qualquiera otro el carro que lleva la luz; y si no hay ninguno, y confiesan todos los Dioses que no pueden, gobiérnele el mismo Júpiter, para que á lo ménos, y miéntras maneja mis riendas, dexe los rayos, que han de privar á los padres de los hijos. Pues quando vea por la experiencia el ímpetu de los ardientes caballos, conocerá que no fué digno de muerte el que no los gobernó bien. Á estas palabras rodean al sol todos los Dioses, y con rendidas voces le suplican no quiera introducir en el mundo las tinieblas. Tambien Júpiter se disculpa de haber arrojado el rayo, é imperiosamente añade las amenazas á los ruegos. El Sol recoge los caballos furiosos, y aun sobresaltados del terror, y castigándolos con la espuela y el látigo, se enfurece, y les da en

rostro con la suerte desventurada de su hijo, imputándoles su muerte.

* * *

Notas

1. Las Ninfas de Italia.

2. Por el efecto que causa. *Meton.*

3. Madre de Faeton, como queda dicho.

4. Hermanas de Faeton, hijas del Sol: eran tres llamadas Faetusa, Lampecia y Feba, ó Lampetusa.

5. Habian pasado quatro meses. Perífrasis.

6. Estos fuéron álamos blancos. Como las hermanas de Faeton tuviesen tanta pena por su pérdida, y derramasen tantas lágrimas, condolidos los Dioses, las transformáron en estos árboles, y les concediéron que las gotas que destilasen, cayendo en el agua, se endureciesen con el sol, y quedase el ámbar.

7. Ámbar es un betun amarillo, congelado y transparente. Las Señoras estilan mucho sus cuentecitas.

8. Su capital Génova.

9. El cisne es muy cálido por su naturaleza.

Fábula IV

CALIXTO ENGAÑADA POR JÚPITER.

Pero el Padre omnipotente recorre el grande ámbito del cielo, y registra si hay alguna cosa maltratada de la violencia del fuego que amenace ruina; y viendo que todas estaban en su vigor, vuelve la vista á la tierra, y á los trabajos de los hombres.[1] Sin embargo tiene particular cuidado de su Arcadia;[2] renueva sus fuentes y rios, que no se atrevian aun á correr. Hace que la tierra produzca yerbas; viste los árboles de hojas, y manda que reverdezcan las selvas destruidas. Miéntras discurre por acá y acullá, fixó su atencion en la doncella Nonacrina,[3] y el amor que le causó su vista, le penetró hasta los huesos. Esta hermosa Ninfa no se ocupaba en hilar, ni en componerse los cabellos, sino que despues que recogia con un cíngulo sus vestidos, y con una blanca cinta sus desaliñados cabellos, echaba mano unas veces del ligero venablo, y otras del arco; era compañera de Diana, y no tuvo otra Menalo,[4] que mas agradase á Trivia,[5] pero ningun poder hay durable.

Ya habia pasado el sol del medio dia, quando ella entra en un espeso bosque, al que ningun contratiempo habia destruido. En él se quita de los hombros la aljaba, afloxa el flexîble arco, y se recuesta en el suelo entapizado

de yerba, sirviéndola de almohada la pintada aljaba. Viéndola Júpiter cansada, y sin guarda: „mi muger, dice, seguramente ignorará este hurto, y si lo supiere, poco importa, son burlas, ¡oh! ¡son burlas de mucho precio!" Toma inmediatamente la figura y vestido de Diana; la dice: „Ó doncella, única parte de mis compañeras, ¿en qué collados has cazado hoy?" Ella, levantándose prontamente, „Dios te guarde, dixo, Deidad, á mi parecer, mayor que Júpiter, aun quando él me esté escuchando." Oyelo, y se rie, alegrándose de que le prefiera á sí mismo; la da ósculos poco castos, y ménos dignos de una vírgen. Quando se disponia á contar en qué selva habia cazado, se lo impide abrazándola, y no se descubre, sino intentando un delito. Se resiste ella, y se defiende con quantos medios puede una muger. ¡Oxalá lo hubieras visto, hija de Saturno,[6] pues serias mas compasiva! Defiéndese en efecto; ¿pero qué muchacha ó mortal podrá vencer á Júpiter? Sube este al cielo despues de su victoria. Calixto aborrece aquel bosque y aquella selva, testigo de su delito, de donde al retirarse, casi se olvidó de recoger la aljaba con las flechas y el arco que habia colgado de un árbol.

* * *

Notas

1. Los estragos que padeciéron con el fuego.

2. Se decia que habia nacido en ella; aunque comunmente se cree que nació en Creta.

3. Calixto: lo mismo que si dixera Arcadia, porque Nonacris, de donde era, es una ciudad y monte de Arcadia.

4. Monte de Arcadia.

5. Diana, adorada en las encrucixadas de tres caminos.

6. Juno.

Fábula V

CALIXTO ARROJADA DE LA COMPAÑIA DE DIANA.

He aquí á Diana, acompañada de su coro, que entra por el alto Menalo, orgullosa con las fieras que habia cazado; ve á Calixto, y la llama; pero ella huye, temiendo que Júpiter estuviese aun transformado en Diana; mas despues que conoció que las Ninfas andaban igualmente, se acerca á ellas persuadida á que no habia engaño. ¡Ah! ¡quán difícil es que no salga á la cara un delito! No se atreve á levantar los ojos del suelo; no va al lado de la Diosa, ni la primera de todas sus compañeras, como ántes solia; al contrario, guarda un profundo silencio, y con el rubor da señales de su pudor perdido. Diana, á no ser vírgen, hubiera conocido su culpa por muchos indicios; pero aseguran que las Ninfas la conociéron. Ya la Luna iba caminando á llenar por la nona vez su plateado rostro,[1] quando la Diosa cazadora, fatigada del calor de su hermano,[2] entró en un fresco bosque, del que baxaba un resonante arroyo, y corria por las golpeadas arenas. Despues que alabó aquel sitio, tocó con el pie la superficie de las aguas; y alabándolas igualmente, no hay testigo, dice, que nos vea: bañémonos en sus cristalinas corrientes. Se cubre Parrasia[3] de rubor: las demas Ninfas se desnudan, y ella sola busca dilaciones. Desnúdanla al verla

dudosa, y su delito quedó luego patente. Atónita ella, y queriendo tapar el vientre con las manos, sal de aquí, la dixo Diana, y no contamines estas sagradas aguas; y la mandó apartarse de su compañía.

* * *

Notas

1. Habian ya pasado nueve meses. *Paráfrasis*.

2. El Sol.

3. Calixto.

Fábula VI

CALIXTO TRANSFORMADA EN OSA CREYÓ SER MUERTA POR SU HIJO.

Hacia tiempo que sabia esto la muger del gran Tonante, y habia diferido el castigo para el tiempo conveniente. Pero no hay ya motivo de dilacion, quando habia ya nacido de la adúltera el niño Arcas, cosa muy dolorosa á Juno: luego que viéron á este niño sus airados ojos: „solo, dixo, me faltaba, muger adúltera, ver que fueses fecunda, y que con el parto se hiciera pública mi injuria, y se testificase la infamia de mi marido. No te quedarás sin castigo; yo te quitaré, muger odiosa, la hermosura con que te complaces, y que ha sido de tanto atractivo para Júpiter." Dixo esto, y asiendo sus cabellos por la parte anterior de la cabeza, la hizo dar con la cara en tierra: ella le tendia los brazos pidiéndole perdon, quando empezáron á ponérsele horrorosos con negro vello, á torcerse las manos, y á crecerle en corvas uñas para servirle de pies; el rostro, recreo de Júpiter en otro tiempo, se para disforme con un largo hocico; y porque á nadie puedan mover á compasion sus ruegos y ociosas palabras, pierde tambien el uso de la habla, y solo la queda una voz iracunda, amenazadora y llena de terror, que sale de la ronca garganta. No obstante, aunque convertida en

osa, conserva su antiguo entendimiento, y expresando sus sentimientos con continuos gemidos, levanta las que en otro tiempo fuéron manos al cielo y á las estrellas, é interiormente conoce ingrato á Júpiter, ya que no puede llamárselo. ¡Ah! ¡quantas veces, no atreviéndose á descansar sola en los desiertos bosques, se reclinaba delante de su casa, y en los campos en otro tiempo suyos! ¡Quantas veces se vió obligada á correr entre los peñascos estimulada de los ladridos de los perros! Huye amedrentada de los cazadores, habiendo sido cazadora: muchas veces se ocultó de las fieras que veia, olvidándose de lo que era; y aunque osa, se amedrentaba de los osos que habia en los montes, y temia igualmente á los lobos, no obstante que su padre estaba entre ellos. Preséntase aquí Arcas, descendiente de Licaon, y de quince años de edad, sin saber la desgracia de su madre; y quando persigue á las fieras, quando elige aptos bosques para el intento, y rodea las selvas de Erimanto con texidas redes, encuentra con su madre, que se detiene apénas le ve, dando á entender que le conocia. Él retrocede, é ignorante teme á la que sin cesar clavaba en él los ojos sin moverlos, y no se atreve á llegarse mas cerca. Hubiera traspasado su pecho con el penetrante venablo; pero lo impidió el Padre omnipotente, y separó de allí juntamente á ellos, é impidió la maldad;[1] y arrebatándolos con un rápido viento por los ayres, los colocó en el cielo, é hizo estrellas cercanas. Luego que vió Juno á la adúltera lucir entre las estrellas, se llenó de ira, y se presentó en el mar á la blanca Tetis, y al viejo Océano, á quienes dan mucho honor los Dioses; y al preguntarla la causa de su venida: „¿Quereis saber, les dice, por qué la Reyna de los Dioses se halla aquí abandonando los alcázares del cielo? Otra en mi lugar le ocupa. Tenedme por embustera, si quando la noche obscurece todo el orbe, no viereis honradas en lo alto del cielo á estas

estrellas, deshonor mio, en la misma parte en que el último y mas pequeño círculo[2] rodea con su espacio al extremo del exe. ¿Habrá, pues, quien sienta ofender á Juno, y la tema ofendida, quando solo entre los Dioses hago bien, causando daño?[3] ¡Oh quánto he hecho! ¡quán vasto es mi poder! La privé de ser muger,[4] y la he hecho Diosa: así castigo á los culpados: de este modo es mi poderío engrandecido. Vuélvala Júpiter su antiguo semblante, quítele la figura de fiera, como lo hizo en la Argólica, hermana de Foronéo.[5] ¿Por qué no se casa con ella, repudiando á Juno, la coloca en mi tálamo, y hace á Licaon su suegro? Pero si en vosotros hace mella el desprecio de vuestra alumna ofendida, no concedais á los Septentriones las cerúleas aguas; apartad de ellas á estas estrellas, trasladadas al cielo en castigo del estupro, para que no se bañe en el puro mar una adúltera." Concediéron los Dioses del mar su solicitud; sube á los rápidos ayres la hija de Saturno en su ligero carro, tirado por pintados pavones, tan poco ha estrellados con la muerte de Argos, como, loquaz cuervo, que súbitamente vestias alas negras, habiéndolas tenido ántes blancas; porque esta ave fué antiguamente tan blanca con nevadas plumas, que igualaba á todas las mas blancas palomas. No cederia ni á los patos, que estaban constituidos guardas del capitolio por su voz vigilante, ni al cisne amante de las aguas. Le dañó la lengua, haciendo su loquacidad que el color, que era blanco, fuese ahora contrario á lo blanco. No hubo otra mas hermosa en toda la Tesalia que Larisea Coronis. Agradote ciertamente, Délfico númen,[6] miéntras que, ó fué casta, ó estuvo sin guardas; pero la febéa ave conoció el adulterio; y para manifestar como centinela inexorable el oculto delito, caminaba á su Señor; síguele la parlera codorniz, batiendo las alas para indagarlo todo; y habiendo oido la causa de su viage, „inútil es tu camino,

le dice: no desprecies los presagios de mi lengua.”

* * *

Notas

1. El parricidio que hubiera cometido Arcas.

2. El polo Árctico: este y el Antárctico son los círculos últimos y mas pequeños de todos.

3. Ironía llena de indignacion.

4. Convirtiéndola en osa.

5. Iö: optacion irónica.

6. Apolo.

Fábula VII

CORONIS TRANSFORMADA EN CORNEJA.

Atiende á lo que fui y á lo que soy, pregunta por qué lo he merecido, y hallarás que la fidelidad fué mi ruina; porque en otro tiempo habia cerrado Palas á Erictonio, hijo criado sin madre, en una cesta texida de mimbres de Ática; confiando su custodia á las tres hijas de Cecrope de dos formas;[1] pero con condicion de que no registrasen sus secretos. Yo, oculta entre las ligeras hojas, observaba sus operaciones desde un espeso olmo. Las dos hermanas Pandrosa y Herse guardaban sin fraude lo que se les habia confiado; solo Aglaura llama á las tímidas hermanas, y rompiendo los nudos con sus manos, ven un niño y un dragon puesto junto á él. Doy cuenta á la Diosa de este hecho, por lo que me da una paga tal, que se dice de mí haber sido abandonada de la tutela de Minerva, y pospuesta á la ave nocturna;[2] mi castigo sirva de exemplo á las aves, para que no busquen el peligro en su lengua.

Pero si acaso piensas, que no solo me desechó por esto, sino porque no fui digna de su compañía, te digo que ella me hizo su compañera contra mi voluntad, y sin pedir yo tal gracia. Pregúntaselo, si no lo crees, á la misma Palas, pues aunque ahora está contra mí airada, no te negará esto su enojo.

La historia que te cuento es bien sabida; porque nací del ilustre Coronéo en la region de Fócida: yo era una rozagante doncella (¡ah! no me desprecies), y solicitada de ricos pretendientes. La hermosura fué mi daño; porque paseándome un dia con lentos pasos, como tenia de costumbre, sobre la arena, vióme el Dios del mar, y muy enamorado de mí, despues de haber gastado inútilmente el tiempo en blandas caricias, quiso valerse de la fuerza, y me persigue: yo huyo, y dexo la densa playa; pero en vano corro sobre la blanda arena; y no teniendo otro remedio, imploro la proteccion de los Dioses y de los hombres: á ninguno de estos mueve mi voz; y solo la Diosa de la virginidad[3] se condolió de mí por ser vírgen, y me prestó su socorro: pues quando levantaba yo los brazos al cielo, empezáron estos á ennegrecerse con ligeras plumas. Quando queria arrojar el vestido de los hombros, era ya pluma, y se habia arraygado profundamente en la piel. Quando intentaba herir mi desnudo pecho con las manos, no tenia ya ni uno ni otro. Corria, pero la arena no detenia ya mis pies como ántes, sino que me levantaba sobre la tierra; luego soy elevada por los ayres, y hecha, sin ser culpada, compañera de Minerva. ¿Pero de qué me aprovecha todo esto, quando goza del honor mio Nictimene, hecha ave por un exêcrable delito?[4]

* * *

Notas

1. Se llama de dos formas, porque el medio cuerpo era de serpiente; sus hijas se llamaban Pandrosa, Herse y Aglaura.

2. La lechuza, que como solo ve de noche, esta consagrada á Palas, porque esta Diosa observa y determina con el silencio de la noche.

3. Palas.

4. Nictimene, hija de Nictéo, Rey de Lesbos, prendada de su padre, fué incestuosa con él, y convertida en lechuza.

Fábula VIII

NICTIMENE CONVERTIDA EN LECHUZA.

Porque ¿quién ignora la cosa mas sabida por toda Lesbos? que Nictimene violó el lecho de su padre. Ella ciertamente es ave; acordándose de su culpa, huye de la vista y luz, encubriendo su pudor con las tinieblas, y todas la aves la persiguen en la vasta region del ayre. Al estar diciendo esto, la responde el cuervo, „por vida tuya, que estos agüeros te sean perjudiciales, que yo, por mi parte, los desprecio como vanos." Dichas estas palabras, sigue su camino, y da parte á su señor de haber visto á Coronis acostada con el jóven Hemonio.[1] Tanta fué la turbacion de Apolo al oir el delito de su amante, que se le cae la corona de laurel, se le demuda al mismo tiempo el semblante, dexa caer el plectro, pierde el color, é hirviendo su pecho en ira, toma las armas acostumbradas,[2] doblega el flexîble arco por las dos puntas, atraviesa con el inevitable dardo aquel pecho tantas veces unido al suyo. Gimió herida,[3] y sacando el hierro de la herida, tiñó con la roxa sangre sus blancos miembros. „Pude, Febo, dixo moribunda, pagarte mi culpa; pero bien podia haber parido ántes, y no que ahora morimos dos[4] juntamente." No habló mas, y perdió la vida al mismo tiempo que la sangre. Un frio mortal se apoderó de su cuerpo ya sin

alma. Se arrepiente su amante; pero ¡ah! tarde, de un castigo tan cruel, y se aborrece á sí mismo por haber dado oidos al cuervo, y haberse así enfurecido. Maldice al ave que le obligó á saber el delito y la causa de su dolor. Maldice la cuerda, arco y mano con que tiró las saetas, armas temerariamente manejadas. Procura socorrerla despues de haber caido; solicita vencer el hado con un tardo socorro, y se vale inútilmente de sus artes médicas. Mas luego que conoce que todos sus esfuerzos eran ya inútiles; que se preparaba la hoguera, y que sus miembros habian de arder en el último fuego, suspira y se queja de lo mas íntimo de su corazon (porque no era decoroso á un Dios derramar lágrimas) del mismo modo que lo hace la novilla quando ve matar su ternerillo delante de sus ojos. Mas luego que derramó en el pecho de su amada los tristes ungüentos, la abrazó, é hizo las no debidas exêquias, segun costumbre; no permitió que su descendencia pereciese en las mismas llamas; y para librar al hijo[5] le extraxo del vientre de su madre, y le entregó á Quiron[6] de dos formas; y al cuervo, que esperaba la recompensa de su lengua veraz, le despojó de la pluma blanca que ántes tenia.

* * *

Notas

1. Ischîs, natural de Hemonia.

2. Arco y saetas.

3. Coronis.

4. El infante y ella.

5. Esculapio.

6. Quiron era un Centauro, que tenia la mitad de hombre, y la mitad de caballo.

Fábula IX

OCIROE TRANSFORMADA EN YEGUA.

Se hallaba alegre el Semifiera con tener por alumno á un Dios, y preferia este honor al trabajo de educarle: quando he aquí que se le presenta con los hombros cubiertos de sus rubios cabellos su hija, á quien la Ninfa su madre puso por nombre Ociroe, habiéndola parido en las riberas del rápido rio Caico.[1] No se contentaba esta con haber aprendido las artes de su padre, sino que vaticinaba los secretos de los hados. Un dia pues, concibiendo en su mente los fatídicos furores, y cobrando vigor con el espíritu divino que tenia encerrado en su pecho, miró al infante,[2] y le dixo: „Crece ¡ó niño! que traes la salud al orbe:[3] muchas veces te deberán la vida los cuerpos de los mortales.

Se te permitirá volver á dar la vida; pero sabe, que aunque lo harás una sola vez[4] contra la voluntad de los Dioses, no se te permitirá otra vez, por el fuego de tu abuelo,[5] que te quitará la vida: despues de haber sido Dios, quedarás un cuerpo muerto; y el que poco ha eras cuerpo, volverás á ser Dios, y renovarás dos veces tus hados. Tú tambien, padre caro, no mortal, sino criado para ser eterno, desearás poder morir, quando te atormente la sangre de la venenosa serpiente, introducida por los miembros heridos. Los

Dioses te harán de eterno mortal; y las tres Diosas[6] cortarán el hilo de tu vida." Aun le quedaba algo que decir sobre el destino de su padre,[7] quando suspira de lo profundo de su pecho, y empieza á derramar copiosas lágrimas diciendo: „El destino se vuelve contra mí; no puedo hablar mas, y se me impide la articulacion de la lengua. No debian haberme sido tan apreciables las artes,[8] que me han acarreado la ira de Dios. ¡Oxalá hubiera ignorado lo futuro! Ya parece que se me quita el semblante humano; ya me agrada la yerba por comida; ya tengo deseo de correr por los dilatados campos; ya me convierto en yegua, y en unos pechos de quienes no degenero.[9] Pero ¿por qué soy mudada toda, puesto que mi padre es de dos formas?" Al decir esto, se le entendian ya muy poco sus últimos lamentos, y se confundiéron sus palabras. No pareció aquel primer sonido de yegua sino del que la imita: á poco tiempo prorumpe en claros relinchos, y aplica sus brazos á la yerba.[10] Entónces se juntan los dedos, y la ligera uña liga las cinco con un eterno casco. Se extiende su rostro y cuello. Se convierte en cola la mayor parte del prolongado manto; y como los sueltos cabellos se tendian por el cuello, se convirtiéron en hermosas crines, y á un mismo tiempo se innovó la voz y semblante, y tomó el nombre de aquel monstruo.

* * *

Notas

1. Era hija de Quiron y de una Ninfa llamada Caricla, hija del rio Caico: se llamó Ociroe, que quiere decir corriente veloz.

2. El discípulo de Quiron, de que aquí se habla, se llamó despues Esculapio.

3. Fué un Médico excelente, y tan grande, que se dice resucitó á Hipólito.

4. Quando resucitó á Hipólito.

5. Le quitó la vida Júpiter con un rayo.

6. Las tres parcas Cloto, Laquesis y Atropos.

7. Que seria trasladado al cielo, y constituiria la constelacion del Sagitario.

8. El arte de vaticinar.

9. Porque su padre Quiron era de medio cuerpo arriba hombre.

10. Quiere decir que las manos se le convirtiéron en los pies de adelante.

Fábula X

APOLO CONDUCE REBAÑOS.

Lloraba Filerio[1] la pérdida de su hija; y en vano imploraba tu socorro, ¡ó Apolo! porque ni podias inmutar los decretos del poderoso Júpiter, ni te hallabas entónces presente aunque pudieras: habitabas en Eli y campos Misenios; aquel era el tiempo en que vestias la piel pastoril, y en que el báculo de la silvestre oliva servia de peso á tu mano derecha, y á la izquierda la flauta hecha de siete cañas desiguales; y quando el amor es tu cuidado, y la zampoña tus delicias, se dice que se pasáron las vacas por tu descuido á los campos Pilios. Las ve el hijo de Maya[2] y las oculta con su arte[3] en las selvas.

* * *

Notas

1. Quiron, hijo de Saturno y de la Ninfa Filira.

2. Mercurio, hijo de Júpiter y Maya, hija de Atlante.

3. Modo de robar, porque era muy ladron.

Fábula XI

BATO TRANSFORMADO EN PIEDRA DE TOQUE.

Nadie supo de este hurto, sino un viejo conocido en aquel campo con el nombre de Bato. Guardaba este pastor los bosques y dehesas abundantes de yerba del rico Neleo, y los rebaños de las excelentes yeguas. Á este teme Mercurio; y llegándose á él disimuladamente le dice: „Huésped,[1] quien quiera que seas, si alguno por casualidad busca estos rebaños, dile que no los has visto, y para que no quedes sin recompensa, toma en premio una blanca vaca." Se la da, y luego que el huésped la recibe, „ve seguro, le responde: primero publicará tu hurto esta piedra que te muestro." Marcha el hijo de Júpiter, mas volvió pronto; y mudando de figura y de voz á un mismo tiempo: „villano, le dice, ¿has visto ir por este campo unas vacas? dímelo, y no me ocultes el hurto, que te daré en premio una vaca con su novillo." El viejo, luego que vió doble la recompensa, „estarán dice, á la falda de aquellos montes;" y en efecto, baxo de ellos estaban.

Se rió el nieto de Atlante, y le dice: „Pérfido, ¿me vendes á mí mismo?" y le convirtió en dura peña, que aun ahora se llama la señal, permaneciendo la antigua infamia en el peñasco, que no la merecia.

* * *

Notas

1. Se llama tambien huésped á qualquier extrangero.

Fábula XII

MERCURIO Y HERSE.

Se habia levantado de aquí Mercurio con próspero vuelo, y contemplaba por la region del ayre los Munichîos campos, la tierra agradable á Minerva,[1] y las arboledas del cultivado Licéo.[2] En este dia por casualidad llevaban las vírgenes á los sagrados alcázares de Palas sobre sus inclinadas cabezas (segun su costumbre) puros sacrificios en coronados canastillos. Las ve el alado Dios quando salian del templo, y no sigue su camino, sino que vuela á la redonda sobre aquel sitio. Así como el rapaz Milano, luego que ve las entrañas de las víctimas, temiendo á los Ministros del sacrificio miéntras estan presentes, discurre al rededor, no atreve á retirarse, y halaga su esperanza batiendo las alas: del mismo modo el ágil Cileno[3] inclina su curso á los Áticos alcázares, y rodea los mismos ayres.

Quanto el lucero excede en resplandor á las demas estrellas, y quanto á este la dorada hermana de Febo;[4] tanto aventajaba en hermosura á las demas doncellas, Herse, que era el honor de la pompa y de sus hermanas. Sorprehendió su belleza al hijo de Júpiter, y pendiente del ayre, no se enardeció ménos que la honda Mallorquina quando dispara la bola; vuela, pero con la agitacion mas se enciende, y halla en las nubes el fuego que no

tenia. Muda de rumbo, y baxa por fin á la tierra: no quiere usar de disfraces: ¡tanta confianza tenia en su hermosura! la que acrecienta con el cuidado, aunque era muy perfecta: peyna sus cabellos, y se compone el velo, para que cayga bien é igual sobre los dos hombros, y hace que campee la faxa y todo el oro, y la delicada vara que da y quita el sueño luzca en su diestra, y los talares en sus hermosas plantas. Tenia tres aposentos la parte interior del palacio de Cecrope adornados de marfil y concha. Pandrosa, tú habitabas el de la derecha, el de la izquierda Aglaura, y el del medio Herse. Vió venir á Mercurio la primera, la qual tenia el izquierdo; y se atrevió á preguntar á este Dios su nombre, y la causa de su venida. El nieto de Atlante y Pleyone le responde de este modo: „Yo soy el que rompiendo los ayres, llevo á todas partes los mandatos de mi padre, que es el mismo Júpiter. Ni tampoco te ocultaré la causa de mi venida; solo quiero seas fiel á tu hermana, y te contentes con llamarte tia de mis hijos. Por Herse he venido; ayuda, te suplico, á un amante." Mírale Aglaura con la misma curiosidad con que poco ha habia descubierto los secretos[5] de la roxa Minerva: le pide por la mediacion que iba á hacer mucho oro; y en el ínterin le manda salir de su casa. Puso la vista en ella la guerrera Diosa, é iracunda suspira con tanta fuerza, que conmueve á un mismo tiempo su pecho y el escudo llamado Egida, que trae de él pendiente. Se acuerda que esta profanó con impía mano sus secretos, viendo contra la fe prometida al hijo del habitador de Lemnos criado sin madre, y que seria ingrata á un Dios y á su hermana, queriendo enriquecerse con el oro que codiciosamente habia pedido.

* * *

Notas

1. La tierra de Atenas. Perífrasis.

2. Licéo, pueblo de Ática, donde despues se hizo una gran Universidad.

3. Mercurio, del monte Cileno en que fué educado.

4. La Luna.

5. Descubriendo á Erictonio, como queda dicho.

Fábula XIII

LA ENVIDIA SE APODERA DE AGLAURA.

Camina Palas inmediatamente al templo de la Envidia, cubierto de negra podre,[1] que es una casa oculta en lo mas profundo de una gruta, donde habita la tristeza y el frio, á quien es desconocido el fuego, y donde siempre reyna la mayor obscuridad. Luego que llegó á ella esta muger varonil, temible en la guerra, se paró á sus umbrales (porque no le era permitido entrar), y llama á las puertas con la punta de su lanza. Apénas las tocó, quando se abren: ve en su interior á la Envidia comiendo carne de víboras, único alimento de sus vicios; aparta su vista horrorizada de este espectáculo; mas ella se levanta perezosa, y dexando á medio comer los cuerpos de las serpientes, se dirige á Palas con lentos pasos; y viéndola tan hermosa y con tales armas, empezó á gemir, é hizo asomar á su semblante la tristeza que sentia en su interior. Habita en su rostro la palidez; presenta consumido todo su cuerpo; mira siempre de reojo, y tiene los dientes ennegrecidos con el sarro; reverdece con la hiel su pecho; la lengua está inficionada con el veneno. Jamas se rie, sino quando ve el mal ageno; no puede dormir movida de los vigilantes cuidados; ve con horror los prósperos sucesos de los hombres, y viéndolos se consume; de suerte, que á

un mismo tiempo daña y es dañada, siendo ella verdugo de sí misma. Tritonia,[2] aunque la aborrecia, la dixo en pocas palabras: „Inficiona con tu veneno á una de las hijas de Cecrope, que así conviene á mis intentos: Aglaura es esta." Desapareció sin hablar mas; y clavando su lanza en la tierra la hizo temblar. Ella, mirando por encima el hombro á la Diosa en su fuga, murmuró secretamente, pesándole de la prosperidad futura de los sucesos de Minerva: toma su báculo, compuesto de espinosos nudos, y cubierta de negras nubes, destruye los floridos campos por qualquiera parte que pasa: abrasa la yerba, y aniquila los mas altos montes; contamina con su aliento pueblos, ciudades y casas; y por último, mira la ciudad consagrada á Palas, floreciente en ingenios, riquezas, y amable paz. Detiene con dificultad las lágrimas, porque nada ve digno de llanto. Pero luego que entró en el aposento de la hija de Cecrope,[3] pone en execucion las órdenes de la Diosa: toca su pecho con envidiosa mano, y llena sus entrañas de ramosas espinas: le introduce nociva la ponzoña, llena sus huesos del pestífero veneno, y le esparce por sus pulmones. Y para que no tarde en probar su dolor, presenta á su imaginacion á la hermana su feliz casamiento, y al hermoso Dios. Todo se lo propone grande; con cuyos remordimientos, estimulada la hija de Cecrope, se ve atormentada ocultamente, y gime noche y dia llena de sobresaltos. Empieza á consumirse la infeliz, no de otra suerte que se derrite el hielo con la presencia del Sol ardoroso: se abrasa envidiosa de la felicidad de Herse, del mismo modo que las espinosas yerbas quando se les aplica fuego; porque sin levantar llama se queman lentamente. Algunas veces se deseaba la muerte por no presenciar esto, y otras pretendia descubrirlo á su padre como si fuera un delito.

* * *

Notas

1. Topografía ó descripcion de la casa de la Envidia.

2. Palas, de la laguna Triton.

3. Aglaura.

Fábula XIV

AGLAURA TRANSFORMADA EN PIEDRA.

En fin, viendo Aglaura á Mercurio acercarse, se sentó al frente de la puerta para impedirle la entrada; y al comenzar á hablarle con caricias, súplicas y halagos, „basta, le dice: yo no me he de apartar de aquí sin que te vayas." Permanezcamos, dixo el ligero Cileno, baxo de este comun acuerdo: abrió las cinceladas puertas con su vara; pero queriendo ella levantarse, no pudo mover aquellas partes de nuestro cuerpo, que se encorvan estando sentados. Forcejea ella por levantarse derecha, pero se le endurecen las junturas de las rodillas; por sus uñas corre el frio, y se ponen pálidas sus venas por la falta de sangre; y así como el cancer, mal incurable, suele dilatarse lentamente, y viciar las partes sanas, del mismo modo se apodera poco á poco de su pecho aquel frio mortal, y le impide los movimientos vitales y respiracion.

No hizo esfuerzo para hablar; pero aunque lo hiciera no hubiera podido, porque ya el cuello era piedra, su boca se habia endurecido, y sentada parecia una estatua: ni aun la piedra era blanca, porque la habia inficionado su perverso corazon el veneno de la Envidia.

* * *

Fábula XV

EUROPA ROBADA POR UN TORO.

Dexa la tierra, nombrada de Palas,[1] el nieto de Atlante, despues de haber castigado aquellas palabras y ánimo sacrílego, y batiendo sus alas, entra por fin en el cielo. Llámale á parte su padre,[2] y sin confesarle la causa de su amor: „hijo, le dice, fiel ministro de mis órdenes, no te detengas; y baxando con la ligereza que te es propia, camina á la provincia de Sidonia, y conduce á la ribera del mar una torada real, que verás paciendo en los montes." Dicho esto, inmediatamente conduxo el ganado á las orillas que se le habian prescrito, y en las que acostumbraba divertirse la hija del gran Rey Agenor, acompañada de muchas jóvenes Fenicias. No se concilian bien, ni pueden de ordinario estar en un mismo sugeto la magestad y el amor. Aquel padre y rector de los Dioses, cuya diestra está armada de rayos, y á cuya voluntad se estremece todo, toma la figura de toro, y mezclado con los novillos, berrea, y se pasea hermoso por la tierna yerba.

Su color era tan blanco como la nieve, á la que ni ha manchado el duro pie, ni derretido el húmedo austro. El cuello sobresale con los hermosos músculos; cuelga de la garganta la papada: sus cuernos, aunque pequeños, parecian hechos á torno, y mas lucidos que una pura piedra preciosa.

Ningun ayre amenazador se observaba en su frente, ni sus ojos eran crueles; la paz habitaba en su semblante. Se admira la hija de Agenor de su hermosura, y de verle tan pacífico y manso; pero temia al principio tocarle, aunque le veia tan dócil: mas ya despues se acerca, y presenta flores á su blanca boca. Se regocija el amante, y esperando el complemento de su voluptuosidad, besa sus manos: ¡ah! ¡ah! ¡con qué dificultad difiere sus intentos! Ya se divierte con su amada, y salta regocijado en la verde yerba: ya se echa de espaldas en la refulgente arena; y perdiendo poco á poco el miedo, unas veces presenta su pecho para que lo palpen aquellas manos virginales, otras los cuernos, para que los entreteja con nuevas guirnaldas. Atrevióse tambien la real doncella, no sabiendo á quien oprimia, á subir á las espaldas del toro; y entónces, dexando el Dios poco á poco la tierra y seca ribera, introduce sus mentidos pies en las aguas. De allí pasa mas adelante, y lleva la presa por medio de las olas. Se llena ella de temor; y viéndose robada, vuelve la vista á la playa que habia dexado, asiéndose con una mano al cuerno, y con la otra á la espalda; y sus vestidos se arrugan tremolados del viento.

* * *

Notas

1. Atenas, como queda dicho en la Fábula XIII.

2. Júpiter.

Tomo I · Libro tercero

Libro tercero

ARGUMENTO.

Agenor manda á Cadmo buscar á su hija; ocupado en buscarla, le sucede que quita la vida á sus compañeros el dragon de Marte, á quien él mató despues, y de sus dientes naciéron algunos hombres, con cuya compañía edificó á Tebas. Tuvo este hombre primeramente la sensible desgracia de ver despedazado á su nieto Acteon por sus propios perros, lo que le ocasionó Juno por el aborrecimiento que tenia á Semele; por cuya causa, acercándose á ella baxo la figura de Beroe, su ama de cria, la aconsejó simuladamente su muerte. Poco despues, disputando Júpiter y Juno qual de los dos sexôs participaba mas de las delicias de Vénus, eligiéron por juez á Tiresias, que habia probado de ámbos. Se vió este privado de la vista, por haber dado la sentencia contra Juno; pero Júpiter le dió la ciencia de adivinar. El primero en quien se viéron realizados sus vaticinios fué en Narciso; pues despues de haber despreciado á todas las muchachas, y entre éstas á Eco, que por la impaciencia de su amor se convirtió en voz, se mudó en flor, consumido por el amor de sí mismo. Sin embargo de esto, Pentéo se reía de este adivino, aunque le habia pronosticado cosas verdaderas; porque quando se celebraban las Orgias de Baco, puso en prision á cierto

criado que asistia á los sacrificios de este Dios, despues que supo de él que unos marineros se habian convertido en peces. Últimamente Pentéo fué despedazado por las Bacantes, cosa que grangeó á Tiresias una fama inmortal.

* * *

Fábula primera

CADMO VA Á BUSCAR Á EUROPA.

Volvióse Júpiter á su antigua figura, deponiendo la forma de toro; y habiendo arribado á la isla de Creta, se habia dado á conocer á Europa. Á este tiempo Agenor, padre sensible é inhumano en un mismo hecho, manda, ignorante del hurto, buscarla á su hijo Cadmo, desterrándole para siempre del suelo patrio si no le devuelve la hija. Despues de haber discurrido Cadmo inútilmente por todo el mundo en busca de su perdida hermana (porque ¿quién será capaz de descubrir los hurtos de Júpiter?) evitó con un destierro voluntario los efectos de la cólera de su padre. Prófugo, y en tierra extraña, ruega al oráculo de Apolo le diga en qué pais podrá fixar su domicilio: „Hallarás, le responde Febo, en los solitarios campos una becerra, que nunca ha experimentado el yugo al cuello, ni tirado el arado; sigue sus pasos, y en el pasto que se pare funda una ciudad, á que llamarás Beocia." Apénas Cadmo habia salido de la cueva de Apolo, quando vió una novilla, de nadie custodiada, y que caminaba á paso lento: ninguna señal de yugo tenia en su cerviz, y reconociendo á Febo por protector de su viage, la va siguiendo poco á poco. Habia ya atravesado el rio Céfiso y los campos de Panopea, quando se para de repente la becerra, y

levantando la cabeza al cielo, llena el ayre de bramidos; pero despues que vió á Cadmo y sus compañeros venir tras sí, se echó en un prado muy hermoso. Cadmo da gracias á Apolo por tan feliz presagio, besa la tierra, saluda á los montes y campos, y queriendo hacer un sacrificio á Júpiter, envia á sus compañeros á buscar agua de fuente perennal para el efecto.

* * *

Fábula II

LOS COMPAÑEROS DE CADMO DEVORADOS POR UN DRAGON.

Habia en las inmediaciones de aquel sitio una antigua selva no tocada del hierro, y en medio de ella una cueva cercada de zarzas y mimbres muy espesos, cuya entrada formaba un humilde arco de piedra, pero muy abundante de agua. Habitaba en medio de estas ondas el dragon de Marte, monstruo horrible, cuya cabeza cubierta de escamas amarillas brillaba como el oro: centelleaban sus inflamados ojos: su cuerpo parecia estar hinchado de veneno: tenia en la boca tres órdenes de dientes en extremo agudos, y tres lenguas, que meneaba con una rapidez increible.

Entráron los compañeros de Cadmo en aquella triste mansion, y metiéron las vasijas en el agua: despierta con el ruido el cerúleo dragon, y sacando la cabeza de la cueva, da grandes y horribles silbidos. Dexan caer los cántaros de las manos, hiélaseles la sangre, y un temor repentino ocupa sus yertos miembros. El dragon se torcia y enroscaba con flexibles nudos, y con los saltos que daba se encorvaba á modo de un arco, y lanzando al ayre la mitad de su cuerpo, registraba el bosque por todas partes. Su cuerpo era de tanta magnitud, quanta, si se echan bien las cuentas, ocupa el dragon

que hay entre las dos Osas.[1] Se arroja sin detenerse sobre los desgraciados Fenicios, que ó ya se le preparaban á la defensa ó á la fuga, si bien el miedo de que estaban poseidos no les dexaba hacer ni lo uno ni lo otro: á estos despedaza á bocados, á aquellos con los golpes de su cola, y á otros quita la vida empozoñándoles con su veneno, sin que pudiese escapar ninguno. Poca sombra hacia ya el sol,[2] quando Cadmo, maravillado de la tardanza de sus compañeros, va á buscarlos siguiendo sus huellas. Se arma de una piel de leon, lanza y dardo, que eran sus armas ordinarias; pero lleva consigo su valor, superior á toda arma. Entró en el bosque, y luego que vió aquel espantoso dragon sobre los cuerpos de sus fieles compañeros lamiendo su sangre y heridas: „Cadáveres de mis amigos, les dice, ó yo os he de vengar, ó he de morir aquí con vosotros." Apénas dixo esto, quando toma una gran piedra, y la arroja con tanta impetuosidad sobre el monstruo, que bastára á derribar las murallas y torres mas fuertes; pero quedó sin herida la serpiente, que defendida con las escamas, como con una cota de malla, y de la dureza de la piel, rechazaba con ella los golpes mas fuertes; mas no pudo su dureza resistir el dardo que le clavó en el espinazo, y que penetró hasta las entrañas. Embravecido el Dragon con el dolor, retuerce la cerviz sobre su espalda, mira la herida, muerde de rabia la lanza que tenia clavada, y se esfuerza á arrancarla; pero solo saca una parte, y el hierro queda en su cuerpo. La reciente herida aumentaba mas su saña natural; las venas de su garganta se hinchan con el veneno que corre en abundancia por ellas; sale de su emponzoñada boca una espuma blanquecina; resuena la tierra con el ruido de sus escamas, y se inficiona el ayre con el aliento que exhalaba. Ya se enrosca con mil vueltas y revueltas: ya extendiéndose se pone mas derecho que una viga; y ya como un rio, engrosado con los continuos aguaceros, cae

con impetuosidad derribando los árboles que encuentra. Descansa Cadmo por un rato, sostiene sus ataques con la piel del leon, é impide se le acerque, presentándole la punta de su lanza. Este movimiento redobla la rabia del monstruo; emplea en vano sus crueles mordeduras sobre el hierro, y clava su boca en la punta: inmediatamente empieza á salirle una sangre venenosa que tiñe la tierra; pero aun era muy ligera la herida, pues retirándose y revolviéndose de diversos modos, impedia que le penetrase mas la lanza que tenia clavada en su boca; pero Cadmo, estrechándole cada vez mas, le sigue con mucho valor, hasta que detenido el monstruo por una gruesa encina, fué su fuerza tanta, que le cosió la cerviz en el árbol: encorvóse este, y sintió su tronco ser mil veces azotado con la punta de la cola. Consideraba el héroe la corpulencia enorme de la serpiente que acababa de vencer, quando oye una voz, y sin saber de donde, que le decia: „Hijo de Agenor ¿por qué contemplas así esa serpiente? Pronto te verán baxo la misma figura." Quedó espantado por algun tiempo; pierde el color y voz, y sus cabellos se erizan. Pero su protectora Palas desciende repentinamente del Olimpo á consolarle, y le manda sembrar los dientes del dragon, asegurándole que naceria de ellos un nuevo pueblo. La obedece Cadmo; descubre el surco con el arado, y esparce en la tierra los dientes, como se le habia mandado, y que eran semillas de hombres. Algun tiempo despues (parece cosa increible) los terrones empiezan á moverse, y aparecen primero sobre la tierra puntas de lanzas, despues almetes adornados de plumas, y seguidamente las espaldas, los pechos y brazos armados de aquellos nuevos hombres: en fin, vió crecer insensiblemente esta extraña cosecha de combatientes. Del mismo modo van saliendo las figuras de una decoracion, que se despliega en un teatro; pues al principio aparecen las cabezas,

despues el resto del cuerpo, y por último los pies que tocan en tierra. Espantado Cadmo á la vista de los nuevos enemigos, toma sus armas para defenderse; pero uno de aquellos nuevamente nacidos, sosiégate le dice, y no tomes partido en una guerra civil. Al acabar de oirse estas palabras, atraviesa con una espada á uno de sus hermanos: y él mismo es herido y muerto por un dardo que otro le tira; pero el que le mató no le sobrevivió mucho tiempo; perdió luego una vida que acababa de recibir. Un furor igual empezó entónces á animar toda la tropa, y los desgraciados hermanos se mataron unos á otros, manchando con su sangre la tierra que los habia formado: solo cinco de ellos quedáron con vida. El uno, que decian Equion, dexó las armas por mandado de Palas, y metió paz entre sus hermanos, prometiéndose una mutua fidelidad; y Cadmo los tuvo por compañeros en la construccion de la ciudad, que el oráculo de Apolo le habia mandado fabricar.

Estaba ya edificada la ciudad de Tebas: tu destierro, Cadmo, era el orígen de tu felicidad: tenias por suegros á Marte y Vénus: y ademas de un enlace tan ilustre, tu esposa te habia dado muchos hijos é hijas; y á tu vista florecian tus nietos, todos muy amadas prendas; pero es preciso esperar el último dia de la vida del hombre para juzgar de su felicidad; porque hasta el fin nadie es dichoso.

* * *

Notas

1. Hipérbole.

2. Perífrasis: quiere decir, ya era el medio dia.

Fábula III

DIANA EN EL BAÑO.

En el mismo seno de la felicidad tu nieto Cadmo, convertido en ciervo, y devorado por sus propios perros, fué la primera causa de tus desgracias: mas el motivo de esta triste aventura, si se indaga, se ha de atribuir al acaso, y no á ningun delito personal; porque ¿qué crímen puede causar un error? Habia matado muchas fieras en el monte Citeron; y el sol estaba en medio de su carrera, quando llama á sus compañeros, que aun corrian por medio del bosque, y les dice: „Nuestras redes y dardos estan teñidos de la sangre de los muchos animales que hemos cazado; debemos estar contentos con la caza que tenemos: mañana, quando la aurora se asome por el oriente, repetirémos nuestro exercicio. Febo está á igual distancia de oriente y de occidente;[1] sus calores hienden la tierra; dexad el trabajo; recoged las nudosas redes."

Sus compañeros le obedecen, y dexan el trabajo. Habia cerca de allí un valle con el nombre de Gargafie: lugar poblado de pinos y cipreses, y consagrado á Diana. Ocultaba en lo interior una cueva sombría y obscura, que aunque formada por sola la naturaleza, se podia tener fácilmente por obra del arte. Veíase en ella un nativo arco de rocallas y piedras pomez, á

cuya derecha corria con apacible murmullo una fuente de agua clara entre las dos orillas cubiertas de yerbas. Á este agradable arroyo venia á bañarse la Diosa de los bosques quando se hallaba fatigada del exercicio de la caza. Aquel dia, inmediatamente que llega allí, da á una de sus Ninfas las flechas, arco y aljaba: otra la desnuda: dos de ellas la descalzan, miéntras que Crocale, hija del rio Ismeno, que era la mas diestra, la ataba el cabello, que estaba destrenzado por su espalda, aunque tambien ella le tenia desatado. Niféa, Hiale, Ranis, Pseca y Fiale sacaban agua en los vasos, y bañaban á su Señora. Á este tiempo Acteon, que despues de haber interrumpido su caza andaba sin cautela por aquel monte, llega guiado por su mala ventura al lugar en donde se bañaba la Diosa: apénas se acercó á la fuente, quando las Ninfas, viéndose desnudas á la vista de un hombre, hinchen de clamores todo el bosque, se hieren sus pechos, y se ponen á la redonda de Diana para ocultarla; pero sobresalia la cabeza de la Diosa, que les excedia en la estatura. Qual suelen parecer las nubes quando el sol las hiere con sus rayos, ó la rosada aurora despues de ocultarse las estrellas, tal pareció el rostro de Diana al verse desnuda en presencia de un hombre. Aunque estaba rodeada de sus Ninfas, no dexó de apartar su vista y ocultar su hermoso rostro. Y así como hubiera lanzado contra él sus flechas á haberlas tenido, del mismo modo se sirve de las aguas, y arrojándolas á la cara de Acteon, pronuncia estas palabras, funesto presagio de su desgracia: „Ahora, si eres hombre, di que has visto bañarse á Diana; y cerró sus labios."

* * *

Notas

1. Ya es medio dia. Perífrasis.

Fábula IV

ACTEON TRANSFORMADO EN CIERVO.

En el mismo momento la cabeza de Acteon se cubre de astas de ciervo, su cuello y orejas se aumentan, sus manos se truecan en pies, los brazos en piernas largas y delgadas, y todo su cuerpo se cubre de un manchado pelo. Se llena de pavor; huye este héroe, y tan ligero, que se causa admiracion á sí mismo. Luego que vió su figura y cuernos en la sombra de un arroyo, ¡ah, que desgraciado soy! hubiera querido decir; pero le faltaba ya la voz; y en su defecto los suspiros y lágrimas, que corrian por agenas mexillas, declaraban toda su pena, porque conservaba aun su conocimiento: confuso, no sabe qué hacer, si emboscarse en la selva, ó volverse al palacio de su padre: el pudor le impide aquello; y esto el temor; y en medio de esta duda le descubren sus perros.

Melampo, excelente perro de Creta, y el Espartano Icnobates, diéron señales por sus ladridos, que estaban sobre la senda; los demas los siguiéron con una velocidad, que igualaba á la del viento; Panfago, Dorcéo, Oribaso, naturales de Arcadia, el valiente Nebrofono, Teron, tan furioso como Lelape, el ligero Peterelao, Agre, que tenia una delicada nariz, Hiléo, que poco tiempo ántes habia sido herido con la dentellada de un jabalí, Nape,

hija de un lobo verdadero, Poemenis, que en otro tiempo guardaba ganados, Harpia con sus dos hijos, Ladon, excelente perro agalgado de Sicion, Dromas, Canacho, Sticte, Tigre, Alce, el blanco Leucon, el negro Asboló, Lacon, el mas fuerte, y Aëlo, el mas ligero de toda la turba, Thoo, Licisce con Ciprio su hermano, el negro Harpalos, que tenia una señal blanca en la frente, Melanéo, Lachne con el pelo erizado, Labros y Agriodos, cuyo padre fué traido de Creta y la madre de Laconia, Hilactor, gran ladrador, con otros muchos que seria molesto nombrar; y todos, con deseos de coger la presa, le siguen con ardor, atravesando montes, rocas, y aun lugares inaccesibles donde no habia ninguna señal de camino. El desgraciado Acteon huye de sus canes por los mismos parages en que tantas veces habia cazado. ¡Ah! ¡el amo huye de sus criados! Quisiera hablar y decirles: yo soy Acteon; reconoced vuestro amo; pero su mala suerte ya le habia privado del uso de las palabras para poderse explicar. Entre tanto resuena el ayre por todas partes con los ladridos de los perros. Melanchete fué el primero que le mordió en la espalda, Therodamas le hirió casi en el mismo sitio, y Oresitrofo en los riñones; estos tres perros, aunque habian salido los últimos, llegáron primero que los demas, porque atajáron por las montañas. Despues que le detuviéron, toda la turba se echó sobre él, y fué tan maltratado, que no quedaba ya en su cuerpo parte alguna en que pudiesen hacerle nuevas heridas. Acteon gime, y hace que se escuche una especie de voz ménos articulada á la verdad, que la de un hombre, pero mas distinta que la de un ciervo. Las cercanas montañas, donde tantas veces habia cazado, resonaban con sus gritos y quejas; inclina las rodillas, y como queriendo pedir la vida á sus compañeros, les mira tristemente, no pudiendo tenderles los brazos: mas ellos azuzan á los perros contra su amo,

que en vano buscan y llaman, como si estuviese muy distante. Al oirse nombrar, levanta el miserable la cabeza: ellos sienten amargamente no verle, y que no asista al espectáculo de la presa: él quisiera ciertamente hallarse ausente: quisiera asistir al espectáculo; pero no ser él mismo la víctima. Rodéanle todos sus perros, y aplicando los hocicos despedazáron á su amo baxo la figura de ciervo; pero no se sació la ira de Diana, aunque terminó su vida acribillado de innumerables heridas.

* * *

Fábula V

JÚPITER Y SEMELE.

Opináron con variedad los Dioses de la accion de Diana: á unos parecia demasiado cruel: á otros justa y digna de una Diosa severamente casta: cada uno apoyaba su opinion con buenas razones. Sola Juno ni aprueba ni vitupera la accion, como que tenia complacencia en qualquiera desgracia acaecida á la familia de Cadmo. El odio que tenia á Europa, la hacia aborrecer toda su prosperidad. Una nueva causa de zelos acababa de aumentar su desesperacion contra esta familia. Viendo, á pesar suyo, que Semele estaba preñada de su marido, desata su lengua en oprobios: „¿Qué me aprovecha, dice, reñir tan sin fruto con mi esposo? Á ella en derechura dirigiré mis tiros; morirá, si es que verdaderamente soy llamada la gran Juno: si me es propio empuñar el precioso cetro, si soy Reyna, hermana y muger de Júpiter, á lo ménos sé que soy hermana. ¿Pero acaso esta belleza se habrá ocupado en una simple galantería, sin haber deshonrado mi lecho?

No, hállase preñada, y solo me faltaba este agravio: el estado en que se halla prueba hasta la evidencia su delito; ella quiere tener hijos de Júpiter, cosa que á mí sola no ha cabido mas que una vez; ¡tanta es la vanidad de su

hermosura! pero esta misma ha de acarrear su ruina, porque no he de ser hija de Saturno, si el rayo de su amante no la precipita de cabeza en el Tártaro." Despues que la Diosa acabó de hablar, levántase de su trono, y desciende al palacio de Semele cubierta de una nube, y no salió de ella, sino despues de haberse dexado ver en la forma de una vieja. Cúbrese la cabeza de canas, arrúgase la cara, camina con paso vacilante, y habla con voz cascada: en fin, se transforma en la misma Beroe, nodriza de Semele. Despues que habláron cosas indiferentes, enderezó Juno de tal modo la conversacion, que hizo recayese sobre Júpiter, y suspirando: „¡Oxalá, dice, que sea el mismo Júpiter el que te ama! Pero yo temo lo contrario: ¡quantas mugeres han sido engañadas por simples mortales que tomaban el nombre de algun Dios! Pero no basta que él diga que es Júpiter, es menester que te dé pruebas seguras de su amor, y si es el verdadero, ruégale, que te reciba en sus brazos como le recibe Juno; y que tome, para asegurarte, todas las insignias de su grandeza." Persuadida la hija de Cadmo por este discurso, cuyas miras no alcanzaba, pidió á Júpiter una gracia sin decirle qual era. „Puedes pedir, la responde, todo lo que quieras, segura de que nada te negaré, y para que mas lo creas lo juro por la Estigia, Dios tan temible para todos los demas, de quienes es el Soberano." Alegre Semele con el mal, confiada de su poder, é ignorando que habia de ser su ruina el obsequio de su amante: „Quando vengas á verme, le dice, preséntate con la misma magestad que te enlazas con Juno en calidad de esposo." Quiso el Dios cerrarla la boca, para impedirla acabar su demanda; pero la voz precipitada ya habia subido por los ayres.[1] Suspiró profundamente; pero ya ni podia evitar la peticion de Semele, ni el desdecirse él del juramento que le habia hecho. Sube, pues, al cielo lleno de tristeza: junta los nublados, la lluvia, los

truenos, los relámpagos y los rayos, cuyos tiros siempre son certeros.

* * *

Notas

1. Perífrasis: con que indica la prontitud de Semele en pedir la gracia.

Fábula VI

NACIMIENTO DE BACO.

Procuró Júpiter quanto pudo enervar la fuerza de los formidables rayos: no quiso tomar de aquellos con que quitó la vida á Tifon el de cien manos, por parecerle demasiado terribles: hay otros rayos mas leves, que fabrican los Cíclopes, y que tienen ménos ardor, ménos fuego, y ménos actividad; á estos llaman los Dioses rayos de segunda especie. Toma de estos, y baxa con toda su magestad al palacio de Semele. No pudo sufrir un mortal cuerpo el aparato acelerado del cielo, y así es que fué abrasado con los conyugales dones.[1] Estaba preñada Semele, y Júpiter sacó el imperfecto niño del vientre de su madre; y, aunque parece cosa increible, le introduxo en su muslo, donde cumplió el tiempo que le faltaba de su madre:[2] su tia Ino[3] le recibió secretamente en la primera cuna, y despues le entregó á las Ninfas Niseidas para que le ocultasen en sus cuevas, y en ellas le alimentáron con leche.

Miéntras sucedia esto en la tierra, por el fatal destino que arregla todos los sucesos, y estaba segura ya la vida del dos veces nacido Baco,[4] dicen que habiendo bien bebido un dia Júpiter, y dexado los graves cuidados que le ocupaban, se divertia con Juno, estando ociosa y de buen humor, y entre

otras cosas la dixo: „Yo me inclino á creer que las mugeres tienen mas placer que los hombres en el comercio del amor." Juno le respondió que no era de su opinion; y para determinar esta contienda, concertáron que la juzgase el sabio y justo Tiresias, que habia gustado de los placeres del amor baxo los dos sexôs; porque hallando cierto dia en un bosque dos serpientes que estaban engendrando, las hirió con su báculo, y al momento (¡cosa admirable!) fué transformado en muger, y vivió siete años con vida tan penosa. Al octavo, volviendo á encontrar estas mismas dos serpientes, asimismo ligadas y juntas, si es tanto el poder de vuestra herida, dixo, que á quien os hiere dais contrario sexô, os heriré tambien ahora. Apénas lo habia executado, quando adquiere la primera forma y figura con que habia nacido. Nombrado este por juez en una causa jocosa, confirma el parecer de Júpiter. Sentida Juno mas de lo justo, y de lo que la cosa merecia, castigó al juez, privándole para siempre de la vista; pero Júpiter por esta pérdida (porque un Dios no puede deshacer lo que otro ha hecho) le concedió el don de conocer lo futuro, compensando de este modo el daño que Juno le habia originado.

Tiresias se habia ya hecho célebre en toda la Beocia por los infalibles oráculos que daba á los pueblos que iban á consultarle. La cerúlea Liriope fué la primera que experimentó la certeza de sus respuestas. Enamorado de ella el rio Céfiso, la encerró un dia en sus ondas; la forzó, y la hizo madre de un niño tan hermoso, que desde entónces podia ya ser amado de las Ninfas. Narciso le pusiéron por nombre. Habiendo ido su madre á consultar á Tiresias sobre el destino de este niño, le preguntó si llegaria á una edad avanzada: „Sí, la responde el adivino, con tal que no contemple su hermosura, viéndose á sí mismo." La respuesta fué tenida en mucho

tiempo por vana; mas el suceso, el modo con que Narciso perdió la vida, y la singularidad de su pasion, la hiciéron ser creida. Habia llegado ya á la edad de diez y seis años, y podia pasar por muchacho y jóven[5] á un mismo tiempo. Muchos jóvenes, muchas doncellas le solicitáron; pero su hermosura le hizo tan altanero y orgulloso, que no permitió tocarse ni de unos ni de otros.

* * *

Notas

1. Murió Semele abrasada.
2. Cumplió en el muslo de Júpiter los nueve meses.
3. Ino, hija tambien de Cadmo, y hermana de Semele.
4. Una del vientre de su madre, y otra del muslo paterno.
5. Muchacho por su hermosura, jóven por su corpulencia.

Fábula VII

ECO TRANSFORMADA EN VOZ.

Vió á Narciso, obligando á los ciervos á dar en las opuestas redes, Eco, Ninfa vocinglera, que ni podia callar, quando otro hablaba, ni hablar la primera. Todavía era cuerpo Eco y no solo voz:[1] aunque capaz de hablar, no tenia otro uso su voz que el que ahora tiene, y es repetir las últimas silabas de las palabras. De este modo la habia castigado Juno, porque quando esta Diosa queria sorprehender á Júpiter en los montes con alguna de las Ninfas, Eco la detenia con agradables discursos hasta que estas se retiraban. Conociendo la hija de Saturno el engaño: „yo haré, dice, que tenga corta potestad esa lengua de que abusas para engañarme, y el uso de tu voz sea muy limitado." Siguióse la execucion á la amenaza; y Eco, desde este tiempo, no podia articular sino los últimos acentos de las palabras que oía. Luego, pues, vuelvo á decir, que vió por las inaccesibles selvas á Narciso, y se vió cautiva de su hermosura, rastrea ocultamente sus pasos, y quanto mas le sigue, tanto mas se acrecienta la llama en que se abrasa, del mismo modo que arden las extremidades de las teas untadas con azufre activo. ¡Ó quantas veces quiso llegarse á él con cariñosas palabras, manifestarle su amor, y aun rogarle! pero lo repugna su naturaleza, no la

concede empezar, y solo le permite que se disponga á repetir las últimas palabras que escucha. Separado por ventura el jóven de la muchedumbre de sus fieles compañeros, ¿quién está aquí? dixo; y *está aquí*, respondió Eco. Se pasma, y mirando á todas partes, llégate, clama con el mayor esfuerzo: y ella llama á quien la llama:[2] vuelve á mirar con mas atencion, y como no se acercaba nadie, ¿por qué huyes de mí, dice? y oye repetir las mismas palabras. Se para, y engañado de aquella voz articulada alternativamente: juntémonos aquí, dice, y como á nada podia responder Eco mas gustosa, *juntémonos*, le responde. Comprueba con los hechos sus palabras; y saliendo de las selvas con la ansia de echar los brazos al deseado cuello, huye él impidiendo así los brazos, diciéndola: apártate de mí, que estoy dispuesto á morir ántes de reducirme á ser tuyo: nada le responde ella, sino *ser tuya*. Se oculta vergonzosa entre las selvas, y desde entónces, cubriendo su ruboroso rostro de hojas, habita solo en las cavernas, conservando sin embargo su amor, que se aumenta con el sentimiento de verse repudiada. Los vigilantes cuidados tienen extenuado su cuerpo miserable, la flaqueza arruga su piel, y toda la sangre de su cuerpo se convierte en ayre; no quedó de ella otra cosa sino la voz y los huesos; pero solo la voz se conserva, porque los huesos fuéron trocados en piedras. Desde este tiempo se esconde entre las selvas; pero no se dexa ver en monte alguno: todos la oyen, porque solo el sonido vive en ella.

Se burló Narciso de aquella infeliz, del mismo modo que se habia burlado de otras Ninfas, ya de los rios, ya de los montes, é igual befa habia hecho de muchos hombres quando era muchacho. Hubo alguno, que resentido de los desprecios y arrogancia de este jóven, ¡oxalá, dice, levantando las manos al cielo, que él ame sin ser correspondido de su

amada! Oyó su justa peticion la Diosa Nemesis.[3] En un apacible valle habia una fuente, á cuyas aguas, tan claras como la plata, jamas habian tocado los pastores ni ganados. Ninguna ave, ninguna fiera, ningun ramo caido de los árboles la habian enturbiado. Estaba revestido de yerba, á la que conservaba fresca el agua inmediata, y la densidad de la selva no permitia que el Sol calentara con sus rayos aquel sitio.

* * *

Notas

1. Como ahora.

2. Ven, repite.

3. Nemesis, Diosa contra los soberbios y vanos.

Fábula VIII

NARCISO TRANSFORMADO EN FLOR.

Cansado Narciso de la caza, y fatigado del ardor del Sol, se reclinó al pie de aquella fuente atraido de la amenidad y hermosura del sitio; pero intentando aplacar su sed en las cristalinas aguas, le sobreviene otra de nuevo.[1] Porque transportado, al beber, de la imágen de una hermosura[2] que veia retratada en ellas, ama una esperanza sin efecto, teniendo por verdadero cuerpo lo que era una sola ilusion. Su misma hermosura suspende á Narciso; se queda inmoble, sin alterársele el semblante, como una estatua hecha de mármol de Paros. Contempla, tendido, sus dos ojos, que parecian estrellas, sus dedos dignos de Baco, y sus cabellos merecedores de Apolo, sus impúberes mexillas, aquel cuello, que parecia de marfil, la delicadeza de su boca, y el carmin que cubria á su candor extremado. Se admira de quanto en él es admirable. Asimismo se desea imprudente, y es alabado el mismo que alaba: quando desea, es de sí propio deseado; y á un mismo tiempo despide fuego, y se abrasa. ¡Quantas veces besó inútilmente la engañada fuente! ¡y quantas, lanzando los brazos en el agua, para asirse al cuello que veia, no se encontraba á sí mismo! No conoce lo que está viendo; pero con su vista se abrasa, y el error que seduce sus ojos enciende

mas su pasion. ¿Para qué procuras, crédulo,[3] unas fugaces sombras? En ninguna parte está el ídolo de tu deseo. Retírate de esa fatal fuente, y perderás lo que amas. Lo que ves, es solo una sombra que reflexa en el agua. Nada tiene suyo, tú llevas, y en tí permanece todo su encanto; y se separará contigo, si es que puedes de aquí separarte. Pero ni la necesidad de comer, ni el cuidado del descanso le pueden arrancar de allí, ántes tendido en la umbrosa yerba, contempla aquella falaz figura, sin poder dar satisfaccion á su vista. Sus mismos ojos causan su ruina, y se incorpora un poco, tendiendo sus brazos á las selvas inmediatas: „¿Quién, selvas, exclama, ha amado con mas crueldad? Bien sabeis, y yo sé, que muchos os fiáron sus secretos; ¿pero os acordais en los largos años que teneis, haber visto á un amante, que como yo se haya consumido? Me lisonjeo con ver el objeto de mi pasion; pero quando me agrada y le veo no puedo tocarle: ¡qué error tan grande está apoderado de este miserable amante! y para mi mayor tormento, ni el vasto mar, ni un dilatado camino, ó una ciudad cercada de murallas, nos separa; la simple superficie del agua prohibe nuestra union. Él mismo desea enlazarse conmigo, pues quantas veces dí ósculos á las líquidas aguas, otras tantas quiso besarme. Es tan corta la distancia que prohibe nuestra union, que puede creerse que podemos tocarnos; y tú jóven, qualquiera que seas, sal; ¿por qué, pues, eres el único que me burlas? ¿Adónde huyes quando te llamo? Mi edad ni mi hermosura no es para que me desprecies: hasta las mismas Ninfas me amáron. No sé qué esperanza me promete tu amigable semblante. Quando yo te alargo mis brazos, me correspondes voluntariamente: ries quando yo me rio: tambien fui testigo de tus lágrimas, quando yo las derramaba: apruebas las señales de afecto que te hago devolviéndomelas; y á lo que advierto, por el movimiento

mismo de tus delicados labios, despides palabras que no llegan á mis oidos. Ya conozco que yo soy á quien amo; no me engaña mi imágen. Me abraso en amor de mí mismo: yo alimento y sufro esta llama. ¿Qué haré? ¿seré suplicado, ó rogaré? Pero ¿qué pediré? En mí está lo que anhelo. En medio de la abundancia soy miserable. Oxalá pudiera yo separarme de mi propio cuerpo: quisiera que estuviese léjos de mi lo que amo; deseo pocas veces visto en un amante. El dolor ya me debilita las fuerzas; no me queda mucho tiempo de vida, y voy á morir en la flor de mi edad. Pero no me es sensible la muerte, puesto que han de terminar con ella todas mis penas; quisiera sí, que viviese largo tiempo mi amado: mas ¡ay! que ahora morirémos en un alma con unos mismos deseos." Dixo esto, y casi demente vuelve á mirar la misma imágen: con el llanto enturbia las aguas, y con su turbacion desapareció aquella hermosura. „¿Adónde huyes? clama, luego que se habia ocultado: vuelve, y no desampares cruel á un amante: permítaseme verte, ya que no tocarte, dando de este modo pábulo á un furor miserable."[4] Rasga sus vestidos de alto abaxo con la vehemencia del dolor, y hiere su desnudo pecho con aquellas blancas manos, poniéndole colorado con los golpes, y con el mismo color que tienen las manzanas, quando de un lado estan blancas, y del otro rubicundas, ó el que suele tener la uva en varios racimos quando todavía no ha acabado de madurar: luego que el infeliz vió así su pecho en el agua ya serenada, no pudo resistir mas; y así como suele derretirse la roxa cera con lento fuego, y el rocío de la mañana con el calor del sol, del mismo modo se va ya consumiendo, extenuado con el amor, y acabándose el ardor que ocultaba su pecho. Habia perdido ya aquella blancura natural, el vigor y las fuerzas le faltan, y desaparece aquello que tanto encantaba con ser visto. Ya no exîste aquel

cuerpo, que habia sido otro tiempo el objeto del amor de Eco, quien, aunque airada y resentida de sus desprecios, hizo gran sentimiento quando le vió; y quantas veces el miserable jóven ¡ay! exclamaba, otras tantas le correspondia con las mismas voces; y tambien hacia resonar movimientos de repercusion, quando él se golpeaba el pecho con sus manos. La última voz que despidió, mirando al agua como solia, fué: ¡ay, jóven en vano amado! y las mismas palabras repitió aquel lugar:[5] y diciendo vale; *vale* respondió Eco. Dexó caer su cansada cabeza sobre la verde yerba, y la muerte cerró aquellos ojos, que admiraban la hermosura de su Señor. Y aun en la laguna Estigia se contemplaba atentamente, luego que fué recibido en el Imperio de Pluton. Le lloráron las Nayades[6] sus hermanas, y le ofreciéron los cabellos que se habian cortado sobre su sepulcro. Lloráron tambien las Driadas,[7] y Eco corresponde á su llanto. Disponian ya la hoguera, la leña hecha rajas, y el féretro; pero en ninguna parte encuentran el cadáver, y en su lugar halláron una flor roxa, ceñida de unas hojas blancas.

* * *

Notas

1. El amor de sí mismo, que el Poeta compara con la sed.

2. Su misma figura, que estaba retratada en las aguas.

3. El Poeta, movido de compasion, dirige su razonamiento á Narciso por la figura apóstrofe.

4. Por el afecto: *meton.*: pues hacia infeliz á Narciso.

5. Eco que estaba en aquel sitio. *Meton.* El continente por el contenido.

6. Ninfas de las fuentes y rios.

7. Ninfas de los bosques.

Fábula IX

LAS FIESTAS DE BACO.

La noticia de este suceso hizo memorable á Tiresias en toda la Acaya, y fué causa de que cobrase mucha fama. Á pesar de esto le despreció Pentéo, hijo de Equion, el mayor despreciador de los Dioses, riyéndose de los pronósticos del viejo, y echándole en cara las tinieblas y su ceguedad: mas Tiresias, moviendo su cabeza ya llena de canas: „qué feliz fueras, le dice, si tú tambien te vieses privado de la vista, y no pudieses ver las fiestas de Baco. Llegará, pues, el dia (y sé que no está muy léjos) que anuncio, y en que un nuevo Baco,[1] hijo de Semele, se presentará aquí; y si no le honrares en los templos, te verás destrozado en mil parages, y contaminarás con tu sangre á las selvas, á tu madre y sus hermanas.[2] Vendrá; no le honrarás, y sentirás que haya yo visto tanto, sin embargo de estar cercado de tinieblas." El hijo de Equion impide al buen viejo proseguir su discurso. Él corresponde á sus palabras, y tienen efecto los pronósticos del agorero. Preséntase Baco, y los campos resuenan con los alegres aullidos.[3] Corre la turba, y las madres y nueras mezcladas entre los varones, corren á unas fiestas desacostumbradas. „¿Qué furor, hijos de serpiente, descendientes de Marte, qué furor, dixo Pentéo, os hace dar en tantas locuras? ¿Qué? ¿tanto poder tienen los

metales tocados con el metal? ¿Tanto la trompeta de cuerno corvo? ¿Tanto las artes mágicas? ¿Qué? ¿á quienes no ha intimidado la belígera espada, ni la trompeta, ni los esquadrones con relumbrantes armas puedan conmover unas voces afeminadas, el furor causado por el vino, una tropa de hombres llenos de torpeza, y unos inútiles tambores? Me admiraré de vosotros, ancianos, que venidos por largos mares desde Tiro fundasteis aquí vuestra ciudad, y colocasteis vuestros prófugos Dioses en esta tierra, al veros ahora dexaros sorprehender sin entrar en batalla.[4] ¡Ó de vosotros, jóvenes, á cuya edad mas robusta y próxîma á la mia convenia mas tomar las armas que los Tirsos,[5] cubrirse del morrion, y no de hojas! Recordad, por vida vuestra, qual es vuestra prosapia. Revestíos del aliento de aquella serpiente, que sola quitó á tantos hombres la vida.[6] Ella murió defendiendo su fuente y lago. Triunfad vosotros por vuestra fama: ella quitó la vida á unos hombres esforzados: venced vosotros á unos hombres entregados á la molicie. Conservad el honor que habeis adquirido de vuestros padres; y si los hados decretan el exterminio de Tebas, ¡no os tuviera mas cuenta que arruinasen nuestras murallas las militares máquinas y hombres aguerridos, y resonase el fuego y hierro por todas partes! pereceríamos infelices sin delito, y nuestra suerte seria digna de lástima, pero no de ocultarse: y podrian correr en tal caso nuestras lágrimas sin vergüenza. ¡Y que ahora se apodere de Tebas un jóven sin armas, que no se precia de guerras, ni de dardos, ni del manejo de caballos, sin otras insignias que el pelo rociado de mirra, coronas afeminadas, la púrpura y el oro entretexido en sus vestidos de varios colores! Pero yo le obligaré al instante, con tal que vosotros no estorbeis mis designios, á confesar qual es su verdadero padre, y por que ha instituido estas fiestas. ¿No tuvo bastante ánimo Acrisio para despreciar á

una Deidad vana, y cerrarle la entrada en Argos? ¿y podrá aterrar un extrangero á Pentéo y á todos los Tebanos? Id prónto, dice á sus criados, id y traed atado á este Capitan; no os detengais." Repreh éndenle su abuelo Cadmo, Atamante, y la demas multitud de los suyos; y en vano trabajan por detenerle. Se endurece mas con los consejos; se irrita y crece su rabia represada, y los esfuerzos de los ancianos eran mas perjudiciales: así como corre con mas suavidad y moderado estrépito un rio que no encuentra impedimento; pero si le sirven de embarazo en algun sitio las maderas ó las piedras amontonadas le irrita y ensoberbece mas este obstáculo, llenándole de espuma y ardor. Vuelven descalabrados sus criados; y preguntándoles si habian visto á Baco: no le hemos visto, dixéron; pero hemos preso á un Tirreno, que es su compañero y fámulo, y ha celebrado en otro tiempo los sacrificios de este Dios, presentándosele maniatado; y luego que le miró Pentéo con aquellos ojos iracundos, aunque difiere con repugnancia el tiempo del castigo: „Tú que has de morir pronto, le dice, y servir á otros de escarmiento con tu muerte, dime tu nombre, el de tus padres y tu patria, y la causa por qué freqüentas estos nuevos sacrificios." Él, sin temor alguno, „mi nombre es Acetes, le responde, Meonia mi patria, y mis padres de humilde descendencia. No me dexó mi padre campos que cultivasen los robustos bueyes, ni ganado mayor ni menor. Fué tambien pobre, y pasó su vida pescando: esta era la industria que le mantenia; y enseñándome este oficio, recibe, me dixo, las riquezas que tengo, mi sucesor y heredero; y no me dexó al morir mas patrimonio que las aguas: esto solo puedo llamar herencia de mi padre. Yo luego, no contentándome con ser pescador entre peñascos, aprendí á gobernar la nave con mi diestra, y observé con mis ojos la lluviosa estrella de la Cabra Olenia,[7] á Taigete,[8] las Hiadas,[9] y Arctos,[10]

las moradas[11] de los vientos, y los puertos acomodados para las naves. Caminando á Delos, fui llevado por casualidad á las costas de la isla de Naxos; y tendiendo los remos me acerqué á la playa, y con toda felicidad salté en tierra. Pasada ya la noche, empezó á rayar la aurora; me levanto, y exhorto á mis compañeros á que vayan á buscar agua dulce, enseñándoles el camino que guia á las fuentes: yo mismo exâmino desde una altura los vientos que soplaban: llamo á mis compañeros, y me vuelvo á la nave. Aquí estamos, dice Ofeltes, el primero de ellos: y como si hubiera conseguido una presa en aquel despoblado, trae un jóven tan hermoso como una doncella. Parecia que él titubeaba, como quien está poseido del vino y del sueño, y que con dificultad podia seguirlos. Observo su compostura, semblante y pasos, y no veia cosa que pudiese considerarse mortal: lo conocí, y dixe á mis compañeros: No sé qué Deidad habite en este cuerpo; pero en la realidad él es un Dios: y tú, quien quiera que seas, favorece y protege nuestros desvelos, otorgando primero á estos[12] el perdon. Dexa de rogar por nosotros, le dice Dictis, hombre el mas ligero de ellos para subir á las antenas, y para dexarse caer asido de un cable: lo mismo dicen Libio, y el roxo Melanto, que gobernaba la proa. Esto aprueban Alcimedon, y el incitador de los ánimos Epopéo, quien gobernaba y arreglaba con su voz á los remeros. Esto en fin aprueban todos. Tal era la codicia que producia aquella presa. No permitiré, les dixe entónces, que esta nave sea violada con un peso sagrado; tengo aquí mucho derecho: en la misma entrada de la nave me pongo á impedirlo. Se llena de furor Licabas, el mas atrevido de todos, quien, desterrado de la ciudad de Tusco, pagaba con el destierro el castigo que merecia por un homicidio cruel. Este, al ver mi resistencia, rompe con fuerte golpe mi garganta, y me hubiera precipitado al mar á no

haberme asido, aunque sin sentido, á una cuerda. Aprueba el hecho la multitud impía: entónces, pues, Baco (el Dios Baco era efectivamente) como quien despierta del sueño con la gritería, y despues de una embriaguez vuelve á recobrar sus sentidos: ¿Qué haceis? les dice: ¿qué gritería es esta? ¿con qué socorro me he hallado aquí, marineros? ¿adonde intentais llevarme? Depon el miedo, responde el que dirigia la proa, y di á qué puerto quieres arribar, que yo te pondré en la tierra á que te dirijas. Llevadme á Naxos, dixo Baco: ella es mi patria, y allí tendreis una tierra favorable. Juran aquellos embusteros por el mar y todos los Dioses hacerlo así, y me encargan dirija las velas de la pintada nave. Estaba á la derecha Naxos, y hácia esta parte en efecto me dirigia: ¿qué haces insensato? ¿qué locura te agita? me dixo Ofeltes y todos los demas: unos me dicen por señas que camine á la izquierda, otros me significan al oido sus deseos. Me llené de pasmo, y no queriendo ser instrumento de una traycion y un delito; tome el que quiera, dixe, la direccion de la nave. Todos me reprehenden: la multitud murmura; y Etalion, ¿te parece, me dixo, que en tí solo se cifra nuestro remedio? Sube, ocupa mi oficio, y dexando á Naxos, camina á un pais contrario.

* * *

Notas

1. Hay quien puso otros tres.

2. Su madre Agave, y sus tias eran Ino y Autonoe.

3. Clamores: *Metaf.*: llámales aullidos, porque los que celebraban estas fiestas se llenaban de tanto furor, que parecian sus gritos aullidos de perros.

4. Habla con los compañeros de Cadmo, quienes dexando la patria, llegáron á la Beocia

despues de muchos riesgos.

5. Tirsos, eran unas varas adornadas de hojas de parra y yedra, y el puño figuraba una piña: las usaban los gentiles en los sacrificios de Baco.

6. El Dragon de Marte, que quitó la vida á los compañeros de Cadmo.

7. La Cabra Amaltea, que crió á Júpiter, y por esto fué trasladada al cielo: en su nacimiento y ocaso suelen originarse lluvias.

8. Taigete, una de las Pleyadas.

9. Estrellas pluviosas colocadas en la frente de Tauro.

10. La Osa.

11. Los quatro puntos cardinales del mundo, de donde parece soplan los vientos.

12. Á los que le habian conducido como preso.

Fábula X

PENTÉO DESPEDAZADO POR SU MADRE.

Entónces pues, el Dios, encubierta su magestad, como si en efecto acabase de conocer el engaño, tiende la vista al mar desde la corva popa, y aparentando llorar: Marineros, les dice, no me habeis prometido estas riberas: no es esta la tierra á que os pedí me conduxéseis: ¿qué os he hecho yo para merecer este castigo? ¿qué gloria adquiris con engañar unos hombres á un jóven, y muchos á uno? Hacia ya tiempo que lloraba: la multitud impía se rie de las lágrimas, y surca las aguas moviendo ligeramente los remos. Por él mismo juro (porque no hay otro mas favorable) que digo la verdad, aunque parezca superior á todo encarecimiento. Se paró en el mar la nave del mismo modo que si estuviera en tierra. Ellos, llenos de admiracion, usan de los remos con doble fuerza, despliegan las velas, é intentan navegar á vela y remo. Hacen estorbo las hojas de yedra[1] á los remos, enroscándose en ellos con retorcidas vueltas, llenando las velas de sus pesados racimos. Baco, rodeada su frente de una guirnalda de racimos, blandea su asta[2] cubierta de pámpanos: aparecen á su lado tigres, espectros vanos de linces pintados, y los crueles cuerpos de panteras. Arrójanse al mar aquellos hombres, ó ya poseidos de locura, ó de

temor: Medon empieza á ennegrecerse el primero de todos, y á doblegarse su espalda, despues de habérsele disminuido el cuerpo. ¿En qué monstruo, dice á este Licabas, te conviertes? Mas quando hablaba, su boca se le habia agrandado, su nariz aplanado, y una dura escama cubria su piel. Libis, queriendo agitar los remos que se le oponian, vió que sus manos se le achicaban en poco tiempo; y que poco despues no se podian llamar manos sino aletas. Otro, deseando asir sus brazos á las torcidas cuerdas, se halló sin ellos, y encorvándose, saltó al mar, truncado el cuerpo.[3] La cola tiene la figura de una hoz, como demuestran los cuernos de la luna en su creciente. Saltan por todas partes; esparcen agua como si fuera un rocío. Vuelven á salir otra vez, y de allí á poco vuelven á zabullirse: retozan juntos á manera de una multitud de hombres, tienden sus juguetones cuerpos, y arrojan el agua por las corvas narices. Solo yo restaba de veinte que llevaba la nave; pero pavoroso y helado en un cuerpo lleno de temor: el Dios me alienta, aunque con dificultad, diciéndome: Desecha de tu corazon el miedo, y sigue tu derrota á Dia.[4] Luego que llegué allí me hizo sacerdote de sus sacrificios, y ahora me ocupo en las ceremonias de Baco."

„He atendido, dice Pentéo, á tu dilatada historia, para que con esta dilacion pudiese disminuir sus fuerzas mi ira. Criados, arrebatad á este hombre prontamente, y despues de atormentar cruelmente su cuerpo, enviadle con la muerte á la laguna Estigia." El Tirreno Acetes, arrebatado inmediatamente, es encerrado en fuertes prisiones; é ínterin se preparan los crueles instrumentos de la muerte, segun se habia mandado, el acero y fuego, se cuenta que naturalmente se abriéron las puertas, y las cadenas cayéron de los brazos sin quitarlas ninguno. Pero obstinado Equionéo,[5] no manda ya ir á sus criados, sino que él va en persona adonde el Citeron,[6]

preparado para celebrar las fiestas de Baco, resonaba con los cánticos y voces de las Bacantes. Al modo que relincha el brioso caballo, y desea entrar en la batalla, quando la belicosa trompeta da la señal con el metal sonoro,[7] de la misma manera el ayre, herido con los resonantes alaridos de las Menades,[8] conmovió á Pentéo, y volvió á encenderse su ira luego que oyó la gritería.

Casi en medio del monte hay un lugar sin árbol alguno, cuyas extremidades estan rodeadas de selvas, y que puede mirarse por todas partes. Su madre le vió la primera mirar con profanos ojos los sacrificios: ella fué la primera que se movió contra él corriendo precipitadamente: la primera que hirió á Pentéo disparándole el tirso: ella clama, venid mis dos hermanas, yo tengo de herir aquel soberbio jabalí, que vaga en nuestros campos; toda la turba corre enfurecida contra uno solo, todas se reunen, y todas le siguen ya tímido, ya articulando palabras ménos vehementes, ya condenándose á sí mismo, y ya confesando haber pecado. Sin embargo, herido clama: Tia mia Autonoe, ampárame, muevan tu corazon las sombras de Acteon: ella no conoce quien es Acteon, y arranca la mano derecha del que la suplicaba: Ino arrebató la otra; y queriendo extender los brazos á su madre, no tenia brazos el infeliz que alargar; pero mostrándole el cuerpo truncado, divididos los miembros: mira, madre, le dice; mas Agave aulla como un lobo al mirar aquel espectro, impelió el cuello, y tremoló sus cabellos por el ayre; y asiendo con sus ensangrentadas manos la cabeza arrancada: ¡vitor compañeras! clama: esta victoria es obra de mis manos. No arrebata tan pronto el viento las hojas heridas del frio del otoño, y que apénas pueden sostenerse en el árbol, como dividiéron los miembros de Pentéo aquellas sacrílegas manos. Instruidas con este exemplo

las Isménides,[9] celebran con freqüencia los nuevos sacrificios, tributan incienso, y adoran las sagradas aras.

* * *

Notas

1. Nacidas de repente: yerba consagrada á Baco.
2. Su asta: perífrasis de tirso.
3. Sin brazos.
4. Dia: lo mismo que Naxos.
5. Pentéo, hijo de Equion.
6. Un monte consagrado á Baco.
7. Perífrasis de la trompeta.
8. Menades, esto es, las furiosas. Así llamaban á las Bacantes.
9. Las Tebanas, llamadas Isménides, del rio Ismeno.

Tomo II · Libro quarto

Libro quarto

ARGUMENTO.

Alcitoe juntamente con sus hermanas despreciaron de tal modo las fiestas de Baco, que no observándolas, se ocuparon, mientras estas se celebraban, en las tareas ordinarias; y durante su labor cada qual, para hacerla menos penosa, refirió una divertida historia. Ya contaba la una la transformacion de las moras blancas en negras: ya referia la otra como Apolo se habia transformado en la figura de Erinome para engañar á Leucotoe; por lo que Clicie tuvo zelos, y fue convertida en Heliotropio por la compasion que tuvo Apolo. Asimismo contaba otra la union de Hermafrodito y la de Salmacis, ninfa, en un mismo cuerpo. Pero por fin las hermanas en medio de su labor se convirtieron en murciélagos, y las telas en vides y pámpanos. Agave, alegrándose de esto, sintió un gran dolor quando Ino y Atamante, agitados de la locura, se precipitaron al mar, y Neptuno los convirtió en Dioses marinos. Como las mugeres Tebanas los llorasen por muertos, se transformaron en piedras y aves. Tambien Cadmo afligido con esta calamidad, dexando á Tebas, partió en compañía de su esposa á la Iliria, en la que ambos se convirtieron en serpientes. De los que habian despreciado á Baco, solo quedaba Acrisio, abuelo de Perséo, que

cortó la cabeza á la Górgona, de cuyas gotas de sangre, derramadas en tierra, nacieron serpientes; y á Atlante lo transformó en monte, y á las varas en piedras, despues que libertó á Andrómeda. Suscitándose en seguida un tumulto en las bodas de Perséo, convirtió en piedra á Finéo con los suyos, y juntamente á Preto y á Polidectes, solo con mostrarles la cabeza de Medusa.

* * *

Introduccion

Las hijas de Minias desprecian á Baco.

Á pesar de todos estos prodigios, Alcitoe, hija de Minéo, y sus hermanas, reprueban la celebridad de las Orgias,[1] ó fiestas de Baco, y aun se atreven á decir que este no es hijo de Júpiter. Manda el gran Sacerdote publicar una fiesta; que las señoras y criadas no trabajasen aquel dia; que vistiesen su cuerpo de pieles, y dexasen sueltos sus cabellos, coronándose de pámpanos, y llevando en sus manos tirsos enramados. Las amenaza que de no hacerlo así experimentarian la ira de aquel Dios. Jóvenes y ancianas obedecen su órden: dexan el texido, la costura y la rueca; queman incienso sobre los altares de Baco, llamándole con los misteriosos nombres de Bromio y de Lieo: le llaman tambien hijo del fuego, engendrado dos veces,[2] y que solo él tuvo dos madres: añaden á todos estos nombres el de Niséo, el de no barbado Tionéo: le atribuyen la gloria de haber sido el primero que plantó las vides,[3] y por esta causa los renombres de Geneo, Nictelio, padre Eleléo, Jacho, Evan, y todos los demas que la Grecia inventó en honra suya. Tú eres, ó Baco, le dicen, aquel niño eterno, cuya juventud está siempre lozana; eres el mas hermoso y amable de los Dioses del Olimpo; quando te manifiestas sin los cuernos, que acostumbras llevar, tienes todo el

esplendor y hermosura de una doncella jóven: tú conquistaste el Oriente hasta donde la aterrada India se baña por el remoto Ganges: tú castigaste á los sacrílegos Pentéo y al sanguinario Licurgo; precipitaste en las ondas á los perjuros marineros de Toscana. Va tirado tu carro de dos linces, cuyos elevados cuellos oprimes con pintados frenos, y te siguen las Bacantes, los Sátiros, y aquel borracho viejo,[4] que apenas puede sostenerse con la férula,[5] ni cabalgar bien en su cabizbaxo jumentillo. Por donde quiera que pasas te celebran el clamor de los jóvenes y las voces de las mugeres; suenan los panderos, las trompetas y las horadadas flautas. Hoy las Tebanas te invocan, y ruegan les asistas propicio y benigno, celebrando tu promulgada fiesta.

Solo las hijas de Minéo la profanan empleadas en cardar, en hilar y texer sus lanas, imponiendo tarea á sus criadas.[6] „Mientras que las demas, dixo una de estas jóvenes, estan hoy ociosas, y solo cuidan de ofrecer incienso á una divinidad imaginaria, nosotras que trabajamos baxo los auspicios de Minerva, que es la mejor de las Diosas, procuremos suavizar nuestra útil tarea con discursos divertidos:[7] contemos alternativamente alguna historia que nos entretenga y haga mas corto el tiempo." Aprueban las hermanas su pensamiento, y la ruegan principie la conversacion. Como sabia una infinidad de historias, tardó en hacer eleccion por qual habia de dar principio. Dudaba si deberia hablar primeramente de tí, Dercere,[8] convertida en pez, y que, despues de tu transformacion, habitas las lagunas de la Siria; ó de Semíramis, tu hija, que, baxo la figura de una paloma, fixó su morada sobre las altas torres de Babilonia; ó de los encantos de Nais, que con la dulzura de su voz, ó la virtud de algunas plantas, transformaba en peces á los jóvenes que se aficionaban á su hermosura, hasta que

experimentó en sí igual transformacion; ó últimamente de aquel árbol, morera, cuyo fruto era antes blanco, y ahora le produce negro por el contacto de la sangre de dos desgraciados amantes. Agradóles esta; y como era la historia menos conocida de ellas, se determinó á referirla, y, continuando en hilar, la principió en los términos siguientes.

* * *

Notas

1. Eran unos festivos sacrificios que se hacian á Baco, en los que las mugeres, llamadas Bacantes, iban como furiosas, y cuyos ritos describe el poeta en esta fábula y en otros lugares de sus obras.

2. Llamaban así á Baco, porque segun la ficcion mitológica fue extraido del vientre de su madre Semele, y colocado en un muslo de su padre Júpiter, donde estuvo hasta el legítimo tiempo de nacer.

3. Sin duda la deidad fabulosa de Baco se forjó sobre las noticias que los mitológicos hubieron de tener del Patriarca Noe, que fue el primero que plantó la viña, é inventó su cultivo y el uso del vino.

4. Debe entenderse Sileno, ayo de Baco, á quien los mitológicos pintan embriagado, y que no podia sostenerse sobre su asno.

5. Es la vara con que heria y dirigia al jumento.

6. En esto refiere y describe Ovidio las tres partes principales del lanificio, que son hilar, cardar y texer.

7. De esto se dexa ver que no es moderno, sino uso muy antiguo, el que las mugeres alivien y entretengan sus tareas, contando al compas de ellas cuentos y anécdotas divertidas.

8. Fue madre de Semíramis; la una fue convertida en pez, y la otra, despues de haber casado con Nino, Rey de Babilonia, y edificador de la famosa ciudad de Nínive, en paloma, segun las ficciones mitológicas.

Fábula primera

PÍRAMO Y TISBE.

En aquella celebrada ciudad que Semíramis cercó de altas murallas,[1] fabricadas de ladrillo, vivian pared por medio Píramo y Tisbe; el uno el mas gallardo de los jóvenes, y la otra la mas hermosa de las doncellas que tuvo el Oriente. La vecindad abrió los primeros pasos para conocerse. Con el tiempo creció el amor, y hubiera terminado en legítimo casamiento; pero vedaron los padres lo que no pudieron prohibir: ambos estaban igualmente enardecidos en amor mutuo; nadie lo sabia; hablaban por gestos y señales, y quanto mas procuraban ocultar su amor, tanto mas se abrasaban en su oculto fuego.

La pared que mediaba entre ambas casas estaba hendida con una pequeña rendija que habia quedado en ella desde que se hizo; defecto desconocido hasta entonces de todos; pero ¿qué cosa se oculta al amor? Tiernos amantes, vosotros tuvisteis los primeros la dicha de verla, y de serviros de ella para expresar, sin que nadie lo advirtiese, vuestros mas dulces sentimientos.[2] Quántas veces Píramo de un lado y del otro Tisbe decian despues de mil suspiros, y de tomarse mutuamente la respiracion: „Pared envidiosa de nuestra felicidad, ¿por qué te opones al logro de

nuestros amores? ¡Qué te costaba permitir la union de nuestros cuerpos, ó si esto era mucho, á lo menos dieras ensanche á los ósculos! Te agradecemos sin embargo el bien que nos dispensas en poder hablarnos por tu medio." Repetian cada dia el mismo discurso, concluyéndole con un tierno á Dios, y besando cada uno por su lado la pared, como si sus ósculos hubieran de penetrarla. Una mañana, apenas la aurora habia ocultado las estrellas, y quando el sol con sus rayos enxugaba ya el rocío de las yerbas, acudieron uno y otro al sitio acostumbrado; y despues de lamentar su triste suerte con mucho silencio, y la situacion á que estaban reducidos,[3] determinaron engañar los guardas, y salir en la próxîma noche de sus casas y de la ciudad; pero temerosos de no extraviarse por el espacioso campo, acordaron juntarse al lado del sepulcro de Nino,[4] y de un moral muy abundante de moras blancas que estaba cerca de él á la márgen de una agradable fuente. Aprobaron el concierto muy alegres; y aunque este dia les pareció mas largo que los otros, llegó por fin la noche. La cuidadosa Tisbe, auxîliada de las tinieblas, abriendo la puerta con mucho cuidado, se cubre el rostro con un velo, sale de su casa sin ser sentida de persona alguna, atraviesa la ciudad, y llegando la primera al sepulcro de Nino, se sienta debaxo del árbol en que quedaron convenidos. El amor la infundia atrevimiento; pero por desgracia viene á beber á la fuente inmediata una leona que, despues de haber devorado una vaca, traia en la boca las señales de su crueldad. Con la claridad de la luna la ve Tisbe venir á lo lejos; y huyendo amedrentada á una obscura cueva, dexa caer el velo con la precipitacion de la fuga. Apagada la sed, se vuelve la cruel bestia á la selva; encuentra el velo que habia dexado caer Tisbe, y le hace mil pedazos con su ensangrentada boca.

Píramo, que habia salido mas tarde, se llenó de espanto al ver, á la misma claridad de la luna, huellas nada equívocas de una fiera: vió tambien el velo ensangrentado, y presumiendo alguna desgracia en su amante, exclama: „Una misma noche acabará con estos dos desgraciados amantes. Yo solo soy el culpado; pero la inocente y desgraciada Tisbe era digna de gozar mas tiempo de la vida. Yo te he muerto, decia, muger digna de compasion, induciéndote á venir de noche á un sitio tan medroso, y al que debia llegar el primero para defenderte. Fieros leones que habitais los senos de esas cóncavas rocas, venid, despedazad mi cuerpo, arrancad mis pérfidas entrañas con vuestros dientes crueles; pero no, que es de espíritus cobardes el desearse la muerte."[5] Levanta el velo de la desgraciada Tisbe, y se encamina con él al árbol señalado: le baña con sus lágrimas, y despues de besarlo: „Tú debes, dice, ser tambien teñido con mi sangre: recógela, pues es justo sea mezclada con la de mi querida Tisbe." Articuladas estas palabras, se atraviesa con su espada, y sacándola de la herida cayó de espaldas en tierra. Salta su sangre con la misma impetuosidad que suele el agua de un roto caño, que despedida con violencia parece que corta el ayre. El fruto de este árbol rociado con la sangre se volvió negro, y empapada en ella su raiz ennegreció repentinamente las moras.

Tisbe, aun no bien recobrada del susto, sale de la cueva por no incurrir en falta: busca ansiosa á su amante para contarle el riesgo de que se habia librado. Exâmina el parage por ambos convenido; pero el nuevo color del árbol la hace dudar algun tiempo si era este ó algun otro donde debian juntarse: en esta incertidumbre ve en el suelo un cuerpo palpitando. Túrbala este espectáculo, retrocede, se queda mas amarilla que el box, y se estremece al modo que lo hace el mar quando el blando céfiro agita su

superficie. Mas al fin, parándose á reflexîonar un poco, reconoce á su desgraciado amante, y, dexándose llevar de su fiero dolor, comienza á despedazar sus brazos,[6] indignos de tal tratamiento, despide lastimeros ayes, arranca sus cabellos, lastíma su pecho; y por último abraza con entrañable amor el cuerpo de su amante, riega la herida con sus lágrimas, mezclando su llanto con la sangre, y besando mil veces aquel yerto semblante. „Píramo, le decia, ¿qué funesto accidente me priva de tu vida? Respóndeme: advierte que tu querida Tisbe es quien te llama; escúchame, querido, y echa una ojeada siquiera sobre la infeliz Tisbe." Al oir este dulce nombre abre Píramo sus moribundos ojos, y espira despues de haberla visto. Mas viendo Tisbe su velo, y la espada de Píramo fuera de su vayna: „¡Ah infeliz! exclama, tu misma mano, tu mismo amor fue tu verdugo; pero tambien hay en la mia fortaleza para imitarte, tambien tengo amor que me dé fuerzas para resistir las heridas; aun despues de muerto te seguiré, y se dirá de esta desdichada, que si yo he sido causa de tu muerte, soy tambien compañera en tu sepulcro. Y tú, á quien la muerte sola podrá arrancar de mis brazos ¡ay! ni aun despues de ella habrá cosa alguna que nos separe. Desventurados padres de estos infelices amantes, no os opongais, os lo suplican ambos, no os opongais á que encierre un mismo sepulcro á aquellos á quienes han unido para siempre la muerte y el amor mas tierno. Y tú, árbol funesto, que haces sombra al cuerpo de mi querido, y vas á cubrir el mio, conserva para siempre la señal de nuestra desgracia; tus frutos lúgubres y tristes sean un eterno monumento de que has sido teñido con la sangre de dos desgraciados," dixo: y tomando la espada, aun caliente con la sangre de Píramo, la apuntó á lo mas baxo de su pecho, y se dexó caer sobre ella. Sus ruegos enternecieron á los Dioses, y conmovieron

á sus padres: porque el fruto del árbol, al paso que madura se va volviendo negro, y las cenizas de entrambos, retiradas de la hoguera, fueron colocadas en una misma urna.

* * *

Notas

1. Los muros de Babilonia se cuentan por una de las siete maravillas del Orbe: fueron edificados por Semíramis, su altura de 200 pies, su ancho de 50; de modo que cruzaban sobre ellos dos carros sin tropezarse el uno al otro: habia en ellos jardines artificiales ó pensiles, y 300 torres, en cuya construccion, dirigida por el arquitecto Sóstrato, se ocuparon 300.000 hombres.

2. Muy antiguo debe ser el buscar los amantes resquicios por donde comunicarse.

3. Por causa de sus padres.

4. Fue hijo de Belo, y marido de Semíramis, segun ya queda notado; y es de observarse la costumbre antigua de hacer los sepulcros fuera de las poblaciones, cuyo uso se renueva en nuestros tiempos por el ilustrado gobierno.

5. Estas expresiones denotan que en el tiempo de Ovidio estaba abandonada la opinion ó entusiasmo de que era heroicidad el suicidio, en cuyo desacierto habia caido poco antes Caton el Uticense.

6. Debian ser todas estas las demostraciones de dolor y despecho que se usaban en tiempo de Ovidio.

Fábula II

MARTE Y VENUS.

Poco despues que Alcitoe acabó su historia, tomó Leuconoe la palabra, y escuchándola sus hermanas: sabed, las dixo, que el Sol, ese Dios que lo alumbra y gobierna todo con su luz, no estuvo exênto del amor. Voy á referiros su aventura. Como todo lo registra el primero, dicen que descubrió el adulterio de Venus con Marte; y envidioso ó zeloso del hecho, se lo contó al esposo de esta Diosa, mostrándole el parage y sitio de la traycion. Consternó tanto esta noticia á Vulcano que quedó sin seso, se le cayó de las manos la obra,[1] y hasta el martillo con que la trabajaba. Mas volviendo sobre sí se puso á hacer una red y lazos de alambre tan sutiles y delgados que apenas eran perceptibles; no excederian á su delicadeza ni el hilo mas delgado, ni las mas delicadas telas de araña que penden del techo. Hízola con tal artificio que el mas leve movimiento pudiera jugarla. Tendióla al rededor del lecho de Venus, de suerte que apenas entró en él con Marte, ambos se quedaron presos y abrazados. Contento Vulcano con tan buen suceso, abrió las puertas de su aposento, y convidó á los Dioses á ver el espectáculo; halláronlos feamente abrazados, cosa que excitó á los Dioses á risa,[2] sin embargo de que no faltó entre ellos alguno menos rígido

que quisiera verse avergonzado á tal precio. El hecho fue contado y sirvió mucho tiempo de conversacion en el cielo.

Ofendida en extremo Venus, resolvió vengarse del que habia descubierto su delito, é hizo arder en un amor igual al suyo al que descubrió su oculta pasion. ¿De qué te sirven, hijo de Hiperion,[3] tu hermosura, tu color y tu brillante luz? Tú que esparces por todas partes el fuego, te dexas abrasar de una nueva llama; tú, que debes mirarlo todo, fixas solo tus ojos en Leucotoe. Sales antes y vuelves despues de lo ordinario á la mansion de Tetis:[4] por contemplar despacio su beldad, haces mas largos de lo ordinario los dias del invierno: deliras algunas veces,[5] y comunicando la ceguedad de tu entendimiento á los rayos que despides, pones en consternacion con su obscuridad á todos los mortales.[6] Quando te turbas, no es porque se ponga entre tí y la tierra la luna que está mas cerca de ella: el amor produce este color tétrico. Sola Leucotoe causa tus delicias; ya no te acuerdas de Climene, ni de Rodas,[7] ni de la hermosa madre de Circe, ni de Clicie, que sin embargo de haberla tú despreciado, deseaba colgarse de tu cuello en el mismo tiempo en que te habia el amor herido gravemente con otras flechas. Leucotoe te hace olvidar todos tus amores. Fue esta hija de Eurinome, la mas hermosa de toda la Arabia; pero despues que llegó á su juventud, la hija excedia tanto en hermosura á su madre, quanto esta habia excedido á todas las de su tiempo: su padre Orcamo fue el que gobernó la Persia, siendo el séptimo Rey despues de Belo.[8]

* * *

Notas

1. Debe entenderse de herrería, pues á Vulcano le fingen los mitológicos herrero, que en una cueva del monte Etna trabajaba y forjaba con los Cíclopes los rayos para Júpiter.

2. Á esta provocaria y la promoveria el Dios que llamaban Momo, que tenia por oficio el vulgarizar y ridiculizar las acciones de los demas Dioses, y de su nombre, con alguna inflexion se llamarian Mimos y Pantomimos los que con gesticulaciones sacaban al público las acciones agenas.

3. Habla y debe entenderse de Apolo.

4. Los antiguos, que no conocian los Antípodas, fingian que el sol terminaba su carrera al baxar del horizonte; desuncia sus caballos, que descansaban de noche, y los volvia á uncir á la mañana siguiente quando en el oriente volvia á montar el horizonte.

5. Llama delirios los eclipses del sol.

6. Dice esto porque se llenan ordinariamente de terror algunos hombres quando ven algunos eclipses de sol, ó alguna mudanza extraordinaria en los cielos.

7. Es la isla de Rodas tan famosa por el Coloso ó estatua de Apolo que en ella habia, y que era una de las siete maravillas, toda de bronce, que estando en un estrecho tenia un pie á la una orilla y el otro á la otra, y por debaxo pasaban las embarcaciones con todo su velámen.

8. Fue el que edificó á Babilonia, y el fundador de la primera famosa Monarquía de los Asirios, la que duró hasta el infame Sardanápalo; despues del qual empezó la de los Medos, á la que siguió el Imperio de los Griegos, erigido por Alexandro, y á este sucedió el de los Romanos que los destruyó á todos.

Fábula III

APOLO Y LEUCOTOE.

El pasto de los caballos del sol está hácia el poniente, donde, descansando de la fatiga del dia, se alimentan de ambrosia en vez de yerba, con cuyo sustento recobran las perdidas fuerzas para volver á la tarea. Una noche, mientras ellos pacian, entró el sol en el aposento de su amada Leucotoe baxo la figura de su madre, y la halló hilando[1] á la luz, acompañada de doce criadas. Yo tengo que hablarte, la dixo, dándola un ósculo; retiraos vosotras, pues no necesita de testigos el secreto que intento confiar á mi hija. Obedecieron, y habiendo quedado solos, la dice: „Yo soy el que gobierna el año,[2] el que todo lo ve y todo lo alumbra; yo soy la luz del mundo; y yo, creeme, estoy enamorado de tí." Leucotoe se llena de temor, y con el miedo dexa caer de sus trémulas manos el huso y la rueca. El rubor la hacia mas hermosa; y Febo, para no retardar sus deseos, cobra su verdadera figura y su propio resplandor.

Leucotoe, aunque al principio espantada con un resplandor tan repentino, accedió por último á los deseos de Apolo, dexándose llevar de su hermosura. Se abrasa de zelos Clicie, porque el amor que le habia tenido era vehemente, y deseosa de vengarse de su rival, publica su delito hasta

ponerlo en noticia del padre de Leucotoe. Enfurecido Orcamo con esta nueva, manda enterrarla viva, y echar sobre su cuerpo una porcion de arena, sin atender á la desgraciada Leucotoe, que, levantando las manos[3] á su amante, juraba que fue violentada. El sol, con la actividad de sus rayos, entreabrió la tierra que te cubria, ó graciosa Ninfa, para que pudieses levantar tu sepultada cabeza; pero en vano, porque ya te habia quitado la vida el peso de la arena. Despues de la desgracia de Faeton, no habia experimentado el sol un dolor mas vehemente. Procuró reanimar con su calor el yerto cadáver de su amada; pero el destino[4] hizo inútiles sus esfuerzos. Quejóse, gimió, y rociando con nectar el cuerpo de Leucotoe, y la tierra que la cercaba: „Al menos, dixo, tendré el consuelo de restituirte al ayre." En efecto, el cuerpo liquidado en un humor oloroso empapó la tierra, la qual, formando raices y rompiendo el túmulo, brotó las varas que producen el incienso.

El amor, que habia sido causa de la indiscrecion de Clicie, hubiera podido disculparla; pero sin embargo, desde aquel dia la miró Apolo con indiferencia, y jamas volvió á tener comercio con ella. Sus desprecios la conduxeron á una terrible desesperacion; y reducida á la situacion mas lamentable, no pudo sufrir la compañía de las ninfas. Expuesta continuamente á la inclemencia de los elementos, desnuda, y el cabello suelto, no probó otro alimento en nueve dias que sus lágrimas y el rocío del cielo.[5] Inmóvil en este tiempo, solo volvia al sol los ojos, siguiéndole con ellos mientras duraba su curso. Cuentan que su cuerpo quedó unido á la tierra; que la parte inferior de él apareció de un color cárdeno, y que en lugar del rostro se veia una flor tornasolada con mezcla de violeta. Aunque asida á la tierra por sus raices, no dexa de volverse hácia el sol, mostrándole,

á pesar de su transformacion, lo mucho que le ama.[6]

* * *

Notas

1. Era esta la ocupacion mas comun de este sexô, aun hasta en las Princesas y personas de carácter, y en esta ocupacion fue hallada por Tarquino la casta Lucrecia quando entró á hacerla aquella gran violencia, que fue causa de la pérdida de su reyno. Pero hoy las Señoras se desdeñan de un exercicio tan propio de su sexô, y del qual no se desdeñó nuestra Católica Reyna Doña Isabel, que se alababa de que el Rey Don Fernando su marido nunca se puso camisa que no hubiese sido hilada por sus manos.

2. Todas las naciones procuraron arreglarle al curso del sol, y se entiende por año el tiempo que este Planeta gasta en dar una vuelta entera al zodiaco con su movimiento propio de poniente á oriente, con el que adelanta cada dia un grado de los trescientos sesenta de que consta aquel gran círculo.

3. Fórmula mitológica del juramento.

4. Se entiende el Hado, que era un libro que no podian inmutar los Dioses, y ningun poder tenian contra lo escrito en él.

5. Esto probaria que un cuerpo humano podria subsistir sin alimento nueve dias, y quizas era esta la opinion que corria en tiempo de Ovidio.

6. En esto describe el Poeta la qualidad de las plantas heleotrópicas, que se vuelven é inclinan siguiendo siempre el curso del sol, y varian su direccion á medida que este planeta va mudando su situacion.

Fábula IV

SALMACIS Y HERMAFRODITO.

Causó bastante admiracion en sus hermanas lo que Leuconoe acababa de referir. Las unas decian que era increible: las otras, que todo lo podian los verdaderos Dioses; pero que no era Baco de este número. Alcitoe nada habia dicho aun; y por lo mismo la suplicaron contase alguna historia, y la obligaron á ello con el silencio. Nada os hablaré, dixo, continuando su labor, de la aventura del pastor Dafnis, que guardaba sus rebaños en el monte Ida, y á quien una Ninfa, zelosa de su rival, convirtió en roca. ¡Tanto furor como este inspira el amor quando es despreciado! Esta historia es bien sabida de todos. Tampoco diré la de Esciton, hombre y muger á un tiempo. Pasaré en silencio la de Celmo, tan fiel á Júpiter en su infancia, y que despues, por su indiscrecion, fue transformado en diamante. No me detendré en la de los Curetes, que se formaron de una lluvia. Tampoco es mi ánimo contaros la de Croco, ni la de Esmilax convertidos en flores; pero sí quiero divertiros con una historia agradable.

Vosotras ignorareis quizá por qué la fuente Salmacis vino á hacerse tan nombrada, y por qué sus aguas vuelven á los hombres floxos y afeminados;[1] oidlo pues, que el efecto es tan patente como la causa oculta. Las Náyades

criaron en las cuevas del monte Ida un niño nacido de Venus y Mercurio: sus facciones eran tales que demostraban bien quienes eran sus padres, y de ambos tomó despues el nombre.[2] Quando llegó á la edad de quince años abandonó los montes en donde se habia criado, deseoso de ver nuevas tierras y nuevos rios, haciéndole este mismo deseo menos sensibles las incomodidades de sus viages. Habia ya visto las ciudades de Licia, y llegado á Caria, que está cerca, quando se paró junto á una fuente, cuyas aguas eran tan puras que veia fácilmente su fondo; nada la enturbiaba; ni juncos, ni cañas, ni ovas. Un cesped siempre verde formaba al rededor de ella una hermosa cenefa. La Ninfa que la habitaba, ni tenia aficion á la carrera, ni á la caza, ni á disparar el arco: era la única de las Náyades que jamas conoció Diana. Solian decirla sus hermanas: Salmacis, ármate de un dardo, toma una aljaba, reparte el descanso con el exercicio de la caza; pero sus persuasiones eran inútiles, porque la ociosidad formaba todas sus delicias. No tenia otro placer que bañarse, cuidar de adornar sus cabellos con un blanco peyne de Venus, y consultar en el cristal de las aguas los adornos que la sentarian mejor. Unas veces, adornada de un brillante vestido, permanecia reclinada sobre la yerba y el cesped; otras se divertia en coger flores; y en esto estaba entretenida quando descubrió al jóven Hermafrodito. Apenas le vió se enamoró de su hermosura, y deseó tenerle por marido; pero aunque lo deseaba, no quiso acercarse á él hasta engalanar bien su cuerpo y componer sus miradas de modo que pudiera parecer la mas bella á los ojos de este jóven.[3] Luego que se adornó á su placer, le dixo: „Jóven extrangero, quien quiera que seas, pues algunos te tendrian por un Dios, si lo eres, no puedes dexar de ser el mismo Amor; y si eres un simple mortal ¡que felicidad para tus padres tener un hijo de tanta

gentileza! ¡qué afortunados serán tus hermanos si los tienes! ¡qué ventura para la que tuvo el cuidado de criarte! Pero mas que todos dichosa tu esposa, si es que estas casado, ó la que haya de honrar la tea nupcial y coronar el himeneo: si es que ya posee alguna esta felicidad, permíteme gozar de tí secretamente; mas si hasta ahora no tienes hecha eleccion de muger, yo te ofrezco mi mano, y descansaremos en un mismo lecho."[4] Calló Salmacis y Hermafrodito se llenó de vergüenza al oirla, como que no sabia qué era amor, pero su mismo rubor añadió nuevas gracias á su belleza. El color de su rostro parecia al de las manzanas coloradas quando estan colgadas del árbol, ó al marfil teñido de encarnado, ó al de la luna en su eclipse en una noche serena. „Al menos, continuó Salmacis, dáme algun ósculo del modo mismo que le darias á una hermana tuya;" y diciendo esto quiso arrojarse á sus brazos. „Modera tus transportes, la dixo Hermafrodito, si no quieres que huya de tí para siempre. No, detente, replicó Salmacis, consternada con esta amenaza; tú eres Señor de este sitio, yo te cedo su dominio." Al pronunciar estas palabras, fingió alejarse de allí, y se ocultó detras de unas espesas matas para acecharle sin ser vista. Entonces el jóven, como muchacho, y creyendo hallarse solo en un lugar tan frondoso, ya se paseaba de una á otra parte, ya metia los pies en el agua, y ya, convidándole á bañarse su frescura, se determinó á desnudar. El incentivo de este objeto acrecentó la pasion de la Ninfa;[5] brillaban sus ojos como los rayos del sol quando reflexan en un cristal, y apenas podia contener sus conmociones, ni dilatar su deseo. Saltó al agua Hermafrodito, y mientras nadaba, parecia su cuerpo una hermosa figura de marfil, ó una azucena vista por el cristal. „En fin yo venzo;" exclamó Salmacis, desnudándose y echándose al agua. Acercase á él, le asegura á pesar de su

resistencia, le da algunos ósculos, le sujeta las manos, toca sus pechos estrechándole consigo por todos los modos posibles. Así como la serpiente quando es arrebatada por un águila, la oprime y se enrosca en sus alas y garras; así como la yedra se enlaza á un árbol, ó como el pulpo á la presa que descubre sobre las aguas, así la Ninfa Salmacis se arroja y estrecha con el indiferente Hermafrodito. En vano hace esfuerzos para desasirse de ella; en vano se resiste á su ternura; la Ninfa le ruega mas y mas, le hostiga, le solicita; pero un cruel desprecio es el solo premio que da á sus delirios. „Á pesar de todos tus esfuerzos, le dice, no te desprenderás de mí: Dioses haced que nada me separe de este pérfido."

Oyeron los Dioses su súplica, y sus dos cuerpos se hicieron uno solo, y uno solo sus dos rostros.[6] Así como vemos dos ramas, que creciendo se unen, y las cubre una misma corteza, así sus dos cuerpos parecieron uno solo, sin que se pudiera decir si era de hombre ó de muger; pues nada era siendo uno y otro. Viendo Hermafrodito que acababa de mudar de sexô, y que su cuerpo era mitad hombre y mitad muger, habló á Mercurio y á Venus con una voz no ya como antes de hombre. „¡Ó padre mio! ¡ó madre! les dice, no negueis á vuestro hijo la gracia que os pide; y es, que todos los que vengan á bañarse á esta fuente experimenten esta misma transformacion." Su súplica fue oida; porque Mercurio y Venus derramaron en la fuente una esencia que la comunicó la virtud de hacer mudar de sexô.

* * *

Notas

1. Dicen que sus aguas convertian á los hombres en mugeres.

2. Llamóse Hermafrodito, ó Froco; porque *Hermes* quiere decir Mercurio, y *Frodos* espuma, de la que dicen fue formada en el mar su madre Venus.

3. Las mugeres no se creen hermosas, ni piensan que agradan á los hombres sino con el atavío. Tan antiguo es en ellas la inclinacion á engalanarse.

4. Todo este razonamiento arguye atropellamiento del pudor, que es regular conseqüencia del adorno y del prurito de ir segun las modas.

5. Efecto regular de la vista de un objeto obsceno.

6. De esta union fabulosa de dos cuerpos de distintos sexôs provino el llamarse hermafroditas los que participaban de uno y otro.

Las hijas de minio transformadas en murciélagos

Despues de haber concluido su conversacion las Mineidas, aun manifestaban, continuando su labor, el desprecio que hacian de Baco y de sus fiestas, quando de repente oyeron un confuso ruido de tambores, flautas y trompetas, que las sorprehendió tanto mas quanto no veian persona alguna que le originase. Un olor de mirra y azafran se esparció en su aposento, y, lo que parecia increible, su tela se cubrió de verdor y brotó pámpanos y hojas de yedra. El hilo que acababan de emplear se convirtió en sarmientos cargados de uvas, y estos tomaron el mismo color de púrpura de que era su labor.[1] Era ya aquella parte del dia en que las sombras que empiezan á cubrirle, y la luz que va desapareciendo, hace dudar si es dia ó noche, quando un espantoso ruido estremeció toda la casa. Se llenó repentinamente de antorchas encendidas, y de otros fuegos que brillaban por todas partes: oyéronse aullidos horrendos, como si la casa estuviese llena de fieras. Las Mineidas aterradas huyeron de la luz y el fuego; pero mientras buscaban los parages mas solitarios para ocultarse, se reducen á una pequeñez increible, cubre sus cuerpos una delgada membrana, y se extienden sobre sus brazos unas alas delicadísimas. La

obscuridad del sitio en que estan ocultas, las impide conocer que habian mudado de figura; se elevaban en el ayre, sosteniéndose con unas alas, no de plumas, sino de una piel transparente. Querian hablar para expresar su pena, pero formaban solo un sonido endeble y proporcionado á la pequeñez de sus cuerpos. Complacíalas habitar en las casas y no en las florestas como las demas aves; huian de la luz volando solo de noche, y por esta causa se las dió el nombre de Murciélagos.[2]

Esta maravilla inspiró en los Tebanos un gran respeto á Baco; Ino, tia de este, la referia en todas partes, confesando que no habia experimentado otro dolor que el que le causaron las desgracias de sus hermanas.[3] Envidiosa Juno de la prosperidad de esta Princesa, que estaba envanecida por ser esposa de Atamante, por tener muchos hijos, y la gloria de haber criado á Baco; Juno, digo, no pudo disimular por mas tiempo su encono. „¿Cómo, decia, el hijo[4] de una rival mia pudo precipitar en las olas y convertir en delfines á los marineros que le despreciaban? ¿Inducir á una madre á despedazar á su propio hijo,[5] y transformar en murciélagos á las tres hijas de Minéo? ¿Y todo el poder de Juno se limitará á derramar lágrimas inútilmente? ¿Quedaré contenta con tan débil satisfaccion? ¿Está limitado mi poder á solo esto? No: el mismo Baco me enseña como he de vengar mis ofensas; lícito es aprender del enemigo. El homicidio de Pentéo me hace conocer demasiado lo que puede el furor; ¿pues por qué Ino no ha de experimentar los efectos mismos que sus hermanas?"

* * *

Notas

1. La lana era de color de púrpura.

2. En el latín se llama *vespertilio* de la voz *vespere*, porque es ave que vuela de noche; pero en el castellano se dice murciélago del nombre *musmuris*, porque ni bien es raton, ni bien ave, sino una especie media entre las aves y quadrúpedos, y que no es ovípara como aquellas, sino vivípara como estos.

3. Porque su hermana Semele habia muerto, Autonóe vió á su hijo Acteon convertido en ciervo, y Agave habia despedazado á Pentéo su hijo.

4. Se entiende Baco, y alude al suceso que se tocó en la Fábula X del libro tercero.

5. Habla de Pentéo despedazado por su madre.

Fábula V

TISIFONE VUELVE FURIOSOS Á ATAMANTE Y Á INO.

Hay un camino declive obscuro, con árboles funestos, que conduce á los infiernos por parages que hacen mas pavoroso su silencio;[1] exhalan continuamente muchas nieblas las aguas de la Estigia,[2] por donde las sombras de aquellos que recibieron los honores de la sepultura baxan al infierno. La palidez y el frio habitan allí, y los Manes[3] nuevos ignoran el camino que conduce á la Estigia, y donde esté la Corte de Pluton, que tiene mil entradas, y todas abiertas. Aquel lugar recibe todas las almas, así como el Océano quantos rios corren sobre la tierra, y á pesar de las innumerables que llegan á él parece estar siempre vacío.[4] De todas partes llegan almas separadas de sus cuerpos: unas freqüentan el Foro, otras se apresuran á hacer la corte á Pluton, y finalmente todas se dedican á los mismos exercicios en que se habian ocupado sus cuerpos durante su vida, sin contar con las que estan en los tormentos.[5] Irritada Juno (tantos deseos tenia de venganza), dexa su mansion celeste para descender á la lúgubre estancia. Á su llegada, la puerta por donde entró, hizo un ruido extraordinario. Abrió sus tres bocas, y ladró tres veces el Cancerbero.[6] Llama al instante á las Furias,[7] hijas de la Noche, que estaban sentadas á la

puerta de aquella tenebrosa cárcel peinando las enroscadas serpientes que tenian por cabellos. Luego que vieron á Juno por entre la obscuridad, se levantaron. La prision que custodiaban era la mansion de las almas criminales: allí Ticio, cuyo cuerpo ocupa el espacio de nueve yugadas, es despedazado por un buytre; allí Tántalo corre tras del agua que le huye, procurando en vano coger el fruto de un árbol que se aleja; allí Sisifo se afana en subir la peña que al punto ha de volver á rodar; allí Ixîon da vueltas eternamente atado á una rueda, huyendo y buscándose á sí mismo: allí en fin las hijas de Dánao, que se atrevieron á dar muerte á sus maridos, se afanan en llenar de agua unas vasijas horadadas.[8]

Juno, habiendo mirado con severidad á estos desgraciados, y en especial á Ixîon, y despues á Sisifo: „¿Por qué, preguntó á las Furias, es este el solo de sus hermanos que se ve condenado á tormentos eternos, quando el soberbio Atamante y su muger, teniendo siempre la vanagloria de despreciarme, habitan en un palacio magnífico?" Contó en seguida á las Furias la causa que tenia para aborrecerles, lo que la hacia descender á los infiernos; y finalmente lo que pretendia de ellas. Su intento era echar por tierra el palacio de Cadmo, y que las Furias induxesen á Atamante á cometer una horrorosa maldad. Para obligar á las Diosas á que cumplan sus deseos, las interesa con súplicas y ofertas, pero con un cierto imperio. Tisifone, sacudiendo sus canas erizadas, y desviando sobre sus espaldas las culebras que la rodeaban: „Excusemos, dixo á la Diosa, de rodeos: haz cuenta que ya estan puestos en execucion tus preceptos; y así dexa este triste Reyno, y vuelve al Olimpo á respirar un ayre mas benigno." Juno sale regocijada; y al ir á entrar en el cielo, derrama sobre ella Iris,[9] hija de Taumante, un celestial rocío con que queda purificada.

La severa Tisifone toma al momento una hacha teñida en sangre y un vestido asimismo ensangrentado, se ciñe una serpiente,[10] y sale de aquel Reyno tenebroso. El llanto, el pavor, el terror y el furor que lleva en su semblante, la fueron acompañando. Llega al umbral de la casa de Atamante, se estremece la portada; y sus puertas, hechas de madera de acebuche, se llenan de obscuridad, y hasta el sol retira de allí sus rayos. Aterrados Atamante y su esposa con tales prodigios, querian echarse fuera del palacio; pero les cerró el paso la implacable Furia extendiendo los brazos enlazados con las enroscadas víboras, y sacudió su cabello. Hacen un fuerte ruido las culebras; se esparcen unas por las espaldas, y otras, dexándose caer por el rostro al pecho, dan silbidos, vomitan negra ponzoña, y esgrimen las abrasadoras lenguas. Arranca Tisifone dos de entre todas, y con su pestífera mano las arrojó contra Ino y Atamante. Corren en sus senos, á los que inficionan de un hedor pestilencial, pero sin lastimar sus cuerpos, como que el alma sola habia de padecer los tormentos que les tenia preparados.

Habia traido tambien consigo la Furia un sutil veneno, compuesto de la espuma que arroja por la boca el Cancerbero, de la ponzoña de la Hidra, y de quanto podia inspirar el olvido, el delito, la rabia, el llanto y el deseo del homicidio; y habiendo mezclado este veneno con sangre reciente, lo hizo cocer en una caldera de cobre, agregando tambien una porcion de cicuta. Valiéndose la Furia de la ocasion que la ofrecia el espanto de estos dos esposos, vierte aquella fatal confeccion en sus pechos, que inmediatamente penetra hasta sus entrañas. Da muchas vueltas con el hacha que llevaba, consiguiendo encenderla con esta agitacion; y ufana de su triunfo, como de haber obedecido á la Diosa, se desciñe la serpiente, y

regresa al obscuro reyno de Pluton.

Enloquecido de improviso Atamante, corre furioso por medio del palacio gritando: „¡ah! compañeros, tended las redes en estos bosques, que he visto una leona con dos cachorros hijos suyos." Al decir esto persigue á su esposa furioso como un loco, teniéndola por fiera; arrebata de su seno á su tierno hijo Gearco, que le tendia los brazos muy risueño, y volteándole muchas veces á manera de onda, hace pedazos sus tiernos miembros arrojándolos contra un peñasco. Entonces la dolorida madre, ya instigada del mismo dolor, ó del veneno esparcido en sus entrañas, huye con el cabello desgreñado, fuera de sí, y con espantosos aullidos, y llevándote en sus brazos, tierno Melicerto, va diciendo á voces: ¡Evohe, Baco! Pero Juno, riéndose al oir tal nombre: „Sí, dice, que te ampare ese Dios que tu criaste."[11]

Sobresale á orilla del mar un escollo, que socavado en su parte inferior por las olas, las da sosegada acogida en su concavidad: forma en su parte superior varias puntas, y se extiende sobre las aguas á largo trecho. Ino, animada de su mismo furor, sube sin temor á la roca, y desde ella se precipita al mar con su hijo, á cuyo golpe se cubrió el agua de blanca espuma. Compadecida Venus de la desgracia no merecida de su nieta, habló á Neptuno, su tio, en estos términos: „Dios de los mares, á quien tocó el imperio que mas se parece al celestial, mucho es lo que te pido; pero compadécete de una familia que tanto me interesa, y ves fluctuar en medio de las olas del mar: colócala pues en el número de tus deidades; tambien yo he sido favorecida del mar, pues engendrada en otro tiempo en sus profundidades, fui espuma, y de esta tengo en el idioma griego el mismo nombre."[12] Accedió Neptuno á sus ruegos; y despojando á Ino y Melicerto

de quanto tenian de mortales, les adornó de una magestad digna de veneracion, dándoles nuevo nombre y nueva forma, por lo que se llamaron desde entonces, Ino su madre, Leucotea; y Melicerto su hijo, Palemon.

Siguieron con toda la presteza que pudieron las matronas Tebanas las huellas de Ino; y viendo que estas las conducian hasta la extremidad del peñasco, no dudaron de su desastrada muerte: rasgaron sus vestiduras, arrancaron sus cabellos, é hirieron sus pechos llorando amargamente las desgracias de la familia de Cadmo; y como culpasen la injusticia y crueldad de Juno en haber castigado tan cruelmente á la adúltera,[13] no quiso esta Diosa sufrir semejantes ultrajes: „Vosotras mismas, dixo, vais á ser el mas horroroso exemplo de mi crueldad." Siguióse el efecto á la amenaza; porque diciendo la mas compasiva de las Sidonias, seguiré á mi Reyna hasta en las aguas mismas, quedó inmoble asida al peñasco, al ir á arrojarse desde él, sin poder moverse. Otra, que intentaba lastimar su pecho impelida de su dolor, siente convertirse en piedra sus brazos. La tercera, que extendia sus manos hácia el mar, experimentó la misma suerte; y á la última, que iba á mesarse los cabellos con las manos, se le quedaron entre ellos petrificados los dedos. Cada qual quedó en aquella actitud en que se hallaba al tiempo de su transformacion. Las demas Tebanas fueron convertidas en aves, que desde este tiempo van volando en el mismo sitio, tocando el agua con la extremidad de sus alas.

* * *

Notas

1. De este sitio hizo una elegante descripcion Virgilio en el lib. 6 de su Eneyda, de quien pudo haberlo tomado Ovidio en este lugar.

2. Esta fábula y la de la Barca de Aqueronte tomaron su fundamento de un lago denominado Estigio, en Egipto, pasado el qual estaban los sepulcros de los ricos, á los que se conducian los cadáveres embarcados; y como los pobres no podian costear tal pompa, quedaban sin enterrar antes del lago, y de aquí provino la ficcion de que los que no habian sido sepultados no eran admitidos por Aqueronte en su barca.

3. Creian ser los espíritus separados de los cuerpos, y los concebian con corporeidad figurada, aunque sin gravedad ni pesadez; y así, describiendo Ovidio á Euridice en los infiernos, quando fue manifestada á Orfeo, dice que venia *passu de vulnere tardo*, esto es, coxeando por la herida que en un pie le causó la mordedura de una víbora, de la que murió.

4. Porque las almas, como son espíritus, no ocupan sitio alguno.

5. Quales sean estos se puede ver en Virg. en el lib. 6. de su Eneyda, en donde menudamente los describe.

6. Monstruo de tres cabezas, de leon, lobo y perro, guarda y custodia del infierno.

7. Tisifone, Aleto y Megera, tres deidades infernales, cuyo oficio era atormentar á los réprobos.

8. Todas estas especies de tormentos se comentaron para significar su eterna duracion, y de ellos se dexa comprehender que los gentiles tenian idea y creencia, aunque confusa, de la inmortalidad de las almas, que tan descaradamente se niega hoy por los novatores libertinos.

9. Era su criada y mensagera.

10. Todo esto es el trage y hábito mitológico en que pintan á las Furias.

11. Ino crió á Baco.

12. Dice esto para mover á Neptuno; pues segun Ciceron y otros, hubo varias con el nombre de Venus; y aquí la que habla se cree fuese hija de Neptuno, por lo que dicen nació de la espuma del mar, y llamarse por ello Afrodites.

13. Esta era Semele, madre de Baco, por cuya causa Juno intentaba con tanto empeño la ruina de la familia de Baco.

Fábula VI

CADMO Y HERMIONE CONVERTIDOS EN SERPIENTES.

Cadmo ignoraba que su hija y tierno nieto[1] hubiesen sido recibidos en el número de los Dioses marinos; y penetrado del dolor que le causaban los infortunios de su familia, y prodigios que habia visto, abandona la ciudad que construyó, como si ella y no su adversa fortuna fuera la causa de tantas desgracias; y despues de andar vagando largo tiempo, llegó á la Iliria[2] con su esposa, que jamas se separaba de su lado. Agoviados ambos, así de sus desgracias como del peso de los años, hablaban un dia de las calamidades de su familia, y de los trabajos que habian experimentado, quando dixo Cadmo:

„¿Estaria por ventura consagrado á algun Dios el dragon que al entrar yo en Grecia maté con una flecha,[3] y cuyos dientes, como semilla nueva, esparcí en la tierra? porque si lo estaba, y los Dioses en venganza me castigan de este modo, yo les ruego que me conviertan en serpiente." Apenas acabó esta súplica quando se extiende su vientre, siente crecer duras escamas en la piel, cubrirse de verdinegras manchas; al fin cae de pechos en la tierra, y juntándose sus piernas, forman una larga cola. Tiende los brazos, que solo conservaba; y llorando aun como hombre: „Llégate

esposa la mas desdichada, dixo; llégate, compadécete de mí; y mientras exîste algo de mi antigua forma, tócame, y recibe la mano que aun queda ilesa, antes que acabe de convertirme en dragon." Queria proseguir; pero hendiéndosele la lengua en dos partes,[4] no pudo articular otra palabra por mas esfuerzos que hacia, ni explicarse de otro modo que con silbidos, que era la voz que únicamente le dexó la naturaleza. „Querido Cadmo, exclama Hermione hiriéndose el pecho con las manos, dexa esa figura monstruosa. ¿Qué es esto, esposo mio? ¿Qué se han hecho tus pies, tus hombros y tus brazos? ¿Qué tu color y tu rostro? ¿Y qué todo tu cuerpo? ¿Por qué, ó Dioses celestiales, no me convertis á mí tambien en culebra?" Mientras Hermione hablaba así, Cadmo lamia el rostro de su esposa; y conociendo aun el amado seno, la abrazaba, y como antes, queria llegar á su cuello. Sus compañeros, que estaban presentes, se asombraron de ver á los dos súbitamente convertidos en serpientes: estas, despues de halagarlos, se fueron arrastrando por tierra, una junto á otra con los cuellos levantados, hasta entrar en un cercano bosque; pero ni huyen de los hombres, ni les pican, acordándose con placer de lo que antes fueron.

* * *

Notas

1. Ino y Melicerto.

2. Es la region que hoy se llama Dalmacia, al otro lado del mar Adriático, que correspondió á los dominios de Venecia.

3. Alude á la Fábula II del libro tercero.

4. Como la tienen las culebras.

Fábula VII

ATLANTE TRANSFORMADO EN MONTAÑA.

Consolábales en esta transformacion la memoria de su nieto Baco, tan reverenciado en la India, que acababa de sojuzgar, como en la Grecia toda, donde le edificaban templos. Solo quedaba de los despreciadores de Baco, Acrisio, hijo de Abante, que prohibia en su reyno la adoracion de aquel, con las armas en la mano, negando que fuese Baco hijo de Júpiter, y que este, transformado en lluvia de oro,[1] hubiese en Dánae procreado á Perséo. Pero se arrepintió bien pronto (¡tan grande es la fuerza de la verdad!) así de haber profanado á Baco, como de no reconocer á su nieto; pues el uno[2] estaba ya en el número de los inmortales, y al otro[3] vió volar ligeramente, llevando en señal del triunfo la cabeza poblada de víboras que habia cortado á Medusa. Al pasar así por las arenas de la Libia, cayeron algunas gotas de sangre de la cabeza de aquel monstruo, y de cada una animó la tierra una serpiente, y esta es la causa por que abunda tanto de ellas aquel pais.[4]

Perséo, agitado por los contrarios vientos, es elevado á vagar sobre la atmósfera por toda ella á manera de una lluviosa nube: corrió todo el mundo, viendo debaxo de sí innumerables tierras, de que le separaba un

largo espacio:[5] tres veces se acercó á las frias Osas, otras tres vió los brazos del Cancer,[6] ya al oriente y ya al ocaso, hasta que viendo declinar el dia, temeroso de la cercana noche, paró en el Reyno de Atlante[7] á descansar brevemente, hasta que el lucero de la mañana viniese á anunciar la vuelta de la aurora. Este Atlante, hijo de Japeto, excedia en estatura á todos los hombres, y ocupaba un imperio en los últimos términos de la tierra,[8] y aquella extremidad del mar,[9] donde los caballos del sol, al terminar su carrera, descansan de la fatiga del dia. Mil rebaños de ganado mayor y menor pacian tranquilamente en aquellos prados, sin que ninguno de sus habitantes poseyese allí un palmo de tierra. En sus frondosas arboledas las hojas y frutos de oro adornaban los dorados ramos: „Príncipe, le dixo Perséo, si te es de algun aprecio una ilustre prosapia, sabe que yo desciendo de Júpiter: si te prendas de las grandes hazañas, yo sé que te admirarán las mias. Solo te pido que me hospedes, y dexes descansar aquí esta noche." Acuérdase Atlante de que le dió en otro tiempo en el Parnaso el oráculo de Temis esta respuesta. „Dia vendrá, Atlante, en que tus árboles serán despojados de su dorado fruto, y esta hazaña está reservada á un hijo del mismo Jove." Temeroso desde entonces, habia hecho cercar de paredes y rocas fuertes sus jardines,[10] y puesto un espantoso dragon en su custodia, y á ningun extrangero recibia en los confines de su posesion. „Aléjate, le dice, no sea que te veas burlado de la gloria de tus mentidas hazañas, y el Júpiter de quien blasonas ser hijo no pueda venir en tu socorro." Añadió la fuerza á la amenaza, y procuró echar de allí á Perséo, quien unas veces le respondia con dulzura, y otras con entereza. Pero inferior en fuerzas (porque ¿quién igualó en ellas á Atlante?) „Pues tan en poco tienes mis hazañas, le dice, recibe la merecida recompensa." Y volviendo el rostro al lado izquierdo, le

presentó la cabeza asquerosa de Medusa. Á su vista fue convertido en montaña, siendo su barba y cabellos las selvas que la coronan, formando la cumbre sus brazos y hombros, su cabeza la punta, y sus huesos los peñascos: creciendo tan considerablemente su cuerpo (¡así lo quisísteis ó Dioses!), que se hizo capaz de sostener el cielo y las estrellas.[11]

Habia encerrado Eolo[12] los vientos en la eterna cárcel, y el lucero de la mañana resplandeciendo en el cielo dispertaba á los hombres á sus respectivos trabajos; á este tiempo Perséo volviendo á acomodarse á sus pies los talares, y ciñéndose el corvo alfange, empieza á cortar rápidamente los vientos; y dexando debaxo de sí, y al rededor innumerables pueblos, fixó la vista en la Etiopia, donde reynaba Cefeo.

* * *

Notas

1. Habia el Oráculo anunciado á Acrisio que seria algun dia asesinado por un nieto suyo; por este temor puso en una torre á su hija Dánae, en donde pinta la fábula que concibió esta de Júpiter convertido en lluvia de oro: disculpa bastante comun para cubrir desórdenes.

2. Baco.

3. Perséo.

4. Antes por el contrario, la abundancia de serpientes que hay en África dió orígen y fundamento á la fábula de que nacieron y se procrearon de las gotas de sangre que iba destilando la cabeza de Medusa quando la atravesó con ella Perséo volando por los ayres sobre el caballo Pegaso.

5. Quiere decir que volaba muy elevado como ahora se vuela con los globos aereostáticos.

6. Las Osas significan la region septentrional, y el Cancer la Zona tórrida, que principia desde dicho signo, y se extiende hasta el Trópico de Capricornio.

7. Estaba en el África, en la region que se llamó Mauritania.

8. La Mauritania extendida hasta el mar Atlántico.

9. Creia la gentilidad que los caballos del sol descansaban por la noche en los brazos de Tetis, ó en el mar.

10. Eran el famoso huerto de las Hespérides, cuyos árboles llevaban manzanas de oro, guardados por las tres hermanas de dicho nombre, y por un dragon que nunca dormia.

11. Á esta fábula dió orígen y fundamento el que Atlante era peritísimo en la astronomía; y por eso y por su corpulencia fingieron que sostenia con sus hombros el cielo.

12. Á este personage hacian Dios de los vientos, y fingian que tenia dominio y arbitrio en ellos, á lo que dió causa y orígen el que Eolo tenia un gran conocimiento de ellos, y con él pronosticaba de qué parte ó region habian de correr, de lo que provino y se formó la fábula.

Fábula VIII

PERSÉO LIBERTA Á ANDRÓMEDA.

Iba á la sazon á perecer allí la inocente Andrómeda[1] por decreto del injusto oráculo de Amon para expiar la culpa de su madre. Vióla Perséo con sus brazos amarrados á un peñasco; y á no ser porque sus cabellos se movian á impulso de un débil soplo del viento, y por las lágrimas que corrian de sus ojos, la hubiera tenido por una estatua de mármol. Aficiónase á ella sin echarlo de ver: se pasma, y arrastrado del encanto de su hermosura, casi se olvidaba de batir sus alas para sostenerse. „Tú, que no mereces, la dice, esas duras cadenas, sino las que pone el amor á dos amantes, ruégote que me digas tu nombre, tu patria, y por qué estas aprisionada á esa roca."

Ella enmudece al principio, porque su vergüenza no la dexaba hablar á un hombre; y aun cubriera su modesto rostro con las manos, si no las tuviese atadas; solo indicó sus desgracias con el copioso llanto que eclipsaba sus dos soles, hasta que vencida de sus instancias, y temerosa de que infiriera de su silencio alguna grave culpa, le confesó su nombre, su patria, y el exceso de vanidad que su madre tuvo en su hermosura. Aun no habia acabado de hablar, quando bramó el mar, y se vió en la superficie de

las aguas un monstruo, cuyo cuerpo ocupaba un espacio inmenso. Grita la afligida Andrómeda, y su padre y madre, igualmente infelices, aunque mas culpados, se hallan presentes; pero no pudiendo socorrerla, se contentan con gemir, llorar, y estrecharla entre sus brazos. „Tiempo bastante os queda, les dixo Perséo entonces, para llorar, pero bien poco para remediar á vuestra hija. Si yo que soy hijo de Júpiter y de Dánae, que vencí á la Górgona,[2] coronada de víboras, y me atrevo á surcar con veloces alas la vaga region del ayre, os la pidiese por esposa ¿me prefeririais sin duda á otro hombre? pues yo quiero añadir á estos títulos, el mérito de salvar su vida, si place así á los hados. Solo quiero que me otorgueis su mano si lo cumplo." Cefeo y la Reyna, no solo se convienen, sino que le ruegan que cumpla su promesa, ofreciéndole, si lo hace, la hija, y aun el Reyno en dote. Del modo que la nave agitada fuertemente por los remeros, que sudan con el trabajo, surca las ondas, cubriéndolas de espuma, así las venia cortando con su pecho el marino monstruo. Distaba ya del peñasco el espacio que puede alcanzar una piedra disparada por la honda mallorquina,[3] quando el jóven, estribando el pie en la tierra, se elevó rápidamente en el ayre; y apenas vió el monstruo retratada en las aguas su sombra, quando se lanza á ella con toda su fuerza; y así como el águila, quando con el sol descubre al dragon en campo raso, vuelto de espalda al sol, se arroja sobre él ligeramente, y rezelosa de que la muerda si vuelve la cabeza, la hace presa con sus garras en la escamosa cerviz, así se dexa caer Perséo volando sobre el monstruo, y le introduce por la espalda derecha el acero hasta la empuñadura. Sintiéndose herida la fiera, ya se levanta sobre las aguas, ya se sumerge en ellas, y ya finalmente se vuelve y revuelve con ferocidad como un jabalí acosado de una manada de perros. Pero el jóven,

al paso que con la ligereza de sus alas evita las heridas de sus rabiosos dientes, insiste hiriéndola con su alfange, unas veces en el costado, otras en donde no podian defenderle las conchas, y otras en fin en la parte que á manera de pez acababa en una delgada cola. Vomitaba la fiera agua teñida en sangre, rociando con ella las ya pesadas alas de Perséo; el qual temiendo no poderse sostener en ellas, vió un peñon, cuya cima dexa descubierta el mar quando está en calma, pero la cubre quando se embravece; y asiéndose de él con la mano izquierda, le introduxo muchas veces con la derecha el hierro por el vientre. Entonces fue quando los ecos de aplauso y alegría resonaron en la playa, y llegaron hasta las encumbradas mansiones de los Dioses. Casiope y Cefeo, llenos de gozo, saludan á su yerno, confesando que habia sido su libertador, y el amparo de su casa. Andrómeda, libre de las cadenas, como causa de su riesgo, corre á premiar al vencedor, quien despues de lavar sus manos victoriosas, sepulta con gran cuidado en la arena la cabeza de Medusa, hija de Forco; y por evitar que hiciera algun daño, la cubrió de hojas y ramas tiernas que nacen en el mar. Pero como estaban recien cogidas, chuparon el veneno de la Górgona, y sin mas que su contacto se petrificaron. Las Ninfas, admiradas, hicieron la experiencia con otras ramas, y regocijadas de ver en todas igual prodigio, arrojaron algunas al mar, y se convirtieron en corales; este vegetal conserva la misma naturaleza, pues siendo dentro del agua una planta tierna, fuera de ella se convierte en piedra. Perséo en accion de gracias erigió á tres Dioses tres altares de cesped, el de la derecha á Palas, el de la izquierda á Mercurio, y el del centro á Júpiter: sacrificando una vaca á la Diosa de la guerra, un becerro á Mercurio el mensagero de los Dioses, y á tí, Júpiter, el mayor de todos ellos, un toro.[4]

* * *

Notas

1. Fue hija de Cefeo y Casiope, la qual por indignacion que concibió Juno contra su madre, porque se gloriaba de que era mas hermosa que ella y que las Nereydas, fue expuesta por estas á una bestia marina en una roca avanzada en medio del mar, de donde la libró Perséo en el modo que refiere esta fábula.

2. Habla de Medusa, conocida por el epíteto de Górgona.

3. Los mallorquines peleaban con hondas, y eran muy diestros en dispararlas, y por eso quedó en proverbio la honda balear ó mallorquina.

4. El toro era víctima especial y peculiar de Júpiter; aunque tambien se sacrificaba á Apolo y Neptuno, como lo significó Virgilio en aquel verso: *Taurum Neptuno, taurum tibi pulcher Apollo.* Y quando el sacrificio era de cien toros, y se hacia á Júpiter, se llamaba *hecatombe*.

Fábula IX

PERSÉO SE CASA CON ANDRÓMEDA.

Dió luego la mano á Andrómeda, como recompensa de su hazaña, sin pretender dote alguno en este enlace. El himeneo y el amor hacen preparar las nupciales teas: quémase abundancia de perfumes: cuelgan las casas de floridas guirnaldas, y por todas partes resuenan las canciones[1] acompañadas de flautas, liras y clarines, como señales ciertas del general alborozo. Las puertas del real palacio abiertas dan paso libre á sus riquísimas estancias, y los Proceres de la Corte asisten al convite regio, preparado con la mayor magnificencia. Acabado el banquete, se veian sumamente regocijados los ánimos de todos con la generosidad del vino, y Perséo procura instruirse en las costumbres y ceremonias de la nacion:[2] á lo que despues de haber satisfecho Lincides completamente: „ruégote, muy valeroso Perséo, le dixo, que nos refieras qué fortaleza te valió y qué arte te ayudó para cortar á Medusa la cabeza, poblada de víboras en vez de cabellos."

„Hay, le responde, al pie del frio Atlante un lugar cercado de fuertes muros, en cuyo interior vivian las dos hermanas Forciadas, quienes veian alternativamente con el auxîlio de un solo ojo; quando la una fue á prestársele á la otra, yo alargué la mano con mucha sutileza, y me apoderé

de él. Dueño así del primer paso, caminé por sendas extraviadas, por fragosos montes y peñascos, hasta llegar al palacio de las Górgonas. Á cada paso hallaba en los campos y caminos estatuas de hombres y de fieras, que Medusa habia transformado en piedras con su vista. Yo entonces, por preservarme de igual riesgo, miré su horrenda figura en la imágen que los rayos de la luz retrataban en mi escudo; y quando se habia apoderado el sueño de ella y de las víboras que la servian de cabellos, separé de un golpe la cabeza de su cuello, y de su sangre se formó el ligero Pegaso, y otro hermano suyo, llamado Crisaor." Contó tambien los demas peligros que habia corrido en su largo viage: los mares y tierras que habia visto debaxo de sí quando surcaba los ayres: los astros á que se habia acercado con su vuelo; acabando su relacion quando menos lo esperaban. Pero uno de los Proceres que le oian, le preguntó, ¿por qué sola Medusa, entre las Górgonas sus hermanas, tenia víboras interpoladas con los cabellos? Á que respondió Perséo: „Pues me preguntas una cosa digna de contarse, has de saber que fue hermosa con tanto extremo, que la requirieron de amores mil jóvenes apasionados; pero sin embargo de ser bella nada tenia mas perfecto que el cabello. Así al menos lo aseguran quantos la vieron. Cuentan tambien que Neptuno, el Soberano del mar, enamorado de su hermosura, profanó con ella el templo de Minerva; y que horrorizada esta Diosa, se cubrió el recatado semblante con su egida, pero por no dexar impune su culpa, convirtió en víboras los cabellos de la Górgona; y que desde entonces, para aterrar á sus enemigos, las lleva esculpidas en su escudo."

* * *

Notas

1. Eran los cánticos nupciales que tenian sus particulares ritos, que pueden verse en Catulo, y estos cánticos terminaban en todas sus estrofas con el estrivillo *Io Himeneæ, Io Himeneæ*.

2. Máxîma que deben observar todos los que se encargan de algun gobierno, cuyo primer cuidado debe ser informarse de las costumbres del pais, y observarlas sin alteracion.

Tomo II · Libro quinto

Fábula primera

FINÉO DA UNA BATALLA Á PERSÉO.

Continuando aun Perséo la narracion de sus aventuras en presencia de Cefeo y de su corte, se llena el palacio de gente enfurecida, y ya no se oyen voces que solemnicen el himeneo, sino otras que declaran y publican una cruel guerra. La fiesta mudó tan de repente de aspecto, que bien se podia comparar al mar, quando de improviso se altera con la impetuosidad de los vientos.

Entra el primero Finéo, autor de aquel desordenado motin, blandiendo una lanza de fresno[1] con una hoja de cortante acero, y dirigiéndose á Perséo: „Aquí tienes, le dice, un enemigo que viene á tomar venganza de la injuria que le has hecho, robándole su esposa. Ni tus alas, ni el pretendido Júpiter que tú finges haberse convertido en lluvia de oro[2] para darte la vida, te librarán de mi furor." Iba á arrojarle la lanza quando Cefeo exclamó, diciendo: „¿Qué vas á hacer, hermano mio? ¿Qué desenfrenada locura te mueve á tan enorme maldad? ¿Este pago quieres darle por el servicio que ha hecho salvando la vida de Andrómeda? Mas si exâminas el hecho hallarás que no te la quitó Perséo, sino la divinidad respetable de las Nereydas, el cruel oráculo de Amon, y aquel fiero

monstruo[3] que venia á saciarse en la hija de mis entrañas. En el momento que iba á perecer te fue arrebatada. Bárbaro, ¿serias tan cruel que desearas hubiese perdido la vida, y que te alegrases con nuestro llanto? ¿No es para tí bastante afrenta el que siendo su tio y prometido esposo, consentiste el que fuese amarrada á tu presencia sin tratar de socorrerla, sino que añades la de dolerte de que otro la haya libertado, y quieres quitarle el premio? Y si te parece grande, debias haberlo buscado en aquel peñasco donde estaba atada: ahora pues dexa que aquel que lo ganó, y por quien mi vejez no se ve privada de una hija tan apreciable, goce lo que mereció y pactó: y ten entendido, que él no ha sido preferido á tí, sino á una muerte inevitable." Nada respondió Finéo á esto; pero mirando unas veces á su hermano, y otras á Perséo con turbados ojos, duda á qual de los dos ha de herir primero; y deteniéndose un poco, vibra en fin, con el furor que le suministraba su indignacion, la lanza contra Perséo; pero en vano, porque no le hirió, aunque se clavó en el asiento en que se hallaba. Levantóse luego el fuerte Perséo, y con la misma lanza hubiera atravesado el pecho enemigo á no haberse refugiado Finéo detras del altar, cuya ara (¡qué indignidad!) favoreció al malhechor; pero no se perdió el tiro, porque la lanza se clavó en la frente de Reto, quien cayendo en tierra daba tan fuertes saltos despues de haberle sacado el hierro de la herida, que su sangre salpicó las mesas del banquete. Llena de furor é ira con tal accion la multitud que acompañaba á Finéo, unos disparan dardos, otros piden á gritos la muerte de Cefeo y su yerno; pero el primero habia ya escapado de Palacio, poniendo por testigos al derecho de gentes, á la fidelidad y á los Dioses de la hospitalidad,[4] de que no tenia culpa alguna en el tumulto acaecido, y habia procurado evitar. Aparécese á este tiempo la belicosa Palas, defiende á su hermano[5] con la

Egida, infundiéndole brios para pelear. Hallábase presente el Indio Atis, á quien la Ninfa Limniace, hija del rio Ganges, habia dado á luz debaxo de las cristalinas aguas. Era de extremada hermosura, y la hacia mas sobresaliente la magnificencia del trage: su edad no llegaba á diez y siete años: estaba vestido de una clámide[6] Tiria, guarnecida con una faxa de oro; un collar del mismo metal adornaba su cuello, y una diadema sus rubios y hermosísimos cabellos empapados en mirra. Aunque diestro en acertar con el dardo los objetos mas distantes, lo era mucho mas en el manejo del arco; mas al tiempo que se preparaba á acometer á Perséo, tomó este del altar un leño encendido, con el que rompiéndole los huesos afeó su hermoso rostro. El Asirio Licabas, compañero é íntimo amigo de Atis, no pudiendo ocultar su amor sincero, al verle bañado en sangre, y que exhalaba el alma con la fuerza de la herida, llorando le arrebató el arco; y amenazando á su enemigo, le dice: „Conmigo lo has de haber ahora: no te gloriarás mucho tiempo de la muerte de un jóven, con la qual te has adquirido mas bien afrenta que alabanza." Aun no habia acabado de hablarle en estos términos, quando disparó de la cuerda la penetrante saeta; pero Perséo evita el golpe, que pierde su fuerza en su vestidura llena de pliegues, quedando no obstante clavada en ella; y dirigiendo contra Licabas el corvo alfange con que habia cortado la cabeza á Medusa, le atraviesa con él el pecho. El soberbio Asirio, turbados sus ojos con la presencia de la muerte, mira sin embargo á su Atis, y se reclina sobre él, llevando á los infiernos el consuelo de haber muerto al lado de su amigo. Á este tiempo Forbas, natural de Siene, hijo de Metion, y el Livio Anfimedon, deseosos de entrar en pelea, caen resbalando en la sangre que por todas partes corria; y al tiempo que se esfuerzan á levantarse, una misma estocada, que atraviesa la

garganta al primero, y traspasa el costado al segundo, les hace volver á caer: Erito, hijo de Actor, que tiene por arma una hacha de dos cortes muy grande: acomete con ella á Perséo; y este, en vez de recibirle con su espada, toma con ambas manos una gran vasija y de mucho peso que estaba en la mesa, y tenia esculpidas muchas imágenes de relieve;[7] y tirándosela á la cabeza, cae moribundo en tierra, arrojando por la boca la roxa sangre. Despues derriba á Polimedon, descendiente de Semíramis, á Abaris, que habia venido de las inmediaciones del monte Cáucaso, á Liceto, hijo de Esperquion, á Elix de prolongada cabellera, á Flegias y á Clito, y atropella á otros mil que se le ponian por delante. Finéo, no atreviéndose á lidiar de cerca con su enemigo, le tira un dardo desde lejos, el que vino á dar á Ida, que ningun partido habia tomado ni en uno ni otro bando. Este, mirando á Finéo con sañudos ojos: „Puesto, le dice, que me obligas á declararme, en mí encuentras el enemigo que buscas, recompensa una herida con otra herida;" mas al ir á arrojarle el dardo que acababa de sacar de su cuerpo, cayó desfallecido, por faltarle ya las fuerzas con la abundancia de sangre que le salia. Odites, el primero despues del Rey Cefeo, fue muerto por Climeno; Protenor por Hipséo, y este por Lincedes.

El anciano Emation, fiel observador de la justicia, y temeroso de los Dioses,[8] no hallándose en estado de pelear, y detestando aquellas armas impías, andaba por todas partes procurando con sus discursos persuasivos apaciguar el tumulto. Cromis, poco movido de sus exhortaciones, le corta la cabeza al tiempo que con sus manos trémulas se abrazaba al altar.[9] El desgraciado viejo, diciendo algunas imprecaciones contra el bárbaro, espira en medio del sagrado fuego. Broteas y Amon, hermanos gemelos, invencibles en el juego de los cestos,[10] (aunque estos no servian contra las

espadas) murieron á manos de Finéo, como asimismo Ampico, Sacerdote de Ceres, á quien no reservaron las blancas cintas[11] con que adornaba sus sienes. Tú tambien pereciste, desgraciado hijo de Japeto, no convidado para tales debates,[12] sino para solemnizar la boda cantando al son armonioso de tu vihuela la paz y concordia. Viéndole Pétalo á lo lejos con el instrumento en la mano: „Ve á cantar, le dice burlándose, al infierno lo que te falta," y le atravesó la sien izquierda con su espada. Cae este desgraciado, pero aun hiriendo las cuerdas de la vihuela con sus moribundos dedos, y por casualidad era lúgubre la cancion que cantaba. No puede el valiente Licormas dexar sin venganza la muerte del músico; coge una de las barras de hierro que servia para cerrar la puerta, y dándole un fuerte golpe en medio de la cerviz, cae acogotado como un novillo. Quando Pelates, Cinifeo, intentaba arrancar la otra barra, Corito, atravesándole la mano de un flechazo, le dexa clavado contra la puerta, y Abante le dió una estocada en el costado, de la que murió luego, quedando pendiente del postigo que le detenia la mano.

Menaléo, que seguia el partido de Perséo, y Dorilas, el mas rico entre los Nasamonios; Dorilas, repito, el hacendado que excedia á todos en posesiones y en la abundancia de sus cosechas, perecieron tambien en la refriega. El último recibió un golpe mortal en la ingle izquierda. Alcionéo, que fue el que le hirió, viéndole que iba á exhalar el alma, y que torcia los ojos: „De los muchos bienes, le dice, que poseias, conténtate ahora con solo el espacio que ocupa tu cuerpo." En el mismo momento saca Perséo el dardo de la herida de Dorilas, y le clava en Alcionéo con tanta furia, que entrando por medio de la nariz le hizo salir por la cerviz, y se descubre por ambas partes: y acompañando la fortuna á su diestra, quita la vida á los dos

hermanos de madre, Clitio y Clanis, con distinto golpe, porque el primero murió de un flechazo que le atravesó los dos muslos, y el segundo de otro que le entró por la boca. El Mendecio Celadon, Astreo, cuya madre era de Palestina, y su padre se ignoraba quien fuese; Etion, sagaz en otro tiempo en conocer lo futuro, pero burlado ahora con sus vaticinios; Toactes, escudero del Rey, y el parricida Agirtes, murieron tambien en este sangriento dia.

Mucha sangre se habia ya derramado, pero quedaba aun mucha mas por derramar. Todos se enfurecian contra Perséo, porque á él solo querian matar. Los esquadrones conjurados pelean por todas partes por la causa que ofende al mérito y justicia. En vano estan á su favor los suegros y esposa; y hacen resonar las salas con sus clamores, porque el ruido de las armas y el gemido de los moribundos no dexa oirlos. Belona,[13] no satisfecha con la sangre que habia hecho derramar, renueva la guerra. Finéo con mil soldados que le siguen rodean á Perséo: los dardos vuelan por uno y otro lado al rededor de sus ojos y oidos mas espesos que una granizada de invierno.[14] Para evitar parte de los tiros se estrecha contra una gruesa coluna; y teniendo seguras las espaldas, y vuelto á sus enemigos, sostiene con valor todos sus esfuerzos. Molpéo, Caonio, le ataca por la izquierda mientras que Etemon, Nabateo, le estrecha por la derecha. Así como la hambrienta tigre, oyendo en distintos valles los bramidos de dos vacadas, no sabe á qué parte abalanzarse antes, y arde en deseos de lanzarse sobre las dos; así duda Perséo si atacará al enemigo de su derecha, ó al de la izquierda: en fin se deshizo de Molpéo atravesándole una rodilla, y por lo mismo se vió precisado á retirarse; pero Etemon le estrecha fuertemente, se llena de furor, é intentando acalorado descargar el golpe en el erguido

cuello de Perséo, rompió la espada manejada con poca destreza dando en la coluna, y saltando un pedazo de la hoja, se le clavó en la garganta: la herida sin embargo no fue de muerte; mas lanzándose sobre él Perséo, le atravesó el cuerpo con su alfange al tiempo que le alargaba humildemente los brazos ya desarmados para pedirle la vida.

* * *

Notas

1. Antes de la moderna invencion de la pólvora, y en los antiguos tiempos á que se concretan los sucesos fabulosos de esta inimitable obra de Ovidio, eran las lanzas unas de las armas ofensivas que se usaban en las batallas, y servian tanto para acometer y pelear con ellas sin soltarlas, como para tirarlas como armas arrojadizas. Habia de ellas varias clases en la milicia romana, unas que se llamaban hastas, y otras pilos, aquellas usadas por la clase de soldados, que se decian hastatos, y estas por los que se denominaban triarios y pilanos, que eran y formaban la principal y mas robusta línea del Exército; y de la voz pilos, se denominaba primipilus el primer Capitan, ó sea Coronel, de esta clase de soldados pilanos ó triarios.

2. En esto llama á Perséo espurio, dándole á entender que habia querido su madre disfrazar con un engaño su delito.

3. Esta fue la causa por que le prometió la hija.

4. Deidades y respetos muy á propósito para que autorizasen la protesta de Cefeo.

5. De padre; como hijos ambos de Júpiter, el qual hubo á Perséo de Dánae, y á Palas ó Minerva de sí mismo sin muger: algo mas podria decirse sobre este milagro fabuloso; pero no lo permite la estrechez de una nota.

6. Ropage militar propio solo de los Emperadores ó Generales.

7. Debia ser el vaso, que se llamaba Gentilicio, en el que habian libado, brindado y bebido todos los mayores del linage, y que se conservaba con mucho cuidado en la familia, y servia para libar y brindar en los banquetes suntuosos.

8. Estas dos qualidades, y la de defensor y benemérito á la patria, eran las principales virtudes que reconocian los gentiles.

9. Parece era uno de los ritos de los banquetes el poner en ellos aras ó altares, como tambien lo era el poner almohadas para los Dioses que creian asistir á los tales banquetes.

10. Eran como unos guantes de cuero y hierro, con los quales se armaban las manos para entrar en la pelea, que se llamaba pugilato.

11. Eran unas vendas que constituian parte del adorno sacerdotal.

12. Para combates bélicos.

13. Renombre de Palas.

14. En esta expresion se contrae Ovidio, no á nuestro clima, sino á otro alguno mas septentrional, y de aquellos en los que, y no en el nuestro, se observan truenos y granizadas en el invierno.

Fábula II

FINÉO TRANSFORMADO EN ROCA.

Viendo Perséo que eran desiguales sus fuerzas, comparadas con las de tantos contrarios: „pediré, dixo, auxîlio al enemigo, á ello me obligais vosotros: apartad la vista los que seguis mi partido," y descubrió la cabeza de la Górgona. „No me asusta, le dixo Tescelo, la vista de ese monstruo;" y al levantar el brazo para disparar un dardo, se quedó convertido en estatua en la misma postura. Ampix, el mas inmediato á este, acomete lleno de valor con la espada al pecho de Lincéo, pero en vano; porque la mano quedó yerta conforme la habia tendido. Niléo, que habia fingido ser hijo del caudaloso Nilo, y en prueba de lo qual traia en su escudo las siete embocaduras de este rio esculpidas en oro y plata,[1] habló á Perséo de esta manera: „Mira en este escudo el antiguo blason de mi linage: tendrás á lo menos en la mansion de las almas el consuelo de haber sido muerto por tan ilustre y valerosa mano."

Sus últimas palabras fueron interrumpidas á medio articular, quedando su boca en ademan de hablar, pero sin poder hacerlo.[2] Erix,[3] viendo tímidos á sus compañeros, les dice con altivez: „Valor, amigos, seguidme; no la cabeza de la Górgona, sino el temor, os hace estar

inmobles: acometed conmigo, y echad por tierra á un temerario que solo tiene por armas unos vanos encantamientos:" ya iba á acometerle, y el suelo le detuvo los pies convirtiéndose en estatua de piedra armada: justamente pagaron estos su merecido; pero el desgraciado Acontéo, soldado de Perséo, miró por desgracia en la pelea la cabeza de Medusa, y sin culpa quedó transformado en piedra. Astiages, juzgando que aun vivia, le dió una estocada, y sonó la espada como quando se dan golpes sobre un mármol: y al admirar tal prodigio se convierte en piedra baxo la figura de un hombre que conserva todas las señales de su admiracion.

Seria nunca acabar referir uno por uno de tantos como fueron castigados. Doscientos combatientes quedaban aun; pero con la vista de la Górgona se petrificaron. Ya en fin se arrepiente Finéo de la injusta guerra que habia movido; pero ¿qué ha de hacer? Por todas partes ve estatuas de piedra en diversas posturas; conoce á los suyos; los llama por su nombre pidiéndoles socorro, y no queriendo creer lo que veia, toca á los que estaban á su lado, y se desengaña por último que eran mármol: aparta la vista de la fatal cabeza, y tendiendo los brazos á Perséo, le habla humillado de este modo: „Me doy por vencido, Perséo: solo te ruego que ocultes el semblante de tu Medusa, que convierte en piedra á qualquiera que lo mira: apártalo por vida tuya; has de saber que ni el odio ni el deseo de reynar me ha compelido á la guerra que te he dado, sino solo el amor de Andrómeda me ha hecho tomar las armas: tu causa fue mejor en mérito, y la mia en tiempo. Me pesa, ó valerosísimo Perséo, de no habértela cedido, concédeme solo la vida, y todo lo demas sea tuyo." Así habló Finéo sin atreverse á mirar á su enemigo. „Te concederé, le responde Perséo, lo que puedo concederte, y es mucha gracia para un cobarde como tú: no morirás por hierro: quiero

quedes aquí para perpetua memoria, y que estés siempre en la casa de mi suegro, para que consuele tu vista á mi esposa." Dicho esto mudó la cabeza de Medusa á aquella parte á que miraba el temeroso Finéo: quien al querer apartar su vista se le quedó yerta la cabeza, el humor de sus ojos helado, y él hecho piedra en la actitud de un suplicante que pide la vida con los brazos tendidos y el semblante humillado.

Luego que cesó la batalla partió el nieto de Abante con su esposa para los patrios muros;[4] y aunque no debia grandes favores á su abuelo Acrisio,[5] determinó no obstante vengarle de su hermano Preto que le habia echado de sus estados. La fuerza de las armas y fortaleza de que se apoderó este usurpador no le sirvieron de nada contra la cabeza de Medusa. No obstante esto, ni el valor de este jóven, que se habia distinguido por tantas acciones ilustres, ni los peligros que habia corrido, pudieron ablandar tu corazon, Polidectes, Rey de la pequeña isla de Serifo, sino que exercitas tu odio inflexîble, no queriendo acabar de deponer la ira que sin razon tienes á Perséo:[6] quieres disminuir su fama, y dices que no ha quitado la vida á Medusa: Perséo por fin va á convencerte y á darte pruebas de la verdad: apartad, dice á sus compañeros, la vista, y presentándote la cabeza de Medusa quedas transformado en una descarnada piedra.

* * *

Notas

1. De estas expresiones se dexa rastrear la antigüedad de los escudos heráldicos, en que se pintan ó ponen de relieve las empresas ó hazañas de los mayores.

2. Este es el pago de los soberbios y altivos.

3. En las siguientes palabras alude á la historia fabulosa; pues creian tal poder ó hechizo en la

cabeza de Medusa, que á su vista se petrificaban los hombres.

4. Argos.

5. Por la accion que hizo de encerrar á su hija Dánae.

6. Polidectes trazó enviar á Perséo al combate con la Górgona por separarle de sí, y en la inteligencia de que pereceria en él, y no depuso su odio, aunque le vió volver triunfante.

Fábula III

CONVERSACION DE LAS MUSAS CON PALAS.

Hasta aquí acompañó Palas á su hermano Perséo, engendrado de la lluvia de oro, y ocultándose despues en una nube parte de la isla de Serifo, dexando á la derecha las de Cythno y Giarea,[1] y por donde la pareció mas corto el camino se dirige á Tebas, y de allí al monte Helicon, consagrado á las Musas, adonde luego que llegó las habla de esta manera: „La fama de una fuente[2] que abrió el duro casco del alado Pegaso, nacido de la sangre de Medusa, en este sagrado monte, es la causa de mi viage. Como le vi nacer de la sangre de su madre, quiero averiguar ahora si las maravillas que he oido de la admirable fuente son verdaderas.“[3] „Sea qualquiera el motivo que te trayga á nuestra morada, respondió Urania[4] á la diosa, estamos con razon muy contentas por el honor que nos dispensas. No te ha engañado la fama en lo que has oido de la fuente: el Pegaso es seguro que la abrió:“ diciendo esto guió á Palas á las sagradas aguas, de las que maravillada bastante tiempo, registra despues los bosques de las antiguas selvas, las grutas y yerbas adornadas de innumerables flores. Alabó á las Musas sobre sus sabias ocupaciones,[5] llamándolas felices por su estudio y por el sitio que habitaban. „¡Ó Tritonia, la dixo una de ellas, que habias de ser nuestra

compañera, si la virtud[6] no te hubiera destinado á cosas mayores!; no puedo negarte que dices bien, y con razon alabas nuestro exercicio y sitio, y en efecto seríamos dichosas si la malicia agena nos dexase; pero hasta ahora nada se ha prohibido á la maldad, y todo causa miedo á unas castas doncellas; aun me parece que estoy viendo al cruel Pirenéo:[7] todavía no nos hemos recobrado del susto que nos causó: este tirano se apoderó con tropas de Tracia, de los campos Dauticos y Foceos, y tenia ocupados injustamente aquellos Reynos. Nos vió un dia que íbamos á visitar los templos del sagrado Parnaso; y venerándonos con semblante engañador: Musas, nos dice (porque ya nos conocia), ruegoos que os quedeis aquí; no temais; libraos de la abundancia de la lluvia que despide el cielo; entrad en mi casa: muchas veces han entrado los dioses en otras menores. Movidas de sus ofertas y de la tempestad fuimos á su palacio y nos guarecimos en la entrada de él.[8] Luego que dexó de llover, y huian las opacas nubes, serenado el cielo, quisimos continuar nuestro camino, pero nos lo impidió el tirano cerrando las puertas, é intentó violarnos. Felizmente huimos de su fuerza valiéndonos de nuestras alas; y como nos vió en medio de los ayres subió á una torre alta diciendo: „seguiré el mismo camino que vosotras." Creyó en efecto volar como nosotras, y el desatinado se arroja de lo alto de una torre cayendo boca abaxo; y al morir se esparcieron en la tierra la sangre de este malvado y los huesos de su cara y cabeza."

Hablaba aun la Musa quando oyeron resonar por los ayres ligeras alas, y una voz que parecia descender de los altos ramos y saludar á Minerva. Alzó la vista la diosa, llena de admiracion, preguntando de donde salia aquella voz que parecia humana. Eran nueve picazas, aves que repiten quanto oyen, y parándose entonces en las ramas, se quejaban amargamente

de la desgracia que les habia sucedido. La Musa, para sacar á Palas de la admiracion en que se hallaba, la habló de esta manera: „Hace poco tiempo que vencidas estas en un certámen, fueron transformadas en aves. Piero, Rey de Macedonia, tuvo nueve hijas de la Reyna Evipe su esposa. Esta Princesa parió nueve veces, y nueve veces invocó á la poderosa Lucina:[9] desvanecida la numerosa turba de las necias hermanas se atrevió á penetrar el Parnaso, despues de haber atravesado la Tesalia y parte de la Grecia, y nos desafiaron en estos términos: No engañeis al vulgo ignorante con vuestro canto; si teneis alguna satisfaccion entrad en competencia con nosotras: tantas á tantas somos;[10] mas estamos seguras de no ser vencidas ni en la voz ni en la destreza de tocar: ó confesaos vencidas, y cedednos la fuente Hipocrene y la de Aganipe,[11] ó si nos vencieréis, os cederemos los agradables valles de Tesalia, y nos retiraremos á las nevadas montañas de Tracia: he aquí las condiciones de la competencia; las Ninfas de esta comarca serán nuestros jueces. Indecoroso era seguramente el admitir el desafio; pero lo hubiera sido mas el dexarlo de aceptar. Las Ninfas elegidas por jueces, despues que juraron por los rios que harian justicia al mérito, ocuparon unos asientos formados naturalmente de piedra viva.

Entonces, sin echar suertes, la primera[12] que se convidó á disputar cantó la guerra de los Gigantes[13] con deshonor de los Dioses, y disminuyó quanto pudo las hazañas de estos: dixo que Tiféo,[14] producido de las entrañas de la tierra, de tal modo atemorizó á los moradores del cielo que fueron huyendo hasta Egipto; que este formidable Gigante habiendo ido tras ellos les obligó á mudarse en diferentes figuras; que Júpiter Amon, que se venera en Libia, se hizo carnero; que Apolo se disfrazó en cuervo, Baco en cabron, Diana en gata, Juno en vaca blanca, Venus en pez y Mercurio en

Ibis.[15]

Hasta aquí habia cantado en su cítara la hija de Piero; en seguida nosotras fuimos solicitadas; pero, acaso, gran Diosa, no tendrás tiempo para detenerte á oir la referencia de lo que contamos. „Sí tendré, respondió Palas, sentándose en la suave sombra de la selva, porque quiero tambien enterarme de lo que vosotras cantásteis." La Musa prosiguió su narracion de esta manera: „Á Caliope,[16] nuestra hermana, le confiamos por nuestra parte el certámen: se levantó esta, y despues de haber recogido sus sueltos cabellos con yedra, y templado la vihuela, cantó al son de sus dulces cuerdas la historia del rapto de Proserpina del modo siguiente."

* * *

Notas

1. Para averiguar la situacion de estas islas, que parece eran del mar Egeo, es menester recurrir á la geografía mitológica; y no basta la antigua ni lo que en ella descubrieron Ptoloméo, Strabon ni los demas geógrafos antiguos.

2. Llamábase la tal fuente Hipocrene, abierta de una patada por el caballo alado Pegaso, segun la fábula.

3. La prerogativa de esta fuente era la facilidad de versificar, y de ella parece bebian las Musas y los Poetas, en quienes excitaba el númen y entusiasmo.

4. Era el nombre de una de las Musas, que fueron nueve, y las llamaban *Clio, Euterpe, Talía, Melpomene, Tersícore, Erato, Polimnia, Caliope y Urania*, á las quales se atribuian, á Clio la historia, á Euterpe la música, á Talía el drama cómico, á Melpomene el trágico, á Tersícore la danza, á Erato la poesía lírica, á Polimnia la memoria, á Caliope la poesía épica, y á Urania la astronomía.

5. Son las que á cada Musa se atribuian, segun en la nota anterior.

6. Aquí la voz virtud debe entenderse por el valor, por el espíritu marcial, y por la grandeza

del ánimo.

7. Fue un Rey de Tracia, á quien sucedió lo que se refiere en lo que sigue del contexto.

8. Era lo que los antiguos latinos llamaban atrio, en el qual estaban y ponian las estatuas é imágenes de sus mayores.

9. Era un epíteto ó renombre de Juno, baxo el qual la invocaban en los apuros de los partos, y creian tenia virtud para facilitarlos.

10. Nueve eran las Musas y nueve las Piérides.

11. Es otra fuente á la falda del monte Helicon, en la que fue convertida Aganipe, hija del rio Permeso.

12. Se entiende una de las Piérides.

13. Para entender esta guerra, que hicieron los Gigantes contra Júpiter para destronarle, es menester saber que fueron hijos de Titan, hermano de Saturno, á quien el primero cedió el mando con la condicion de que habia de devorar á sus hijos, de forma que por su muerte volviese el dominio á Titan y á los suyos: por esta razon Saturno se engullia á sus hijos luego que nacian; pero le ocultaron á Júpiter que se libertó, y los Gigantes por sus pretensos derechos, se rebelaron, é intentaron echarle del cielo, poniendo unos montes sobre otros para hacerle la guerra.

14. Era uno de los Gigantes.

15. Es un ave parecida á la cigüeña, ó la misma cigüeña, que se alivia el vientre usando del pico como de clister, y por eso la tomó Ovidio por asunto de su famosa invectiva ó anatema, revocando baxo el nombre de Ibis la persona asquerosa á quien maldecia.

16. Con razon confiaron el desempeño del certámen á esta Musa; porque lo que cantó pertenece á la poesía épica que á ella se atribuye.

Fábula IV

PLUTON HERIDO POR EL AMOR.

„Ceres fue la primera que rompió la tierra con el corvo arado; á ella se debe la produccion de los frutos, del trigo, y de todo lo que sirve de alimento al hombre. Ella antes que otro promulgó leyes; y quantos bienes poseemos son dones de su divinidad.[1] Á esta he de elogiar hoy; ¡y oxalá pudiera cantar himnos dignos de una diosa que por tantos motivos merece ser alabada! En la célebre isla de Sicilia hallaron su sepultura los Gigantes. Aquel Tiféo que pretendió subir al Olimpo mismo está sepultado debaxo de la vasta mole de muchas montañas: en vano hace esfuerzos para levantarse, porque sobre su mano derecha está el promontorio de Peloro, y sobre la izquierda el de Pachino; y tú, Lilibeo, le oprimes sus piernas; su cabeza yace baxo el monte Etna, desde donde vomita torrentes de fuego y arena.

Los esfuerzos continuos que hace por sacudir de sí el peso que le oprime, y sacar su cuerpo de entre los pueblos y montes, estremecen la tierra,[2] y aun Pluton, Rey del infierno, teme no se abra una gran abertura, por la qual, penetrando el dia con su luz, atemorice é inquiete á las pavorosas almas de los muertos. Para remediar esta desgracia, salió de su

region tenebrosa en su carro, tirado por dos caballos negros,[3] visitó los cimientos de Sicilia; y despues de haber reconocido que todo estaba en buen estado, y que nada tenia que temer por su imperio, pasó al monte Erix."

„Venus que le vió discurrir por él, abrazando á su alado hijo,[4] le habló de esta manera: „Hijo mio, armas mias, manos mias, y todo mi poderío; toma, ó Cupido, de aquellas flechas con que triunfas de todos, emplea las mas eficaces y ligeras en el corazon del terrible Dios á quien tocó por suerte el señorío del infierno. Tú vences á los Dioses y al mismo Júpiter; las deidades del mar y el que las gobierna, tampoco estan libres de tus tiros; ¿por qué pues lo han de estar los infiernos? ¿por qué no dilatas el imperio de tu madre y el tuyo hasta sujetar á él esta tercera parte del mundo? Sin embargo de nuestro poder, tenemos que sufrir que en el cielo nos desprecien, y las fuerzas del amor se disminuyen conmigo. Por ventura ¿no ves como han huido de mi imperio Palas y la cazadora Diana? La hija de Ceres tambien, si nos estamos en inaccion se nos escapará, y seguirá el exemplo de aquellas. Pero si eres sensible al interes de nuestra gloria, haz de modo que Pluton se enamore de ella, y que venga á ser esposa de su tio."[5] Esto dixo Venus, y tomando Cupido su aljaba, escogió entre mil flechas la mas aguda y certera, y la mas acomodada al arco, segun la voluntad de su madre, y puesta la rodilla en tierra estiró su arco flexîble, é hirió con una harpada flecha el corazon de Pluton.

* * *

Notas

1. Dos invenciones de Ceres, á quien por ellas llamaban Frugífera y Legífera.

2. Los mitológicos, para explicar el terrible fenómeno de los freqüentes terremotos que se observan en la isla de Sicilia y las erupciones de sus volcanes, fingen que en ella fue encerrado el Gigante Tiféo en una caverna dilatada, sobre la qual hay muchos montes, y que los esfuerzos que hace el Gigante contra el peso que le oprime son causa de los terremotos y de las erupciones de los volcanes.

3. La fábula atribuye á cada deidad su propio carro: el de Pluton tirado de caballos negros; el de Juno de pavos reales; el de Baco de tigres; el de Venus de cisnes; el de Neptuno de caballos marinos &c.

4. Cupido, Dios del amor, y que le inspiraba con sus flechas inficionadas.

5. En la genealogía de los Dioses que confunde los grados, los nombres y los derechos de la naturaleza, era Proserpina hija de Ceres y de Júpiter, hermano de Pluton, y por consiguiente sobrina carnal de este.

Fábula V

RAPTO DE PROSERPINA.

Hay un lago muy profundo no lejos de los muros de Ena[1] llamado Pergo: sus riberas, aun mas que las del Caistro,[2] resuenan sin cesar con los dulces cantos de los cisnes. Está ceñido por todas partes de una amena selva, que con sus hojas, como con un verde toldo, no dexa penetrar á los ardientes rayos del sol; los ramos mantienen una agradable frescura; la tierra por todas partes está matizada de las mas hermosas flores, y reyna allí una perpetua primavera. En este delicioso bosque se entretenia Proserpina en coger flores, y en hermanar en graciosos ramilletes las obscuras violetas con las blancas azucenas. Mientras con ansia juvenil llena su canastillo y regazo, y se afana por coger mas flores que sus compañeras, la ve Pluton, y el verla, amarla y robarla, todo es al mismo tiempo. ¡Tanto como esto se apresura el amor!

Amedrentada la Diosa, llamaba con acentos tristes y repetidos á su madre y compañeras; pero mas veces á su madre. Por desasirse de Pluton rasgaba sus vestidos, de modo que soltando el regazo se le cayeron las flores que habia cogido; y era tanta su candidez en aquellos años juveniles, que sintió mucho y lloró la pérdida de las flores. Discurre el robador con gran

velocidad en su carroza; instiga á sus caballos, y para estimularlos mas los llama por su nombre, y les afloxa las riendas. Atraviesa profundos lagos, y en particular el de los Pálicos,[3] que huele á azufre, y que hierve por la hendida tierra; pasa por aquella ciudad, que se construyó antiguamente entre dos puertos desiguales por los dos hijos de Baquia,[4] oriundos de Corinto, ciudad ceñida de dos mares.[5] Entre Ciane y Aretusa[6] hay un espacio de mar contenido por algunas rocas, que por todas partes le rodean. Habitaba aquí Ciane, una de las mas hermosas Ninfas de Sicilia, de quien tomó nombre el estanque. Habiendo salido esta Ninfa del fondo del agua, y conocido á Pluton, le habló de esta manera: „No pasarás adelante; no debes pretender ser yerno de Ceres contra su voluntad: antes debiste pedirla que robarla. Y si me es permitido comparar las cosas pequeñas con las grandes, diré que tambien á mí me amó Anapo: me casé con él, rendida á sus instancias, pero sin amedrentarme como tú á esta." Dixo esto, y tendiendo los brazos de frente queria estorbar el paso; pero el hijo de Saturno, llenándose de ira, agita á los briosos caballos, y lanzando con poderoso brazo su cetro á lo profundo de la corriente, hizo una hendidura en la tierra que les abrió paso á su reyno, por donde baxaron los caballos y carro. Ciane, sintiendo, ya el robo de la Diosa, ya tambien el desprecio del derecho de su fuente, conservó en lo interior de su corazon una pena tan grande, que desde entonces jamas dexó de derramar lágrimas, hasta que por último fue transformada en aquellas mismas aguas de que poco há habia sido Diosa soberana. Insensiblemente todas las partes de su cuerpo comenzaron á ablandarse, sus huesos se tornan flexibles, y las uñas dexan de ser duras: en una palabra, sus hermosos cabellos, dedos, pies y rodillas se convierten en agua; porque quanto mas sutiles y delicadas son las partes del

cuerpo, tanto mas fácilmente se liquidan. Sus espaldas, hombros, costados y pecho se transforman en otros tantos arroyuelos. En fin, el agua se entró por las venas viciadas en lugar de la sangre que antes corria por ellas, y nada quedó en su persona que no tuviese la fluidez de este elemento.

En tanto Ceres, llena de sobresalto, busca inútilmente á su hija por mar y tierra. Ni la aurora que sale con su dorada madexa, ni el lucero de la tarde la vieron parada en ninguna parte: tomó dos teas, que encendió en el volcan del Etna, y continuó así buscándola durante la noche. Al dia siguiente, luego que la luz ocultó las estrellas, recorrió toda la tierra desde el occidente al oriente. Fatigada de andar tenia bastante sed por no haber querido pararse á beber en ninguna fuente, quando por casualidad descubrió una cabaña cubierta de paja; llama á la pequeña puerta, sale una vieja, y quando le pedia de beber la Diosa, la presentó una especie de poleada[7] bien agradable que acababa de cocer. Mientras ella tomaba aquella confeccion, un muchachuelo atrevido y desvergonzado se echó á reir, llamándola voraz y glotona. Ofendida la Diosa de esta burla, roció al muchacho con la poleada y agua que la quedaban. Su rostro se vió luego lleno de manchas, sus brazos se mudaron en piernas, una larga cola le salió de la extremidad del cuerpo, y todos sus miembros tomaron una forma diferente: y porque nunca pudiera hacer mucho daño, le contrae á una figura muy pequeña; en una palabra, fue transformado en lagartija ó estelion. Admirada, llorando y amedrentada la vieja de este prodigio, y queriendo acercarse al reptil, huye este de ella y se oculta en una rendija. Á este animalito se le puso oportunamente el nombre de Estelion,[8] por estar su cuerpo pintado y lleno de manchas estrelladas.

Seria demasiado prolixo si me parase á contar los diversos paises y mares

que corrió la desgraciada Ceres en busca de su hija: despues de haber recorrido todo el orbe en su busca, se vuelve á Sicilia, y registrando todos los lugares por donde pasaba, llegó tambien al lago en que vivia en otro tiempo Ciane, quien todo se lo hubiera descubierto, á no haber padecido la transformacion ya mencionada; y aunque deseaba hablar, le faltaba ya entonces la boca y lengua con que hacerlo. No obstante se explicó por señas, y mostró á esta madre afligida la cinta que habia servido á Proserpina de ceñidor, que se le habia caido en aquel lugar,[9] y que andaba sobrenadando en las aguas. Luego que la Diosa la conoció, renueva su pena y sentimiento, y como si supiera entonces por la primera vez que habian robado á su amada hija, se arranca la descompuesta cabellera, se hiere el pecho una y muchas veces; y aunque ignora dónde está, maldice sin embargo á todas las tierras, llamándolas ingratas é indignas de los dones con que las enriquecia todos los años.[10]

Pero principalmente maldice la Sicilia, en donde acababa de descubrir los primeros indicios de la desgracia de Proserpina. Allí pues quebró todos los arados; dió muerte sin distincion á los bueyes y labradores que los conducian: la tierra fue condenada á una eterna esterilidad, y vició la semilla para que allí no naciera en adelante trigo. Es ya una memoria vana la fertilidad de aquella tierra tan celebrada por todo el mundo; y las mieses se secaban apenas nacian: unas veces un excesivo calor las quema; otras, un grande aguacero las inunda: los vientos y tempestades las daña. Las aves se comen el grano conforme se siembra, y lo que se escapa á su voracidad se ahoga con el ballico y otras yerbas malas. Movida Aretusa de todas estas calamidades sale del fondo de las aguas, y apartando de la frente los cabellos mojados habló á Ceres de esta manera: „Gran Diosa, madre de una

hija que buscas por todo el mundo, madre tambien de todos los frutos, pon ya fin á un tan ímprobo trabajo, dexa ya de desfogar tu ira sobre una tierra que te ha sido siempre fiel; ella no tiene la culpa, antes bien, mal de su grado, abrió su seno para dar paso al hurto.

„Y porque no juzgues te ruego por mi patria, decirte debo que tuve mi nacimiento en Pisa, mi orígen de la Elide, que vivo aquí extrangera, y por ser mas agradable esta tierra que qualquiera otra, he determinado fixar en ella mi domicilio; y te suplico que la conserves baxo tu proteccion. No es ahora tiempo de referirte por qué causa he dexado mi patria, y atravesado tantos mares para llegar aquí; pero cuidaré de darte cuenta, quando tus cuidados hayan calmado, y te halles mas tranquila. Basta que sepas ahora que la tierra me abre camino, y que despues de haber atravesado las mas profundas cavernas, levanto aquí la cabeza, y miro un cielo desacostumbrado. Andando pues por la laguna Estigia, he visto allí á Proserpina por mis ojos.[11] Ella seguramente está triste, y aun no ha acabado de volver del sobresalto; mas con todo es Reyna, esposa de Pluton, y manda en el vasto imperio de las sombras."

* * *

Notas

1. En donde robó Pluton á Proserpina estando cogiendo flores.

2. Era un rio cerca de Efeso muy freqüentado de los cisnes, que volaban y nidificaban en sus riberas.

3. Dos lagos de Sicilia, fétidos por el azufre de las erupciones de los volcanes.

4. El nombre patronímico era Baquiades, de su madre Baquia, que se gloriaba de ser descendiente de Baco; y habiendo venido de Corinto á Sicilia edificaron la ciudad de

Siracusa, siendo el principal de ellos un tal Arquías.

5. Porque está en el célebre istmo llamado de Corinto, el qual forman por un lado el mar Egeo y por otro el Jonio.

6. Dos fuentes de Sicilia.

7. Esta poleada la hacian de harina de cebada tostada, agua, miel y queso.

8. Por ser un animalejo pintado y salpicado de varios colores le hicieron símbolo y geroglífico de los fraudulentos y engañadores; y de aquí provino el llamarse en el derecho *esteleonato* el fraude y el engaño con que se perjudica á otro.

9. Quando Proserpina forcejeaba y se descomponia su vestido por desasirse de Pluton.

10. Atribuian á esta Diosa y ponian en su arbitrio la suerte estéril ó abundante de las cosechas.

11. Para indicar á Ceres que Proserpina estaba en el reyno de Pluton y debaxo de la tierra, induce aquí á Aretusa, fuente de Sicilia, que se comunica subterraneamente con el Alféo de Pisa en la Elide, en el que echando algunas pajas decian venian á salir á la fuente Aretusa, y como esta comunicacion es subterranea, tomó de ello ocasion el poeta para decir que Aretusa en su paso habia visto á Proserpina en el infierno.

Fábula VI

CERES CONSIGUE QUE SU HIJA VIVA CON ELLA SEIS MESES EN EL AÑO Y OTROS SEIS CON SU MARIDO.

Quedó Ceres como una estatua de mármol al oir este discurso; y pasando despues de algun tiempo de la pena al furor, sube sobre su carro, atraviesa la inmensa extension de los ayres, y se presenta ante Júpiter con el rostro bañado en lágrimas y desgreñado el cabello: „Soberano de los Dioses, le dice, vengo á suplicarte por tu prosapia y la mia:[1] y si á nada puedo yo moverte, muévate á lo menos tu hija; y te ruego que no te muestres poco sensible por haber nacido de mí. Sabe pues que he hallado por fin á mi hija despues de haberla buscado tanto tiempo, si se llama hallarla, lo que es mas cierto haberla perdido sabiendo dónde está. Disimularé el que me la hayan robado, con tal que la restituya el ladron, porque por ser hija tuya no es digna de un marido de esta clase, aunque por ser mia lo mereciera."

„Siendo tu hija, respondió Júpiter, prenda igual de nuestra ternura, no puedo menos de tomar parte en la pena que te aflige; pero si te he de hablar sin rebozo, este arrojo no es una injuria, sino un amor verdadero; y no debemos tener á deshonra el que Pluton sea nuestro yerno, con tal que

prestes tu consentimiento. Porque aun quando no tuviera todas las brillantes qualidades de los demas Dioses, ¿no es bastante que sea hermano de Júpiter? Pero no, no es inferior á ninguno, y solo la suerte le reduxo á ser menos que yo. Mas si á pesar de todo esto quieres el divorcio, vuelva Proserpina enhorabuena al cielo, con tal que no haya comido nada desde que entró en los infiernos, porque así está establecido en las leyes de las Parcas."[2]

Esto dixo; pero ninguna fuerza hizo á Ceres el discurso de Júpiter: insistió en la resolucion de recobrar á su hija; pero no se lo permiten los Hados, porque Proserpina habia quebrantado el ayuno. Paseándose pues por los jardines del palacio de Pluton, habia cogido una granada, y comido de ella siete granos: nadie habia sido testigo de esto sino Ascalafo, hijo de Orphne, una de las mas célebres Ninfas del infierno, y á quien tuvo de su Aqueronte dentro de las negras cavernas. Lo vió pues, y publicándolo, impidió la salida de Proserpina. Llena de sentimiento la Reyna del infierno, castigó al indiscreto delator transformándole en ave, y rociando su cabeza con agua del Flegetonte, la transformó en un feo pico con plumas y ojos grandes: de todo su cuerpo solo le quedó unas alas rubias, cabeza grande y unas uñas retorcidas; pero con dificultad puede mover sus brazos con el impedimento de las alas. En una palabra, fue convertido en buho, ave fatal, y que solo anuncia fatalidades á los mortales.[3]

Es cierto que la indiscrecion de Ascalafo podia merecer este castigo; pero decidme, Sirenas, hijas de Aqueloo, ¿por qué teneis plumas y pies de ave, y los rostros de doncellas?[4] ¿Es acaso porque acompañabais á Proserpina, quando fue robada por Pluton al tiempo mismo que estaba cogiendo flores? Con efecto; porque despues de haberla buscado

inútilmente por todo el mundo, deseábais con ansia, para que los mares fuesen testigos de vuestro cuidado, poder tener alas para buscarla tambien por este elemento. Os lo concedieron los Dioses, é inmediatamente se cubrieron vuestros miembros de plumas; pero quedándoos aquella habilidad para cantar que encanta á los mas delicados oidos, y tambien la voz y rostro de doncellas.

Júpiter pues, para ajustar la diferencia que habia entre Pluton y Ceres, mandó que Proserpina estuviera cada año seis meses con su marido y seis con su madre.[5] Con esto se tranquiliza el corazon y semblante de Ceres, que hasta entonces habia parecido triste al infierno mismo, así como se dexa ver el sol despues de haber disipado las opacas nubes que cubrian su faz brillante.

* * *

Notas

1. Quiere decir por Proserpina, hija de ambos.

2. Deberia decir de los Hados, que era una ley inexôrable, y que no podian inmutar los dioses; pero los poetas, para la versificacion, confunden los conceptos, y usan de unos por otros.

3. El Buho es una de las aves ominosas y nocturnas, en la que fue convertido Ascalafo, y el cantar y andar de noche proviene de que era una centinela nocturna que contaba á Minerva de dia lo que pasaba de noche.

4. Las Sirenas fueron tres, hijas de Aqueloo y de la Musa Caliope; las fingian medio doncellas y medio aves, diestras en la música, una en la voz, otra en la flauta, y la otra en la lira; sus nombres fueron Parthenope, Ligia, y Leucosia, y del encanto de estas se libertó Ulises, haciéndose atar al mástil del navío.

5. El fundamento de esta fábula es que Proserpina es la Luna; y como esta está seis meses

obscura y otros seis con luz, fingieron que seis meses estaba en el infierno y seis en el cielo.

Fábula VII

ALFÉO Y ARETUSA.

Tranquilizada Ceres con haber hallado en seguridad á su hija, te pregunta Aretusa la causa de tu viage,[1] y por qué estás convertida en fuente sagrada. Suspenden su murmullo las aguas, y sacando tú, Ninfa, la cabeza, la cuentas despues de haberte enxugado tu verde cabellera,[2] los antiguos amores de Alféo. „Fui una, la dices, de las Ninfas de la Grecia, y no hubo ninguna que me ganase á recorrer los bosques, ni que supiese tender las redes con mas destreza que yo; pero aunque nunca anhelé por parecer hermosa, si bien era esforzada, me tenian sin embargo por bella, mas no por eso me engreia la hermosura que tanto ensalzaban en mí; y yo como rústica me avergonzaba de lo que otras suelen alegrarse, porque tenia por un delito el llegar á agradar á alguno.

„Un dia, si mal no me acuerdo, volvia fatigada del bosque de Estínfalo; el calor era grande, y le habia hecho en mí mas excesivo el cansancio: encontré luego una fuente, cuyas aguas eran tan hermosas y claras que se pudieran contar todas las piedras que habia en el fondo, y caminaba tan lentamente que apenas se percibia su curso. Unos antiguos sauces y álamos frondosos, que el agua del arroyo conservaba siempre verdes, formaban

sobre sus riberas una apacible sombra. Luego que llegué, mojé las plantas de los pies; despues entré hasta las rodillas, y no contenta con esto, me desnudo del todo, y poniendo mi ropa en las ramas de un sauce, me arrojo al agua. En tanto que yo nadaba, y que movia las aguas bañándome de mil modos, oí no sé qué murmullo debaxo de la corriente, y salté asustada prontamente á la ribera. ¿Á dónde vas bella Aretusa? ¿á dónde vas? me dixo dos veces Alféo desde sus raudales, pero con voz ronca. Mis vestidos estaban por desgracia al otro lado de la ribera, y mi desnudez me hizo parecerle mas hermosa, y por lo mismo mas se abrasa y me persigue: iba á mas andar, y él corria tras mí con tanto ahinco, que yo parecia á una tímida paloma acosada del azor, y él á la misma ave de rapiña que hace todos los esfuerzos por coger á la tímida paloma. Pude correr hasta las inmediaciones de la ciudad de Orcomeno: pasé cerca de Psofis: atravesé las montañas de Cileno, de Menalo y Erimanto, y llegué á la Elide, y no me excedia en velocidad; pero como mis fuerzas iban ya decayendo, no podia continuar mas tiempo la carrera; su robustez podia sostener este ímprobo trabajo. No dexé sin embargo de correr por los campos, por los montes cubiertos de árboles, y tambien por las rocas y por lugares escarpados é inaccesibles.

„Como me daba el sol de espaldas, vi ante mis pies su sombra, á no ser que fuese efecto del miedo que tenia; mas no era así, porque sentia sus pisadas, y su respiracion hacia mover mis cabellos. En fin no pudiendo pasar mas adelante, imploré la proteccion de Diana: Ó Dictina,[3] la dixe, socórreme, y no abandones en una necesidad tan grande á una Ninfa que, fiel en acompañarte, muchas veces tuvo el honor de conducir tu aljaba, flechas y arco. Oyó mi súplica la Diosa, y me cubrió al instante con una nube muy obscura; Alféo, viéndome desaparecer tan pronto, me busca en

la obscuridad de la nube que me cubria, é ignorante de lo acaecido, da dos vueltas al sitio donde la Diosa me habia ocultado: Aretusa, Aretusa, decia, ¿dónde estas? ¡Con qué ánimo estaria yo, infeliz, entonces! ¿No te persuades que me pareceria á la inocente cordera, que oye aullar al carnicero lobo al rededor de su redil, ó á la tímida liebre que se oculta en los abrojos, sin osar á moverse, acosada de los solícitos galgos que pretenden su muerte? Como Alféo no vió pisadas algunas hácia otra parte que le pudieran hacer creer que yo estuviera mas lejos, se detuvo al rededor de la nube que me ocultaba.

„Entonces un sudor frio empezó á esparcirse por todo mi cuerpo, de tal modo que por todo él corrian gotas de agua; y por qualquiera parte que movia el pie salia un manantial, y aun de mis rubios cabellos caia rocío: en una palabra, me vi convertida en fuente en menos tiempo que te he referido mis desgracias. El Dios del Rio,[4] que me conoció mudada en agua pura, dexando la figura de hombre que habia tomado, se vuelve á tornar agua para mezclarse conmigo. Diana entonces abre la tierra; me facilita paso por medio de las profundas cavernas,[5] y llego á Ortigia, donde determiné quedarme, ya por lo delicioso del sitio, y ya tambien por amor á Diana."

* * *

Notas

1. Lo dice porque creian que traia su orígen de la Grecia, y caminando por el centro debaxo de mares y tierra, venia á renacer en Sicilia.

2. Figura mitológica, y uno de los atributos con que pintaban á las fuentes y á los rios.

3. Renombre de Diana, tomado de una Ninfa que se llamaba Dictina, y que inventó las

redes para la caza.

4. Alféo, pues los Gentiles imaginaban que asistia una deidad en cada fuente, cada rio, cada árbol &c.

5. Por el centro de la tierra para libertarla de Alféo, y en este camino finge el poeta que vió á Proserpina en el infierno, y últimamente vino á salir á Ortigia, isla adyacente de Sicilia.

Fábula VIII

LINCO TRANSFORMADO EN LINCE.

Despues que Aretusa acabó su historia, la abundante Ceres unció dos dragones á su carro, y llevada por el ayre por medio del cielo y la tierra, fue hasta Atenas, donde entregó á Triptolemo[1] su ligero carro, dándole órden para que fuera por todas partes á esparcir las semillas en las tierras, parte en las enteramente incultas, y parte en las que hallase no cultivadas despues de mucho tiempo. Despues que él recorrió la Europa y el Asia, aportó á las orillas de la Escitia, donde reynaba Linco. Habiendo ido á su palacio, el Príncipe le preguntó de dónde venia, el designio de su viage, su nombre y patria. „Mi patria es la célebre Atenas, le respondió su huesped; mi nombre Triptolemo; no he venido aquí por mar ni tierra; el ayre me ha abierto el camino[2] que me ha conducido á tus estados. Yo traygo los preciosos dones de Ceres; los quales, esparcidos por los anchos campos, producirán fértiles cosechas." El bárbaro, envidioso del honor que recibia el extrangero, y esperando poder atribuirse esta gloria, le da hospedage, é intentó quitarle la vida al primer sueño; pero á tiempo que iba á atravesarle el pecho, fue convertido en lince por Ceres, mandando al jóven ateniense subir de nuevo en su sagrado carro, y executar sus órdenes.

„Con esto acabó su canto la mayor de nosotras;[3] y las Ninfas, que habian sido nombradas por jueces de la contienda, declararon acordes por nuestra la victoria. Prorumpiendo en dicterios las hijas de Piero contra nosotras, supuesto, las dixe, que es poca la pena que habeis merecido en el certámen, y aumentais con injurias vuestro delito provocando nuestra paciencia, sufrireis los castigos de nuestra justa indignacion. Echáronse á reir las Piérides, despreciando nuestras amenazas, y quando iban á hablar, y á extender contra nosotras sus protervas manos, con mucha algazara, vieron cubrirse de plumas manos y brazos; que su boca toma la figura de un dilatado pico, y que se añadian por nuevas aves á las selvas. Quisieron quejarse y golpearse el pecho; pero sus brazos, que eran alas, habiéndolas levantado en el ayre, las encaramaron en los árboles vecinos. De este modo fueron convertidas en picazas las hijas de Piero; quienes conservando siempre los mismos deseos de hablar, hacen resonar con sus gritos importunos y voces roncas los bosques, de los que son la vergüenza y el oprobio."

* * *

Notas

1. Fue hijo de Celéo, Rey de Elusina, á quien Ceres dió el pecho, y siendo ya jóven le enseñó el arte de cultivar las tierras, y le envió en su carro para que adiestrase en él á los hombres.

2. Porque habia viajado en el carro de Ceres por los ayres.

3. Caliope, la que se encargó de la defensa contra las hijas de Piero.

Tomo II · Libro sexto

Libro sexto

ARGUMENTO.

Movida de este exemplo Minerva, se disfrazó en vieja; y entrando en competencia sobre la hilaza con Aracne, despues que cada una representó en su tela varias transformaciones, la convirtió en araña. Nada de esto impidió á Niobe para que, sin embargo de haber perdido los hijos, dexase de convertirse en piedra. Propalada esta noticia, se acordó el pueblo que Latona habia transformado en ranas á los rústicos Licios, y Apolo desollado á Marsias. Concurriendo las ciudades cercanas á consolar á los Tebanos, solo faltaron los Atenienses, porque estaban infestados por el Rey Tereo: el qual, habiendo estuprado á Filomela, fue transformado en abubilla, del mismo modo que Filomela en ruiseñor, y Progne en golondrina. Esta noticia causó la muerte á Pandion su suegro. Sucedióle en el Reyno Erecteo, de cuya hija Oritia tuvo el Boreas á Calais y á Cetes. Estos fueron despues unos de los Argonautas, quando Jason fue á la conquista del vellocino de oro, y sembró los dientes de la serpiente, de que salieron hombres armados; y habiendo despues adormecido al monstruo, consiguió robar el precioso don á que aspiraba.

* * *

Orgullo de Aracne

Oida por la Tritonia Minerva la referencia del cántico de las Musas, les dió la preferencia, y aprobó su justa venganza: „El alabar á otras, dixo entre sí, es de poca importancia; yo tambien merezco ser alabada, y no debo permitir que impunemente se ultraje á mi deidad." Se acordaba del suceso de Aracne, natural de Lidia. El caso fue, que habia llegado á sus oidos como esta jóven se jactaba de mas diestra en el arte de texer, en el que era afamada, pero no en nacimiento. Su padre Idmon exercia el oficio de tintorero[1] en la ciudad de Colofonia: su madre habia ya muerto; pero tambien fue de gente baxa é igual á su marido. Sin embargo, ella se habia adquirido nombre memorable en todas las ciudades de la Lidia por lo primoroso de sus texidos: aunque habia nacido de prosapia poco ilustre, y moraba en la pequeña ciudad de Hipepa, las Ninfas del Timolo dexaron muchas veces sus agradables viñedos; y las del Pactolo sus aguas para ver sus obras encantadoras. Y no solamente las agradaban los vestidos hechos, sino aun mucho mas gustaban verlos hacer: ¡tan grande era la destreza que tenia en su arte! Ya fuese que devanase sus lanas, ó que las cardase y peinase con sus hermosos dedos imitando los vellones á las nieblas matutinas; ahora hilase, ahora bordase con la aguja, qualquiera diria que era discípula de la

misma Palas.[2] Pero no obstante llevaba á mal que su saber se atribuyese á la enseñanza de esta Diosa. „Puede venir, decia enojada de esto, á disputar conmigo; no me niego á entrar en competencia con quien presuma saber mas que yo, y si quedáre vencida me someteré á qualquier género de castigo."

Agraviada Minerva[3] de unas palabras tan insolentes, toma el disfraz de vieja, se cubre la cabeza de canas, y apoyándose en un báculo, habló á Aracne en estos términos: „No debe nadie persuadirse que la vejez nos haga en todo despreciables. La experiencia se adquiere con los muchos años, y no debes despreciar los consejos que voy á darte. Vive contenta con la fama que tienes de exceder por tu habilidad á todas las mugeres del mundo; pero no pretendas entrar en competencia con una Diosa; procura pues satisfacerla, y ruégala te perdone las injurias que la has hecho; ella es muy compasiva, y quedará desagraviada si se lo ruegas." Miróla con ojos airados Aracne, dexando la tela de las manos, y queriendo arremeter á ella: „Vete de aquí, la dice, vieja temeraria, que ya estás delirante con tu vejez, y á quien perdono en atencion á tus muchos años. Ve, y da esos consejos á tu hija ó nuera, si es que tienes alguna, que yo bien me sé lo que hago sin necesitar consejo de nadie; y porque no pienses que me han hecho mella tus razones, te digo que me mantengo en lo dicho: ¿por qué pues no se presenta Palas? ¿por qué no viene á competir conmigo?"

* * *

Notas

1. Es de notar la antigüedad de este arte verosimilmente coetáneo al del lanificio, ó de cardar, hilar y texer las lanas.

2. Á esta deidad atribuian la invencion del lanificio y otras artes.

3. Á esta deidad llaman promiscuamente los Poetas y Mitológicos con los nombres de Palas y Minerva; pero es de distinguirse y entenderse que la daban el nombre de Palas quando la consideraban como Diosa de la guerra, y el de Minerva quando la conceptuaban como inventora de las artes y ciencias.

Fábula primera

ARACNE CONVERTIDA EN ARAÑA.

„Palas lo acepta," dixo entonces la Diosa; y dexando la forma de vieja, se mostró con las señales de su divinidad. Todas las Ninfas y mugeres que allí estaban la tributan sus respetos; sola Aracne no se amedrenta, aunque se asomó en su rostro, á pesar suyo, un pequeño rubor, que duró poco tiempo, al modo que suele el ayre volverse purpúreo á los primeros rayos de la Aurora, pero en breve tiempo empieza á emblanquecerse, herido del sol. Firme en su resolucion, y lisonjeándose vanamente de exceder á Minerva, camina hácia su ruina. La Diosa ya no piensa en darla consejos en balde; admite el desafio, y quiere en el momento apercibirse á disputar la victoria. Ambas preparan sus obras, urden sus telas, las atan con el lizo, y se colocan en diversas partes. Ya la lanzadera arrojada con destreza entretexia la trama; y cada vez que pasa por medio de los hilos, tienen cuidado de apretarlos con los dientes del peyne, de que suelen servirse en semejantes tareas. Las dos, recogido el ropage hasta el pecho, trabajan con una destreza y ligereza incomparables, y el deseo que cada una tiene de vencer y no ser vencida hace que no sientan el trabajo.[1] Entretexen en sus telas hilo de color de púrpura teñido en Tiro,[2] mezclando algunas sombras para mayor gracia;

sus colores eran tan varios, que podian compararse al contraste que forma el arco Iris en el ayre con los reflexos del sol; los quales, padeciendo refracciones en las pendientes gotas, forman una inmensidad de colores; pues aparece una tan hermosa variedad de ellos que deslumbran la vista, siendo en realidad el mismo color el que está inmediato, aunque hay diversidad en los extremos.

Tal era la delicadeza de sus obras; el oro estaba allí entretexido con la seda de un modo enteramente ingenioso. Con todo, para hacerlas aun mas perfectas, ambas delinearon algunas historias antiguas. Palas dibuxó en la suya aquella roca antigua que se veia en el Areopago[3] de Atenas con la historia del litigio que tuvo con Neptuno sobre el nombre que se debia poner á esta ciudad.[4] Se miraban allí los doce Dioses sentados en sus tronos con aquella magestad que les acompaña, y á Júpiter presidiéndolos en medio. Cada uno de los Dioses estaba representado al natural; pero Júpiter tenia un ayre de grandeza que anunciaba ser el dueño absoluto del mundo. Ponia de pie á Neptuno, hiriendo la tierra con su tridente, y haciendo salir de ella un caballo: lo que parecia autorizarle para dar nombre á la ciudad. Á Minerva representaba con su broquel, yelmo, lanza y escudo, en el que estaba la formidable cabeza de Medusa, y á la tierra, herida con su lanza, produciendo la blanca oliva, llena de hojas y fruto, cuyo prodigio admiraban los Dioses; y concluia su obra con la victoria de este juicio.

Y para que pudiese conocer su competidora el castigo que la esperaba por su loco atrevimiento, añadió en los quatro ángulos otras tantas competencias, vistosas por su colorido, adornadas de figuras pequeñas. En un ángulo se veia la aventura de Hemo, Rey de Tracia, y de Rodope, su esposa, que fueron convertidos en montes y frios páramos, por haberse

apropiado los nombres de los supremos Dioses.[5] En el otro estaba la historia de Pigas,[6] Reyna de los Pigmeos, á quien Juno, para castigarla de su presuncion, transformó en grulla, condenándola á que hiciera una guerra sangrienta á su pueblo. En el tercero se veia á Antigone, que habia tenido el atrevimiento de igualarse á la muger del gran Júpiter; á la qual Juno transformó en cigüeña; no pudiendo estorbar ni la ciudad de Troya, ni Laomedonte su padre, el que fuese revestida de plumas blancas, en que conservaba su vanidad de alabarse. Últimamente en el quarto ángulo estaba el desdichado Ciniras solo y lloroso abrazando las gradas de un templo. Estas eran sus propias hijas, á quienes los Dioses así habian transformado. Adornó finalmente la orla de su tela con ramas de oliva entretexidas unas con otras. Tal era la idea de esta primorosa obra, que la Diosa quiso concluir con el árbol que la está consagrado.

Aracne por su parte pintó en su texido á Europa, engañada por Júpiter baxo la figura de un toro.[7] Parecia que el toro era verdadero, y verdadero el mar en que nadaba. Parecia igualmente que ella volvia el rostro á mirar la ribera que acababa de dexar, que llamaba á sus compañeras, y que encogia los pies por temor de que no se le mojasen. Tambien pintó á Asteria luchando con el águila, cuya figura habia tomado Júpiter, y á Leda con el cisne que la acariciaba.[8] Las demas aventuras de este Dios estaban representadas con mucha delicadeza.[9] Se le veia disfrazado baxo la figura de Sátiro con la hermosa Antiopa, de quien tuvo dos hijos gemelos: en la forma de Anfitrion quando se dexaba ver de tí, ó Alcmena: transformado en lluvia de oro para entrar en la torre de Dánae: baxo la figura de un pastor, procurando agradar á Mnemosine: convertido en fuego para engañar á Egina, y en serpiente quando seducia á Deois. Aracne tambien te

habia representado á tí, Neptuno, transformado en toro en la aventura que tuviste con una de las hijas de Eolo: baxo la forma del rio Enipéo en los amores con Ifimedia, de quien tuviste los dos Aloides:[10] baxo la de un carnero quando procurabas agradar á Bisaltis: baxo la de un caballo para engañar á Ceres: baxo la misma forma para seducir á Medusa; y en delfin para violar á Melanto. Todos estos personages estaban pintados tan al natural, que en sus vestidos y ayre de cara era fácil conocerlos, como igualmente el pais de su naturaleza.[11] Tambien se veia allí á Apolo transformado en villano, en alcon, en leon y en pastor. Baxo esta última transformacion se hizo amar de Ises, hija de Macareo. En fin, Baco aparecia baxo la forma de un racimo de uvas con que seduxo á Erigone, y Saturno baxo la de un caballo para engañar á Filira, de quien tuvo al Centauro Quiron. La orla de este hermoso texido estaba guarnecida con hojas de yedra,[12] enlazadas artificiosamente unas en otras.

Estaba la obra tan perfecta que Minerva no pudo hallar en ella defecto alguno, ni la misma envidia tendria aliento para reprobarla; por lo que la Diosa se encendió tanto en ira, que rompió la labor[13] en que los delitos de los Dioses estaban tan vivamente representados; y con su lanzadera de box del monte Cítoro hirió muchas veces la frente de Aracne, que con el pesar de verse tan despreciada se echó animosa un cordel á su garganta para ahorcarse. Palas, movida sin embargo á compasion, sosteniéndola en el ayre, temerosa de que no acabara de ahogarse, la habló en estos términos: „Vive, insolente Aracne; pero estarás siempre colgada: y para escarmiento de tus descendientes comprehenda la misma ley de tu pena á toda tu sucesion." Apartándose Palas despues, la roció con zumo de una yerba envenenada,[14] y al punto, con su actividad, la hizo caer los cabellos, nariz y

orejas: su cabeza y cuerpo se disminuyeron: aparecen unos dedos muy delgados en lugar de piernas: el vientre ocupa el resto del cuerpo, del qual aun ahora sale estambre; y por eso las arañas executan sutiles telas á imitacion de las que esta hacia quando muger.

* * *

Notas

1. Todo esto y lo que anteriormente queda dicho de que Aracne hacia ventaja en su arte á todas las mugeres de Lidia, persuade que el del lanificio en su orígen fue femenil, exercitado por solo las mugeres, en tal grado que los hombres se afrentaban de exercerle, y por eso se echa en cara á Hércules el que por agradar á Orfale, Reyna de Lidia, se afeminase hasta el extremo de ponerse á hilar con ella y sus doncellas como una de tantas.

2. La púrpura de Tiro era la mas afamada y celebrada en la antigüedad.

3. Donde Marte defendió la causa de la muerte de Alirrotio, siendo acusador Neptuno, su padre; por lo que se dice ser tan severo este tribunal.

4. Se fixó esta controversia de modo que pusiese el nombre á esta ciudad el que inventase una cosa mas útil al hombre. Neptuno, dicen, produxo el caballo. Palas plantó la oliva, y venció esta.

5. Hemo llamaba á Rodope su Juno, y esta á él su Júpiter.

6. Fingen que era muy hermosa, y se tenia en mas que las Diosas: añaden que era Reyna de los Pigmeos, hombres, segun los poetas, de dos codos de altura; invencion solo de poetas para describir la guerra de las Grullas con los hombres.

7. Finge la fábula que Júpiter tomó la figura de toro para robar á la doncella Europa.

8. Júpiter, para viciar á Asteria, se transformó en águila, y aquella huyendo de él en codorniz; y para engañar á Leda tomó la figura de cisne, y esta á su tiempo parió dos huevos, de los quales salieron Castor y Polux, que despues fueron colocados por dos constelaciones favorables á los navegantes.

9. Parece que Aracne se empeñó en pintar en su tela todas las torpezas de Júpiter y las de

otros Dioses.

10. Dos gigantes que asistieron á la guerra contra los Dioses, y en ella hirieron á Marte.

11. Porque estaban cada uno con el vestido propio del pais.

12. Era la planta de cuyas hojas se formaban las coronas con que premiaban á los poetas, como lo eran la grama, la encina y otros ramos de que se hacian las coronas militares, que se llamaban cívicas, murales, obsidonales &c.

13. La de Aracne.

14. Acónito.

Fábula II

NIOBE CONVERTIDA EN MÁRMOL.

Toda la Lidia se consternó con la desgracia que acababa de suceder á Aracne; y el rumor del suceso llegó hasta la Frigia, de donde se extendió luego por todo el resto del mundo. Niobe[1] habia conocido á Aracne antes de su casamiento, y en tiempo que vivia en Sipilo; pero esta triste aventura, que miraba como un castigo de una persona de la plebe, ninguna impresion la hizo: en nada cedió de su orgullo, ni del desprecio que en sus discursos afectaba tener á los Dioses. Muchas cosas contribuian á sostener su soberbia; pero ni el poder de su marido, ni la sangre ilustre de donde ambos descendian, ni el brillo de la corona la hacian tan orgullosa; si bien se complacia en ello, como los hijos que tenia; y hubiera sido en efecto la mas afortunada de las madres, si ella no se hubiera tenido por tal.

Porque cierto dia, Manto, hija de Tiresias, impelida de una inspiracion divina,[2] corriendo por las calles de Tebas, gritaba: „Tebanas, coronaos de laurel,[3] é id á ofrecer con ruegos piadosos incienso á Latona y á sus dos hijos: esta Diosa os lo manda por mi boca." Al punto la obedecen; y todas las Isménides adornan sus sienes con hojas de laurel, y van á porfia á encender en honor de estas divinidades el fuego sagrado, y á unir sus

devotos ruegos con la llama que se levantaba en sus altares. Pero Niobe se presenta acompañada de una multitud del pueblo, graciosamente vestida á la usanza Frigia; el oro resaltaba en su trage; hermosa quanto su furor permite, y agitando con su vistosa cabeza el cabello tendido por sus hombros. Se para; y despues de haber mirado por todas partes con bastante altanería: „¿Qué locura, dice, os mueve á anteponer á las que veis las deidades de que solo teneis noticia? ¿Por qué reverenciais á Latona en los templos? ¡Y mi divinidad aun está sin incienso! ¿Ignoráis que yo soy hija de aquel Tántalo, que solo él ha tenido el honor de comer á la mesa de los Dioses? Una de las Pleyadas es mi madre; el grande Atlante mi abuelo, el qual sostiene con sus hombros el cielo. El mismo Júpiter es el otro abuelo mio, á quien igualmente me glorío de tenerlo por suegro.[4] Los pueblos de la Frigia me temen. El palacio de Cadmo, y aquella célebre ciudad cuyas murallas se levantaron al son armonioso de la lira de Anfion, reconocen á mi marido y á mí por soberanos. Á qualquiera parte que vuelvo los ojos, se dexan ver en mi casa inmensas riquezas: agrégase á esto el tener yo un rostro propio de una Diosa. Juntad á tantas prerogativas la de tener siete hijas y otros tantos hijos. Juzgad en vista de esto si yo no tengo razon para desaprobar el que se prefiera á mí la hija de no sé que gigante Ceo, la qual no pudo encontrar en todo el mundo un pequeño rincon para parir;[5] errante y fugitiva, ni el cielo, ni la tierra, ni el mar quisieron recibirla, hasta que por último la isla de Delos, tú andas, le dice, errante por la tierra, y yo por el mar, y se detuvo para recibirla; y allí fue donde dió á luz los dos hijos con que está tan altanera, siendo solo como una séptima parte de mi generacion. ¿Quién negará mi felicidad? ¿Y quién dudará que será muy durable? El número de mis hijos asegura mi dicha. Soy tan rica que aunque

la fortuna me quitase mucho, me quedaria aun otro tanto; con tantos bienes nada tengo que temer; porque en fin, quando sucediera que de la multitud de mis hijos la muerte me arrebatase algunos, tendria aun mas que Latona, y los que me quedaran me proporcionarian todavía muchas ventajas sobre ella. Dexad pues esos sacrificios; arrojad de vuestras sienes esas guirnaldas de laurel; obedeced á prisa." Todos obedecen, y dexan sin concluir los sacrificios, contentándose con adorar en secreto la divinidad de Latona, que es lo que no se les podia impedir.

Indignada la Diosa[6] de la orgullosa altanería de Niobe, habló en lo mas alto del Cinto[7] á sus hijos en estos términos: „Envanecida de ser madre vuestra, solo reconozco superioridad á Juno en el Olimpo; sin embargo, en esta ocasion se me llega á disputar mi divinidad: yo me veo vergonzosamente arrojada de los templos donde he sido venerada en todo tiempo: sí, yo soy desterrada para siempre de ellos, si vosotros ¡ó queridos hijos! no me valeis en esta ocasion. Y no se limita á esto solo mi dolor, pues la hija de Tántalo, cuya sacrílega lengua recuerda la de su padre, ha añadido á esta accion las injurias mas sensibles: ha tenido la osadía de preferir sus hijos á vosotros, publicando que se me debia mirar como á una madre estéril." Queria añadir Latona á este discurso las súplicas y lágrimas, quando la dixo Apolo: „Basta; quejas inútiles solo pueden retardar tu venganza." Lo mismo la dixo Diana; y encubriéndose los dos en una nube, baxaron hendiendo los ayres con ligero vuelo, y se dirigieron á Tebas.

Cerca de esta ciudad estaba situada una llanura bien hollada de caballos, en donde la multitud de ruedas y duros cascos habian reducido á polvo los terrones.[8] Habian concurrido á aquel sitio á hacer exercicio los hijos de Niobe, montados en soberbios caballos enjaezados con frenos de

oro y mantillas de la mas encendida púrpura. Ismeno, el mayor de todos, corria su caballo á la redonda, quando ¡ay de mí! exclama traspasado al mismo tiempo con una flecha; y soltando el freno sus manos moribundas, cae exánime á los pies del caballo. Sipilo, que era el mas inmediato, suelta las riendas al suyo al oir el zumbido de una saeta; y así como el piloto, que ve cercana la tormenta, se apresura á recoger velas para preservarse del furor de los vientos, así pica al caballo este jóven Príncipe; pero en vano, porque la saeta le atraviesa la cabeza, y la lengüeta se descubre por la garganta. Como iba echado hácia adelante, viene á caer por el cuello y crin del caballo espantado, tiñendo la tierra con su sangre caliente. El desdichado Fedimo y Tántalo, heredero del nombre de su abuelo, despues de acabar la tarea acostumbrada, pasaron al juvenil exercicio de la resplandeciente palestra; y estando ya dispuestos para luchar, atraviesa á ambos de parte á parte una flecha, así como estaban abrazados; ambos se lamentaron á un tiempo, á un tiempo cayeron en tierra, á un tiempo se eclipsaron sus ojos, y á un mismo tiempo murieron. Alfenor, que los ve exhalar los últimos suspiros, penetrado del dolor mas vivo, se arroja sobre ellos, los abraza tiernamente, y procura reanimarlos; pero mientras él les tributaba este deber piadoso, cae á par de ellos de un flechazo con que Apolo le atraviesa el pecho. Al arrancarle el dardo harpado de la herida, sacaron una parte de sus pulmones, y el alma salió con su sangre. El jóven Damasicton recibió dos heridas, la una en la rodilla; y mientras se esforzaba á sacar el dardo fatal, recibió otro flechazo, que le atravesó la garganta. La sangre que salta con ímpetu de su herida expelió la flecha, y se esparció lejos como una menuda lluvia. Ya no quedaba de los hijos de Niobe mas que Ilionéo, el menor de todos, que en vano levantaba los brazos al cielo, invocando el

socorro de los Dioses. ¡Mas ay! que él no sabia que Apolo era el único á quien debia aplacar. Compadecióse sin embargo este Dios del jóven; pero ya el dardo irrevocable estaba disparado, y murió; aunque con menos rigor que sus hermanos, porque la flecha no hizo mas que herirle levemente el corazon.[9]

El rumor de este funesto accidente, los sollozos del pueblo, y las lágrimas de los criados, anunciaron bien presto á Niobe el desastre de sus hijos. Admiróse del poder de los Dioses; y aun se irritó vivamente de que se hubiesen atrevido á tanto. Su esposo Anfion, por no sobrevivir á tal desgracia, se quita la vida atrevesándose el pecho con su espada. ¡Ah, quan otra era Niobe en esta ocasion, de aquella soberbia Niobe que conducida en un suntuoso carro iba apartando al pueblo de las aras de Latona! Entonces era su suerte envidiada de todos, y ahora compadecida aun de sus mismos enemigos. Se arroja sobre los frios cadáveres de sus hijos, y sin guardar órden les va dando á todos los últimos besos; y levantando al cielo los brazos dixo: „Complacete en mi dolor, cruel Latona: experimenta el bárbaro placer de verme agoviada de pena y despecho: sacia en fin tu rencoroso corazon, mientras que yo muero viendo mis siete hijos difuntos: salta de gozo y triunfa como que has vencido. ¿Pero en qué? Aun no debes cantar la victoria, pues en medio de mi desgracia me quedan aun mas hijos que á tí en medio de tu dicha. He perdido siete; pero aun te aventajo en el número de los que me quedan."

Apenas dexó de hablar quando se oyó el ruido de un arco que vibra una flecha. Sorprehendióse la asamblea; y solo Niobe, á quien sus desgracias habian hecho insensible, permaneció tranquila. Sus hijas, vestidas de luto, y con el cabello tendido, lloraban ante los fúnebres lechos

en que yacian sus hermanos, y sintiéndose una de ellas con el pecho herido de una flecha, cae muerta sobre el cuerpo de uno de ellos: otra, procurando consolar á su madre, perdió de repente la vida sin que se viera el dardo que la hirió, y no cerró la boca sino despues de espirar. Una cae intentando huir, otra muere sobre el cadáver de su hermana: esta busca inútilmente donde ocultarse, y aquella está temblando. Habian ya muerto seis de diversos modos, y con diferentes heridas; solo quedaba una, á quien cubriendo su madre con todo el cuerpo y vestido: „Déxame, dixo á Latona, una á lo menos; de tantas una sola te pido, y de estas la mas pequeña de todas." Pero mientras ella hacia esta súplica, la ve espirar entre sus brazos. La desgraciada Niobe, viéndose privada de su esposo é hijos, se sienta entre los cadáveres: la pena la endurece; ya no agita el viento sus cabellos: en su rostro aparece una mortal palidez; sus ojos sin movimiento, su lengua pegada al paladar, sus venas cárdenas: no puede levantar la cabeza ni brazos: en fin no da ninguna señal de vida; en efecto no es otra cosa que una roca inanimada. No obstante llora, y es la sola señal de sensibilidad que manifiesta; y arrebatándola un fuerte torbellino, la lleva el viento á su patria, fixándola en la cumbre de un monte, donde continúa su llanto; y aun por eso dicen que el mármol hasta ahora derrama lágrimas.

* * *

Notas

1. Hija de Tántalo, muger de Anfion, y hermana de Pelope.

2. Parece fingian haberse continuado en Manto, y heredado esta el espíritu divinatorio y vaticinador que Júpiter concedió á su padre Tiresias, y con que quiso recompensarle el daño de su ceguedad.

3. Como este árbol estaba consagrado á Apolo parece querian tambien honrar con él á su madre Latona.

4. Porque estaba casada con Anfion, hijo de Júpiter y de Antiope.

5. Juno, indignada contra su rival Latona, conjuró á la Tierra para que no la permitiese sitio alguno de toda su redondez en que pariese: prometiólo así la Tierra con juramento; y rogado Neptuno formó de nuevo la isla de Delos, en la qual, como que no era parte de la Tierra antes juramentada, parió Latona á Apolo y á Diana.

6. Latona.

7. Monte de la isla Delos dedicado á Apolo, por el qual fue llamado Cintio.

8. Esta llanura se describe á imitacion de los circos, en que los Romanos hacian sus fuegos y espectáculos circenses.

9. Todos estos murieron á manos de Apolo, que los flechaba desde una nube, así como Diana flechó y mató á las hembras desde otra.

Fábula III

LOS ALDEANOS CONVERTIDOS EN RANAS.

Un castigo tan horroroso aterró de tal modo á las gentes, que así hombres como mugeres se apresuraban á competencia á honrar á la fecunda Latona, dándola con nuevo zelo las muestras indubitables del culto que acostumbraban tributarle. Y como acaece que un suceso que nos sorprehende nos trae á la memoria algun otro con quien tiene conexîon, refirió un Tebano á este propósito la venganza que habian experimentado en otro tiempo de esta misma Diosa algunos habitantes de la fértil Licia: „La aventura, dixo, no es célebre por la calidad de las personas á quienes sucedió, pero es verdaderamente admirable. He visto el sitio y el estanque mismo que hizo memorable el prodigio. Porque hallándose mi padre incapaz de viajar por su avanzada edad, me envió á comprar á aquella tierra unos bueyes, dándome por guia un hombre del pais. Como íbamos recorriendo los pastos, acertamos á pasar por las orillas de un lago donde miré un altar ennegrecido de hollin y rodeado de trémulas cañas. Paróse mi conductor, y saludando al altar: „favoreceme, dixo en voz baxa," y yo hice por mí la misma súplica y del mismo modo: le pregunté si era aquel altar consagrado á las Náyades, Faunos, ó á alguna otra divinidad del pais.

„No está, me respondió, erigido este altar á los Dioses de estos montes, sino á la Diosa que Juno arrojó en otro tiempo del orbe, á la qual apenas proporcionó asilo la isla de Delos, que andaba flotante entonces por las aguas." Dió á luz en ella al pie de un olivo dos hijos, á pesar de las persecuciones de su rival; quien poco lastimada del estado en que se hallaba, la obligó aun á salir de esta isla, y llevar en sus brazos los dos hijos que acababa de parir. Por esta causa llegó un dia muy cansada con el largo viage á la Licia, pais bien célebre por la Quimera.[1] Rendida del cansancio y la sed, cosa muy natural en un tiempo caluroso, y mas habiendo traido mamando á los dos gemelos, descubrió en lo hondo de un valle un lago de agua clara, y se llegó á beber á él. Se hallaba en aquel sitio mucha gente del campo cortando mimbres, juncos y demas yerbas que se crian en las lagunas; y poniéndose ella de rodillas para beber mas cómodamente, la prohibe aquella turba villana: „¿Amigos, les dice, por qué me impedis que beba? ¿No es tan comun á todos el agua como la luz y el ayre que la naturaleza nos reparte? Ruegoos no obstante me permitais beber; lo que os pido es muy poco, pues no es mi objeto el bañarme sino solo apagar mi sed, que es tan grande que tengo la boca seca, árida la garganta, y apenas puedo articular palabra: el agua de vuestro estanque será para mí el nectar de los Dioses: dexadme beber, y haré cuenta que os debo la vida que con la bebida me dareis. Si no os compadeceis de la suerte de una madre desconsolada, sed á lo menos sensible á la desgracia de estas criaturas que os tienden los tiernos brazos." Y en efecto casualmente los extendian. ¿Á quién no hubiera enternecido esta súplica tan justa y amorosa?

Pero ellos no solo se obstinaron en negarla aquel alivio, sino que la injuriaron, y gritando, amenazaron maltratarla si no se alejaba de allí. Aun

llevaron á mas extremo su insolente brutalidad, pues enturbiaron con pies y manos el agua para que el cieno que removian del hondo la impidiese beber. La indignacion de la Diosa la hizo olvidar su sed; y sin pensar ya en ablandarlos, ni en decir palabras que no fuesen dignas de una Diosa, levantó al cielo las manos y dixo: „Vivid para siempre en este estanque." Se cumplió inmediatamente el voto de la Diosa; pues se les vió sumergir en el cieno, algunas veces sacar la cabeza y nadar sobre la superficie del agua; otras salir á descansar á la ribera del estanque, y algunos momentos despues volverse á zabullir. Pero aun emplean sus torpes lenguas en proferir injurias; y habiendo perdido la vergüenza, se congratulan baxo de las aguas con decir dicterios. Enronquecióse su voz, se hinchó su garganta, se ensanchó su boca, y se unieron sus espaldas de tal manera que desapareció el cuello enteramente: el espinazo vino á quedar de un color verde; solo el vientre, que es en extremo mas grande á proporcion de las demas partes de su cuerpo, conservó una especie de blancura: en una palabra, fueron convertidos en ranas; y se les vió saltar y zabullirse en el cieno del estanque."

* * *

Notas

1. Es un monte de Licia forjado sobre el molde de una fiera, cuya cola era de serpiente, el cuerpo de cabra y la cabeza de leon, á lo que dió fundamento el ser este monte habitado en su falda de serpientes, en el medio de cabras, y en la cima de leones, y este monstruo llamado Quimera fue combatido y vencido por Belerofonte.

Fábula IV

APOLO Y MARSIAS.

Despues que no sé quien concluyó esta relacion, otro de la compañía se acordó de la aventura de Marsias,[1] vencido por Apolo quando le desafió á tocar la flauta. El hijo de Latona tomó la mas horrorosa venganza. En la hora pues en que le estaban desollando vivo, exclamó así el infeliz de Marsias: „¡Ay de mí! ¿por qué me despedazas de esta suerte? Ya me arrepiento de mi temeridad. ¡Ah! ¿Es posible que haya de costarme tan caro esta desgraciada flauta?" Le estaban desollando de pies á cabeza, quando llenaba el ayre de sus tristes lamentos. Ya su cuerpo no era sino una llaga; la sangre caia por todas partes; se veian todos sus nervios, venas, intestinos, y se podian contar fácilmente hasta las menores fibras de su cuerpo. Los Faunos y Sátiros de los vecinos montes, y Olimpo,[2] que ya entonces era célebre, las Ninfas y pastores de aquellos campos, todos lloraron su muerte. La tierra recibió todas las lágrimas en su seno, y formaron el rio impetuoso, que aun hoy conserva el nombre de Marsias, cuyas aguas son mas transparentes que las de los otros rios de la Frigia.

La relacion de estas antiguas historias renovó la memoria de lo que acababa de suceder. Todos lloraron la desgracia de Anfion y de sus hijos; al

paso que les indignó el orgullo de Niobe. Solo Pelope, su hermano, la tributó algunas lágrimas; y en el exceso de su dolor rasgó sus vestidos, y manifestó su hombro izquierdo de marfil. No habia nacido con él, sino que era de la misma naturaleza que el derecho quando nació; pero habiéndole degollado su padre para servírsele á los Dioses en una cena, estos recogieron cuidadosamente todos los miembros para reunirlos, y como no hallaron el hombro izquierdo, pusieron en su lugar uno de marfil, y así volvió á vivir todo entero Pelope.

Todos los magnates de las provincias vecinas tomaron parte en la afliccion de Pelope, y todas las ciudades de la Grecia persuadieron á sus Reyes á visitarle en persona. Argos, Esparta, Micenas, engrandecida por Pelope, y Calidonia, que aun no se habia grangeado la indignacion de Diana; la feraz Orcomeno, Corinto, célebre por su metal precioso; la invencible Mesene, Cleone, Pilos, Trecene; en una palabra, todas las ciudades que encierra el istmo de Corinto bañado de dos mares, y las que estan situadas por la parte de afuera, le enviaron diputados.

* * *

Notas

1. Fue un Sátiro, que, engreido con su destreza en tocar la flauta, desafió á Apolo; este le venció, y en castigo le desolló vivo, y de él salió tanta sangre y humor que se formó el rio llamado Marsias en Frigia.

2. Discípulo de Marsias.

Filomela confiada á Tereo

¿Qué podria añadir á este oficio de piedad? Solo tú faltaste á este deber, Atenas, porque la guerra en que te hallabas entonces empeñada no te dexó cumplir como debias. Una flota de bárbaros que te tenia bloqueada amenazaba apoderarse de tus muros. Tereo, Rey de Tracia, que vino á socorrerla, arrojó á los enemigos, y grangeó con este triunfo mucha gloria. Pandion, Rey de Atenas, llevado del poder de este Príncipe, de sus riquezas y de la nobleza de su prosapia, que traia su orígen del Dios Marte, le dió en casamiento á su hija Progne. No asistieron á este enlace Juno[1] ni Himeneo, ni presidieron las Gracias al lecho nupcial; solo las Furias le alumbraron con sus fúnebres hachas; ellas solas cuidaron de prepararlo. Un buho se colocó sobre el aposento en que debian descansar los dos esposos, y su himeneo se executó baxo los funestos presagios de esta ave, que asistió igualmente al nacimiento de su primer hijo. Sin embargo, en toda la Tracia se celebró con regocijos públicos este casamiento: todos rindieron gracias á los Dioses; y aun establecieron que el dia de la union de Tereo y Progne, y el del nacimiento de su hijo Itis, fuesen festivos en lo sucesivo. Hasta este grado se oculta á los hombres lo que les tiene cuenta. Habia ya cinco años que Progne se hallaba unida á Tereo, quando con halago le habló en estos

términos: „Si me amas, no me niegues el permiso de ir á visitar á mi hermana, ó al menos permite que venga á tu corte. Si quieres ir tú mismo á buscarla, podrás asegurar á mi padre que no estará privado de ella mucho tiempo; y cree que no podrás darme mayor satisfaccion que la de proporcionarme estrecharla entre mis brazos." Tereo manda al instante preparar algunas naves; se embarca, y arriba felizmente al puerto de Pireo.[2] Despues de saludar á su suegro, y cumplimentarse mutuamente, le cuenta la causa de su viage, y el deseo que la Reyna su esposa tenia de ver á su hermana, prometiendo volvérsela dentro de poco tiempo; pero ya el discurso se interrumpió con un desagradable presagio. Filomela entra en la sala suntuosamente vestida; pero su hermosura excedia al esplendor de su magnífico adorno. En su modo de andar, y en el ayre de magestad que se dexaba ver en toda su persona, hubiera podido pasar fácilmente por una Náyade ó Driada,[3] si estas divinidades campestres estuvieran tan magníficamente vestidas como ella. Con tanta prontitud se abrasó Tereo con la vista de Filomela, como se suelen abrasar las secas aristas, si alguno les aplica fuego, ó con la rapidez que arde la yerba estando seca. Á la verdad era bastante hermosa esta Princesa para inspirar una pasion vehemente; pero el temperamento del Rey, y la inclinacion de la gente de Tracia al amor, acrecentaron de tal modo su violencia, que desde aquel instante no puso término á sus deseos. Pensó luego sobornar las guardas que la acompañaban, y la fidelidad de su aya. Resuelto á sacrificar todas las riquezas de su reyno para hacer sensible á Filomela, formó el designio de solicitar á ella misma con grandes dones; y quando nada de esto alcanzase, robarla y defenderla despues con la fuerza de sus armas.[4] Á todo se atreve ya un hombre tan loco de amor como él estaba, y su pecho no puede

ocultar mas tiempo el fuego que le devora: ya no puede sufrir ninguna dilacion, y apresura la partida de la Princesa, pretextando el placer que recibiria Progne al verla. Hacíale eloqüente su pasion; y aun quando pareciese mas importuno que debiera, se justificaba con decir que seguia las intenciones de la Reyna. Aun algunas veces derramaba lágrimas, como si realmente las vertiese por órden de su esposa. ¡Ó soberanos Dioses! ¡Cómo se envuelven en densas tinieblas los mortales! Tereo medita un horroroso crímen, y se le mira como á un hombre que obra solo por respeto hácia su esposa, y aun se le elogia en su mismo delito.[5] ¿Y qué diremos al ver igual deseo en Filomela? Ella se arroja al cuello de su padre, y le pide hasta por su salud, y contra la suya propia,[6] la dexe ir á ver á su amada hermana. Las inocentes caricias que hace á su padre, los besos que le da, avivan la pasion de Tereo, y la alimentan. Quando la ve abrazada á Pandion quisiera ser este venturoso padre; pero aun no seria mas piadoso.

Cede en fin el Rey á las súplicas de ambos; y Filomela en medio de su júbilo le da las gracias, y mira como una felicidad para sí y su hermana lo que tan funesto habia de ser para entrambas. Se acercaba el sol á su ocaso, y sus caballos hollaban ya cuesta abaxo al Olimpo,[7] quando se sirvió un banquete espléndido de manjares y de delicados vinos, que bebieron en vasos de oro,[8] y concluido el convite se retiraron todos á gozar del delicioso sueño. El Rey de Tracia, aunque apartado de la Princesa, siente toda la violencia de su pasion. Filomela está siempre en su memoria; y no se apartan de su imaginacion ni sus ojos, ni sus manos, ni los demas atractivos. Esta le representa mil bellezas que no ha visto, y acrecienta el fuego que le devora; en fin, el desórden en que se halla no permite que sus ojos se entreguen al apacible sueño. Habia ya llegado el dia quando

Pandion, abrazando á su yerno, y con los ojos cubiertos de lágrimas, le dixo: „Puesto que mis dos hijas han deseado tanto este viage, y que tú tambien parece que lo deseas, yo te confio á mi hija, y mas quando lo exîge un motivo tan justo como es el amor de las dos hermanas: en nombre de los Dioses te ruego que la cuides con paternal cariño; por nuestra alianza y amistad que me restituyas quanto antes este dulce alivio de mi vejez. ¡Ah! qualquiera tardanza será larga para mí. Y tú, hija mia, luego que hayas estado algunos dias con tu hermana, no dexes de volver, si es que conservas algun amor á un padre que tiernamente te ama; bástame el verme privado de tu hermana." Durante este discurso Pandion abrazaba á su hija, y bañaba su rostro con sus lágrimas. Y despues que pidió la mano á Filomela y á Tereo en testimonio de la fe que debian darle, les dexó partir, rogándoles saludaran de su parte á Progne y á su nieto. En fin, por un oculto presentimiento de quan funesto habia de ser aquel viage, no pudo pronunciar el último á Dios sino con muchos suspiros y sollozos.

* * *

Notas

1. Describe este casamiento en la clase de los que llamaban Inauspicatos y Ominosos, al qual no asistieron la Juno *pronuba* ni el Himeneo, que eran los que hacian felices los enlaces, y tales resultas tuvo.

2. Puerto de Atenas.

3. Driadas eran las Ninfas de los bosques y de las selvas, Amadriadas las de los árboles, y Náyades las de los mares, fuentes y rios.

4. Este es el último medio, al mismo que recurrió Paris para robar á Elena, y dar causa á la famosa guerra de Troya.

5. Regularmente los que meditan alguna maldad ponen mucho cuidado en ocultarla y

rebozarla baxo las apariencias y pretextos de la virtud.

6. Por la traycion de Tereo.

7. Aquí se entiende esta voz no por el monte Olimpo sino por el orbe de la carrera del sol.

8. Eran los Gentilicios, en que bebieron los mayores como queda ya notado.

Fábula V

TEREO VIOLA Á FILOMELA.

Luego que Filomela entró en la pintada nave,[1] y esta en alta mar: „Ya he vencido, clama Tereo; conmigo traygo el objeto de mi ternura." Triunfa el bárbaro; y no cabiéndole ya el gozo en su pecho, no aparta los ojos de su querida, semejante al ave de Júpiter[2] que devora con sus miradas á la tímida liebre que ha llevado á su nido entre las garras. Quando llegaron á las costas de Tracia, y hubieron desembarcado, Tereo conduxo á la Princesa á un viejo castillo situado en lo interior de unos bosques. Allí fue donde la desdichada Filomela, pálida y trémula, preguntando por su hermana, desechos sus ojos en llanto, y temiendo todas las cosas en un sitio tan silvestre, fue encerrada por el tirano, quien la descubrió entonces su exêcrable intento, y triunfó de ella con violencia, como de una muger sola y sin auxîlio.

En vano implora el favor de su padre y hermana; en vano llama á los supremos Dioses. Despues de tan sensible afrenta, queda pasmada, trémula é inmóvil, así como la tímida oveja, que herida por un viejo lobo, aunque se vea desasida de su boca, le parece que aun no está segura; ó como la débil paloma, que viendo sus plumas salpicadas de su sangre, teme aun las

crueles uñas que la habian preso. Vuelta ya en sí, se entrega á los transportes del mas cruel despecho: se arranca los cabellos, se hiere el pecho, y prorumpiendo en un torrente de lágrimas: „¿Qué has hecho, bárbaro? exclama, levantando al cielo las manos. ¿Qué exêcrable crímen has cometido, cruel? ¡Qué! ¿no pudieron ablandarte ni las lágrimas de mi padre, ni sus ruegos, ni el interes de mi hermana, ni los respetables derechos del matrimonio, ni la inocencia de una doncella que te fue confiada? Todo, todo lo has atropellado. Yo me he hecho adúltera contra mi desgraciada hermana, y tú marido de entrambas. No merecia yo tan cruel tratamiento. ¿Por qué no llevas al cabo tus maldades? ¿Por qué ¡ó pérfido! no me quitas esta vida, para que no falte ningun delito? ¡Oxalá lo hubieras hecho antes de cometer tan detestable crímen! Así á lo menos tuviera el consuelo de baxar inocente á la mansion de las sombras.

„Mas si los Dioses han visto una accion tan perversa; si supone algo su poderío; si no feneció todo conmigo, yo espero vengarme de tu atrevimiento. Yo misma publicaré tu delito aun á costa de mi pudor. Si llego á verme libre, toda la tierra lo oirá de mi boca; y si quedo encerrada en medio de este bosque, haré resonar los árboles y rocas con mis gritos y quejas. Á lo menos el cielo y los Dioses, si hay alguno que lo habite, me oirán y vengarán." Estas voces encendieron la cólera del tirano; el cobarde temió los efectos de las amenazas de Filomela, y estimulado de una y otra causa, asiendo por los cabellos á la desdichada Princesa, la ató los brazos atras, y desenvainó la espada de que iba ceñido.

Á su vista concibió Filomela la esperanza de su muerte, y le presentó su hermosísima garganta: mas quando invocaba el socorro de su padre, y se esforzaba á gritar, el bárbaro la sacó la lengua con unas tenazas, y se la cortó

á raiz con el afilado acero. Al caer su lengua en el suelo, parecia que aun murmuraba y se quejaba; y como salta la cola de una culebra, que ha sido separada del resto del cuerpo, así palpitaba y hacia varios movimientos, qual si buscara los vestigios de su señora. Se dice (cosa que parece increible) que despues de una accion tan bárbara, sació aun este monstruo muchas veces su pasion en el estropeado cuerpo.

Despues de tantos delitos, tuvo la osadía de presentarse á su esposa, quien luego que le vió pregunta por su hermana; pero el pérfido, exhalando fingidos suspiros, la dice que habia muerto, y las lágrimas que con arte derramaba autorizaron su impostura. Progne, rasgando entonces los vestidos magníficos con que estaba adornada, y desnudándose de ellos, se vistió de luto, erigió un cenotafio,[3] y tributó á su hermana, aun no difunta, todos los sufragios debidos á los manes. La lloró; pero ¡ah! sus lágrimas debian correr por una causa mas digna de llanto que la misma muerte.

* * *

Notas

1. Era costumbre antigua el pintar en las proas de las naves algunas figuras de los Dioses ó de animales, y de esta circunstancia provino el denominarse cada nave de la figura que tenia pintada, llamándose una Juno, otra Júpiter, otra el Delfin, otra el Centauro &c., observancia que ha llegado hasta nuestros dias.

2. Es el águila, como de Juno el pavo, de Minerva la lechuza, de Venus el cisne y las palomas &c.

3. Era un edificio fúnebre erigido á la memoria de algun difunto; en suma era un sepulcro sin cadáver.

Filomela noticia á su hermana el delito de Tereo

Habíase ya pasado un año sin que Filomela hallara medio de noticiar á su hermana su desgracia. La era imposible burlar la vigilancia de sus guardias; los muros de su prision eran demasiado eminentes para poder esperar salir de ella: no tenia lengua con que explicarse; pero el dolor es ingenioso, y proporciona mil arbitrios al desgraciado. Filomela trazó en una tela clara la historia de su desgracia, y por la mezcla de los hilos encarnados con los blancos, dió á conocer á Progne el atentado de Tereo, y el estado á que la habia reducido. Luego que acabó la obra se la entregó á uno de sus guardias, rogándole por señas que se la entregara á la Reyna. Este, sin penetrar el designio de Filomela, la llevó á Progne, consorte del cruel tirano: desenvuélvela esta, y lee en ella la deplorable historia de su hermana. Este triste descubrimiento la reduxo (cosa extraña en una muger) á un profundo silencio. El sentimiento la impidió la articulacion; é intentando prorumpir en exêcraciones contra su marido, la faltaban palabras con que hacerlo. En lugar de entregarse á un llanto desmesurado, solo piensa en su venganza.

* * *

Fábula VI

FILOMELA SALE DE LA PRISION.

Celebraban por entonces las mugeres de Tracia en honor de Baco las fiestas que se renovaban cada tres años.[1] Habiendo llegado la noche consagrada á estos misterios, y quando el monte Rodope resonaba con el estrépito de los tambores é instrumentos de metal, salió la Reyna de su palacio con los adornos mismos de las demas Bacantes, coronada de pámpanos: llevaba sobre el hombro izquierdo una piel de pantera, y el ligero tirso en la mano. Rodeada de una multitud de compañeras, corria por medio de las selvas, causando espanto, y agitada de todo el furor que inspira la ira; en una palabra, imitaba fielmente, Baco, á tus sequaces. En fin, habiendo llegado al desviado castillo en que Filomela estaba encerrada, llena el ayre con sus gritos; y despues de haber hecho resonar por todas partes el misterioso nombre de Evoe,[2] hace pedazos las puertas, saca á su hermana de aquel funesto lugar; la viste de Bacante, y cubriéndola el rostro con hojas de yedra, la lleva atónita al palacio de su marido.

Al entrar Filomela en un sitio en que se hallaba su mas cruel enemigo, empezó á horrorizarse, cubriéndose su rostro de la mas triste palidez. Su hermana la conduxo á un aposento; la despoja del vestido de Bacante; la

quita la corona[3] que le cubria el rostro, y la abraza con todas las muestras de la mas tierna amistad. Triste y trémula la desdichada hija de Pandion no se atreve á mirar á su hermana, considerándose adúltera de ella; y sin atreverse á levantar los ojos quiere jurar y poner á los Dioses por testigos del caso y violencia que el pérfido cuñado le habia hecho, sirviéndola de intérpretes sus manos. No cabe ya la ira en el corazon de Progne, y conteniendo las lágrimas de su hermana: „No es tiempo, la dice, de lágrimas sino de venganza: el hierro, y si hay aun algun instrumento mas terrible, es lo que debemos emplear. Sí, querida hermana, á toda maldad estoy dispuesta. Ó el fuego que pondré al palacio abrasará al pérfido Tereo, ó le arrancaré la lengua, los ojos, y en fin quanto sirvió á su crímen, ó le abriré puerta á su alma perjura por mil heridas. Ignoro aun qual de estos dos partidos elegirá mi furor; pero estoy á todo dispuesta."

* * *

Notas

1. Eran las que se llamaban Trietéridas ó Tritéricas, por celebrarse de tres en tres años.

2. Invocacion de Baco segun antes queda anotado.

3. Era la de pámpanos que llevaban las Bacantes en las orgias ó fiestas de Baco.

Fábula VII

ITIS SERVIDO Á SU PADRE TEREO EN UN BANQUETE.

Hallándose de este modo dudosa Progne, ve llegar á su hijo Itis, y su vista la hace decidir de pronto.[1] „¡Desgraciado, le dice, mirándole con sañudos ojos, quan parecido eres á tu padre!" Y sin decir mas palabra, medita el desastrado y trágico castigo que ha de dar á su hijo, estimulándola la rabia y desesperacion á executarlo quanto antes. No obstante, luego que el tierno Príncipe llega, saluda á su madre, se abalanza á su cuello, la besa y hace mil caricias: se enternece Progne, calma su cólera, y no puede menos de verter algunas lágrimas. Pero advirtiendo que se enternecia, aparta los ojos de su hijo, y se vuelve á contemplar en su hermana; y mirando despues á ambos alternativamente: „¿Por qué, decia, este niño me ha de mover con halagos, y mi hermana ha de callar por faltarle la lengua? ¿Por qué aquella no llama hermana á la que este llama madre? Mas considera, hija de Pandion, el marido que tienes, y no podrás amarle sin hacerte delinqüente. En fin, sin detenerse arrebata á Itis qual una tigre que conduce por los sombrios bosques á un cervatillo para devorarle, y le lleva al sitio mas retirado del palacio. Allí esta madre cruel, insensible á las caricias de su hijo, que, como si previese el riesgo, la tendia los brazos, y clamaba muchas veces

¡ó madre! ¡ó querida madre! le clavó un puñal en su pecho, sin apartar siquiera un momento los ojos de tan horroroso espectáculo. Aunque esta sola herida bastaba á quitar la vida al jóven príncipe, no obstante, Filomela le degüella, y despedaza los miembros aun palpitantes, los que recogieron estas dos furias, é hicieron cocer una parte de ellos, y asar la otra, quedando lo interior de palacio bañado de sangre.

Progne mandó avisar despues á Tereo que el banquete estaba dispuesto; y suponiendo que era costumbre de su pais, que durante las fiestas de Baco el marido comiese solo con su muger, mandó retirar á los amigos y criados. Luego que Tereo se sentó en el excelso solio de sus mayores, tomó del detestable manjar que le habian preparado, alimentándose así de su propia sangre y substancia. ¡Tan ignorante está del caso! Un momento despues mandó que le llevaran allí á su hijo, y gozosa la cruel Progne de tener la ocasion de anunciarle ella misma el crímen que acababa de cometer: „Dentro tienes lo que buscas, le dixo con una alegría que ya no podia disimular." Tereo vuelve á un lado y á otro la cabeza por ver dónde estaba su caro hijo, y al tiempo de llamarle, entra Filomela conforme estaba, esparcidos los cabellos y toda ensangrentada, y dió á Tereo en el rostro con la cabeza de Itis. Nunca deseó tanto poder hablar como en esta ocasion por expresar al tirano toda la satisfaccion que tenia de haberse así vengado. Á la vista de tan horroroso espectáculo, Tereo da un espantoso grito, derriba la mesa, é invoca en su socorro á todas las Furias del Averno. Quisiera poder abrirse el vientre para arrojar el cruel manjar que acababa de comer; vierte un torrente de lágrimas, y en el exceso de su dolor ya repite muchas veces que habia sido el triste sepulcro de su hijo; ya despues con la espada en mano busca á Progne y Filomela, pero ya se

habian retirado, y huian con tanta ligereza que qualquiera creeria que sus cuerpos tenian alas. En efecto las tenian. Filomela, convertida en ruiseñor, voló á los bosques, y Progne, en golondrina, se fue al techo del palacio. Sus plumas teñidas de un color que se asemeja á la sangre, conservan aun las señales de su crueldad.[2] Tereo, en el exceso del mas vivo dolor, y deseando con ansia poder vengarse, fue tambien convertido en ave. Su cabeza apareció con una cresta que tenia la forma de un casco, y su boca se mudó en un pico semejante á un dardo. Se llama Abubilla,[3] y parece que está siempre armada. La nueva de esta deplorable tragedia, habiendo llegado poco tiempo despues á Atenas, causó tanto sentimiento á Pandion, que murió de la pena antes de sus dias señalados y de los últimos tiempos de su larga vejez. Ericteo su hijo heredó el Reyno; ilustre por sus virtudes, no es fácil decidir si el amor de la justicia excedia á su valor, ó el valor al amor de la justicia. Tenia este Príncipe quatro hijos y otras tantas hijas; pero dos de ellas eran de igual hermosura.

* * *

Notas

1. Porque determinó matarle, y dársele á comer á su padre.

2. Son las plumas encarnadas que tiene la golondrina en su garganta.

3. Esta ave en su canto repite *ubi, ubi*, como preguntando donde estaba su hijo Itis.

Fábula VIII

ORITIA ARREBATADA POR BOREAS.

Céfalo, hijo de Eolo, casó con la una llamada Procris; y Oritia, su hermana, fue largo tiempo el objeto de ternura de Boreas.[1] La Tracia, donde reynaba, y la memoria de Tereo eran impedimento para su enlace; mas este Dios[2] persiste en sus ruegos, queriendo mas usar de rendimientos que de la fuerza. Pero viendo en fin que nada adelantaba con las persuasiones, se dexó arrebatar de su furia, que es natural y muy comun á tal viento, y dixo: „Con razon se me desprecia. ¿Por qué pues he abandonado mis armas, la crueldad y violencia, mi ira y ánimo amenazador, y he echado mano de ruegos é indignos suspiros? ¿Son pues estas las armas que deben asegurarme la victoria? No, nada me está mejor que el furor y la fuerza, con la qual arrollo las nubes: con violencia disipo las nieblas, agito los mares, derribo los robustos robles, quajo la nieve, y congelo el granizo.[3] Quando yo encuentro en el ayre, que es mi verdadero campo de batalla, los demas vientos, mis hermanos, lucho con ellos con tanto ímpetu, que todo el cielo se estremece, y chocando las nubes unas con otras, despiden el horroroso trueno, y lanzan los fogosos rayos que atemorizan á todo el orbe. Quando puedo introducirme en las

concavidades de la tierra, hago estremecer á los infiernos, y lleno de temblor á todo el universo. De esta suerte debí pedir á Oritia en casamiento; y Ericteo seria mi suegro por fuerza, ya que no quiere rendirse á ruegos."

Despues que Boreas dixo estas ó semejantes palabras, sacudió sus alas,[4] con cuyo movimiento se conmovió toda la tierra, y se encrespó el dilatado mar: habiéndose cubierto despues de una nube obscura, y barrido la tierra, levanta por todas partes densas polvaredas, y arrebata á Oritia entre sus brazos. La violencia del movimiento con que la llevaba acrecentó su amor; y voló sin descansar hasta Tracia, su Reyno. Oritia, hecha Reyna ya de aquellos helados climas, parió dos gemelos, que en todo se hubieran parecido á la madre á no tener alas como el padre. No obstante, dicen que no nacieron con ellas, sino que les salieron en su adolescencia. Algun tiempo despues Cetes y Calais (así se llamaban estos dos Príncipes) siguieron la carrera de las armas, y embarcándose en la nave de los Argonautas, que fue la primera que se atrevió á surcar los mares, acompañaron á Jason á la conquista del famoso vellon de oro.

* * *

Notas

1. Es un viento que sopla de la parte del Septentrion.

2. El viento Boreas.

3. Describe con elegancia los efectos y estragos que causa el viento Boreas.

4. Pintaban con ellas á los vientos para denotar su ligereza y velocidad.

Tomo II · Libro séptimo

Libro séptimo

ARGUMENTO.

Despues que Jason volvió con Medea á su patria, esta reduxo á Eson á su juventud. Prometiendo que haria lo mismo con Pelias, ensayándose en un carnero, le quitó la vida con engaños. Pasando de allí por varios lugares, y executando diversas transformaciones, se casó con Egeo, despues de haber muerto á sus hijos. Minos movió guerra contra este; junta tropas de todas partes, como asimismo de Paros. Á esta la habia vendido Arnéa, por lo que fue convertida en graja. Eaco se declaró en favor de Egeo, y le envió por auxîliares á sus Mirmidones, que habian nacido de las hormigas, con su capitan Céfalo; el qual antes disfrazado habia solicitado á su muger al adulterio, y habia visto á su perro con una zorra convertidos en peñascos.

* * *

Fábula primera

JASON Y MEDEA.

Ya la nave Argos[1] habia conducido á los de Tesalia por diferentes mares; ya habian visto á Finéo,[2] aquel Príncipe desgraciado, pasando una postrada y triste vejez despues de haber perdido la vista; ya los hijos de Boreas habian ahuyentado á las Harpías,[3] que con tanta crueldad atormentaban al viejo; quando en fin, despues de haber padecido muchos trabajos en todo el discurso del viage, llegaron estos héroes con su caudillo Jason á las orillas del Faso.[4] Luego que desembarcaron se presentan al Rey, y le piden el vellocino de oro[5] en que Frixo habia sido conducido á la Cólquide.

Este Príncipe, con la idea de desanimarlos y echarlos de sí, les dixo lo que debian hacer para adquirir aquel rico depósito, y les hizo ver todos los riesgos á que debian exponerse. Entre tanto, Medea, su hija, se enamora de Jason. Y despues de luchar por mucho tiempo sin poder vencer con reflexîones la inclinacion que la arrastraba: „En vano, se dixo, te resistes, Medea; algun Dios se opone á tu tranquilidad; los ocultos movimientos que agitan tu corazon te son desconocidos; pero si no me engañó, esto es lo que llaman amor, ó se parece mucho á ello. Pues á no ser así, ¿cómo me habian de parecer demasiado duras las leyes que mi padre ha impuesto á

este héroe? Ellas lo son en efecto. ¿Por qué temo tanto su muerte? ¿Por qué me alarma el riesgo que corre este extrangero? ¿Quál puede ser la causa de un temor tan excesivo? ¡Infeliz! apaga si puedes el fuego que has concebido en tu corazon virginal. ¡Ah! si yo pudiera seria mucho mas sabia. Pero una nueva violencia me arrebata aun contra mi voluntad; el amor me aconseja una cosa, y el entendimiento me persuade otra. Veo lo mejor; lo apruebo, y sin embargo me dexo arrastrar de lo mas malo. Insensata ¡quál es tu ceguedad! ¿Una Princesa de tu clase debe amar así á un extrangero? ¿Estoy yo destinada á seguir un marido á desconocidos paises? ¿No hallaré, pues, en el Reyno de mi padre otro amante digno de mi afecto? De cuenta de los Dioses está su vida ó muerte: viva en efecto; á lo menos bien puedo pedirles por su vida sin amarle. ¿Qué delito ha cometido para verse expuesto á tantos riesgos? ¿Á quién, sino es una fiera, no inclinará su juventud, nobleza y gallardía? Y quando le faltara todo esto, ¿quién no se moveria al ver el ayre noble y gracioso que brilla en su persona? ¡Ah! yo me siento demasiado interesada por él.

„Sin mi auxîlio, ó será devorado por las llamas que vomitan los toros, contra quienes debe pelear, ó vencido por el número de los enemigos que han de nacer de los dientes de la serpiente que le obligarán á sembrar, despues que triunfe de ella; ó en fin será presa de aquel horrible dragon que guarda el vellocino de oro. Si yo llego á mirar tal espectáculo, ¿no me persuadiré, ó que he nacido de una tigre, ó que tengo el corazon mas duro que un bronce y que las rocas? ¿Por qué, pues, no me resuelvo á verle morir, y á hacer á mis ojos cómplices de su muerte? ¿Por qué, pues, no enciendo fuego para que muera abrasado, ó por qué no animo contra él los toros, los soldados que salgan de la tierra, y al vigilante dragon? No ¡justos

Dioses! permitid que logre cosas mas lisonjeras. Pero yo no debo desearlas, puesto que puedo hacerlas.[6] ¿Mas le he de entregar el reyno de mi padre por salvar á un desconocido, que viéndose libre tal vez me abandonará, se embarcará sin llevarme consigo, é irá á entregar á otra su corazon y mano, quedando yo en un continuo tormento? ¡Ah! perezca Jason, puesto que puede cometer esta ingratitud posponiéndome á otra. Pero no demuestra tal cosa su rostro, ni la nobleza de su ánimo, ni la gracia de su belleza: no, no tengo que temer engaño ni olvido de mis beneficios: la generosidad es inseparable de las almas como la suya. Ademas yo quiero que antes comprometa su palabra, y le haré que jure por los Dioses: y en tal caso ¿qué temor tendré con tal seguridad? Vamos pues sin mas tardanza á socorrerle. Jason, que se reconocerá deudor mio, se unirá á mí con solemne matrimonio: sí, serás celebrada y aplaudida del pueblo por todas las ciudades de la Grecia, que te mirarán como á su libertadora. ¿Pero he de abandonar á mi hermana, hermano, padre, Dioses y patria? Y ¿qué he de hacer? quando mi padre es un cruel, mi hermano[7] aun niño, la tierra bárbara; y por lo que toca á mi hermana[8] obro segun sus deseos. Algun grande Dios está dentro de mí; lo que voy á dexar no es tan grande ni interesante como lo que determino seguir, que es la gloria de haber librado la juventud griega, mejorar de Reyno y de Corte, trocando la mia por otra, en que, segun la fama, florecen la cultura y las artes, y poseeré al amable Jason, que prefiero á todos los bienes del universo: si yo soy su esposa, mi felicidad igualará á la de los Dioses. No ignoro los riesgos que se corren en el mar; sé que se encuentran escollos; que la cruel Caribdis vuelve á vomitar las olas que ha sorbido; que Escila con sus perros ladradores de un modo horrible causa terror y espanto en el mar de Sicilia. Pero teniendo yo lo que

amo, y asida á los brazos de Jason, atravesaré sin miedo los vastos mares; y si temiere algo, serán solo los peligros de mi esposo. ¡Infeliz! ¿con qué le llamas tu esposo? ¿con que cubres tus delitos con el nombre sagrado de Himeneo? Considera antes el horrible crímen que meditas, y evítale mientras puedas."

Quando Medea acabó de hacer todas estas reflexîones, el pudor, la razon y la piedad se presentaron ante su agitado espíritu, y ya salia desarmado el amor. Su pasion ya no tenia la misma violencia, y se sentia animada de un valor y fuerza que no conocia un momento antes: quando habiendo salido á ofrecer un sacrificio á la Diosa Hecate,[9] cuyo templo estaba en la espesura de un opaco bosque, tuvo la desgracia de encontrar á Jason. Como una chispa casi apagada en la ceniza se enciende al menor soplo, y se hace capaz de ocasionar los mayores incendios, el amor de Medea, á quien sus reflexîones habian debilitado, volvió á tomar nueva fuerza á la vista del jóven héroe; y por fortuna, puede decirse que nunca estuvo mas hermoso que aquel dia, y aun se podria disculpar la pasion que le tenia. Luego que le descubrió, le mira con tanta atencion, teniendo clavados en él los ojos, como si fuera la primera vez que lo veia: tan ciega estaba, que le parecia divino su semblante, y no se apartaba de él un punto. Despues que la habla el extrangero, le alarga la mano, é implora rendido su auxîlio prometiéndola ser su esposo. „Bien sé, le respondió la Princesa, derramando algunas lágrimas, el partido que debiera tomar; pero si falto á mi deber, no es porque ignore sus rigurosas leyes: el amor solo puede servirme de disculpa: serás libre con mi ayuda; mas no te olvides de tus promesas." „Sí, la dixo Jason, yo te prometo una eterna fidelidad: juro por Diana, á quien reverencian en este pais: por el sol, de quien desciendes:[10]

por este Dios que nos ve, y que alumbra el universo; y por los riesgos de que me libertas, que nada será capaz de separarme de tí." Asegurada Medea por los juramentos de Jason, le dió al momento algunas yerbas encantadas, enseñándole el uso que habia de hacer de ellas, con lo que se retiró contento á su casa.

* * *

Notas

1. Fue la primera nave que surcó los mares: el piloto que la dirigia se llamaba Tifis, y los que la montaron con Jason para la expedicion de la conquista del vellocino de oro, se llamaron de ella Argonautas, que quiere decir los que navegaban en la nave Argos.

2. Es diverso del otro Finéo que en las bodas movió el tumulto contra Perséo; fue Rey de Tracia, hijo de Agenor, y por la atrocidad de haber hecho sacar los ojos á sus hijos, le cegó Boreas, y á esto aluden las expresiones de que pasaba una triste vejez.

3. Eran unos monstruos con rostro de muger, orejas de oso, cuerpo y alas de buytre con garras en las manos y pies, y que con un continuo fluxo del vientre lo ensuciaban todo, y robaban los manjares de las mesas: eran tres, y se llamaban Aello, Ocipete y Celeno, á las quales Cetes y Calais, hijos de Boreas, ahuyentaron de la casa y mesa de su cuñado Finéo.

4. Rio de la Cólquide, en el qual fue transformado por Tetis un Príncipe de este nombre.

5. Era la piel de un carnero, en el qual los dos hermanos Heles y Frixo, huyendo de la muerte que les preparaba Creteo, fueron arrebatados por los ayres, y atravesaron la parte ó estrecho del mar que se llama el Helesponto, de Heles, que turbada con el ímpetu de las olas no se pudo sostener en el carnero; cayó en el mar y se ahogó. Frixo, su hermano, arribó á la Cólquide, donde sacrificó á Júpiter el carnero, y colgó en un árbol el vellon de oro, que fue objeto y causa de la expedicion de Jason.

6. Por la eficacia de sus encantos.

7. Llamábase Absirto.

8. Se llamaba Chalciope, que estaba declarada por Jason por la conexîon de estar casada con

Trixo, cuyos hijos recibieron auxîlios y otros miramientos de Jason.

9. Deidad, á quien invocaban en los encantos, y que era la misma que Proserpina con el renombre de Hecate, y no solamente la invocaban para los encantos, sino tambien á las Furias, á las Parcas, y á otras deidades del Erebo.

10. Era hija de Eeta, que lo fue del Sol y de Persa, y reynó en Colcos.

Jason roba el vellocino de oro

En el dia siguiente, quando la roxa aurora hacia retirar á las estrellas, concurria el pueblo en gran tropel al campo de Marte, colocándose sobre las eminencias y colinas que le cercaban. Sentóse en medio de la asamblea el Rey vestido de púrpura, y con el brillante cetro de marfil en la mano. Luego que se colocaron todos, sacan los toros con pies de metal, echando fuego por las narices diamantinas, con el que hacian arder las yerbas de alrededor. El fuego salia de sus narices con un ruido semejante al de un horno encendido, ó de la cal quando se la echa agua. Jason sin embargo se presenta ante estos brutos. Los toros que le ven acercarse, le presentan sus cuernos calzados de hierro, le miran con furor, escarban la tierra con sus pies hendidos, llenan el ayre de polvo y humo, y le hacen resonar con sus espantosos bramidos. Los Argonautas se pasman de miedo; pero el intrépido Jason embiste á los dos monstruos sin sentir el fuego que respiraban: tal era el poder de los encantos de Medea. Este heroyco jóven, despues de halagarlos algun tiempo con la mano, los amansó de tal modo, que les obligó á llevar el yugo, y á arar un campo que jamas se habia cultivado. Llénase de pasmo todo el concurso, y los Argonautas animaban á su caudillo con sus vítores repetidos.

Arado ya el campo, Jason tomó en un morrion los viperinos dientes, y los sembró en los surcos. Como antes habia tenido cuidado de untarlos con las yerbas encantadas que Medea le habia dado, se ablandaron en poco tiempo, y de ellos nacieron y crecieron nuevos cuerpos. Pero así como el infante no sale del útero materno hasta que está formado, y con la debida perfeccion en todos sus miembros, así aquellos hijos de la tierra no aparecieron hasta ser hombres perfectos; y lo que es mas de admirar, salieron enteramente armados. Los capitanes griegos, que vieron que enristraban las lanzas contra Jason, se asustaron en extremo; y aun la misma Medea, que le habia asegurado de este ataque, se amedrentó á la vista de tantos enemigos que combatian contra uno solo; una palidez mortal apareció en su rostro, y la sangre se heló en sus venas. Como temia que los encantos que habia empleado para sacarle de aquel riesgo no fuesen bastante poderosos, pronunció algunas palabras mágicas, y se valió de todos los secretos de su arte. Entre tanto Jason, arrojando una pesada piedra en medio de los enemigos, se vuelven inmediatamente unos contra otros; y estos hijos de la tierra caen heridos mutuamente, y mueren en una guerra social. Los Griegos al punto dan el parabien á su caudillo, y no se cansan de abrazarle. Bien hubieras querido, Medea, ostentar con iguales caricias el gozo que te causaba una victoria tan inesperada, pero te detienen el pudor y la modestia; y le hubieras abrazado, á no perder tu opinion; pero bien siente tu corazon esta alegría, dando gracias á tus encantos y á los Dioses autores de ellos.

Para salir victorioso de tantos riesgos, solo le quedaba á Jason vencer al dragon que guardaba el vellocino de oro. Este monstruo, singular por la cresta que tenia en la cabeza, y por sus tres lenguas; temible por los agudos

dientes de que estaba armado, velaba noche y dia en guarda del vellocino de oro. Despues que este héroe derramó sobre él el xugo de algunas yerbas, y pronunció tres veces unas palabras que tenian la virtud de adormecer, y aun de calmar las olas irritadas, y detener los impetuosos rios en medio de su curso, el sueño se enseñoreó por la primera vez de sus ojos; y aprovechando Jason tan feliz momento, se apoderó del vellocino de oro. Soberbio con este rico despojo, y aun mas con la conquista de Medea, con cuyo socorro habia salido de tantos riesgos, se embarcó con ella, y llegó con felicidad á Yolcos.[1]

* * *

Notas

1. Ciudad de Tesalia y patria de Jason.

Fábula II

ESON REMOZADO.

Toda la Tesalia tomó parte en el suceso del viage de los Argonautas: todos dieron gracias á los Dioses por su feliz arribo; ofrecieron sacrificios; inmolaron un gran número de víctimas, cuyas astas estaban doradas, y los altares exhalaban por todas partes el olor del incienso que se quemaba en ellos. Solo Eson faltó á las fiestas que se celebraron en esta ocasion. Caduco ya, y con el pie en la sepultura, no pudo tomar parte en la alegría pública. Su hijo Jason, movido de verle en tal estado, habló á Medea en estos términos. „Yo sé, amada esposa, que me salvaste la vida, y que los beneficios que te debo exceden á lo que puede imaginarse. Con todo tengo que pedirte una nueva gracia, y es que quitando de mis años juveniles alguna parte, la transfieras á mi padre[1] siempre que puedan hacerlo tus encantos; pero ¿cómo no podrán quando nada se resiste á este arte?"

Las lágrimas que derramaba al hacerla esta súplica conmovieron á Medea, reparando en el amor del hijo para su padre, pero se acordó de Eetas[2] á quien habia abandonado, sin profesarle por eso el amor que veia en su esposo. „¿Qué maldad has proferido? ¿Crees, pues, amado esposo que puedo yo por razon alguna transferir á quien quiera una parte de tu vida?

Ni Hecate me ha dado poder para tanto, ni, aunque así fuera, sabes lo que te pides. Procuraré hacerte una gracia mayor que la que me suplicas. Voy á emplear todos mis desvelos en renovar la vida de un padre que amas, sin acortar la tuya; y espero lograrlo si la Diosa Hecate favorece mi empresa."

Tres noches faltaban para que acabase de llenar la luna; mas despues que llegó esta época, y alumbró la tierra en toda su plenitud, salió Medea de su casa sola en el profundo silencio de la media noche con un manto tendido, descalza de un pie, y con el cabello esparcido sobre los hombros, que tambien llevaba descubiertos. Reynaba en la tierra un profundo silencio: los hombres, aves y fieras gozaban de la dulzura del sueño: ningun viento agitaba las hojas ni espinales. El ayre estaba sereno y tranquilo, y solo los astros brillaban en el cielo. Medea se volvió tres veces á él tendiendo sus brazos; y habiendo rociado otras tantas sus cabellos con agua de rio, y dado tres clamores, se puso de rodillas, é hizo esta súplica.

„Ó Noche, fiel confidenta de los mas ocultos misterios: astros que suplis con la luna la luz del dia; y tú, triforme[3] Hecate, á quien confio todos mis secretos, y cuya proteccion siempre he experimentado favorable: vosotros encantos, artes mágicas; y tú, tierra, que provees á los que las ponen en uso de yerbas y plantas poderosas; vosotros, en fin, ayre, vientos, montes, rios, lagos, Dioses de los bosques y de la Noche, asistidme todos: con cuyo favor he hecho retroceder quando he querido los rios hácia su nacimiento; vosotros dais á mis encantos la virtud de calmar las agitadas olas, de mover las borrascas y tempestades, de desterrar las nubes y levantarlas, de contener la violencia impetuosa de los vientos, y afloxarles las rienda á mi arbitrio, de romper la garganta á las serpientes y víboras, de arrancar los árboles y rocas de sus asientos, de conmover los bosques y

montes; en fin de hacer bramar la tierra, y obligar á los manes á salir de sus sepulcros. Á tí tambien, ó poderosa Luna, te hago descender del cielo, á pesar del ruido con que hacen resonar el ayre por auxîliarte quando estás eclipsada. Yo pongo pálida á la Aurora y al carro inflamado del sol, de quien desciendo.

„Vosotros tambien, poderosos encantos, embotasteis la impetuosidad de las llamas que vomitaban los toros, y sujetasteis sus cuellos al corvo arado. Vosotros hicisteis que los hijos de la serpiente[4] moviesen una cruel guerra contra sí mismos, en la que perecieron con sus propias armas; y vosotros por último hicisteis que adormecido el dragon que le guardaba, robase mi esposo el Vellocino de Oro, y lo llevase victorioso á Grecia. Yo necesito ahora de algunas yerbas, con cuya virtud se pueda reanimar una cansada vejez, y espero que la tierra no me las niegue; porque no en vano resplandecen los astros con tanta claridad, ni en vano veo descender del cielo ese carro tirado por dos dragones."

Descendió en efecto un carro, en el qual subió Medea; y despues de haber halagado á los dragones que le conducian, y tomado con sus manos las riendas, se elevó sobre los ayres. Despues de haber atravesado el valle de Tempe, se detuvo en los sitios en que habia yerbas propias para sus encantos. Las cogió en el monte Osa, en el Pelion, en el Otris, en el Pindo y en el Olimpo.[5] Parte de ellas arrancaba con sus raices ya experimentadas, y de otras solo cortaba las hojas. En las riberas del Epideno y Anfriso recogió muchas que la agradaron. Tambien contribuyeron con otras el rio Enipéo, las orillas del Peneo y Esperquio, y las juncosas playas del Bebe. Cogió tambien las eficaces yerbas de Antedon, no conocidas aun, sin embargo de la transformacion de Glauco.[6] En fin, despues de haber empleado nueve

dias y otras tantas noches en recorrer en el carro todos los sitios en que se encontraban estas plantas, volvió á Yolcos. Los dragones no habian tenido en este tiempo otro alimento que el olor que exhalaban las yerbas, y no obstante se despojaron de la piel de su dilatada ancianidad. De vuelta Medea no entró en el palacio de su esposo, cuya compañía evitó; y parándose cerca de la puerta, construyó dos aras de cesped en un sitio descubierto: la de la derecha para Hecate, y la de la izquierda para Hebe, Diosa de la juventud. Las rodeó de verbena[7] y ramas de árboles; y habiendo cavado dos pequeños hoyos, cuya tierra dexó en los bordes, degolló una oveja negra, y derramó la sangre en ellos: despues de haber pronunciado algunas deprecaciones, y echado un poco de vino en uno de estos hoyos, y leche caliente en el otro, invocó los Dioses de la tierra, y tambien á Pluton y Proserpina, para que no separasen el alma de los viejos miembros de Eson.

Despues de haber aplacado á las tales Deidades con una larga y mal articulada súplica, mandó traer ante el altar á Eson, que estaba como cadáver con el peso de sus años; é infundiéndole con sus encantos un profundo sueño, con que le dexó como muerto, le tendió sobre las yerbas que habia recogido, y mandó retirar á Jason y á quantos le acompañaban, temiendo que su presencia profanase los misterios. Luego que se retiraron atónitos, empezó á correr Medea al rededor de los altares como una furiosa Bacante; mojó despues dos hachas hendidas que tenia en la mano en los hoyos que habia hecho, las encendió en la llama de los altares, y purificó al anciano Eson tres veces con fuego, tres con agua, y tres con azufre. Durante estas ceremonias hervian las yerbas, cuya virtud era la mas poderosa, en una olla de metal, que ya estaba cubierta de espuma blanca. Esta composicion estaba hecha de raices cogidas en los valles de Tesalia, de simientes, de flores

y plantas ácidas y corrosivas. Habia añadido piedras traidas de las extremidades del Oriente; arena de la que el mar dexa en la playa en su refluxo; rocío que la Luna esparce sobre las yerbas durante la noche; la carne y alas de un mochuelo; las entrañas del ambiguo lobo que se suele ver convertido en hombre; la tierna concha de una jóven tortuga del rio Cinipe; el hígado del vividor ciervo; el pico y la cabeza de una corneja que habia vivido novecientos años. Despues de haber preparado á Eson este especifico, compuesto de las drogas ya dichas y otras mil, lo meneó con una rama seca de olivo, revolviéndolo todo de arriba á baxo. Á poco tiempo se reverdeció el tal ramo brotando hojas, y cargándose de aceytunas. La espuma que la violencia del fuego arrojaba del caldero, y caia en la tierra, reverdecia la seca yerba, y hacia brotar las flores.

Viendo Medea que su medicamento se hallaba en este estado, abrió la garganta de Eson con una espada desenvaynada; y haciendo salir la sangre que contenian sus venas, las llenó por la herida y boca del licor que acababa de preparar; y al punto que se introduxo en el cuerpo del viejo, su barba y cabeza canas empezaron á ponerse negras, las arrugas desaparecieron de su rostro, recuperó la gentileza y vigor, y transportado de admiracion se encontró remozado y en el mismo estado en que hacia memoria se vió quarenta años antes.

* * *

Notas

1. Esto en realidad era hacerle mas viejo y caduco, añadiéndole á su vida los que se quitasen á la de Jason, lo qual prueba que se equivocó en lo que pedia, pues en ello no se hacia beneficio á Eson.

2. Padre de Medea.

3. La llama así por sus tres nombres de Luna, Diana y Proserpina.

4. Los que nacieron de sus dientes sembrados en la tierra.

5. Montes famosos en la fábula, y que los Gigantes pusieron unos sobre otros para hacer la guerra á Júpiter.

6. Quien de pescador fue convertido en Dios del mar por la eficacia de las tales yerbas, cuyo solo tacto le hizo saltar al mar como pez, y Neptuno le colocó en el número de sus Tritones.

7. Era rito litúrgico el enramar las aras con verbena; y así lo dió á entender Terencio en la Andria en aquel verso *Ex ara hinc sume verbena*.

Pelias degollado por sus hijas engañadas por Medea

Baco que habia visto desde el alto Olimpo tan maravilloso prodigio, enterado de que sus nodrizas podian volverse á la edad juvenil, logró este don de Medea. Y para continuar sus engaños, fingió estar mal con su esposo, y fue á pedir asilo á Pelias[1] en su palacio. Como este Príncipe se hallaba ya agoviado con los años, la recibieron las hijas, de quienes se burló Medea socolor de amistad. Para engañarlas mejor, solo les habla de la ingratitud de Jason; encarecia los beneficios que le habia hecho, refiriéndolas tambien que habia remozado á Eson. Se detuvo mucho tiempo en la relacion y circunstancias de una operacion tan maravillosa. Las hijas, que no dudaron dispensase igual favor á su padre, se lo pidieron con muchas instancias, prometiéndola una recompensa proporcionada á tan importante servicio. Quedó en silencio Medea por un corto tiempo, como que dudaba; y con una gravedad fingida dexó suspensos los ánimos de las suplicantes, pero las prometió por último executar lo que deseaban. Para que tuviesen mayor confianza de que les haria este beneficio, pidió que la traxesen el carnero mas viejo del rebaño, para hacer con él la experiencia de su remedio. Inmediatamente traen uno tan flaco y

consumido que apenas podia sostenerse. Medea le degüella, le extrae la poca sangre que circulaba por sus venas, y le pone á cocer con las yerbas que habia preparado. Al punto se le cayeron los cuernos, y se observó que iba deponiendo todas las demas señales de vejez: y aun se le oyó balar en medio del caldero como bala un tierno cordero, y un momento despues se le vió, con grande admiracion de toda la asamblea, salir, brincar, y buscar las ubres para mamar. Admiradas las hijas de Pelias de este prodigio, hicieron á Medea nuevas instancias para obligarla á aplicar á su padre el mismo remedio. Con todo tardó tres dias en satisfacerlas. La noche del quarto puso en una vasija un poco de agua con algunas yerbas de ninguna eficacia. Despues, habiendo adormecido con sus encantos al Rey y sus guardias, hizo venir á sus hijas; y luego que las tuvo al rededor de la cama las dixo: „Sin deteneros, desenvainad una espada, y sacadle toda la sangre para substituirle en su lugar otra nueva. La vida y la edad de vuestro padre está en vuestras manos; su salud depende de vosotras. Si confiais en mis promesas, si teneis algun amor á vuestro padre, no dudeis un momento en tributarle este piadoso deber. Sacadle con el cuchillo la vejez, y extraedle la sangre corrompida." Este discurso anima á las Princesas; y para ser piadosas, se hacen impías, y creyéndolo beneficio, cometen la maldad de degollar á su padre, descargando en su garganta cuchilladas á tientas, y con la cara vuelta hácia atras, porque no se atrevian á mirarlo. Pelias, aunque nadando en su sangre, y lleno de heridas su cuello, se esforzó á incorporarse y salir de la cama; y viéndose rodeado de tantos aceros: „¿Qué haceis, hijas? las dice tendiéndolas los brazos. ¿Qué ciego furor os mueve á quitar la vida á vuestro padre?" Al oir estas palabras desfallecieron su ánimo y sus manos. Iba á proseguir hablando Pelias, y Medea le cortó la voz y la garganta, y

echó su cuerpo en la caldera que estaba hirviendo.

No se hubiera librado Medea del castigo que merecia su crueldad, á no haberse escapado por los ayres en su carro tirado por los alados dragones. Pasó inmediatamente sobre el Pelion, mansion antigua de Filira,[2] madre del Centauro Quiron; despues sobre el Otris, donde en otro tiempo habia habitado el anciano Cerambo, quien habiéndose retirado al Parnaso en el diluvio de Deucalion, fue convertido en ave por las Ninfas de este monte. Dexó á la izquierda á Pitane, ciudad de Eolia, en cuyas cercanías estaba la figura de aquel dragon que fue transformado en roca, y al bosque de Ida, en el qual Baco, para ocultar el robo que habia hecho su hijo[3] transformó en ciervo un becerro que habia hurtado.

* * *

Notas

1. Hermano de Eson, á quien habia confiado este el Reyno para que se le restituyese á Jason en llegando á la edad competente; y no queriendo despues hacerlo, Medea se finge enemistada con su marido, y por fin quita la vida á Pelias.

2. Hija del Océano, y amada por Saturno, con quien fue aprehendida por Rea, su muger, en adulterio; y huyendo de rubor, despues de haber parido al Centauro, fue transformada en el arbusto llamado Texo.

3. Tionéo, que robó el becerro de que habla á unos pastores.

Fábula III

MEDEA INCENDIA EL PALACIO DE JASON.

Atravesó Medea en seguida el pais donde el padre de Corito[1] estaba enterrado, y los anchos campos que Mera,[2] convertida en perra, intimidó en otro tiempo con sus ladridos. Tambien encontró al paso la ciudad de Coa, donde reynaba Eurípilo, y donde algunas mugeres fueron convertidas en vacas, quando Hércules pasaba con las que habia hurtado á Gerion; la isla que está consagrada á Apolo[3] y la ciudad de Yaliso, célebre por los Telchines, sus habitantes, que infestaban quanto veian, y que Júpiter los anegó en las ondas de su hermano;[4] la antigua ciudad de Cea, donde Alcidamas debia ver cierto dia con admiracion á su hija convertida en paloma; el lago de Hirie, y el valle de Tempe, célebre por el canto de un cisne, cuya aventura es como sigue:

Filio, por agradar al hijo de Hirie, domesticaba aves y leones para hacerle presente de ellos. Con este objeto combatió con un toro fiero, y le venció; pero viendo que todos sus cuidados eran inútiles, y que era imposible ganar su amistad, le negó el toro quando con mayor instancia se lo pedia. Viéndose el jóven desayrado, le dixo con desprecio: „Sentirás inútilmente algun dia no haber accedido á mis instancias." Y se precipitó

de un alto peñasco. Todos los que se hallaban presentes creyeron que habia muerto despeñado; pero se sostuvo en el ayre convertido en cisne. Su madre Hirie, que lo creia difunto, derramó tantas lágrimas, que de ellas se formó el lago de su nombre. Cerca de allí estaba la ciudad de Pleurone, donde Combe, hija de Ofias, se transformó en ave para huir y libertarse de las heridas de sus hijos.

De allí pasó Medea por cerca de la isla de Calaurea, consagrada á Latona, famosa por haber sido convertidos en aves su Rey y Reyna.[5] Dexando á su derecha el monte Cileno, en el qual Menefronte[6] habia formado el designio de tener acceso con su madre, á manera de las mas crueles fieras; descubrió á lo lejos á Cefison llorando la desgracia de su nieto, á quien Apolo habia transformado en lobo marino; y el alcázar de Eumelo,[7] donde todos estaban de luto por la Princesa su hija, que habia sido convertida en ave. Finalmente llegó á Corinto, ciudad célebre por haber sido poblada desde el principio del mundo por hombres nacidos milagrosamente de los hongos que llovieron. Aquí fue donde habiendo sabido que Jason habia casado con Creusa, hija de Creonte, con ignominia suya, la hizo perecer con el vestido y corona envenenados que la regaló; ambos mares vieron arder el palacio, quedando abrasado el padre con su hija; dió de puñaladas á los dos hijos que tuvo de Jason, y habiendo vuelto á subir en su carro para evitar con una precipitada fuga el justo castigo de sus maldades, llegó á Atenas, ciudad que te vió volar en otro tiempo, justísimo Finéo, y á tí viejo Perifa, y no menos observó tus nuevas alas, ó nieta de Polipemon.[8] Egeo[9] la recibió; y poco contento con haberla concedido una franca hospitalidad, se casó con ella; digno de vituperio en este solo hecho.

* * *

Notas

1. Parece fue Paris, que le hubo en Enone antes del robo de Elena.

2. Perra de Icario, que tenia este nombre, la que con sus ladridos indicó á Erigone la muerte de su padre asesinado por unos pastores.

3. Isla del mar mediterráneo, consagrada al sol, célebre en otro tiempo por la famosa estatua del Coloso.

4. Neptuno, que reynaba en el mar.

5. Ceix y Alcione, Reyes de Trachina, en la isla de Calaurea, que fueron convertidos en alcones, como se verá adelante en la fábula de esta transmutacion.

6. Un poeta incestuoso con su propia madre, por lo que ambos fueron convertidos en perros.

7. Fue hijo de Admeto, Rey de Tesalia, y la hija transformada en ave se llamó Antea.

8. Tres transformaciones de Finéo, Perifa y Polipemon en aves.

9. Rey de Atenas y padre de Teseo.

Fábula IV

HÉRCULES ENCADENA AL CANCERBERO.

Teseo, despues de haber libertado el estrecho de Corinto de los ladrones,[1] que cometian en él mil desórdenes, y restablecido la tranquilidad y seguridad en este pais, llegó en aquel tiempo á Atenas. Como Egeo, su padre, no le reconocia aun por su hijo, formó Medea el designio de quitarle la vida, para lo qual preparó una bebida con el acónito que habia traido de Escitia, y que produxo la espuma del Cancerbero.[2] Hay en aquella comarca una caverna obscura, cuya entrada es profunda y muy pendiente. Por ella sacó Hércules á Cerbero con una cadena de diamante, á pesar de la resistencia que hacia para no ver la risueña luz del dia.

Lleno de rabia y furor este gran mastin de tres cabezas hizo resonar el ayre con tres ladridos, é inficionó la tierra con su espuma, que despues de este tiempo llegó á ser fértil en yerbas venenosas; á las quales, por nacer entre las rocas, llama acónito la gente del campo. Era un veneno compuesto de esta planta el que Egeo, por consejo de su esposa, iba á dar á su hijo; y este Príncipe estaba pronto á beberlo, quando su padre, que le conoció en el puño de su espada, donde tenia grabado su sello, le apartó de la boca la envenenada copa. Medea evitó el castigo que merecia,

ocultándose en unas nieblas que formó por virtud de sus encantos.

Lleno de alegría Egeo al ver á su hijo, se estremecia al acordarse del peligro en que habia estado, y con repetidos sacrificios dió gracias á los Dioses de haberle librado. Se sacrificaron por su órden muchas víctimas, cuyos cuernos estaban adornados con cintas victimales. Jamas se celebró en Atenas fiesta con mayor magnificencia. Los grandes y el mismo vulgo fueron convidados al banquete que el Rey habia mandado preparar; y quando el vino y manjares regalados derramaron la alegría en el espíritu de los convidados, empezaron á cantar las alabanzas de Teseo en la forma siguiente:[3] „Tú eres fortísimo Teseo, quien libertaste la llanura de Maraton del toro[4] que la asolaba. Don y hazaña tuya es el que los colonos de Corinto aren con seguridad los campos de Cromion, libres por tí de la fiera que los infestaba.[5] Epidaura fue testigo de la victoria que ganaste sobre aquel monstruo hijo de Vulcano;[6] el rio Cefiso vió perecer al cruel Procrustes,[7] y Eleusis te debe la derrota del famoso Cercion:[8] tú quitaste la vida del feroz Sinis, tan temible por aquella fuerza que empleaba solamente en oprimir la inocencia: el cruel torcia los árboles, y baxaba desde lo alto á la tierra los pinos que habian de desmembrar á los miserables que ataba á ellos: despues de la muerte de Esciron, se puede ir con seguridad á Megara, cuyo camino tenia sitiado. La tierra negó su seno á los huesos de este malvado; el mar los arrojó afuera, y el ayre, á que quedaron expuestos, habiéndoles petrificado, los transformó en peñascos, quedándoles el nombre de Esciron. Últimamente, si quisiéramos contar tus hazañas, hallaríamos que exceden á tus años. Ofreceremos sin cesar nuestros votos por la conservacion de una vida tan preciosa, y por tí celebramos hoy una fiesta tan solemne, y en honra tuya brindamos con este vino." El palacio

resuena con las aclamaciones y aplausos del pueblo, participando lo mas oculto de la ciudad de la alegría de la Real familia.

* * *

Notas

1. Esciron y Procrustes, famosos en el istmo de Corinto.

2. Fingen los poetas que quando Hércules sacó del infierno á este monstruo, la mudanza de ayre le causó un terrible vómito espumoso y venenoso, del qual nació la yerba acónito, que se cria en los peñascos, y del zumo de esta preparó Medea el veneno para Teseo.

3. Himno ó cantinela en alabanza de Teseo.

4. Era uno ferocísimo enviado por Neptuno, que afligia toda la region de Atenas, y fue muerto por Teseo.

5. Era un jabalí, que tambien fue muerto por Teseo.

6. Se llamaba Perifetas, ladron famoso que despedazaba á los pasageros, y tambien fue muerto por Teseo.

7. Fue un ladron que tendia á los pasageros en una cama; y si eran mas largos que ella les cortaba lo que sobraba, y si mas cortos les estiraba hasta que igualasen.

8. Era otro ladron que combatia con los viageros; y despues de haberlos vencido, les daba muerte, y habitaba en la region del Eusis, ciudad consagrada á Ceres, por lo qual la llamaron Eleusina.

Fábula V

EACO NIEGA SOCORRO Á MINOS.

No disfrutó sin embargo Egeo una cabal alegría despues de haber hallado á su hijo, porque nunca se experimentan placeres completos, pues regularmente son turbados por algun disgusto. Minos se preparaba á hacer sentir á los Atenienses todos los horrores de la guerra: tenia tropas bien disciplinadas, y una esquadra numerosa; pero lo que le hacia aun mas temible era la justa indignacion que habia concebido contra este pueblo. Resuelto á vengar la muerte de su hijo Androgéo,[1] quiso antes de empezar la guerra, hacer alianza con sus vecinos, y se embarcó para ir á pedirles socorro. Despues de haber atraido con promesas á la isla de Nanfio,[2] obligó á la de Estimpalea con guerra. Tambien traxo á su partido á Cimolia, á Cithnos, Micona, Esciros, Serifo, Paros, tan célebre por sus hermosos mármoles, Sitonia, á la qual vendió la avarienta Arnéa en otro tiempo por una cantidad de oro, y los Dioses para castigarla la convirtieron en mochuelo, ave que tiene los pies y plumas negras, y en quien suponen igual propension al oro despues de su transformacion.

No habiendo podido lograr Minos socorro alguno de las islas de Didimo, Oliaro,[3] Andros, Tenos, Giarea y Pepareto, tan fecunda en olivos,

se fue á Egina, donde reynaba Eaco.[4] Á esta isla llamaron Enopia los antiguos; pero este Príncipe la llamó Egina, del nombre de su madre. Salieron en gran número de la ciudad por ver á un conquistador de tanta fama. Telamon y sus hermanos Peleo y Foco salieron tambien á recibirle. El mismo Eaco, aunque de una edad muy avanzada, salió de su capital, y le preguntó qual era la causa de su expedicion. El Rey de cien pueblos,[5] renovando con este discurso el paterno llanto, le respondió en estos términos: „Á suplicarte me auxîlies en una guerra justa he venido; toma parte en la afliccion de un padre desgraciado; ayúdale á vengar la muerte de un hijo; no niegues este servicio á los manes de Androgéo. Una cosa me pides, le respondió Eaco, que no puedo concedértela, ni aun mis vasallos podrán tomar partido contigo; porque hemos hecho una alianza con los Atenienses, que las leyes mas sagradas hacen inviolable." Ofendido Minos de esta respuesta le dixo al retirarse: „Esa alianza te costará bien cara;" pero se contentó con esta amenaza, no queriendo por entonces llevar mas adelante su venganza por no debilitar sus fuerzas.

La armada de Minos podia divisarse aun desde los muros de Egina, quando llega con velas tendidas una nave Ática, y entra en el puerto aliado; mandábala Céfalo,[6] que venia á pedir socorro contra el Rey de Creta. Los hijos de Eaco conocieron á este Príncipe, no obstante de haber mucho tiempo que no le veian; y despues de haberle abrazado, le conduxeron al palacio de su padre. Este héroe, que en una edad avanzada conservaba aun alguna muestra de su primera hermosura, llevaba en la mano un ramo de oliva,[7] y á sus lados á Cliton y Butes, hijos de Palante. Despues de los primeros cumplimientos, Céfalo expuso las órdenes que habia recibido de los Atenienses, y pidió socorro contra el ambicioso Minos, que queria

oprimir la libertad de la Grecia. Para obligar á Eaco á otorgar lo que pedia, recuerda la alianza y los antiguos tratados de los dos pueblos, añadiendo para hacer mas fuerza que Minos dirigia sus tiros contra toda la Acaya.

* * *

Notas

1. Habia sido muerto por Teseo, y la venganza de esta muerte era el asunto de la guerra que Minos su padre declaró á los Atenienses.

2. Esta y las siguientes son islas vecinas á Creta.

3. Esta y las siguientes son islas del mar Egeo, que hoy se dice el Archipiélago, y se llamaban Cícladas.

4. Fue hijo de Júpiter, y tuvo tres hijos, Telamon, Peleo y Foco, y por la justicia que observó, le hizo Pluton juez del infierno con su hermano Radamanto y Minos, que son los tres que tienen dicho cargo.

5. Era Minos, en cuyo reyno de Creta se contaban cien ciudades.

6. Fue hijo de Mercurio y de Herce, y su historia se cuenta en una de las fábulas siguientes.

7. Signo de la paz, el que regaló á Atenas Minerva quando la pusieron nombre.

Fábula VI

LAS HORMIGAS CONVERTIDAS EN HOMBRES LLAMADOS MIRMIDONES.

Despues de haber sostenido su causa con mucha eloqüencia el Rey de Egina, apoyándose entonces sobre su cetro: „No pidais auxîlio, les dice, ó Atenienses, sino tomad quanto necesiteis. No dudeis que son vuestras quantas tropas hay en esta isla; disponed de ellas, y vayan las principales con vosotros. Tengo armada; tengo exército bastante para mi defensa y contra mis enemigos; tengo el favor de los Dioses, y tenemos por último una feliz coyuntura. Así suceda, le respondió Céfalo, y se aumente la poblacion de tu reyno, al que luego que llegué me llené de regocijo viendo que me salia á recibir una juventud tan lozana; pero echo menos á muchos que vi en otro tiempo quando estuve en tu corte."

Eaco suspirando le habla de este modo: „Vas á oir la relacion de una historia lastimera, cuyo fin, sin embargo, podrá causarte algun consuelo; pero como no es posible que comprehendas todo su horror, me contentaré con referírtela en pocas palabras y sin guardar órden. Yacen huesos y cenizas aquellos por quienes preguntas: ay ¡y cómo he perdido con ellos mis mejores vasallos! La desapiadada Juno, que no podia sufrir que esta

tierra tuviese el nombre de su rival,[1] asoló todos mis pueblos con una cruel peste. Creimos al principio que este mal no era sino una enfermedad ordinaria, y empleamos todos los auxîlios de la medicina; pero los remedios eran inútiles. Al empezar, se cubrió el ayre de obscuras nubes, y se sintió un excesivo calor.[2] El viento del Mediodia, tan propio para infestar el ayre, reynó por el tiempo en que la luna llenó por quatro veces la faz que muestra á la tierra, y otras tantas menguando quedó privada de la luz.[3]

"Los lagos y fuentes se inficionaron con el funesto veneno que esparció en ellas una multitud de serpientes desconocidas en el pais. Se observó la fuerza del mal primeramente en los perros, aves, ovejas, bueyes y demas animales. El labrador consternado veia morir á los robustos bueyes en medio del trabajo, y caer en medio del surco. Las ovejas despojadas de su vellon, y flacas, llenaban el campo de balidos lastimeros. El brioso caballo, despreciando los combates y victorias que tantas veces habia ganado, gemia en el pesebre esperando la muerte con una enfermedad que le debilitaba. El jabalí no se acordaba de su natural ferocidad; la cierva ya no tenia su ordinaria ligereza; el oso no se atrevia ya á embestir á los ganados. Á todos tenia acobardados el contagio; los bosques, campos y caminos estaban cubiertos de cadáveres que inficionaban el ayre con su fetidez; y lo que es mas de admirar, ni los perros, ni las aves de rapiña, ni los canos lobos se atrevian á tocarlos: se podrian sobre la tierra, y esparcian el contagio por todo el contorno. De los animales pasó la peste á las aldeas y gentes del campo, y de ellas penetró hasta las ciudades. Primeramente se abrasaban las entrañas, y el color encendido que salia á la cara era indicio del fuego que les abrasaba interiormente. No se respiraba sino con trabajo, y la lengua seca é hinchada obligaba á tener la boca abierta, y así se atraia mas la

infeccion del ayre. No pudiendo los dolientes sufrir la cama, ni ningun género de cobertura, tendian sus cuerpos sobre el duro suelo; pero lejos de darles la tierra algun refrigerio, se abrasaba esta con el calor de los cuerpos. Los Médicos que hubieran podido contener de algun modo la propagacion de un mal tan violento, se hallaban padeciéndolo, sin que pudiera preservarles su arte: y los que mas se apresuraban á socorrer á los enfermos, eran las primeras víctimas de la muerte.

„Conociendo todos los contagiados que no habia mas remedio que la muerte, despreciaban los remedios, y se entregaban á satisfacer lo que el ardor del mal les hacia desear: nadie cuida de buscar algun auxîlio, pues ninguno se halla. Cada uno corre á los pozos, á las fuentes y á los rios á apagar la sed que le devoraba: unos mueren antes que puedan extinguir la sed que les abrasa: estos, agoviados, no pueden levantarse de las aguas que les sirven de sepultura: aquellos sin embargo se refrigeran con ellas; y como se ignoraba la causa del mal, aborrecian los infelices la cama; saltaban de ella, y aquellos á quienes faltaban las fuerzas se tendian en el suelo; cada uno huye de su casa, teniéndola por la causa de su muerte. Allí era de ver andar á unos por esas calles ya moribundos, y que apenas podian tenerse en pie; á otros postrados en tierra exhalando lúgubres suspiros, y arqueando sus moribundos ojos, que un momento despues para siempre se cerraban: y mirando de esta forma al cielo exhalaban los últimos suspiros en el mismo sitio donde les cogia la muerte.

„Figúrate, Príncipe, la funesta situacion en que yo me hallaria. ¿Te parece que no aborreceria mi propia vida deseando ser uno de los desgraciados? Á qualquiera parte que tendia la vista, se veian montones de cadáveres, al modo que los forman las manzanas y bellotas que caen

quando se sacuden las ramas de los árboles que las producen. ¿No ves enfrente ese exemplo de tanta elevacion dedicado á Júpiter? ¿Quién no ofreció, bien que en vano, inciensos en aquellos altares? ¡Quántas veces vimos al marido que iba á pedir por su muger, al padre por su hijo, perder la vida en los inexôrables altares, y hallarse entre sus manos, despues de muertos, parte del incienso no consumido! ¡Quántas veces mientras el sacerdote decia las oraciones, y derramaba el vino entre las astas,[4] cayeron muertos los toros, conducidos al templo, sin aguardar el golpe! Yo mismo, ofreciendo un sacrificio por mí, por la patria, y por mis tres hijos, la víctima dió crueles bramidos, y cayó á los pies del altar sin recibir el golpe: apenas fue teñido con su sangre el sagrado cuchillo, y las fibras de sus entrañas estaban tan corrompidas con la fuerza del contagio, que no se hallaron en ellas señales algunas que nos dieran á conocer la voluntad de los Dioses.[5] Muchas veces vi cadáveres arrojados delante de los sagrados templos, y aun delante de los venerables altares, para hacer mas aborrecible la muerte: vi otros, que por acabar sus males, habian empleado el dogal fatal, pareciéndoles mas llevadera la muerte, que la aprehension continua que tenian de morir. Los muertos, privados de las honras funerales, se veian á montones cerca de las puertas de la ciudad; como no habia bastante gente para sacarlos fuera de los muros, los dexaban podrir sobre la tierra, ó los quemaban sin ceremonia: tampoco escrupulizaban en quemar un muerto en la pira que estaba preparada para otro. No habia quien llorase la muerte de las personas mas queridas; las almas de los hijos y de las madres, de los jóvenes y de los viejos, descendian á las riberas infernales sin ser lloradas. Ya no habia lugar para las sepulturas, ni leña bastante para las piras.

„En medio de tantas desgracias, sobresaltado, dirigí á Júpiter esta

súplica: Gran Dios, si es cierto que en otro tiempo fuiste sensible á las gracias de mi madre, si no te avergüenzas de reconocerme por hijo, padre mio, ó vuélveme mis vasallos, ó haz que yo perezca con ellos. Júpiter oyó mi súplica, y me lo dió á conocer por medio de un relámpago y trueno de buen agüero. Yo acepto este agüero, dixe, y deseo que me sea un testimonio favorable de tu voluntad. Cerca del sitio en que yo me hallaba entonces habia una grande encina consagrada á Júpiter: la bellota que la habia producido se habia cogido en la selva Dodonea.[6] En el tronco de ella vi un rastro de infinidad de hormigas que llevaban las semillas que habian juntado, y hecho calle en su rugosa corteza. ¡Ah quan dichoso seria yo, decia entre mí, si Júpiter me diese para poblar de nuevo mis desoladas ciudades, tantos ciudadanos como hormigas veo aquí! Tembló á estas palabras la alta encina, y las ramas se menearon sin ser agitadas del viento. Á este prodigio empecé á temblar todo sobresaltado, y se me erizan los cabellos. Lleno de no sé qué esperanza besé la tierra y el tronco del árbol sagrado. En el entre tanto vino la noche, y á pesar de mis inquietudes me quedé dormido. Quando yo gozaba de las delicias del sueño, me parecia tener ante los ojos la misma encina con todas sus hojas y ramas cubiertas de hormigas; me parecia tambien que dexaba caer sobre la tierra una multitud de estos pequeños insectos, y los veia extenderse por el anchuroso campo; aun mas, creia verlas crecer de repente, levantarse y tenerse en pie. Ya no veia aquellas hormigas ni tan pequeñas, ni tan negras, ni con tantos pies, y me parecia que ellas vestian los miembros de humana figura. Despierto, y considerando mi sueño como una imaginacion frívola, me quejo de no hallar ningun auxîlio en los Dioses; pero oigo un gran murmullo en mi palacio, y me parecia oir voces de hombres, ya para mí desconocidas; y

quando sospechaba que era efecto de la turbacion en que me habia dexado el sueño, llega Telamon apresurado, abre la puerta de mi aposento, y me dice: Vas á ver, padre mio, una cosa increible, y que no se podia esperar: sal con presteza. Salgo inmediatamente de mi aposento, y vi una multitud de hombres, que conocí ser los mismos que habia visto en sueño. Acercáronse á mí, y me saludaron como á su propio Rey. Al momento fui á dar gracias á Júpiter; despues repartí estos nuevos habitantes en la ciudad y campos, y para conservar la memoria de su orígen, les dí el nombre de Mirmidones.[7] Ellos conservan aun las mismas inclinaciones que las hormigas; económicos, laboriosos, aplicados á adquirir bienes, y á guardar con mucho cuidado lo que adquieren. Acabas de verlos; estos soldados, iguales en edad y ánimo, serán los que te acompañarán luego que el Euro, que felizmente te traxo (porque con este viento habia venido) se cambiare en Austro."[8]

* * *

Notas

1. Se entiende Egina, en quien Júpiter tuvo á Eaco, y en odio de la qual envió Juno la peste que se describe en lo que subsigue.

2. Esto y lo que sigue es una elegante descripcion de la peste; y otra semejante hizo Séneca en el primer acto de la tragedia intitulada Edipo.

3. Perífrasis para decir quatro meses.

4. Debe entenderse de las víctimas ó de los animales que se sacrificaban, y el rociar las astas con vino era ceremonia de la parte del sacrificio, que se llamaba libacion.

5. La inspeccion de las fibras de las víctimas ó animales sacrificados era el principal fundamento de las predicciones y respuestas de los agoreros que adivinaban por las fibras.

6. Era una selva dedicada á Júpiter, y poblada de encinas que daban oráculos y respuestas.

7. Porque esta palabra en griego quiere decir *hormiga*.

8. Viento favorable para pasar de Egina á Atenas.

Fábula VII

CÉFALO Y LA AURORA.

En esta y otras conversaciones gastaron casi todo el dia; emplearon la caida de la tarde en un espléndido banquete, y la noche en el sueño. Ya habia asomado Febo por el horizonte, pero aun soplaba el Euro que detenia las naves en que habian de volver. Los hijos de Palante fueron adonde estaba Céfalo, que era el de mas edad, para ir juntos á ver al Rey. Este dormia aun; y como Telamon y Peleo se hallaban entonces ocupados en escoger las tropas para los Atenienses, Foco, el menor de los hijos de Eaco, recibió á los embaxadores á la puerta de palacio, y los conduxo á una sala á esperar que el Rey se levantara. Habiendo observado Foco que Céfalo tenia en la mano un dardo de una madera extraordinaria con la punta de oro, despues de haberle hablado de cosas indiferentes, „soy aficionado, le dice, á los bosques, donde voy freqüentemente á cazar; y no obstante te confieso que nunca he visto madera semejante á la de tu dardo. Si fuera de fresno seria de color rubio; si de cerezo tendria nudos: ignoro de qué madera sea; pero jamas la vieron mis ojos mas hermosa. Si conocieras todas sus qualidades, le replicó entonces uno de los hijos de Palante, te admiraras mucho mas: jamas yerra el tiro; nada le desvia del blanco; y lo

que es aun mas de admirar, vuelve despues ensangrentado á la mano del mismo que lo dispara." Queriendo entonces Foco informarse mas por menor de todas las particularidades de un dardo tan misterioso, satisfizo Céfalo su curiosidad, callando sin embargo lo que era vergonzoso referir, que era cómo y de qué mano le habia venido;[1] y movido á compasion por la memoria de su esposa, le dice, derramando muchas lágrimas: „Este dardo, hijo de la Diosa[2] (quien lo creerá), me hace y me hará llorar mientras viva: por él perdí á mi amada esposa: ¡mejor me estuviera no haber recibido jamas este fatal don! Procris[3] era hermana de la célebre Oritia, si es que este nombre ha llegado á tu noticia. Si hiciese un parangon de la hermosura, del talento y costumbres de estas dos amables personas, Procris debiera tener la preferencia. Quando el amor y el padre de esta Princesa me hicieron su esposo, todos me tuvieron por el hombre mas feliz de la tierra: lo era en efecto, y ahora tambien lo seria, si los Dioses no hubiesen dispuesto lo contrario. Al segundo mes de nuestro himeneo, hallándome tendiendo las redes á los ciervos en el siempre florido monte Himeto, me descubrió la risueña Aurora, y me arrebató contra mi voluntad. Sin ofender á esta Diosa, séame lícito decir la verdad: aunque sea su rostro perfectamente hermoso; aunque ella tenga baxo su mando los confines del dia y de la noche, y aunque se alimente del nectar de los Dioses, no me fue posible olvidar á Procris; jamas cesé de amarla; siempre residia en mi corazon; solo hablaba de ella, y hacia memoria de las delicias que habia gozado con una esposa tan agradable. Concibió por esta causa zelos la Diosa, y me dixo: „Dexa, ingrato, quejas que me ofenden: ve á buscar tu Procris, que si yo no me engaño, te arrepentirás de haberla amado tanto;" y con este discurso me despidió de sí con ira.

* * *

Notas

1. Este dardo y el perro Lelapa fueron dos regalos que Procris hizo á Céfalo en su daño y ruina, pues este la mató con el dardo equivocadamente, teniéndola por fiera, como se verá despues.

2. Foco era hijo de la Ninfa Samate.

3. Su muger.

Fábula VIII

CÉFALO Y PROCRIS.

„Á mi vuelta hice algunas reflexîones sobre lo que la Aurora me habia dicho: temí que Procris no hubiese guardado en mi ausencia la lealtad del sagrado consorcio: su hermosura y edad me persuadian á creerlo, pero su virtud me aseguraba y disipaba mis sospechas. Mas no obstante yo habia estado ausente, y la Diosa, á quien acababa de abandonar, era una prueba de lo que podia el amor; pero como los amantes nos recelamos de todo, resolví tantear y averiguar con dones la fidelidad de mi esposa; y la Aurora, mudando las facciones de mi rostro, favoreció mi temor. Con este disfraz voy á Atenas, denominada de Palas,[1] y entro en mi palacio, donde no vi nada que me pudiese causar la menor sospecha.

„Procris estaba cuidadosa de mi ausencia, y su modo juicioso y modesto parecia que solo respiraba virtud. Con mucha dificultad conseguí el entrar en su aposento, pues fue necesario valerme de mil artificios. Cielos ¡quál fue mi sorpresa al verla! Estuve casi resuelto á dexar el fatal designio que habia formado; y en vez de sujetar su virtud á una experiencia tan delicada, quise descubrirme y colgarme de su cuello. Aunque estaba triste y macilenta, ninguna la excedia en hermosura, y ardientemente deseaba ver á

su esposo. Considera, Príncipe, qué tal seria su belleza, quando la misma pena la hermoseaba. Para que he de decirte las veces que su honestidad desvaneció mis discursos. ¡Ó quantas veces dixo: yo me conservo para uno solo donde quiera que esté; mi corazon es de mi esposo; para él solo guardo mis placeres! ¿Á quién (á no ser loco) no le satisfaria esta relevante experiencia de su fidelidad? Sin embargo, yo no me contenté, y me obstiné en hacerme desgraciado. La ofrecí grandes riquezas, y la obligué por último á vacilar. ¡Ah! exclamé yo entonces descubriéndome: reconoce á tu esposo en el amante por quien te has mostrado sensible; él mismo ha sido testigo de tu poca virtud. Nada me respondió Procris: su confusion y pudor fueron tan grandes, que salió en el momento del palacio con la resolucion de abandonarme para siempre. Ocupada únicamente en el exercicio de Diana por los montes, concibió un odio irreconciliable á todos los hombres por la injuria que me habia hecho. Su ausencia encendió de nuevo el amor en que yo me habia abrasado por ella: la busqué; la pedí perdon de mi imprudencia, y la confesé que yo mismo hubiera titubeado si me hubiesen hecho tantas ofertas como yo la hice. La confesion de mi debilidad moderó el disgusto que la causaba la memoria de la suya: volvió conmigo, y vivimos muchos años en una perfecta union. Poco contenta con haberme restituido su corazon, me regaló un perro que Diana la habia dado, y que era tan bueno que ninguno le ganaba á correr. Añadió á este presente el dardo que ves tengo en las manos. Desearás saber sin duda la singularidad de este perro, y en efecto te admirará la novedad del raro suceso. Las ingeniosas Náyades explicaron y vulgarizaron las obscuras y hasta entonces no entendidas respuestas del oráculo de Temis,[2] el que desde este punto cayó en desprecio de los Tebanos; é indignada por ello

esta Diosa, tomó la venganza de enviar contra ellas una cruel fiera, que quitó la vida á muchos, y se hizo temible á los labradores y ganados. Acudimos los jóvenes de la comarca para cogerla ó matarla, y cercamos los campos, haciendo un grande ojeo; pero todo fue inútil, porque la fiera saltaba con mucha velocidad las redes y sus mas altas cuerdas. Quitamos los collares á los perros; pero no pudieron alcanzarla, porque huia con la ligereza de una ave. Me rogaron por último que soltara á mi Lelapa (este era el nombre del perro que Procris me habia dado), el qual hacia ya tiempo que se esforzaba por romper la cadena que le sujetaba. Apenas se vió libre, quando le perdimos de vista. Solo se veian las huellas de sus pies estampadas en la caliente arena. El dardo que se arroja con la mayor fuerza; la piedra que sale de la honda, y la flecha vibrada por el mas diestro Cretense, no vuelan con mas velocidad que la que él llevaba en la carrera. En medio del campo donde estábamos habia una colina, á la que subí para observar con placer la ligereza con que corria; y desde allí vi que unas veces parecia haber cogido la fiera, y otras que esta se desasia de él, y con rodeos burlaba á su perseguidor, y le cortaba el ímpetu de la carrera. Con todo, Lelapa se esforzaba por alcanzarla, y la seguia tan de cerca, que á cada instante abria la boca para cogerla, pero solo mordia el viento. Eché mano entonces de mi dardo, y mientras me prevenia para arrojarle, aparté la vista; pero qual fue mi sorpresa quando volviendo á fixarla en el mismo lugar, miro en el campo (cosa maravillosa) dos figuras de mármol, la una en actitud de un animal que huye, y la otra en la de un perro que va ladrando tras él. Sin duda algun Dios, si es cierto que les asistió alguno, no queriendo que ninguno de estos animales fuese vencido en la carrera, los transformó en piedras."[3]

Despues que Céfalo dexó de hablar, preguntóle Foco la causa que habia tenido para quejarse, quando le habló del dardo que tenia en la mano. „¡Ah! le respondió, lo que hoy constituye nuestra felicidad, suele en lo sucesivo ocasionar nuestras desgracias. Para guardar algun órden en lo que voy á referirte, te hablaré primero de mi pasada ventura, cuya memoria me será agradable en todos tiempos. Dichoso en los primeros años de mi union, veia con placer que Procris tomaba parte en mi felicidad. Unidos por el amor mas tierno, teníamos unas mismas inclinaciones. Ni ella me hubiera dexado por Júpiter, ni yo la hubiera abandonado por Venus: en una palabra, nuestro ardor era igual. Como yo entonces era muy jóven, y amaba apasionadamente la caza, apenas el sol doraba las cimas de los montes con los primeros rayos, solia ir á los bosques vecinos, sin criados, caballos, perros ni redes. Iba seguro con el dardo que ves, sin necesidad de otras armas. Quando ya me habia cansado de matar fieras, me acogia al fresco y sombra de los árboles, y al aura que corria de los valles: el aura suave era mi refrigerio en medio del calor, y la tomaba por descanso de mi trabajo. Me acuerdo que cantaba: „Ven, ó dulce aura, consuelo mio, introdúcete en mi pecho, y templa, como sueles, el ardor en que me abraso." Quizá añadiria otros mil cariños: así lo iba disponiendo mi destino: solia pues decir: „Tú formas mis delicias, tú restituyes y reparas mis débiles fuerzas, tú haces que yo ame los lugares solitarios y los bosques, y se recrea mi boca recibiendo tu respiracion." Alguno por acaso oyó estas palabras ambiguas, y juzgando que el nombre de *aura*, tantas veces repetido, lo era de una Ninfa, creyó que yo amaba á alguna. Procris fue luego instruida de esta fingida galantería; y como el amor es tan crédulo, se persuadió fácilmente que yo la era infiel. Esta noticia le causó un dolor tan

cruel, que cayó desmayada, y estuvo largo tiempo sin sentido, segun me contaron. Luego que volvió en sí empezó á quejarse, diciendo cien veces que era la mas infeliz de las mugeres; que su suerte era desgraciada; que yo no la guardaba la debida fe; y espantada con un imaginado delito, temió lo que era nada, y receló de un nombre que carecia de cuerpo, creyéndole como si fuese una verdadera rival. Con todo algunas veces dudaba de la verdad de la noticia; y no accedia á quantas pruebas la habian dado de mi infidelidad. Como deseaba que la noticia fuese incierta, me hizo la justicia de querer exâminar por sí mi supuesta perfidia antes de condenarme. Al siguiente dia, al rayar la Aurora, me voy á los bosques segun costumbre; y hallándome cansado de la caza, me tiendo sobre la yerba, sin olvidarme de llamar en mi favor á la suave aura. „Ven aura, le decia, á aliviarme despues de tantas fatigas; de tí espero mi consuelo." Quando yo continuaba este discurso, me pareció oir alguno que suspiraba; mas sin embargo: „Ven, hermosa, dixe;" pero moviéndose algo mas estrepitosamente los árboles, creí que fuera alguna fiera, y disparo mi ligero dardo. Mas ¡ay! era Procris á quien habia atravesado el pecho. Al grito que dió reconozco su voz: precipitado y loco acudo, y la hallo medio muerta bañada en su sangre; me esfuerzo luego á sacar de la herida el dardo fatal que me habia regalado: la abrazo tiernamente: rasgo sus vestidos, y ligo la herida para atajar la sangre que salia; rogándola con lágrimas no abandonase á un esposo, á quien hacia aquel accidente el mas infeliz de los hombres. Próxîma Procris á espirar me habló así: „Yo te ruego, Céfalo, por nuestro himeneo, por todos los Dioses del cielo, por los de los infiernos, donde voy á baxar, por el amor que siempre te he tenido, por este amor fatal que causa mi muerte, que no te cases con la Ninfa Aura que te trae á estos bosques." Á estas palabras caygo

en la cuenta de su error: la desengaño; pero ¡ay de mí! ¿de qué me sirvió haberla desengañado? Ella cae entre mis brazos; y pierde la vida con su sangre. Sin embargo, ínterin podia levantar los ojos moribundos, no los apartó de mí, hasta que por último recibí en mi boca su último suspiro. Así murió la desgraciada Procris, contenta á lo menos con saber que le habia sido fiel." Céfalo contaba esta triste historia llorando amargamente; y toda la asamblea mostraba tambien con lágrimas acompañarle en su sentimiento, quando Eaco acompañado de sus dos hijos llegó con las tropas alistadas recientemente, y que debian ir á socorrer á los Atenienses, á quienes recibió Céfalo con el mayor regocijo.

* * *

Notas

1. Porque esta Diosa fue la que dió y puso nombre á Atenas, venciendo en la contienda que sobre ello tuvo con Neptuno, segun ya queda antes notado.

2. Diosa de la Justicia, á quien pintaban vendados los ojos, y con la balanza en la mano; por otro nombre se la llamaba Astrea, y su balanza es uno de los doce signos del Zodiaco.

3. Todas estas transformaciones pudieron tener su fundamento en petrificaciones, de las muchas que despues de estas ficciones han observado y observan los naturalistas.

Tomo III · Libro octavo

Libro octavo

ARGUMENTO.

Despues que Minos puso sitio y tomó á Megara, Niso fue transformado en gavilan y Escila en cogujada. Desde aqui aquel volvió á Creta, donde estaba el Minotauro encerrado en el laberinto. Habiendo muerto á este Teseo, y volviendo con Ariadna á su patria, la abandonó en el camino. De aqui la llevó Baco, y colocó su corona en el cielo. Queriendo Icaro volar en pos de su padre de la isla de Creta, cayó y se ahogó en el mar; y cuando estaba aquel haciéndole las exequias, fue visto por Perdix, en que poco antes habia sido transformado Acalo su sobrino. Llamado Teseo para matar el jabalí de Calidonia, murió Meleagro, y fueron transformadas sus hermanas en aves, llamadas de su nombre Meleágrides. Despues, hospedado por Aqueloo, vió á las Náyades convertidas en las islas Equinades. La posibilidad de estos hechos la prueba Lelex con el egemplo de Baucis y Filemon transformados en árboles, su casa en templo, y su aldea en laguna. Finalmente añade Aqueloo las transformaciones de Proteo y Metra, y las suyas, de que habia usado en otro tiempo cuando se vió oprimido de Hércules por causa de Deyanira.

* * *

Fábula primera

MINOS PONE SITIO Á MEGARA.

Luego que el lucero de la mañana, ahuyentadas las tinieblas de la noche, restituyó el claro dia, dejó de soplar el solano, y las nubes llovedoras se iban levantando, el suave austro facilita la navegacion á los soldados de Eaco y á Céfalo, quienes habiéndose hecho á la vela, arribaron felizmente á Atenas en menos tiempo que lo que creian. Entre tanto Minos, tomadas y asoladas las playas de Megara, dirigió la fuerza de su egército contra esta ciudad, en que reinaba Niso,[1] cuya suerte y seguridad del reino consistia en un cabello encarnado[2] que tenia en medio de las canas. Ya habia seis veces la luna llenado su redondez,[3] y aun duraba el sitio, sin que la fortuna, que entre los dos volaba, se hubiese declarado por ninguno de los dos partidos. Era el Real palacio de Megara una torre edificada sobre sus muros armoniosos, en los cuales se cuenta que Apolo dejó depositada su dorada lira, y que su sonido se comunicó á las piedras. Escila[4] en tiempo de paz solia subir muchas veces á esta torre, y entretenerse en hacer resonar las piedras de los muros, tirando á ellos algunas piedrecillas. Durante el sitio iba tambien por ver desde alli los ataques y encuentros sangrientos de Marte que se daban al rededor de la ciudad. Como hacia mucho tiempo

que el enemigo estaba acampado, ya conocia por sus nombres á los principales oficiales, sus armas, caballos, y modo de pelear. Especialmente habia observado á su capitan[5] con mas atencion de la que era menester para su tranquilidad. En su opinion Minos si cubria su cabeza con el morrion soberbio, con su penacho era gallardo; si tomaba el refulgente escudo, le caia bien; si lanzaba el asta con sus brazos, alababa sus fuerzas y destreza, y juraba que Apolo no era mas diestro en disparar del arco las saetas. Cuando se quitaba el morrion para montar á caballo,[6] y sujetarle haciendo egercicio, salia fuera de sí, y llamaba dichoso al dardo que él manejaba, y venturosas á las riendas que tocaba con la mano. La venian ímpetus (si la fuera decente) de salirse á pasear entre el egército enemigo, y arrojarse de lo alto de la torre por caer en el campo de su amante; en fin estaba dispuesta á abrirle las puertas de bronce de la ciudad, ó á egecutar otra cualquiera cosa que fuese en favor de Minos. Sentada en lo alto de la torre, y tendiendo la vista al pabellon Real de su enamorado: „No sé, decia, si debo alegrarme ó entristecerme con esta deplorable guerra: siento á la verdad que Minos sea enemigo de quien le ama; pero si no hubiera guerra ¿cómo yo le pudiera conocer? ¡Oh! ¡si quisiera terminarla aceptándome á mí en rehenes, y que siendo yo prenda de la paz me llevase consigo! Gallardo Minos, Príncipe el mas hermoso de todos, si la que te dió á luz[7] fue tan hermosa como tú, con razon se enamoró Júpiter de ella. Seria yo muy feliz si conducida en alas por los aires pudiese volar á tu campamento, y manifestándome á tí, y confesándote mi amor, preguntarte qué querrias te diese por ser mio, que todo seria otorgado, con tal que no pidieses el reino de mi padre. Porque mejor quisiera perder las esperanzas de mi amor, que conseguirlas por una traicion. Aunque muchas veces sucede que la clemencia del vencedor hace

mas suave la condicion de los vencidos. La guerra que Minos hace para vengar la muerte de su hijo[8] es justa; y puesto que la razon y fortuna estan de su parte, no podremos dejar de ser vencidos; y si este fuese el fin y la suerte de esta ciudad, ¿para qué ha de allanar Marte los muros, pudiendo hacerlo mi amor? De este modo podrá vencer sin muertes, sin dilacion, y sin exponerse á recibir ninguna herida. ¡Ay de mí! Mucho temo, querido Minos, la suerte que rezelo, y es que alguno sin conocerte te hiera; digo sin conocerte, porque ¿quién será tan cruel que sabiendo quién eres, se atreva á dirigir su lanza contra tí? Elijo y me resuelvo á entregarme, dando mi patria en dote, y poner asi fin á esta guerra; pero de nada sirve el estar resuelta á ello: las puertas de la ciudad estan cerradas, y mi padre tiene las llaves; á él solo temo; solo él retarda mis deseos. ¡Ojalá permitieran los Dioses que me hallara sin padre! Pero cualquiera se figura que es un Dios; la fortuna se burla de los vanos ruegos. Cualquiera otra, abrasada en un amor tan grande, ya hubiera vencido todos los obstáculos que se opusiesen á su pasion; y ¿qué? ¿tendré yo menos valor para vencerlos, aunque me sea necesario pasar por entre el fuego y el hierro? Pero no tengo necesidad de exponerme á tantos riesgos; solo necesito del cabello de mi padre. Él será para mí mas precioso que el oro; hará mi felicidad, y pondrá colmo á mis deseos."

Estando Escila revolviendo en su imaginacion estos pensamientos, sobrevino la noche, y las tinieblas, tan propias para fomentar nuestras inquietudes, aumentaron su atrevimiento. Apoderábase ya el primer sueño de los cuerpos fatigados con los trabajos del dia, y he aqui la ocasion en que entrando esta pérfida sin ser sentida en el aposento de su padre, le corta (¡oh atrocidad!) el fatal cabello. Ufana la Princesa con este precioso

depósito, á quien el crímen daba nuevo atrevimiento, sale de la ciudad apresurada; y atravesando el campo enemigo, llega á la tienda de Minos, á quien, sorprendido de verla, habló de esta manera: „Príncipe, no te admires de ver á la hija de Niso, que viene á entregarte su patria y Dioses: el amor ha sido el consejero de esta maldad. Toma este purpúreo cabello, prenda de mi amor, y no eres dueño de él solo, sino de la vida de mi padre; solo tu corazon te pido por premio de un servicio tan importante." Minos, turbado con la idea de tal maldad, rehusando recibirle, la dijo: „¡Deshonra de nuestro siglo, los Dioses te destierren de su reino, y te nieguen el beneficio de la tierra y el mar![9] Ciertamente yo no consentiré que la isla de Creta,[10] en que Júpiter tuvo su cuna, y que es mi reino, admita en su recinto á quien cometió tal atrocidad."

Despues que hubo dicho estas palabras se hizo dueño de la ciudad, impuso leyes á los vencidos,[11] y mandó dar la vela á sus naves forradas de cobre. Viéndose Escila tan cruelmente despreciada, se entrega á todos los transportes de su ira; y dando rienda á su furia, con el cabello desgreñado y las manos extendidas, exclama diciendo: „¿Adónde huyes, ingrato? ¿Por qué no llevas contigo á la que te ha procurado la victoria? ¿Tú sabes, oh pérfido, que te he preferido á mi padre y patria, y sin embargo me abandonas con tanta vileza? ¿Qué? ¿no pudieron moverte ni mi amor, ni el fatal presente que te hice, ni el colocar en tí todas mis esperanzas? ¡Desgraciada de mí! ¿Adónde me volveré ya desamparada? ¿Á mi patria? Ya no existe para mí; y aunque existiera, mi perfidia me ha desterrado para siempre de ella. ¿Á la vista de mi padre, que sacrílega te entregué? Los ciudadanos dignamente me aborrecen; los comarcanos se horrorizan de un egemplo semejante, y con razon temerian que egecutase con ellos igual

vileza. Me he desterrado de toda la redondez de la tierra por solo la isla de Creta. ¿Y tienes valor para impedirme la entrada en ella? ¿Asi me desamparas, ingrato? No, no eres hijo de Europa, sino nacido quizá en alguna de las Sirtes,[12] ó de una tigre de Armenia, ó de Escila,[13] que ocasiona mil naufragios. No, no eres hijo de Júpiter, como presumes, convertido en toro para robar á tu madre, porque esto es solo una vana ficcion que inventaron para darte un orígen ilustre. El toro á quien debes tu nacimiento era mucho mas que fiero, y nunca conoció los efectos de amor. ¡Oh padre mio, dame el castigo que merezco! ¡y vosotros muros que poco há he vendido, regocijaos al verme sufrir con razon tantos males! Confieso que los merezco, y que soy digna de morir; pero ya que muera sea á manos de aquellos á quienes he ofendido. ¿Por qué tú que venciste con mi delito quieres ahora tomar venganza de él? El crímen que yo he cometido ha sido en beneficio tuyo, y contra mi padre y patria. ¡Oh! ¡y qué digna es de tenerte por marido aquella que concibió por un toro un amor detestable, y que dió á luz al monstruo Minotauro![14] ¿Pero mis tristes lamentos llegan acaso á tus oidos? Los vientos se llevan mis vanas palabras, del mismo modo que impelen y esparcen tus naves. Ya, ya no me admiro de que tu muger Pasifae antepusiese un toro á tu amor. Mas fiero eras tú que él. ¡Ay infelice de mí! ¡Cuán alegre se aleja el ingrato surcando las olas, que impelen los remos causando tan grande ruido! Pero en vano procuras alejarte de mí; te seguiré á todas partes, y asida á la popa de tu nave, atravesaré los anchurosos mares." Apenas acabó de decir esto cuando se arroja al mar, é infundiéndola fuerzas el amor, llega nadando hasta la nave de Minos, en la que se detiene á pesar suyo. Niso, su padre, que ya se habia transformado en gavilan, la vió desde el medio de los aires, sostenido en

ellos con sus alas rojas, y arrojándose sobre ella, procura despedazarla con su encorvado pico; pero ella con el temor deja la popa, y en vez de caer al mar se sostiene en el aire bajo la forma de aquella especie de cogujada, que trae su nombre del cabello que cortó á su padre.

* * *

Notas

1. Fue uno de los cuatro hijos de Pandion, Rey de Atenas, y hermano de Progne y Filomela.

2. Era el hado que mientras tuviese aquel cabello no podia perder el reino.

3. Perífrasis, por la que quiere decir seis meses.

4. Era hija del Rey Niso.

5. Minos.

6. Esto denota cuán antigua sea el arte de la equitacion, cuyo orígen, que fue anterior á la guerra de Troya, dió causa y fundamento á la fábula y ficcion de los Centauros, á quienes hacian medio hombres y medio caballos.

7. Fue Europa, madre de Minos, que le hubo de Júpiter, de quien fue robada, segun ya antes queda dicho.

8. Fue Androgeo, muerto por Teseo.

9. Alude á la pena del parricidio, que era la privacion del uso de todos los elementos á un tiempo, porque la traicion de Escila era virtualmente un parricidio.

10. En esta isla fingieron que habian tenido su nacimiento la mayor parte de los Dioses y de las Diosas.

11. Entre ellas fue la del tributo de cierto número de jóvenes y doncellas para echarlos al Minotauro, entre los cuales cupo la suerte al mismo Teseo, que fue libertado por Ariadna.

12. Habla de los Sirtes del África, que son unos bancos de arena dilatados é intransitables.

13. La tal Escila fue hija de Forco; y Circe, zelosa porque amaba á Aglauco, de quien ella estaba enamorada, envenenó el estanque donde Escila se bañaba, y luego que entró en él

quedó convertida en piedra de medio cuerpo abajo, y llena de horror se precipitó en el mar de Sicilia, donde es y forma uno de los escollos opuesto al de Caribdis.

14. Pasifae, enamorada de un toro, hizo que Dédalo la fabricase una vaca de madera; y valiéndose de ella, gustó con él las delicias de Venus.

Fábula II

TESEO MATA AL MINOTAURO.

Minos luego que desembarcó en Creta hizo á Júpiter el sacrificio de cien toros que le tenia ofrecido, y colgó en su palacio los despojos y trofeos[1] de su victoria. Entre tanto crecia de dia en dia el Minotauro, monstruo de dos formas, y oprobio de la casa de este Príncipe. Era fruto del loco amor de Pasifae. Minos determinó tener oculta esta afrenta de su casa, encerrándole en el laberinto que edificó Dédalo, famoso arquitecto, con unas calles intrincadas, en que se perdia el tino con sus vueltas y revueltas.[2]

No de otra manera que el precipitado Meandro gira en los campos de Frigia, y fluye y refluye con retorcida corriente,[3] y saliéndose á sí mismo al encuentro como si quisiera ver correr sus aguas caudalosas, unas veces se vuelve hácia su nacimiento, y otras hácia el mar, sin que se pueda formar idea de su incierto curso; asi Dédalo habia intrincado el laberinto con tantas calles que se cruzaban y volvian á encontrar unas en otras, que apenas pudo él mismo hallar la salida. ¡Tan enmarañada como esto estaba aquella morada! En este laberinto pues fue donde se encerró el Minotauro; este monstruo se habia saciado dos veces con la sangre de los jóvenes y doncellas que los atenienses pagaban en tributo cada nueve años; pero le

domó uno de los que salieron en el tercer sorteo, que fue Teseo, el cual con un hilo que ató á la entrada del laberinto, y que al efecto le habia dado Ariadna, hija de Minos, salió de él felizmente despues de haber muerto al Minotauro, y se llevó robada á la Princesa á la isla de Naxos, en donde desentendido de cuanto la debia, tuvo la crueldad de dejarla abandonada. Viéndola en esta triste situacion, y compadecido Baco de su suerte y de sus quejas, la dió sus brazos, la consoló, y la ayudó. Con la idea de hacer inmortal la memoria de una Princesa tan amable, este Dios la quitó de la frente la corona que la adornaba, y la tiró y colocó en el cielo. Cuando volaba por los aires las piedras de la corona se convirtieron en estrellas, y en una constelacion que conserva la especie y figura de una corona, y se halla en medio de la que se llama Dragon.

* * *

Notas

1. El trofeo era un tronco que se fijaba en el sitio donde el egército enemigo empezaba á volver la espalda, y en él se colgaban las armas y despojos que se habian tomado; y de este principio se originó el trasladar y colocar los trofeos en los escudos heráldicos.

2. El Minotauro encerrado en el laberinto, y retirado de la vista del público, es símbolo y geroglífico del sigilo, principalmente en las materias de Estado; y el sigiloso senado de Roma le tomó por empresa, y le colocó en las banderas de sus egércitos con esta inscripcion: S. P. Q. R.

3. Del rio Meandro se dice que es tan tortuoso en los giros, vueltas y remolinos de sus aguas, que no puede discernirse hácia qué parte corre; y este rio es símbolo y geroglífico de los doctores y escritores oscuros y confusos, que no es fácil comprender qué es lo que dicen.

Dédalo hace alas para sí y su hijo Icaro

Dédalo entre tanto, fastidiado de Creta, y del largo destierro que en ella sufria, se dejó arrebatar del amor de su patria; y como por todas partes estuviese cercado del mar, dijo: „Aunque la tierra y las olas me estan cerradas por el tirano,[1] no podrá este cerrarme el camino de los aires. No se extenderá su imperio hasta esta region, aunque sea señor del mundo entero, y yo sabré abrirme paso por ella para mi patria."

Apenas dijo esto empezó á meditar un proyecto, que nadie hasta entonces habia imaginado. Tomó algunas plumas, y las puso en órden, empezando por las pequeñas, y concluyendo por las mayores, imitando las alas de las aves que se crian en los montes, á la manera que una rústica zampoña se compone de cañas desiguales. Ató con lino las grandes, y pegó con cera las pequeñas, y en esta disposicion las encorvó en aquella proporcion que se observa en las alas naturales. El muchacho Icaro, que estaba con Dédalo su padre, ignorando que trabajaba para su ruina, ya con rostro alegre recogia las plumas que el viento habia arrebatado, ya ablandaba entre sus dedos la cera que debia unirlas; tambien algunas veces con sus juegos sencillos estorbaba la admirable obra del padre. Luego que esta se concluyó hizo Dédalo la prueba tomando vuelo, y se elevó con el

movimiento del aire.

* * *

Notas

1. Este le habia encerrado en el laberinto por haber servido á Pasifae en sus amores.

Fábula III

ICARO CAE AL MAR.

Acomodó tambien otras alas á su hijo, diciéndole de esta manera: „Procura, Icaro mio, guardar un buen medio cuando vueles por los aires, porque si vas muy bajo se entorpecerán las plumas con los vapores del agua, y si muy alto el calor del sol puede abrasarlas. Camina entre estos dos extremos, y te mando que no mires á Bootes,[1] ni te acerques á la Osa helada ni al Orion:[2] sígueme siempre á mí como á tu guia." Le instruye en las reglas del vuelo, y acaba de ajustar á sus hombros las alas: temblábanle las manos al viejo, y le caian las lágrimas por las mejillas al tiempo de acomodárselas y de darle sus consejos. Últimamente, despues de haberle besado por la última vez, emprendió su vuelo delante para mostrarle el camino, cuidadoso siempre del hijo, y con su egemplo le exhorta á que le siga, enseñándole el nuevo y dañoso arte: asi como el ave cuando saca á volar desde el alto nido sus tiernos hijuelos, ni mas ni menos Dédalo movia sus alas, é iba siempre mirando á las de su hijo. Se pasman viéndolos volar el pescador que tenia echada á los peces su trémula caña, el pastor que se apoyaba en su cayado, y el labrador en su esteva, creyendo y teniendo todos por Dioses á los que volaban por los aires. Ya Dédalo é Icaro habian dejado

á su izquierda la isla de Samos, tan célebre por el culto de Juno, la de Delos y Paros, y miraban á su derecha las de Lebinto y Calimne, tan fecunda en miel, cuando el jóven Icaro empezó á alegrarse temerariamente con el vuelo, y abandonó á su guia por elevarse mas alto, arrebatado del deseo de volar hasta el cielo: en esta disposicion el calor del cercano sol ablandó la cera que sujetaba las plumas, y derritiéndose y deshaciéndose las alas, ya volaba con los desnudos brazos, careciendo de remos con que sostenerse sobre el aire; y llamando en vano á su padre, cayó en el mar, que se llamó Icaro de su nombre. „Icaro, Icaro, exclama su desgraciado padre (aunque habia dejado de serlo), ¿donde te hallas? ¿En qué pais te buscaré, hijo mio?" Cuando pronunciaba estas tristes palabras vió en las aguas las plumas. Despues que maldijo la destreza de su arte, hizo las exequias á Icaro, dándole sepultura en la isla cerca de la cual habia perdido la vida, y que se apellidó despues con su nombre.

* * *

Notas

1. Es una constelacion septentrional llamada la Osa menor, por otro nombre el Boyero, la que se finge ser Arcas, hijo de la Ninfa Calisto, transformado en oso, y trasladado despues al cielo.

2. Es otra constelacion de las pluviosas, y que causan tempestades, en la que fue transformado por Júpiter un hombre llamado Orion, que nació sin madre de la orina de aquel, de la de Neptuno y de la de Mercurio, recogidas y guardadas en el cuero de un buey.

Fábula IV

PERDIX CONVERTIDO EN AVE.

Mientras Dédalo daba sepultura[1] á su desgraciado hijo le vió desde las ramas de una encina la parlera perdiz, única y no vista ave hasta aquel tiempo, y en la que poco antes habia sido convertido Perdix ó Acalo, sobrino de Dédalo: empezó á sacudir las alas, y á manifestar con su canto la alegría de que Dédalo pagase asi su delito, y la injuria que le habia hecho, porque Acalo, siendo de doce años y de una índole acomodada para aprender, su madre, hermana de Dédalo, se lo habia confiado para que le enseñase é instruyese en las artes, no sabiendo lo que de ello habia de resultar. Observando cierto dia con alguna atencion la espina que los peces tienen en medio, trabajó sobre este modelo un pedazo de hierro, y habiendo hecho una sierra, tuvo la gloria de haber sido el inventor de un instrumento utilísimo.

Él fue tambien el primero que unió dos hierros iguales, de modo que el uno quedase inmóvil en tanto que el otro daba vuelta á la redonda, y fue de este modo el inventor del compas. Dédalo, envidioso de los progresos que hacia el jóven, lo despeñó de lo alto de la torre de Minerva,[2] é hizo correr la voz que habia caido por acaso; pero felizmente no pereció,[3] porque

Minerva, que siempre ha favorecido á los ingenios, lo cubrió de plumas, transformándole en ave. La eficacia antigua de su veloz ingenio se comunicó á sus pies y alas, y conservó su mismo nombre. No obstante, como se acuerda aun de su caida, no se atreve á remontar mucho el vuelo,[4] ni á hacer sus nidos en los árboles; vuela cerca de la tierra, y pone sus huevos en los vallados.

Ya Dédalo habia llegado á Sicilia, donde su benigno Rey Cócalo le defendió á fuerza de armas del poder y persecucion de Minos: y ya el reino de Atenas por la hazaña de Teseo[5] se habia libertado del vergonzoso tributo que hasta entonces habia pagado á Creta, y en reconocimiento de ello se ofrecian sacrificios á Minerva y á Júpiter:[6] los templos estaban magníficamente adornados; el incienso ardia en ellos, y corria la sangre de las víctimas.

* * *

Notas

1. La humacion era el modo mas frecuente de sepultar los cadáveres; pues aunque tambien hubo la ambustion y otros varios modos y ritos, no eran estos tan frecuentes, como propios y peculiares de solas las personas de elevado carácter y de opulencia.

2. Era un alcázar elevado de Atenas, desde el cual Dédalo despeñó y precipitó á su sobrino; y el llamarle el poeta torre de Minerva es porque la ciudad de Atenas estaba dedicada á esta falsa deidad.

3. Esto confirma aquel adagio latino: *Ars non sini perire*, en cuya comprobacion se suele citar el suceso de Arion, arrojado de la nave con su lira, y recibido por un delfin que le sacó á la playa.

4. Modo ingenioso de descubrir el poeta el orígen de las inclinaciones de la perdiz, y de su ratero y nada elevado vuelo por el temor de otra caida. Á este modo y por otro símil nos

pintó el mismo Ovidio en otra parte el escarmiento aun en los irracionales, diciendo: *Qui semel est læsus, falleci piscis ab hamo omnibus unca sui putat ni esse cibis*.

5. Fue la de haber muerto al Minotauro, segun queda ya notado.

6. Dos deidades tutelares de Atenas, y las que principalmente se reverenciaban en esta ciudad.

Fábula V

MELEAGRO MATA EL JABALÍ DE CALIDONIA.

La fama de este Príncipe[1] de tal modo se habia extendido por todas las ciudades de la Grecia y Peloponeso,[2] que de todas partes acudian en sus grandes necesidades á implorar su auxilio; y aunque la ciudad de Calidonia tenia la gloria de poseer á Meleagro, imploraba rendida el favor del jóven con solícitos ruegos. Un monstruoso jabalí, ministro de la venganza de Diana, irritada contra los de Calidonia, asolaba sus campos, y esta era la causa de su solicitud. Oeneo, Rey de esta desgraciada ciudad, queriendo dar gracias á los Dioses por una abundante cosecha que le habian dado, ofreció las primicias de los granos á Céres, las del vino á Baco, y las del aceite á Minerva. Todos los demas Dioses, empezando desde los agrestes, tuvieron parte en estos donativos y ofrecimientos: solo de Diana no se hizo aprecio; y mientras el incienso ardia en todos los otros templos, el suyo quedó olvidado. Tambien los Dioses se dejan llevar de la ira;[3] y Diana poseida de ella: „No quedará impune esta accion, dijo entonces; y ya que se publique el no habérseme tributado el debido honor, no se dirá que lo he sufrido sin tomar venganza;" y por este desprecio que de ella se hizo envió á los campos de Calidonia un jabalí, que excedia en magnitud á los mayores

toros de la herbosa Epiro, tanto cuanto estos exceden á los de Sicilia. Centelleaban los ojos de este monstruo con la sangre y fuego que en ellos se traslucian; su espantosa cerviz estaba áspera y horrorosa con las espesas cerdas que á manera de puas formaban como un vallado ú haz de lanzas apiñadas. De su boca caia y corria por los lados una herviente espuma, que de ella hacia salir un ronco gruñido; los colmillos eran iguales á los dientes de los elefantes; arrojaba rayos por la boca, y el centelleante aliento que exhalaba agostaba las yerbas y flores. Unas veces destruia los sembrados cuando apenas habian nacido, otras cuando estaban maduros y sazonados, sacando las lágrimas de los ojos á los míseros labradores. Las eras y trojes quedaban sin el grano que esperaban. Desgajaba el monstruo los sarmientos con sus racimos, y los ramos de las siempre verdes olivas cargados de fruto. Tambien se enfurecia contra los rebaños, sin que bastasen á defenderlos los pastores ni los perros, ni á las vacadas los fieros toros. Todas las gentes huian, y nadie se contemplaba seguro sino encerrado dentro de las murallas. En este conflicto Meleagro, y los jóvenes que para el efecto escogió, se enardecieron con el deseo de adquirir fama. Eran estos los gemelos Castor y Polux,[4] sobresalientes el uno en la pelea de los cestos, y el otro en la ecuestre; Jason,[5] inventor de la primer nave que se vió sobre el mar; Teseo con su amigo Piritoo; los dos hijos de Tetis, Toxeo y Plexipo; Linceo, hijo de Afareo; el ligero Idas, y Ceneo, que habia mudado el sexo; el feroz Leucipo, y Acasto, certero en las saetas; Drias, y Fenix, hijo de Amintor; los dos hijos de Actor, Eurito y Cleto, y Fileo, que habia venido de la Elide; Telamon, y Peleo, padre del grande Aquiles, con Admeto, hijo de Feretis; Yolas, Beocio de nacion; el diligente Eurition, y Equion, invencible en la carrera; Lelex, de la ciudad de Locris; Panopeo,

Hileo, el feroz Hipaso, y Nestor,[6] que se hallaba entonces en la flor de la juventud, con otros que Hipocoonte envió de la antigua Amicla; Laertes, padre de Ulises, el Parrasio Anceo, el sagaz Ampicides, y Anfiarao,[7] á quien aun no habia vendido su muger; y últimamente Atalanta, hija de Speneo, hermosísima doncella, honor del bosque Liceo, y natural de Texea, en Arcadia. Llevaba recogida con una hebilla la extremidad de su vestido, y su cabello con un solo nudo. De su hombro izquierdo pendia una aljaba de marfil, y el arco en la mano izquierda: en esto consistia todo su adorno; y su rostro reunia la belleza y donaire gentil de una doncella, y virginal de un jóven. El verla Meleagro, el desearla, y el encenderse en un oculto amor, fue todo á un tiempo; pero no tenia á su favor el Dios de esta pasion. Decia pues entre sí: „Feliz aquel que sea su esposo." No tuvo tiempo de decir mas, ni se atrevia á hablarla, porque instaba y urgia el dar principio á la caza del jabalí.

El bosque donde se juntaron estos jóvenes, como nunca se habia cortado, estaba muy enmarañado y espeso; la falda empezaba llana, y elevándose poco á poco, era una atalaya de los campos. Luego que estuvieron juntos en él todos los de la empresa, unos tienden las redes, otros quitan las cadenas á los perros, y otros siguen el rastro y huellas del jabalí, con deseos de ojearlo, sin que les desanime el peligro. Alli se descubria un valle, y en lo mas profundo de él una laguna, á la que iban á desaguar algunos arroyos engrosados con las lluvias, y sus márgenes estaban coronadas de sauces, juncos, cañas y otras plantas palustres. Excitado el jabalí, que se ocultaba en esta espesura, se lanzó como un rayo hácia los cazadores. Por donde pasaba iba destrozando el monte, y causando un espantoso ruido. Los resueltos jóvenes comenzaron á gritar, y le

presentaron el venablo para detenerlo; pero pasó todas las barreras, y apartó á fuerza de dentelladas á los perros, que se oponian á su veloz carrera. Erró el golpe Equion, que fue el primero que le disparó un dardo, que vino á dar ya flojo en un árbol. Jason hubiera acertado si hubiera tirado el suyo con menor violencia; pero por la fuerza que llevaba se pasó de largo sin herirle. Ampicides, invocando entonces á Febo, le hizo esta súplica: „Astro del dia, si la veneracion que siempre te he rendido, y te continúo tributando, ha sido de tu aprobacion, concédeme acertar el tiro al blanco á que nos dirigimos." Apolo oyó su ruego en cuanto pudo: el dardo tocó al jabalí; pero sin herirle, porque Diana le habia despojado del hierro en el camino.[8] Sin embargo el golpe acrecentó el furor de la fiera, y vibró de sus ojos y boca un fuego semejante al de un rayo; y cual máquina[9] que bate con impetuosidad los muros de una ciudad, ó una torre llena de soldados, asi el monstruo se arroja con furor en medio de los cazadores. Eupalamon y Pelagon, que estaban á la derecha, fueron derribados, y sus cuerpos retirados por sus compañeros. No pudo evitar un golpe mortal Enesimo, hijo de Hipocoonte, pues de una dentellada le desbarató á tiempo que temblando se disponia á salvarse huyendo. Nestor hubiera perecido antes de ir á la guerra de Troya; pero se libró apoyando su lanza en el suelo, con la cual saltó á un árbol que estaba inmediato, y desde él se estuvo mirando seguro al jabalí de quien habia huido. Este, habiendo afilado sus dientes en el tronco de una encina, confiado en sus nuevas armas, amenaza de muerte á los que le perseguian, y dió á Oritia una gran dentellada en un muslo. Los dos hijos de Tíndaro,[10] que aun no habian sido recibidos en el número de los Dioses, montados en dos soberbios caballos, mas blancos que la misma nieve, blandiendo ambos las lanzas, le hubieran herido si no se hubiese

metido en un lugar del bosque tan espeso, que era impenetrable no solo á los caballos, sino aun á los mismos dardos. Telamon,[11] que quiso perseguirlo con demasiado ardor, tropezó en la raiz de un árbol, y cayó inclinado; y mientras Peleo su hermano lo levantaba, Atalanta de un flechazo hirió al jabalí debajo de la oreja, aunque levemente. No se alegró menos que ella Meleagro de este suceso. Se dice que fue el primero que vió correr la sangre de la herida, y la mostró á sus compañeros; y dirigiéndose á esta Princesa: „Conseguirás, la dijo, el honor que has merecido por tu valor." Avergonzáronse con esto los varones que estaban presentes; se acaloraron unos á otros por medio de grandes gritos, y arrojaron sobre la bestia una lluvia de dardos; pero con tal desórden, que la misma multitud impedia acertar el golpe.

El Arcadio Anceo, que iba armado con una hacha de dos cortes, picado de este mal suceso y del discurso de Meleagro, habló á los que le acompañaban de este modo: „Vais á ver, ó jóvenes, cuanta ventaja lleva el brazo del hombre al de la muger: aunque la misma Diana defendiese á este monstruo con sus propias armas, á pesar suyo será mi diestra el instrumento de su muerte." Despues que pronunció este soberbio y temerario discurso tomó su hacha con ambas manos, y levantándose sobre las puntas de los pies para dejarla caer con mas impetuosidad, iba á herirle; pero el jabalí le ganó la accion, y dirigiéndose adonde era mas segura y pronta la muerte, le rasgó las ingles de una dentellada. Cayó con la herida, y sus entrañas desprendidas caian entre la sangre que regaba la tierra. Teniendo Piritoo su venablo en la mano, iba á arrojarse sobre el espantable monstruo, cuando Teseo, asustado del riesgo que corria, le dijo desde lejos: „Detente, mitad de mi vida,[12] y á quien yo estimo mas que á mí mismo: no

conviene á tu valor alejarte mucho de nosotros; el arrojo imprudente de Anceo ha causado su ruina." Dijo esto, y tiró al jabalí su dardo con tanta fuerza y destreza, que seguramente le hubiera herido, si la rama de un árbol no lo hubiese estorbado. Jason, que le disparó el suyo, en vez de herir la fiera atravesó á un perro de parte á parte, y lo cosió con la tierra.

Meleagro le disparó dos, uno despues de otro; pero con suerte muy diferente, pues el uno se clavó en la arena, y el otro hirió al jabalí en medio de la espalda; y mientras se enfurece, dando mil vueltas á la redonda por arrancarse el dardo de la herida, y vomita rios de espuma mezclada con sangre con un ruido espantable, preséntase el autor de la herida, y le atraviesa el venablo por medio del cuerpo. Todos sus compañeros manifiestan su alborozo con una gran gritería, y se apresuran á tocar con sus manos las del vencedor. Maravillados á la vista del monstruo, cuyo cuerpo cubria un espacio considerable de tierra, aun no se juzgan seguros para acercarse; pero no obstante cada uno ensangrienta en él su dardo. Meleagro, teniendo el pie sobre la cabeza para cortársela, habló á Atalanta en estos términos: „Toma este despojo que de derecho me toca, y participa de la gloria de esta victoria."[13] Al punto que acabó de decirlo la dió por despojo la áspera piel con las punzantes cerdas y cabeza del jabalí, de cuya boca salian los agudos colmillos. Atalanta quedó contenta con el presente, y prendada del que lo hacia; pero todos los demas cazadores tuvieron envidia, y se pusieron á murmurar, de los cuales los dos hijos de Testio, extendiendo los brazos, clamaron altamente: „Ea pues, muger, deja esos despojos; no nos quites la gloria que nos es debida; no te dejes alucinar de tu hermosura por este mérito, ni te expongas á perder y á alejar para siempre de tí al que enamorado de ella te hace este regalo;" y diciendo esto

la arrebatan la piel de las manos, quitándole á él con esta accion el derecho que á ella tenia. No se acomodó á consentirlo Meleagro, y montando en cólera les dijo: „Aprended, ladrones de la honra agena, la diferencia que hay de los hechos á las amenazas." Despues de estas pocas palabras atravesó con su espada el pecho de Plexipo, que no rezelaba tal cosa; y hallándose Toxeo dudoso en resolverse, pues por una parte deseaba vengar á su hermano, y por otra temia igual desgracia, se vió sorprendido y atravesado con la misma espada, caliente todavía con la sangre de Plexipo.

Altea iba á dar gracias á los Dioses por la victoria que su hijo acababa de alcanzar, cuando encontró los dos cadáveres de sus hermanos, que los llevaban á Calidonia. Sorprendida al verlos empezó á llorar, y á llenar de lamentos toda la ciudad, y se vistió de luto, dejando las galas. Pero luego que supo que su hijo era el homicida de sus dos tios, dejó de llorar, y sus lágrimas se convirtieron en deseo de la venganza.[14] Cuando parió á Meleagro, las tres Parcas[15] pusieron un tizon en el fuego, é hilándole la vida, dijeron: „Tanto tiempo damos á este recien nacido cuanto tarde en consumirse este tizon." Retiráronse las Diosas despues de haber proferido la sentencia, y Altea quitó del fuego el fatal tizon que ardia, y apagándole con agua, le tuvo guardado mucho tiempo en lo mas escondido de la casa, y de este modo conservó y dilató la vida de su hijo. Sacó pues Altea el tal tizon, y mandando traer teas y otros combustibles, les puso fuego por su propia mano. Cuatro veces fue á poner el tizon en las llamas, y otras tantas se detuvo, vacilando entre el amor del hijo y el de los hermanos: el horror de tan gran delito la ponia pálida; un instante despues, ardiendo en ira, se le encendian los ojos y rostro;[16] unas veces le tenia cruel y amenazador, y otras manifestaba piedad y compasion; y aunque el fiero dolor de su ánimo

la enjugaba algun tanto las lágrimas, con todo le corrian algunas: y á la manera que una nave, á quien opuestamente impelen hácia una parte el viento y hácia otra las corrientes, siente dos violencias, y unas veces se deja llevar de la una y otras de la otra; del mismo modo Altea fluctúa entre dos contrarios afectos: unas veces depone la ira, y otras se vuelve á enfurecer, y á empezar á ser mas bien hermana que madre, haciéndose piadosa con la impiedad para aplacar con la sangre de su hijo los manes de sus hermanos. Dejóse por último arrastrar de la ira, y volviendo á tomar el tizon: „Abrase, dijo, este leño fatal que tengo en mis crueles manos mis mismas entrañas;" y poniéndose inmediata á las tumbas de sus hermanos, prosiguió diciendo á las tres Furias:

„Diosas, que estais establecidas para castigar los delitos, sed testigos del sacrificio que voy á ofrecer: por vengarme incurro en una maldad; pero una muerte se ha de castigar con otra muerte; á un delito se ha de añadir otro delito, y á un funeral otro funeral: destrúyase esta impía casa por duplicados lutos. ¿Será razon que mi marido Oeneo goce con felicidad de su hijo vencedor, y que Testio mi padre quede sin sus dos hijos? Mejor es que ambos lloren á un tiempo por un mismo motivo; y vosotras, sombras de mis hermanos, almas queridas, que acabais de bajar á la mansion tenebrosa, experimentad los efectos[17] del oficio que os voy á dedicar, y aceptad las exequias que os preparo con el desgraciado fruto de mi vientre; pero ¡ay de mí! ¿adonde me arrebata este ciego furor? Hermanos, perdonadme que soy madre, y mis manos no se atreven á llevar adelante lo comenzado: confieso que mereció morir. Conozco que el delito de mi hijo es digno de muerte; pero no me atrevo, y rehuso castigar con ella al que le cometió. Y ¿qué? ¿ha de quedar impune, para que vencedor y engreido con

su triunfo obtenga el reino de Calidonia? Y vosotros, queridos hermanos, ¿quedareis reducidos á un poco de ceniza y sombras heladas? No, no lo toleraré por vida mia; muera el delincuente, y lleve al sepulcro todas las esperanzas de su padre, el reino y la ruina de su patria. Pero ¡ah! ¿son acaso estos dignos sentimientos de una madre? ¿Qué? ¿me olvido de los piadosos deseos paternales y de los trabajos que pasé por su respecto diez meses? ¡Ojalá que se hubiera consumido al primer incendio del fuego que pusieron las Parcas, y ojalá que yo lo hubiera consentido! Hijo mio, tú has vivido hasta ahora por un beneficio mio, y ahora morirás por tu delito:[18] experimenta el castigo de tu iniquidad, y restitúyeme la vida que te he dado dos veces, la primera por haberte parido, y la segunda por haber separado del fuego el tizon fatal, ó mátame, y enviáme al sepulcro con mis hermanos. Deseo vengarles, y no puedo. ¿Á qué me resolveré en fin? ¿Qué haré? Por una parte se presentan á mis ojos las heridas de mis hermanos, y la imágen de sus crueles muertes; por otra el amor y nombre de madre me abaten el ánimo. ¡Desdichada de mí! Mal será que venzais; pero venced, hermanos, y despues que os haya hecho estas exequias, os seguiré tambien al sepulcro." Luego que Altea acabó este razonamiento, volviendo el rostro y temblando,[19] echó con sus manos el funesto tizon en medio de las llamas.

El leño fatal al caer en ellas ó se resistió, ó á lo menos lo pareció, y comenzó á arder como contra la voluntad de la hoguera. Meleagro, aunque ausente y sin saberlo, se iba abrasando á proporcion que el tizon ardia, y sintiendo abrasársele las entrañas con un oculto fuego,[20] que procuraba sufrir y vencer con su valor. Afligíale el verse perecer con una muerte lenta y sin derramar sangre, y llamaba felices las heridas de que poco antes habia muerto Anceo peleando con el jabalí. Sus últimas palabras fueron clamar

con gemidos á su anciano padre, á sus hermanos y hermanas, á su consorte, y acaso tambien llamaba á su madre. Crecian á un mismo compas el fuego en que ardia el tizon y el en que se abrasaba Meleagro: por falta de materia se iban empezando á apaciguar, y cuando acabó de arder el tizon acabó tambien la vida de Meleagro,[21] y su espíritu se exhaló como un leve vapor, quedando poco á poco el fuego reducido á una blanca ceniza. Con la noticia de un accidente tan funesto toda la ciudad de Calidonia se consterna en extremo; los jóvenes y viejos, los grandes y el vulgo se afligen. Por todas partes no se oyen sino llantos y gemidos; las mugeres vestidas de luto se arrancan los cabellos;[22] el desgraciado Oeneo, tendido en el suelo y cubierto de ceniza y polvo, se queja tristemente por haberse prolongado sus dias hasta este fatal momento: nada digo de Altea, su madre, quien no habiendo podido sobrevivir á la desesperacion á que le habia reducido un delito tan enorme, se atravesó el corazon con un puñal.

Pero aunque Dios me hubiera dado cien expeditas lenguas; aunque yo pudiera hacerlas hablar dignamente, y aunque yo solo poseyera todos los talentos de las Diosas que habitan el Helicon, no me seria posible pintar toda la afliccion y tristes ayes de las hermanas de este Príncipe. Vestidas de luto se golpean sus pechos cárdenos; y mientras el cadaver de su hermano está en el féretro, le calientan y vuelven á calentar, besando el cuerpo y el lecho donde yace, y despues de estar reducido á cenizas aplican tambien estas á su pecho. Tendidas delante de su sepulcro besan la losa en que su nombre estaba esculpido, regándola con sus lágrimas, continuando su dolor hasta que Diana, saciada en fin (si puede decirse asi) de las calamidades de la deplorable familia de Oeneo, las transformó en aves.[23] Los cuerpos de estas desgraciadas Princesas, exceptuando á Gorge y

Deyanira, se cubren de plumas; sus brazos se truecan en largas alas, y la boca en duro pico, y asi transformadas hace que vuelen por los aires.

* * *

Notas

1. Teseo.

2. Es lo que ahora llamamos el Archipiélago.

3. ¡Qué ceguedad la de los gentiles, que no se avergonzaban de adorar deidades poseidas de las mas torpes pasiones, y que tomaban las mas terribles venganzas por cosas de poco momento!

4. Fueron hijos de Júpiter y Leda.

5. Fue el principal y capitan de los Argonautas, que en la nave Argo hicieron el viage á Colcos á la conquista del vellocino de oro.

6. Este fue el mas longevo que conocieron los griegos, pues se afirma que vivió mas de trescientos años.

7. Fue hijo de Oeclo, y Ovidio le denomina con el patronímico de Oeclides. Tuvo fama de grande adivino; y previendo por su arte que moriria en la guerra de Tebas, se ocultó, y le descubrió su muger Erifile.

8. Diana sostenia y favorecia al jabalí como enviado por ella, y Apolo á los cazadores como Dios de la caza.

9. Las máquinas de batir y asaltar los muros y las plazas eran en lo antiguo para el asalto las torres, y para batir el ariete, las vineas y el testudo, cuya descripcion puede verse en Juan Ravisio Testor.

10. Estos eran Castor y Polux, conocidos por el patronímico de Tindárides.

11. Fue hermano de Peleo, tio carnal de Aquiles, y padre de Ayax, el que disputó con Ulises sobre las armas de aquel, segun se verá en el libro 13.

12. Es famosa en la fábula la amistad de Teseo y Piritoo, la que llegó al extremo de que habiendo ambos hecho el concierto de que ninguno de ellos hubiese de casar con muger

que no fuese hija de Júpiter, bajaron al infierno á robar á Proserpina.

13. De esto se puede inferir cuán antigua sea la costumbre de que al que mata la fiera en una caza clamorosa le dan la cabeza, y la trae y pone por trofeo sobre las puertas de su casa, como aun en el dia se observa.

14. Violencia bien pintada de la pasion de la venganza, pues hizo que Altea suspendiese el llanto por la muerte de sus hermanos, y pasase desde él á la mas negra y dificil iracundia, tocando el grado de furor y escandecencia.

15. Cloto, Laquesis y Átropos, las cuales fingieron tenian á su arbitrio la vida de los hombres, y señalaban el término y duracion de ella al tiempo del nacimiento.

16. Fuerte contraste de dos violentas y contrarias pasiones, cuyos rasgos pinta el poeta con viveza, describiendo la prontitud con que Altea pasa de la una á la otra.

17. Dice esto porque pensaban los gentiles que las almas se aplacaban y aliviaban con la venganza y desagravio de su muerte.

18. Modo ingenioso con que quiere disculpar su impiedad.

19. Primer y funesto efecto de la maldad, que aun antes de cometerla hace que se violente y tiemble para egecutarla el delincuente.

20. En una forma muy semejante á esta, aunque provenida de otra causa, fingieron haber muerto Hércules en el monte Oeta, como se dirá adelante.

21. En esto alude á la persuasion en que estaban los gentiles, y que aun llegó á nuestros tiempos, de que las encantadoras y hechiceras forman unas figuras ó muñecos á quienes atormentan, y lo que padece la figura lo siente el original.

22. Ceremonia fúnebre que se hacia en las exequias, quitándose algo del cabello, y arrojándolo en la pira si aquellas eran por ambustion, ó en el sepulcro si eran por humacion.

23. Estas aves en que fueron transformadas las hermanas se llamaron Meleágrides, y en la mas comun opinion son las gallinas africanas, de que tanto aprecio hacian los romanos en sus cenas en tiempo de Horacio, que las denomina con el nombre de *afra avis*.

Fábula VI

TESEO SE DETIENE EN CASA DE AQUELOO.

Teseo, despues de concluida la caza comun de Calidonia, á que habia sido convidado, regresándose á Atenas, le cerró el camino y le hizo detener el rio Aqueloo, que iba fuera de madre con la abundancia de lluvias. „Entra en mi casa, ilustre y generoso Teseo, le dijo el Dios de este rio,[1] y no te expongas á la impetuosidad de las corrientes. Cuando como ahora se enfurecen, suelen arrastrar en su corriente troncos macizos, y voltear grandes piedras con un espantable ruido. Yo le he visto algunas veces derribar las casas mas sólidas, próximas á la ribera, y arrastrar los rebaños y sus apriscos, sin que la fuerza de los toros ni la ligereza de los caballos pudiesen salvarlos de la violencia de sus ondas. Muchas veces las nieves derretidas han formado torrentes impetuosos, que se han llevado á los jóvenes mas robustos. Mejor será sin duda que aguardes aqui, y descanses en mi casa hasta que el rio baje á las márgenes que le enfrenan." „Yo acepto, dijo Teseo, tu hospedage y tus consejos, y me aprovecharé con gusto de ellos." Despues de este cumplimiento se dirigieron á la habitacion de este Dios. Era una gruta hecha de rocallas y piedras pómez, cuya bóveda estaba hermoseada de conchas de varios colores, colocadas con mucho arte, y el

pavimento bordado de musgo y cesped. Luego que llegó la hora de comer, Teseo y sus compañeros se sentaron en los lechos que les tenian preparados;[2] Piritoo estaba á un lado, y el Trecieno Lelex á otro.[3] Este héroe era entonces de bastante edad, y sus cabellos empezaban ya á emblanquecerse. Aqueloo, alegre con tener en su casa un huesped como Teseo, hizo sentar tambien á todos sus compañeros, que habia juzgado dignos de tal honor. Despues que estuvieron colocados, una porcion de hermosas Ninfas descalzas cubrieron la mesa de manjares; y concluida la comida y retiradas las viandas, sirvieron el vino en un vaso guarnecido de piedras preciosas. Entonces Teseo, tendiendo la vista á los mares que tenia presentes, dijo: „¿Qué lugar es aquel (señalándole con el dedo) que se divisa desde aqui? Te suplico nos digas el nombre de aquella isla, ó por mejor decir de todas las que estan en aquel parage, pues parece no ser una sola." „Juzgas muy bien, le respondió Aqueloo, hay cinco islas en aquel sitio; pero estan tan inmediatas unas de otras, que á la vista parecen una sola; y para que te cause menos admiracion la venganza tan cruel que Diana tomó contra los de Calidonia, voy á referirte la historia de estas islas. En esta comarca habia en otro tiempo cinco Náyades, que habiendo sacrificado diez toros, convidaron al sacrificio á todas las deidades del campo,[4] y sin acordarse de mí tuvieron un festivo baile. Ofendido de este desprecio, engrosé las olas de mi rio, enfureciéndome tanto como en mi mayor creciente, terrible en el aliento y en las olas, arranqué selvas y campos enteros, y con ellos llevé hasta el mar las Ninfas que hasta entonces no se habian acordado de mí. Mis olas y las del mar dividieron este pequeño continente, y formaron de este modo las cinco Equinades[5] que ves."

„Entre todas esas islas, continuó, ¿no observas la que está mas distante? Llámanla la isla de Perimela. Era una Ninfa á quien yo amaba, y á quien hice perder el nombre de doncella; lo que su padre Hipodamante llevó á mal, y en venganza arrojó á su hija á lo profundo del mar desde un alto escollo para que pereciese. Yo la recibí al caer, y llevándola sobre mí á nado: „Ó Neptuno, exclamé, Dios del mar, á quien tocó por suerte el cetro de la segunda porcion del mundo, y á quien todos los rios rinden homenage mezclando sus aguas con las que estan bajo tu poder, asiste aqui, y escucha apacible mis plegarias. Yo he causado la ruina de esta Ninfa, que ahora tengo sobre mis brazos; y si su padre fuera racional y justo, ó por mejor decir si no hubiera sido tan impío, sin duda se hubiera compadecido de ella, y á mí me hubiera perdonado: poderoso Dios, hágante mella mis lágrimas, y concede un lugar seguro á esta infeliz, precipitada á las olas por la inhumanidad de su padre; ó haz de modo que ella se convierta en el lugar de su habitacion, porque aun asi tendré el consuelo de circundarla con mis aguas." Condescendió Neptuno inclinando la cabeza, á cuya insinuacion se retiraron todas las aguas de aquel sitio. Sin embargo continuaba nadando Perimela; yo mismo tocaba su pecho, que aun palpitaba con bastante timidez; y cuando me regocijaba con este tacto advertí que empezaba á endurecerse su cuerpo, y que sus entrañas se reconcentraban en la tierra, y cubriéndola enteramente quedó convertida en isla."

* * *

Notas

1. Como en cada cosa creian los gentiles existia una deidad, fingian haberlas en los rios; y la figura mitológica con que las pintaban era la de un hombre, cuya cabeza estaba coronada de

ovas, y que destilaba agua por todo su cuerpo, y principalmente por los cabellos y la barba.

2. Eran los lechos ó camillas que llamaban convivales, en las que mas bien se recostaban que se sentaban á la mesa, como nosotros lo hacemos.

3. En cada camilla se acomodaban tres: el del medio era el lugar preferente, y este parece dieron á Teseo.

4. Las deidades campestres eran el Dios Pan, los Sátiros, los Faunos, los Rios, las Ninfas Náyades, que habitaban en las fuentes, y las Dríadas y Hamadríadas en los árboles.

5. Estas fueron unas Ninfas convertidas en islas por no haber llamado á Aqueloo á un sacrificio, al que habian convidado á todos los rios.

Fábula VII

FILEMON Y BAUCIS.

Despues de esta narracion calló Aqueloo, y todos se quedaron admirados de una cosa tan portentosa; pero Piritoo, hijo de Ixion, que no tenia respeto á los Dioses, y que era de ánimo feroz, se burló de la credulidad de sus compañeros. „Tú nos cuentas, dijo á Aqueloo, unas patrañas, y juzgas que los Dioses son todopoderosos, y quitan y ponen á las cosas sus figuras." Todos se quedaron espantados, y ninguno aprobó semejantes blasfemias; y tomando la mano Lelex, grave ya en edad y prudencia, dijo asi: „Es inmenso y no tiene fin el poder del cielo, y los Dioses hacen todo lo que quieren; y para que menos lo dudes has de saber que en los montes de Frigia hay una encina inmediata á un tilo, cercada con un pequeño muro; yo mismo ví el parage cuando Piteo me envió á este pais, en que reinaba en otro tiempo su padre. Bien cerca hay un estanque, que antes fue tierra habitable, y ahora es una laguna frecuentada de cuervos marinos y cercetas. Júpiter en figura de hombre mortal vino al tal sitio, acompañado de su hijo Mercurio sin alas ni caduceo.

„Despues que en muchas casas pidieron hospedage, y les fue negado, llegaron por último á una pequeña cabaña, cubierta de paja y cañas

palustres, en la que los recibieron con mucho agasajo Filemon y Baucis su muger, anciana llena de piedad, como tambien su marido. Los dos de igual edad se habian casado muy jóvenes, y envejecido en aquella pobre choza. Pobres y sin bienes habian sabido con su virtud disminuir los riesgos de la indigencia. Ellos solos en esta cabaña eran los señores y criados, y componian toda la familia; ellos mismos daban las órdenes, y ellos las egecutaban. Luego que Júpiter y Mercurio entraron bajando la cabeza, porque la puerta era muy baja, Filemon les rogó que descansaran, presentándoles unos asientos, sobre los cuales Baucis puso un poco de paja para que estuviesen con mas comodidad: despues desenvolvió la caliente ceniza, y buscó entre ella algunas pequeñas brasas que habian quedado del dia anterior, y poniendo sobre ellas hojas y virutas secas, á fuerza de soplar con fatigado aliento estas concibieron llamas; y para cebarlas arrancó del techo de la choza algunos manojos y ramos menudos, y partiéndolos en trozos, los aplicó á un pequeño caldero que habia puesto con agua á la lumbre, y al mismo tiempo cortó y preparó unas verduras que su marido habia cogido en un pequeño huerto: él entre tanto alcanzó con una horquilla una espaldilla de tocino que estaba colgada en una negra viga, y cortando de ella una pequeña parte, la puso á cocer en el agua hirviendo del caldero. Para que á los Dioses no se les hiciese largo el tiempo que gastaban en disponer la comida, les entretuvieron con varias conversaciones. En un rincon pendia de una asa encorvada un barreño de haya, que Filemon llenó de agua para que se lavasen los pies.[1] Habia tambien en medio de la choza un tarimon ó lecho de madera de sauce con los pies de lo mismo, sobre el cual estaba un jergon rehenchido de suaves ovas, en el cual extendió la vieja Baucis una manta que solia servirles para

los dias de fiesta, bien que vil y despreciable, y acomodada á la armadura de sauce. Sentáronse en él los Dioses, y Baucis arregazada y temblando de vejez puso la mesa; pero por desgracia tenia desigual un pie, y lo remedió poniendo debajo un pedazo de teja. Despues que la enderezó, limpió y cubrió con hierba buena, sirvió y puso sobre ella aceitunas aderezadas, cerezas, otras hierbas y raices conservadas y adobadas en vino, queso y algunos huevos asados en el rescoldo,[2] y todo servido en platos de barro. Un jarro de la misma materia, con unos vasos de haya bien encerados por dentro, componian toda la bajilla. Despues de esto sirvieron la comida condimentada,[3] y vino, que no era muy añejo, y por postres[4] nueces, higos pasos, sazonados dátiles, ciruelas, manzanas olorosas y uvas recien cogidas, todo en un canastillo, y en medio de todo ello un blanco panal. La comida era á la verdad frugal; pero dada con buen semblante, y lo que vale mas que todo con una sincera voluntad. Entre tanto las dos buenas personas advirtieron que el jarro se llenaba por sí cuando quedaba vacío, y que el vino se aumentaba en vez de disminuirse. Atónitos á la vista de este prodigio, se pasman, y levantan sus manos trémulas al cielo, pidiendo perdon á sus huéspedes de la comida y del poco aparato de ella. Quedábales aun un ganso que guardaba la cabaña, é iban á matarlo; pero como tenia alas, cansa á Baucis y Filemon, pesados con la edad, y los burla por mucho rato, y al fin huyendo de ellos se acogió á los mismos Dioses, quienes, despues que impidieron le matasen, se dieron á conocer, anunciándoles al mismo tiempo la justa venganza que querian tomar de toda aquella impía poblacion. „Vosotros, les dijeron, quedareis libres del castigo; abandonad al punto vuestra cabaña, y seguidnos: venid con nosotros á la cumbre del monte." Filemon y Baucis obedecen la órden; y sostenidos en sus báculos,

hacen esfuerzos para subir á la cima. No estaban ya de ella tan distante cuanto alcanza el tiro de una saeta, cuando vuelven la vista, y ven todo el pais anegado, excepto su casa. Pasmándose de ver este prodigio, y llorando la triste suerte de sus vecinos, advierten que su reducida cabaña se habia convertido en templo. Las rústicas vigas que la sostenian antes se volvieron columnas magníficas; la paja que la cubria se convirtió en oro, y el suelo estaba enlosado con riquísimos mármores, y la puerta adornada de escultura y bajos relieves; en una palabra, toda la mansion brillaba con el oro. Admirados estaban aun cuando Júpiter les habló en estos términos: „Justo anciano, y tú, digna esposa de un marido tan virtuoso, decidme lo que deseais, y podeis pedirlo con seguridad." „Todos nuestros deseos, le respondió Filemon con Baucis, despues de haber consultado por un breve espacio con su muger, se limitan á ser los sacerdotes de este nuevo templo; y porque siempre hemos vivido en una perfecta union, quisiéramos tambien morir en un mismo dia: concédeme la gracia de no ver el sepulcro de mi esposa, ni que ella sobreviva á mi funeral." Júpiter vino bien en otorgarles su peticion, y ellos sirvieron en el templo el resto de su vida. Luego que llegaron á una extrema vejez, un dia que se hallaban sentados en las gradas del templo, y que hablaban de sus extraños acaecimientos, Baucis advirtió de repente que el cuerpo de Filemon se cubria de hojas, y él observó que lo mismo sucedia á su muger. Viendo en seguida ambos que la corteza empezaba á llegar hasta la cabeza, prorumpieron mientras pudieron en estas mutuas expresiones: „Á Dios, querida esposa," le dijo tiernamente Filemon; „Á Dios, querido esposo," le respondió Baucis. Apenas pronunciaron estas palabras cuando sus bocas se cerraron para siempre. Un morador de Tiana muestra aun alli los troncos de estos dos

árboles, el uno cerca del otro. Esta es, añadió Lelex, la historia que me han contado unos viejos dignos de que se les dé crédito, y que no tenian ningun interes en engañarme. Yo mismo he visto las ramas de estos árboles adornadas de ramilletes y guirnaldas, y aun algunas puse yo diciendo: „De este modo recompensan los Dioses la piedad, y honran despues de su muerte á los que les han dado culto durante su vida."

Este discurso, pronunciado por un hombre tan sabio como Lelex, habia hecho mella en los ánimos, y especialmente en el de Teseo, quien manifestaba muchos deseos de saber los maravillosos hechos de los Dioses. Aqueloo, que lo notó, apoyado sobre su brazo le habló asi: „Hay muchos que han sido transformados conservando siempre su nueva forma, y hay otros que no la han conservado, sino que han ido transformándose en otras muchas figuras, como tú, ó famoso Proteo,[5] habitador del mar, que te has dejado ver algunas veces bajo la forma de un jóven, otras bajo la de un leon, de un furioso jabalí, de una culebra que causaba espanto, de un toro, de una piedra y de un árbol. Unas veces tomabas toda la fluidez del agua, y se hacia un rio, y otras se convertia en fuego, elemento contrario al agua."

* * *

Notas

1. Era un rito y ceremonia del hospedage.

2. Todas estas cosas eran pertenecientes á la primera parte de la comida, que se llamaba *gustatio*.

3. Segunda parte de la comida.

4. Eran la conclusion ó la tercera parte.

5. Es muy vulgar y sabida la fábula de Proteo, de quien se dijo y fingió que tomaba las

formas y figuras que queria, y esta fábula se acomoda á las personas que, como suele decirse, hacen á muchas caras.

La hambre se apodera de Eresicton

„No tenia menos poder y eficacia, prosiguió Aqueloo, para transformarse en varias figuras la hija de Eresicton,[1] muger de Autólico. Su padre era uno de aquellos impíos que desprecian á los Dioses, y que jamas les ofrecen sacrificios. Dicen de él que tuvo la temeridad de cortar con una segur una encina, y de destruir un bosque antiguo,[2] dedicados á Céres. Estaba aquella en medio del tal bosque, y casi le ocupaba ella sola; de cuyas ramas pendian cintas, guirnaldas y pinturas ofrecidas por votos, y promesas conseguidas de la divinidad de este lugar. Muchas veces habian danzado las Dríadas debajo de esta encina; y otras, asiéndose de las manos, rodearon lo grueso de su tronco, que tenia quince codos de circunferencia, y que excedia á los demas árboles en la misma proporcion que ellos exceden á la yerba. Mas nada de todo eso sirvió de estorbo á Eresicton para mandar á sus criados que cortasen aquel privilegiado árbol; y como viese que no se atrevian á obedecerle, quitando á uno de ellos el hacha: „No le valdrá, dijo, á este tronco para dejar de caer á tierra el estar dedicado á Céres, ni el que fuera la misma Diosa la que habitase en él." Dichas estas palabras, empezó á darle los primeros golpes; pero apenas fue herido el árbol cuando se le vió temblar, y demostrar su sentimiento;[3] las hojas, las ramas y bellota de que

estaba cubierto mudaron de color. Cortada la corteza, empezó á correr sangre en lugar de humor con tanta abundancia, como la de un grueso toro cuando se inmola como víctima al pie de los altares. Á la vista de este prodigio todos los circunstantes se pasmaron; y uno de ellos, despues de haber abominado la maldad que su amo iba á cometer, quiso quitarle la hacha; pero mirándole Eresicton con indignacion: „Recibe, le dijo, cortándole la cabeza con la misma hacha, el premio de tu piadoso corazon," y continuó repitiendo los golpes en la encina. De lo interior del árbol salió una voz que articulaba estas palabras: „Yo soy una Ninfa querida de Céres, que habito este árbol; has cortado el hilo de mi vida, y en el momento de mi muerte pronostico las penas que estarán bien presto sobre tí por este hecho, y es el único consuelo con que rindo mi vida." El impío Eresicton, poco asustado de la amenaza, continúa hiriendo el árbol; y viendo que ya se movia á fuerza de tantos golpes, tirado de un lazo cayó, y derribó muchos árboles con el peso. Atónitas las Dríadas con el daño del bosque y suyo, se visten de luto, y tristes se presentan á Céres, pidiéndola castigue una accion tan cruel. Manifestando la bellísima Céres por un movimiento de cabeza, que hizo temblar todos los campos y mieses de que estaban cubiertos, que les otorgaba su demanda, le traza un desgraciado castigo, si él fuera digno de que alguno le tuviera lástima por sus acciones, que era el despedazarlo por medio de una cruel hambre; la cual, porque no conviene á la Diosa (pues los hados no permiten que se junte Céres y la hambre),[4] habló á una de las Ninfas que habian ido á implorar su socorro en estos términos:

„En la extremidad de la helada Escitia hay un lugar triste y tenebroso, donde no se encuentran sembrados ni árboles.[5] Este horroroso clima, en

que reina un frio eterno, es la mansion de la amarillez, del temblor y de la hambre. Parte y dile á esta de mi órden que se introduzca hasta el interior de las perversas entrañas del sacrílego Eresicton; que haga de modo que nada pueda saciarla, y que sean inútiles por su obstinacion en atormentarle todos los socorros que yo proporciono contra la hambre. Y porque no te amedrente lo largo del camino, he aqui te presento mi carro, y estos dragones[6] que te conducirán por medio de los aires." Subiendo la Ninfa á él, llegó en poco tiempo á la Escitia sobre la cumbre del monte Cáucaso, donde encontró á la hambre en medio de un campo cubierto de piedras, que arrancaba algunas escasas yerbas con las uñas y dientes. Tenia el cabello erizado y desgreñado, los ojos hundidos y cárdenos, el rostro amarillo, los labios denegridos, los dientes podridos con el sarro, su piel acartonada y transparente, por la cual se le podian ver las entrañas, y los huesos sobresalian á las escasas carnes de sus lomos. Su pecho parecia que pendia, y que se sostenia de la textura del espinazo, y por vientre solo se veia el lugar donde debia estar colocado. Su gran flaqueza descubria sus músculos y nervios; y los huesos de sus rodillas y tobillos presentaban el aspecto de unos globos. Luego que la vió la Ninfa de lejos (porque no se atrevió á acercar), la intimó la órden de la Diosa. Á pesar de esta precaucion en el poco tiempo que tardó, y en el lugar distante en que se hallaba, se sintió penetrada de la hambre; y volviendo las riendas á los dragones de su carro, se restituyó por los aires á Tesalia.

La hambre, aunque muy contraria á Céres, cumplió sus órdenes. Conducida por los vientos llegó á la casa de Eresicton. Era de noche, y en medio del profundo sueño que tenia embargados sus sentidos todos, le estrecha entre sus brazos. Introduciéndose despues en sus entrañas la

horrible Diosa, derramó su veneno en su boca, garganta y pecho, haciéndole circular por sus venas. Despues que cumplió la órden de Céres abandonó una tierra donde reinaba la abundancia, y se volvió al clima estéril que es su mansion ordinaria. Eresicton estaba todavía entregado á la dulzura del reposo, bien que ya remiso, cuando empezó á sentir los rigores de la hambre. En las fantasmas del sueño creia comer, y movia la boca y dientes como si verdaderamente hubiese comido, fatigando de este modo su garganta por la vana representacion de un manjar imaginario. Luego que despertó sintió devorar por la hambre mas cruel asi su famélica garganta como los senos de sus entrañas, y mandó buscar sin la menor dilacion los alimentos que producen el mar, la tierra y el aire. Cuando su mesa estaba cubierta con profusion, se quejaba de que no tenia con que saciarse, y en medio de la abundancia buscaba codiciosamente con que satisfacer la hambre que le devoraba. Lo que podia ser bastante para alimentar á ciudades y pueblos enteros no le era suficiente: cuanto mas comia tanto mas deseaba comer: asi como el mar, que recibe en su vasto seno todos los rios de la tierra sin que sus aguas rebosen; ó como el fuego, que devora toda la leña que se le arroja, y lejos de entibiar su ardor por la cantidad de las materias que consume, cobra nuevas fuerzas á proporcion de la cantidad."

* * *

Notas

1. Fue Metra, doncella de Tesalia, de quien se cuenta el suceso que refiere esta fábula.

2. Era costumbre el plantar un bosque al rededor de los templos, el cual, lo mismo que estos, estaba dedicado á la deidad del templo. De esto tenemos egemplares en las santas

Escrituras, que refieren la piedad y zelo de algunos de los Reyes de Judá y de Israel, que para desterrar la idolatría destruyeron los templos de los ídolos y los bosques que los rodeaban; y en la gentilidad se tenia por una especie de impiedad y sacrilegio el cortar los árboles de estos bosques.

3. Esta demostracion no era del árbol, sino de la deidad que creian haber en él.

4. Céres era la Diosa de las mieses, y en el lenguage de los poetas significaba el pan, como Baco el vino, segun se colige de aquello *sine Cerere et Baccho friget Venus*; y como donde hay pan no puede haber hambre, por eso dice aqui el poeta que no pueden juntarse el hambre y Céres.

5. Elegante descripcion de la habitacion de la hambre.

6. Esta es una de las inconsecuencias que se notan en los poetas, pues atribuye al carro de Céres los dragones que eran propios del de Saturno.

Fábula VIII

METRA TOMA DIFERENTES FORMAS.

„Asi Eresicton, despues de haber engullido todas las viandas que le habian servido, pide otras: lo que come no hace sino acrecentar su hambre, y siempre queda en su vientre un vacío que no se puede llenar. Ya con ella habia consumido todos sus bienes; pero esta no se disminuia, y la llama de su voraz gula se aumentaba cada vez mas. En fin, despues de haberse metido en el vientre todo su caudal y riqueza, solo le quedaba una hija, á la que, digna por cierto de mejor padre, vendió. Metra (asi se llamaba), viéndose en la esclavitud, alargó sus brazos hácia el mar, que no distaba de la casa de su amo, é hizo esta súplica á Neptuno: „Ó Dios de las olas, á quien yo agradé en otro tiempo, líbrame del indigno estado en que me hallo; tú debes esta recompensa á una doncella que correspondió á tu amor." Neptuno oyó la súplica de Metra, y á presencia de su amo, que la acompañaba, muda de figura en la de un pescador. Viendo el amo á su lado un hombre que tenia una caña en la mano, le dijo: „Quien quiera que seas, asi el mar te sea propicio como para enriquecerte la pesca, te ruego me digas si has visto y donde está una jóven mal vestida y desgreñada, que poco há estaba en esta playa: yo acabo de verla en la ribera, y por sus huellas

infiero que no está muy lejos de aqui." Metra, que conoció la utilidad que la resultaba ya de esta mudanza, se alegró de que su amo la preguntase sobre su situacion, y le respondió: „Siempre tuve la vista fija en estas aguas, y cuidadoso he estado aplicado á mi ministerio y egercicio; y para persuadirte mejor que lo que te digo es cierto, consiento que Neptuno haga mi pesca infructuosa, si ha habido en esta playa mucho tiempo há mas hombre ni muger que yo." El amo, dándole crédito, se retiró con el engaño, y Metra recobró su primera forma. Viendo Eresicton que su hija tenia el poder de transformarse, la vendió á diferentes personas, y ya bajo la forma de vaca, ya bajo la de yegua, ave y ciervo, servia á mantener, aunque él no lo merecia, la insaciable hambre de su padre;[1] pero á poco tiempo se burlaba de los compradores escapándose; mas viendo que ninguno de estos socorros bastaban á satisfacer la cruel hambre que le atormentaba, tomó por último la desesperada resolucion de morderse sus propios miembros, sustentando el miserable su mismo cuerpo con los pedazos que de él se arrancaba."

„Pero ¿por qué, continuó Aqueloo, he de contaros egemplos extraños, cuando yo mismo tengo el poder de transformarme en tres diferentes figuras? Unas veces parezco lo que ahora soy; otras me vuelvo en culebra, y otras en toro; y entonces consiste toda mi fuerza en las astas. Pero por desgracia ahora solo tengo una, como ves; la otra me la han arrancado." Á cuyas tristes palabras siguieron los suspiros de su corazon.

* * *

Notas

1. Con el dinero que sacaba de las ventas.

Tomo III · Libro nono

Libro nono

ARGUMENTO.

Deyanira envió á Hércules el vestido con el cual perdió la vida, y fue trasladado al cielo despues de haber convertido á Licas en una roca. Entonces Alcmena partió adonde estaba Yole, y la contó como Galantis habia sido transformada en comadreja, y Yole la refirió que una hermana suya habia sido convertida en árbol. Durante esta conferencia se les presenta Yolao despues de haber recobrado su juventud por medio de Hebe. Y Júpiter con el egemplo de Eaco demuestra que esto no podia suceder á todos. Mileto, huyendo de Júpiter, se retiró al Asia, y procreó á Biblis y Cauno, por cuyo amor consumida aquella, se transformó en fuente. Lo que hubiera causado mayor admiracion á todos, á no ser por Ifis, que poco antes y en el mismo dia de sus bodas se habia convertido en varon.

* * *

Fábula primera

COMBATE DE AQUELOO.

Habiendo preguntado Teseo á Aqueloo la causa de su lamento, y de faltarle una de sus astas, el rio, que tenia ceñidas sus sienes y sus descompuestos cabellos con una guirnalda de cañas, le respondió en estos términos: „Me pides ciertamente una cosa que sirve para entristecerme; porque ¿quién habrá que habiendo sido vencido quiera acordarse y hacer relacion de la pelea? Con todo la contaré por el órden con que sucedió, puesto que no fue tan vergonzoso el ser vencido, como decoroso el haber peleado. En mi desgracia tengo el consuelo de haber sido Hércules mi vencedor. Tú sin duda habrás oido hablar de Deyanira, hermosísima doncella. Ella fue la esperanza y el motivo de envidia de muchos pretendientes. Entre ellos fuí yo á la corte de Calidonia para pedirla á su padre Oeneo. Habiéndola Hércules pedido igualmente, propusimos ambos á su padre que nos recibiese por yernos; en vista de lo cual los demas pretendientes se retiraron, cediendo todos el campo á Hércules y á mí.

„Aquel alegaba por mérito que era hijo de Júpiter; la fama que habia adquirido por sus trabajos, y el haber concluido gloriosamente todas las empresas en que le habia empeñado Juno. Yo en contra de esto (teniendo

por una cosa vergonzosa el que mi deidad se rindiese en la pretension á un mortal, pues Hércules aun no era Dios)[1] oponia mis méritos y cualidades, diciendo á Oeneo: „Mírame como á Rey y director de las aguas, y que con mucho rodeo llevo mi corriente por el medio de tu reino: no seré yo un yerno que haya venido de regiones extrangeras, sino uno de tu mismo pueblo, y que soy y compongo una parte de él. No se me puede echar en cara que Juno me tenga aborrecimiento como á Hércules,[2] ni me haya impuesto la pena de avanzar á tantos trabajos y empresas. No debes tú, Hércules, alabarte de haber nacido de Alcmena, porque en ello debes confesar ó que falsamente te atribuyes por padre á Júpiter, ó que si verdaderamente lo fue, lo consiguió por medio de un delito. Aplicándote esta distincion, marcas á tu madre con la nota de adúltera. Escoge lo que mas te acomode, ó no es verdad que Júpiter sea tu padre, ó si lo es, ha sido tu nacimiento afrentoso." Cuando yo decia estas cosas me miraba Hércules con ojos airados, y sin poder contener el ardor de su ira me respondió en estos términos: „Yo tengo mas expeditas las manos que la lengua. Con tal que te venza peleando, nada importa que me hagas ventaja en el hablar." Al acabar de pronunciar esto me acometió con ferocidad; y como yo habia hablado con tanta arrogancia, me pareció indecoroso el dejar de admitir el combate.[3] Arrojé mi verde vestido, opuse mis brazos, encorvé algo mis manos hácia el pecho, y preparé todos mis miembros para la pelea.

Hércules me tiró algunos puñados de polvo,[4] y yo tambien le puse amarillo con la arena que le tiré. Unas veces me acometia por la cerviz, otras por las rodillas para ver si podia asirme, y en fin me acometia por todas partes. Mi peso y mole me defendia, y en vano intentaba sujetarme. No de otro modo me defendia yo que una roca, á quien combaten las olas con

grande ímpetu y ruido, y ella se está inmóvil y defendida con su propio peso. Nos separamos un poco; pero inmediatamente entramos en el combate. Estuvimos invencibles, y resueltos á no ceder. El pie del uno oprimia al del otro, el pecho al pecho, los dedos á los dedos y la frente á la frente. No de otra manera pelean los fuertes toros cuando el premio del vencedor es una pujante novilla de las que se apacientan en el bosque: quédanse mirándolos las demas reses llenas de pavor, ignorando cual será el vencedor. Hércules inútilmente pretendió tres veces desembarazarse de mí; á la cuarta lo consiguió, y al punto (confieso ingenuamente la verdad) me apartó impelido de su mano, y se cargó sobre mi espalda. Si se me cree (porque no busco gloria con narraciones falsas), me pareció que tenia encima una montaña. Apenas podia jugar mis brazos por el mucho sudor que por ellos me corria, y por mas esfuerzos que hice no pude desprenderme de él; apretábame mas y mas sin dejarme respirar ni volver á recobrar mis fuerzas, y de este modo se enseñoreó de mi cuello y cabeza. Entonces, arqueando algo el cuerpo, y afirmando las rodillas sobre la tierra, solo me faltaba levantar la cabeza, pero como el peso me oprimia, la tenia pegada al suelo, pegándose las arenas á mis labios. Viéndome inferior en fuerzas, recurro á mis astucias;[5] y transformándome en una larga culebra, me deslicé y desprendí de Hércules, el cual viendo que me enroscaba, y que esgrimiendo mi lengua de tres puntas, daba fuertes y espantosos silbidos, en lugar de intimidarse soltó la risa burlándose de mi estratagema, y dijo: „El vencer y despedazar las culebras es una hazaña que no me era desconocida cuando aun estaba en la cuna.[6]

Aunque tú fueses mayor que los demas dragones, ¿cómo te podrias comparar con la Hidra de Lernea?[7] Era esta fecunda, y se multiplicaba con

las heridas, pues de cien cabezas que tenia ninguna le corté sin que al instante le renaciesen en su lugar otras dos. Yo domé á este monstruo, que crecia y se multiplicaba con la mutilacion, y cuyas cabezas se ramificaban con las que renacian en lugar de las cortadas, y por último la vine á dar muerte, y acabé con todas sus cabezas. En comparacion de aquel monstruo ¿qué piensas eres tú, que convertido en una aparente culebra, te vales de armas agenas, y te ocultas en una figura prestada?" Apenas dijo esto cuando me apretó con sus manos y enlazados dedos lo mas estrecho del cuello. Veíame comprimido como si me apretasen la garganta con unas tenazas, y procuraba en vano desasirla de entre sus dedos. Viéndome vencido, y que solo me quedaba el recurso de mudar tercera figura, me transformo de repente en un toro feroz, y en esta forma me pude desprender de mi enemigo. Él me echó sus brazos, y me asió por el lado izquierdo; y aunque yo huia, me seguia sin desprenderse, hasta que cogiéndome por las astas, las abatió hasta el suelo, y me tendió sobre la arena. No paró aqui mi desgracia, sino que con la fuerza que hacia me arrancó una de las astas. Las Náyades la llenaron de frutas y flores olorosas, y la dedicaron á la abundancia, significada en la cornucopia."[8] Luego que Aqueloo acabó esta relacion se presentó una Ninfa con el cabello esparcido y el vestido arregazado como Diana, la cual traia en esta cornucopia las mas sazonadas frutas del otoño, y cubrió con ellas la mesa para que sirviesen de postres.

* * *

Notas

1. Hércules fue hijo de Júpiter y Alcmena, muger que fue de Anfitrion; y para prepararle aquel á la apoteosis ó deificacion dispuso ponerle al pecho de su muger Juno al tiempo que esta estaba durmiendo; y como despertase y advirtiese el engaño de que estaba mamando un hijo que no era suyo, sino de su rival Alcmena, se retiró de pronto el pecho, y la leche que de él corrió se extendió por el cielo, y de ella se formó aquella blanca línea, que en idioma griego se llama *galaxia*, y comun y vulgarmente se la denomina la *via lactea*, y en España el *caminito de Santiago*.

2. El odio que Juno tuvo á Hércules consistia en ser hijo de su rival, y en que Júpiter habia prometido hacer Dios, y llenar de felicidades á lo que naciese de Alcmena; y por eso, valiéndose de Euristeo, le empeñó á tantas empresas y trabajos, con el fin de que pereciese en ellos antes de llegar á ser Dios.

3. Tan antiguo como esto es el tener por indecoroso y por caso de menos valer el no admitir el desafio, sin dar entrada á la reflexion de que es mas afrentoso y repugnante y una mal entendida idea del pundonor el complicarse en la costumbre bárbara é inhumana del desafio.

4. Como los atletas y luchadores peleaban desnudos, y ademas untados con aceite, usaban del ardid de tirarse polvo y arena el uno al otro para poderse asir, de modo que no fuese tan fácil el resbalarse y desprenderse.

5. Eran el uso de la facultad que tenia ó le atribuian de poder mudar varias formas y figuras, como Proteo, Vertumno y la hija de Eresicton, de la que ya queda hablado.

6. Es muy vulgar y sabido que la primera hazaña de Hércules fue la de despedazar, estando aun en la cuna, dos serpientes que Juno envió contra él para que le ahogasen entre sus roscas.

7. El vencimiento de este monstruo fue uno de los doce combates á que Juno empeñó á Hércules para acabar con él, y que pereciese en alguno de ellos. Era la tal Hidra una serpiente que tenia ó la fingian con cien cabezas, y cortándole una renacian dos en su lugar; y el modo que tuvo Hércules de acabar con ella fue usar del cauterio, aplicando un tizon encendido á cada cabeza que cortaba, con que impidió el que renaciesen las otras dos.

8. Varios é inconsecuentes estan los poetas y mitológicos en este y otros puntos; unas veces hacen á la cornucopia el asta de Aqueloo, y otras la de la cabra Amaltea, que crió á Júpiter. Sea lo uno ó sea lo otro, la cornucopia es una asta á quien las Ninfas llenaron de flores y frutas, y que se tiene y toma por símbolo de la abundancia.

Fábula II

RAPTO DE DEYANIRA.

Llegó el siguiente dia, y al comenzar el sol á dorar las cumbres de los montes partieron Teseo y sus compañeros, sin esperar á que el rio se aplacase y enfrenase su corriente. Aqueloo se metió en el agua para ocultar en ella su cabeza despojada de una asta. Esta pérdida era lo único que le afligia y afeaba, porque en lo demas no padeció menoscabo alguno; sin embargo, la disformidad de su cabeza la reparaba ocultándola con una guirnalda de sauces ó cañas verdes.

Tambien al feroz Centauro Neso le sentó mal su ardiente amor á la bella Deyanira, y le costó el haber perdido la vida á la violencia de una flecha que le disparó Hércules, con la cual le traspasó todo el cuerpo por las espaldas. Fue el caso que regresando Hércules á su patria en compañía de su nueva esposa, llegó á la ribera del rápido Eveno,[1] que engrosado con las aguas del invierno iba mas caudaloso que nunca, y no podia pasarse por sus frecuentes remolinos. Viéndole Neso determinado á pasar, y que le detenia el cuidado de su muger, y la imposibilidad de atravesar con ella el rio, se llegó á él, y jactándose de la valentía de su cuerpo, y de que tenia bien conocidos y experimentados los vados, le dijo: „Yo me encargaré de poner á

Deyanira en la otra orilla: tú procura usar de tus fuerzas, y pasar el rio á nado." Aceptó Hércules, y entregó al Centauro á Deyanira llena de sobresalto, y que se resistia á ello, rezelándose tanto del Centauro como del rio. En seguida asi conforme estaba vestido de su piel de leon, y armado con la aljaba (pues la clava y el arco los habia tirado á la contrapuesta orilla), dijo: „Ya que he empezado la empresa enviando delante á mi esposa, atraviese yo tambien el enfurecido rio." Sin detenerse mas se arrojó á la corriente sin buscar el vado, ni por donde aquella fuese mas mansa, dejándose llevar del ímpetu de las aguas.

Luego que Hércules llegó á la otra orilla, al tiempo de recoger su clava y arco oyó los gritos que daba su muger, porque el Centauro intentaba robarla. „¿Adónde, exclamó, ó ladron, te arrebata la vana confianza de la ligereza de tus pies?[2] Á tí hablo, Neso, monstruo de dos formas, atiéndeme, y no me robes lo que es mio. Si el respeto que me debes no te mueve, á lo menos la rueda donde tu padre está atado[3] debia contenerte en lo que te está prohibido; pero no te me escaparás, pues aunque confias en la ligereza de tus pies de caballo, te alcanzaré, no con mis pies, sino con mis flechas." Asi lo verificó, pues al concluir estas últimas palabras disparó una, con la que le atravesó por las espaldas en medio de su carrera. La corva lengüeta penetró hasta el pecho, y salió algo fuera de él. Despues que el Centauro se sacó la flecha, su sangre, mezclada con el veneno de la Hidra[4] de Lernea, saltó con ímpetu por ambas heridas. Procuró recogerla el Centauro; y viéndose ya cercano á espirar, dijo entre sí: „Á lo menos no moriré sin vengarme;" y dió á Deyanira la camisa en que habia empapado su sangre, haciéndola creer que era un regalo, del cual se podria servir contra el olvido de su marido, y para que este siempre la amase.

* * *

Notas

1. Era un rio de Etolia, que desaguaba en el mar de Corinto.

2. Alude á los de caballo que atribuian á los Centauros, á quienes hacian medio hombres y medio caballos.

3. Por estas expresiones acuerda Hércules al Centauro el castigo de su padre Ixion, que por haberse atrevido á robar á Juno fue condenado en el infierno á la pena de la rueda; pero de nada sirvió este recuerdo, pues á los impíos y estragados no les detiene ni hace en ellos impresion alguna el miedo del castigo.

4. Las flechas de Hércules estaban envenenadas con la sangre de la Hidra, y de este modo se las dió á Filoctetes, y las tenia este, y era necesario concurriese con ellas á la guerra de Troya; pues segun los hados no podia ser conquistada ni tomada sin las flechas de Hércules.

Fábula III

MUERTE DE HÉRCULES.

Mucho tiempo pasó desde este suceso, y las hazañas del valeroso Hércules se habian ya extendido por todo el mundo, asi como se habia divulgado el odio de Juno; y este héroe vencedor de la Oechalia preparaba á Júpiter un sacrificio para darle gracias por las victorias que habia conseguido, cuando la fama vocinglera, que se complace en confundir lo verdadero con lo falso, y que abultando los objetos, hace monstruos de las cosas mas pequeñas, informó á Deyanira que su marido estaba enamorado de Yole.[1] El amor es crédulo: Deyanira, penetrada de dolor con la nueva, apeló al principio á las lágrimas, y la desdichada disminuia asi su dolor con el llanto. Mas despues reflexionando un poco: „¿De qué me aprovechan, dijo, estas lágrimas inútiles, en que quizá se complacerá la adúltera? Ella llega, y es menester anticiparme, é impedir que ocupe mi tálamo nupcial. ¡Miserable de mí! ¿qué partido he de tomar? ¿Manifestaré mis quejas, ó las guardaré en silencio? ¿Me volveré á Calidonia, ó me detendré en este pais? ¿Saldré de casa, ó ya que no pueda otra cosa la impediré la entrada? ¿Qué habrá que extrañar, ó Meleagro, si al considerar que soy tu hermana me preparas á una accion varonil, y sacrificando á la adúltera, hago ver á la

posteridad de qué es capaz una muger ofendida?"

Despues de haber revuelto en su imaginacion mil diferentes ideas, Deyanira con el designio de atraer á su marido, y volver á encender su amor hácia ella, prefirió el medio de enviar la vestidura que estaba empapada con la sangre de Neso,[2] la cual al efecto entregó á Licas, sin prever que lo que enviaba seria la causa de su llanto y su dolor: al darle la vestidura le encargó se la entregase á su marido en su nombre con expresiones y voces llenas de blandura y de cariño. Recibió Hércules la camisa de Deyanira emponzoñada con la sangre de la Hidra de Lernea, y se la vistió para hacer con ella el sacrificio, y al tiempo de quemar el incienso, y de derramar el vino sobre el ara,[3] se avivó con el calor la fuerza del veneno, y encendiéndose en llamas, se difundió por todo su cuerpo. Mientras pudo reprimió con su acostumbrada fortaleza los gemidos; pero despues de vencida la paciencia con el mal, desamparó el altar y sacrificio, é hizo resonar el monte Oeta con sus clamores. Hizo los mayores esfuerzos para rasgar la mortal camisa; pero cuando tiraba de ella rasgaba y se arrancaba la piel, á la que aquella estaba asida fuertemente; y por lo mismo (causa horror el referirlo) con las diligencias de quitarse la camisa descubria sus despedazados miembros, y hasta sus huesos, y la sangre que salia rechinaba á la manera de un hierro encendido cuando se mete en agua fria, y hervia aquella con el calor del veneno. Las voraces llamas le consumian las entrañas: un negro sudor corria por todo el cuerpo: los nervios medio abrasados sonaban, y las medulas se derretian con la oculta podre. Entonces, levantando las manos al cielo, exclama: „Cruel Juno, regocíjate ahora con mis calamidades; regocíjate mirando desde lo alto esta peste que me consume; ceba bien tu fiero corazon, y por último, si se ha de tener

misericordia aun de los enemigos (pues yo lo soy tuyo), quítame esta vida aborrecida y destinada á trabajos y sufrimientos, y que no miro ya sino con horror. La muerte será para mí un beneficio, y tal que sea decente y conveniente á una madrastra. ¿No soy pues aquel Hércules que vengó á los Dioses del cruel Busiris,[4] que profanaba sus templos con la sangre de sus huéspedes? ¿No soy yo el que venció al fiero Anteo,[5] á pesar del socorro que le prestaba la Tierra su madre? ¿No soy yo á quien no espantaron el monstruoso Gerion ni el Cancerbero, aquel de tres formas, y este de tres cabezas?[6] ¿Mis brazos no sujetaron las astas de aquel fiero toro que asolaba la Creta?[7] ¿No experimentaron su valor la Elide,[8] el lago de Estinfale[9] y el bosque de Partenia?[10] ¿Mi valor no concluyó la empresa de conquistar y traerme el tahalí[11] bordado de oro de la Reina de las Amazonas, y las manzanas de las Hespérides, guardadas por un dragon que nunca dormia? ¿Pudieron resistirme los Centauros, ni el fiero jabalí que destruia toda la Arcadia, ni aprovechó á la Hidra el aumentar sus fuerzas, ni redoblar para mas daño suyo sus cabezas? Pero ¿qué me aprovecha todo esto, ni el haber acometido á los caballos de Diomedes, mantenidos con sangre y carne humana, cuyos pesebres estaban llenos de destrozados miembros, y haberlos dado muerte, quedando envuelto en la misma desgracia su señor? Á la violencia de estos mis brazos yace vencido y muerto el espantoso leon de Nemea: con mis hombros sostuve el cielo, y defendí á los Dioses.[12] Últimamente la cruel Juno mas pronto se cansó en mandarme imposibles que yo en vencerlos y egecutarlos; pero ahora me veo acometido de una nueva calamidad, á la cual no puede resistir ni mi valor ni mis armas. En lo íntimo de mis pulmones anda errante un fuego consumidor, que se difunde y ceba en todos mis miembros. Con todo esto, y cuando yo me

abraso, tiene y goza salud Euristeo:[13] á vista de esto, y de que tal se permite, ¿habrá quien pueda creer que hay Dioses?" Al acabar Hércules de decir esto echó á correr por las alturas del monte Oeta, á la manera que un toro cuando se ve herido llevando clavada la flecha, y ha huido el que le hizo la herida: unas veces se le veia dar gemidos, otras temblando, otras intentando arrancarse todos sus vestidos, otras derribando los árboles é irritándose contra los montes, ó levantando las manos al cielo, é implorando el socorro de su padre. En este estado vió á Licas temblando, que procuraba ocultarse en la concavidad de un peñasco; y como tenia toda su rabia reconcentrada por el gran dolor, le dijo: „¿Eres tú pues, desgraciado, el que me ha traido este fatal don? ¿Eres tú el autor de mi muerte?" Trémulo y pálido Licas, tímidamente se excusaba; pero al tiempo que se disponia á pedir misericordia, Alcides lo coge por medio del cuerpo, sin embargo de que se le resistia, y despues de haberle volteado muchas veces, lo arrojó al mar de Eubea con mas violencia que una piedra disparada de una honda. El cuerpo de este desgraciado se endureció en el aire, como las gotas de agua que el frio Aquilon congela y convierte en nieve ó granizo; y helándose la sangre con el miedo, fue convertido en aquel pequeño peñasco que aun hoy se ve en el mar Eubeo con las señales de figura humana, al cual no se atreven los marineros á pisar, como si lo hubiera de sentir, y le llaman Licas.

Despues de esto, ó Hércules, cortas muchos árboles del monte Oeta, con los que construyes una pira; y dando tu arco, aljaba y flechas á Filoctetes para que las llevase á la guerra de Troya, te vales de su ministerio para que pusiese fuego á la pira, y antes que las voraces llamas llegasen á apoderarse de toda ella, subes á lo mas alto, tiendes la piel del leon de

Nemea, y poniendo la clava por cabecera, te recuestas en la hoguera con tanta serenidad y con semblante tan apacible, como un convidado que coronado de una guirnalda de flores se sienta á una mesa abundante de viandas y de vasos llenos de vino.

* * *

Notas

1. Fue hija de Eurito, con la cual casó despues un hijo de Hércules llamado Hilo.

2. Creia que la virtud de la camisa era la de atraer á Hércules á su amor, é ignoraba que estaba envenenada.

3. Ceremonia que se llamaba libacion.

4. Fue hijo de Neptuno, tirano de Egipto, que sacrificaba á los huéspedes y extrangeros.

5. Fue un gigante, hijo de la Tierra, con quien peleó Hércules; y advirtiendo que siempre que le dejaba caer se levantaba con mayor fuerza, y que la Tierra su madre le daba mas vigor, le levantó en el aire, y alli le venció y quitó la vida.

6. Gerion, Rey fabuloso de los de España, fingieron que eran tres hombres reunidos en uno, y que tenia tres cabezas, seis brazos y seis pies; como el Cancerbero un monstruo de tres cabezas, segun queda ya anotado, y ambos fueron vencidos por Hércules.

7. Va refiriendo Hércules sus doce famosos combates, y el toro de quien hace expresion es el Minotauro de Creta.

8. Aqui toca una de sus doce empresas, que fue limpiar las caballerizas de Augias, Rey de la Elide, echando en ellas la corriente del rio Alfeo.

9. Otro de los trabajos de Hércules, que fue el matar las perniciosas aves que por el lago Estinfale, cerca del cual habitaban, se llamaron Estinfáledes, las cuales eran de una portentosa corpulencia, tenian las alas y plumas de hierro, y destrozaban los campos y los vivientes, y Hércules mató algunas á flechazos, y las demas huyeron de aquel sitio, espantadas del ruido que les hacia con dos planchas de metal.

10. En este bosque cazó Hércules una cierva muy ligera, que tenia los pies de bronce y los

cuernos de oro.

11. En latin llamado *balteus*: era el cíngulo que en la victoria de las Amazonas quitó á Hipólita, su Reina, y lo trajo y entregó á Euristeo, que por consejo de Juno le habia empeñado en esta empresa.

12. Habla de la guerra que contra ellos hicieron los gigantes.

13. Fue hijo de Estenelo y Alcmena, y hermano uterino de Hércules. Júpiter impuso á este la obediencia á Euristeo, que por ardid de Juno habia nacido primero, ofreciéndole el premio de inmortalizarle, y hacerle Dios luego que hubiese cumplido los trabajos que aquel le señalase, de lo que sabedora Juno instigó á Euristeo á que le impusiese los mayores imposibles, con el fin de hacerle perecer en alguno de ellos: por eso se indigna Hércules de que Euristeo, siendo tan malo, tuviese salud y felicidad, y él con todo su valor y proezas se hallase penetrado de aquel fuego, y á punto de morir.

Fábula IV

APOTEOSIS DE HÉRCULES.

La hoguera estaba ya encendida, y la llama sonaba por todos lados, y abrasaba el cuerpo de Hércules, que la miraba con serenidad, cuando los Dioses temieron por el vengador de la tierra; lo cual viendo Júpiter (que conoció la pena que tenian), les habló con alegre semblante de esta manera: „Ese temor, ó Dioses, es un deleite para mí, y me alegro, porque soy gobernador y padre de un reconocido pueblo, y porque mi hijo tambien está seguro con vuestro favor:[1] pues aunque esto se le da por sus grandes hazañas, no obstante yo os quedo obligado. Pero porque los corazones fieles no teman con vano miedo, ningun cuidado tienen que daros esas llamas del monte Oeta, porque el que todo lo venció tambien saldrá triunfante del fuego, y no le sentirá sino en lo que por parte de madre tiene de mortal, porque lo que tiene de mí es eterno, inmortal é incombustible. Luego que se purifique de lo mortal determino recibirle en el cielo, y confio que esta disposicion mia será agradable á todos vosotros; y si alguno no obstante siente que Hércules sea Dios, y quiere negarle el premio que yo le doy, debe hacerse el cargo de que le tiene merecido, y forzosamente lo aprobará." Todos los Dioses se conformaron con la resolucion de Júpiter; y

la misma Juno al parecer todo lo aprobó menos las últimas palabras, que le parecieron duras, y se la notó que las oyó con algun sentimiento. En tanto habia consumido la llama cuanto Hércules tenia de mortal:[2] no le quedó cosa que pudiese conocérsele de su anterior figura, ni de lo que tenia de la semejanza de su madre; solo conservó aquello en que se parecia á Júpiter, su padre. Al modo que la renovada culebra, dejada la piel, suele remozarse y resplandecer con las nuevas escamas, asi Hércules, despues de haber perdido lo que tenia de terrestre, tomó vigor en su mejor parte, y empezó á parecer mayor, y á hacerse digno de veneracion por su augusta gravedad; al cual arrebatando Júpiter en una carroza tirada de cuatro caballos entre las demas nubes, lo colocó en el número de los Dioses.

* * *

Notas

1. Este consistia en que los demas Dioses votaron por la deificacion de Hércules, y se conformaron en que se le diese este honor en premio de sus muchos trabajos.

2. Estas imágenes de que usa el poeta dan idea de que los gentiles tuvieron alguna confusa noticia del purgatorio, y de la purificacion que en él reciben las almas.

Fábula V

LUCINA RETARDA EL PARTO DE ALCMENA.

Atlante se resintió con el nuevo peso[1] que cargaba en el cielo que sostenia sobre sus hombros. Pero Euristeo aun no habia depuesto su antigua ira, y conservaba en los hijos de Hércules el odio atroz que habia tenido al padre. Mas Alcmena, natural de Argos, entrada ya en años, se hallaba fatigada con continuos cuidados, y solo tenia á Yole para consuelo de su vejez: esta la sufria las impertinencias de su ancianidad, y con ella comunicaba sus desgracias, y la referia los trabajos de su hijo Hércules, públicos y notorios á todo el orbe. Hilo, hijo de Hércules, cumpliendo con lo que le dejó encargado su padre, recibió á Yole por su muger con todo amor y cariño. Llegó el tiempo de que esta se hizo embarazada; y estando cercana al parto, la habló Alcmena de esta manera: „Los Dioses te sean favorables, y te concedan una hora pequeña cuando llegue el caso de que, acometida de los dolores del lance que esperas, invoques á Lucina,[2] auxiliadora de las que paren con timidez, y no te suceda lo que á mí, que la tuve contraria por el odio y precepto de Juno, pues cuando ya se acercaba el dia del nacimiento de Hércules, y habia yo entrado en el décimo mes,[3] el peso me extendia y abultaba el vientre en tal manera, que solo con verle

podrias conocer que solamente Júpiter podria ser el autor de una cosa tan grande como la que ocultaba en él. Ya no podia tolerar mas las molestias que me causaba mi embarazo: aun ahora cuando te lo estoy contando se apodera de mis miembros un frio temblor que me hace estremecer, y el acordarme de ello es una reliquia de los dolores que entonces padecí. Siete noches y otros tantos dias estuve luchando con ellos, y ya cansada de padecer, levantando mis brazos al cielo, invocaba á gritos á Lucina para que me socorriese en la dificultad de mi parto. Ella es verdad que vino, pero mal impresionada, pues queria quitarme la vida por complacer á la implacable Juno. Luego que oyó mis lamentos se sentó ante la puerta; y poniendo la rodilla derecha sobre la izquierda, y entrelazando sus dedos unos con otros,[4] pronunció con voz baja algunas palabras mágicas para dilatarme el parto. Yo me esforzaba, y como loca me desahogaba en vanas injurias contra Júpiter, llamándole ingrato: yo deseaba morir, y daba unos gritos y gemidos capaces de mover á las duras peñas. Las matronas tebanas, que habian acudido á mi socorro, hacian por mí inútiles votos, y procuraban consolarme en mi dolor. Galantis, una de mis criadas, de mediana esfera, que tenia el cabello rojo, y era muy pronta en hacer lo que se le mandaba, á quien yo amaba por su buen servicio, entendió no sé qué hacia la contraria Juno;[5] y mientras entra y sale muchas veces de mi aposento, vió á la Diosa sentada en el umbral de la puerta, que tenia los brazos sobre las rodillas, enlazados los dedos. „Tú, quien quiera que seas, la dijo, alégrate, que mi ama acaba de parir, y se han cumplido sus votos." Levántase espantada la Diosa que preside los partos, y separó las manos, que hasta aquel punto habia tenido juntas y cruzadas, y al instante, quitado este impedimento, se facilitó y verificó mi parto. Aseguran que Galantis se rió por haber

engañado á la Diosa. Esta, viéndose asi burlada, asiéndola por los cabellos la arrastró; y al tiempo que queria levantarse de la tierra la convirtió en comadreja. Galantis, bajo esta transformacion, no perdió su antigua agilidad ni color; la cual, por haber favorecido á la parturienta con una mentira, pare por la boca sus hijuelos, y frecuenta como antes las casas."

* * *

Notas

1. Este peso era la gran mole de Hércules, que como añadidura cargó con lo demas del cielo sobre los hombros de Atlante.

2. Era la Diosa Juno, á quien con el nombre de Lucina invocaban en los partos, y creian asistir á ellos, y los facilitaba.

3. Digan ahora lo que quieran los fisicos y sus modernas observaciones, fue opinion comun en lo antiguo que el tiempo del embarazo en las mugeres eran nueve meses cumplidos, despues de los cuales, y entrado ya el décimo, se verificaba el parto.

4. El cruzar las rodillas y los dedos la tal Lucina era accion para detener el parto, y el extenderlos para facilitarlos.

5. La criada Galantis comprendió que la postura de Juno era una maña para dificultar el parto, y trazó el ardid que aqui se refiere para hacerla mudar de postura, y que aquel se facilitase.

Fábula VI

DRIOPE CONVERTIDA EN LOTOS.

Concluyó Alcmena su narracion con un suspiro, que la hizo arrancar la memoria de su antigua criada, y su nuera, viéndola afligida, la habló de esta manera: „Cuando te aflige y conmueve, ó madre mia, la transformacion de una persona extraña, ¿qué harias si yo te contase las desgracias de una hermana mia? Habré de referírtelo, aunque las lágrimas y el dolor me embargan el uso de la lengua. Driope, la mas distinguida en Oechalia por su hermosura, fue hermana mia solo de padre, é hija única de distinta madre. Despues que Apolo la privó con violencia de su virginidad, la recibió Andremon por su esposa, y los dos vivian en un consorcio feliz.

„Hay un lago que presenta la figura de una playa cuesta arriba, con una orilla cuesta abajo, cuya cumbre está coronada de mirtos. Vino aqui Driope ignorante de su suerte lastimosa; y para que mas te lastime el suceso, habia venido con la idea de ofrecer coronas de flores á las Ninfas de este sitio. Ella traia en sus brazos un niño, que aun era de pecho, y no habia cumplido un año. No lejos del lago habia un pomposo lotos, cubierto de flores que imitaban el color de la púrpura, y ofrecian esperanza de copioso fruto. Driope habia cortado de él unas flores, que para diversion dió á su

hijo; y yo queria hacer lo mismo (porque me hallaba con mi hermana), cuando ví que destilaban gotas de sangre las flores, y que las ramas del árbol se movian con trémulo horror. En fin, segun hoy refiere la ignorante gente del campo, una Ninfa llamada Lotos, huyendo del infame Priapo, fue transformada en este árbol.

„Ignoraba esto mi hermana, la cual, como quisiese atónita volver atras, y retirarse despues de haber venerado á las Ninfas, sintió que sus pies se habian fijado con raices, é intentando arrancarlos, no podia de ninguna manera mover sino lo alto, creciendo la corteza desde abajo, y poco á poco llega á cubrirla las ingles. Luego que esto advirtió quiso arrancarse los cabellos; pero se llenó la mano de hojas, de las cuales estaba ya cubierta su cabeza. Mas el infante Anfiso (á quien su abuelo Eurito le puso este nombre), poniéndose á mamar, advirtió que se habian endurecido los maternos pechos, y que no sacaba leche por mas que chupaba. Yo era testigo del cruel suceso sin poder favorecer á mi hermana; y teniéndola abrazada, retardaba cuanto podia al tronco y las ramas que creciesen. Y confieso que entonces deseé quedar cubierta dentro de la misma corteza.

„Habiendo llegado á este tiempo mi padre y Andremon, me preguntaron por Driope: „Vedla aqui," les dije, mostrándoles el lotos; besan el tronco, que aun estaba caliente, y se llegan postrados á la raiz de un árbol. Ya nada tenia mi hermana que no fuera árbol sino el rostro, y sus lágrimas corrian por las ramas y hojas que la rodeaban. Como su boca la tenia aun libre, tuvo tiempo de herir nuestros oidos con estas quejas: „Si algun crédito se debe dar á los infelices, juro por las Divinidades que yo no he merecido este castigo: sin culpa padezco esta pena: inocente he vivido; y si miento, produzca secas las hojas de que me veo vestida, y cortada con

aguda segur, venga á ser pasto de las llamas. No obstante quitadme allá este niño, y entregadlo á una nodriza; haced que mame muchas veces á la sombra de este árbol, y que juegue debajo de él; y cuando pueda hablar haced que salude á su madre, y con tristes acentos diga: „Mi madre se oculta dentro de este tronco." Pero no obstante que huya de los lagos, y que no coja flores de ningun árbol; que juzgue que cualquiera oculta debajo de la corteza alguna deidad. Quedaos con Dios, esposo querido, hermana y padre; y si alguna piedad teneis, no permitais que la hacha cortante llegue á las ramas de este árbol, ni que los ganados roan sus hojas; y como ya no me hallo en estado de hacer el menor movimiento para abrazaros, llegaos vosotros mismos á darme esta última prueba de mi amistad, y acercad á mi hijo para que le bese por la última vez. Quedad con Dios, que ya no puedo hablar mas, porque la corteza me llega hasta el cuello, y soy toda árbol hasta la coronilla de la cabeza. No os empeñeis en cerrarme los ojos con vuestras manos.[1] Sin que vosotros hagais conmigo este último oficio, la corteza me los oculta y cierra ya." Al decir esto dejó á un mismo tiempo de ser y de hablar, y despues de su transformacion los ramos se mantuvieron calientes por mucho tiempo."

Mientras Yole contaba este desgraciado suceso, Alcmena, llorando igualmente, limpiaba con sus manos las lágrimas que derramaba Yole, y un nuevo suceso les templó toda su tristeza, porque Yolao, hermano de Yole, entró en el cuarto en que estaban casi vuelto niño, á quien apuntaba el bozo en las mejillas, y restituido el rostro al estado en que le habia tenido en sus primeros años.[2]

Hebe, hija de Juno, le habia concedido este beneficio, obligada de los ruegos de su marido; y como estuviese resuelta á hacer juramento de que

en adelante no haria á ninguno otra semejante gracia, no se lo permitió Temis, diciéndola en tono de vaticinio lo siguiente:[3] „Ten entendido, ó Diosa, que la ciudad de Tebas ya empieza á encenderse en guerras de discordias: Capaneo no podrá ser vencido sino por los rayos de Júpiter: los dos hermanos[4] se acometerán y darán muerte á un mismo tiempo: abriéndose la tierra se tragará al vaticinador Anfiarao,[5] que bajará vivo á ver sus manes: su hijo[6] vengará la muerte de su padre con la de su madre, en cuyo hecho será á un mismo tiempo piadoso y delincuente;[7] y atónito con sus propios males, privado del juicio, y desterrado de su casa, será agitado con la presencia de las Furias y con la sombra y figura de su misma madre, hasta que su muger[8] le pida el fatal collar de oro que le habia prometido, y hasta que yendo á recobrarle de la que antes habia tenido y abandonado, le den muerte sus cuñados, hijos de Fegeo, por cuya causa, y para vengarla Calirroe, su segunda muger, pedirá con instancias al gran Júpiter que aumente los años á sus dos tiernos hijos, y este, movido de sus ruegos, se apropiará la gracia y habilidad de su nuera é hijastra Hebe, y convertirá de repente en varones perfectos á los niños hijos de Alcmeon para la referida venganza."[9]

Despues que Temis, présaga de lo futuro, acabó de proferir el anterior vaticinio, todos los Dioses movian entre sí varias conversaciones, y murmuraban ¿por qué no habian de tener los demas la potestad de trocar las edades como la tenia Hebe? La Aurora se quejaba de que eran muchos los años de su marido,[10] y necesitaba remozarse. Céres se entristecia al ver que se envejecia su amado Jasion.[11] Vulcano quisiera ver remozado á su hijo Erictonio, y Venus á Anquises. En fin cada uno de los Dioses tenia de quien cuidar, y la tumultuosa sedicion crecia con el favor de los que

tomaban partido por los quejosos, hasta que Júpiter se explicó en estos términos: „Si algun respeto me teneis, ¿adonde os precipitais? ¿Está acaso alguno persuadido que puede frustrar la disposicion de los hados? Por el destino se ha remozado Yolao, y los hijos de Calirroe por los hados, y no por ambicion ni por la fuerza deben ser transformados en hombres desde la edad de niños. Para que vosotros lleveis esto con mas conformidad, sabed que yo tambien estoy sujeto á los hados; y si tuviera facultad para trocar sus disposiciones, no estaria Eaco mi hijo consumido de vejez, y Radamanto disfrutaria de la perfecta flor de su edad con mi hijo Minos,[12] que se ve hoy despreciado por el funesto peso de los años, los cuales son causa de que no reine con el órden que antes." Las razones de Júpiter convencieron á los Dioses, é interrumpieron sus quejas, viendo cargados y oprimidos de la vejez á Radamanto, Eaco y Minos, el cual en su edad florida habia sido espanto de las grandes naciones, que temblaban de solo su nombre. Ahora debilitado con la vejez, le causa miedo y rezelo Mileto,[13] ensoberbecido con el vigor y fortaleza de la juventud, y con ser hijo de Apolo; y aunque rezeloso de que se le pueda rebelar y quitarle el reino, no se atreve á desterrarle de él.

* * *

Notas

1. Era rito comun de los antiguos gentiles el que el mas cercano pariente cerraba los ojos al moribundo.

2. Semejante transformacion y renovacion hizo Medea con Eson, padre de Jason, al cual, siendo ya muy anciano, lo remozó, volviéndole á la edad de cuarenta años menos, como ya se dijo en el libro séptimo.

3. Todo lo que sigue es un oráculo en que Temis anunciaba lo que habia de suceder.

4. Fueron Eteocles y Polinice, hijos de Edipo, que los hubo en su madre Jocasta, con quien se casó sin conocerla.

5. Fue un adivino, que previendo que no volveria de la guerra de Tebas, se excusó y ocultó por no ir á ella; pero le descubrió Erifile, su muger, y al punto que llegó á Tebas, siguiendo el partido de Polinice, se abrió la tierra, y se le tragó vivo.

6. Fue Alcmeon, hijo de Anfiarao, el cual obedeciendo el precepto que le dejó su padre, mató á su madre Erifile.

7. Llámale piadoso porque vengó la muerte de su padre, y delincuente porque con la de su madre se hizo matricida.

8. Fue Calirroe, hija del rio Aqueloo, con quien Alcmeon se casó últimamente, habiendo abandonado á Alfesibea, hija de Fegeo, á la cual habia dado el fatal collar de oro que habia quitado á su madre Erifile cuando la mató. Calirroe, casada ya con Alcmeon, le pidió el tal collar; y yendo á recobrarle de Alfesibea, fue muerto por los hermanos de esta; y para que vengasen la muerte de su padre pidió Calirroe á Júpiter que de repente hiciese hombres perfectos á sus dos hijos, que eran niños, y Júpiter se lo concedió.

9. Hasta aqui el oráculo de Temis.

10. Era Titon, que por ser ya muy viejo decian se quedaba en la cama, y ella se levantaba primero, y salia en su carro esparciendo flores, y derramando el rocío.

11. Fue hijo de Júpiter y Electra, y querido de Céres.

12. Eaco, Radamanto y Minos eran tres hijos de Júpiter, á quienes este, por la justicia que observaron en la tierra, constituyó despues que murieron por jueces del infierno.

13. En la mas comun opinion fue hijo de Apolo, hermano de Pasifae, y cuñado de Minos, á quien viéndole ya viejo y débil, trataba de quitarle el reino; pero espantado por un sueño que le envió Júpiter, desistió del proyecto, y se retiró al Asia.

Fábula VII

BIBLIS TRANSFORMADA EN FUENTE.

Espantado, ó Mileto, de un sueño, te retiras voluntariamente, y surcando el mar Egeo en una ligera nave, entras en el Asia, donde, despues de haber edificado una ciudad, á la que pones tu nombre, conoces á la bella Ciane,[1] hija de Meandro, de quien tuviste un hijo llamado Cauno y una hija llamada Biblis, mellizos, y de singular hermosura. Biblis puede servir de egemplo y escarmiento para que las doncellas no tengan otras pasiones que las lícitas, pues encendida y abrasada en el amor de su hermano Cauno, traspasó los límites del cariño fraternal; no le amaba como hermana á hermano, ni se contenia en el modo con que debia amarle. Es cierto que ella no conoció al principio que era fuego de amor su vehemente inclinacion á Cauno, y creia que no pecaba en besarle y abrazarle repetidas veces: engañada mucho tiempo con la falaz sombra de piedad,[2] poco á poco crecia su amor, y ya no visitaba al hermano sin presentarse bien engalanada, deseando con vivas ansias ser tenida por hermosa; y si alli habia alguna que la llevase ventaja, tenia envidia.

Sin embargo no conocia aun el estado de su corazon, y no formaba ningun deseo; pero interiormente se quemaba: ya le llama señor; ya

aborrece el nombre de pariente; ya quiere mas que Cauno la llame Biblis que hermana. No obstante despierta no se atreve á poner en su ánimo esperanzas obscenas; pero dormida se le representa muchas veces lo que ama; y tambien le parece que tiene al lado á su hermano, y se avergüenza de esto, aunque yace dormida. Despedido el sueño calla por algun rato, y despues vuelve á recordar lo que ha soñado; y dudosa en el partido que debe tomar, habla entre sí de este modo: „¡Infeliz de mí! ¿Qué quiere decir lo que he soñado esta noche? Si yo no quisiera que se verificase, ¿cómo ó por qué me acometen estos sueños? Es cierto que Cauno parece bello aun á los ojos de sus enemigos. Él me gusta, y lo amaria apasionadamente si no fuera mi hermano, porque le contemplaria digno de mi tálamo; pero me perjudica el ser yo su hermana. Solo pueden adoptarse y tener entrada en mi corazon estas ideas como cosa de un sueño; pero tal que nunca llegue á verificarse, ni yo á intentarlo. En esta forma y por via de sueño repítase muchas veces en mi imaginacion la dulzura de él, pues en él no hay testigo alguno, y sí un agradable placer. ¡Ó Venus! ¡Ó alado Cupido! ¡Cuán suave seria para mí semejante sueño! ¡Qué complacencia tan grande tendria! ¡Cómo me rendiria y se rendirian mis medulas á la dulzura de él! ¡Qué impreso se quedaria en mi memoria! ¡cuán breve su duracion! y ¡cuán ligera y pequeña la noche, como envidiosa de mi placer! ¡Ó, si no fueras mi hermano, y pudiera casarme contigo, qué bien pudiera ser nuera de tu padre! ¡Y qué bien, ó Cauno, podrias ser yerno del mio! ¡Ó si los Dioses dispusiesen que todas las cosas nos fuesen á los dos comunes fuera de los padres y abuelos! Yo desearia que tú fueses de mas generosa estirpe que yo, y que no tuviésemos unos mismos progenitores. Ignoro pues cual será la dichosa que se case contigo, pues para mí por desgracia tengo los mismos

padres que tú, no puedes ser otra cosa que mi hermano, y tendremos los dos solo aquello que nos estorba y perjudica. Pero ¿por ventura han sido vanos y no significan algo mis sueños? ¿Qué eficacia tienen estos? ¿No suelen ser anuncio de la verdad? Mejor órden hay entre los Dioses, pues ellos se casaron con sus hermanas. Saturno tuvo por muger á su hermana Opis, el Océano á Tetis y Júpiter á Juno; pero siendo estos derechos y privilegios de las Deidades, ¿de qué me sirve el comparar los usos humanos con los celestiales, y los enlaces de los hombres con los de los Dioses? El partido que debo tomar es ó expeler de mi corazon este ilícito amor, ó, si esto no puedo conseguir, desear la muerte, dejarme en efecto morir, y que me pongan amortajada en el féretro, en el cual recibiré algunos ósculos de mi hermano. Pero aunque yo me decida á no abandonar el amor que me abrasa, para llevarle al complemento se necesita la voluntad de los dos. Enhorabuena que esté pronta la mia; pero la suya se resistirá, imaginándolo una maldad. Los hijos de Eolo no se detuvieron en casarse con sus hermanas; pero ¿de donde me han venido á mí estas noticias? ¿Por qué me valgo de estos egemplos? ¿Adónde voy á parar? Apartaos de mí, llamas obscenas, y no ame yo á mi hermano de otro modo que el que conviene y es lícito á una hermana. Pero si él se hubiera enamorado primero de mí, ¿acaso tendria yo inconveniente en ser indulgente y condescendiente á su amor? Luego si yo no llevaria á mal que él se me descubriese, y no despreciaria sus solicitudes, me hallo autorizada para descubrirme á él, y manifestarle las mias. ¿Mas cómo podré hablar y confesarle mi amor? Este me precisará á ello; sí, podré hacerlo; y si me detuviese el pudor, un billete misterioso será el medio para declararle mi pasion." Resolvióse pues á ello, y esta determinacion aquietó su ánimo vacilante. Incorporóse pues un

poco; y apoyándose sobre el codo siniestro, dijo: „Vea Cauno lo que ha de hacer, pues yo resuelvo descubrirle mi loca pasion. Pero ¡ay de mí! ¿adonde me precipito? ¿Qué fuego es este que se alimenta de mi imaginacion?" Tomando en la diestra la pluma, y en la siniestra la tabla encerada,[3] empezó á disponer con su mano trémula las voces y palabras que detenidamente meditaba. Al empezar ya duda; escribe, y condena lo escrito; vuelve á escribir, y lo borra;[4] muda, tilda y aprueba; unas veces omite, otras vuelve á poner lo omitido. En fin no sabe lo que quiere ni lo que aprueba, y todo lo que iba á escribir la desagrada, asomándosela al rostro el color del pudor[5] mezclado con el de la osadía. Tenia ya escrito hermana, y desaprobó y borró esta voz, y por último se resolvió á escribir lo siguiente: „Tu amante te envia la salud que ella no tendrá si tú no se la das, pues se avergüenza de manifestar su nombre. Si me preguntas lo que quiero, desearia podértelo decir sin manifestar quien soy, y que no supieses que soy Biblis antes de haberme asegurado la esperanza de conseguir mis deseos. Mi languidez,[6] mis ojos muchas veces húmedos, mis suspiros nacidos de una causa oculta en mi interior, mis repetidos abrazos y besos, que si los notaste no podian parecer de hermana, pudieron serte indicios de que mi pecho estaba poseido de tu amor. No obstante, aunque mi corazon estaba gravemente herido, aunque el fogoso furor estaba dentro de mí, hice[7] todos los esfuerzos que pude (los Dioses me son testigos) para tranquilizarme. ¡Ay triste! peleé mucho tiempo para huir de las violentas armas de Cupido: padecí mucho mas de lo que puedes imaginarte en la resistencia de una jóven. En fin he quedado rendida, y me veo obligada á confesarlo, y á pedirte condesciendas á mis tímidos deseos. Tú solo puedes conservar ó perder á esta amante. Elige cual de estas dos cosas quieres egecutar. No te

ruega esto tu enemiga, sino la que estando muy emparentada contigo, solicita estarlo aun mas, y unirse con unos vínculos mas estrechos que los de la sangre. Quédese para los ancianos el examen de las leyes, y el inquirir qué sea ó no lo lícito y lo honesto: y qué es lo que aquellas permiten ó prohiben: el inconsiderado amor es propio de nuestros años. Todavía ignoramos lo que sea lícito; creemos que todo lo es, y en esto imitamos los egemplos de los grandes Dioses: á nosotros no nos pondrán impedimento ni el cruel padre, ni el temor ni la reverencia de la fama: no nos dejamos asustar de vanas fantasmas. Ocultaremos nuestro amor bajo el nombre de hermanos. Yo tengo libertad de hablar contigo en secreto y en público, y como hermanos nos son permitidos los ósculos y los abrazos. ¡Qué poco falta para que seamos felices! Apiádate de la que te confiesa su amor, y de la que no lo hiciera si no fuera precisada del último extremo á que ha llegado su amoroso ardor. Y no quieras que se escriba en mi triste sepulcro la causa de mi muerte."[8]

Habia ya llenado todo el billete, y aun tuvo que poner á la márgen las últimas palabras. Inmediatamente envolvió y cerró lo que delincuentemente habia escrito, sellándolo con su anillo,[9] al que para ello humedeció con sus lágrimas, porque la lengua se le habia quedado absolutamente sin saliva. Vergonzosa llamó á uno de sus criados, y despues de haberle halagado le dijo: „Lleva, ó fidelísimo, este billete á mi... y despues de largo rato añadió hermano." Al darle al criado se le cayó de las manos. Turbóse con el agüero;[10] pero sin embargo lo envió. Valiéndose el criado del tiempo y ocasion oportuna, llega y entrega el cerrado billete. Luego que Cauno leyó los primeros renglones fue tan grande su sorpresa, que le sobrecogió, y sin querer continuar en la lectura le arrojó con ira, y

conteniendo con dificultad sus ímpetus de dar de bofetadas al criado, que estaba temblando, le dijo: „Perverso apoyador de una maldad prohibida y execrable, retírate al punto de mi presencia, pues si con quitarte la vida no ofendiera mi propio pudor,[11] aqui mismo pagarías tu atrevimiento muriendo á mis manos."

Al oir esto se retiró lleno de pesar, y fue derecho á contar á Biblis la desdeñosa repulsa de Cauno, y el fiero enojo con que le respondió y amenazó. Al oirlo Biblis mudó de color, y un frio mortal se apoderó de todo su cuerpo. Luego que recobró su sentido se volvió á encender su pasion, y tan agitada estaba, que apenas pudo articular estas palabras: „¡Bien empleada me está la repulsa que he sufrido![12] ¿Cómo pues me arrojé á la inconsiderada temeridad de descubrir mi pasion? ¿Cómo tan prontamente tuve la ligereza de confiar á un billete las expresiones que debia reservar y ocultar en mí? Yo me tengo la culpa, pues antes debí valerme de expresiones ambiguas para explorar su ánimo y parecer, y si seguiria y se acomodaria ó no á mis intentos é inclinacion. Yo deberia haber notado cual era el viento que corria y soplaba, soltando solo una vela para engolfarme con alguna seguridad, y no haberlas desplegado todas de golpe á los vientos no conocidos. No es extraño pues el haber dado en los escollos, y verme sumergida en lo profundo del mar, sin que mi rumbo pueda ya retroceder.[13] ¿Cómo no me contuvo el ver que se oponian á mi amor y resolucion los presagios nada equívocos, y que cuando iba á dar el billete al criado, mandándole que le llevase, se me cayó de las manos, como anticipándome el mal éxito de mis esperanzas? ¿No hubiera sido mas acertado esperar á mejor coyuntura, ó desistir de mis deseos y retractar mi voluntad, ó mas bien que todo dilatar mi resolucion para otro dia y tiempo

mas oportuno? El mismo Dios del amor me lo aconsejaba asi, y me daba ciertos indicios del mal suceso, los que yo pude haber advertido si mi pasion no me hubiese tenido fuera de mí.[14] Yo debiera haber preferido el medio de no confiarme á un billete, sino haberle hablado por mí misma, y boca á boca haberle descubierto mi amor. Entonces hubiera visto, y tal vez le hubieran conmovido mis lágrimas: hubiera visto el semblante de su amante. Pudiera haberle dicho muchas mas cosas que las que contenia el billete. Pudiera haber echado mis brazos á su cuello, aunque él lo hubiese querido resistir: haberme asido á sus pies, y postrada á ellos pedirle se condoliese de mi triste vida; y si me hubiese repelido, haber fingido un desmayo que me pusiese á punto de espirar. ¡Ojalá hubiera hecho todas estas cosas! pues aunque cada una de por sí no fuese suficiente, todas juntas quizás hubieran podido ablandar la dureza y resistencia de su corazon. Acaso estaria la culpa en el criado, que no fue en oportuna ocasion, y creo no supo elegir la conducente coyuntura, ni escoger una buena hora en que su ánimo estuviese tranquilo y de buen humor. Todas estas cosas sin duda me perjudicaron; porque Cauno no es persona que haya nacido de alguna tigre, ni su corazon es de pedernal, ni de hierro ni de diamante, ni mamó la leche de alguna leona.[15] Por consiguiente él se rendiria á mi amor, y lo que conviene es volverle á atacar, y no desistir yo de mi empresa mientras que no me desampare este aliento vital. Si los hados me permitiesen revocar lo que está hecho, primero y mas conveniente seria no haberlo empezado; pero ya emprendido es preciso continuarlo, y tratar de llevarlo adelante hasta la consecucion del fin;[16] porque (aunque yo desista de mis deseos) él no podrá olvidarse de que me atreví á manifestarle mi inclinacion, y tendrá por una veleidad mi amor si ve que desisto de mi

empresa, ó quizás le juzgará por una asechanza y ardid para calumniarle, ó que me descubrí á él vencida no del amor que abrasa mi pecho, sino de un deseo libidinoso. Últimamente ya no puedo dejar de resolverme á tomar cualquiera arbitrio, aunque sea pérfido y delincuente. Ya cometí el exceso de escribirle y manifestarle mis deseos; y aunque no prosiga á mas, esto basta para que no pueda conceptuarme ni llamarme inocente. Lo que falta hasta conseguir mis intentos es mucho; pero muy poco lo que resta hasta envolverme y complicarme en un sinnúmero de delitos." Acabó Biblis con esto su razonamiento, y era tanta la agitacion fiera de su ánimo, que al paso que se arrepentia de haberse descubierto, le agradaba el proseguir su empresa; y atropellando por toda moderacion, repitió sus importunaciones, con las que la infeliz no adelantó mas que recibir nuevos desprecios.

Viéndose Cauno expuesto y perseguido de su hermana, y que esta nunca desistiria ni pondria fin á su pasion, determinó abandonar su patria[17] y el riesgo de incurrir en la maldad; y retirándose á otra region extraña, edificó en ella una ciudad de su nombre.[18] Dicese que Biblis, afligida con la noticia de la ausencia de su hermano, quedó como fuera de sí. Empezó á rasgarse sus vestidos hasta descubrirse el pecho, y darse furiosa golpes en él y en los brazos; y últimamente paró en hacer pública su locura, en confesarse á voces desesperanzada de poder conseguir el prohibido amor de Cauno, y en dejar su casa y patria, y salir en busca y seguimiento de su prófugo hermano. Las mugeres de Caria la vieron ir dando gritos por sus campos como loca, no de otro modo, ó hijo de Semele, que tus Bacantes de Tracia, cuando agitadas con el tirso tuyo celebran cada tres años las orgias. Biblis, dejando estas regiones, atravesó la de los guerreros Lelegas, la Licia

con su monte Cragon, la ciudad de Limires y la corriente del rio Xanto, y últimamente la cima del famoso monte de la Chimera,[19] y su volcan que está en medio de su cumbre, cuyo pecho y rostro eran de leona y la cola de dragon. Ya no hallaba mas selvas ni campos que correr, y fatigada de andar se dejó caer en el suelo, y reclinando su cabeza sobre la dura tierra, se entregó á un profundo silencio, y puso su boca sobre las marchitas hojas que caian de los árboles. Las Ninfas que habitaban en el pais de los Lelegas intentaron muchas veces el incorporarla con sus tiernos y delicados brazos: otras muchas la persuadieron que moderase su amor; pero ella no admitia ningun consuelo; se hacia sorda á las persuasiones; permanecia postrada sin hablar, arrancando con sus uñas las verdes yerbas, y regándolas con el arroyo de lágrimas que de sus ojos corria. Se dice que las Náyades hicieron brotar debajo de ella un manantial que nunca pudiera secarse; y á la verdad ¿qué mayor beneficio podian hacerle para aumentarla sus lágrimas? Inmediatamente, asi como destila la goma del tronco del árbol que se acaba de cortar, ó el tenaz betun mana de la hinchada tierra, ó el agua que se congeló con el frio se derrite con el sol á la venida del suave céfiro; del mismo modo Biblis, consumida con sus lágrimas, se transforma en fuente, la cual aun ahora conserva el nombre de su señora en aquellos valles, y brota al pie de una espesa y oscura encina.

* * *

Notas

1. Es otra diversa de la que dió á Céres los primeros indicios de Proserpina: fue hija del tortuoso rio Meandro, y tuvo por hijos á Biblis y Cauno.

2. Por esta voz se entiende el cariño fraternal, al que Biblis pensaba le era lícito soltar la

rienda.

3. La escritura en aquellos tiempos se hacia en unas tablas enceradas, y con unas puntas de hierro que servian de plumas, y se llamaba *stilo*, y de aqui vino el usarse de esta voz para significar el modo particular con que cada uno escribe.

4. Como las letras se delineaban y abrian sobre la cera, era fácil el volverla á juntar y borrarlas, y á esto llamaban *litura*, de donde vino la voz *litterae*.

5. El color del pudor es la palidez, y el de la osadía el sonroseo del rostro.

6. Indicios y señales las mas evidentes de la oculta pasion del amor.

7. Excusas muy frecuentes y comunes de los que se dejan arrastrar de la violencia de una pasion.

8. De esto es fácil conjeturar la costumbre antigua de poner en las inscripciones sepulcrales ó epitafios la especie de muerte, y la causa de ella.

9. Entonces se autorizaban los escritos, imponiendo en ellos el sello que cada uno tenia en su propio anillo, y era una señal que equivalia á la rúbrica que ahora usamos.

10. Hasta de las cosas mas fútiles y casuales hacian asunto los gentiles para tirar de ellas sus agüeros.

11. Dice esto, porque el quitarle la vida hubiera sido descubrir el secreto que queria ocultar, y poner en opiniones su propio honor.

12. Á las resoluciones inconsideradas y temerarias presto sigue el arrepentimiento.

13. Todo lo dicho es una alegoría muy oportuna, perfecta y acabada.

14. Confiesa la violencia de la pasion, cuyo primer efecto es deslumbrar y obcecar al que se rinde á ella.

15. Esto da á entender cuán antigua sea la opinion de la eficacia que se atribuye á la leche y á la lactancia para formar la índole é inclinacion en los niños; y esto deberia detener á las madres que separan de sí á sus propios hijos, y los abandonan á una ama, cuya índole y propiedades ignoran.

16. Si se dió entrada á una pasion, y llegó á apoderarse del corazon, pronto se hace robusta, y llega á ser obstinacion.

17. En lances y apuros de esta clase el mejor medio es huir.

18. Llamóse Cauna, en la Caria, ciudad poco saludable en el estío y otoño.

19. Era un monte en la Licia, en el que habia un volcan semejante al Etna de Sicilia. Los poetas fingieron que la Chimera era un monstruo que tenia la cabeza y anterior parte del cuerpo de leon, que vomitaba llamas, el medio de cabra, y la parte posterior de dragon; y hubo de dar ocasion á esta fábula el que la cima del monte Chimera era habitada de leones, el medio algo mas suave de cabras, y la falda pedregosa de serpientes. Belerofonte venció y mató á la Chimera, segun lo toca Alciato en uno de sus emblemas.

Fábula VIII

IFIS TRANSFORMADA EN VARON.

La noticia de este nuevo prodigio hubiera acaso admirado á las cien ciudades de Creta, si en esta region no hubiera sucedido otro portento bien semejante con la transformacion de la doncella Ifis. En la ciudad de Festo, que está confinando con el reino de Creta, habia un hombre poco conocido que se llamaba Ligdo, el cual era de lo mejor de la plebe, y su hacienda no era mayor que su nobleza; pero era fiel y de una vida irreprensible. Estando su muger embarazada y ya cercana al parto, la habló de esta forma: „Dos cosas son las que deseo, y por las que dirijo mis votos á los Dioses; la una que tengas un parto feliz, y la otra que sea varon lo que des á luz; porque si es hembra, es mas gravosa para mí, y la naturaleza me negó riquezas para poder dotarla; y si esto sucediese, y parieses hembra, lo cual los Dioses no permitan, mando y dispongo, aunque con mucha repugnancia (perdóneme el paternal amor), el que se la dé la muerte." Esto dijo, y ambos prorumpieron en lágrimas, que les corrian y lavaban el rostro, tanto del que lo mandaba como de la que recibia el precepto. Sin embargo Teletusa[1] importunaba á su marido con inútiles ruegos, suplicándole no pusiese su esperanza en tal apuro; pero Ligdo se mantuvo

inflexible en su resolucion. Apenas ella podia ya sostener la gravedad de su vientre por estar muy adelantada, cuando á media noche Isis,[2] acompañada de su pompa ordinaria, en apariencia de sueño se pone ante su lecho, ó á lo menos asi le pareció que la veia. Tenia en su frente una media luna y una real diadema de espigas, semejantes en el color al oro refulgente, á la cual acompañaban el Dios Anubis[3] en figura de perro, la Diosa Diana, Apis,[4] vario en colores, y el Dios que tiene el dedo en la boca,[5] símbolo del silencio: habia tambien sistros;[6] y se hallaba alli Osiris,[7] nunca bastantemente buscado; y tambien un aspid, serpiente peregrina en la isla de Creta, llena de soporífero veneno. La Diosa, hablando con Teletusa como si estuviese despierta, la dijo: „Ó Teletusa, que eres una de las que me dan culto, depon tu cuidado y temor, y procura engañar á tu marido. Cuando se verifique tu parto no te detengas en criar lo que nazca, sea varon ó hembra. Yo te soy una deidad propicia, y movida de tus ruegos te dispenso mi socorro. No tendrás que quejarte de que diste culto á una Diosa desagradecida." Despues que Isis le hubo aconsejado esto desapareció. La cretense Teletusa despertó con la alegría, se levantó de la cama, se arrodilló, y alzando sus manos al cielo, hizo una deprecacion para que se verificase su sueño. Llegó la hora de que le acometiesen los dolores y se verificase el parto, en el cual dió á luz una hembra, que la madre mandó criar ocultándolo al padre, al que persuadió ser varon: él lo creyó, y este secreto estuvo reservado entre la madre y el ama de leche. Ligdo cumplió las promesas que habia hecho á los Dioses por que fuese varon, y puso á la prole el nombre de Ifis, que era el de su abuelo: la madre se alegró del nombre, porque cuadraba bien á ambos sexos: el artificio proseguia disfrazado, y servia para ocultarlo piadosamente al marido: el vestido que le

puso era de niño; y el rostro tan acomodado á varon y hembra, que parecia hermosamente ambas cosas. Habiendo cumplido la edad de trece años, su padre prometió á Ifis por esposo á Yanta, hija de Telesto, la mas hermosa de todas las doncellas de la ciudad: ambas eran de una edad é iguales en belleza, y habian recibido de unos mismos maestros las primeras instrucciones. De aqui resultó el apoderarse el amor del incauto corazon de entrambas, y la herida fue igual á una y á otra, pero desigual la esperanza. Yanta espera regocijada el tiempo de las bodas estipuladas, creyendo y teniendo por hombre á Ifis, y que habia de ser su marido. Ifis ama lo que no espera poder gozar, y esto mismo le aumenta su ternura, y arde una doncella en el fuego de otra; y deteniendo apenas las lágrimas, dice: „¿Qué fin es el que puedo prometerme en un amor tan prodigioso, tan nuevo, y que en el mundo no tendrá egemplar? Hubiera sido piedad el que los Dioses me hubieran privado de la vida, y si no querian quitármela ni destruirme, á lo menos debieron haberme dado un amor natural, y de la clase acostumbrada y correspondiente. No ama ardientemente una vaca á otra, ni una yegua á otra yegua: el carnero enamora á la oveja; la cierva sigue al ciervo; por este órden se aman las aves, y entre todos los animales ninguna hembra se inclina á otra hembra. Para verme en este apuro mas bien quisiera no haber nacido. Pero Creta parece el teatro de todas las monstruosidades: Pasifae se enamoró de un toro, es verdad; mas eran los dos de distintas especies; y si vale decir la verdad, mi amor es mas desatinado que el de aquella, pues en el de Pasifae hubo esperanza de verificarse y tener efecto, como le tuvo con el engaño de tomar la artificiosa figura de una vaca, y alli habia un amante que fuese engañado. Pero aqui y en mi amor, aunque se reunan á favorecerme las astucias de todos los

hombres, aunque el mismo Dédalo vuelva volando con sus alas enceradas, ¿qué podrá adelantar? ¿Por ventura podrá transformarme en varon por medio de la destreza de sus artes? Ó cuando á mí no me vuelva, ¿podrá transformar á Yanta para que asi pueda verificarse nuestro enlace?" Despues, reconviniéndose á sí misma, decia: „Ifis, ¿por qué no entras en acuerdo contigo, y por qué no apartas de tí unos deseos tan necios y desnudos de consejo? Reflexiona que has nacido muger; y si no te engañas á tí misma, desea solo lo que te es lícito desear, y ama lo que debe amar una muger. La esperanza es el orígen y el alimento del amor, y esta me la quita y destruye la imposibilidad del caso. Para abrazar á mi amada Yanta no tengo el inconveniente de las centinelas, ni el rezelo de un sospechoso marido, ni la aspereza de un padre, ni ella se niega ni resiste á mis instancias. Mas con todo no puedo verificar mis deseos, ni puedo ser feliz, aunque todas las cosas se reunan en mi favor, ni aunque los hombres y los Dioses se desvelen en idear medios de proporcionarlo. Es cierto que ninguna cosa de cuanto puedo desear de las que conducen al complemento del amor me hace falta, y los Dioses propicios me concedieron y facilitaron cuanto pudieron para fomentarle. Lo mismo que yo quiero quiere ella, lo quiere su padre, y lo quiere tambien el mio; pero no lo quiere ni lo permite la naturaleza, que tiene mayor eficacia y poderío que todos ellos; y esta es sola la que tengo en contra mia. Ya se acerca el deseado tiempo y el dia de nuestras bodas, y en él será mia Yanta; pero de ningun modo será mia, y ambas nos abrasaremos de sed en medio de las aguas. Tú, Juno, y tú, Himeneo, ¿de qué aprovechará que asistais á unas bodas, en las cuales no habrá marido, y seremos ambas novias?" Calló con esto la desgraciada Ifis: Yanta por su lado no estaba menos enardecida y deseosa de que llegase con celeridad el

dia del himeneo. Teletusa, temiendo que las bodas descubriesen el engaño, unas veces propone dilaciones, otras finge indisposicion, muchas recurre á los pretextos de suponer que habia tenido agüeros y sueños infaustos; pero ya llegaron á apurársele los pretextos y ficciones de que se valia, y se acercaba el tiempo, que hasta alli habia podido retardar, de celebrar las bodas, para las que solo faltaba un dia, y en este apuro y afliccion se quitó y quitó á su hija la cinta que recogia sus cabellos, y con ellos sueltos[8] se encaminaron al templo de Isis, y asida al ara pronunció con el mayor fervor esta deprecacion: „Divina Isis, que eres reverenciada en Paretonio,[9] en los campos Marcóticos, en la isla de Paros y en el Nilo dividido en siete bocas, suplícote que me favorezcas y proporciones remedio á nuestro temor. En otro tiempo te ví, ó Diosa, con las mismas insignias que te veo ahora; todas las conocí, como igualmente á tus compañeras, las antorchas y el sonido de los sistros. Yo cumplí la órden que me diste, y por haberla observado ve mi hija la luz;[10] y si yo no he sido castigada por no haber obedecido á mi marido, es un efecto de tu bondad y proteccion. Apiádate de estas dos infelices, y ayúdalas con tu auxilio." Esta súplica fue acompañada de un torrente de lágrimas. Pareció que la Diosa habia movido su altar, y con efecto lo habia conmovido. Las puertas del templo empezaron á temblar. La media luna que la Diosa tiene en la cabeza se vió resplandecer, y se oyó la armonía del sonoro sistro. Teletusa, alegre con tan felices presagios, aunque no del todo segura, se echó fuera del templo. Ifis la seguia con mas acelerado paso que el que acostumbraba. Su rostro habia perdido algo de su blancura; se sentia con aumento de fuerzas; su semblante era menos afeminado; sus cabellos mas cortos y ensortijados; se siente mas vigoroso que cuando era muger: en una palabra, queda hecho varon la que antes fue

hembra. Cumplid ¡ó agraciados! los votos que ofrecisteis[11] á estos templos, y en buena hora regocijaos ya sin sobresaltos. Efectivamente se desempeñan de la obligacion en que estaban, grabando alli esta breve inscripcion: *Ifis, mudada en varon, cumplió exactamente las promesas que tenia hechas cuando era muger*. Cuando los dorados rayos del sol alumbraban ya al mundo el dia siguiente, Venus, Juno é Himeneo se congregan á celebrar las bodas de los dos consortes, é Ifis transformada en hombre se desposa con su querida Yanta.

* * *

Notas

1. Asi se llamaba la muger de Ligdo.

2. Era la principal deidad que veneraban los egipcios. Fue la doncella Iö, á quien Júpiter para ocultarla de Juno transformó en vaca: aquella la dió á guardar al gigante Argos, que tenia cien ojos, y despues que Mercurio se los adormeció todos, y le cortó la cabeza, Júpiter la trasladó al Egipto, donde restituida á su primera figura, fue venerada con el nombre de Isis. Sus atributos eran la media luna sobre la cabeza, el sistro, y otros varios que mas adelante indica Ovidio, describiendo el aparato con que se presentó en sueño á Teletusa.

3. Era Mercurio en figura de perro.

4. Era otra deidad de Egipto, venerada en figura de buey de varios colores.

5. Era Harpócrates, filósofo griego, á quien pintaban con el dedo puesto sobre la boca, y le hacian símbolo del silencio.

6. Eran unos instrumentos de metal, de que usaban los sacerdotes egipcios en los sacrificios de Isis.

7. Este puede confundirse con Apis, y le atribuian la figura de toro. Cuando se perdia le buscaban con gran tristeza, y al hallarle hacian demostraciones con mucha alegría.

8. El soltarse los cabellos era nota y demostracion de afliccion.

9. Este y los demas sitios que nombra eran las principales ciudades de Egipto en que se reverenciaba á Isis.

10. Quiere decir que estaba viva, pues la reservó de la muerte con la traza que la dió Isis de que la fingiese varon.

11. Aqui se da á entender que lo que ofrecieron en el templo de Isis fue algun cuadro ó pintura del suceso, á cuyo pie estaria la pequeña inscripcion que mas abajo se refiere, de lo que se colige cuán antiguo es el uso de llevar y colgar los votos y promesas en los templos.

Tomo III · Libro décimo

Libro décimo

ARGUMENTO.

Himeneo, que habia asistido á las bodas de Ifis, partió desde ellas á las de Orfeo; pero fue con mal agüero, pues de alli á poco perdió este dos veces á Eurídice; una cuando murió mordida de una serpiente, y otra cuando la sacaba de los infiernos. Orfeo con este suceso quedó tan asombrado, como aquel á quien la vista del Cancerbero deja convertido en piedra. Despues de esto, como para alivio de sus penas cantase al son de su lira en un monte muchas y varias transformaciones, vinieron á él y le rodearon todos los árboles de aquella montaña, y entre ellos el pino en que habia sido convertido Atis, y el ciprés en que habia sido transformado Cipariso.

* * *

Fábula primera

EURÍDICE MUERE DE LA MORDEDURA DE UNA SERPIENTE.

Desde las bodas de Ifis partió el Dios Himeneo por los aires cubierto con un vestido amarillo, y llegó á las playas de Tracia, en donde fue inútilmente invocado por Orfeo[1] para que asistiese á sus bodas. El asistió efectivamente á ellas; pero ni profirió la cantinela nupcial, ni fue con buen semblante ni con feliz agüero. La antorcha que tenia en las manos no ardia ni se encendia, aunque se le aplicaba el fuego, ni hacia otra cosa que rechinar y apagarse, despidiendo un humo que hacia salir las lágrimas de los ojos. El suceso fue mas triste que los anuncios; porque mientras la recien casada[2] andaba discurriendo por un florido prado, acompañada de una tropa de Náyades, la acarreó la muerte la mordedura que la hizo una serpiente en un talon.

* * *

Notas

1. La invocacion que hacian á Himeneo para que asistiese á las bodas y las felicitase puede verse en aquel verso de Catulo *Hymen, o Hymenaee*, *Hymenades, o Hymenaee*. Orfeo fue hijo de Apolo y de la Musa Caliope, el mas diestro en la lira y en el cántico. Habilidad que

hubo de ser don de Apolo su padre, á quien los mitólogos hacen Dios de la música y de la medicina.

2. Era Eurídice, que pocos dias despues de las bodas murió de la mordedura de una serpiente, y Orfeo su marido bajó con su lira al infierno á pedir á Pluton y Proserpina se la restituyesen.

Fábula II

BAJADA DE ORFEO Á LOS INFIERNOS.

Despues de haber llorado Orfeo la pérdida de su esposa, y haber llenado los aires de ayes y lamentos, para hacerlos tambien resonar en la region de las sombras, formó por último el atrevido designio de bajar á los infiernos por la cueva y entrada que está en el monte Ténaro;[1] y caminando por entre una multitud de leves sombras de las almas de los que habian logrado el honor de la sepultura, se presentó ante Proserpina y Pluton, que son los que reinan en aquella triste region, é hiriendo las cuerdas armoniosas de su lira, las acompañó con la cancion siguiente:

„Ó Deidades del mundo subterráneo, adonde venimos á parar todos los mortales, si dais licencia para que hable la verdad, omitiendo preámbulos importunos, no he venido acá para ver la negra mansion de los infiernos, ni para atar al Cancerbero de tres gargantas, ásperas con las serpientes que las rodean. Mi esposa es la causa de mi venida, que pisando una víbora, la mordió é infundió su veneno, y la causó la muerte en los floridos años de su juventud: procuré sufrir con paciencia esta desgracia, y confieso haber hecho cuanto pude para conseguirlo; pero venció el amor: ese Dios, que es bien conocido allá sobre la tierra: dudo si aqui lo será

igualmente; pero me inclino á creer que sí tambien lo es, pues á vosotros igualmente os ha ayuntado el amor, si es que no miente la fama de que os unisteis por medio del pasado rapto.[2] Yo pues os suplico, poderosos Dioses, por estos lugares llenos de temor, por este caos, y por el pavoroso silencio de este dilatado reino, que me deis á Eurídice, y anudeis el hilo de su vida, que fue cortado fuera de sazon. Todos los vivientes os somos deudores; y aunque dilatemos algo nuestra vida, tarde que temprano todos caminamos á estas regiones. Estas son nuestras últimas moradas, en que os podeis vanagloriar de tener un imperio eterno sobre el género humano. Tambien Eurídice, cuando muera á su tiempo y en otra edad mas avanzada, volverá á recaer en vuestra jurisdiccion. Solo os pido el uso de algun tiempo por gracia y beneficio; pero si los hados se oponen á mis deseos, vengo con determinacion de quedarme en estos lugares: gozad enhorabuena de la muerte de dos." Aquellas pálidas almas lloraban al ver expresar los sentimientos de Orfeo, y al oir acompañar sus acentos con su armoniosa lira. Tántalo[3] dejó de coger el agua que siempre se le escapaba. La rueda de Ixion[4] se detuvo; los crueles buitres, que despedazaban el hígado del desgraciado Ticio, le dieron algun descanso; las hijas de Belo cesaron de echar agua en el tonel horadado, que se vacia al paso que lo llenan; Sísifo se sentó sobre la piedra, que está condenado á rodar sin pausa ni descanso. En esta ocasion fue cuando se vió por primera vez llorar á las implacables Furias. Proserpina y Pluton se enternecieron, y mandaron llamar á Eurídice, que estaba entre las almas recien entradas, y vino cojeando[5] por causa de la mordedura de la serpiente. Recíbela Orfeo bajo la condicion de no volver atras los ojos hasta haber salido de los valles del Averno, so pena de que la perderia, y seria nula la gracia.[6] En medio de aquel profundo

silencio trepan por un camino cuesta arriba lleno de malezas, y en que habitaban la oscuridad y las mas densas tinieblas. Ya les faltaba poco para llegar á la superficie de la tierra, y salir de aquella oscura region, cuando Orfeo, temiendo en este sitio no se cansase Eurídice, y deseoso de verla volvió la vista, y al punto fue detenida y retirada hácia atras; y extendiendo sus brazos para asir con ellos á su esposo, ó ser asida por él, no encontró ni palpó otra cosa la infeliz que el viento deleznable, y muriendo con esto segunda vez, no se quejó de que tuviese la culpa su marido. Porque ¿cómo habia de quejarse de verse amada? Con esto le dió el último á Dios, que con dificultad llegó á sus oidos, y fue tornada con violencia al oscuro reino de donde habia salido. No causó menos pasmo á Orfeo la duplicada muerte de su muger que á aquel pastor[7] que tímido vió á Cancerbero encadenado por la garganta de en medio, el cual no perdió el pavor hasta que se le trasmutó su naturaleza convirtiéndose en peñasco: ni el referido pasmo de Orfeo fue menor que el de Oleno, que, cargando sobre sí el delito de su muger, quiso parecer y aparentar que era reo, el cual y Letea su esposa, engreida con su hermosura, y que en otro tiempo se quisieron tiernamente, ahora son peñascos del monte Ida. El desgraciado Orfeo volvió hácia atras en seguimiento de su muger, y se esforzaba para pasar el rio Leteo; pero el barquero Aqueronte[8] se lo prohibió, alejándole de su barca. Permaneció siete dias y otras tantas noches á la ribera del rio infernal sin otro alimento que sus lágrimas.

* * *

Notas

1. Era un monte de Laconia, en el cual habia una profunda cueva, que creian ser la entrada para bajar á los infiernos.

2. Alude á la fábula del rapto de Proserpina, que ya queda tocado en el libro quinto.

3. Por haber puesto en una cena á Júpiter y Mercurio á su hijo Pelope fue condenado al infierno á la pena de estar en un rio y huírsele el agua, y las frutas de un árbol que estaba sobre su cabeza, cuando queria beber ó comer: es símbolo de los avarientos, que no gozan de lo que tienen.

4. Fue el padre de los Centauros, que los hubo en una nube que tenia la figura de Juno, y fue condenado al tormento de la rueda. Este y los demas tormentos que toca el poeta se suspendieron al embeleso y melodía del cántico de Orfeo.

5. Esto indica el errado concepto que tenian de los espíritus, á quienes daban configuracion corporal.

6. Esta fábula se hubo de confarcinar sobre la confusa noticia que hubieron de tener los gentiles del suceso de la muger de Loth, que por haber mirado atras cuando huia de Sodoma con su marido é hijas quedó convertida en una estatua de sal.

7. Tócase aqui de paso la fábula de un pastor, que al ver á Cancerbero, á quien Hércules sacó del infierno, y le traia por las ciudades de Grecia atado con una cadena por el cuello del medio, se quedó pasmado, y se convirtió en peñasco.

8. Era el barquero, que en su barca pasaba las almas al otro lado del rio; pero no admitia en ella á las de los que no habian sido sepultados. En esta barca finge Virgilio haber pasado Eneas y la Sibila para llegar á ver á su padre Anquises.

Fábula III

ORFEO TOCA LA LIRA EN EL MONTE RODOPE.

En fin despues que Orfeo se quejó inútilmente de la crueldad de los Dioses del infierno, se fue al monte Rodope y á Hemo, donde reina el frio Aquilon. Pasáronse tres años sin haberse permitido al trato de ninguna muger, ya porque le habia salido tan mal el casamiento, ó ya porque le queria guardar á Eurídice la fidelidad que le habia prometido. No obstante muchas Ninfas desearon casarse con él, y solo las correspondió con desprecios, dedicándose á un amor inverso, que de él aprendieron los pueblos de Tracia,[1] á quienes agradaba la florida edad de los niños que aun no habian entrado en la juventud.

Sobre la cumbre de un collado se ostentaba una hermosa llanura de un campo, que estaba siempre verde con la grama y otras yerbas. En este sitio sin sombra fijó su residencia Orfeo, y en él tocaba su lira, y al sonido de ella vinieron todos los árboles comarcanos á hacerle sombra, atraidos del dulce sonido de la lira. No hicieron falta ni dejaron de concurrir las encinas, los álamos blancos, los suaves tilos, las hayas, los laureles, los avellanos, los fresnos, los abetos, los carrascos, los plátanos, los acebos, los sauces, los lotos, el box siempre verde, los brezos, los arrayanes de dos colores, y las

higueras. Tambien vinisteis vosotras, yedras trepadoras, juntamente con las vides llenas de pámpanos, y los olmos vestidos de parras, los quejigos, el madroño cargado de fruto encarnado, las erguidas palmas, premio de los vencedores, el pino de áspera y recogida copa, grato á la madre de los Dioses desde que Atis, sacerdote de esta Diosa, se convirtió en él.

* * *

Notas

1. Los gentiles tuvieron sin duda noticia de lo que refiere Moises de las ciudades nefandas Sodoma y Gomorra &c., abrasadas con fuego del cielo por sus execrables maldades; pero ellos, como acostumbraban, envolvieron el terrible suceso con sus fábulas.

Fábula IV

CIPARISO TRANSFORMADO EN CIPRÉS.

Entre toda la multitud de árboles que acudieron al son de la lira de Orfeo, vino tambien el ciprés, émulo de las pirámides, el cual, aunque ahora es árbol, fue antes un muchacho querido de aquel Dios que con las cuerdas arma y maneja la cítara y el arco.[1] El caso de su transformacion fue el siguiente: Habia un corpulento ciervo dedicado á las Ninfas de los campos de Cartea, el cual tenia unas astas de tal elevacion y anchura, que le servian de sombrage á su cabeza: las astas resplandecian con el oro, y de su delgado cuello iba pendiente hasta los brazuelos un collar de piedras preciosas. Un medallon de plata colgaba sobre su frente sujeto con unos pequeños lazos de cuero, y de sus orejas pendian tambien sobre las sienes dos arracadas del mismo metal. Este ciervo domesticado, y acostumbrado á no conocer el miedo, solia entrar en las casas, y presentar su cuello aun á las manos desconocidas para que lo halagasen; pero no obstante á nadie le agradaba tanto como á tí, Cipariso, jóven el mas hermoso de toda la isla de Cos.[2] Tú cuidabas de llevarlo á los pastos mas abundantes y á las fuentes mas cristalinas. Unas veces entretejias sus astas con variedad de flores, otras, acomodándote en su espalda, ibas con él de una á otra parte, enfrenándole

con un cabestro de color de púrpura.

Un dia de estío á la hora del mayor calor se echó el ciervo sobre la yerba, viéndose muy fatigado, para tomar un poco el fresco á la sombra de los árboles. El muchacho Cipariso, sin saber lo que se hacia, le atravesó con una aguda flecha, y viéndole espirar de aquella cruel herida, quedó sobrecogido de tal tristeza y desesperacion, que resolvió darse á sí mismo la muerte. ¿Qué de cosas no le dijo Febo para consolarle? Le amonesta que no se abandone á tanto sentimiento por una cosa de tan poca consideracion; pero él seguia entregado á sus gemidos y sentimiento, pidiendo á los Dioses que por último don le concediesen que jamas interrumpiese sus lágrimas. Á puro llorar vino á derramar su sangre por los ojos, y sus miembros empezaron á tomar un color verde, á transformarse en erizada melena aquellos hermosos cabellos que poco há pendian de su nevada frente; y endureciéndose poco á poco, se elevó mirando rectamente al cielo, angostándose la copa hasta rematar en punta. Fue muy sensible á Apolo esta transformacion de que habia sido testigo, y suspirando: „Yo lloraré tu pérdida, le dijo, Cipariso; tu llorarás la de otros, y asistirás siempre á los lúgubres llantos."[3]

* * *

Notas

1. Este es Apolo.

2. Una de las Cícladas, en el mar Egeo.

3. Dice esto porque el ciprés es árbol fúnebre, que se plantaba junto á los sepulcros, y cuyas ramas se ponian en señal de luto y tristeza á las puertas de los que habian muerto.

Fábula V

RAPTO DE GANIMEDES.

Aquellos eran los árboles que Orfeo habia atraido al rededor de sí, y permanecia ordinariamente sentado á la sombra en medio de los animales y aves, que el encanto de su voz hacia venir de todas partes. Un dia despues que templó bien su lira, y conoció que las varias voces concordaban, sin embargo de la diversidad de sonido, se puso á cantar de este modo: „Ó Musa,[1] madre mia (pues todas las cosas estan sujetas al imperio de Júpiter), inflama mi pecho para que mis versos comienzen con sus alabanzas. Yo he celebrado ya muchas veces su poder; y subiendo mi lira al tono heroico, canté en otro tiempo la victoria que ganó sobre los gigantes, que abatió con los rayos[2] en los campos de Phlegra: ahora conviene un estilo mas llano para cantar los jóvenes que han sido amados por los Dioses, y las doncellas que, entregadas á no permitidos amores, merecieron la justa pena de su liviandad.

„El Rey de los Dioses amó en otro tiempo con el mayor ardor al troyano Ganimedes,[3] y para conseguir su amor queria deponer su divinidad, é inventar una cosa en que transformarse diversa de la que él era; pero no quiso trasmutarse en otra ninguna ave sino en águila, porque esta

era sola la que podia llevar sobre sí sus rayos. Puso por obra sin demora esta su determinacion; tomó con efecto la figura de águila, y rompiendo los aires con sus aparentes alas, bajó volando, y arrebató á Ganimedes, y lo subió al olimpo, en donde, aunque á pesar de la zelosa Juno, le hizo su copero, y le sirve la bebida del néctar."

* * *

Notas

1. Por esta invocacion empieza el cántico Orfeo, en el cual injirió las muchas transformaciones que se refieren en este y el siguiente libro, y llama á la Musa su madre, porque, segun ya queda dicho, era hijo de Caliope.

2. Dos especies de ellos atribuian á Júpiter; unos que llamaban menores, con los que suponian destrozaba los edificios y los árboles, y otros que llamaban mayores y trisulcos, con los cuales creian heria y derribaba las montañas, y de estos fabulizan se valió en la guerra contra los gigantes.

3. Fue hijo del Rey Tros, de quien tomó su nombre la ciudad de Troya, y por su hermosura Júpiter le arrebató transformado en águila para que le sirviese de copero en lugar de Hebe.

Fábula VI

JACINTO TRANSFORMADO EN FLOR.

„Á tí tambien, jóven Jacinto, te hubiera trasladado Apolo al cielo si se lo hubieran permitido los hados; sin embargo tienes el privilegio de la inmortalidad, que es cuanto pudo hacer en tu obsequio. Cuantas veces expele la primavera al invierno, y cuantas saliendo el sol del signo de Piscis entra en el de Aries, otras tantas te renuevas, brotando tus flores en la verde pradera. Mi padre Apolo te amó mas que á otro ninguno, y tanto que por tí abandonó el templo y oráculo de Delfos,[1] frecuentando solo las riberas del rio Eurotas y la ciudad de Esparta por visitarte: ni le gustaba la lira ni tampoco las flechas, sino que enagenado de sí no se avergonzaba ni rehusaba llevarte las redes, los perros, y acompañarte por los collados de los ásperos montes, fomentando de este modo su pasion, y convirtiéndola en costumbre.

„Un dia cuando Titan se hallaba en medio de su carrera, queriendo Apolo y Jacinto jugar al disco, se despojan de las ropas, y se ungen con aceite segun costumbre; Apolo arrojó el primero el disco con tanta fuerza y destreza, que penetrando la region del aire, dividió con su violencia las nubes, y de alli á mucho tiempo empezó á bajar hácia la dura tierra.

Viéndolo Jacinto, sin prever el riesgo á que se exponia, y embebido en el juego, echó á correr para coger el disco; pero al tiempo que dió en el suelo saltó de rebote, y dió á Jacinto en el rostro, haciéndole una mortal herida. Quedóse Apolo tan descolorido como el mismo Jacinto; y reuniendo la carne que el golpe habia despedazado, unas veces la unia á la restante, otras enjugaba la sangre que corria de la herida, y otras procuraba contener su ya fugitivo espíritu, aplicándole los remedios y yerbas mas medicinales.[2] Nada aprovechó el arte, porque la herida era incurable. Al modo que las adormideras, los lirios y violetas, quebrantados sus tallos, inclinan su cabeza hácia la tierra, y ya no pueden erguirse, asi se inclinó su rostro al tiempo de espirar, y el cuello y cabeza, faltos de vigor, se abatieron sobre los hombros. Entonces Apolo: „Desfalleces, le dijo, Jacinto, en tu primera edad, y veo que yo tengo la culpa de tu muerte. Tú eres causa de mi dolor, y en tí vino á descargar mi golpe. Mi diestra debe ser marcada con una señal que signifique tu muerte. Sí, yo soy la causa y el autor de ella. Pero ¿en qué está mi culpa? Como no se quiera dar este nombre al juego, y llamarse delito el haberte amado. ¡Ojalá pudiera dar mi vida por la tuya ó morir contigo! Pero puesto que el destino se opone á ello, reinarás siempre en mi memoria; mi canto y mi lira jamas dejarán de publicar tus alabanzas, y convertido en una nueva flor, estarán en tí escritos mis llantos y gemidos. Llegará tambien un tiempo en que el fortísimo Ayax[3] se añada á esta flor, y se lea en sus hojas su nombre." Mientras Apolo decia estas cosas la sangre de Jacinto, que habia caido y manchado las yerbas, dejó su color, y convirtió en una flor mas resplandeciente que la púrpura de Tiro, y tomó la forma que tiene el lirio, si este no fuera blanco y el jacinto encarnado. No se contenta Apolo con esto; él es el primero que le tributa honores; esculpe

en las hojas sus suspiros, conteniendo la triste inscripcion de *ay ay* con las mismas funestas letras. La ciudad de Esparta no tiene por afrenta el haber sido patria de Jacinto, antes sí por un honor que dura hasta el presente tiempo, en el que se repiten y celebran cada año con mucha pompa unas fiestas y juegos en su honor, siguiendo la costumbre de los mayores."

* * *

Notas

1. Fue famoso el templo y oráculo de Apolo de la isla de Delfos, en el que la sacerdotisa, llena de entusiasmo y con ademanes de locura, daba desde la trípode las respuestas mas oscuras y confusas, y engañaba con ellas á los que venian á consultar.

2. Como que era y le hacian el inventor y Dios de la medicina, la que por esto se llama aun en el dia arte ó facultad Apolinia.

3. Fue hijo de Telamon, que desesperado por la repulsa en el certamen con Ulises sobre las armas de Aquiles, se mató con su espada, y de su sangre empapada en la tierra brotó la flor del jacinto, escrito en sus hojas el *ay*, nota de dolor, con la diferencia de que en la que fue convertido el jóven Jacinto estaba primero la *y*, y se leia *ya*, y en la que brotó de la sangre de Ayax al contrario *ay*.

Fábula VII

LOS CERASTES CONVERTIDOS EN TOROS.

„Mas si se pregunta á la ciudad de Amatonta, abundante en metales, si ella tiene por honor el haber sido patria de las Propétides, como Esparta en haberlo sido de Jacinto, responderá que antes bien lo tuvo por afrenta, del mismo modo que el haberlo sido de aquellos que procreó en otro tiempo, los cuales, por tener dos cuernos en la frente, se llamaron Cerastes. Frente de la casa de estos habia un templo y ara dedicada á Júpiter, protector del hospedage, en la que se hacian los mas abominables y tristes sacrificios. Cualquiera extrangero que llegase á verla teñida y salpicada de sangre creeria que en ella se habian sacrificado algunos ternerillos ó algunas ovejas de Chipre, y no era eso, sino que las víctimas que en ella se habian ofrecido eran los huéspedes y extrangeros que alli llegaban. Ofendida Venus de esta abominacion, estaba resuelta á retirarse de sus ciudades y de toda la region é isla de Chipre; pero reflexionándolo mejor, dijo:

„¿En qué han pecado mis ciudades y estos campos, que me son tan agradables? ¿Qué delito hay en ellos? Mejor es que los delincuentes paguen su pena con el destierro ó con la muerte, ó con otro castigo que venga á ser un medio entre estos dos. Y ¿cuál podrá ser este sino el de transformarlos

en otra diversa figura?" Venus vacilante en qué los convertiria, vuelve la vista á los cuernos que tenian en su frente; y ocurriéndola el dejarlos con ellos, los transformó en crueles toros."

* * *

Fábula VIII

PIGMALION.

„Las Propétides[1] tampoco hicieron honor alguno á su patria, pues ademas de ser obscenas se atrevieron á negar que Venus fuese Diosa, por lo cual airada esta, se dice que las enardeció hasta el extremo de que fuesen el primer egemplar de la prostitucion; y como perdieron el pudor, y se les endureció la sangre en el rostro, poco á poco se fueron convirtiendo en duros peñascos.

„Como antes de su transformacion las viese Pigmalion que pasaban su vida en tan criminal disolucion, espantado de los vicios y desarreglos en que naturalmente incurren las mugeres, las juró aborrecimiento, y vivia en el estado de celibato, en el cual se mantuvo por mucho tiempo. En el intermedio de él hizo felizmente y con mucho arte una estatua de marfil, á la cual dió la forma de una muger tan hermosa, que ni la naturaleza ni el arte llegaron á mas, y viéndola tan bella, se enamoró de su estatua.

„Su semblante era de una verdadera doncella: parecia que estaba viva, y que queria moverse á no prohibírselo la modestia: ¡tan grande era el primor que ocultaba el arte! Maravíllase Pigmalion, y se enciende en su pecho un fuego de amor á la estatua como si estuviese viva. Muchas veces la tocaba

con sus manos dudando si era cuerpo viviente, y no se atrevia á decir que fuese marfil: besábala, y le parecia que le retornaba el cariño: la hablaba, la tenia en sus brazos, y se persuadia que sus dedos se imprimian en los miembros como si fuesen flexibles, temiendo que la impresion de ellos no la hiciese algun daño ó contusion. Con la idea de complacerla unas veces la hacia halagos, otras le traia conchas y piedrecillas, dones agradables á las doncellas, diversos pajarillos y flores de mil colores, lirios, bolitas pintadas y granos de ámbar. Tambien la adornaba con vestidos de gala; poníala en los dedos lucidos anillos, y en el cuello largas gargantillas, arracadas de piedras preciosas en sus orejas, y joyas en su pecho. Todas estas cosas le caian muy bien; pero despojada de ellas no estaba menos hermosa. Poníala en su cama llamándola su muger, y como si tuviera sentido la colocaba y reclinaba sobre almohadas de suaves plumas. Llegó el dia y festividad dedicada á Venus, el cual se celebraba en la isla de Chipre con mucha solemnidad.[2] Ofrecíanse sacrificios de blancas novillas, doradas sus extendidas astas, y humeaban en los templos los ofrecidos inciensos. Pigmalion, despues de haber hecho un sacrificio, se puso delante del altar, y con el debido respeto hizo esta deprecacion: „Si podeis, ó Dioses, conceder todo lo que se os pide, os ruego que la muger con quien me case (y no atreviéndose á decir fuese la doncella que habia hecho de marfil, pronunció en lugar de ello) sea semejante á la estatua que he formado." La refulgente Venus, que asistia á su festividad, conoció lo que queria decir aquella deprecacion, y en señal de que venia bien en darle gusto en lo que suplicaba, por tres veces se encendió por sí misma la llama de una antorcha, y su piramidal punta se elevó por los aires. Pigmalion, contento con este agüero, se volvió á su casa, y al punto que entró en ella se dirigió á la estatua de su querida, y

tentándola le pareció que estaba caliente; que el marfil se ablandaba, y que deponiendo su dureza, cedia á los dedos suavemente, á la manera que la cera del monte Himeto[3] se ablanda á los rayos del sol, y se deja manejar con los dedos, tomando varias figuras, y haciéndose mas dócil y blanda con el manejo. Al verlo se pasma Pigmalion; se llena de un gran gozo mezclado con temor, creyendo que se engañaba. Volvió segunda vez á tocar la estatua, y se cercioró que era un cuerpo flexible, y que las venas daban sus pulsaciones al explorarlas con los dedos. Entonces Pigmalion pronunció las palabras mas enérgicas y acomodadas para dar gracias á Venus; estrechó su rostro con el verdadero de su querida, y sintiéndolo esta se llenó de rubor; y alzando su tímida vista, vió á un mismo tiempo al cielo y á su amante. La Diosa Venus felicitó con su asistencia el casamiento que ella misma habia proporcionado, y al cabo de nueve meses la que antes habia sido estatua dió á luz á Epafo, del cual la isla tomó el nombre. Tambien nació de ella y fue fruto de este enlace Ciniras, el cual hubiera podido contarse entre los hombres felices si no hubiera tenido sucesion.[4]

„Me veo en la ocasion de contar cosas obscenas y horrendas. Retírense de aqui las doncellas y sus madres, pues no es razon las oigan: y si el suceso que van á referir mis versos os agradare y entretuviere, tenedlo por una novela, y no lo creais; y si lo creyéreis, creed tambien la pena con que fue castigado. Si es posible y parece creible que se haya cometido una maldad que aborrece la misma naturaleza, doy el parabien á la nacion traciana, á nuestro reino y á nuestras tierras por hallarse tan distantes de aquellas regiones en que sucedió la horrible maldad que voy á referir. Enhorabuena que la Arabia sea abundante en amomo, en cinamomo, en costo, en incienso y en otras flores y perfumes, con tal que sea ella sola donde se crie

la mirra, árbol nuevo, que se produjo á costa de tal maldad."

* * *

Notas

1. Fueron unas doncellas de Chipre, que por haber sido las primeras que se prostituyeron, segun se cuenta en la fábula siguiente, dieron ocasion á la de que Venus las convirtió en peñascos.

2. Como cada deidad tenia su influencia y dominio en su diverso territorio, pues Juno dominaba en Samos, Apolo en Delfos, Diana en Éfeso, y asi las demas, Venus era Diosa de Chipre, y asi la llama Horacio en aquella oda que empieza: *Sic te Diva potens Cypri.*

3. Hace mencion de la cera de este monte, porque era la mas exquisita, y sus abejas y colmenas las mas afamadas, como puede verse en el libro 4.º de los Geórgicos de Virgilio.

4. Los hijos viciosos son la afrenta de los padres, y es desgracia el tenerlos, asi como los virtuosos y bien criados son el honor y la felicidad de ellos.

Fábula IX

MIRRA CONVERTIDA EN ÁRBOL.

„Abominable Mirra, no tienes disculpa excusándote con el amor, porque este niega y repugna haberte herido sus armas, y se disculpa de que sus incentivos te pudiesen incitar. Solo alguna de las infernales Furias te abrasó con su horrible tea,[1] é inspiró en tí el venenoso hálito de sus hinchadas víboras. Maldad abominable seria el que hubieses aborrecido á tu padre; pero es mas abominable el que te enamorases de él. Puesto que de todas partes concurrian á ser pretendientes tuyos los próceres mas afamados, y la juventud de todo el Oriente se presenta como á competencia á solicitar tus bodas, elige al que quieras de todos ellos, con tal que en ellos no esté ni se cuente uno.[2] Mirra, conociéndose arrebatada de su pasion, resistia cuanto podia á un amor tan abominable, y decia entre sí: „¿Adónde me precipito? ¿Qué es lo que intento? Deidades, piedad y reverencia paternal, sagrados respetos y derechos de los padres, impedid que llegue á egecutarse tal maldad, y oponeos á tan execrable deliro, á llamarse asi lo que intento, porque puede con razon negarse que lo abominen y condenen la piedad y la reverencia, pues vemos que los brutos y animales se enlazan entre sí sin reparos ni respetos: no es torpe ni feo en la

novilla el tener por marido al toro su padre, ni al caballo el tener por muger á su propia hija: por el mismo órden se conducen las aves y los demas animales que andan y pacen reunidos en rebaños. Dichosos todos ellos, pues se hallan sin trabas, y les es lícita esta libertad.[3] La invencion de los hombres estableció unas extrañas leyes, que niegan y prohiben envidiosamente lo que la naturaleza permite y dispensa.[4] Con todo eso se cuenta que hay pueblos entre quienes la madre se casa con el hijo, el padre con la hija, y crece la piedad[5] con el amor duplicado. ¡Desgraciada de mí! ¡Que no hubiera tenido la suerte de haber nacido en aquellas regiones, y me perjudicase la costumbre y derecho de mi patria! Pero ¿de qué me sirve cavilar sobre estas cosas? Alejaos de mí, esperanzas prohibidas. Es cierto que Ciniras es digno de ser amado; pero solo como padre. De aqui infiero que si yo no fuese su hija, podria enlazarme con él en lícito casamiento. La proximidad es la que me perjudica; y si fuera extraña, seria mas asequible mi esperanza. El corazon me inspira la resolucion de alejarme de aqui, y abandonar el suelo patrio por evitar tan execrable delito; pero mi loca pasion me detiene, porque presente podré recrearme con la vista de Ciniras, con tocarle, hablarle y besarle, ya que no pueda ser otra cosa mas. Pero ¿qué es esto que digo de mas, impía doncella, puedes esperar alguna otra cosa mas? ¿No conoces el trastorno que causarias en los nombres y en las leyes? Entonces serias una competidora de tu madre, concubina de tu padre, hermana de tu propio hijo, y madre de tu hermano. ¿No temes pues á las implacables Furias, que con la hacha en la mano y los cabellos erizados de serpientes amedrentan sin cesar á los delincuentes? Pero tú, puesto que aun no has cometido la maldad en efecto, no la concibas en el ánimo, ni atropelles con un gusto prohibido las poderosas leyes de la naturaleza.

Imagínate que él pueda inclinarse á quererte; pero la cosa no es permitida, y le detendrá su misma piedad, y el acordarse de la prohibicion de la ley. ¡Ay! ¡cuánto desearia yo que él estuviese poseido de un fuego semejante al mio!" Con esto puso fin á su razonamiento; pero Ciniras, á quien la multitud de los pretendientes de su hija le hacia dudar sobre la eleccion, se los nombró todos, preguntándola á ella misma á cual escogia por su marido. Enmudece al principio; y reclinándose como desmayada sobre el rostro de su padre, se abrasa, y humedece sus ojos con un ardiente llanto. Creyendo Ciniras que sus lágrimas y silencio eran efecto de su modestia y pudor virginal, las interrumpe con su mandato, la besa y enjuga sus mejillas. Causaron mucho gozo á Mirra estas demostraciones de la terneza de su padre, y preguntada por este á quien de los pretendientes queria elegir por esposo, le respondió que á uno que en todo se le asemejase. Ciniras aplaudió sin entender la respuesta de su hija, teniéndola por obediencia y subordinacion, y la dijo: „Persevera, hija mia, en ser siempre tan obediente y piadosa." Mirra, que oyó la palabra piedad que su padre habia pronunciado, bajó el rostro avergonzada de su delito. Á la media noche, cuando todos estan descuidados y entregados al sueño, Mirra desvelada se abrasaba en el fuego de su amor, y resolvia en su imaginacion sus locos deseos. Unas veces desconfia, otras se resuelve á probar fortuna, y á intentar el ponerlos en egecucion. Ya se avergüenza, ya se inflama, y por mas que discurre no halla ni le adapta medio ni modo alguno de egecutar su proyecto; y á la manera que un grande árbol herido con los golpes de la segur, cuando ya resta poco para acabarlo de cortar, no se sabe hácia qué lado podrá caer, y se teme por todas partes, asi el ánimo de Mirra, agitado de tantos y tan varios impulsos, duda entre los medios que debe escoger, y

no encuentra medio ni reposo sino en la muerte. Resuélvese á ella, se levanta precipitada con la determinacion de echarse un dogal á la garganta; y teniendo ya para ello atado al techo el cíngulo que al efecto se quitó, dijo: „Á Dios, querido Ciniras, sabe que tu amor es la causa de mi muerte." Dijo esto, y al momento acomodó el lazo á su descolorido cuello. Se cuenta que su fiel aya, que dormia en la pieza inmediata, oyó el confuso ruido de las voces. Levántase asustada, abre la puerta, y viéndola en la disposicion que estaba, puesto en el cuello el lazo para ahorcarse, empieza á dar voces, se da golpes, se hiere el pecho, la desata y quita el lazo, y le hace pedazos. Despues la estrecha entre sus brazos, derrama un torrente de lágrimas, y la pregunta la causa de su desesperacion. Queda enmudecida la doncella, é inmóvil fija sus ojos en el suelo, sintiendo que su ama la hubiese hallado en aquella accion, y la estorbase darse la muerte. La anciana la insta de nuevo; y descubriendo sus canas y ya arrugados pechos, la ruega con mucho ahinco por la leche que la dió, y por los desvelos que padeció en criarla, que la comunique su dolor, cualquiera que él fuese. Mirra gimiendo con alguna indignacion repelió sus ruegos. La anciana persiste en averiguar la causa, prometiéndola todo su favor. „Dime, hija mia, la decia, ¿qué es lo que te aflige? No me niegues el gusto y consuelo que tendré en aliviarte. No me servirá de estorbo la vejez. Si el amor causa tu mal, tengo yerbas virtuosas y encantos para curarlo: si alguno te ha fascinado, serás purificada con las ceremonias mágicas: últimamente si los Dioses vengadores quieren castigarte, yo sabré aplacarlos con los sacrificios. Yo no puedo atribuir á otra cosa alguna mas que á las referidas la causa de tu desesperacion, porque tus bienes y tu casa no padecen ninguna quiebra ni menoscabo, y viven y estan sanos tu madre y tu padre." Al oir Mirra la palabra padre

arrancó un triste suspiro de lo íntimo de su pecho, y el ama, aunque comprendió que podia proceder de algun amor, no sospechó que pudiese ser de los nefarios y prohibidos. Tenaz en su propósito de averiguarlo, la hace instancias á que la manifieste la causa de su desesperacion, fuese de la clase que fuese; y viendo que no daba otra respuesta que la de deshacerse en lágrimas, la tomó en su regazo, y abrazando estrechamente su cuello con sus débiles brazos, la dijo: „Ya he penetrado lo que ello es: tú estás enamorada; anímate y depon tu temor, y confia en que mi industria y mi eficacia te serán útiles para proporcionarte el logro de tus deseos, sin que jamas lo llegue á entender tu padre." Mirra se soltó furiosa de los brazos de su ama, y echándose boca abajo sobre la cama y mordiendo la ropa, la dijo: „Apártate de aqui por vida tuya, y déjame ocultar mi vergüenza con el llanto;" y como el ama redoblase las instancias, la respondió: „No seas importuna, vete de aqui, ó deja de preguntarme la causa de mi dolor, porque es una maldad lo que pretendes saber." Llenóse de horror la vieja; y alargando sus manos trémulas con la edad y con el miedo, se postró rendida á los pies de su alumna; unas veces la acaricia, otras la amedrenta si no la descubre el secreto, amenazándola que descubrirá y publicará el delito que intentaba cometer cuando la halló á punto de quitarse la vida con el dogal al cuello, y por el contrario la aseguraba su ayuda y favor para el logro de su amor si se descubria. Mirra algo animada se incorporó, y echándose al cuello de su ama, la riega el pecho con sus lágrimas. Mil veces intenta descubrir su debilidad, y otras tantas detiene los acentos. En fin, cubriéndose el rostro con su ropa: „¡Ah! dijo suspirando, ¡qué dichosa es mi madre con ser esposa de mi padre!" No dijo mas, y concluyó con un suspiro; pero la aya, que comprendió el sentido de estas palabras, entró en

un temblor que la penetró hasta los huesos, se llenó de pavor, y se le erizaron los plateados cabellos. Persuadióla cuanto pudo por si podia apartarla de una pasion tan criminal. Penetra Mirra lo justo de sus persuasiones; pero sin embargo estaba resuelta á morir si no daba satisfaccion á sus deseos. „Vive, la dijo entonces el aya: tú gozarás de tu propio...” y calló, no atreviéndose á decir *padre*, y la asegura con juramento esta promesa. Era tiempo en que las matronas vestidas de blanco celebraban la fiesta de Céres, y la ofrecian como en primicias de sus cosechas guirnaldas de espigas; y era rito de esta solemnidad el que en los nueve dias y noches que duraba las casadas no podian cohabitar con sus maridos, y como Ceneris[6] era una de las que asistian á la fiesta, quedóse solo el Rey Ciniras su marido. Aprovechándose la oficiosa aya de esta coyuntura, se entró en su cámara en ocasion que le halló algo trastornado con el vino, y le propuso bajo un nombre supuesto el amor que le tenia una jóven, alabándole mucho su hermosura. Preguntándola el Rey los años de la doncella, respondió que era de la misma edad de su hija, de lo que informado, mandó se la llevara. Al momento fue al cuarto de Mirra, y abrazándola la dijo: „Alégrate, hija mia, pues ya te tengo proporcionada la victoria y el logro de tus deseos.” Aunque esta noticia no causó sino una alegría imperfecta á Mirra, y que su corazon le presagió alguna cosa funesta, no obstante no dejó de regocijarse: tanta era la perturbacion en que la tenia su pasion. Llegó la media noche, en que todo yacia en silencio profundo, y el carro de Bootes habia ya torcido su direccion. Á esta hora se encaminó Mirra al aposento de su padre á egecutar su torpe deseo. La luna desamparó el cielo, ocultándose debajo del horizonte; las estrellas se cubrieron de nubes negras y espesas, y la noche quedó en una total

oscuridad. Icario y Erigone,[7] vosotros que por el amor paternal fuisteis colocados en el cielo, velasteis vuestro rostro por no ser testigos de una accion tan abominable. Mirra tropezó tres veces, y tres veces el fúnebre buho la presagió alguna desgracia con su lúgubre canto. No obstante como la noche y las tinieblas la hacian menos tímida, continuó su camino asida á la mano izquierda de su aya, y de la derecha se servia para atinar el camino por medio de la oscuridad. Llega por último á la entrada del cuarto de su padre. Apenas entró cuando le temblaron las rodillas, vacilando las piernas; mudó de color, y la faltaba el ánimo para proseguir. Cuanto mas se acerca á su delito tanto mas se horroriza y arrepiente de su atrevimiento, y quisiera poder volverse sin ser conocida. La vieja, que la ve detenerse, la conduce é introduce, llevándola asida por la mano, y al tiempo que la entregaba á Ciniras habló de esta manera: „Esta es la persona que te he prometido," y se retiró, dejándola en el cuarto. Ciniras para acariciarla, alentarla y hacerla deponer el temor es creible que alguna vez la llamase hija, y ella á él padre, y de este modo no faltaron á la maldad los verdaderos nombres. Cometido el incesto, del que fue consecuencia la gravidacion, se repitió por el mismo órden otras noches, hasta que Ciniras, ansioso por ver y conocer á su amante, hizo entrar una luz, á cuyo resplandor vió y comprendió su delito, y que la cómplice era su hija. Callando y sin pronunciar una palabra, porque no se lo permitia su dolor, arremetió á su espada, y la desenvainó. Mirra al verlo echó á huir, y se ocultó y escapó de la muerte favorecida de la oscuridad y de lo tenebroso de la noche, á quienes debió poder escapar del palacio y salir á los dilatados campos, y entregándose por ellos á la fuga, penetró peregrinando hasta la Arabia, abundante en palmas, y se dejó atras las llanuras de Pancaya, y despues de haber andado errante por espacio de

nueve meses, hallándose cansada de la fatiga de su viage, y aun mas de la incomodidad de su embarazo, hizo alto en la region Sabea. Entonces sin saber qué hacer, pues le era odiosa la vida, aunque temia la muerte, hizo á los Dioses esta súplica: „Ó Dioses, si favoreceis á los que confiesan su delito, yo me reconozco digna de la mayor pena: no rehuso el merecido castigo. Mas para que yo no sea el oprobio y escándalo de la tierra si vivo en ella, ó la vergüenza y espanto de los muertos si bajo al reino tenebroso, arrojadme de ambos imperios, y mudándome mi forma, negadme la vida y la muerte." Estos votos y súplicas de Mirra hallaron propicios á los Dioses, pues aun no las habia concluido cuando la tierra empezó á cubrir sus pies, que se volvieron raices retorcidas, capaces de sostener un robusto árbol. Sus huesos, que conservaron su medula, formaron el tronco; su sangre se convirtió en jugo, sus brazos y dedos se trocaron en las ramas, y su piel en dura corteza; la que creciendo poco á poco, habia ya ocultado el elevado é hinchado vientre y el pecho, y se dirigia á cubrir el cuello y cabeza, que era lo que únicamente faltaba: no aguardó á tanto Mirra, sino que impaciente con la tardanza se encogió un poco, y zabulló su rostro en la corteza que venia creciendo. Aunque con la transformacion de su cuerpo perdió Mirra el uso de todos los sentidos, conservó el llanto, pues del tronco se destilan unas cálidas gotas, que corriendo por él á manera de lágrimas, se congelan y forman una preciosa goma, que tiene y conserva el nombre de Mirra, y perpetuarán la memoria y noticia de su transformacion á todas las edades."

* * *

Notas

1. Pintaban á las Furias con un azote en la mano, una humosa tea en la otra, y una cabellera de víboras enroscadas.

2. Quiere decir su padre.

3. Discursos de una muger que se halla obcecada por una pasion, y que prueban el gran trastorno que causan las pasiones.

4. Antes bien lo detesta y aborrece.

5. El amor, inclinacion y oficios paternales del padre á los hijos, y de estos á aquel, se llamaba y conocia entre los gentiles con el nombre de piedad.

6. Era la muger de Ciniras y madre de Mirra.

7. Son dos constelaciones asi llamadas, inmediatas la primera al Boote, vulgarmente llamado el Carro, y la segunda al signo de Virgo, en las cuales fueron convertidos un padre y una hija de aquellos nombres.

Fábula X

NACIMIENTO DE ADONIS.

„El incestuoso feto que Mirra tenia en su vientre antes de su transformacion creció,[1] y se puso despues de ella á punto de salir á luz, para lo cual buscaba camino por donde echarse fuera, y dejar el seno materno. El vientre se entumecia debajo de la corteza, y el peso hacia extender y dilatar al árbol, sin que los dolores pudiesen explicarse por falta de voz, ni en aquel aprieto de la parturienta pudiese ser invocada Lucina. El árbol tomó una postura semejante á la de una muger que hace esfuerzos para el parto, y encorvándose daba continuos gemidos, y se humedecia con las gotas que destilaba á manera de lágrimas. Lucina propicia acudió á los ramos y troncos que tristemente rechinaban, aplicó á ellos sus manos, y pronunció las palabras y cláusulas que sirven para facilitar los partos. Por la eficacia de ellas se abrió el árbol, y por la abertura de su corteza salió vivo un niño, y empezó á llorar. Las Náyades le pusieron sobre la mullida yerba, y le ungieron y bañaron con las gotas que como lágrimas destilaba el árbol. Hasta la misma Envidia alabaria la hermosura de su rostro, pues era tal, que no le excedian los retratos que al vivo se expresan del desnudo Amor; y para que entre estos y aquel no hubiera diferencia con el adorno, pudiera

muy bien quitársele á este el carcax,[2] y acomodarse á aquel."

* * *

Notas

1. Es cosa bien ridícula que el feto pudiese vivir y crecer despues de transformada en árbol su madre; pero tal es la naturaleza de las fábulas y ficciones poéticas, que confunden lo sensitivo con lo vegetativo.

2. Pinta á Adonis de un modo que solo le falta el carcax para equivocarse con Cupido.

Fábula XI

VENUS Y ADONIS.

„El tiempo y la edad corren ocultamente, y no hay cosa mas veloz que los años. Este niño, hijo de su hermana y de su abuelo, que poco antes habia estado oculto en el árbol, y habia nacido de él, llegó, siendo cada vez mas hermoso, desde la infancia á la juventud, y desde esta á la edad varonil,[1] en la que excediéndose á sí mismo en belleza, fue el objeto del amor de la Diosa Venus, y vino á vengar en ella el amor que habia inspirado á su madre: fue pues el caso que el niño Cupido, al tiempo que como hijo se acercó á dar un beso á su madre Venus, sin advertirlo la clavó en el pecho la punta de una de sus flechas.[2] La Diosa sintiéndose herida, arrojó y apartó de sí á su hijo Cupido; y aunque al ir á mirarse la herida le pareció que era pequeña, era mas profunda de lo que parecia. La flecha la encendió en el amor de Adonis (que este era el nombre del hijo de Mirra), y este amor la hizo descuidarse de las playas de Citera, y de frecuentar las islas de Pafos, la de Cnido y la de Amatonta, abundante en metales.[3] Tambien se ausentó del olimpo, al cual preferia á su Adonis. Á este ama, de este no puede apartarse un momento; y la que antes estaba acostumbrada á las delicias de estar á la sombra, y á adornarse para acrecentar su hermosura, ahora,

semejante á Diana, con el vestido arregazado y descalza trepa por collados, selvas y ásperos peñascos con su amante, azuzando á los perros, y dando alcance á las veloces liebres, ciervos, gamos, y á los demas animales fáciles de cazar; pero se abstiene de los bravos jabalíes, de los hambrientos lobos, de los osos armados de sus uñas, de los leones hartos con la muerte de los ganados, y amonesta á Adonis tema á unos animales tan peligrosos. „Tú puedes, le decia, seguir con tu valor y denuedo á las bestias que huyen del cazador. La osadía no es segura contra las fieras, á quienes dió armas la naturaleza: no te expongas, querido jóven, temerariamente y con peligro mio: mira que me estará y costará muy cara tu animosidad: ni tu edad, ni tu hermosura, ni cuantas cosas me hicieron inclinarme á tí, serán respetadas, ni detendrán á los leones, á los cerdosos jabalíes, ni templarán la centellante vista ni impetuosidad de las fieras. No olvides nunca que los rayos no son tan temibles como los colmillos de los ásperos jabalíes, y que los rojos leones tienen ímpetu y una grande saña, y estos últimos son para mí muy odiosos." „¿Cuál es la causa, la pregunta, que te estimula á darme tales consejos?" „Yo te la diré, respondió Venus, y te referiré una monstruosa transformacion, á quien dió causa una culpa que es ya bien antigua."

* * *

Notas

1. Progresos y sucesion de las edades del hombre.

2. Á las flechas de Cupido atribuian la eficacia de incitar al amor.

3. Ciudades y regiones dedicadas á Venus, y en que esta asistia.

Fábula XII

VENUS Y ADONIS SOBRE EL CESPED.

„Pero ya me siento fatigada del egercicio de la caza, á que no estoy acostumbrada: este blanco álamo nos convida con su fresca y apacible sombra, y la yerba de esta pradera nos ofrece blando lecho, en el que me será de gusto y complacencia el disfrutar contigo, mi amable Adonis, un rato de descanso." En esto se reclinaron en la pradera; y Venus, apoyada mas sobre aquel que sobre el suelo, dejando caer sobre su pecho la cabeza, é interpolando á cada palabra los mas tiernos ósculos, le refirió el suceso siguiente."

* * *

Fábula XIII

CARRERA DE HIPOMENES Y ATALANTA.

„Acaso habrás oido hablar de una doncella que llevaba ventajas en la carrera á los hombres mas ligeros. La voz que acerca de esto corrió no fue ciertamente una fábula. Es evidente que los aventajaba, y no era fácil decidir en qué se aventajaba mas, si en la ligereza de sus pies ó en su hermosura. Habiendo esta doncella consultado al oráculo sobre la eleccion de un esposo, le respondió aquel: „Atalanta, no te conviene tener marido. Huye del consorcio; pero no podrás huir, y tendrás la desgracia de carecer, aunque viva, de tí misma,[1] siendo convertida en otra forma." Amedrentada con la respuesta del oráculo, resolvió vivir soltera, frecuentando las selvas sombrías en el egercicio de la caza.[2] Cuando se veia importunada de la multitud de pretendientes los despedia y excluia con una terrible condicion, diciéndoles: „Si me he de casar con alguno de vosotros, ha de ser con el que me exceda en la carrera: apostad todos á correr conmigo: si yo fuese vencida, será el premio mi mano y mi consorcio; pero si yo venciere, la muerte será el castigo del vencido. Esta ha de ser la ley del certamen." Ella ciertamente era una condicion cruel; pero la hermosura tiene mucho atractivo y eficacia. Sujetóse á esta dura ley una grande y

temeraria multitud de pretendientes. Hipomenes, que habia concurrido movido de la curiosidad de ver el certamen de la carrera, instruido de la dura ley con que se hacia: „¿Es posible, dijo, que haya hombre que solicite á una muger, exponiéndose á tanto riesgo y peligro?" Al tiempo que desaprobaba los excesivos amores de los jóvenes descubrió á Atalanta con el velo quitado,[3] y al ver su hermosura, el aire y gracia de su cuerpo (que era como el mio, ó como el tuyo si fueses muger),[4] se quedó pasmado, y alzando las manos dijo: „Perdonadme, jóvenes amantes, á quienes sin razon poco hace tuve por temerarios, por no estar informado de la calidad del premio á que aspirábais." Alabando asi á Atalanta, concibe amor por ella; del amor pasa luego á la envidia, y desea que ningun jóven corra mas velozmente que ella. „¿Por qué, dice, no he de probar yo fortuna en esta competencia? Los Dioses favorecen siempre á los atrevidos." Mientras Hipomenes se decia á sí mismo estas razones vió pasar á Atalanta; y aunque iba con la misma velocidad que una ave ó una saeta de Escitia, no obstante tuvo tiempo de admirar su belleza, que habia tomado incremento con el egercicio de la carrera. El aire con que corria, tremolando los lazos de su calzado, daba nuevo impulso á sus ligeras plantas; tambien hacia ondear sus cabellos sobre las espaldas mas blancas que el marfil, y agitaba las lazadas de las ligas, que se la veian debajo de las rodillas, y el egercicio de la carrera sonroseaba la blancura de su rostro, no de otro modo que cuando la luz, penetrando por un velo ó cortina encarnada, pinta de color encarnado la blancura de la pieza que ilumina. Mientras Hipomenes nota admirado todas estas bellezas llega Atalanta al fin de la carrera, en la que salió vencedora, y mereció se la diese el premio de la corona. Suspiran los vencidos, y padecen el castigo segun las leyes del combate. Poco

amedrentado Hipomenes con el suceso de estos jóvenes, se presentó en la palestra, y fijando la vista en Atalanta, la habla de esta manera: „¿Qué gloria puede tributarte la fácil victoria de los cobardes? Contiende conmigo; y si mi fortuna me hiciere vencedor, no te avergonzarás de haber sido vencida por un pretendiente de mi gerarquía, porque mi padre es Megareo, hijo de Onquestio, y nieto de Neptuno, de modo que yo vengo á ser biznieto del Rey de las aguas: mi valor no es menor que mi nobleza; y si yo soy vencido, tendrás un grande y memorable nombre por haber vencido á Hipomenes." Mientras decia estas cosas Atalanta le miraba con semblante halagüeño,[5] é incierta de si le estaria mejor vencerle ó ser vencida, habló en estos términos: „¿Qué deidad contraria y opuesta á los hombres de gallardía y gentileza se propone perder á este jóven? ¿Quién es el que le inspira á que pretenda mi casamiento con peligro de su amable vida? En mi sentir no me considero acreedora á que por mí se exponga á tanto riesgo; no me mueve á compasion su gallardía, aunque ella es tal que pudiera conmoverme, sino el verle aun tan jóven. No él sino su edad es la que me compadece; y ¿qué diré siendo testigo de su valor, y del desprecio que muestra á la muerte? ¿Qué cuando le contemplo en cuarto grado descendiente de Neptuno? ¿Qué al ver un amor tan fino que estima mi mano mas que su vida, y se resuelve á morir si la dura suerte le negase el vencerme? Ilustre extrangero, le dijo, desiste ahora que estás en tiempo, y abandona la pretension de un enlace que te expone á perder la vida. Mi casamiento es cruel y costoso. Hallarás otras infinitas que apetezcan casarse contigo, pues eres digno de ser amado por cualquiera discreta jóven. Mas ¿por qué, prosiguió, me tomo yo estos cuidados por este jóven, á quien no desanima el egemplar de los muchos que han sufrido la muerte por haber

sido vencidos? Allá se las avenga; muera, pues él lo quiere; y sin escarmentar con la desgracia de tantos pretendientes, parece que le desagrada el vivir. Pero ¿será puesto en razon que muera únicamente porque intenta vivir en union conmigo?[6] ¿Será buena recompensa del amor que me manifiesta el que sufra la muerte, que él en verdad no merece? Todo el lauro de mi victoria no podrá mitigar el disgusto y resentimiento que tendré de haberlo vencido; pero en caso de que incurra en esta desgracia, no será culpa mia, sino de su temeridad. ¡Ah, inconsiderado jóven, si te allanaras á desistir de tu empresa! ¡Ah, si ya que eres temerario fueras mas ligero que yo! ¡Qué femenil hermosura se descubre en tu pueril semblante! ¡Ah, infeliz Hipomenes, no querria haber sido vista por tí! Ciertamente eres digno de vivir; y si yo fuese mas feliz, y los importunos y contrarios hados no me prohibiesen el estado conyugal, serias tú el solo con quien yo apeteceria casarme." Concluyó su razonamiento; y como poco experimentada, y por primera vez acometida del amor, ama sin advertirlo y sin saber lo que hace. El padre de Atalanta y todos los espectadores instaban sobre que se continuase el certamen de la carrera; y estando para principiarla, Hipomenes invocó mi proteccion[7] con el mayor fervor, diciendo: „Ayude y favorezca Venus Citerea[8] mi atrevimiento, y proteja este amor que en mí ha fomentado." Conmovíme, lo confieso, con esta rendida súplica, que el blando viento hizo llegase á mis oidos; pero como ya iba á empezar la carrera, quedaba muy poco tiempo para usar de arbitrios en su favor. En la isla de Chipre[9] hay un campo, que sus naturales le llaman Tamaseno. Este sitio, que es la mejor parte de la isla, me fue dedicado por los antiguos, y mandaron que se agregase en dote á mi templo. En medio de este campo hay un árbol, cuyas hojas y frutos son de

oro. Yo volvia de él en esta sazon, y traia en la mano tres manzanas de oro que habia cogido. Lleguéme á Hipomenes sin que nadie pudiese verme sino él solo, y le enseñé al dárselas el uso que habia de hacer de ellas. Á la señal que hicieron las trompetas el uno y la otra partieron á un tiempo de los señalados límites con la mayor ligereza. Parecia que sus pies apenas tocaban la arena. Al verlos se creeria que podrian correr sobre el mar sin humedecer sus plantas, y sobre las espigas de las secas mieses sin ajarlas.[10] Animaban á Hipomenes las voces y aplausos de los espectadores, que gritaban diciendo: „Ahora, ahora, Hipomenes, es la ocasion de que te esfuerces; corre ligero; usa ahora de todas tus fuerzas; date priesa, que tú alcanzarás la victoria." No es fácil de decidir á quien de los dos agradaban mas estos aplausos, si á Hipomenes ó á Atalanta. ¡Cuántas veces, pudiendo ella dejarle atras, se detuvo de intento! ¡Y con cuánta dificultad apartaba la vista que en él llevaba clavada! Fatigado Hipomenes de tan larga carrera, respiraba ya un aliento seco y anhelante, y aun faltaba mucho para llegar al término de la carrera. Entonces arrojó una de las tres manzanas. Pasmóse Atalanta al verla, y deseosa de cogerla torció la carrera para alzarla. Entre tanto Hipomenes la cogió ventaja, y empezaron á victorearle los espectadores. Mas ella repara la detencion y el tiempo perdido con la veloz carrera, y deja atras al jóven. Aunque Hipomenes volvió á detenerla arrojando otra manzana, volvió á alcanzarle y á dejársele atras. Ya solo faltaba el último tercio de la carrera cuando Hipomenes me hizo esta súplica: „Asísteme ahora, ó Diosa, y haz que me aproveche este don que benéfica me has hecho." Al pronunciar estas palabras arrojó con fuerza la tercera manzana hácia un lado para que perdiese la direccion en ir por ella, y volver á la carrera. Pareció que la doncella dudaba si iria ó no á cogerla;

pero yo con mi inspiracion la incliné á que se determinase, y al tiempo de cogerla aumenté el peso de la manzana, y la impedí su velocidad con esta detencion y con el mayor peso de aquella. Últimamente porque mi narracion no se extienda mas que aquella carrera, Atalanta quedó vencida, é Hipomenes vencedor obtuvo su premio."

* * *

Notas

1. Énfasis con que desde el principio indica la transformacion de Atalanta.

2. Parece que la caza era un egercicio acomodado al celibato, y por eso se dedicó á ella Atalanta, el jóven Hipólito y otros algunos célibes que cuenta la fábula, aunque la doncella Calisto y otras muchas no estuvieron seguras en dicho egercicio.

3. Para empezar la carrera.

4. En este paréntesis habla Venus de sí misma.

5. Primer paso, expresion é indicio del amor de que ya estaba penetrada Atalanta por Hipomenes.

6. Fluctuacion y combate, que elegantemente denota los rápidos progresos del amor de Atalanta.

7. Es la de Venus, en cuya boca pone el poeta la referencia de esta fábula.

8. Es un epíteto de Venus por la isla de Citera, que la estaba dedicada.

9. Otra de las dedicadas á Venus, de quien tomó el epíteto de Cipria.

10. Hipérboles elegantes de la ligereza de los dos corredores.

Fábula XIV

HIPOMENES CONVERTIDO EN LEON Y ATALANTA EN LEONA.

„Dime ahora, querido Adonis, ¿no era yo digna de que Hipomenes me hubiese rendido gracias y ofrecido el honor del incienso y de los sacrificios por semejante favor? Pues has de saber que ni me las tributó ni me ofreció sacrificios. Me dejé arrebatar de la ira mas violenta; y sintiendo vivamente este desprecio, me indigné contra ambos, é hice en ellos un castigo tal que me asegurase de ulteriores desprecios. Pasaban un dia junto á un templo, que escondido en una espesa selva habia en otro tiempo edificado por voto á la madre de los Dioses el esclarecido Equion.[1] Como se hallaban fatigados del largo camino, se sentaron á la sombra para descansar. Alli asaltó á Hipomenes un intempestivo deseo del uso conyugal, promovido por mí. Cerca del templo habia un lugar retirado de escasa luz, formado naturalmente de las peñas, á manera de una cueva, y que habia sido consagrado desde la mas remota antigüedad, y alli los sacerdotes habian colocado muchos simulacros de madera de los antiguos Dioses. Entraron en este sitio, y le profanaron con una accion tan agena de su santidad. Los Dioses por no ver este sacrilegio volvieron los ojos, y Cibeles dudó si sumergiria á los delincuentes en la laguna Estigia; pero le pareció que este

castigo era muy leve para un delito tan enorme. Al punto pues se cubren sus cuellos de rojas crines; sus dedos se encorvan en uñas; los hombros se convierten en espaldas; todo el peso carga sobre los pechos; con la cola barren la superficie de la arena; en el rostro se ve pintada la saña, y en vez de palabras pronuncian un espantoso murmullo, y tienen por tálamo las selvas: en una palabra, fueron transformados en leones, animales temidos de todos, y dóciles para el carro de Cibeles. Tú pues, amado Adonis, huye de estas fieras, y de todas aquellas que en vez de huir y volver la espalda presentan su cuerpo y pecho á los que les acometen. Evita su encuentro, no sea que tu osadía sea perjudicial á tí y á mí, que mas que tú sentiré tu desgracia." Despues que Venus dió este consejo á Adonis, tomó el camino por los aires en un carro tirado de cisnes. Pero Adonis, dejándose llevar de su valor, no se aprovechó de las advertencias de Venus."

* * *

Notas

1. Fue uno de los compañeros de Cadmo en la fundacion de Tebas.

Fábula XV

MUERTE DE ADONIS.

„Los perros de Adonis, que seguian el rastro, echaron del bosque un jabalí, y cuando iba á salir de la selva le hirió de través con una flecha. Al punto el feroz animal sacudió el dardo ensangrentado, y con sus colmillos corvos siguió á Adonis, que temblaba y buscaba donde guarecerse; se los clavó todos debajo de la ingle, y lo arrojó moribundo en la roja arena. Venus, conducida por medio de los aires en su ligero carro, no habia llegado aun á la isla de Chipre, y de lejos oyó los suspiros de su moribundo amante, y volvió hácia alli el ligero carro: luego que desde la alta region le vió desmayado, y que se revolcaba en su misma sangre, bajó; y rasgando sus delgados vestidos, se arranca los cabellos, se hiere el pecho lastimosamente, y quejándose de los hados, les dice: „No han de estar todas las cosas sujetas á vuestro poder. Querido Adonis, quedarán para siempre vestigios de mi llanto y sentimiento por tí, y en memoria de tu muerte se repetirá y celebrará todos los años una fiesta en que se imitará y representará mi llanto y mi dolor. Tu sangre será convertida en flor. Asi como tú, Proserpina, pudiste en otro tiempo convertir á tu rival[1] en olorosa yerbabuena, ¿no podré yo tambien, sin que se me atribuya á mal, convertir

á Adonis en otra yerba?"

„Despues que dijo esto roció con néctar oloroso la sangre de Adonis, que hinchándose como aquellas gotas de agua que al caer forman menudas y transparentes ampollas, en menos de una hora salió de la sangre una flor colorada semejante á la de la granada. Esta flor es de corta duracion, porque siendo de poco vigor y de mucha ligereza, la marchitan los vientos, de quienes tomó el nombre de amapola."

* * *

Notas

1. Fue una Ninfa querida de Pluton llamada Menta, á quien, zelosa Proserpina, convirtió en yerbabuena.

Tomo III · Libro onceno

Libro onceno

ARGUMENTO.

Despues que las mugeres de Tracia, agitadas del entusiasmo de Baco, despedazaron á Orfeo, se convirtieron en árboles. Baco se retira de la Tracia; y por la restitucion de Sileno remuneró á Midas con la gracia de que convirtiese en oro todo lo que tocase. Y como este don le acarrease mas daño que provecho, se bañó en el rio Pactolo, y trocó en oro sus arenas. Despues, por haber desempeñado mal el papel de juez, Apolo le hizo nacer orejas de asno, y en seguida edificó los muros de Troya, revestido de forma humana. Habiéndose Hércules apoderado de la ciudad, dió á Telamon á Hesione por muger, en suposicion de haberse Peleo casado ya con Tetis despues de sus varias transformaciones; y habiendo ido á verse con Ceix, en parte vió y en parte entendió que Dedalion se habia convertido en alcon, y un lobo en piedra. Alcione, despues de haber visto en un sueño el naufragio de su marido, ella y este se transformaron en aves. Luego que algunos los vieron volar por los aires se acordaron que en otro tiempo Esaco, que entonces vivia, se habia transformado en cuervo marino.

* * *

Fábula primera

ORFEO DESPEDAZADO POR LAS BACANTES.

Mientras Orfeo halagaba y atraia con la dulzura de su canto la ferocidad de los animales, árboles y peñascos, las jóvenes Ciconas,[1] cubiertas con pieles de fieras, lo vieron desde un alto en el monte Rodope, que estaba cantando sus versos al son de la lira. Una de ellas, dejando agitar el cabello á discrecion de los vientos: „He aqui, dice, nuestro capital enemigo." Y diciendo y haciendo le tiró al rostro el tirso, que como estaba entretejido de pámpanos, solo le hizo una ligera contusion: otra le tiró una piedra, la cual quedó sin efecto en el aire á la armonía de su voz y lira, y se arrojó á sus pies como pidiéndole perdon por su enfurecido atrevimiento: sin embargo se empeñaron las demas en una temeraria pelea, sin observar modo por estar dominadas del mas loco furor. Las armas que le disparaban hubieran perdido sin dificultad su fuerza con la eficacia del canto de Orfeo, si la confusa gritería, los tambores, las flautas y cornetas, las voces y los aullidos de estas mugeres Bacantes no hubieran confundido el son de la lira. En medio de este tumulto fue herido el desgraciado Orfeo con las piedras que le tiraron; y despues que las Ménades[2] dispersaron las aves, serpientes y la multitud de animales, que encantados de sus dulces acentos

formaban un cerco al rededor de él, se vuelven con las sangrientas manos contra Orfeo, y le rodean como las aves que ven á la lechuza en medio del dia, ó como los perros al rededor de un ciervo que sueltan por la mañana para diversion del pueblo en el anfiteatro. Ellas le acometen por todas partes, y le tiran los tirsos verdes, que no estaban destinados para este uso. Unas le arrojan terrones, otras ramas arrancadas de los árboles, otras guijarros; y porque no faltasen armas á su loco furor, acaeció que cerca de alli habia unos labradores que barbechaban la tierra, y otros no lejos la cavaban, ganando el preciso sustento con el sudor de su rostro; los cuales, como vieron el escuadron de mugeres, huyeron y dejaron los instrumentos de su penoso trabajo; á saber, pesados rastrillos y azadones. Las Bacantes se apoderaron de estas armas, y aun arrancaron á los bueyes los cuernos, y volvieron á acometer al desgraciado Orfeo, que en vano les tendia las manos para aplacarlas; y esta fue la primera vez que no movió con su voz á los que le oian. En fin ellas le mataron sacrílegamente, y su alma (¡ó Júpiter poderoso!) se exhaló á los vientos[3] por aquella misma boca que articulaba aquellos dulces sones, y que tantas veces oyeron los peñascos y entendieron los animales. Por tí, desgraciado Orfeo, hicieron sentimiento las aves, las fieras, los peñascos; y las mismas selvas, que muchas veces acudieron al son armonioso de tu lira, te lloraron con amargas lágrimas. Los árboles despojados de sus hojas, los rios crecidos con las lágrimas que derramaron, las Náyades y Dríades vestidas de luto y esparcidos los cabellos, tambien fueron sensibles á tu muerte: sus miembros estaban esparcidos por todas partes: su cabeza y lira cayeron en el Hebro;[4] y cuando iban por medio de la corriente (¡cosa maravillosa!) empieza la lira no sé que triste lamento, y su misma lengua, aunque sin vida, unos murmullos lúgubres y lastimosos,

que los ecos repetian en las riberas de este rio. Luego que entraron en el mar, y las olas y vientos las arrojaron á las playas de Lesbos, una fiera serpiente acomete á la cabeza de Orfeo, que yacia en la arena extraña, lame sus cabellos mojados con el agua de que estaba bañada, y abre su boca para desfigurar su rostro; pero cuando iba á morderla, Apolo la convirtió en piedra antes que la cerrase, y la dejó en la actitud de una culebra que va á morder. La sombra de Orfeo bajó al infierno, y despues que reconoció todos los lugares que habia visto en otro tiempo, pasó á los campos Elíseos, y encontrando á su amada Eurídice, la abrazó con la mayor ternura. Desde este momento no se separan un punto; unas veces se pasean juntos; otras la deja ir delante, y otras la precede él; pero asegurado siempre de que aunque vuelva el rostro atras para mirarla, no la volverá otra vez á perder.

No permitió Baco quedase esta maldad sin castigo; y sintiendo la pérdida de un hombre que era el corifeo de sus sacrificios,[5] al punto convirtió en árboles á todas las mugeres de Tracia que cooperaron á la maldad y estuvieron presentes. Extendidos los dedos de sus pies, se pegaron en la sólida tierra en el órden que se seguian, y echaron raices. Y al modo que la ave, luego que se ve presa en el lazo que el astuto cazador ocultó, se revuelve, se agita, y hace mil esfuerzos, que solo sirven para apretar mas el lazo que la tiene presa; asi estas Bacantes, luego que se vieron presas, pegadas en la tierra, atónitas procuraban en vano la fuga; pero las raices las detenian, y no las dejaban proseguir en sus saltos bacanales; y mientras se paran á mirar donde estan sus dedos, sus pies y sus uñas, ven que las rodillas se iban vistiendo de madera; y queriendo golpear tristemente con las manos, herian la misma madera, la cual fue creciendo hasta convertir en tronco los muslos, el pecho, los hombros y los brazos

extendidos en ramas.

* * *

Notas

1. Nombres gentilicios de los habitadores de unos pueblos de Tracia; pero aqui se toma por las Bacantes.

2. Epíteto de las Bacantes.

3. Error filosófico, renovado en el dia por los novadores y libertinos.

4. Rio de Tracia.

5. Orfeo habia enseñado á los de Tracia los ritos y ceremonias de las orgias ó fiestas de Baco.

Fábula II

BACO DEJA LA TRACIA.

No contento Baco con esta venganza, desampara la Tracia, teatro funesto de la muerte de Orfeo. Acompañado de mejor coro, se va á los viñedos del Tomolo y á las riberas del Pactolo,[1] aunque en aquel tiempo no tenia las arenas de oro, ni era envidiado de los hombres. Los Sátiros y Bacantes acompañaban á este Dios; pero Sileno no pudo seguirle: unos labradores frigios le hallaron vacilante, asi con la edad como con el vino de que estaba poseido; y despues que le adornaron con guirnaldas y flores, lo llevaron al Rey Midas, á quien Orfeo y el ateniense Eumolpo habian enseñado los ritos de los sacrificios de Baco. Luego que este Príncipe reconoció á Sileno por compañero de aquel Dios, y por uno de los que intervenian en sus sacrificios, celebró con una gran fiesta la llegada de tal huesped, la que duró diez dias y diez noches, y al amanecer del undécimo el mismo Rey placentero fue á los campos lidios, y lo restituyó á Baco su alumno.

Alegre este Dios por haber recibido á su ayo, mandó al Rey de Frigia pidiese el don que gustase. Entonces Midas, que no preveia las funestas consecuencias de su demanda: „Concédeme, le dice, la gracia de que se

convierta en oro todo cuanto tocare mi cuerpo." Concedióle Baco al momento lo que deseaba; le dió un don que le habia de ser nocivo, y sintió que no le hubiese pedido otro mejor. El Rey se retiró muy contento por la gracia fatal que habia obtenido; y aun no asegurándose bien de ella, iba tocando todas las cosas que encontraba para hacer experiencia de si seria ó no verdad: cortó una rama verde de una encina, y al punto fue convertida en una rama de oro. Tomó una piedra del suelo, y tambien se puso roja como el oro: tocó un terron, y se convirtió luego en masa de oro fino. Arrancó unas espigas de trigo, y al momento se convirtieron en oro. Cogió una manzana de un árbol, y juzgaria cualquiera que era del jardin de las Hespérides. Apenas tocó las puertas de su palacio cuando resplandecen maravillosamente. Si se lavaba las manos, el agua se teñia de un color que podria engañar á Dánae.[2] Encantado Midas de una virtud tan extraordinaria, se entregaba á todos los trasportes de su alegría, cuando le avisaron que la mesa estaba puesta, y grandemente provista de viandas. Luego que se sentó en la mesa y tomó el pan, don precioso de Céres, lo halló convertido en oro. Si llevaba á la boca cualquier manjar para satisfacer su apetito, cuando lo iba á comer lo hallaba convertido en oro resplandeciente. Cuando le dieron de beber vino mezclado con agua, no tragó sino oro líquido. Atónito con la novedad de un mal tan extraordinario, rico y pobre á un mismo tiempo, aborrece una opulencia que le costaba tan cara, y se arrepiente de haberla deseado. En medio de la abundancia no puede satisfacer su hambre ni apagar la sed que le abrasa la garganta, y con justa razon le atormentaba el oro, que ya aborrecia. Entonces levantando las manos al cielo, dijo: „Ó padre Leneo, perdóname; confieso haber delinquido: por vida tuya que tengas misericordia de mí, y

me libres de este precioso metal que me aflige." El piadoso Dios, mirando ya con benignidad al que confesaba su pecado, le restituyó á su antiguo estado, y en premio del beneficio de haber restituido á Sileno le revocó el don que le habia concedido: „Para no verte bañado del oro que malamente codiciaste, ve, le dice, al rio vecino á la famosa Sardes,[3] y caminando agua arriba, sigue por el collado de la ribera hasta que llegues á su nacimiento: mete la cabeza en las espumosas aguas que forman su raudal copioso, y lava á un tiempo tu cuerpo y el delito cometido."[4] Midas, obedeciendo esta órden, se encaminó al rio y se entró en el agua, á la que de su cuerpo se transfirio la virtud aurífica,[5] y desde entonces sus arenas se convirtieron en oro; y cuando sale de madre se inundan los campos vecinos de arenas doradas. Aborreciendo Midas las riquezas, frecuentaba las selvas y campos, acompañando en ellos al Dios Pan, el cual de continuo se retiraba á las grutas de los montes; pero el trato de este Dios no le abrió mas el ingenio. Quedóse con la insensatez, que habia de acarrearle los daños que habia ya experimentado.

* * *

Notas

1. El primero es un monte y el segundo un rio de la Lidia, cuyas arenas fingieron ser de oro por el suceso que se referirá despues.

2. Toca aqui la fábula de Dánae, hija de Acrisio, encerrada por su padre en una torre para libertarla de Júpiter, y de cuya diligencia se burló este Dios.

3. Capital de la Lidia, que fue corte del Rey Creso, edificada á las inmediaciones del rio Pactolo.

4. Tambien los gentiles tenian sus expiaciones y purificaciones por ablucion.

5. Es la virtud de convertirlo todo en oro.

Fábula III

APOLO Y MIDAS.

El Tomolo es una montaña de dificil subida, que se extiende desde Sardes hasta la pequeña ciudad de Hipepa. Es muy elevada y escarpada, y de su cumbre se descubren los anchos mares. En esta montaña cantaba Pan sus versos á las jóvenes Ninfas al son de la encerada flauta, jactándose de que excedia al canto de Apolo. Desafióle, y se aplazó la competencia, haciendo juez de ella al Tomolo. El anciano juez toma asiento en lo mas elevado de su misma cumbre para que los árboles separados no le impidiesen oir; y ciñéndose una guirnalda de encina, de la cual pendian las bellotas hasta las sienes, dijo al Dios Pan: „Por el juez no hay detencion." Pan empezó luego á cantar al son de su flauta agreste, y embelesó á Midas (que á la sazon se hallaba presente) con la inculta música. Despues que Pan acabó, Tomolo volvió su semblante á Febo, y todos los árboles del monte hicieron lo mismo, y se inclinaron á él.

Apolo, coronado de laurel cortado del Parnaso, y vestido de una ropa rozagante de color de púrpura que arrastraba hasta el suelo,[1] tomó en su mano izquierda su lira embutida de marfil y piedras preciosas, y en la derecha el plectro, y en esta actitud empezó á tocar con tanta delicadeza,

que enagenado Tomolo con su dulzura, manda que la flauta de Pan ceda la victoria á la lira de Apolo. Agradó á todos el parecer y sentencia del monte: solo Midas dijo que era injusta. No queriendo Delio que unas orejas tan insensatas conservasen la figura humana, se las alargó, cubrió de pelo blanco, é hizo movibles; en una palabra, las orejas de hombre se trocaron en orejas de asno perezoso. Lo demas de su cuerpo le quedó como de antes, castigándole solo en la parte que habia pecado. Midas procuraba ocultar esta deformidad, y la tapaba con una tiara[2] purpúrea; pero el criado que solia cortarle el pelo cuando crecia le vió las largas orejas; mas no se atrevió á descubrir á nadie este defecto. Incomodado de guardar este secreto, que no podia retener en sí,[3] se fue á un lugar retirado, hizo un hoyo en la tierra, y en él con voz sumisa depositó el secreto que su señor tenia orejas de asno, y despues, tapando el hoyo, se retiró dejándolo escondido en él. Algun tiempo despues empezó á crecer alli un espeso cañaveral; y habiendo pasado un año, crecidas ya las cañas, descubrieron el secreto, pues agitadas por el viento de mediodia, articularon con el manso ruido las palabras que se habian escondido en el hoyo por el criado, y publicaron que su amo tenia orejas de asno.

Despues que Apolo se vengó de Midas se retiró del monte Tomolo; y conducido por la vaga region del aire, pasó el estrecho del Helesponto,[4] é hizo alto en los estados de Laomedonte. Á la derecha está el promontorio de Sigeo, á la izquierda el de Reteo,[5] y en medio de este espacio hay un antiguo altar dedicado á Júpiter. Desde alli vió Apolo á Laomedonte, que edificaba los muros de la nueva Troya, y que estos, como una obra tan grande, adelantaban poco, y por lo mismo requeria el edificio crecidas sumas. Sin detenerse toma figura humana, juntamente con el Dios que rige

el golfo hinchado con el tridente, y presentándose entrambos al Príncipe, se ofrecen á construir los muros de la ciudad por cierta cantidad de dinero que estipulan. Acabada la obra, el Rey faltó á su palabra, negándose á pagar, y añadiendo por cúmulo de su perfidia juramentos falsos. „Tu delito, le dijo el Dios del mar, no quedará sin castigo." La venganza siguió á la amenaza, y desde aquel momento suelta todas las aguas del mar á las playas de la avarienta Troya con tanta impetuosidad, que en poco tiempo se inundó todo el pais, los campos se anegaron, y las riquezas de los labradores quedaron sepultadas debajo de las olas. Poco satisfecho con un castigo tan terrible, exigió tambien que la hija de Laomedonte fuese acometida de un monstruo marino. Atan á Hesione á un peñasco, y Hércules la libra. Este héroe pide al padre de la Princesa el tiro de caballos que le habia prometido por un servicio tan importante. El Rey, siempre pérfido, le niega la paga de tan señalado servicio, y Hércules se apodera de los muros de Troya, que por dos veces habian sido perjuros.[6] Telamon recibe á Hesione por recompensa, porque el ilustre Peleo su hermano, que tambien habia acompañado á Hércules á esta expedicion, ya se habia casado con una Diosa.[7] Aunque este Príncipe era nieto de Júpiter, no obstante no se honraba tanto con su nacimiento como con este nuevo enlace, puesto que era el solo mortal que podia vanagloriarse de tener á una Diosa por muger, en vez de que muchas personas podian gloriarse de traer su orígen del Soberano de los Dioses.

* * *

Notas

1. Era la que los griegos llamaban *palla*, vestidura talar propia de aquella nacion, como lo era la toga de los romanos.

2. Era un adorno de la cabeza, como la mitra, las vendas, las diademas, &c.

3. Este criado seria semejante á aquel que pinta Plauto, el que decia de sí: *Rimosus ego sum, ac illac perfluo.*

4. Llamado hoy los Dardanelos ó el Bósforo de Tracia.

5. Dos promontorios en la region de Troya: en el segundo y á la playa del mar estaba el sepulcro de Aquiles, y entre los dos un altar dedicado á Júpiter Panonfeo.

6. Una vez faltando Laomedonte al contrato que habia hecho con Apolo y Neptuno, y otra faltando á la palabra que habia dado á Hércules.

7. Era Tetis.

Fábula IV

PROTEO PREDICE LAS BODAS DE TETIS Y PELEO.

Hablando cierto dia el anciano Proteo con Tetis, le dijo: „Diosa del mar, tú serás madre de un hijo de tan gran valor, que excederá á su padre en la valentía de sus hazañas, y tendrá mas fama que él." Júpiter pues, aunque estaba penetrado de un amoroso fuego, rehusa las bodas de Tetis para evitar que naciese de ella un hijo que excediese á su mismo padre, y que hubiese en el universo cosa mas poderosa que él, y manda que su nieto Peleo suceda en sus deseos, y se case con la Diosa. Hay un seno en Tesalia de la figura de una hoz, formado por unas lenguas de tierra que entran en el mar. Seria muy buen puerto si tuviera mas profundidad; pero en él apenas cubre el agua la arena. La playa es tan maciza, que ni se estampan en ella las huellas, ni hay estorbo para andar, ni está cubierta de ovas. Cerca de alli hay una selva de mirtos cargados de arrayanes verdinegros; en medio de ella hay una gruta de tal modo fabricada, que se duda si es obra del arte ó de la naturaleza; no obstante hay indicios para creer que es mas bien obra del arte. Á esta gruta, ó Tetis, solias venir desnuda muchas veces, sentada sobre un enfrenado delfin, y en ella te acometió Peleo estando dormida; y porque no quisiste consentir á sus deseos se dispuso á la violencia,

echándote los brazos al cuello; y hubiera conseguido lo que deseaba si no te hubieras valido de tus acostumbradas artes, transformándote en diferentes figuras. Primeramente te dejaste ver bajo la forma de una ave, y él no obstante te tenia agarrada bajo de esta figura: despues te transformaste en un gran árbol, y Peleo no se desasia de él; pero cuando te convertiste en una tigre manchada se amedrentó y te soltó. Entonces dirigiéndose á los Dioses del mar, les ofrece un sacrificio, derramando vino sobre el mar con las entrañas de la víctima, y hace humear el incienso en su honor, hasta que el adivino Proteo dijo desde en medio del piélago: „Ó hijo de Eaco,[1] tus deseos se cumplirán: serás dichoso; pero es necesario sorprender á Tetis cuando descansa dormida en su fresca cueva, y atarla con tales cordeles y prisiones que no pueda escaparse. Si cien figuras mudare por vencerte, aprisiónala sin intimidarte hasta que se vuelva á su primera forma." Apenas Proteo pronunció estas últimas palabras cuando se ocultó en el mar. El sol estaba entonces al fin de su carrera, y su carro iba á entrar en el Océano, cuando la hermosa Tetis, dejando el mar, va á la cueva donde acostumbraba descansar. Apenas Peleo la habia atado cuando toma diferentes figuras, hasta que sintió que estaba aprisionada en todas ellas. Entonces en fin extendiendo sus brazos por todas partes, dió un gran gemido, y habló asi á su amante: „Peleo, solo con el socorro de algun Dios quedas victorioso." Al decir esto volvió á su primera figura; consintió en casarse con él, y fue madre del gran Aquiles.

Dichoso Peleo con este himeneo y con el nacimiento de un hijo tan ilustre, hubiera gozado de una felicidad perfecta, á no haberla turbado el fratricidio de su hermano Foco, por cuyo delito fue desterrado de la casa de su padre, y se acogió á Trachinia, region de la Tesalia, donde pacíficamente

reinaba Ceix, hijo de Lúcifer, que en su rostro ostentaba muy bien el resplandor de su padre; pero en aquel tiempo le tenia oscurecido por el dolor de la muerte de su hermano Dedalion. Luego que Peleo, fatigado del camino y de la pena de su destierro, llegó á Trachinia, y entró en la ciudad con poco acompañamiento, dejando antes en un sombrío valle no lejos de sus muros los rebaños y vacadas que traia consigo, se presentó al Rey, y haciéndole una grande reverencia con las manos tendidas, en las que llevaba una señal de paz,[2] le refirió quien era, quien era su padre, y la causa que pretextó de la fuga de su casa, callando y ocultando el fratricidio que habia cometido, pidiéndole que le acogiese en la ciudad ó en algun otro lugar de sus estados. Ceix le respondió con rostro apacible en estos términos: „Mis estados estan abiertos á cualquiera persona por humilde que sea, y mi reino hace gala de esmerarse en la hospitalidad; mi ánimo benigno se inflama mas á egercerla, y le son poderosos impulsos tu esclarecido nombre, y el ser descendiente de Júpiter. No pierdas el tiempo en plegarias: cuanto pidas te será concedido; elige lo que te acomode entre todo lo que ves, y ¡ojalá hubieras llegado y lo hubieras visto en mejor estado!" En este punto comenzó Ceix á llorar, y Peleo y sus compañeros le preguntaron cual era la causa de tanto sentimiento, á los cuales respondió asi: „Acaso creereis que la ave[3] que vive de rapiñas, y es el terror de las demas aves, lo fue siempre, y estuvo vestida de plumas como ahora; pues no es asi: hace poco tiempo que era hombre, y ha conservado despues de su transformacion el ánimo, ferocidad y violencia que tenia antes. Llamábase Dedalion, y tuvo por padre al astro precursor de la Aurora, y que desaparece el último.[4] Como yo siempre he amado la paz, he empleado todos mis cuidados por conservarla en mis estados y familia; mi hermano

por el contrario tenia toda su complacencia en las sangrientas guerras. El valor con que desde su transformacion persigue á las palomas tisbeas, lo empleó antes en sujetar naciones enteras y Reyes poderosos. Tenia una hija dotada de gran belleza llamada Quione, que á la edad de catorce años era pretendida de muchos amantes. Volviendo un dia acaso Febo y Mercurio, aquel de Delfos, y este del monte Cileno, la vieron ambos, y ambos se enamoraron de ella. El primero quiso esperar la noche para declararla su pasion; pero Mercurio, sin diferir mas tiempo, tocó el rostro de la doncella con su caduceo, que tiene la virtud de infundir sueño: ella se duerme con el contacto poderoso, y en el sueño fue violentada por él. Luego que llegó la noche Apolo toma la figura de vieja, y bajo de esta apariencia tomó lo que ya otro habia disfrutado. Al cabo de nueve meses parió dos hijos: el uno fue Autólico, que parecido en todo á su padre Mercurio, y de su misma índole y astucia, era ingenioso, é inclinado á todo robo, y sabia hacer de lo negro blanco y de lo blanco negro. De Febo nació Filamon, hombre aventajado por su voz y lira. Pero ¿qué aprovecha á Quione haber agradado á dos Dioses, haber tenido dos hijos tan célebres, ser hija de un padre tan valiente, y nieta del dueño y Soberano de los Dioses? Hay muchos á quienes son dañosos la gloria y los honores, y esto le sucedió á Quione, pues se atrevió á preferirse á Diana y á llamarla fea,[5] poniendo faltas á su hermosura; de lo que ofendida la Diosa, se dejó arrebatar de la vehemente pasion de la ira contra ella, diciendo: „Ya que no le agrada mi rostro, tendrá que sufrir mis hechos;" y al momento encorvó el arco, y de un flechazo atravesó la lengua sacrílega. Herida Quione mortalmente, hace vanos esfuerzos por hablar; su voz la abandona, y pierde la vida envuelta en su misma sangre. Yo entonces abrazándola tiernamente, sufrí en obsequio de

la piedad todo el dolor que cabe en el corazon de un tio, y procuré consolar á mi hermano; pero este, como padre, recibió el consuelo no de otro modo que los peñascos insensibles la agitacion estrepitosa de las olas del mar, y se abandonó á los lamentos por la pérdida de su hija. Pero luego que la vió en la pira, cuatro veces tuvo ímpetus de arrojarse á ella, é impedido otras tantas de que lo egecutase, echó á huir con precipitacion, y á la manera que lo hace un novillo, que estimulado del aguijon de los tábanos ó moscardones, se arroja por las asperezas y por donde no hay senda ni camino. En la precipitacion de su carrera me parecia que iba aumentándose su velocidad mas que la que puede tener un hombre: quien le viese juzgaria que tenia alas en los pies. Nos fue imposible alcanzarlo, y veloz con el deseo de perder la vida, llegó á la altura del Parnaso; y habiéndose precipitado de un alto peñasco, tuvo Apolo misericordia de él, convirtiéndole en ave, y sosteniéndolo en el aire con alas repentinas que le dió al tiempo de caer. Su boca fue mudada en un pico corvo, y sus uñas se encorvaron igualmente como lo estan los anzuelos. Conservó en su transformacion su antigua inclinacion, y unas fuerzas superiores al tamaño de su cuerpo. En fin vuelto gavilan, es enemigo de todas las aves, y les hace sentir una parte de los males que él mismo sufre."

Ceix continuaba aun refiriendo las calamidades de su hermano, cuando Anetor, pastor de los ganados de Peleo, llegó apresurado con el aliento anhelante, y dijo: „¡Ay Peleo, Peleo, vengo á anunciarte una gran desgracia!" Peleo le manda se la diga, y el Rey de Trachinia queda suspenso y temblando del miedo. „Yo habia conducido, respondió Anetor, tus novillos á las playas cuando[6] el sol altísimo en medio de la esfera habia subido tanto cuanto le faltaba para descender á su ocaso: unos echados

sobre la roja arena miraban desde alli las cristalinas llanuras del mar; otros con paso perezoso andaban errantes en aquellas cercanías, y otros en fin se habian metido en el agua para refrescarse, y solo se les veia el cuello. Cerca del mar hay un templo, en cuya construccion no se empleó oro ni mármol, sino unas toscas vigas, é inmediato á él un antiguo bosque sombrío con la espesura de sus árboles, dedicado todo á Nereo[7] y á las Nereidas. Un pescador que estaba en la playa enjugando sus redes me informó de que el templo estaba dedicado á aquellos Dioses. Inmediato á este templo hay una laguna cercada de espesos sauces, la que se formó con el agua que rebosa del mar. Del fondo de este pantano sale de repente un lobo fiero de un tamaño enorme, haciendo un estruendo tan espantoso, que amedrentó á todos los lugares comarcanos. Una espuma mezclada con sangre negra le salia de la boca, y sus ojos centelleaban llamas. Mas impelido de la rabia que de la hambre, no tanto por satisfacer á esta cuanto por saciar á aquella con la muerte de los bueyes, á unos hiere, y á otros derriba causándoles la muerte. Algunos de mis compañeros, heridos del lobo por querer defender al ganado, perdieron su vida. La playa y las primeras olas se tiñen de sangre, y en todas las lagunas comarcanas resuenan los bramidos de las reses heridas. No perdamos tiempo, continúa; la menor dilacion nos será perniciosa. Armémonos todos, que es el recurso único que nos queda para ir á salvar lo que se pueda escapar del furor de este monstruo." Asi habló Anetor. Peleo, menos movido por esta pérdida que por la memoria de su delito, comprendió que la Nereida queria que estas calamidades fuesen venganza y sacrificio á un tiempo en alivio de Foco su hijo. Ceix manda que todos tomen sus armas, y él se disponia á ir con ellos; pero su muger Alcione, que lo entendió por el ruido que habia en palacio, salió

precipitada de su cuarto á medio peinar, y abandonando al aire sus cabellos, se arrojó al cuello de su marido, y con persuasiones y lágrimas le rogaba que no fuese él á aquella empresa, y que procurase guardar su vida, en la que consistia la suya propia. „Deja, ó Reina, la dijo Peleo, tus honestos y piadosos temores. La oferta que Ceix me ha hecho prueba su bondad y generosidad; pero no es mi ánimo aprovecharme de ella, ni perseguir con las armas á tan nuevo monstruo, sino adorar y suplicar á la Deidad del mar que me ha afligido con tal desgracia." Cerca de la playa habia una elevada torre, y un fanal en lo mas alto de ella para direccion y regocijo de los navegantes. Suben á ella, y miran con dolor á los toros muertos y tendidos en la playa, y al monstruo que habia causado tantos estragos con la piel toda teñida de sangre. Entonces Peleo, tendiendo las manos hácia la ribera del dilatado mar, ruega á la cerúlea Psamate[8] que deponiendo su saña, les sea propicia. La Nereida no se ablandó con las palabras y súplicas de Peleo. Tetis, su muger, la suplicó por su marido, y consiguió el perdon; pero el lobo, cebado en la dulzura de la sangre, perseveraba en la cruel matanza, hasta que en la accion de estar despedazando la cerviz de una novilla fue transformado en piedra por la Diosa: el color indicaba que ya no era lobo, ni habia ya para qué temerle, aunque el cuerpo conservaba la forma y figura de fiera. El destino no permitió á Peleo permanecer mas tiempo prófugo en los estados de Ceix: errante y fugitivo aportó á Tesalia, y alli tomó venganza de Acasto, dándole la muerte por la traicion[9] que en otro tiempo habia intentado contra él.

* * *

Notas

1. Peleo.

2. Un ramo de oliva.

3. Gavilan.

4. Lúcifer.

5. No puede hacerse mayor injuria ni que mas sensacion cause que llamar fea á una muger que presume de deidad.

6. Al medio dia.

7. Uno de los Dioses marinos, y padre de las Nereidas.

8. Fue una de las Nereidas, madre de Foco, que habia sido muerto por Peleo, y queria vengar la muerte de su hijo con el estrago de los toros.

9. Fue la de haberle sacado con pretexto de casa, y dejádole en el campo sin armas para que fuese despedazado por las fieras en despique del odio que le concibió por la calumnia que Hipólita, muger de Acasto, levantó contra Peleo, acusándole de que habia querido atreverse á su honestidad; y favorecido Peleo de Mercurio, que le dió una espada fabricada por Vulcano, cuando volvió á Tesalia mató con ella á Acasto y á su muger.

Fábula V

NAUFRAGIO DE CEIX.

Perturbado Ceix con las calamidades de su hermano y las que siguieron á estas, dispone ir á consultar al oráculo de Apolo, que existia en la ciudad de Claros, porque el bandido Forbas,[1] unido con los Phlegios, tenia interceptados los caminos del templo de Delfos. Comunicó anticipadamente esta su resolucion Ceix á su querida muger, que al oirla se quedó helada, y su semblante pálido á la manera del box, corriéndole las lágrimas por las mejillas. Tres veces procuró hablar, y tres veces se lo impidió el llanto y los sollozos, que interrumpian sus amantes quejas.

„¿Qué culpa, decia, he cometido yo, carísimo esposo mio, que asi ha trocado tu cariño? ¿Donde está aquel cuidado y desvelo que solias tener por mí? Ya no te es dificil el ausentarte y dejar á tu Alcione.[2] Ya te agrada el hacer un largo viage; y ya quieres mas bien tenerme ausente que en tu compañía. Si tu viage lo hicieras por tierra, solo me causaria pena y dolor, pero no sobresalto. Los mares me amedrentan: solo el pensar en él me causa horror. Poco há que he visto sobre la playa los tristes fragmentos de un naufragio; y muchas veces he leido los epitafios[3] de los túmulos que no ocultaban los cadáveres. No te dejes llevar de la falaz confianza de que

tienes por suegro á Eolo, que egerce su imperio sobre los vientos, reprimiendo su impetuosidad en una cárcel, y cuando le place con esta sujecion queda el mar en calma; porque una vez sueltos se apoderan de todo el Océano; nada hay que se les oponga; toda la tierra y todo el mar quedan á su arbitrio. Tambien agitan las nubes del cielo con fieros torbellinos, y las hacen vibrar los resplandecientes rayos y centellas. Cuanto mas bien los conozco (y los conozco muy bien, porque los ví muchas veces cuando era niña en la casa de mi padre), tanto mas estoy persuadida de que deben ser temidos. Pero si tu resolucion, carísimo esposo, no se puede alterar con mis plegarias, y estás constantemente determinado á hacer este viage, llévame contigo, y correremos ambos una misma suerte: entonces no tendré que temer lo que me vea precisada á sufrir: ambos en union mutua toleraremos lo que sobreviniese, y entrambos en union correremos los riesgos de los extendidos mares." Con estos ruegos y lágrimas de Alcione se conmovió Ceix, porque no era inferior su cariño hácia su esposa; pero ni se resolvia á mudar de propósito, ni se atrevia á llevar consigo á Alcione, y exponerla á que fuese participante de los peligros. Díjole muchas cosas tiernas que consolasen su tímido corazon; pero no por esto se aquietó Alcione, ni aprobó la causa del viage. En fin para disminuir en lo posible el dolor que iba á causarle esta funesta separacion, añadió este lenitivo, con el cual tranquilizó el espíritu de su muger. „Cualquiera detencion será larga y enfadosa para mí; pero te juro por los brillantes resplandores de mi padre que si el destino no se opone á mi vuelta, me verás antes que la luna por dos veces llene de luz su hermosa faz."[4] Luego que con estas promesas la aseguró de su pronta vuelta, mandó al punto botar al agua una nave, y equiparla con todas sus jarcias y demas utensilios.

Al momento que la vió aparejada Alcione se llenó de horror, como adivinando lo que habia de suceder; dejó correr algunas lágrimas, le abrazó tiernísimamente, y al tiempo de decirle con voz triste el último á Dios cayó desmayada. Los marineros, aunque Ceix buscaba pretextos para detenerse, aplicaron á sus fuertes pechos las dos órdenes de remos, y con golpes comparados empiezan á remar. Alcione, algo recobrada de su desmayo, levantó sus llorosos ojos, y vió á su marido que estaba de pie en la encorvada popa, y desde ella le hacia señas con la mano, á las que ella correspondia con otras tantas. Cuando ya se habia alejado, y la vista no alcanzaba á distinguirle y conocerle, se contentaba con ver la nave fugitiva, y cuando ya esta no podia distinguirse por la gran distancia, miraba las velas tremoladas del viento en lo alto de los mástiles. Luego que se perdieron de vista de todo punto las velas, se volvió afligida á su aposento, y se echa en la cama, la cual le renueva sus lágrimas, acordándose de lo que faltaba en ella. En tanto se alejaba la nave; y como el viento daba en popa, dejaron de remar, y extendiendo todas las velas, las hinchaban los vientos favorables que soplaban.

Habrian hecho poco menos de la mitad de la travesía, alejados de una y otra playa, cuando á la entrada de la noche empezó el viento á soplar con mas fuerza, y á ponerse el mar blanco con las encrespadas olas.[5] Inmediatamente ordena el piloto que se recojan las velas, y que las aten á las antenas; pero la contraria tempestad impide la egecucion de lo mandado, y el estrépito del mar agitado impedia que las voces llegasen á los oidos. Todos andaban diligentes: unos se apresuran á quitar los remos, otros á cubrir el costado para impedir que el agua entrase, otros á recoger las velas: estos sacan el agua que habia hecho la nave, y la vierten en el mar,

aquellos bajan las antenas; pero todo se egecuta con desórden y atropellamiento. Entre tanto se aumenta la deshecha tempestad, y los desenfrenados vientos, soplando á un tiempo de partes contrarias, se enfurecen en una terrible guerra, y agitan las olas, confundiéndolas unas con otras. El mismo piloto se pasma, y confiesa que ni está en sí, ni sabe el estado en que se halla la nave, ni qué mande, ni qué prohiba en tanta confusion y apuro, en el que ya es inútil toda la destreza de su arte. Confúndense, formando el mayor estrépito, los clamores de los marineros, los crujidos de las cuerdas y masteleros, el bramido de las olas que se baten unas con otras, y los espantosos truenos en que las nubes se desgajan. El mar, embravecido por los vientos, levanta sus olas hasta el cielo, y rocía con ellas las nubes: unas veces cuando el agua barre las rojas arenas se vuelve del color de ellas, y otras es mas negra que la de la laguna Estigia: algunas veces se allana y emblanquece con las espumas que suenan, y la nave es juguete de todas estas causas impelentes: ya parece que elevada sobre las olas como montañas mira desde alli á la profundidad de un valle y al mismo Aqueronte; y ya abatida á lo ínfimo por las mismas olas las ve desde la profundidad tocar en el cielo. Azotada por ellas la nave en sus costados, hace un ruido semejante al del ariete cuando derriba los muros de una guarnecida ciudad. Y á la manera que dos fieros leones, tomando fuerza con la carrera, suelen acometer con furor á los venablos que les presentan, asi las olas, confundidas con los vientos que las alteran, atacan la tablazon de la nave, sobre la cual se levantaban. Ya se aflojan y desencajan los clavos, y despegándose la brea, se descubren aberturas, que dan entrada á las ondas que amenazan con la muerte. Las nubes se resuelven en copiosas lluvias, y parecia que sobre el mar caia todo el cielo, ó que aquel entumecido subia á

ocupar el asiento de este. Las velas se empapan con la lluvia, y las aguas del mar se mezclan con las del cielo. Ningun astro se ve brillar en él, antes bien por el contrario la oscuridad de la tempestad, junta con la de la noche, aumenta el horror de las tinieblas. Si se ve alguna claridad es la de los relámpagos y rayos, que parecia abrasaban las aguas. Las olas tambien saltan á las corvas junturas de la nave; y como el soldado que se aventaja á todos los demas cuando repetidas veces asalta á los muros de una ciudad defendida, y por último consigue entre mil combatientes trepar á ellos estimulado del deseo de la gloria; del mismo modo, despues que las violentas olas batieron mucho tiempo los altos costados de la nave, los sobrepuja el ímpetu de la ola décima,[6] que es la mayor y mas terrible, y combatiendo á aquella ya quebrantada, no desiste de la empresa hasta apoderarse de ella, y venir á llenar todo el buque, á la manera de la toma de una plaza de armas. No interrumpen las olas el asalto; y habiendo entrado muchas veces en la nave, empiezan todos á temblar, del mismo modo que sucede en una plaza cuando ven que de los enemigos unos toman ya posesion de sus muros desde adentro, despues de haberla los otros batido y minado por de fuera. Desfallece el arte; los ánimos desmayan, y todas las olas que se ven venir se temen como causadoras de otras tantas muertes. De los marineros unos no pueden contener las lágrimas, otros se llenan de estupor, otros llaman felices á los que mueren y son sepultados con fúnebre aparato en tierra,[7] otros hacen promesas á los Dioses, y levantando en vano los brazos, piden socorro al cielo que no ven:[8] acuérdase aquel de su padre y hermanos; este de sus hijos, de su casa y de lo que dejó en ella: Ceix solo se acuerda de Alcione: de su boca no sale otra palabra que Alcione; y siendo ella sola el objeto de su amor, se alegra de que no se halle

en su compañía. Querria mirar hácia las playas de su patria, y dirigir hácia su casa las últimas ojeadas; pero no puede discernir en qué sitio se halla por la terrible agitacion del mar, por la oscuridad que causan las negras nubes, por estar cargado de ellas todo el cielo, y por ser por la misma causa dobladamente oscura la noche. La impetuosidad de un llovioso torbellino derriba el mástil, y hace pedazos el timon; y animosa la ola con tales despojos, sobreponiéndose como vencedora, se eleva en forma de arco sobre todas las demas, y cayendo precipitada, no de otro modo que si se lanzasen el monte Atos y el Pindo arrancados de sus estables asientos en medio del mar, con su peso y con su impulso sumerge hasta lo profundo la nave, en la cual se ahogó gran parte de los marineros, quedando solo los pocos que pudieron asirse á las tablas y fragmentos de ella: Ceix, asido á uno con la mano que solia empuñar el cetro, invocaba en vano á Eolo y Lúcifer, su suegro y padre; pero mas frecuentemente repetia cuando nadaba el nombre de su esposa Alcione. De esta sola se acuerda, á esta sola llama, deseando que despues de su muerte las olas llevasen á su presencia su cadaver, y que este fuese enterrado por ella. Cuando asi zozobraba entre las olas, y estas le dejaban respirar, pronunciaba claro el nombre de Alcione, y confusamente y entre dientes cuando le cubrian la cabeza. Mientras estaba en esta disposicion, una encrespada y negra ola, que formaba un grande arco, se rompe, cae á plomo sobre él, y cubriéndole de agua le sumerge.

El Lucífero su padre estuvo aquella noche oscuro y desconocido; porque como no podia bajar del cielo en aquel triste momento, cubrió su rostro con densas nubes. Alcione entre tanto, ignorante de tan calamitosa desgracia de su esposo, estaba contando las noches de su ausencia; y esperando vanamente su vuelta, preparaba los vestidos con que habia de

engalanarse cuando volviese, y las joyas con que ella habia de adornarse en aquel suspirado momento. Ofrecia inciensos á todos los Dioses, y principalmente en los templos de Juno, y se postraba ante las aras por su marido que ya no existia, y rogaba por su salud y su vuelta, y porque la prefiriese siempre y no se enamorase de otra; pero de tantos votos y súplicas esta última era sola la que se podia verificar. La Diosa, no queriendo ya que se le rogase mas por la salud de un difunto, ni se ofreciesen por él sacrificios en sus aras, llamó á Iris, y la dijo: „Iris, fidelísima embajadora mia, marcha al punto al palacio del Dios del sueño, y dile de mi parte que envie á Alcione un sueño que la represente la imágen de su marido que ha padecido naufragio, y la haga entender esta verdad." Apenas dijo esto, Iris, vestida de mil colores, y señalando en el cielo su corvo[9] arco, se encaminó como se lo habia ordenado al palacio del Sueño, que estaba oculto entre unos peñascos.

En el pais de los Cimerios[10] hay una cueva dilatada en la concavidad de una montaña, en donde el perezoso Sueño tiene su palacio y habitacion: jamas penetran en ella los rayos del sol, ni cuando nace, ni cuando está en lo mas alto, ni cuando se pone: la tierra exhala unas densas nieblas mezcladas de oscuridad, y la escasa luz de aquel sitio es como la del crepúsculo: jamas los gallos anuncian alli la vuelta de la Aurora: jamas los perros, guardas fieles de una casa, ni los ánsares, mas sagaces todavía que estos, interrumpen con su ladrar ni graznidos el tranquilo reposo que alli reina. Ni la fiera, ni los ganados, ni las ramas agitadas del viento, ni las voces de los hombres hacen ruido alguno: aquella es propiamente la mansion del mudo silencio. De lo mas bajo del peñasco sale un arroyo, que alguno diria ser el Leteo, cuya corriente, causando un dulce murmullo en las

piedrecillas, convida á dormir. Á la puerta de la cueva se crian fecundas adormideras[11] y otras muchas yerbas, de las cuales la noche extrae el jugo soporífero, y lo esparce por el orbe oscuro de la tierra. En toda la casa hay puerta alguna cuyo quicial rechine al abrirla ó cerrarla, ni tampoco hay ningun guarda á su entrada. En medio de ella hay una alta cama, cuya armadura es de ébano, sus colchones de plumas, todo negro como la ropa que la cubria: en ella yacia el Dios del sueño con sus miembros como desfallecidos y desmayados. Al rededor de la cama estaban postrados una multitud de vanos sueños, que saben remedar todo género de figuras, y que son tantos en número como aristas tiene la mies, hojas las selvas, y la playa granos de arena. Al entrar Iris en esta cueva apartó con las manos los sueños que estorbaban su paso, y se acerca á la cama del Dios: iluminóse la estancia con el resplandor de su vestido, que hiriendo los pesados y soñolientos ojos de aquel, se los hizo abrir, aunque con dificultad, y levantar la vista un poco, volviéndose al momento á quedar medio dormido; pero por último despertó algo, y levantando la cabeza, y tocándose el pecho con la trémula barba, y apoyado sobre el hombro izquierdo, le preguntó á Iris (pues desde luego la conoció) cual era la causa de su venida. Ella entonces le dijo: „¡Ó Sueño! que eres el mas agradable de todos los Dioses: ¡ó Sueño! descanso de las fatigas, tranquilidad del ánimo, enemigo del desasosiego, que halagas y reparas para que continúen el trabajo los miembros fatigados con las diarias tareas, dispon que los sueños que remedan á la perfeccion las verdaderas figuras, vayan á Trachinia, y presentándose á Alcione bajo la imágen del Rey Ceix su esposo, le representen su naufragio. Juno es quien lo ordena, y me ha encargado esta diligencia.” Despues que Iris desempeñó el precepto de Juno se retiró,

porque no podia tolerar mas la eficacia soporífera ni los vapores soñolientos de aquella casa, y sintiéndose acometida del sueño, se apresuró y volvió por el mismo arco en que poco antes habia venido. Entonces el Dios, de entre la multitud de los sueños que rodeaban su cama, escogió á Morfeo, artífice é imitador de las figuras.[12] Ninguno con mas destreza que él remeda y representa cuando se le manda el modo de andar, la fisonomía, el eco y sonido de la voz, los vestidos y las palabras que son mas usadas del que quiere figurar; pero este sueño solo imita y representa á los hombres; mas el otro, á quien los Dioses llaman Icelo, y los hombres Fobetor, se reviste de la figura de fiera, de ave, de serpiente, y de los demas seres del reino animal. Hay otro de tercera especie, llamado Fantaso, que se transforma en tierra, en peñasco, en agua, en madero, y en cualquiera cosa inanimada. Estos tres sueños solo frecuentan de noche los palacios de los Reyes, de los Grandes y Generales, y representan sus figuras; los demas sirven para la plebe. De estos no hizo caso el Dios anciano, y de aquellos tres hermanos eligió á Morfeo para que desempeñase el encargo y mandato de Juno que le habia intimado Iris, y al punto volvió á dejar caer su cabeza cargada de sueño, y se cubrió con la ropa de la cama.

Morfeo vuela por la oscuridad sin que sus alas hiciesen ruido alguno, y en pocos instantes llegó á Trachinia, y depuestas las alas, tomó la figura de Ceix, y se presentó ante la cama en que dormia Alcione, descolorido como un difunto, sin vestido alguno, y destilando agua su barba y cabellos. Entonces recostándose sobre el lecho, y con lágrimas que le caian por las mejillas dijo de este modo: „¿Conoces á tu Ceix, desgraciada esposa mia? ¿Se ha desfigurado mi rostro con la muerte? Mírame, y me conocerás fácilmente; pero en lugar de tu marido hallarás solo su sombra. Tus votos,

ó Alcione, y tus sacrificios de nada me sirvieron: he muerto; no te prometas ni esperes vanamente volverme á ver. El austro llovedor se enfureció contra la nave en el mar Egeo; levantó una deshecha tempestad, y la sumergió con un fuerte torbellino: yo clamaba invocando y repitiendo en vano tu nombre, y en esta actitud inundaron y cubrieron mi boca las olas. No son estas noticias dadas por un autor sospechoso, ni estás oyendo vagos rumores: yo mismo que estoy presente te anuncio mi desgracia y mi naufragio. Levántate prontamente; abandónate al llanto; vístete de luto, y no permitas que mi sombra baje al tártaro, morada de las almas, sin haber sido llorada." Morfeo dijo todo esto imitando la voz de Ceix, de modo que Alcione creia que era él: tambien remedó su llanto y todas sus acciones y disposicion. Alcione entre sueño empezó á gemir, llorar y á extender los brazos, y en vez del cuerpo de su marido abrazó el aire sutil, y empezó á exclamar: „Detente, ¿dónde te vas? ambos partiremos juntos." Turbada con la voz que habia oido, y con la figura que habia visto de su marido, despertó sobresaltada, y á la luz que habian entrado los criados que acudieron á sus voces, registró mirando á todas partes si estaba alli el que poco antes habia visto, y no hallándole en parage alguno, empezó á sacudir y golpear con la mano el rostro y pecho, á rasgar sus vestidos, y á arrancarse los cabellos, diciendo á su aya, que la preguntaba la causa de su llanto: „Ya no hay ni tienes á Alcione; ya no existe; feneció con su querido Ceix; no te empeñes en consolarme: murió ahogado en el mar, y acabo de verlo, le conocí, y al irle á coger las manos para detenerle, y que no se fuese, se me desvaneció como sombra, y sombra bien propia, expresiva y verdadera de mi idolatrado esposo, aunque no tenia aquella alegría de semblante que antes, sino que le ví descolorido, desnudo, y con el cabello destilando agua

todavía. Sí; este es el mismo sitio donde estuvo el infeliz:" y miraba si en él habia dejado alguna huella ú otra señal, y entonces soltando las riendas á su dolor, hablando con su esposo, á quien aun imaginaba presente, se quejaba de este modo: „Ó desgraciado Ceix, tu naufragio era lo que yo temia, y lo que me anunciaba el corazon, y por eso te rogaba tan encarecidamente que no te apartases de mi compañía, ni te entregases á la inconstancia de los vientos; pero ya que ibas á perecer ¡ojalá me hubieras llevado contigo! ¡Ay! ¡y cuán bien me hubiera estado el ir en tu compañía, pues no hubiera vivido apartada de tí un momento, y hubiéramos muerto juntos! Ahora muero sin tí, y aunque ausente soy despojo de las olas en que fuiste sumergido, y sin embargo de estar lejos, el mismo mar es el sepulcro de mi cadaver. La memoria de tu naufragio no será mas cruel que el mar y las olas que te anegaron, si tuviera gusto en alargar mas mi vida y sobrevivir á tu desgracia; pero no sobreviviré ni me apartaré de tí, y te seré compañera en la muerte, y si en el sepulcro y la urna no se uniesen nuestros huesos, á lo menos estarán unidos nuestros nombres en el epitafio." El dolor no la dejó proseguir, pues cuando iba á pronunciar las palabras eran interrumpidas con el llanto[13] y con los gemidos en que la hacia prorumpir la afliccion de su corazon.

Luego que amaneció salió fuera de su palacio dirigiéndose á la playa, buscando afligida el sitio desde el cual habia estado mirando la partida de su marido: en él se detuvo; y observándole detenidamente, decia: „Desde aqui se hizo á la vela; aqui fue en esta misma playa donde al partirse me dió los últimos abrazos;" y cuando estaba mirando y remirando todas estas cosas, tendió su vista hácia el mar, y á larga distancia vió nadando sobre el agua una cosa que parecia un cadaver. Al principio no podia distinguirse lo

que era; pero acercándose con las olas, llegó á conocerse que era un cuerpo, y aunque ignoraba quien fuese, se conmovió y asustó considerándole de algun náufrago, y como si se condoliese de un desconocido dijo: „¡Ó infeliz, cualquiera que seas, é infeliz de tu esposa si eres por ventura casado!" El cuerpo se fue acercando poco á poco, con las olas, y cuanto mas lo mira Alcione, tanto mas se aumenta su turbacion. En fin cuando ya estaba cerca de la playa y á distancia que pudiese ser conocido, le miró con mas atencion; y viendo que era su marido, exclamó: „Él es, él es;" y al mismo tiempo se hiere el rostro, arranca sus cabellos, rasga sus vestidos, y extendiendo hácia Ceix sus trémulas manos, dice: „¡Asi, carísimo esposo, asi, infeliz, vuelves á mí para acrecentar mi dolor!" y arrebatada del mas fiero sentimiento, dió un gran salto que parecia vuelo, y efectivamente lo era, y se puso sobre una especie de muelle que servia para que en él se quebrara y amansara la impetuosidad de las olas, y desde alli convertida en ave, é hiriendo el aire con las alas que la acababan de nacer, iba volando sobre la superficie de las aguas, y al mismo tiempo en lugar de lamentos su boca convertida en pico proferia un sonido triste y lastimoso. Mas luego que llegó á tocar el cuerpo de Ceix lo abrazó con sus recientes alas, y empezó á besarle con el duro pico. Aquellos que habian acudido á la ribera, observando que el cadaver se incorporaba algo, dudaban si seria porque hubiese sentido las caricias de su esposa, ó si el ímpetu de las olas le habia hecho tomar aquel movimiento; pero fue porque las habia sentido, y porque apiadándose de ellos los Dioses, los convirtieron en aves. Desde esta transformacion se conservan el mismo mutuo amor; y durante los siete dias[14] que la hembra está en huevos en el nido, sostenido sobre la superficie del agua, el mar está tranquilo y navegable; y Eolo, en obsequio de sus

nietos,[15] tiene los vientos encerrados para que no salgan á alborotar los mares.

* * *

Notas

1. Fue un facineroso de Tesalia, que tenia interceptado el camino del oráculo de Delfos, y por último fue muerto por Apolo para que no impidiese la frecuencia de su templo.

2. Era hija de Eolo, Dios de los vientos, y muger de Ceix.

3. Se llamaban aquellas inscripciones que se ponian en los edificios sepulcrales en que habia algun cadaver, y cenotafios las que se contenian en edificios en que no habia cadaver, y que se erigian á la memoria de algun difunto.

4. Perífrasis de dos meses.

5. Principio de la tempestad, cuya elegante descripcion se sigue.

6. Por la undécima se entiende la mas grande y terrible por la perfeccion que contiene, y significa el número decenario, y á este modo dijo el mismo Ovidio en el libro 1.º de sus Tristes:

7. Tenian por fortuna el no morir en el mar ni carecer del honor de la sepultura, sin el cual, como ya antes queda anotado, creian no poder pasar la barca de Aqueronte.

8. Elegante pintura del conflicto de los que estan para naufragar.

9. Es el arco celeste, compuesto de tantos colores, del cual dijo Virgilio:

10. Con mucha oportunidad y propiedad coloca el palacio del Sueño en el pais de los Cimerios, que hoy es la costa del mar Negro, region oscura y fria, y muy acomodada para influir sueño.

11. En esta y siguientes expresiones reune los atributos y circunstancias del sueño, y que provocan á él.

12. En tres clases ó especies dividian los sueños, unos que representaban á los hombres, otros á las fieras y demas animales, y otros á todas las demas cosas inanimadas. Al principal de los primeros llamaban Morfeo, al de los segundos Icelo, y al de los terceros Fantaso: estos

tres representaban las cosas á los Reyes y personages, y los demas acometian á la plebe, y Morfeo fue enviado á representar á Alcione el naufragio de su marido.

13. Una expresion tan viva y vehemente como esta se halla en Séneca, el que en la tragedia Tiestes dice en el acto 5.º: *Venit in medias voces gemitus.*

14. Llámanse dias alcioneos, en los cuales el mar está tranquilo, y ocurren á la salida del invierno: algunos dicen ser nueve.

15. Son los polluelos de los alciones, á quienes llama nietos de Eolo por provenir de Alcione, su hija, convertida en ave de esta especie.

Fábula VI

HESPERIA HUYE DE ESACO.

Entre los que fueron testigos de aquel espectáculo habia un hombre anciano que alabó el amor y fidelidad de los dos esposos. Otro que estaba cercano á él, ó acaso el mismo, dijo: „Si lo permitió la suerte, este tambien que mirais surcar el mar, y traer las piernas encogidas (enseñándoles el mergo, cuyo cuello es espacioso, y que por alli pasó casualmente), es de familia Real; y si quereis subir hasta sus antepasados por su órden, hallareis que desciende de Ilo y de Asaraco, y de Ganimedes arrebatado por Júpiter, del viejo Laomedonte y de Príamo,[1] en cuyo tiempo fue destruida Troya, y que fue hermano[2] del famoso Hector; el cual, si no hubiera sido transformado en la flor de la juventud, acaso no hubiera sido inferior á Hector por sus famosas hazañas, aunque este era hijo de Hécuba, hija de Dimantes, y aquel, que se llamaba Esaco, de una Ninfa campestre llamada Alexirroe, que lo parió á escondidas en el monte Ida. Este tal Esaco no gustaba de las ciudades, y retirado del magnífico palacio, frecuentaba los secretos montes y los retirados campos, y no asistia sino alguna que otra vez á la corte de su padre: no obstante nada se le notaba de rusticidad en sus costumbres, ni su corazon era insensible al amor. Cierto dia, despues de

haberla buscado por todas las selvas, halló y vió á la hermosa Hesperia, hija del rio Cebreno,[3] que en la ribera de él estaba enjugándose al sol los cabellos, que tenia tendidos sobre sus hombros. Luego que le vió echó á huir la Ninfa, como la espantada cierva huye de un lobo, ó como un ánade apartado del lago, que ve al gavilan que va á arrojarse sobre él. Esaco, á quien el amor dió alas (como el miedo parecia haberlas dado á la Ninfa), la persigue con ligereza; pero una víbora que se ocultaba en la yerba la pica en un pie,[4] y esparciéndose el veneno en su cuerpo, dejó á un tiempo de correr y vivir. Desesperado Esaco de un accidente tan funesto, abraza tiernamente á la Ninfa, que acababa de exhalar el último aliento, y exclama: „Pésame, pésame de haberte perseguido; pero yo no rezelaba esto, ni á tanta costa tuya pretendia la victoria. Querida Ninfa, nosotros dos te hemos quitado la vida. La víbora te hirió, y yo he sido la causa principal. Yo seria mas delincuente que ella si con mi muerte no vengara la tuya." Despues que dijo estas palabras se arrojó al mar desde un alto peñasco. Tetis, apiadándose de él, lo recibió con suavidad y blandura; lo cubrió de plumas en tanto que fluctuaba sobre el mar, y de este modo le impidió morir, aunque él no deseaba sobrevivir á su amada Hesperia. Indignado contra la mano favorable que le protege, se queja de la crueldad del destino que le obliga á vivir. Con las nuevas alas se levanta en el aire, despues se arroja con impetuosidad para precipitarse; pero sus plumas interrumpen el ímpetu de la caida. Esaco se enfurece, se sumerge en lo profundo, buscando en vano medios con que darse la muerte que huye de él. El amor le pone flaco: las canillas y cuello se alargan: la cabeza la tiene distante del cuerpo: ama las aguas; y como se sumerge sin cesar, le ha quedado el nombre de mergo.[5]

* * *

Notas

1. Todos los antecedentes fueron Reyes de Troya.

2. Habla de Esaco.

3. Era un riachuelo de la region de Troya.

4. De igual casualidad fingieron haber muerto Eurídice, muger de Orfeo, segun ya queda dicho.

5. Este nombre es tomado del verbo latino *mergo, is*, que significa zabullirse.

Tomo IV · Libro duodécimo

Libro duodécimo

ARGUMENTO.

Entonces el padre Príamo, juntamente con sus hijos, hace las exequias á Eaco, que tambien lo era, creyéndole muerto; pero alli no se halló Páris por haber ido á la Grecia. Perseguido este por los griegos, vieron en el puerto Aulide que un dragon se convierte en piedra. Despues el invulnerable Cigno, habiendo sido muerto por Aquiles, se convierte en cisne; asi como tambien la doncella Cenis se transformó en otro tiempo en el jóven llamado Ceneo, y despues en ave. Nestor refirió todas estas transformaciones, añadiendo á ellas la de Periclimenes.

* * *

Fábula primera

UNA CIERVA SACRIFICADA EN LUGAR DE IFIGENIA.

El padre Príamo, ageno de que su hijo Esaco vivia, bien que transformado en ave, llorábale amargamente por muerto: asimismo Hector y los demas hermanos le habian hecho inútiles exequias en el túmulo, que solo contenia su epitafio. No asistió á estas tristes ceremonias su hermano Páris, el cual, habiendo despues robado á Elena, fue la causa fundamental de una larga y sangrienta guerra, y de que viniesen conjuradas contra Troya mil naves, y se formase una poderosa liga de toda la Grecia, la cual hubiera tomado pronta venganza, si los vientos contrarios no hubiesen impedido la salida del puerto, y la imposibilidad de navegar no hubiese detenido la escuadra en Aulide, puerto de Beocia, en que se hace mucha pesca. Aqui, segun costumbre de la patria, dispuestos los sacrificios á Júpiter, apenas ardian sobre el ara los fuegos sagrados, cuando se presenta á la vista de los griegos un dragon, que trepaba por un plátano inmediato á las aras donde se habian empezado los sacrificios, y en cuya copa habia un nido con ocho pajarillos,[1] y la madre que revolteaba en torno de sus hijuelos, á quienes juntamente con ella arrebató y engulló en su voraz vientre. Todos quedaron atónitos con este agüero; pero Calcas, adivino infalible de lo

futuro, les dijo: „Alegraos, griegos, que venceremos: Troya quedará reducida á cenizas; pero nos costará mucho tiempo y trabajo el tomarla;" y para hacer creible su oráculo vaticinó que las nueve aves significaban otros tantos años que habia de durar la guerra. La serpiente, asi como estaba enroscada en las verdes ramas del plátano, se transformó en piedra,[2] que conserva su antigua figura.

El violento Nereo[3] continúa inexorable, sin permitir que la escuadra anclada en Aulide pudiese dar la vela por la furia del mar. Algunos creian que Neptuno, como que habia trabajado en la obra de los muros de Troya, queria por este medio favorecerla, é impedir su total ruina; pero Calcas, que lo sabia como adivino, dijo que para que cesase el embravecimiento del mar era preciso aplacar la ira de Diana,[4] ofreciéndola en sacrificio la doncella Ifigenia, hija de Agamenon. Despues que la causa pública pudo mas que el amor paterno, y la dignidad Real mas que el ser su padre, los sacerdotes con las lágrimas en los ojos pusieron junto al ara á Ifigenia para sacrificarla, con lo cual se dió por satisfecha Diana,[5] y ocultándola en una espesa nube; se cuenta que mientras se hacian las ceremonias y preces del sacrificio sustituyó en su lugar una cierva, que fue por ella inmolada; y con esto calmó la indignacion de Diana, y juntamente con ella la del mar; y las mil naves, despues de haber padecido tanto, llegaron viento en popa á las playas troyanas.

Hay en medio del universo un lugar situado entre la tierra, el mar y las regiones celestes,[6] en el cual concurren y se juntan las extremidades y confines de aquellas tres partes: desde este lugar se divisa lo que pasa en todas ellas, aunque esté muy distante, y desde él se oye y penetra la voz á los oidos de todos. La Fama lo habita, y tiene su mansion ordinaria en la parte

mas elevada del alcázar, en que por todas partes se hallan innumerables entradas y salidas hasta en el mismo techo; los umbrales no tienen puerta alguna con que cerrarse. De dia igualmente que de noche está abierto: toda la casa es de metal sonoro, en el que resuenan y se aumentan las voces,[7] volviéndolas hácia fuera el eco, el cual redobla y repite lo que se le confia. Dentro no hay descanso ni silencio en ninguna parte; pero con todo no es formal clamor, sino un rumor de un sonido tenue y sordo, como el que hacen las olas del mar oidas desde lejos, ó como los truenos cuando las nubes estan muy retiradas. Una multitud de personas sin interrupcion ocupa los pórticos del palacio, y el vulgo novelero é inconstante va y viene sin cesar, y á cada instante se divulgan mil patrañas confundidas con la verdad,[8] que no puede sacarse en limpio por la confusion y desórden de las palabras, con las que los unos llenan de noticias á los oidos desocupados, y los otros repiten en otra parte lo que han oido contar: crece el número de ficciones, y el último á cuyos oidos llegan las abulta con alguna cosa nueva que les añade. Alli residen la necia credulidad y el temerario error, la vana alegría y el infundado sobresalto, la sedicion que cunde y los susurros,[9] cuyo orígen no se puede averiguar.

La Fama, á quien nada está oculto de cuanto pasa en el cielo, mar y tierra, antes bien averigua lo que sucede en todo el orbe, habia divulgado que los griegos iban á atacar á los troyanos con una poderosa escuadra y tropas escogidas; con cuya noticia no se hallaban estos desprevenidos, sino que tenian fortificadas las playas, puertos y avenidas, recibiendo á los griegos con las armas en la mano, de forma que Protesilao,[10] que fue el primero que se atrevió á poner el pie en tierra, fue muerto á manos de Hector, trabándose una batalla tan sangrienta, que costó á estos la muerte

de aquel y de otros esforzados capitanes, sin haberse conocido hasta entonces el valor de Hector. Los troyanos por su parte experimentaron lo que podia y hasta donde rayaba el valor de los griegos á costa de no poca sangre, con la que estaban ya teñidas las playas sigeas,[11] pues Cigno, hijo de Neptuno, habia por su mano quitado la vida á innumerables; y por otra parte Aquiles desde su carro[12] con su lanza arrollaba á cuantos se le ponian por delante, y buscando furioso por medio de las huestes á Cigno ó á Hector, se encontró con aquel, porque á este le reservaban los hados hasta el año décimo de aquella guerra, y aguijando á los blancos caballos de su carro, lo dirigió contra el primero, y blandiendo su lanza con denuedo y valentía, le dice: „Quien quiera que tú seas, ó jóven, sírvate de consuelo en tu muerte el saber que vas á fenecer á manos de Aquiles." Esto dijo, y al mismo tiempo le acomete con la lanza; pero aunque le acertó con ella, solo le hizo una ligera contusion en el pecho. Entonces Cigno responde á Aquiles: „Hijo de Tetis (pues ya tiempo há que la fama me dió noticias de tí), ¿por qué te maravillas (y es cierto que se admiraba) de no haberme herido? Este morrion y este escudo que ocupa mi siniestra mano mas me sirven de adorno que de defensa, á la manera que los plumages sirven de gala y adorno á las armas de Marte. Vaya sin embargo todo fuera, que yo pelearé sin estos auxilios, y no por eso conseguirás herirme. Es mucha ventaja el no ser yo hijo de una Nereida,[13] sino de aquel que gobierna á Nereo, á sus hijas y á todo el mar." Dicho esto, enristró la lanza contra Aquiles con tan gentil denuedo, que traspasó el bronce que debia detener el golpe, y penetró los nueve primeros cueros del escudo, quedando detenida en el décimo. Sacóla Aquiles, y arremetió á su enemigo con el mismo brio; pero de la misma manera resaltó del cuerpo de Cigno sin

hacerle herida alguna;[14] ni á la tercera embestida pudo tampoco conseguirlo, aunque Cigno se presentaba á cuerpo descubierto. Se enfureció no de otro modo que cuando el toro en el espacioso circo se ve irritado cuando le da en los ojos el color de las vestiduras de púrpura, embiste y se halla burlado. Aquiles registra la punta de la lanza para reconocer si se le habia caido el hierro, y viendo que estaba fijo en ella, dijo: „¿Con que esto consiste en la debilidad de mi brazo, y este ha perdido todo el valor que antes tenia, pues ciertamente le tuvo, ya cuando arruiné las murallas de Lirnesa, ya cuando inundé á Tebas y Ténedos con la sangre de sus soldados, ya cuando hice que el Caico corriese tambien teñido con la sangre que vertieron los que moraban en sus orillas, y ya cuando Telefo fue herido dos veces con mi lanza? y aun aqui en este mismo lance es valerosa mi diestra, y lo ha sido con la muerte de tantos troyanos como se hallan y veo amontonados por la playa." Esto dijo, y poco confiado en sus anteriores hazañas, probó á arrojar su lanza contra Menetes, soldado plebeyo de Lidia, y traspasándole la malla, le atravesó el pecho, y cayendo moribundo sobre la tierra, le sacó la misma lanza de la herida, y dijo: „Esta sí que es mi diestra, y esta la lanza vencedora. Me he de valer de estas mismas armas contra este enemigo, y quiera Dios tenga el mismo éxito." Dicho esto acomete á Cigno, y sin errar el golpe le hiere en el hombro izquierdo; pero lo rechaza como si hubiera dado en un duro peñasco. Sin embargo se veia sangre en donde habia recibido el golpe: Aquiles se alegró; mas duró poco su alegría. La sangre era de Menetes y no de Cigno. Enfurecido y ciego de cólera salta ligero de su carro, y acometiendo á su enemigo con su reluciente espada, advierte que esta penetraba la parma[15] del escudo y el yelmo, pero no su duro cuerpo. No siguió mas con este

modo de acometerle, sino que volviendo al contrario la espada, descargó muchos golpes con el pomo de ella en las sienes y cabeza. Atolondrado Cigno con los golpes se retiraba, siguiéndole Aquiles, de modo que unas veces le hacia tropezar y otras caer, sin dejarle ni permitirle ningun descanso. Llenóse Cigno de pavor; se le anubló la vista, y cuando se retiraba andando hácia atras, tropezó en una piedra que habia en medio del campo, y sobre ella le derribó Aquiles con grande ímpetu, dejándole tendido boca arriba. Entonces oprimiéndole el pecho con sus fuertes rodillas, le aprieta á la garganta las ataduras del yelmo, y le ahogó, cortándole á un tiempo la respiracion y la vida. Se disponia á despojar al vencido; pero ve solo las armas sin el cuerpo, porque el Dios del mar lo habia transformado en una blanca ave[16] del mismo nombre que antes tenia.

Á esta primera batalla sucedió una larga tregua, y las dos partes, cansadas de la pérdida que habian sufrido, depusieron las armas. En tanto que los troyanos guardan sus muros y los griegos sus trincheras, llegó el dia festivo en que Aquiles, vencedor de Cigno, hizo un sacrificio á Palas con la sangre de una novilla adornada con cintas.[17] Luego que puso sobre las aras las entrañas que habia de consumir el fuego, y el olor agradable á la Deidad se difundió por el aire, se separó una parte de la víctima para los sacerdotes, y otra para la mesa de los asistentes.[18] Sentáronse á comer los próceres en sus lechos convivales, saciándose de carne asada, y con el suave vino olvidaron sus cuidados y apaciguaron su sed. No hubo en este banquete cántico que realzase ni la cítara[19] ni la flauta, sino que durante el banquete y de sobre mesa se engolfaron en conversacion, siendo la materia de ella el valor y los sucesos de las pasadas refriegas, complaciéndose en referir cada uno los peligros á que se habia arrojado y de que habia salido. ¿De qué otra

cosa podia hablar Aquiles, ó qué conversacion podia suscitarse mas á propósito delante de él? Sobre lo que rodó mas la conversacion fue sobre el último certamen con Cigno. Á todos pareció cosa admirable que el cuerpo de este jóven fuese impenetrable é invulnerable, é hiciese rebotar el hierro de las lanzas y demas armas. El mismo Aquiles se maravillaba de esto, y tambien los griegos, cuando Nestor[20] les habló asi: „Es verdad que en vuestro tiempo Cigno fue el solo despreciador del acero, á quien no ofendió hierro alguno; pero yo mismo ví en otra ocasion á Ceneo, que se le parecia en eso de no ser herido. Ceneo Perrebo,[21] repito, que, famoso por sus hazañas, habitó en el monte Otris;[22] y lo que mas causaba admiracion en él era haber nacido individuo del otro sexo." Esta nueva monstruosidad excitó la curiosidad de los circunstantes á rogarle contase este suceso, y entre ellos Aquiles le dijo: „Sabio y elocuente anciano, prudencia de nuestro siglo, dí ¿quién fue ese Ceneo (pues todos tenemos deseos de saberlo), y cuál la causa para mudar de sexo? ¿En qué guerra lo conociste, y qué hazañas lo han hecho célebre? En una palabra ¿quién fue su vencedor, si es que pudo ser vencido?"

„Aunque el largo tiempo, respondió Nestor, haya borrado de mi memoria el recuerdo de muchas cosas que ví en mis primeros años, no obstante me acuerdo de otras infinitas; pero de todo cuanto he presenciado en paz y en guerra no hay cosa que se me haya quedado mas impresa que la historia que me preguntais; y si mi larga edad me hace recomendable en la referencia de las muchas cosas que en ella he visto, he vivido ya doscientos años, y estoy entrado en el tercer siglo. Cenis, hija de Elato, fue la mas bella de las doncellas de Tesalia, cuya hermosura avasalló y despreció el corazon de muchísimos pretendientes por las ciudades

circunvecinas y por las tuyas, porque fue, ó Aquiles, tu prima: quizá el mismo Peleo la hubiera tambien pretendido; pero ó estaba ya casado con tu madre,[23] ó á lo menos contratado el matrimonio con ella. En suma Cenis no quiso casarse; y paseándose un dia por la solitaria playa del mar, fue violentada por Neptuno, segun asi se decia públicamente, y para recompensar la injuria de haberla desflorado le dijo: „Pide lo que te acomode, que todo te será concedido." Asi tambien lo aseguraba la fama. „Esta injuria que me has hecho, replicó Cenis, me hace desear una cosa grande y singular, y es que me concedas el dejar de hoy en adelante el ser muger para que no me vuelva á suceder semejante desgracia en lo sucesivo: este don equivaldrá á todos cuantos me puedas conceder." Articuló estas últimas palabras con un sonido mas grave y bronco, y podia su voz equivocarse con la de hombre, como que ya efectivamente lo era, pues el Dios del mar le habia otorgado su peticion, y sobre esto, que no pudiese ser herido ni morir á hierro. Despidióse Ceneo alegre con tales dones, y pasaba su vida juvenil en las ocupaciones y egercicios propios del hombre, recorriendo las campiñas de Tesalia, donde adquirió mucha reputacion."

* * *

Notas

1. Este dragon que devoró á los nueve polluelos y á la madre dió asunto y cuerpo al célebre emblema de Alciato, á quien puso por lema: *Ex arduis perpetuum nomen*, el que puede verse, y el comento de nuestro humanista el Brocense.

2. Esta transformacion significa la perpetua memoria que quedaria de la guerra de Troya.

3. Aqui se pone Nereo por el mar, ó mas bien y con mas propiedad por la agitacion en que se hallaba, y que impedia navegar.

4. El enojo de esta Diosa contra los griegos procedia de que Agamenon, sin saberlo, habia herido á una cierva que la estaba dedicada.

5. Este sacrificio de Ifigenia es una fábula que se pudo forjar sobre la confusa noticia que tuviesen los griegos del de Isac, y segun su genio lo aplicaron á Ifigenia.

6. Ingeniosamente y con mucha propiedad coloca el poeta el palacio de la Fama en un sitio medio entre la region celeste, el mar y la tierra, para que á él puedan de todas partes llegar las noticias.

7. La Fama aumenta las noticias, y van estas creciendo conforme van comunicándose de unos en otros.

8. Elegante descripcion de la Fama por sus atributos, propiedades y efectos.

9. Estos y los demas que anteceden los indica como compañeros de la Fama, y pueden ser asunto á los pinceles y buriles para expresar con propiedad la imagen ó estatua de aquella.

10. Fue hijo de Ificlo, Rey de Epiro, casado con Laodamia. Pronosticóle el oráculo que moriria en la guerra de Troya, porque estaba escrito en los hados que moriria el primer griego que desembarcase en las playas troyanas; con todo, y con desprecio del oráculo, saltó el primero á ellas, y fue muerto por Hector, segun lo recelaba su muger en aquellas palabras con que se explica en la carta que le dirigió, que es una de las Heroidas de Ovidio, diciendo: *Sors quoque nescio quem fato designat &c.*

11. Se llamaron asi por el promontorio Sigeo que estaba en tierra de Troya.

12. Era una máquina bélica que se llamaba *carro falcato*, desde el cual peleaban los mas esforzados capitanes.

13. Arrogancia con que Cigno moteja á Aquiles de hijo de Tetis, gloriándose de que él lo era de Neptuno.

14. Cigno era invulnerable.

15. Era la parma el diámetro del escudo, cuyo centro prominente se llamaba *umbo*, de donde vino la voz *umbilicus*. En la parma se pintaban las hazañas del soldado, y el que aun no habia hecho algunas la llevaba blanca, como se colige de aquella expresion y emistiquio de Virgilio: *Parmaque inglorius alba*.

16. Fue convertido en cisne.

17. Era rito ó ceremonia litúrgica el adornar con cintas las astas de las víctimas que habian de sacrificarse, y tambien dorarlas, como lo hizo aquel sacerdote Étnico, que queria hacer sacrificio á S. Pablo y á S. Bernabé, teniendo á este por Júpiter, y á aquel por Mercurio.

18. Tambien era ceremonia litúrgica el dividir la víctima, separando parte de ella para los que la ofrecian; pero parece que los étnicos no usaron el holocausto, el que, segun la ley de Moises, consistia en abrasar toda la ofrenda sobre el altar, sin separar parte alguna de ella.

19. Era costumbre y uso en las antiguas cenas y una de sus ceremonias el que durante ellas se cantaba alguna pieza poética, se bailaba ó representaba algun drama. Para el canto servia la cítara, y para la representacion las flautas, las cuales, segun la modulacion que requeria el drama, eran pares ó impares, diestras ó siniestras, ó sarranas.

20. Fue Rey de Pilos, uno de los que concurrieron á la guerra de Troya, y de los mas distinguidos por su elocuencia, prudencia y larga vida, pues se cuenta de él que vivió mas de trescientos años.

21. Nombre gentilicio de algunos pueblos de Tesalia.

22. Monte de Tesalia.

23. Tetis.

Fábula II

COMBATE DE LOS CENTAUROS Y LAPITAS.

„Habia casado Piritóo,[1] hijo del atrevido Ixion, con la bella Hipodamia, y convidó á los fieros Centauros á la boda, la cual se celebraba en una cueva cercada de arboledas, y los hizo sentar á las mesas que estaban puestas por órden. Asistieron á ella los próceres de Tesalia, y yo tambien era uno de los convidados.[2] La confusa multitud de ellos hacia en la estancia un alegre ruido: cantóse el himeneo, humeando entre tanto las aras con las aromas que se quemaban. Presentóse despues la novia mas hermosa que todas, rodeada y acompañada de un gran número de casadas y doncellas. Todos dimos la enhorabuena á Piritóo, y le felicitamos por su union con muger tan hermosa. Pero salieron vanos los anuncios que le hicimos de su felicidad; porque en aquel momento Eurito, el mas fiero de los Centauros, enardecido asi con el vino que habia bebido como con la vista de la recien casada, poseido de la embriaguez mezclada con la lascivia, echó á rodar las mesas del convite, y arrebató con violencia á Hipodamia, asiéndola por los cabellos. Cada uno de los demas Centauros robó la que se le antojó ó la que pudo, de manera que parecia el saqueo de una ciudad tomada por asalto, y en la casa no se oia otra cosa que mugeriles lamentos.

Al punto nos levantamos todos, y Teseo, tomando la palabra el primero, dijo: „¿Qué locura, ó Eurito, te enagena para atreverte á maltratar asi á Piritóo, estando yo con vida? ¿Ignoras acaso que á un mismo tiempo ofendes en una á dos personas?" Para hacerle ver que sus amenazas no eran vanas aparta á los que le detenian, recobra y le quita la novia que habia robado. El Centauro quedó suspenso y sin poder articular palabra, porque á la verdad ningunas tenia, ni menos razon alguna para sostener el insulto que habia cometido; pero apelando á los hechos, acometió con sus furiosas manos al rostro de Teseo, recuperador de Hipodamia, y le descargó un furioso golpe en el pecho. Por casualidad habia alli inmediato una gran copa antigua, en cuyo metal estaban sobrepuestas de bajo relieve muchas figuras que hermoseaban su superficie, y aumentaban su rigidez y aspereza; y tomándola Teseo, la tiró con furia al rostro de Eurito, con cuyo golpe empezó á arrojar por la herida y por la boca borbotones de sangre y vino y gran parte de los sesos, y de este modo cayó en tierra boca arriba. Los demas Centauros, enardecidos con la muerte de su hermano, empezaron todos á gritar á una voz: „Al arma, al arma," infundiéndoles mayor aliento el vino que habian bebido. Al principio de la pelea volaban los vasos, cántaros y calderos que se tiraban los unos á los otros, haciendo armas para la guerra de lo que solo era á propósito para los convites. Amico, hijo de Orfion, sin respetar al templo cogió un enorme candelero de muchos mecheros ardiendo, y levantándolo en alto, como la segur del sacrificio que va á herir el blanco cuello de un toro, le deja caer sobre la frente del Lapita Celadon, y le quebranta los huesos del rostro, de modo que de desfigurado no es conocido; cuyo golpe le hizo saltar los ojos, la nariz se introdujo en la boca, y quedó pegada al paladar. Belates Peleo le derriba en tierra,

quedándole la barba pegada al pecho, con un pie que arrancó de una mesa de acebo, y al segundo golpe le hizo escupir los dientes mezclados con negra sangre, y le envió á las oscuridades del tártaro. Grineo, mirando con rostro airado al altar junto al cual estaba de pie, dijo: „¿Por qué no echamos tambien mano de estas aras en esta refriega?" Al mismo tiempo arrebata el altar que humeaba, y lo arroja al medio del escuadron de los Lapitas, y aplana á dos de ellos, á Broteo y á Orion: este era hijo de Micale, famosa maga, quien por medio de sus encantos tenia el poder de hacer bajar á pesar suyo á la luna de la órbita por donde discurre. „No quedarás sin castigo si encuentro alguna arma con que darte," dijo Exadio; y tomando las astas de un ciervo que estaban colgadas por voto de una alta viga, acometió á Grineo, y le sacó los ojos con las puntas, parte de los cuales venia envuelta en ellas, y parte mezclada con la sangre que le corria por la barba.

„Reto, tomando de en medio de las aras el mayor tizon, deshizo á Carax toda la sien derecha, cubierta de su rojo cabello, que empezó á arder con la llama voraz del modo que arden las secas aristas, y quemándose la sangre que le salia de la herida, dió un grande estallido, como el que suele dar el hierro encendido, el cual, sacado de la fragua y metido en el agua por el herrero con las tenazas, silba y rechina. Viéndose herido Carax, sacudió el fuego voraz de sus encrespados cabellos, y cargando sobre sus hombros un umbral que arrancó de la tierra, y que apenas podria llevarle un carro, no podia tirarle al enemigo por su enorme peso, y dejándole caer, lo aplanó á él y á Cometes su compañero que estaba á su lado. Reto, que no podia contener el gozo que le causaba este suceso, dijo: „¡Plegue á Dios que suceda lo mismo á todos los demas de tu partido, y se defiendan con la

valentía que tú!" Y menudeando golpes con el tizon medio encendido, le rompió las vertebras del cuello y parte de la cabeza, y los huesos quebrantados nadaban entre los sesos. Ufano con la victoria, se dirigió contra Evagro, Corito y Drias; y habiendo muerto á Corito, que aun no tenia pelo de barba, le dijo Evagro: „Por cierto que es una grande hazaña el haber dado la muerte á un muchacho." Reto no le dejó hablar mas, pues metiéndole el tizon por la boca, se lo introdujo hasta el pecho.

„Á tí tambien, ó Drias, te acometió fuertemente con el mismo tizon en torno de tu cabeza; pero no fue con el mismo suceso, porque tomando otro mayor tizon, que ya no humeaba, rechazaste el ímpetu del que estaba orgulloso con tantas muertes, y le fijaste con él un golpe en la cerviz, que le hizo dar un gran gemido, y costándole dificultad el sacar el tizon, cuyos pedazos se le habian introducido entre los huesos, echó á huir bañado en sangre. Tambien huyeron Orneo, Licabas y Medon, herido en el hombro derecho, asi como tambien Pisenor, Taumas y Mermeros, que aunque en la carrera superaba á todos, le estorbaba el correr una herida que habia recibido. Igualmente huyeron Folo, Melaneo, Abas, diestro cazador de jabalíes, y el adivino Astilo, que en vano pretendia disuadir á los suyos de la refriega. Viendo este que tambien huia Neso por temor de ser herido: „No huyas, le dice, ni tengas miedo, porque tú estas destinado[3] para ser muerto con las flechas de Hércules." Aunque tambien huian Eurinomo, Lícidas, Areo é Imbreo, no por eso dejaron de morir á manos del valeroso Drias: igualmente Ceneo recibió una herida de consideracion cuando iba huyendo, porque volviendo la cabeza, le dio Drias un fuerte golpe en el entrecejo.

„Tanto alboroto y confusion no basta á despertar al embriagado

Afidas, el cual tenia en una mano asida débilmente una copa, y estaba tendido sobre una piel de oso en profundo sueño. Forbas, viéndole en aquella disposicion, le abrió la boca con los dedos, y le dijo: „Conviene que mezcles el vino con agua de la laguna Estigia," y al mismo tiempo sin decir otra palabra, arrimándose á él, le lanzó un dardo que le atravesó la garganta, dejándole en la postura que yacia. La sangre salpicó sobre la piel y la copa que tenia; muere sin sentir su muerte, y sus ojos se cerraron para siempre.

„En esta situacion ví á Petreo, que se empeñaba en arrancar una grande encina, y cuando estaba abrazado á ella forcejeando á un lado y á otro para sacarla, Piritóo le atravesó por las espaldas con su lanza, y penetrando el pecho, se quedó clavada en el tronco de la encina. Decíase que el valor de Piritóo habia dado muerte á Lico y á Cromis; pero se grangeó menos lauro con esto que matando á Helops y Dictis. El primero fue muerto de un saetazo, que atravesándole las sienes por el lado derecho, vino á parar en la oreja siniestra; Dictis, que corria la cuesta abajo huyendo con temblor de Piritóo, cayó de un despeñadero, y tronzando con el peso de su cuerpo un gran quejigo, se quedaron en él pegadas las tripas. Salió á tomar la venganza Afareo; y cuando iba á tirar á Piritóo una gruesa piedra que habia arrancado de la montaña, se puso delante Teseo con un pesado palo de encina, y dándole con él un terrible golpe, le quebró el brazo, y contento con dejarlo inútil para el combate, no cuidó de quitarle la vida por falta de tiempo; y saltando con ligereza sobre las espaldas del Centauro Bianor, no acostumbrado á llevar mas carga sobre sí que á sí mismo, le aprieta las costillas con las rodillas, y sujetándole con la mano izquierda la cabellera, le desfiguró á palos el rostro y la boca amenazadora, y le quebrantó las sienes.

Con el mismo palo de encina echó á tierra á Nedimo y á Licotas, diestro en el dardo, á Hipason, cuya barba larga le cubria el pecho, y á Rifeo, que habitaba las encumbradas selvas, á Tereo, que solia llevar á su casa los osos vivos, cazados en los montes Hemonios.

„Demoleon, envidioso de que Teseo pelease con tan buen suceso, hizo esfuerzos para arrancar de un espeso bosque un viejo pino, y no habiendo podido, tiró contra su enemigo el pedazo que se habia quebrado; pero Teseo, inspirado de la Diosa Palas, ó á lo menos asi queria hacerlo creer, hurtó el cuerpo y evitó el golpe; pero no dió en vago, porque separó el hombro y el brazo izquierdo del cuello de Crantor. Este habia sido, generoso Aquiles, escudero de tu padre, y Amintor, Rey de los Dolopes, vencido en la guerra, se lo habia dado en prenda y seguridad de la paz que habia hecho con él. Viéndole este desde lejos despedazado, le dijo: „Recibe, querido Crantor, el mas agraciado de todos los jóvenes, esta ofrenda que te hago en vez de las exequias;" y enardecido con el mayor furor tiró su lanza con toda su fuerza á Demoleon, la cual le rompió y atravesó el costado, y quedándose clavada en los huesos, en ellos se veia blandear. Demoleon, haciendo mil esfuerzos para sacársela, solo pudo arrancar el asta, porque el hierro se habia quedado clavado en el pulmon. El dolor le daba fuerzas y acrecentaba el valor, y aunque herido se levanta contra su enemigo, y le sacude coces con sus pies de caballo; pero Peleo, oponiendo su morrion y escudo, y asiéndolos fuertemente, recibió en ellos las patadas, y defendió de ellas su cuerpo; y arremetiendo al enemigo, de un solo golpe le atravesó entrambos costados de hombre y de caballo. Antes de esto habia dado muerte á saetazos y desde lejos á Phlegron y á Hilas, y en combate y lucha trabada á Hifinóo, á Clanis y á Dorilas, que llevaba cubierta su cabeza con

una piel de lobo, armada con unas astas de buey, y teñida en sangre de los muertos que habian caido en el combate. Yo,[4] á quien el enemigo aumentaba las fuerzas, le dije: „Ahora verás cuan inferiores son tus astas á mi lanza," tirándosela al mismo tiempo con el mayor denuedo: el Centauro para evitar el golpe opuso su mano derecha, defendiendo con ella la frente; pero traspasándola la lanza, se quedó clavada en ella. Este golpe le hizo dar un grande grito; y Peleo, que estaba mas cerca que yo, viéndole que temblaba, y que estaba rendido con la cruel herida, le metió la espada por medio del vientre. Dió el Centauro un gran salto, con el cual se le cayeron las tripas al suelo, y se las pisaba y hacia pedazos, y enredándosele entre los pies, le impedian el andar, hasta que por último, quedándosele vacío el vientre, cayó en el suelo muerto.

„Tampoco á tí, Cilaro, te aprovechó en la refriega tu extremada hermosura, si es que es susceptible de ella la raza de los Centauros. Empezaba á apuntarle la barba de color de oro, y el cabello del mismo color le ondeaba sobre los hombros: tenia un semblante vigoroso y agradable, al cual correspondia el cuello, los hombros, las manos, el pecho y todo lo que tenia de hombre, pues todo parecia sacado á torno y hecho por manos de artífices; y no era menos proporcionado al rostro de hombre lo que tenia de caballo, porque añadiendo á su figura un cuello y cabeza de esta última especie, pareceria ser el de Castor.[5] Sus ancas eran anchas, el pecho levantado y nervioso, la piel negra como la pez, la cola blanca, y del mismo color sus piernas. No habia jóven en toda la especie de Centauros que no le amase; pero sola Hilonome, la mas bella de todas las Centauras que habitaban las selvas, le conquistó para sí, y le atrajo á su cariño con caricias, halagos y declarándole su amor, para lo cual se componia con cuanta

cultura y ornato puede adaptarse á los miembros de una Centaura, como era peinarse el cabello, cuidar de rociarlo con agua del mar, ensortijarlo con violetas, rosas y azucenas, lavarse la cara dos veces al dia con el agua que corria de una fuente que estaba en la cumbre de la selva Pagasea, y bañarse en el rio otras dos veces; y no vestia ni adornaba sus hombros y brazo izquierdo con otras pieles que las mejores y mas escogidas, y que le acrecentasen su hermosura. Cilaro é Hilonome se amaban mutuamente, y no podian separarse el uno del otro: juntos vagaban por los montes, juntos entraban en las grutas, y juntamente habian ido á las bodas de Piritóo, y no se habian alejado el uno del otro durante el choque. Un dardo tirado casualmente, no se sabe de quien, vino á dar en el pecho de Cilaro á la parte inferior del cuello; penetróle la herida el corazon, el cual, despues de sacado el hierro, se le quedó yerto y frio con todo el cuerpo. Al punto Hilonome abraza los moribundos miembros del Centauro; le aplica su mano sobre la herida para detener la sangre que corria, y juntando la boca con la suya, procura inspirarle vida, é impedir que exhale su espíritu. Luego que le vió muerto, prorumpiendo en expresiones que yo no pude entender á causa del ruido y gritería, tomó el mismo dardo que habia causado la muerte al Centauro, y echándose sobre él, se le clavó, y murió abrazada á su marido.

„Me parece que estoy viendo á Feocomes, el cual llevaba sobre sus hombros seis pieles de leon, cosidas las unas á las otras. Este Centauro ocultaba con ellas lo que tenia de hombre y de caballo; y habiendo arrojado un enorme tronco que pudieran arrastrar con dificultad dos yuntas de bueyes, le abrió de arriba abajo la cabeza al hijo de Fonoleno, y le salen los sesos magullados por ojos, narices, oidos y boca, asi como suele salir la leche coagulada al pasarla por un tamiz de mimbres, ó como otro cualquier

licor por la criba de pequeños agujeros. Mas yo, mientras el bárbaro se entretenia en despojarle de las armas, tu padre, ó Aquiles, testigo fidedigno de lo que digo, sabe que le atravesé el vientre con mi espada. Al mismo tiempo cayeron al rigor de su filo Chtonio y Teleboas. El primero llevaba una horquilla de dos puntas, y el segundo un dardo con que me hirió: aqui están las señales, porque las cicatrices se conservan en mí todavía. Entonces debia haber ido á la toma de Troya, y á lo menos, si no podia vencer, hubiera retardado los progresos que Hector hacia con sus armas. Pero en aquel tiempo ó no habia nacido este, ó era muy jóven, y ahora mi cansada edad está sin fuerzas. ¿Para qué te he de referir que Perifantes venció á Pireto, Centauro de dos formas, y que Ampico en la parte posterior del celebro clavó una punta, ó lanza sin hierro, de cerezo silvestre al otro Centauro Oeclo cuando iba huyendo, y metiendo ruido con todos sus cuatro pies: que Macareo mató al Lapita Erigdupo, clavándole de parte á parte una barra de hierro en el pecho, y que Neso atravesó de un saetazo la ingle de Cimelo? No creas que Mopso, hijo de Ampico, se ocupó solo en pronosticar lo futuro.[6] Dió muerte tambien al Centauro Odites, lanzándole una flecha, con la que pegándole la lengua á la barba, y esta á la garganta, no pudo proferir ni una palabra. Ceneo por su parte habia quitado la vida á cinco de ellos, á Estifelo, Bromo, Antimaco, Helimo y Piracmon, que llevaba por arma una segur. Aunque no me queda en la memoria de qué manera murieron, no obstante me acuerdo de sus nombres y número.

„Latreo, corpulento y fornido de miembros, armado de los despojos de Haleso, á quien habia vencido, vuela para oponerse á los progresos de Ceneo, cuya edad era entre jóven y viejo, su fuerza juvenil, pero su cabeza

estaba poblada de canas: este, arrogante con su morrion, espada y pica macedonia,[7] poniéndose al frente de uno y otro escuadron, empezó á blandear la pica y á correr en círculo, y llenando el aire de descompasadas voces y amenazas, dijo á Ceneo estas palabras: „¿Piensas acaso, Cenis, porque tú siempre serás para mí Cenis, es decir, una muger y no hombre, que he de sufrir tu atrevimiento? ¿Has olvidado por ventura tu débil sexo para atreverte á venir á las manos conmigo? ¿No te acuerdas por qué medio adquiriste la forma engañosa de varon y en premio de qué hazaña? Reflexiona que naciste muger, y lo que ha pasado por tí; vete á tomar la rueca y la almohadilla de coser; emplea tus dedos en hilar estambre, y deja los combates para los hombres barbados." Á estas fanfarronadas Ceneo le tiró un dardo, y se lo clavó en el costado por la parte en que se juntaba lo que tenia de hombre y de caballo. El Centauro, enfurecido con la herida, dió un golpe con su pica al jóven Ceneo en el rostro que llevaba descubierto. Esta rebotó como los granizos cuando caen sobre un tejado, ó como cuando se tiran piedrecillas sobre un tambor: entonces el Centauro arremete y le embiste mas de cerca, empeñándose en esconderle su espada en el duro costado; pero este negó la entrada al acero. „No te me escaparás, le dijo, pues si se ha embotado la punta, y con ella no puedo herirte, te degollaré con el filo de en medio;" y tirándole reveses de lado, le tenia asido con su largo brazo. Los golpes sonaban como si diesen en un mármol; y la hoja saltó hecha pedazos cuando dió en su cuello. Luego que le mostró Ceneo el poco fruto de sus armas en herir sus miembros, le dice al atónito Centauro: „Ea pues, veamos ahora si mis armas tienen mejor temple que las tuyas para herirte," y le clavó hasta la empuñadura la mortífera espada por la espalda, y moviendo y revolviendo las entrañas con la mano

introducida en la herida, hízosela mucho mas crecida. Los demas Centauros al ver esto arremeten rabiosos, y todos disparan contra él sus dardos; pero estos resaltan y se caen sin que ninguno pudiese herirle, ni sacarle una gota de sangre con tantos golpes.

„Este nuevo prodigio los tenia atónitos, y Monico exclama diciendo: „¡Esto es una grande afrenta! Todos nosotros somos vencidos por solo uno que apenas es hombre, sin embargo de que él es quien lo es en realidad, y nosotros con nuestras cobardes hazañas somos mugeres, como él lo fue antes. ¿De qué nos aprovechan los agigantados miembros? ¿De qué las duplicadas fuerzas que la naturaleza reunió en nosotros de caballo y de hombre? Si un enemigo tan poco temible es nuestro vencedor, creo no somos hijos de ninguna Diosa ni del temerario Ixion, que se atrevió á dirigir sus deseos á la suprema Juno, pues nos vemos vencidos de un enemigo que solo es medio hombre. Caigan sobre él peñascos, árboles, troncos y montes enteros revueltos y confusos, y con todo esto arranquémosle el alma. Carguemos sobre él toda la leña de una selva que le impida la respiracion, y el peso hará lo que no pueden hacer las heridas." Dijo esto, y echando mano de un árbol que acaso habia arrancado el viento impetuoso, lo vibró contra Ceneo. Sus compañeros siguieron su egemplo, y en breve el monte Otris quedó despoblado de árboles, y Pelion sin sombras. Agoviado Ceneo con la grande mole, hizo algunos esfuerzos por levantarse, forcejeando con sus duros hombros contra los troncos que le oprimian; pero creciendo el monton enorme de la leña, y tapándole el rostro y cabeza, ya no podia respirar. Unas veces se desanimaba, otras se esforzaba por sacar la cabeza al aire, y á sacudir de sí la fagina que sobre él habian arrojado. Algunas veces con sus esfuerzos la movia, y hacia temblar

aquella inmensa mole, á la manera que el monte Ida tiembla con los terremotos. No se sabia si era muerto ó vivo, y unos opinaban que sofocado con el monton de leña habia bajado al abismo; pero Mopso nos quitó la duda, diciéndonos haber visto salir volando por el aire transparente de entre aquellos acinados árboles una ave con plumas rojas, la cual fue la primera y última que he visto de su especie. El adivino Mopso luego que la vió discurrir por los reales con sosegado vuelo, y que cantaba al rededor en alta voz, siguiéndola con los ojos y juntamente con el corazon, dijo: „Salve, Ceneo, honor y gloria de los Lapitas, en otro tiempo el sin igual varon, y ahora la sola ave de tu especie." Nadie tuvo dificultad en creerlo por la autoridad de quien lo decia. El dolor que nos causó la pérdida de este Lapita aumentó nuestra ira, y no pudimos sufrir que uno hubiese sido oprimido por tantos enemigos; y no dejamos de las manos las armas que nos hacia manejar con furia el dolor, hasta que habiendo muerto á los mas de ellos, los restantes huyeron, y los dispersó la noche."

Tlepolemo, habiendo oido la relacion del combate de los Centauros y Lapitas que habia contado Nestor, no sufrió con ánimo tranquilo el que no hubiese hecho mencion de Hércules, y se le hubiese pasado en silencio, y dijo á Nestor: „Me maravillo mucho de que no te hayas acordado de las hazañas de mi padre, el que en su edad avanzada me solia contar muchas veces el combate que tuvo con los Centauros, cómo los venció y sujetó." Entonces Nestor, llenándose de tristeza, le respondió: „¿Por qué me traes á la memoria tales desgracias, y me obligas á renovar el llanto ya enjuto con los años, y á que tenga que confesar el odio que tuve á tu padre por las ofensas que me hizo? Él egecutó ciertamente hazañas increibles, llenó al mundo de beneficios, que quisiera poder ocultar; pero ni tampoco he

alabado á Deifobo, á Polidamante ni al mismo Hector, porque ¿quién se ha de empeñar en alabar á su enemigo? Hércules tu padre arruinó los muros de Mesena en otro tiempo, y destruyó las inocentes ciudades de Elis y Piles sin motivo, y trajo la guerra á sangre y fuego hasta mi mismo reino; y aunque omita decirte otros muchos que mató, no podré dejar al silencio que de doce hermanos que éramos, hijos de Neleo, todos jóvenes, no quedó ninguno sino es yo, porque á todos quitó la vida: que los demas hubiesen sido vencidos por sus superiores fuerzas al cabo es tolerable; pero parece increible la victoria que consiguió y la muerte que dió á Periclimenes, uno de ellos, á quien Neptuno nuestro abuelo habia concedido el tomar y dejar las formas y figuras que se le antojase. Este, despues de haber variado y transformádose vanamente en todas las formas y figuras, se convierte en el ave[8] que en sus corvas uñas lleva los rayos de Júpiter, que tanto la estima; y valiéndose de las ventajas que le da esta figura, maltrata á su enemigo con las uñas y encorvado pico, hiriéndole la cara. Hércules, mientras Periclimenes estaba en alto con las alas tendidas, le dispara una saeta muy segura, y le hiere con ella entre el ala y el costado; y aunque la herida no era grave, le cortó los nervios, y no pudiendo mover el ala ni volar, cayó en tierra, y oprimida con el peso de su cuerpo, la saeta que traia presa en el ala le traspasó todo, saliendo la punta por la parte contraria inmediata á la garganta. ¿Te parece pues, Tlepolemo, gefe de los rodios, que yo debo celebrar las hazañas de tu padre Hércules? La venganza que tomaré por la muerte de mis hermanos será omitir sus hechos heroicos; y esto no obstante seremos los dos amigos."

Luego que Nestor acabó de hablar con tanta gracia y elocuencia, repitieron los brindis, se levantaron de sus asientos, y lo que restaba de la

noche lo dieron al sueño. Pero el Dios que con su tridente pone en calma los mares alterados y los gobierna, no podia olvidarse como padre, ni dejar de sentir la muerte que Aquiles dió á su hijo Cigno, ni que este se hubiese transformado en ave, y esta memoria y el aborrecimiento del cruel Aquiles, que excedia los límites de lo regular, encendia cada dia mas su ira. En fin, despues de casi diez años que iban pasados en la guerra de Troya, habló á Apolo, diciéndole de este modo: „Ó el mas amado de los hijos de mi hermano, tú que me ayudaste á edificar los muros troyanos, ¿cómo es que no te lamentas cuando los ves que estan ya á punto de caer? ¿Cómo es que no te causa dolor la muerte de tantos millares de soldados que los defienden? ¿Por qué no se te aparta de la memoria (por no nombrar á todos) la imagen de Hector arrastrado al rededor de las murallas, y no tienes en consideracion que el feroz Aquiles, mas cruel que la misma guerra, destructor de lo que nosotros edificamos, esté todavía vivo? Venga él mismo á las manos conmigo, y verá lo que puede mi tridente; pero supuesto que no nos es dado pelear cara á cara contra el enemigo, muera con tu saeta cuando menos lo piense." Convino Apolo en ello, y dejándose llevar de su propia ira y de la de su tio, encubierto en una nube se pone en medio del campo troyano, en el que vió que Páris disparaba sus saetas contra los griegos, causando la muerte á muchos de la clase comun: llegóse á él, y manifestándose un Dios, le dice: „¿Para qué malogras tus saetas tiñéndolas en sangre plebeya? Si tomas interes por los tuyos, dispáralas contra Aquiles, y venga en él la muerte que ha dado á tus hermanos."

Dijo esto; y mostrándole á Aquiles, que derribaba en tierra con su espada á muchos troyanos, enderezó contra él el arco de Páris, y con su propia mano le ayudó á dirigir la mortal saeta. Si el viejo Príamo despues de

la muerte de su hijo Hector pudiese tener algun gozo, solo seria el ver que tú, ó Aquiles, fueses vencido y muerto por el cobarde robador de Elena. Pero si habias de morir por una mano afeminada, quisieras mas y te fuera mas decoroso haber sido muerto á los golpes de la hacha de Pentesilea, Reina de las Amazonas. Ya este guerrero, terror de los troyanos, honor y defensa de los griegos, caudillo insuperable en la guerra, habia sido quemado en la pira, y le habia consumido el mismo Dios que lo habia armado:[9] ya era ceniza, y del grande Aquiles solo quedaba un no sé qué, que no era bastante para llenar una pequeña urna; pero aun vive su gloria, que llena todo el orbe, el cual solo es la correspondiente medida de sus hazañas, y esta es igual al mérito de Aquiles, que nunca morirá ni sentirá las regiones tartáreas. Para que mejor se conozca su valor basta saber que por su escudo se suscitó una contienda entre los griegos, y por obtener sus armas se toman las armas. Diomedes no se atreve á pretenderlas, ni Ayax, hijo de Oileo, ni Menelao, hijo menor de Atreo, ni tampoco Agamenon ni los demas capitanes. Ayax, hijo de Telamon, y Ulises fueron los que disputaron esta gloria. Agamenon, por no exponerse al resentimiento de aquel de los dos pretendientes que quedase vencido en el certamen, mandó sentar en medio de los reales á los capitanes griegos, y deja en manos de ellos la decisión de esta contienda.

* * *

Notas

1. Fue amigo íntimo de Teseo.

2. Sigue hablando Nestor, y refiere en esta fábula la guerra entre los Centauros y Lapitas, en la que se halló, y conoció en ella á Ceneo.

3. El Centauro Neso, como se dirá en adelante, fue el que intentó robar á Deyanira, y por eso fue muerto por Hércules de un flechazo.

4. Nestor.

5. Hermano de Polux, hijos de Júpiter y Leda, como queda dicho.

6. Dice esto por el pronóstico que poco antes habia hecho al Centauro Neso de que moriria por las flechas de Hércules.

7. Las lanzas de los macedonios se llamaban y las llama aqui Ovidio *sarissas*, asi como las de los romanos se llamaban pilas, y los soldados que combatian con ellas pilanos.

8. Es el águila.

9. Vulcano, que á ruegos de Tetis fabricó las armas de Aquiles, y es tenido por el fuego.

Tomo IV · Libro decimotercio

Libro decimotercio

ARGUMENTO.

Despues de la muerte de Aquiles, ocasionada por Neptuno, Ayax y Ulises tienen una contienda sobre sus armas. Habiendo Ayax muerto por esta causa, su sangre se convierte en la flor llamada jacinto. Despues de la ruina de Troya Hécuba se transforma en perra, cuya desgracia como fuese llorada de todos los Dioses, la Aurora lloraba tan solamente á Memnon, ya convertido en ave. Eneas, saliendo prófugo de Troya, se presenta á Anio, cuyas hijas habian sido transformadas en palomas; desde alli penetra á varios lugares célebres por las transformaciones. Luego que por remate de sus viages arribó al Lacio, emprende la guerra contra Turno.

* * *

Fábula primera

AYAX Y ULISES SE DISPUTAN LAS ARMAS DE AQUILES.

Sentáronse los capitanes griegos, y las tropas, que estaban en pie, formaban en círculo, cuando Ayax, señor del siete veces doblado escudo,[1] no cabiendo en sí de enojo, se levanta, tiende la vista con ceño airado á la playa de Sigeo en que estaba la armada, y alargando las manos hácia la escuadra: „¡Ó Júpiter![2] exclama: ¿cómo se permite que teniéndose esta controversia á la vista de esas naves, se quiera Ulises comparar conmigo? ¿Ese Ulises, que no tuvo valor para oponerse al incendio que Hector las puso, y del que yo las liberté y reservé de sus voraces llamas? El pelear con voces de elocuencia y vanagloria es cosa mas fácil y hacedera que el combatir con las manos armadas de valor; ni á mí me será fácil aquel modo, ni él podrá adelantar ni hacer cosa alguna por este medio, y cuanto yo le excedo en los combates, tanto vale él en su facundia y sus astucias.[3]

„No juzgo del caso, ó griegos, el recordaros mis hazañas, porque todos vosotros las habeis visto. Ulises será quien tenga necesidad de contar las suyas, pues las hizo de noche, y sin testigos que pudiesen publicarlas.[4] Confieso que es grande el premio que pido; pero deja desairado mi honor, y me roba mucha parte de él el atreverse Ulises á hacerme competencia en

una cosa, que aunque para él es grande, el obtenerla yo no aumentará mi gloria. Él ya se ha llevado la recompensa de esta contienda; porque cuando fuere vencido se dirá que compitió conmigo, y bastante fama adquiere con esto. Mas yo, aun cuando se pudiese poner en duda mi valor, siempre seria preferido por mi nobleza como hijo de Telamon, que militando bajo las banderas del valeroso Hércules, se halló en la toma de Troya, y ademas fue á la expedicion de los Argonautas á la isla de Colcos. Mi abuelo es Eaco, uno de los tres jueces de aquella triste mansion, en que Sísifo, hijo de Eolo, se afana en vano en subir á la cumbre un gran peñasco. Júpiter reconoció á Eaco por hijo suyo, y de este modo vengo á ser el tercero despues de Júpiter. Pero no quiero, griegos, que esta noble descendencia me aproveche ni sirva para mi causa, si al mismo tiempo no estoy enlazado con el grande Aquiles. Primo mio era como hijo de un hermano de mi padre, y pido sus armas como por un derecho hereditario. ¿Quieres tú, Ulises, ingerirte en los derechos y timbres de una agena familia y de la gente de Eaco, siendo tú descendiente de Sísifo, y muy parecido á él en los fraudes y los hurtos? ¿Acaso el haberme yo alistado primero que tú á esta guerra para concurrir á ella sin que fuese necesario buscarme y descubrirme,[5] deberá ser motivo para que se me nieguen estas armas? ¿Será mas digno de ellas el que tomó las suyas despues que yo, y el que rehusó venir á la guerra aparentando una locura, hasta que Palamedes, mas astuto que él, aunque sin utilidad suya, antes bien en su perjuicio,[6] descubrió la estratagema de su ánimo cobarde, y le trajo contra su voluntad? No será seguramente razon que lleve y se le den estas honrosas armas al que tanto rehusaba tomar otras, ni concurrir á esta guerra, y que yo que vine primero, y me expuse á los mayores peligros, padezca el deshonor de verme privado de ellas, y de un don que se me debe

por derecho de parentesco. ¡Ojalá que la locura de Ulises hubiera sido cierta, ó se la hubiese creido por tal, y que este consejero de maldades[7] no hubiese venido con nosotros á esta guerra contra Troya; porque entonces Filoctetes, hijo de Pean, no estuviera detenido en la isla de Lemnos[8] con afrenta y desdoro nuestro! Alli, segun se dice, encerrado en las silvestres cuevas, pones en movimiento á los mismos peñascos con tus gemidos, y demandas á Ulises el castigo que merece, y á la verdad que si hay justicia en las deidades, no las demandas en vano. El mismo Filoctetes (¡ay de mí!), que juró en nuestra coalicion, y que era uno de los próceres de ella, sucesor y poseedor de las flechas de Hércules, tan necesarias para la empresa, consumido al presente de enfermedad y hambre, se viste de las plumas, y se alimenta de la carne de las aves, en cuya caza emplea las flechas que deberian servir, segun los hados, contra Troya, y sin las que no puede ser tomada. Pero al fin él vive, y vive porque no siguió ni acompañó á Ulises, y fue abandonado por este. El desgraciado Palamedes querria tambien haber sido desamparado como Filoctetes, pues entonces viviria, ó á lo menos aunque hubiese muerto, hubiera sido con mas honra, y sin la mancha y calumnia que le forjó Ulises en venganza de haberle descubierto y convencido en su fingida locura, atribuyéndole que tenia trazada la traicion de vender y entregar á los troyanos el campo griego, cuya calumnia y ficcion persuadió manifestando el oro de la venta, que él mismo habia hecho poner y ocultar en la tienda de Palamedes. De esto se infiere y deduce que para lo que sirve es para privarnos de los mejores soldados, desterrando á unos y quitando la vida á otros: ¡asi pelea, y asi es temible Ulises! Aunque sea mas elocuente que Nestor, no podrá sincerarse con su elocuencia del delito é ignominia de haberle dejado desamparado, y no

haberle ayudado en el peligro en que se vió; pues aunque fatigado con su vejez, herido su caballo y sin poder huir, llamaba á Ulises en su socorro, este huyó y le dejó en el peligro. No es esto una cosa que yo haya fingido: Diomedes, hijo de Tideo, es buen testigo de ello, el cual, aunque le llamaba y reprendia porque asi dejaba abandonado á Nestor, nada consiguió, ni pudo detenerlo en su cobarde fuga.

„Los Dioses miran con justicia las cosas humanas. Ulises necesita ahora el socorro que antes negó á Nestor; y como él le desamparó, asi debia él tambien ser desamparado, y sufrir la ley que él mismo se habia impuesto. No obstante llama á sus compañeros; voy á su socorro; lo veo amilanado, pálido con el temor, y horrorizado de la muerte que le amenazaba; opongo en su defensa la mole de mi escudo, con el que cubrí al que estaba tendido en el suelo, y libré de la muerte (poca alabanza merezco por esto) á un soldado bien cobarde. Si con esto no desistes afrentado de tu temeraria pretension, volvamos otra vez al lugar donde fue la pelea: vuélvete á poner á la vista del enemigo que te hirió y te causó tanto temor, ampárate de mi escudo, y pelearás defendido con él. Despues que le liberté, el que antes no podia tenerse en pie por las heridas, no le fueron impedimento estas para huir con la mayor velocidad.

„Se presenta Hector, trayendo en su favor todas las deidades. Por donde quiera que se arroja no tú solo tiemblas, Ulises, sino tambien los mas esforzados. ¡Tan grande es el terror que causa! Salgo al encuentro á este enemigo, que venia orgulloso con tanta carnicería como habia causado, y le derribé boca arriba, tirándole una gran piedra. Yo solo salí á su desafio, al que provocaba á todos los capitanes griegos uno á uno: vosotros hicisteis votos porque me tocase á mí la suerte, y con efecto me tocó, y se

cumplieron vuestros deseos. Si me preguntais cual fue el fin del desafio, basta deciros que tengo la gloria de no haber sido vencido por él. Cuando los troyanos, auxiliados del mismo Júpiter, acometieron á hierro y fuego á la escuadra griega ¿adónde estaba entonces el elocuente Ulises? Yo solo la salvé[9] con mi valor y denuedo, asegurando vuestra vuelta. ¿Podreis negarme las armas que pido en recompensa de las mil naves libertadas? Si me es lícito decir verdad, mas cuenta tengo con el honor de las armas que con el propio mio; á lo menos la gloria es igual, puesto que Ayax es solicitado para las armas, y no las armas para Ayax. Compare ahora Ulises con mis hazañas el haber muerto á Reso y al cobarde Dolon, y asimismo haber hecho prisionero á Heleno, hijo de Príamo, y haber robado la efigie de Palas: todo esto lo hizo de noche y acompañado de Diomedes. Si por tan leves hazañas se han de dar estas armas, divididlas, y dad la mayor parte á Diomedes; pero á Ulises ¿para qué le sirven, cuando es un soldado que no pelea con armas, sino que solo tiene habilidad para engañar al incauto enemigo con hurtos y traiciones? El mismo resplandor del morrion que brilla con el luciente oro descubrirá y manifestará al engañador cuando con él oculte su semblante. La cabeza de Ulises no podrá sufrir el gran peso de aquel, y tambien la lanza Pelia[10] será pesada y gravosa á sus débiles brazos; ni el escudo en que está grabado todo el mundo será conveniente á su siniestra tímida, y acostumbrada solo á hurtos y vilezas. ¿Por qué te atreves, obstinado, á pretender un premio y unas armas que no puedes manejar, y que te han de debilitar? Pero si el pueblo griego, juzgando erradamente, te concediere estas armas, servirán en tí para verte despojado de ellas, y no para infundir con ellas miedo y terror á los enemigos; y si recurres, cobarde, á la fuga, que es en lo que á todos llevas ventaja, te será

impedimento para emprenderla su pesadez. Añade á esto que tu escudo, como que rara vez se ha visto en combates, está entero é intacto, y el mio, acribillado á flechazos, necesita ya arrinconarse por inútil, y que se me dé otro nuevo. Últimamente ¿para qué nos cansamos en palabras? sean las obras las que decidan esta controversia; arrójense esas armas del valeroso Aquiles en medio del campo enemigo, y mandad que sea condecorado con ellas aquel que consiga arrojarse sobre las mismas y recuperarlas."

Con esto puso fin Ayax á su discurso, y sus últimas palabras fueron acompañadas é interrumpidas con los clamores y gritería de todo el vulgo. Entonces levantándose Ulises, y fijando por un pequeño espacio y como pensativo sus ojos en la tierra,[11] los alzó despues á los jueces; y viendo que estaban esperando que hablase, dijo con mucha gracia y elegancia lo siguiente.

* * *

Notas

1. El escudo de Ayax tenia forrada su parma siete veces con cuero de buey.

2. Exordio *ex abrupto*, arrogante y propio de un soldado.

3. Para inclinar al odio y desprecio de Ulises confiesa que le excede en astucias otro tanto como él á Ulises en valor.

4. Modo ingenioso de persuadir que todas fueron inciertas.

5. Echa en cara á Ulises el que se ocultó y fingió loco para no concurrir á la guerra de Troya, y hubiera estado oculto si Palamedes no le hubiese descubierto con un ardid.

6. Porque murió por una calumnia de Ulises.

7. Epíteto terrible con que Ayax intenta abatir y deslucir el mérito de Ulises.

8. Las flechas de Hércules eran uno de los requisitos sin los cuales no podia ser tomada Troya. Fue enviado Ulises á traer á Filoctetes, á quien Hércules las habia dado al tiempo de

su muerte, y se vino sin él, dejándole abandonado en la isla de Lemnos.

9. La libertó Ayax del fuego que contra ella arrojaban los troyanos.

10. Asi se llamaba la lanza de Aquiles.

11. Acciones todas muy significativas, y que sirven para conciliar la atencion y benevolencia de los oyentes.

Discurso de Ulises

„Griegos, si mis votos y deseos, y tambien los vuestros, hubiesen sido oidos por los Dioses, no habria necesidad de entrar en esta competencia sobre dar sucesor á estas armas; y tu, ó invencible Aquiles, gozarias de ellas y nosotros de tí; pero pues á mí y á vosotros los adversos hados nos negaron estos deseos, y nos privaron de tan esforzado guerrero (al decir esto fingió que lloraba, y se enjugaba las lágrimas con la mano), ¿quién mejor podrá suceder á Aquiles que aquel por cuyo medio vino y fue traido á vuestro campo? Á Ayax no debe servir ni aprovecharle que, como ciertamente lo es, haya parecido estúpido en su arenga, y tampoco á mí debe perjudicarme, ó griegos, mi ingenio, que siempre os fue provechoso, ni mi elocuencia, tal cual ella sea, excite envidia y desconcepto porque ahora la emplee en mi defensa, cuando tantas veces la he empleado en la vuestra, y no es vituperable el que cada uno en alguna ocasion haga alarde de sus propias hazañas, porque el linage, la antigua ascendencia, y lo que nosotros no hemos hecho, con dificultad podremos llamarlo nuestro.[1] Pero pues Ayax se ha jactado, y ha alegado por mérito que es segundo nieto de Júpiter, debo decir que el mismo Júpiter es tronco de mi descendencia, y que Ayax y yo estamos con él en igual grado, porque yo tuve por padre á

Laertes, de quien lo fue Arcesio, y este fue hijo de Júpiter, con la circunstancia de que en esta mi ascendencia no hubo ninguno que fuese condenado y desterrado.[2] Mercurio es tambien otro blason que se me añade por parte de madre; de modo que por ambas líneas soy descendiente de los Dioses. Pero no solicito estas armas porque mi padre no haya incurrido en fratricidio alguno como el de aquel: nada de esto quiero me valga, ni que se decida esta causa por otra cosa que por los méritos; pero tampoco deberá aprovechar á Ayax el que su padre Telamon fuese hermano de Peleo, ni en esta controversia debe servir el órden ni derecho de parentesco, sino solo el honor, el valor y el mérito personal; porque si estas armas se hubieran de dar por herencia ó por deudo, estando vivos Peleo y Pirro, aquel padre, y este hijo del magnánimo Aquiles, ¿que entrada puede tener el derecho de herencia que reclama Ayax? Por lo mismo estas armas deberian enviarse á Ptian ó á la isla de Esciros,[3] donde residen respectivamente aquellos dos. Tambien Teucro es primo hermano de Aquiles lo mismo que Ayax, y con todo ¿pide acaso estas armas, ni recuerda semejante derecho para conseguirlas? La controversia se versa sobre los méritos de cada uno, y sobre si las hazañas en que Ayax tiene tanta confianza son mayores que las mias. No me será fácil, ni de pronto podré acordarme de los servicios y méritos que tengo contraidos por la causa comun de toda la Grecia; pero me servirá para referir algunos el órden y la serie con que fueron sucediendo.

„Tetis, habiendo sabido por el oráculo que su hijo[4] habia de morir en esta guerra, para preservarle de que viniese á ella le ocultó, vistiéndole de muger, en la isla de Esciros, con cuya falacia habia engañado á todos, y tambien al mismo Ayax; pero no á mí, que trasluciendo el artificio, usé el

de fingirme mercader; y entrando con requisitos y adornos del otro sexo, ocultas entre ellos unas armas, al ver que eligió una lanza y un escudo, descubriéndole por este medio, le dije: „Hijo de Tetis, á tí reservan los hados el suceso de la guerra;[5] sin tí no puede ser tomada Troya; ¿por qué pues te ocultas, y rehusas ir á destruirla?" Y asiéndole por la mano, os traje al esforzado de quien se esperaban las pasmosas hazañas que su valor ha egecutado en esta guerra; de forma que puedo alabarme de que cuanto ha hecho Aquiles ha sido egecutado por mí. Yo soy[6] el que vencí al valiente Telefo en el combate de la lanza, y el que, movido de sus ruegos, le curé y sané despues de vencido. Á mí debe atribuirse la conquista y ruina de Tebas, la de Lesbos, la de Ténedos, Crisa y Cila,[7] ciudades dedicadas á Apolo, y tambien la de Esciros; y del mismo modo y por la misma razon debe atribuírseme la conquista de Lirnesa y la entera destruccion de sus muros; y sin recordaros otras muchas hazañas, debeis haceros cargo de que yo fuí el que maté á Hector, trayendo á vuestro campo quien le venciese y diese la muerte. Pido estas armas por aquellas con que descubrí á Aquiles, y con que le armé y traje á esta guerra; cuando era vivo se las dí, y debo reclamarlas despues de su fallecimiento.

„Todos los griegos, sabido el robo de Elena,[8] tomaron parte en el dolor y afrenta de Menelao, y mancomunados todos, armaron una escuadra de mil naves, con la que llenaron el puerto de Aulide; pero fueron en él detenidas, porque ó no soplaban los vientos, ó los que soplaban les eran contrarios; sobre lo que consultado el oráculo, respondió que los vientos serian favorables, sacrificando á Diana la inocente hija de Agamenon. Resistíase á esto su padre, y se enfurecia contra los mismos Dioses, adelantándose en él el cariño y piedad de padre al caracter de Rey; pero yo

le trastorné, y convencí con mi sagacidad á que pospusiese el cariño paternal, y antepusiese á él la utilidad de la causa pública. Confiésolo, y perdóneme Agamenon esta confesion, que manejé y obtuve una dificil causa ante un juez adverso; pero pude convencerlo á que apreciase mas su alabanza que su propia sangre, ponderándole con mis persuasiones la utilidad comun, el agravio y afrenta de su hermano, y la confianza que en él habia depositado toda la Grecia, dándole el mando, y haciéndole caudillo de la comun empresa. Convencido y conforme el padre con el sacrificio de su hija, se me encargó que fuese á convencer á la madre, para la cual no valian persuasiones, y por lo mismo era menester echar mano de las astucias; y si á esta comision hubiera ido Ayax, nada hubiera concluido, y aun no nos hubieran venido los vientos favorables que necesitaban nuestras velas, y estaríamos detenidos en Aulide.

„Encargóseme tambien que fuese de embajador á Troya, y requiriese á esta corte sobre la restitucion de Elena: penetré en ella cuando aun estaba abundante y llena de esforzados guerreros, y alli perorando sin temor y con energía la causa que me habia encargado toda la Grecia, acusé á Páris; pedí la restitucion de Elena, y reclamé la devolucion del rico equipage que con ella habia sido robado. Con el fuego y energía de mi persuasion intimidé al Rey Príamo y á Antenor su pariente, y los convencí á que se resolviesen á restituirnos á Elena; pero Páris, sus hermanos y los demas que le acompañaron en el robo se opusieron, y quisieron acometernos y maltratarnos. Bien te acuerdas de esto, Menelao, y por mas señas que aquel dia estuviste conmigo en el primer aprieto y peligro. Seria prolija en demasía mi narracion si hubiese de referir las muchas cosas que con mis consejos y con mis manos hice y obré en utilidad de toda la Grecia en el

largo tiempo de esta guerra. Despues de los primeros combates se encerraron los troyanos en sus murallas, sin querer presentarse en campo abierto hasta el décimo año. ¿Qué hacias entre tanto, Ayax, puesto que ninguna otra cosa sabes sino pelear? ¿De qué utilidad eras, y para qué cosas servias? Pues si á mí me preguntas qué era lo que yo hacia en el tiempo que tú eras inútil, yo me empleaba en tramar asechanzas al enemigo; en ceñir y fortificar los fosos; consolar á los aliados para que sufriesen con tolerancia tan larga guerra; enseñar y proyectar los medios de abastecer nuestro campamento, y los de armarnos; y últimamente yo acudia á cuanto exigia la necesidad del egército, y á cuanto requeria el uso de mi persona.

„Agamenon, fingiéndose avisado por Júpiter en un falso sueño, propuso en el congreso de los griegos que se desistiese de la comenzada guerra, cuya opinion pudo sostener é hizo prevalecer, haciendo á Júpiter autor de ella. Ayax para contradecirla, é insistir en que se continuase la guerra hasta la destruccion de Troya, dijo que pelearia, que era lo único que podia hacer; pero ¿con esto detendria á los que ya empezaban á retirarse? ¿Cómo es que no pudo detenerlos tomando él mismo las armas, y exhortándolos á que imitasen su egemplo? No era esto mucho pedir á quien solo proferia baladronadas. Pero ¿cómo habia de detenerlos y esforzarlos á continuar la guerra, cuando él mismo era uno de los que iban huyendo? Yo lo ví, Ayax, y me llené de vergüenza al ver que volvias las espaldas, y te disponias á soltar con afrenta las velas á tus naves. Entonces sin detenerme esforcé mi voz diciendo: „¿Qué es lo que haceis, griegos? ¿Qué locura es la que os incita á dejar el cerco de Troya, que ya está para ser tomada? ¿Qué es lo que llevais á vuestras casas sino afrenta y deshonra despues de diez años de guerra?" Con estas y otras expresiones, en que el

dolor me hizo prorumpir con energía y elocuencia, conseguí detener y reducir á los que ya habian vuelto las espaldas, y puesto las naves en disposicion de retirarse. Con esto Agamenon mudó de intento, y empezó á convocar y reunir á los aliados que estaban llenos de terror: Tersitas persistia prorumpiendo en dicterios contra Agamenon y los demas Reyes, sin que Ayax se atreviese á contenerle ni á hablarle una palabra; pero yo le hice callar, castigándole su insolencia. Redoblé entonces mi energía; y exhortando contra el enemigo á los temerosos soldados, les volví á infundir con mi voz el valor que ya tenian desmayado y perdido.

„Desde este momento cuento por mio todo lo que Ayax hizo ó pudo hacer con valor y fortaleza, porque yo fuí quien le detuvo en su fuga, y á quien por lo mismo deben atribuirse sus hechos posteriores. Ninguno de los griegos pidió ni escogió á Ayax para alguna empresa; pero á mí Diomedes me eligió para las suyas, y partió conmigo sus hazañas, emprendiéndolas con la confianza y seguridad de que llevaba por compañero á Ulises. Es cosa muy singular y honrosa el que entre tantos millares de griegos yo solo fuese el elegido por Diomedes, sin comprometer esta eleccion á la suerte.[9] Salí acompañándole; y trepando los dos por los peligros de la noche y del enemigo, maté á Dolon, troyano, que con el mismo intento que nosotros habia salido á ser espía de nuestro campo; pero no le maté hasta haberle precisado á descubrir todos los secretos, y hasta saber de él cuáles eran los proyectos de la pérfida Troya. Habiéndolos comprendido, y no teniendo mas que saber, podia ya retirarme cubierto de este honor y satisfaccion. Pero no contento con ello, penetré hasta la tienda de Reso,[10] y le asesiné y á sus compañeros en sus mismos reales; con lo que vencedor, y cumplidos mis votos y deseos, me entré en su carro, y me volví

en él en triunfo. Negadme ahora las armas de aquel héroe, cuyos caballos habia pedido Dolon, y le habian ofrecido los troyanos por precio y premio en el caso de victoria, y sea enhorabuena mas acreedor á ellas Ayax, y mas dignos de atencion sus méritos. ¿Qué necesidad hay de haceros á la memoria las huestes de Licio Sarpedon, destruidas y desbaratadas con mi espada? Con derramamiento de mucha sangre hice caer y dí la muerte á Ceramon, hijo de Ifitis, á Alastor, á Cromio, á Alcandro, á Halio, á Noemon, á Pritanis, á Chersidamante, á Toon, á Charope y á Ennomon, que habia venido con funesta estrella, y por último á otros muchos de menos fama, que murieron á impulsos de mi valor bajo las mismas murallas de Troya. Griegos, no quiero persuadiros ni sorprenderos con vanas palabras; hablen por mí las heridas que he recibido peleando; aqui está mi cuerpo lleno de ellas, y toda la parte anterior de él; miradlas (esto dijo desabrochándose el vestido); estas son las que ha recibido mi pecho combatiendo en vuestra defensa.

„Pero Ayax en todo el tiempo que ha durado esta guerra no ha derramado ni una gota siquiera de su sangre, y por lo tanto tiene el cuerpo sin cicatriz alguna. ¿Qué importa que se jacte de que defendió y libertó nuestras naves de los troyanos y de Hector, que venia auxiliado del mismo Júpiter? No puedo negarle ni dejar de confesar esta hazaña, porque no soy tan maligno que vitupere los esforzados hechos; pero no es razon que se atribuya á sí solo la gloria y el honor, que debe comunicar con alguno de nosotros que concurrieron con él á aquel suceso. Patroclo, nieto de Actor, armado con las armas de Aquiles, repelió y detuvo el ímpetu de los troyanos y de su defensor Hector, é impidió el proyecto de poner fuego á nuestras naves. Tambien se jacta Ayax, sin hacer mencion de Agamenon,

de Menelao ni de mí, de que sorteado entre nueve salió al desafio con Hector, atribuyendo á valor y osadía esta accion á que le obligó la suerte. Pero ¿cuál fue, esforzadísimo[11] Ayax, el suceso y fin de tu combate? El resultado fue el haber salido Hector de él sin que le hubieses hecho herida alguna.

„¡Desdichado de mí! con cuánto dolor me veo precisado á acordarme de aquel triste momento en que Aquiles, nuestro muro y defensa, perdió su vida á manos de Páris. Ni las lágrimas, ni la afliccion ni el temor me fueron impedimento para ir, tomar su cadaver que yacia en la tierra, y trasportarlo sobre mis hombros; sí, sobre estos mismos hombros traje el cuerpo de Aquiles, y tambien esas armas que ahora pretendo se me adjudiquen. Tengo fuerzas suficientes para manejarlas por mas pesadas que sean, y tengo ánimo noble para saber agradecer y conservar la honra que en ello se me haga. Ciertamente que la cerúlea Tetis hubiera empleado bien la solicitud y cuidado que tuvo por su hijo, para que ahora sus armas, fabricadas por un Dios, y que son obra tan artificiosa, pasasen á un soldado visoño, rudo y sin ingenio. Si él no comprende lo que se halla grabado en el escudo; á saber, el Océano, las tierras que ciñe, las constelaciones del alto cielo, las Pléyades, las Híades, la Osa, que nunca se baña en el mar, muchas y diversas ciudades, y Orion con su refulgente espada, ¿para qué pide y pretende unas armas cuyos emblemas no entiende? ¿De qué le aprovecha el haberme tachado de que rehusé el venir á esta guerra, huyendo con artificio y simulacion los peligros de ella, y echarme en rostro y argüirme de que me alisté despues que él? ¿No conoce que en esto arguye tambien y reprende al mismo Aquiles? Si el fingir fue delito, ambos nos valimos de ficciones; si la tardanza fue culpa, yo vine al campo mas pronto que

Aquiles. Á mi me detuvo y obligó á fingir el cariño de mi esposa, y á aquel el de su madre. Primero procuramos desempeñar las obligaciones que debíamos á estas, y despues las que debemos á vosotros y á toda la Grecia, y con esto no temo ya el no poder defenderme de una falta en que tambien incurrió el mismo Aquiles. Este fue hallado y descubierto por el ingenio de Ulises; pero Ulises no lo fue por el de Ayax.

„Nada tiene de extraño ni debemos admirarnos de que su suelta y necia lengua se haya atrevido á calumniarme, cuando á vosotros tambien se atrevió á imputaros un vergonzoso delito; porque si en mí fue torpe el haber acusado falsamente á Palamedes, como él ha querido decirlo, á vosotros no os hace mucho honor el haberle condenado por una falsa acusacion. Pero hay ademas que ni Palamedes pudo sincerarse de un tan grande y tan manifiesto delito, ni vosotros os gobernasteis por relaciones y justificaciones, sino que visteis el oro que constituia el cuerpo de este delito. Ni tampoco soy culpado en que Filoctetes quedase y esté detenido en la isla de Lemnos; este es un delito que mas bien recae sobre vosotros, porque lo consentisteis y aprobasteis. Yo no negaré que le aconsejé y reduje á que se quedase, y no se expusiese á los peligros y trabajos del camino y de la guerra, sino que antes bien procurase con el descanso mitigar y curar los fuertes dolores que le causaba la herida que se hizo con una de las flechas que traia de Hércules; acomodóse á mi consejo, y vive por haberlo tomado. Mi consejo no solamente fue fiel, sino que como ha tenido unas felices resultas, hace tambien fiel al consejero. Pero pues, segun los hados, no puede ser tomada ni destruida Troya sin Filoctetes,[12] y es necesario hacerle venir con las flechas de Hércules, no me deis á mí esta comision; encargádsela á Ayax, que él con su persuasiva y elocuencia tendrá mas

habilidad para templar su enojo, y la ira de que se halla agitado por las calamidades que padece, y sabrá reducirle con alguna astucia á que venga con sus flechas á concluir esta guerra. Esta empresa solo es propia para mi sagacidad; y si yo no hago uso de mi ingenio y prudencia, que siempre se han desvelado en vuestro favor, mas fácil será que el Gimois corra hácia su nacimiento; que el monte Ida[13] quede despojado de sus frondosas arboledas, y que la Grecia dé socorro á Troya, que el que la necia astucia de Ayax pueda seros de algun provecho, y reducir y traer á aquel héroe. Aunque te halles, Filoctetes, inexorable y poseido de la mayor dureza; aunque estés irritado contra todos los aliados, contra Agamenon y contra mí; aunque con infinitas execraciones desees sin término mi muerte; aunque todos tus anhelos sean apoderarte de mí, beber mi sangre, y cogerme bajo tu jurisdiccion y potestad, como tú estuviste bajo la mia, yo te entraré con mis astucias, y con ellas conseguiré reducirte y traerte conmigo; y si la fortuna no me fuese desgraciada, conseguiré apoderarme de tus flechas, del mismo modo que me apoderé del troyano adivino Heleno, como desconcerté los oráculos y hados de Troya, y como conseguí sacar y traerme por medio de los enemigos la estatua de Minerva, á cuya hazaña no puede compararse ninguna de las que ha hecho Ayax; pues sin este robo, y mientras Troya conservase el Paladion, era inconquistable, y no permitian los hados fuese destruida. Para esta empresa[14] ¿dónde estaban y de qué servian la jactanciosa fortaleza y las fanfarronadas de Ayax? ¿Cómo es que este temió el ir allá? Y ¿cómo es que solo Ulises se atrevió á penetrar por las centinelas, arriesgarse á los peligros de la noche, y por medio de las espadas de los enemigos no solo asaltar las murallas de Troya, sino entrarse hasta el mismo palacio y templo, sacar de él la estatua de la Diosa, y volver y

llegar con ella á vuestro campo, trepando por los mismos peligros? Si yo no hubiera concluido esta empresa y allanado este inconveniente, de nada serviria toda nuestra expedicion, ni que estuviese en ella el hijo de Telamon, armado con su escudo forrado de siete cueros. En aquella noche conseguí yo la victoria de Troya; entonces la vencí, despojándola del Paladion, que era puntualmente en lo que consistia el ser inconquistable.

„No estés, Ayax, dando á entender con acciones y medias palabras que Diomedes me acompañó á esta empresa: su parte le toca tambien en ella; pero tambien tú debes acordarte de que cuando fuiste á la defensa de la escuadra no fuiste solo; á tí te acompañaron muchos, á mí solo Diomedes. Si este gran capitan no estuviera bien cerciorado de que el sabio es mas útil que el guerrero, y de que la prudencia es mayor mérito que el temerario valor, tambien se hubiera manifestado pretendiente á estas armas, y lo mismo hubiera hecho Ayax, hijo de Oileo, que ha tenido mas moderacion que tú. Tambien las hubiera pretendido el feroz Euripilo, Toas, hijo de Andremon, Idomeneo, Merion, su paisano, y Menelao.[15] Todos los cuales, aunque esforzados, y que no son inferiores ni de menor mérito y valor que el tuyo, cedieron reconociendo la ventaja de mi prudencia. Tú tienes esfuerzo para los combates; pero te falta el ingenio, y necesita ser dirigido por el mio. Tú tienes fuerzas sin prudencia; mas yo con mi sagacidad preveo lo futuro. Tú puedes pelear; pero Agamenon acuerda y elige con mi consejo el tiempo y la coyuntura en que pueden y deben empeñarse los combates. Tú solo eres útil en el cuerpo; pero yo tambien lo soy en el ánimo y el ingenio: en suma, tanto te llevo de ventaja, cuanto excede el piloto al marinero y el capitan al soldado; porque en mí es el ingenio mas esforzado y valiente que el brazo, y en aquel está y consiste el principal

vigor. Ahora bien, próceres de Grecia, declarad este gran premio á quien tanto se ha desvelado por vosotros, y por tantos cuidados y fatigas como en el largo tiempo de esta guerra he tenido y desempeñado en vuestro favor; añadid á mis méritos este título mas, que sea recompensa de ellos. Ya nos falta muy poco para concluir esta guerra, pues yo he removido todos los inconvenientes que lo impedian por disposicion de los hados, y me glorío que he tomado á Troya, haciendo de modo que pueda ser tomada. Por la esperanza pues de nuestros aliados; por los muros de Troya, que ya estan para arruinarse; por las deidades tutelares de ella, que yo con intrepidez les quité y saqué de su seno, y por lo demas que aun pienso hacer y obrar, si es que queda alguna cosa que deba hacerse con sabiduría y consejo; y si falta algo que arguya audacia, dificultad, y sea el último término del hado y ruina de Troya, no os olvideis de mí, ni me negueis este premio; y cuando no estimeis que se me deben dar estas armas, concededlas (y muestra el simulacro fatal de Minerva) á esta efigie, que es la mas acreedora de los que las pretenden."

En todos los próceres se advirtieron conmociones é indicios de que quedaban convencidos y persuadidos en favor de Ulises, á quien declararon las armas, y entonces se vió por experiencia el valor y poder de la elocuencia, y que el sabio y discreto prefirió al guerrero, y se alzó con las armas del fuerte Aquiles. Ayax, que solo y sin compañía salió al desafio de Hector, y que tantas veces resistió al hierro, al fuego y al mismo Júpiter, no pudo resistir á su propia ira. Vencióle el dolor; y tomando su espada, dijo: „Á lo menos esta es mia; esta no la pide Ulises; de esta debo usar contra mí mismo, y el acero, que tantas veces se manchó con la sangre de los troyanos, ahora debe emplearse en derramar la de su señor; porque Ayax no debe ser

vencido por otro alguno que por sí mismo." Al decir esto se lo clavó y escondió en su pecho, sin poder volver á sacarle de él hasta que le expelió la impetuosidad de la sangre que salia de la herida, con la que rociada la tierra, brotó de la raiz de un verde césped una flor de color de púrpura, idéntica en todo á la que antes habia nacido de la sangre de Jacinto,[16] en cuyas hojas estan escritas unas letras que pueden apropiarse tanto á la edad pueril como á la viril, con la diferencia de que en la de Ayax designan el nombre, y en la de Jacinto su queja.

Vencedor Ulises en la contienda de las armas, se embarcó para Lemnos, patria de Ipsifile, hija del Rey Toas, y para aquellas tierras que quedaron infames desde la muerte que las mugeres dieron á sus maridos,[17] é hizo este viage con el fin y designio de reducir á Filoctetes, y traerle, como lo consiguió, á la liga contra Troya con las flechas de Hércules, con el auxilio de las cuales se concluyó y puso fin á la guerra, quedando destruida Troya, muerto su Rey Príamo, y su infeliz muger Hécuba perdió por último la forma humana, y convertida en perra, espantó las regiones extrañas con sus nuevos ladridos. Ardia el Ilion, alcázar de Troya, situada en el estrecho en el que termina el dilatado Helesponto; y antes de apaciguarse el fuego, el anciano Príamo habia sido sacrificado á Júpiter, en cuya ara derramó su ya fria sangre. Casandra su hija, sacerdotisa de Febo, asida con violencia de los cabellos para apartarla de su padre, se resistia levantando en vano sus manos al cielo. Los griegos vencedores se apoderan, como de una poco honrosa presa, de las mugeres troyanas, que para impedirlo se acogian á los encendidos templos, y se abrazaban á las estatuas de los Dioses patrios. Astianacte, hijo de Hector, fue despeñado de aquella misma torre, desde la cual habia visto y le habia mostrado su madre muchas veces á su padre

Hector, que peleaba por los suyos, y defendia el reino de sus abuelos.[18]

* * *

Notas

1. Nuestra solo es la propia virtud. Las hazañas y heroicos hechos de nuestros antepasados no podemos llamarlos nuestros. Un quilate de nobleza adquirida es preferible á toda la heredada.

2. Echa en cara á Ayax el destierro de su padre Telamon.

3. En la una estaba Peleo y en la otra Pirro.

4. Aquiles.

5. Una de las cosas que, segun el hado, se requerian para la guerra y toma de Troya era que Aquiles concurriese á ella.

6. Se aplica todas las hazañas de Aquiles por haber sido quien le trajo á la guerra.

7. Todas estas conquistas, que eran estorbo para la de Troya, fueron hechas por Aquiles.

8. Propónese aqui la causa de la guerra de Troya.

9. Moteja en esto á Ayax, quien, si salió al desafio con Hector, no fue voluntariamente, sino porque le tocó por suerte.

10. Era un aliado de los troyanos, y que vino en socorro de ellos.

11. Ironía muy viva y punzante.

12. Quiere decir sin las flechas de Hércules que estaban en poder de este.

13. Un monte de Troya.

14. Ulises, acompañado de Diomedes, entró en Troya á robar el Paladion ó estatua de Minerva.

15. Todos estos eran próceres y capitanes del egército griego.

16. Esta conversion de la sangre de Jacinto en flor queda ya referida y anotada en su lugar.

17. Las mugeres de Lemnos, en venganza de verse despreciadas de sus maridos, trataron de matar á los hombres, y sola Ipsifile reservó á su padre el Rey Toas.

18. El modo artificioso con que Ulises descubrió al niño Astianacte, á quien su madre Andrómaca tenia oculto, se refiere por Séneca, y es un paso el mas tierno é interesante de su tragedia de las Troyanas.

Fábula II

LA SOMBRA DE AQUILES DETIENE Á LOS GRIEGOS.

Ya en fin convidaba el viento á los griegos á hacerse á la vela, y soplando favorable hacia resonar las desplegadas velas, y los pilotos mandaban é instaban al embarque. Las prisioneras troyanas, besando la tierra, se quejaban y clamaban por ser separadas de ella con violencia: con gritos y gemidos dieron el último á Dios á Troya; y embarcándose por fuerza, abandonaron para siempre la desgraciada ciudad, que aun humeaba. La última que se embarcó entre todas fue Hécuba (¡espectáculo tan lamentable!), la cual fue hallada y sacada por Ulises de en medio de los sepulcros de sus hijos, asida á los túmulos, y besando los huesos; pero antes de ser arrebatada desahogó su cariño en las cenizas de su hijo Hector, las cuales tomó y guardó en su seno, y al mismo tiempo dejó en lugar de ellas en el sepulcro su cano cabello, como pobre despojo de la que solo tenia el cabello y las lágrimas que poder ofrecerle. Sobre la orilla opuesta á la Frigia, donde estuvo Troya, hay una tierra habitada de los tracios.

Alli estaba el opulento palacio del Rey Polimnestor, á quien Príamo habia enviado secretamente á su hijo Polidoro para que le educase, y para alejarlo de los peligros á que hubiera estado expuesto durante la guerra.

Este consejo hubiera sido muy sabio, á no haber enviado con su hijo riquezas capaces de provocar á un hombre avaro, é inducirlo á los mayores delitos. En efecto, despues que el impío Rey de Tracia supo que los griegos se habian apoderado de Troya, violó los derechos mas sagrados, degolló al jóven Polidoro; y como si el delito pudiera desvanecerse con el cuerpo, lo arrojó al mar.

El hijo de Atreo[1] fondeó con su escuadra en la playa de Tracia mientras se tranquilizaba el mar y amainaban los vientos. Aqui de repente se apareció Aquiles, saliendo de una abertura que hizo la tierra, con la misma corpulencia y ferocidad, y con el mismo semblante amenazador que cuando vivia. Acometió con su espada á Agamenon, diciéndole: „¿Qué es esto, griegos, asi os retirais sin acordaros de mí, y la memoria de mi valor queda de este modo enterrada conmigo? No debeis hacerlo ni retiraros, dejando sin honor mi sepulcro, en el cual es preciso sacrifiqueis á Polixena[2] á mis manes." Dicho esto desapareció; y obedeciendo todos á la amenazadora sombra de Aquiles, arrebataron del regazo de su madre á esta desgraciada doncella, que era entonces su único consuelo, y la infeliz con una fortaleza mas que mugeril fue conducida al túmulo para ser sacrificada al busto[3] de Aquiles: la cual muy sobre sí fue acercada al altar, y al tiempo de ir á descargarle el golpe, como viese á Neoptolemo[4] que estaba de pie con el cuchillo en la mano, y tenia clavados los ojos en su semblante, le dijo: „Descárgale, y derrama con él mi noble sangre; yo no te lo impido; esconde ese cuchillo en mi pecho ó en mi garganta: aqui los tienes ambos descubiertos; porque siendo yo Polixena, no puedo acomodarme á la esclavitud, y prefiero morir, aunque sé muy bien que mi sacrificio no servirá para aplacar á ninguna deidad, y por lo mismo debes ahorrar

inútiles ceremonias. Solo desearia que mi muerte pudiera ocultarse á mi madre. Ella me estorba y disminuye la alegría de mi sacrificio, aunque no debe llorar tanto mi muerte como los riesgos á que queda expuesta su vida. Vosotros, griegos, ahora, pues lo pido con razon, apartaos á lo lejos para que mi sombra pueda bajar libre á la mansion de Pluton, y abstened vuestras manos de mancillar á una doncella que se conservó siempre casta. Mi sangre libre será mas acepta á aquel, quien quiera que sea, á quien procurais aplacar con mi muerte. Si hay alguno entre vosotros á quien conmuevan estos mis últimos deseos y súplicas, la hija del Rey Príamo, no una esclava, es la que os ruega que sin exigir precio alguno, y sin que tenga que comprar con oro, sino con sus lágrimas, el triste derecho de mi sepulcro,[5] entregueis mi cuerpo á mi madre, la cual cuando era rica y podia compraba estas gracias á mucho precio." Al acabar de decir esto, el concurso echó á llorar, no pudiendo contener sus lágrimas como ella las contenia. El mismo ministro del sacrificio,[6] llorando y como forzado abrió su pecho descubierto, escondiendo en él el cuchillo. Herida mortalmente, sus fuerzas la abandonan, cae, y mostró á la misma muerte intrépido semblante. Aun cuando caia tuvo cuidado de cubrir con su ropa las partes que se debian ocultar y conservar el decoro de su casto pudor.

Las troyanas recogieron el cadaver; y repasando en su memoria los muchos que de la casa Real habian fallecido, y la mucha sangre que se habia derramado de la familia de Príamo, unas veces suspiraban por la infeliz Polixena, y otras por tí, Hécuba, Reina madre, en quien ya no veian mas que una sombra de la antigua felicidad del Asia, reducida ya á un triste despojo, que como mala suerte nadie queria le tocase en el repartimiento, y que el vencedor Ulises la hubiera despreciado, á no ser porque era madre

del guerrero Hector, sin cuya circunstancia con dificultad se hubiera hallado quien la hubiese querido por esclava. Esta Reina desgraciada, abrazada al yerto cadaver de su esforzada hija, derramó sobre él y sobre su herida las lágrimas que tantas veces habia derramado por su patria, por sus hijos y por su marido. Besábale, y se heria el pecho, tiñendo en la fria sangre sus canas; y despues de haberle maltratado, prorumpió en muchas y lastimosas expresiones; pero particularmente en las siguientes:

„Hija querida (pues ya no me queda otra), último dolor de tu triste madre, ya has espirado, y veo que mi pecho se halla penetrado de tus propias heridas; has muerto á la violencia de ellas para que no se verifique que yo pierda á ninguno de los mios de muerte natural. Yo estaba persuadida que por ser hembra estarias segura del cuchillo; pero has muerto á la violencia de él. La calamidad de Troya y el furor de Aquiles, destruidor de nuestra familia, te ha alcanzado á tí y á todos tus hermanos. Cuando murió á manos de Páris y con las flechas de Apolo dije entre mí con confianza: „Ahora ya no tenemos que temer á Aquiles;" pero veo que me engañé, y que debia de haberle temido aun despues de muerto: sus cenizas aun en el sepulcro se enfurecen contra nosotros; y en el túmulo mismo sentimos y experimentamos la crueldad de este enemigo. Veo que he sido fecunda, y he criado hijos para que hayan sido víctimas del furor de Aquiles. La gran Troya ha sido destruida hasta los cimientos,[7] y con este triste fin se ha acabado la pública calamidad; pero no para mí, para quien aun está y permanece Troya en pie, y mi dolor aun no ha terminado su carrera. Yo que poco há estaba en la cumbre de mi felicidad con mi marido el Rey Príamo, cercada de hijos, yernos y nueras, ahora me hallo desterrada, pobre, arrancada y separada de los sepulcros de los mios, y destinada para

esclava de Penélope, muger de Ulises, la que me enseñará á las matronas de Itaca, ocupada en el vil ministerio de hilar, y les dirá: „Esta es aquella esclarecida madre de Hector; esta es la que fue Reina y muger de Príamo." Despues, hija mia, de haber perdido á tantos, tú, que eras sola la que quedabas para consolar los amargos llantos de tu madre, has expiado con tu sangre el sepulcro del enemigo. Para él te parí, y para que fueses sacrificada en sus exequias. ¿Para qué quedo yo con vida? ¿Es posible que soy tan dura é insensible que no la pierdo? ¿Qué es lo que para en adelante aguardo? ¿Y para qué me reserva mi cansada vejez? ¿Para qué otra cosa, crueles Dioses, dilatais mi triste vida sino para que vea nuevas desgracias? ¿Quién creeria que Príamo se pudiese llamar feliz despues de la destruccion de Troya? Ciertamente lo es en haber muerto, y no ser testigo, hija mia, de tu violenta muerte, y haber perdido á un tiempo la vida y el reino. Serviríame de consuelo, hija mia, hija de Reyes, el ver que se te hacian las debidas exequias, y que tu cadaver fuese colocado en el panteon de tus abuelos. Pero esta dicha ya se acabó para nuestra casa; y tu madre no tiene otros dones con que honrar tu sepulcro que sus lágrimas, y el dolor de dejarte sepultada en la extrangera arena. Todo lo he perdido ya; solo me queda Polidoro, el mas querido y el mas pequeño de mis hijos varones, que vive en estas regiones encomendado á Polimnestor, Rey de ellas, al cual podrá ser de utilidad y provecho el que se prolongue algo mi triste vida. Debo pues apresurarme, y emplear estos instantes de ella en lavar[8] la cruel herida de Polixena y su rostro salpicado con la sangre."

Dijo esto; y dirigiéndose á la playa con pasos tardos, y arrancándose sus pocas canas, iba diciendo la infeliz: „Troyanas, dadme un cántaro para sacar y traer un poco de agua." Estando en esto vió arrojado en la playa el

cadaver de su hijo Polidoro, cubierto de grandes heridas, y muerto violentamente á flechazos por traicion de Polimnestor. Al verle empezaron á gritar las troyanas; pero Hécuba enmudeció por la fuerza de su dolor, el cual le comprimió la voz y las lágrimas, reprimiendo hácia adentro las que sus ojos empezaban á brotar; y semejante á un duro peñasco se queda yerta, y unas veces dirige la vista á la parte contraria, otras levanta al cielo sus airados ojos, y otras los dirige á mirar el rostro y heridas de su hijo; pero mas principalmente á estas. Ensáñase y monta en cólera, en la cual enardecida, determinó vengarse como si aun fuera Reina, y se quedó absorta, discurriendo la especie de venganza que habia de tomar contra Polimnestor. Asi como se enfurece la leona á quien han quitado sus cachorrillos, y encontrando las huellas del robador, las sigue, y persigue al enemigo antes de verle; del mismo modo Hécuba, despues que mezcló la ira con el llanto, olvidada de su edad, pero no de su valor, se dirige al palacio del Rey Polimnestor, autor de la cruel muerte de Polidoro; pide audiencia, y conseguida le dice venia á mostrarle y entregarle una cantidad de oro que habia quedado escondida para que se la diera á su hijo. Creyólo Polimnestor, y poseido de su anhelo y acostumbrada avaricia, se retiró con ella á un lugar secreto, en donde mostrándose halagüeño, la dijo: „No te detengas, Hécuba; dame ese oro para tu hijo, pues te juro por los Dioses de entregarle fielmente lo que ahora me des y lo que antes he recibido." Ella le miraba con aspecto terrible al tiempo que estaba hablando y jurando tales falsedades; y no cabiendo ya en sí de ira, arremete á Polimnestor, le ase fuertemente, llamando en su auxilio á las matronas cautivas, le mete los dedos en los ojos, se los saca, y extrae hasta las mejillas, haciéndola valerosa su propia ira; y metiendo despues la mano en los huecos llenos de sangre, le

arranca, no los ojos porque ya no los tenia, sino el sitio donde aquellos estuvieron. La gente de Tracia, irritada y ofendida por el estrago hecho en la persona de su Rey, acometió á Hécuba, tirándola flechas y piedras; pero esta con un ronco murmullo iba corriendo á morder las piedras que la tiraban, y cuando se disponia y preparaba á hablar, en lugar de voces prorumpió en ladridos, convertida ya en perra. Todavía permanece el lugar donde acaeció esta aventura, y tiene el nombre del suceso. La desgraciada Hécuba aun despues de su transformacion conservaba la memoria de sus antiguas calamidades, y afligida aullaba y ladraba por los campos de Tracia, y su desgracia conmovió y lastimó á los troyanos, á los griegos, y hasta á los mismos Dioses; de tal modo que la misma Juno, muger y hermana de Júpiter, confesaba y decia que Hécuba no merecia ser castigada con tanto rigor.

Aunque la Aurora habia favorecido siempre á los troyanos, no pudo emplearse en sentir sus calamidades y las de Hécuba. Angustiábale un cuidado mas cercano, y tenia que llorar la pérdida de su hijo Memnon,[9] al cual vió perecer en los campos de Troya al ímpetu de la lanza de Aquiles. Al verlo se le paró descolorido aquel rubicundo color con que se deja ver por el horizonte al amanecer, y la hizo esconderse entre las nubes. No pudo sufrir el triste espectáculo de que el cadaver de su hijo fuese puesto en la pira, y suelto como tenia el cabello se dirigió al gran Júpiter, y arrojándose á sus pies, le dijo acompañando con las lágrimas estas palabras: „Aunque soy una deidad de inferior órden á todas las que habitan el resplandeciente cielo (pues mis templos son pocos y raros en todo el orbe), llego á tus pies, no para que me concedas templos, dias festivos y de sacrificios, y aras en que se quemen inciensos en mi honor, aunque no dejarias de concederme

estos dones, si tienes consideracion á que me hacen digna de ellos los oficios que por tu órden desempeño, cuando sirvo de que con mis crepúsculos no se confunda la noche con el dia ni la luz con las tinieblas; pero no es este el cuidado que me trae, ni estoy en estado de solicitar unas honras que creo tengo bien merecidas. Vengo con la afliccion de haber perdido á mi hijo Memnon, que habiendo venido con sus fuertes armas al socorro de Príamo su tio, fue muerto en sus primeros años (pues asi lo quisieron los hados) por el valeroso Aquiles. Yo te ruego pues, Soberano de los Dioses, le concedas algun privilegio que le distinga de los demas mortales para que se consuele una madre afligida."

Júpiter convino en ello, y al momento la alta pira en que estaba el cadaver de Memnon, consumida por el fuego, se desplomó, y los remolinos del humo oscurecieron el aire, al modo que cuando los rios exhalan las nieblas que nacen de ellos, y que los rayos del sol no pueden penetrar. La negra pavesa se levanta en el aire, y unida se condensa, formando un cuerpo que toma figura, color y movimiento del mismo fuego, y que su ninguna pesadez le servia de alas, y le hacia remontarse. Esta masa solo era al principio una especie informe de ave; poco despues, siendo ave verdadera, hizo ruido con las alas. Al mismo tiempo sonaron otras infinitas que salieron de las propias cenizas. Estas aves dan tres vueltas volando al rededor de la hoguera, y tres veces el clamor concorde sube á los aires, y se baten unas contra otras con tanto furor y obstinacion, que caen cerca de la hoguera, como unas víctimas que se sacrificaban á las cenizas de que habian sido formadas, demostrando en esto que debian su ser á un varon esforzado. El autor le dió el nombre á las aves: llamáronse de él Memnónides. Estas aves al cumplirse el año vuelven al mismo sitio, y en él

renuevan el combate, honrando de este modo el sepulcro de este héroe. Cuando todos se afligian de oir ladrar á la desgraciada Hécuba, la Aurora solo atendia á su propio dolor y llanto, y desde entonces derrama lágrimas, que se convierten en rocío.

* * *

Notas

1. Agamenon.

2. Fue hija del Rey Príamo, de la cual se prendó Aquiles, y despues de muerto quiso se le sacrificase la que habia amado cuando vivia.

3. Busto era la estatua de medio cuerpo que ponian sobre las urnas en que se guardaban las cenizas de los que habian sido sepultados por el rito que se llamaba ambustion, de modo que busto viene á ser lo mismo que *bene usto*.

4. Epíteto de Pirro, hijo de Aquiles, que fue el que sacrificó á Polixena á los manes de su padre, cuyo epíteto significa *juvenis novus*.

5. La creencia en que estaban de que á los que no se les hacia el honor de la sepultura no podian entrar hasta cien años en la barca de Aqueronte, ni pasar la Estigia, les hacia solícitos y cuidadosos del sepulcro.

6. Pirro.

7. Parece que los griegos allanaron hasta las ruinas, y la dejaron reducida á un campo, como se colige de la expresion de Virgilio: *Et campos ubi Troia fuit*.

8. Uno de los ritos de la humacion era lavar los cadáveres, y ungirlos con preciosos ungüentos y aroma.

9. Fue Rey de Abidos; vino en socorro de los troyanos, y fue muerto por Aquiles. De su cadaver puesto en la hoguera salieron unas aves que se llamaron Memnónides, las que dicen concurrian todos los años al sitio del sepulcro, é hiriéndose unas á otras, hacian con su sangre la aparentacion ó exequias de su padre.

Fábula III

ENEAS Y ANQUISES.

No obstante, el destino no permitió que con la ruina de los muros pereciese enteramente la esperanza de la reparacion de Troya. El piadoso Eneas sacó sobre sus hombros á los Dioses penates y tutelares, y en su padre llevó otra nueva deidad, que era para él una carga venerable. Con la precipitacion solo pudo escoger, entre tantas riquezas como dejaba, á su anciano padre y á su hijo Ascanio. Habiendo salido prófugo del puerto de Antandros, pequeña ciudad de Frigia, con su flota, y aprovechándose de un viento favorable, deja á un lado las playas abominables de Tracia, y la tierra que aun estaba manchada con la sangre de Polidoro, y entra con próspero viento, rodeado de sus compañeros, en Delos, ciudad consagrada á Apolo. Anio, sacerdote de este Dios, y Rey de la isla, le recibió favorablemente en el templo y en su palacio; le enseña la ciudad, los dedicados templos, y los dos árboles que en otro tiempo sirvieron de apoyo á Latona, y se asió de ellos cuando parió á Apolo y á Diana. Despues de haber hecho un solemne sacrificio, en el que quemaron incienso, derramaron vino sobre él, y consumieron al fuego, segun solemne rito, las entrañas y fibras de los animales sacrificados, se entraron en el Real palacio,

y sentados á la mesa, ricamente preparada, les sirvieron en ella los abundantes dones de Céres y de Baco. En la conversacion de mesa el anciano y piadoso Anquises dijo á Anio: „Sacerdote ilustre de Febo, ó yo estoy engañado, y no me acuerdo muy bien, ó tenias un hijo y cuatro hijas cuando vine la primera vez á esta ciudad." Á lo que Anio afligido, sacudiéndose la cabeza que tenia vendada con el blanco velo sacerdotal, respondió: „No te engañas, ó heroico y venerable anciano; verdad es que viste padre de cinco hijos á quien ahora (tanta es la inconstancia de las cosas humanas) ves casi sin ninguno; porque ¿de qué me sirve uno solo que tengo ausente, llamado Andros, en la isla denominada de su nombre, en la cual está reinando por mí? Apolo le concedió el don de comprender lo futuro, y Baco distinguió á mis hijas con otros dones nunca oidos, porque todas las cosas que tocaban se convertian en trigo, vino y aceite, y esto les servia para enriquecerse. Luego que Agamenon, destruidor de los muros de Troya, supo que mis hijas poseian este don (para que entiendas, querido Anquises, que á mí tambien me tocó alguna parte en vuestras desgracias), usando de la fuerza de las armas, me las tomó y arrebató con violencia de mi propio seno, para que con el uso de su don abasteciesen á todo el egército de los griegos. Habiendo hallado medio para escaparse cada una por donde pudo, las dos aportaron á la isla de Eubea, y las otras dos á la de Andros, donde reinaba su hermano. Inmediatamente una tropa de hombres armados entró en sus estados, y le amenazaron con su destruccion si no entregaba á sus hermanas. El amor que Andros les tenia cedió por último al temor que le causaba el egército enemigo, y las entregó á los griegos: un temor tan bien fundado puede servirle de disculpa: no tenia á su lado para defender sus nuevos estados ni á Eneas ni á Hector, á estos dos

fuertes guerreros que durante diez años han resistido á todo el poder de la Grecia. Ya se preparaban cadenas para aherrojar á mis hijas como á unas esclavas, cuando levantando los brazos aun libres al cielo, exclamaron: „¡Ó padre Baco, socórrenos, y no nos abandones en el apuro en que nos vemos por causa del don que de tí recibimos!" Su súplica fue oida; y el Dios que les otorgó el don, que acababan de invocar, las socorrió, si se puede llamar socorro el perderlas para siempre de un modo maravilloso. Nunca he podido saber de qué modo perdieron la figura, ni aun ahora lo puedo decir. Todo lo que yo sé es que tomaron plumas, y que fueron transformadas en palomas, aves consagradas á Venus tu esposa."

Anio y sus huéspedes, despues que con estos y otros tales razonamientos acabaron la cena, dejaron la mesa, y se fueron á dormir. Levantáronse al amanecer del dia siguiente, y fueron á consultar el oráculo de Apolo, el cual respondió que buscasen á la antigua madre[1] y los reinos que con Troya tenian enlace. El Rey Anio los despidió, dándoles algunos dones y regalos; á Anquises un cetro; á Ascanio su nieto una clámide y una aljaba, y á Eneas un gran vaso, que el tebano Terses le habia enviado de regalo desde las regiones de Beocia en agradecimiento de haber sido hospedado por él en su palacio. Este vaso habia sido fabricado por Alcon, natural de Milas, el que habia cincelado en él una larga serie de cosas, que eran las siguientes: una ciudad con siete puertas, las cuales servian de nombre, que demostraba ser la de Tebas. En las avenidas de la ciudad estaban delineadas exequias, túmulos, hogueras encendidas, mugeres con la cabellera suelta y el pecho descubierto, señal de su duelo y afliccion; Ninfas deshechas en lágrimas; fuentes secas; árboles lánguidos y desnudos de hojas, y ganados que pacian sobre estériles rocas. En medio de Tebas se

veian esculpidas las generosas hijas de Orion; una entregando su pecho varonil y su cuello al cuchillo; otras atravesados sus cuerpos con espadas, y todas en accion de ser sacrificadas por la salud de su patria, conducidas por la ciudad con pompa y aparato fúnebre, y quemadas en la hoguera, que para ello se veia en el sitio y parage mas público: tambien se veia esculpido en el mismo vaso cómo de las cenizas de estas valerosas mugeres, para que no pereciese el linage de ellas, se formaron y salieron dos gallardos jóvenes, á quienes la fama da el nombre de Coronas, y estos mismos hacian los honores de la pompa fúnebre. En suma, sobre las muchas cosas que estaban grabadas en el referido vaso, cerraban su labor unos ramos dorados de verde acanto, que le hacian muy vistoso, y de una extremidad desigual y resplandeciente. Los troyanos por su parte no dieron menores dones á Anio, á quien regalaron una naveta para el incienso, una copa y una brillante corona de oro esmaltada de piedras preciosas. Habiéndose partido de alli los troyanos, acordándose de que traian su orígen de Teucro,[2] dirigieron su rumbo y aportaron á Creta; pero no pudiendo sufrir mucho tiempo el aire pestilente del pais, dejándose á un lado muchas ciudades, dirigieron su derrota hácia los puertos de Italia. Levantóseles una terrible tempestad,[3] que los agitó é hizo arribar á un puerto de las islas Estrófades, donde les incomodó y amedrentó la Harpía Hello, que habitaba alli con las otras sus hermanas, y tuvieron que hacerse á la vela prontamente. Despues de haber pasado á Duliquio, Itaca y Samos, islas del mar Jonio, que componian el reino del pérfido Ulises, llegaron á la altura de Ambracia, célebre por la disputa que en ella tuvieron los Dioses, conocida hoy por estar dedicada á Apolo Actiaco. Vieron tambien una piedra llamada Indice, en la que habia sido convertido el árbitro de la tal contienda. Asimismo

dejaron atras á la ciudad y selva Dodona, cuyas encinas estaban dotadas de habla, y daban oráculos y respuestas, y pasaron tambien el seno Caonio, donde los hijos del Rey Moloso, huyendo de un incendio, fueron transformados en aves.

* * *

Notas

1. Respuesta oscura y enfática del oráculo, cuyo verdadero sentido era que buscasen á Italia, de donde fue natural y salió Dárdano, que fue uno de los Reyes de Troya, y con esto confronta Virgilio en aquel verso: *Dardanidae duri &c.*

2. Entendiendo mal el oráculo creyeron que la antigua madre que les mandaba buscar era la tierra de Creta, de donde habia sido natural su Rey Teucro.

3. Es la que describe Virgilio en el libro 1.º de la Eneida.

Fábula IV

POLIFEMO.

Siguiendo su navegacion, pasaron por la isla de los Feacienses,[1] cuyos campos eran abundantes en toda especie de delicadas frutas. Despues aportaron á Epiro y á Butroto, donde reinaba el adivino Heleno, hijo de Príamo, y habia edificado esta ciudad á semejanza de Troya. Desde aqui, advertidos por Heleno de las cosas que les habian de suceder, todas las cuales les pronosticó fiel y exactamente, navegaron á Sicilia, cuya isla se avanza en el mar por tres promontorios: el uno llamado Pachino á la parte del mediodia; el otro Lilibeo al occidente, y el último Peloro al norte. Por este entraron los troyanos, y con el auxilio de los remos y favorable marea dieron fondo ya de noche en las aguas de Zanclea.[2]

Á la derecha de esta costa está el escollo de Escila, y á la izquierda el de Caribdis, que son dos remolinos que hacen peligrosa la navegacion, porque el de Caribdis arrebata y se traga las naves, y á largo trecho las vuelve á vomitar. El de Escila es de figura de una doncella, cuyo vientre está ceñido de perros fieros, y (si es que no han mentido los poetas) en algun tiempo fue verdadera doncella la tal Escila,[3] y tuvo muchos pretendientes; pero despreciándolos á todos se iba á las Ninfas del mar, de las cuales era en

extremo querida, y les contaba las burlas y desprecios que hacia á sus enamorados pretendientes. Galatea, una de dichas Ninfas, en ocasion de estar entregada á ella para que la peinase y adornase sus cabellos, la dijo interpolando suspiros: „Tú á lo menos, hermosa doncella, eres apetecida de gallardos y civilizados amantes, y puedes sin riesgo alguno, segun que asi lo haces, corresponderles con desprecios y desvíos; pero yo soy mas desgraciada, pues siendo Ninfa, hija de Nereo y de la cerúlea Doris, y hermana de tantas Nereidas que me acompañan y defienden, no pude evadirme del importuno amor del monstruoso Ciclope Polifemo[4] sino por medio de las olas." Al decir esto las lágrimas la impidieron el continuar su narracion. Limpióselas Escila con sus blancos dedos, y procuró consolarla diciendo: „Cuéntame, querida, tus cuidados; yo te soy y te seré fiel; no me ocultes la causa de tu dolor."

Galatea alentada con esto dijo á Escila lo siguiente: „El jóven Acis, hijo de Fauno y de la Ninfa Simetis,[5] era las delicias de su padre y de su madre; pero mucho mas bien era el embeleso mio, porque aunque hermoso y apetecido de otras muchas, habia puesto solo en mí su cariño: era de diez y seis años, y empezaba á apuntar la barba en sus tiernas mejillas. Yo sin moderacion alguna correspondia al amor de este jóven, y el Ciclope me importunaba á mí sin término con sus amores; y si me preguntas cuál fue en mí mayor si el odio del Ciclope ó el amor de Acis, te responderé que eran iguales, porque aborrecia tanto al uno como amaba al otro. ¡Ó Venus, cuán grande es el poder de tu imperio! Este fiero Ciclope, horror de las mismas cuevas y selvas, y de ningun peregrino visto sin castigo, y menospreciador del alto Olimpo con sus Dioses, siente en sí el amor y sus efectos; y cautivo de mi cariño, se abrasa por mí, y olvida sus ganados, y las

cuevas donde acostumbraba habitar antes. Entonces empezó á tener algun cuidado de su compostura y de agradarme. Ya se peina con un rastrillo los ásperos cabellos: ya se corta la barba larga con una hoz, y se mira con complacencia en la cristalina fuente, haciendo de ella espejo para componer su fiero semblante. El amor le hizo ablandar su crueldad, su fiereza y la inmensa sed de derramar sangre, y en esta suspension iban y volvian las naves con seguridad por lo largo de la costa. En este intermedio Telemo,[6] hijo de Eurimo, célebre adivino y diestro en los agüeros, y que nunca se engañaba en ellos, vino á las cuevas del monte Etna de Sicilia, y encontrando en ellas al terrible Polifemo, le dijo: „Ulises será el que te saque el único ojo que tienes en medio de la frente." Rióse de ello Polifemo, y le respondió: „Necio adivino, tú te engañas en tu pronóstico, porque ya otra me lo ha robado." Asi desprecia el enamorado Ciclope al que en vano le avisaba su verdadero peligro; y, ó andando á paso precipitado huella aquellas playas, ó cansado se vuelve á su oscura cueva. Hay un collado que con su larga punta se avanza dentro del mar, y por ambos lados está cercado de olas. Subióse á él Polifemo, y se sentó en medio, siguiéndole su rebaño, que habia dejado atras y sin cuidar de guiarle, y poniendo junto á sus pies el pino que tenia por báculo, y que pudiera servir de mástil de un navío, tomó su flauta compuesta de cien cañas, y se puso á tocar. El sonido de su pastoril instrumento atronó todo aquel monte y las vecinas playas, y las hizo estremecer. Yo estaba escondida en el cóncavo de una piedra, y sentada en el regazo de mi querido Acis, desde donde oí y conservo en mi memoria que cantó al son de su flauta lo siguiente:

„Ó querida Galatea,[7] mas blanca que la nevada flor de la alheña, mas

florida que los prados, mas elevada que el alto álamo, mas resplandeciente que el cristal, mas juguetona que el tierno cabritillo, mas lisa que las conchas batidas con las continuas olas del mar, mas agradable que el sol en el invierno y la sombra en el estío, mas hermosa que la manzana pendiente del árbol, mas vistosa que el lozano plátano, mas transparente que el hielo, mas sabrosa que la uva madura, mas suave que las plumas del cisne y que la leche cuajada, y si no huyes de mí y correspondes á mi amor, mas bella y lozana que el regado jardin. Pero si le desprecias, eres mas feroz que un toro por domar, mas dura que la vieja encina, mas falaz é inconstante que las ondas, mas flexible que las varas del sauce y que los sarmientos de las vides, mas insensible que las rocas, mas violenta que la corriente de un rio, mas vana que el pavo real, mas activa que el fuego, mas áspera que los abrojos, mas terrible que una osa recien parida, mas sorda que las olas agitadas, mas cruel que la víbora pisada, y (lo que especialmente quisiera quitarle si pudiera) mas ligera, no solo que el ciervo amedrentado de los claros ladridos, sino tambien mas que los veloces vientos. ¡Ah! Galatea, si bien me conocieses, te arrepentirias sin duda de haber huido de mí, desaprobarias tus desvíos y retiro, y te empeñarias en atraerme y retenerme contigo; pues yo soy dueño de estas cuevas formadas de un vivo peñasco, que es una gran parte de este monte, en las cuales no se siente el calor en medio del estío ni el frio en los inviernos mas rigurosos. Los árboles que yo poseo estan cargados de hermosísimas frutas. Tengo uvas que resplandecen como el oro pendientes en parras enramadas; téngolas tambien de color de púrpura: unas y otras las reservo para tí: tú misma por tu mano podrás coger las delicadas moras, nacidas debajo de la sombra silvestre; las cerezas del otoño, y las ciruelas no solo negras, sino tambien finas y delicadas, y del color de la

reciente cera. Si me admites por esposo, tendrás abundancia de castañas y madroños, y todos los árboles tendrán su fruta á tu disposicion. Todo este rebaño es mio, sin otras muchas ovejas, que unas andan errantes por esos valles, otras estan ocultas en las selvas, y otras encerradas en las cuevas. Si me preguntases cuántas son, no podria decírtelo, porque el saber el número de sus ganados es cosa de pobres. De la lozanía y hermosura de ellas no hay necesidad de que me creas, cuando tú por tí misma puedes verlas, y que traen unas ubres tan cargadas, que apenas las dejan andar. Tengo los abrigados apriscos llenos de corderos; tengo tambien cabritos de igual edad en otros corrales. Siempre tengo abundancia de leche; parte de ella para beber, y parte para cuajarla y conservarla hecha quesos. No pienses que tendrás solo para tus delicias los referidos y otros regalos fáciles y vulgares, como son gamos, liebres, cabras, pichones, el nido alcanzado del árbol, sino tambien dos cachorrillos de una osa, hallados por mí en la cima de estos montes, y tan semejantes entre sí, que apenas podrás distinguirlos, y servirán para que juegues y te entretengas con ellos: cuando los hallé dije para mí: „Estos los guardo para mi querida y para su diversion." Ea pues, Galatea, hermosa Nereida, saca y descubre tu cabeza de entre las aguas del mar, ven, y no desprecies mis regalos. No pienses que soy tan desagraciado que no pueda ser objeto de tu amor; poco hace que me estuve mirando en una clara fuente, y no me pareció mal mi semblante y figura. Mira cuan alto soy; no es Júpiter mayor en el cielo que yo con mi agigantado cuerpo, pues vosotras soleis decir que reina alli no sé qué cierto Júpiter. Una bien poblada cabellera sirve de adorno á mi rostro, y como si fuera un bosque me tapa y cubre los hombros. No dejo de ser agraciado, ni debes tenerme por horrible porque mi cuerpo esté cubierto de áspero pelo: el árbol no

está vistoso sin el adorno de las hojas: el caballo está feo sin crines: las plumas son el adorno de las aves: la lana lo es de las ovejas: la barba y el pelo parecen bien en el hombre. Es verdad que solo tengo un ojo en medio de la frente; pero es del tamaño de un escudo. ¿Y qué tenemos con eso? El sol siendo uno solo ¿no está viendo todas las cosas del mundo desde el dilatado cielo? Reflexiona ademas de esto que tengo por padre á Neptuno, señor de los mares, en que tú y las demas Nereidas teneis vuestra morada: este será tu suegro. Apiádate y oye mi súplica, pues por tí sola estoy rendido. Yo que desprecio al cielo, á Júpiter y á sus rayos, te venero á tí, hermosa Nereida, y tu ira es mas cruel y temible para mí que el mismo rayo. Me seria tolerable el verme despreciado, si á todos despreciases igualmente; pero ¿cómo he de sufrir el que con repulsa mia ames á Acis, y prefieras sus brazos á los mios? Está bien que él se tenga por gallardo; pero en el caso que tal te parezca á tí, cruel Galatea, lo que no me seria de gusto, si llego á encontrarme con él, experimentará que mis fuerzas corresponden á la mole de mi cuerpo. Le arrancaré vivas las entrañas, y esparciré sus destrozados miembros por los campos y por los mares en que tú habitas, para que alli puedas unirte con él despedazado. Ciertamente que yo me abraso de amor por tí, y el fuego que me consume se aumenta con tus desprecios. Me parece que el monte Etna con sus fuerzas se ha trasladado á mi pecho, y tú, Galatea, te muestras insensible."

„Despues que Polifemo expresó asi sus quejas, se levantó (porque desde el sitio en que yo estaba veia todo lo que hacia), y mas furioso que un toro á quien quitan la vaca, sin poder detenerse, echó á correr por las selvas y bosques. Como nos viese á Acis y á mí cuando menos lo pensábamos, exclamó: „¿Que aqui estais? Bien os veo, y esta será la última vez que

volvais á estar juntos." El grito que dió para decir esto el airado Ciclope fue tan grande como su ira, y con él se estremeció todo el monte Etna. Yo llena de miedo me escondí en el mar inmediato, arrojándome á sus aguas. Acis recurrió á la fuga, diciendo: „Suplícote, Galatea, me des favor: y vosotros, padres mios, dadme auxilio; y ya que voy á perecer, admitidme en las aguas en que reinais." Seguíale el Ciclope, el que le tiró una gran piedra, que arrancó de la montaña, y que era una parte de ella; y aunque solo le alcanzó con una punta, le cogió todo el cuerpo. Mas no obstante yo hice en esta ocasion lo que permitió el destino se hiciese, que fue el que Acis recobrase la naturaleza de su abuelo, y se convirtiese en rio. De su cuerpo, que estaba debajo del peñasco, empezó á manar un humor encarnado, que á poco perdió el color, y tomó el del agua turbia de un rio, la que se fue aclarando poco á poco. Ademas de esto el peñasco que habia sido arrojado por el Ciclope empezó á henderse, y por las aberturas que hizo nacieron y brotaron muchas cañas, que crecieron en poco tiempo, y las aguas que brotaban de la concavidad del peñasco hacian un delicioso sonido. No paró en esto la maravilla, pues de repente se manifestó sobre el agua un gallardo jóven del medio cuerpo arriba, cuya cabeza adornaba una corona de cañas entretejidas, el cual solo se diferenciaba de Acis en que era mayor, y tenia el rostro mas trigueño; pero aun asi era el mismo Acis convertido en un rio, que se llamó y llama de su nombre."

* * *

Notas

1. Es la que hoy se llama Corfú.

2. Se cree ser hoy Mesina.

3. De Caribdis tambien fingieron haber sido una ramera rapacísima, que hurtó algunos bueyes á Hércules, y este en castigo la arrojó al mar, donde quedó convertida en escollo.

4. Este fue uno de los Ciclopes, gigante en estatura, que tenia un solo ojo en medio de la frente, el cual le sacó Ulises quemándoselo con un tizon; y Virgilio describe la monstruosidad de este gigante en aquellos versos:

5. Era hija de un rio de este nombre que corre en Sicilia cerca de la ciudad de Catanea.

6. Era uno de los gigantes Ciclopes que habitaban en el monte Etna.

7. Cantinela de Polifemo al son de la flauta.

Fábula V

GLAUCO Y ESCILA.

Luego que Galatea concluyó su referencia, las Nereidas que la acompañaban se volvieron al mar, y Escila que iba con ellas, y no se atrevia á exponerse á la merced de las olas, retrocedió y las dejó, y unas veces se paseaba desnuda por la arena, y otras cuando se hallaba fatigada se retiraba á bañarse á un remanso del mar. Estando empleada en esto, he aqui que Glauco, natural de Antedon, nuevo habitador de las aguas, transformado poco há en Dios marino, la vió y se enamoró de ella. Escila huye á pesar de cuanto la dijo para detenerla; y dándola alas el miedo, subió á la altura de una roca escarpada que domina al mar, donde creyéndose segura, se puso á mirar con atencion al objeto cuya vista le habia espantado, ignorando si era un monstruo ó un Dios del mar. Admírala el color, los cabellos que le cubrian los hombros, y que de la cintura para abajo remataba en pez. Glauco, que comprendió la causa de su sorpresa, apoyándose en un escollo que estaba cerca de ella, la dijo: „Bella Ninfa, no soy yo monstruo, no soy bestia feroz; soy un Dios de las aguas: ni Proteo, ni Triton[1] ni Palemon[2] tienen mayor potestad que yo en los mares. No hace mucho tiempo que era mortal; pero inclinado á los mares, me gustaba andar y nadar en ellos.

Unas veces me entretenia en pescar con redes, y otras con caña. Aquellas playas que yo frecuentaba confinaban con una verde pradera, cuyos bordes formaban reunidamente las yerbas y las aguas. Las cabras, las ovejas ni los demas ganados jamas pacieron en ella, ni aun las oficiosas abejas van á coger el rocío de las flores de que está esmaltada, ni para hacer coronas ó guirnaldas han cortado ninguna, y la hoz siempre las ha perdonado. Yo fuí el primero que me senté sobre esta agradable pradera, y en tanto que secaba mis redes, contaba los peces que acababa de coger, y los echaba en la yerba, fuí sorprendido de un prodigio que te parecerá ficcion (pero ¿qué interes tengo yo en fingir?). Apenas estos peces habian tocado la yerba cuando empezaron á moverse, y á saltar con la misma viveza como si estuviesen en el agua. Mientras me detengo y juntamente me admiro de un portento tan extraño, se huyeron todos al mar, dejando á su dueño y á la pradera. Me pasmé, y dudoso mucho rato, inquiero cual sea la causa, si algun Dios haya hecho este milagro, ó si fue la virtud de la yerba. „¿Es posible, dije, que esta yerba tenga una calidad tan extraña?" Inmediatamente cogí algunas, las llevé á la boca, y masqué. No bien habia llegado el jugo á la garganta cuando al punto sentí que por dentro me temblaban las entrañas, y que el pecho se arrebataba con el deseo de mudar de naturaleza, que no me fue posible resistir mucho tiempo. „Á Dios, exclamé, á Dios tierra, adonde nunca mas he de volver," y al decir estas palabras me zambullí en el mar. Los Dioses que lo habitan, movidos á compasion, me recibieron entre ellos, y ruegan al Océano y á Tetis que me quiten todo lo que tenia de mortal. Estas dos deidades me purifican, quienes me mandan que repita nueve veces unos versos misteriosos que me dijeron, y que meta el pecho en cien rios. Apenas habia recibido esta órden cuando los rios que corrian

de diversas partes al mar y las aguas de este se juntaron y corrieron sobre mi cabeza. Lo que te acabo de contar hasta aqui es cierto, y me acuerdo perfectamente de ello; lo que me sucedió despues no puedo decírtelo; turbado, como fuera de mí mismo, no tuve ningun conocimiento de lo demas. Lo que yo sé es que al reflujo de las aguas me hallé otro diverso del que antes era, tanto en el cuerpo como en el entendimiento. Entonces ví por primera vez esta barba verde, esta melena que arrastro por los anchurosos mares, estos grandes hombros, estos brazos, que son del mismo color que mis cabellos y barba, en fin esta larga cola, que tomó el lugar de mis muslos y piernas. Pero ¿de qué me sirve esta figura? ¿De qué el ser Dios, si tú no te mueves á mi amor por todo esto?" Escila se retira, y deja á Glauco que decia estas cosas, y se preparaba para decir otras muchas mas. Él se enfurece, é irritado con sus desprecios, se encamina al prodigioso palacio de Circe, hija del Sol.

* * *

Notas

1. Los Tritones eran de la comitiva de Neptuno, cuya venida anunciaban con el toque del caracol.

2. Los latinos le llaman *Portumno*. Fue deidad marina, hijo de Atamante y de Ino, y su transformacion queda referida en el libro 4.º

Tomo IV · Libro decimocuarto

Libro decimocuarto

ARGUMENTO.

Eneas envió á Vénulo para pedir auxilio á Diomedes, cuyos compañeros se convirtieron en aves: Vénulo no alcanzó el socorro, y vino mal despachado, y á su vuelta pasó por el sitio en que en otro tiempo un pastor habia sido convertido en acebuche. Las naves de Eneas en un combate fueron transformadas en Ninfas, como tambien lo fue Ardea en ave despues de la muerte de Turno, y el mismo Eneas fue hecho Dios Indígete. Sucediéronle otros Reyes; y en el tiempo de Proca, uno de ellos, floreció Pomona, á la cual amaba el Dios Vertumno, que tomando la figura de una vieja, y contándola el suceso de Anaxarete, que habia sido transformada en peñasco, la persuadió y conquistó, tomando despues su propia figura de jóven. Andando el tiempo, en el reinado de Numitor las aguas frias se volvieron cálidas, y su sucesor Rómulo fue reverenciado con el nombre de Quirino, y su muger Hersilia con el de Diosa Ora.

* * *

Fábula primera

CIRCE.

Glauco, que, como va dicho, era una de las deidades del mar, habia ya dejado atras en su viage al monte Etna, debajo del cual estaban oprimidos los gigantes,[1] y asimismo los campos de los Ciclopes, en los cuales nunca habia entrado el rastrillo ni el arado, ni habian sido beneficiados por las yuntas de los bueyes. Tambien habia dejado atras á Zanclea y á Rego, que está enfrente, y habia atravesado el peligroso estrecho, que contenido en dos cercanas playas, separa á Sicilia de la Italia. Desde él, discurriendo por el mar Tirreno, llegó á los collados abundantes de yerbas en que tenia su palacio y morada Circe, hija del Sol, y que estaban habitados de una gran multitud de fieras. Luego que la alcanzó á ver Glauco, la saludó, y ella á él, y desempeñados estos cumplimientos, la dijo: „Diosa, ruégote te apiades de otro Dios como tú: tú sola (si es que yo soy digno de ello) puedes aliviar los tormentos de mi amor. Ningun Dios, ó excelsa hija del Sol, puede conocer mejor que yo cuánta sea la eficacia de las yerbas, pues por ellas me veo convertido en Dios y habitador del mar. Y para que no ignores mas tiempo la causa de mi viage, yo ví á la bella Escila en la ribera que está enfrente de Mesina, y con exceso me enamoré de ella. Vergüenza me causa

el referirte las súplicas, las promesas y halagos que la hice, y el modo con que fuí despreciado. Tú pues, que eres tan poderosa en los encantos, pronuncia, te ruego, á mi favor algunas palabras encantadoras; ó si te parece mejor y de mayor eficacia el usar de la de las yerbas, de que tienes tanto conocimiento, aplica al efecto este poderoso medio. No vengo á que me cures y sanes las heridas y tormento de mi amor, ni quiero que este se acabe y tenga fin, sino que hagas que Escila se abrase igualmente en amor, y participe del ardor que padezco."

Circe pues (que era la mas ingeniosa y versada en los ardores del amor, bien fuese por su disposicion natural, ó bien porque Venus la diese esta pena en despique de que su padre el Sol la habia descubierto cuando estaba entretenida con Marte) le respondió estas palabras: „Mejor será que me ames á mí que te quiero, y deseo lo mismo que tú, y que estoy poseída de un amor igual al que tú tienes á Escila. No me avergüenzo en decirte que tienes mérito, y que no debo detenerme en rogarte: y si me dieres alguna esperanza, créeme te rogaré y me explicaré mas; y para que no dudes ni desconfies de tu mérito y gallarda disposicion, vesme aqui que siendo Diosa, hija del resplandeciente Sol, y que tanto puedo con mis encantos y con el conocimiento y uso de las yerbas, te prometo ser tu esposa. Olvida pues á una ingrata que te desprecia, y corresponde á una Diosa que te ama: con este solo hecho quedarás vengado á un mismo tiempo de mí y de ella." Al oir Glauco que Circe procuraba inducirle á su amor con tales razones, la respondió: „Primero se desconcertará el órden de la naturaleza, y se criarán árboles en el mar y ovas en los montes, que yo pueda, viviendo Escila, mudar y poner en otra mi amor."

Indignóse al oir esto Circe; y como no podia ofender á Glauco por ser

ya Dios, ni aunque pudiera querria hacerlo por el amor que le tenia, convirtió todo su furor contra la que veia preferida á sí misma; y ofendida de ver despreciado su amor por causa del de Escila, al momento cogió unas yerbas de jugo venenoso, las machacó, y despues dijo sobre ellas algunas palabras[2] de las que usaba para sus encantos, y vistiéndose de un ropage azul, se salió de su casa por medio de una multitud de monstruos y fieras que la acariciaban al pasar; y dirigiéndose al lado opuesto á las rocas de Zanclea, llegó á Regio, y se entró en el mar agitado por las olas, sobre las que caminaba como por la dura playa, corriendo á pie enjuto sobre ellas. Habia un pequeño remanso que tenia figura de un arco, sitio frecuentado por Escila, y al cual solia retirarse y refugiarse cuando estaba el mar embravecido, y cuando el sol era mas ardiente y hacia muy pequeñas las sombras por estar en medio de su carrera. Inficionó Circe este sitio, derramando en él el venenoso zumo de las yerbas que antes habia machacado, pronunciando veinte y siete veces la fórmula solemne del encanto, que eran unos oscuros é intrincados versos, compuestos de unas nuevas y desconocidas voces, las que pronunció en ademan y tono mágico y como entre dientes. Vino despues Escila á bañarse y refrigerarse á este su acostumbrado sitio, y apenas habia entrado en el agua inficionada, hasta la cintura, cuando se la mira ceñida y rodeada de perros que ladraban. Al principio, creyendo que los perros estaban separados de su cuerpo, y no eran parte y porcion de él, huia de ellos espantada, y procuraba apartarlos de sí; pero vió y se desengañó de que iban con ella donde quiera que huia, y entonces tentándose y buscándose los muslos, las rodillas y los pies, halló que de medio cuerpo abajo estaba toda convertida en perros y monstruos que la horrorizaban con su furor, y que transformada del medio cuerpo

abajo, apoyaba y estaba unida su cintura á los espinazos de aquellos.[3] Este suceso costó á Glauco mucho sentimiento y lágrimas; y ofendido de que Circe hubiese hecho un tan cruel uso de la eficacia de sus yerbas y de sus encantos, se huyó de ella y despreció su casamiento. Escila asi transformada y hecha un monstruo se quedó siendo espanto de aquel sitio, en el que se le presentó la ocasion de vengarse de Circe en su amante Ulises que navegaba por él, acometiéndole y quitándole muchos de los que llevaba en su compañía.[4] Tambien este monstruo hubiera echado á pique las naves de Eneas, si antes que navegase por tan arriesgado sitio no hubiese sido convertido en una roca que aun permanece, y que aunque ya de piedra insensible y sin el antiguo furor, es un escollo peligroso, y procuran huir de él los navegantes. Despues que las naves de Eneas á fuerza de remo pudieron escapar y libertarse de él y del otro escollo que está á la parte opuesta llamado Caribdis, estando ya muy cerca de la costa de Italia, fueron agitados por una tempestad, que los arrojó á la opuesta del África.

* * *

Notas

1. Indícase aqui la fábula de la guerra de los gigantes, que pretendieron escalar el cielo, y vencidos por Júpiter, fueron encarcelados en las cavernas del monte Etna; y sobre esta ficcion se forjó la otra de que los terremotos procedian de los impulsos y movimientos violentos de los gigantes encerrados y oprimidos en la tierra.

2. La fuerza de los encantos la atribuian á la eficacia de las yerbas, y de las voces y cláusulas que creian mágicas y encantadoras.

3. Dió ocasion á esta fábula el ser Escila un escollo que tiene figura de una muger rodeada de perros; y como las olas que le baten hacen un ruido como el ladrido de perros, se forjó sobre esto la fábula de la transformacion de Escila en este escollo.

4. Algunos de los compañeros de Ulises naufragaron á la vista del escollo llamado Escila.

Fábula II

DIDO RECIBE Á ENEAS EN SU PALACIO.

La Sidonia Dido, Reina de Cartago, acogió benignamente á los troyanos y á Eneas en su ciudad, y tambien en su cariño, sin advertir lo que habia de costarle el retiro que de pronto y ocultamente hizo de ella el que habia elegido para su marido, pues por él, y viéndose abandonada de su amante, puesta sobre una alta pira que habia hecho armar y encender con pretexto de un sacrificio, se dió muerte á sí misma con un puñal, y la que se vió engañada engañó á todos con tal aparato, que todos juzgaban era para el pretextado sacrificio. Prosiguiendo pues Eneas su fuga de la nueva ciudad de Cartago, regresó otra vez al monte Erix y á la region donde reinaba el fiel troyano Acestes, donde celebró juegos y sacrificios fúnebres en veneracion del sepulcro de su padre Anquises. Despues de lo cual, haciéndose á la vela con las naves, á quienes las matronas troyanas, instigadas por Iris, mensagera de Juno, habian intentado incendiar, pasó el reino de Eolo y las islas y herrerías de Vulcano, que humeaban con el ardiente azufre; y dejándose atras el golfo de las Sirenas, antes del cual se habia quedado sin el piloto Palinuro, que cayó y se ahogó en el mar, tocó en las dos islas Inarime y Procida, y últimamente aportó al fondeadero de

la de Pitecusa, llamada asi de los nombres de sus habitadores, los que por sus fraudes, perjurios y trazas con que intentaron engañarle incurrieron en el odio de Júpiter, y los castigó convirtiéndolos en monas, animales feos y disformes, que pudiesen parecer en parte semejantes, y en parte desemejantes á los hombres. La conversion se hizo volviéndoles mas pequeños los miembros, aplastándoles las narices, avejándoles la cara con arrugas, y cubriéndoles el cuerpo de un pelo sutil y velloso, y en esta forma los envió á habitar á dicha isla, habiéndoles antes quitado el uso de la voz y de la lengua tan acostumbrada á fraudes y perjurios, y en su lugar les dejó solo el poder quejarse con un ronco chillido.

* * *

Fábula III

ENEAS Y LA SIBILA.

Dejó Eneas á Fiteusas siguiendo su viage; y dejando á su derecha á Nápoles,[1] y á su izquierda el sepulcro de Miseno,[2] célebre trompetero, é hijo de Eolo, llegó á las playas de Cumas, que eran unos sitios pantanosos, y llenos de ovas y otras plantas palustres, en donde encontró y entró en la cueva de la Sibila Cumea, que es sola la que vive entre todas las demas,[3] y la suplicó que le acompañase y le condujese á los infiernos á visitar en ellos á su padre Anquises. La Sibila, despues de haber tenido algun tiempo sus ojos fijos en la tierra, alzó la vista, y embriagada y enfurecida con la deidad que se le habia entrado en su pecho, le dijo: „Mucho es lo que pides, héroe esclarecido en hechos, cuyo valor tiene dadas pruebas por la espada, y cuya piedad se ha singularizado por el fuego de que sacaste á tu anciano padre; pero no tengas recelo, esclarecido troyano, que conseguirás lo que pides, y guiándote yo, visitarás los campos Elíseos, los últimos reinos del mundo y la amada sombra de tu padre: al valor ninguna senda está cerrada."

Esto dijo; y mostrándole en la selva de Proserpina un resplandeciente ramo de oro, le mandó que lo cortase del árbol y lo tomase. Obedeció Eneas, y con esta señal pudo entrar y ver las riquezas del formidable reino

de Pluton, y en él á sus ascendientes y la anciana sombra del magnánimo Anquises su padre, quien le instruyó de las prerogativas y autoridad á que llegarian la ciudad y reino que habia de fundar, y le predijo las nuevas guerras que le esperaban, y los peligros que le habian de acontecer en ellas. Despues de esto salieron de aquella triste region, caminando por una senda cuesta arriba, en la que guiaba la Sibila; y entreteniendo con conversaciones el trabajo del camino medroso, y por entre sombras y crepúsculos, dijo Eneas á la Cumea: „Bien seas tú Diosa, ó mortal sumamente grata á los Dioses, te tendré siempre por deidad, y me confesaré existir por el beneficio que me hiciste de facilitarme poder visitar las regiones de la muerte, y salir de ellas despues de haberlas penetrado, por cuyo favor, ya que me hallo restituido á la luz del mundo de los vivientes, te edificaré templos, y te veneraré en ellos con el culto del incienso."

Volvióse la Sibila á mirar á Eneas, y lanzando grandes suspiros, le dijo: „No soy deidad, ni debes venerar con el sagrado incienso á una persona humana, y para que en esto no peques de ignorancia has de saber que Apolo me ofrecia por mi virginidad una vida perpetua y eterna, haciéndome deidad é inmortal. Con la esperanza de inclinarme y vencer con dones mi resistencia me dijo: „Hermosa doncella y sacerdotisa de Cumas, elige y pide lo que se te antoje, pues todo te será concedido." Yo, enseñándole un monton de arena, le pedí me concediese tantos años de vida como átomos en él habia; pero no tuve la advertencia de pedir que todos hubiesen de ser en juventud y sin envejecerme; pero él me prometia lo uno y lo otro con tal que yo me rindiese á su deseo; mas yo no quise, y desprecié sus ofertas, permaneciendo sin casarme, en cuyo estado se me ha pasado ya lo florido y lo mejor de mi vida, y viene á paso largo la trémula

vejez, la cual habré de tolerar el mucho tiempo que aun me queda para llenar el número de las arenas, pues ya he vivido siete siglos, y aun me restan y tengo que ver trescientas primaveras y otros tantos otoños, y llegará el tiempo en que los muchos años apoquen y hagan menor mi cuerpo, y reduzcan á muy poco peso mis miembros debilitados y consumidos con la vejez, y entonces nadie creerá que en mi juventud agradé á Apolo y fuí amada por él; y acaso él mismo ó no me querrá conocer, ó negará que estuvo enamorado de mí. Me mudaré y trocaré hasta el punto de que nadie me quiera ver, y solo seré conocida por mi fama, que será la que quede despues de mi muerte."

Estas cosas iba refiriendo á Eneas la Sibila; y caminando entrambos por una senda cuesta arriba, terminaron su viage desde las oscuras regiones, y hallaron salida á la superficie de la tierra junto á la ciudad de Cumas, de donde, despues de haber hecho á los Dioses un sacrificio segun rito, se partió Eneas á la playa que aun no tenia, y despues por una ciudad que en ella edificó tomó el nombre de Cayeta,[4] que era el de la nodriza que le habia criado.

* * *

Notas

1. En tiempo de Ovidio y Virgilio se llamaba Parténope por la Sirena de este nombre, que se decia haber sido sepultada en ella.

2. Fue hijo de Eolo, célebre trompetero, de quien dice Virgilio:

3. Dice esto por la opinion que corria de que los libros sibilinos se perdieron, y solo llegaron al tiempo de Ovidio los de la Sibila Cumea.

4. Hoy es Gaeta, ciudad y promontorio del reino de Nápoles, en la tierra que se llama de

Labrador.

Fábula IV

ENEAS LLEGA Á CAYETA.

En esta region se habia quedado, y despues de los trabajos de la larga navegacion habia fijado su asiento el itacense Macareo, que fue uno de los compañeros del sagaz y experimentado Ulises. El tal Macareo halló improvisamente y conoció á Acheménides,[1] á quien Ulises habia tiempo antes dejado abandonado en lo mas escabroso del monte Etna; y admirándose aquel de verle vivo, le dijo: „¿Qué Fortuna ó qué deidad es, ó Macareo, la que te conserva vivo? ¿Cómo es que una nave troyana lleve á su bordo un griego? ¿Á qué tierra se dirige vuestra navegacion?"

Á estas preguntas Acheménides, que ya estaba libre de su antiguo peligro, y con un vestido muy diferente del que tenia en el monte Etna, destrozado por los abrojos, espinas y asperezas, le respondió de este modo: „Véame yo otra vez en el poder de Polifemo, entre sus dientes y labios manchados con sangre humana, si no me hallo mejor en esta nave que en la isla de Itaca en mi propia casa, y si venero menos á Eneas que á mi propio padre; pues aunque le tribute todo cuanto pueda, nunca podré serle bastantemente agradecido. Á él debo el estar vivo, el tener habla, y el gozar de la vista del cielo, de las estrellas y del sol: ¿podré pues olvidarme y ser

ingrato á tales beneficios?; porque él me libertó de haber sido pasto y vianda del Ciclope, y aunque ahora me acometa la muerte, será honrado mi cadaver en el túmulo, y no seré sepultado en el vientre de Polifemo. ¿Qué aliento piensas me quedaria (si es que el temor y el miedo me dejó alguno y el uso de algun sentido) cuando os ví que, quedándome yo abandonado, huiais navegando á los altos mares? Entonces quise dar voces; pero me detuvo el miedo de que me descubriese el Ciclope: y es indudable que por las voces de Ulises estuvo á mucho riesgo de ser sumergida vuestra nave por alguno de los peñascos que aquel tiró contra ella, lo cual ví desde el sitio en que estaba escondido, y que segunda vez arrojó y disparó un pedazo que arrancó de la montaña con la misma violencia que si fuera disparada de una máquina; y como si yo estuviera en la nave, sin acordarme de que me hallaba fuera de ella, estaba temblando no la destrozase el golpe del peñasco, ó la sumergiesen las olas. Luego que con la fuga os escapasteis y libertasteis de la mas cruel muerte, el Ciclope, dando gemidos por la herida y falta del ojo,[2] empezó á dar vueltas por el monte Etna á tientas, registrando con las manos los árboles y los peñascos, en los que tropezaba á cada paso por haberse quedado sin el único ojo que tenia, y alargando hácia el mar sus brazos ensangrentados, maldecia y execraba á los griegos.

„¡Ah! si alguna casualidad volviese á traer á mis manos á Ulises ó á alguno de sus compañeros, ¡cómo se cebaria y saciaria en él mi ira! ¡Cómo le arrancaria las entrañas! ¡Cómo le destrozaria vivo todos sus miembros con mis manos! ¡Cómo saciaria mi garganta con su sangre, y cómo haria crugir sus huesos con mis dientes! y si esto consiguiera, tendria por nada ó por muy poco el daño que me ha hecho en sacarme el ojo." Estas y otras muchas cosas dijo con la mayor ferocidad. Yo estaba pálido y lleno de

miedo al verle su rostro lleno de sangre, sus crueles manos y el vacío cóncavo del ojo, sus disformes miembros y su barba pegada con sangre humana. Me consideraba con la muerte á la vista, aunque la tenia por el menor de los males; y unas veces recelaba que me llegaria á encontrar y coger, y otras que me engulliria, y meteria mis entrañas en las suyas: lo que mas me afligia era acordarme de cuando ví que despues de haber estrellado contra el suelo muchas veces los cuerpos de dos de mis compañeros, se echó sobre ellos como erizado leon, y se engullia las entrañas, las carnes, los huesos con sus tuétanos y los miembros medio vivos. Me acometió un gran temblor y tristeza, y se me quedó helada la sangre al verle cómo comia y engullia, y que algunas veces escupia y vomitaba los crudos y sangrientos bocados y pedazos de carne envueltos en vino. Esperaba y recelaba que conmigo haria lo mismo, y seria pasto de su hambre, por lo que tomé el medio de estarme mucho escondido, estremeciéndome cualquier ruido que sentia, temiendo siempre la muerte, y siempre deseándola como término de mis sobresaltos y trabajos, pues me veia abandonado á estar alli en un continuo riesgo, solo, necesitado, lleno de continuo temor, sin esperanza alguna, y con el dolor y pena de remediar mi hambre con bellotas, yerbas y hojas de árboles. Al cabo de mucho tiempo ví que navegaba cerca de la playa una nave, y corriendo á ella con mucho silencio, manifesté por señas á los que iban á su bordo el apuro y peligro en que me hallaba, y les rogué me libertasen acogiéndome en ella: compadeciéronse de mí; y sin embargo de ser griego y enemigo suyo, me recogieron, y pude salvarme en una nave troyana. Estos son mis sucesos y el maravilloso modo con que pude aportar, y me hallaste y conociste en estas playas: ahora cuéntame tú los tuyos, insigne Macareo, el mas grato de todos los que

acompañábamos á Ulises, y refiéreme el rumbo y derrotero de este y de todos los demas que conseguisteis embarcaros, y huir por el mar del fiero Ciclope Polifemo."

Entonces Macareo instruyó á Acheménides de lo que deseaba, refiriéndole que Eolo, hijo de Hipota, era señor de aquellas islas y del mar Tusco que las rodeaba, el cual tenia comprimidos en una profunda caverna los vientos,[3] y los regaló á Ulises encerrados en la piel de un buey para que pudiese á su arbitrio contenerlos, y que no le ofendiesen en su navegacion, con lo que se partió é hizo á la vela, llevándolos en su nave, y con viento favorable navegó nueve dias, y llegó á estar á la vista de la isla de Itaca, su patria, que era á la que se dirigia. Á la madrugada del dia décimo los compañeros de Ulises, sospechando seria oro lo que se encerraba en el cuero, y ansiosos de apoderarse de ello, soltaron las ataduras para abrirle y reconocerle, y saliendo con ímpetu los vientos, impelieron las naves á otro contrario rumbo, y haciéndolas volver atras por el mismo camino que habian venido, las llevaron otra vez al mar Tusco, y á la isla y puerto de donde habian salido. „Desde alli, continuó Macareo, navegando al arbitrio de los contrarios vientos, aportamos á la antigua ciudad que tomó el nombre de Lamo Lestrigon, su edificador, en la que reinaba Antifates,[4] al cual fuí yo enviado con otros dos compañeros para saludarle pacíficamente; pero el uno de ellos y yo pudimos con la fuga volver al seguro de nuestras naves, y libertarnos de su crueldad, quedándose el otro en poder de Antifates, que le alcanzó é hizo dar muerte á su presencia, y su sangre le tiñó la boca. Aun no contento con esta crueldad, se empeñó Antifates en ir en nuestro alcance; y como ya estuviésemos al seguro de las naves, él y las tropas que habia juntado para ir en nuestro seguimiento,

formados en escuadron, arremetieron á nuestras naves, disparando contra ellas gruesas piedras y maderos, con que las destrozaron y sumergieron, y á los que iban á su bordo, y solo pudo salir del puerto y escaparse la en que veníamos Ulises y yo, que quejándonos de la crueldad y mal hospedage de Antifates, y llenos de dolor por la pérdida de nuestros compañeros, llegamos á aquellas tierras que se ven cercanas desde aqui; míralas, y verás que son una isla que yo ya tengo vista. Y tú, hijo de la Diosa,[5] el mas recto y justo de todos los troyanos (pues ya, esclarecido Eneas, estando concluida la guerra, no debo llamarte enemigo ni tenerte por tal), huye de aquella isla; mira que es en la que habita la famosa encantadora Circe.

* * *

Notas

1. Otro de los compañeros de Ulises, que por lo que poco despues se refiere no pudo seguirle, y se quedó en Sicilia.

2. Ya queda anotado el modo con que se lo sacó Ulises y le dejó ciego.

3. La fábula de que Eolo era Rey de los vientos, y los tenia á su arbitrio, tomó su fundamento del estudio y conocimiento que tenia de ellos, y de que anunciaba los que habian de reinar.

4. Fue un tirano cruelísimo, descendiente de Lamo.

5. Aqui empieza á hablar á Eneas, en cuya compañía halló á Acheménides, y le aconseja huya de la isla de Circe, que despues se unió al continente, y se llamó el promontorio Circeo.

Fábula V

LOS COMPAÑEROS DE ULISES TRANSFORMADOS EN PUERCOS.

„Nosotros, habiendo aportado á ella, anclamos en su playa con las precauciones que nos hizo tomar la memoria de las pérdidas que nos hicieron Antifates y el fiero Ciclope Polifemo. Todos nos resistíamos á saltar en tierra, y á penetrar en una isla desconocida, y para ello hubo que echar suertes, que nos tocaron á mí, Polites, á Euriloco, á Elpenor, que era gran bebedor de vino, y á otros hasta en número de diez y ocho, todos los cuales marchamos á la ciudad y palacio en que habitaba Circe. Apenas llegamos nos paramos un poco á la entrada, y salieron á recibirnos una multitud de lobos, osos y leones,[1] todos mezclados entre sí, que nos causaron miedo y espanto; pero ninguna de estas fieras era de temerse, y ninguna hizo ademan de acometernos ni herirnos, antes bien nos halagaban y acariciaban con el movimiento de sus colas, y nos acompañaban y seguian nuestros pasos, hasta que en lo interior de la casa nos recibieron las criadas, y por salas de mármol y pórfido nos condujeron á un vistoso gabinete, donde estaba Circe sentada en su solio, vestida de una blanca palla,[2] y los cabos y tocado entretejidos de oro. Las doncellas

que la acompañaban, y que tuvimos por Ninfas y Nereidas, no se ocupaban en preparar ni hilar estambre, ni en otra alguna labor, sino en apartar en canastillos las yerbas y flores[3] de varios colores, que sin órden estaban esparcidas en el suelo, y disponerlas en manojos, y ella reconocia y dirigia lo que todas hacian, porque sabia y conocia la virtud y eficacia de cada yerba, y la union y mixtura que la una planta tenia con la otra, separándolas con este conocimiento. Luego que nos vió y la saludamos nos correspondió con semblante afable y apacible, y nos habló con el agrado que podíamos apetecer y desear, y sin detencion mandó hacer una confeccion, compuesta del zumo exprimido de granos de cebada tostada, majados y disueltos en miel y vino, añadiendo á todo ello la porcion suficiente de ralladuras de queso. Dispuesta asi la confeccion de los dulces jugos de todo lo referido, nos la dió á beber, y la tomamos de su propia mano en unos grandes vasos; pero al punto que la bebimos y apuramos con la ardiente sed que llevábamos, y al momento que ella, apurada la confeccion, nos tocó las puntas del cabello con su vara encantadora (me avergüenzo de ello, pero habré de referirlo), se me llenó el cuerpo de duras y agudas cerdas: ya no podia hablar, y en lugar de voz hacia un ronco gruñido, y arrojándome hasta poner la cara en el suelo, advertí que mi boca se endurecia y convertia en un duro hocico, que se me entumecian los nervios del cuello, y que me servian para pisar y andar las manos con que poco antes habia tomado el vaso, y fuí encerrado en una zahurda con los demas mis compañeros, que habian sido convertidos en cerdos del mismo modo que yo (tanto es el poder de los encantos). Solo vimos que Euriloco se libertó de igual suerte, porque solo él rehusó y resistió beber la confeccion, pues si hubiera tomado el vaso y bebido de él, seria ahora uno

de los de la manada de cerda, y Ulises no hubiera podido ser informado por él de nuestra calamidad, ni venir en busca de Circe para vengarnos y recobrarnos; para cuya empresa Mercurio, nuncio y autor de la paz, le habia dado una blanca flor, que crece sobre una negra raiz, y que entre las deidades se llama moly.[4] Prevenido y asegurado con ella, y con los consejos y prevenciones que le habia hecho Mercurio, se dirigió al palacio de Circe, donde le brindó con un vaso de la insidiosa confeccion; pero él resistió tomarle, y la hizo retirar cuando intentaba tocarle el cabello con la vara encantadora, y desenvainando su espada, la amenazó y atemorizó. Á esto se siguió el darse recíprocamente palabra y mano los dos, y admitido Ulises al tálamo nupcial, pidió por dote la restitucion de nuestros compañeros á su antigua figura. Circe nos roció con unos saludables jugos de inocentes plantas y de virtud contra los encantos: nos tocó la cabeza con su vara vuelta[5] al reves, y pronunció otros versos y de contrarias voces á los que antes habia dicho para encantarnos. Á medida que iba pronunciándolos nos íbamos levantando de la tierra y poniéndonos derechos: se nos iban cayendo las cerdas; y cerrándose la hendedura de nuestros pies y manos, volvieron á su antigua figura, como asimismo los hombros y los brazos. Llorando abrazamos á Ulises, que tambien lloraba por la misma causa, y las primeras palabras que hablamos fueron darle gracias, y manifestar nuestro agradecimiento por su amparo y proteccion. Un año entero se detuvo Ulises, y nos detuvimos todos en el palacio de Circe, y en este dilatado tiempo presencié, ví y oí muchas y maravillosas cosas. Entre ellas oí y oyeron tambien otros de mis compañeros lo que con reserva nos contó una de las cuatro criadas que la servian para los encantos. Esta, en ocasion que Ulises estaba retirado con Circe, me enseñó una estatua de un jóven hecha

de mármol blanco, en cuya cabeza, adornada con corona, tenia el ave que se llama Pico,[6] y estaba colocada en la pieza que servia para los actos de religion. Preguntándola yo, y queriendo saber á quien representaba aquella estatua, por qué se le daba culto en aquel sitio, y por qué tenia aquella ave, me respondió: „Escucha, Macareo: estame atento á lo que voy á referirte, y de ello comprenderás cuál y cuánto sea el poder de mi señora."

* * *

Notas

1. Eran los muchos hombres que la encantadora Circe habia convertido en fieras.

2. Era un ropage talar propio de los griegos.

3. Eran las que servian para los encantos.

4. Era una planta descubierta por Mercurio, que tenia virtud contra los encantos, de la cual hace mencion Plinio, lib. 25, cap. 4.

5. Quiere decir con la punta ó extremo contrario.

6. Es ave conocida, que taladra los troncos de los árboles para hacer su nido en lo interior de ellos.

Fábula VI

PICO ES AMADO DE CIRCE.

„Reinaba en el Lacio Pico, hijo de Saturno, muy inclinado á los caballos y á adiestrarlos para la guerra; su semblante, forma y disposicion eran conforme lo ves en esa estatua que te he manifestado, por la cual, que es un retrato ó fingida imagen, puedes conocer la gallardía del original. Su índole, su discrecion y las demas dotes del ánimo correspondian en todo á la belleza de su semblante, y su edad aun no llegaba á veinte años, ni habia llegado á ver cuatro veces los juegos atléticos, que segun el rito griego se hacen en la palestra cada cinco años. Llevábase la vista y atencion de las Dríades que habitaban en las montañas del Lacio, y le amaban y apetecian su enlace las Náyades de las fuentes, las de los rios Albula, Numico, Teveron, Almo, de corto y breve curso, el impetuoso Nero, y el Tarfa, de agua denegrida, y hasta las que residian en el bosque y estanque de la Diana, que fue traida de Escitia, y frecuentaban los lagos comarcanos; pero el gallardo jóven las despreciaba á todas, y solo amaba á una Ninfa, que se dice era hija de Jano el de dos caras,[1] y haberla dado á luz su muger Venilia, que tuvieron su habitacion en el monte y collado Palatino. Esta, luego que llegó á la edad proporcionada y á ser núbil, fue dada en casamiento á Pico,

que reinaba en la ciudad de Laurento, prefiriéndole á todos los demas que la pretendian. Era de rara belleza; pero mas rara y singular en la habilidad de cantar, por lo cual fue llamada *Canente*, y con su voz conmovia las selvas y los peñascos, amansaba las fieras, detenia la corriente de los rios, y suspendia el vuelo de las aves. Mientras ella se quedaba entretenida en la melodía de su canto, y en egercitar en canciones su delicada voz, habia salido un dia Pico á los campos y bosques de la ciudad de Laurento en busca de jabalíes en que emplear sus dardos: oprimia la espalda de un veloz caballo, llevando en su diestra dos rejoncillos, y arregazada y recogida con presillas de oro la clámide que vestia de color de púrpura de Tiro. Por casualidad aquel dia Circe, dejando el monte que de su nombre se llamaba Circeo, habia venido á las mismas selvas de Laurento á buscar y coger yerbas para sus encantos en sus fecundos collados, y al punto que descubrió á Pico desde unas matas en que estaba escondida, se quedó pasmada de ver su gallardía; se le cayeron de las manos las yerbas que habia cogido, y de repente la llama del amor discurrió y le penetró todas sus medulas. Recobrada algo del enagenamiento que la causó la vehemente pasion del amor, iba á descubrírsele y confesársele; mas no pudo acercarse á él por la velocidad con que corria el caballo, y por ir en medio de los muchos que le rodeaban y acompañaban; pero viendo que no podia conseguirlo, dijo: „Si es que estoy engañada en el conocimiento de mí misma y del poder de mis encantos; si estos no me fallan, y si las yerbas de que me valgo no han perdido su eficacia, no te me huirás ni escaparás, aunque seas llevado en alas del mismo viento." Apenas dijo esto formó la figura y cuerpo aereo de un jabalí, al que hizo atravesar corriendo el camino que llevaba el Rey, y que fuese á esconderse en lo mas espeso é intrincado

del bosque, y en una maleza en que no pudiesen penetrar los caballos. Al momento Pico, ansioso por la presa que imaginaba real y verdadera, é ignoraba que era una sombra y apariencia, saltó ligero del caballo, y en seguida de una vana esperanza penetró hasta lo mas interior y enmarañado del bosque. Alli le salió al encuentro Circe, la que empezó á hacer súplicas y votos á deidades desconocidas, adorándolas con unas preces y versos oscuros[2] é intrincados, de que solia usar para sus encantos, y con los que hacia oscurecer la luna y el sol, enmarañando su luz y sus resplandecientes rayos. Tambien y con sus mágicos versos hizo encapotarse el cielo, y que el aire y toda su region se oscureciesen con las nieblas espesas que exhalaba la tierra; de modo que vagando y tropezando con la oscuridad los que acompañaban y seguian al Rey, perdieron el tino, no pudieron encontrarle, y le dejaron solo. Entonces aprovechándose Circe de esta ocasion, se descubrió, y le habló en la forma siguiente: „Gallardo y hermosísimo jóven, por esos tus graciosos ojos, que me han robado y hechizado los mios; por tu donaire y hermosura, que me arrastra hasta el extremo de que siendo muger y deidad no repare ni me detenga en manifestarte mi amor y suplicarte, corresponde, te ruego, al amoroso fuego en que por tí me abraso: mira que no soy una muger vulgar, y que no corresponda á tu elevada clase, pues casándote conmigo tendrás por suegro al sol, que todo lo ve é ilumina: no correspondas duro é insensible á mi amor, ni desprecies el que te tiene y manifiesta la Titánida Circe." Feroz y enfurecido Pico al oirlo, la apartó de sí, y repelió sus requiebros diciéndola: „Quien quiera que tú seas, entiende que no soy libre, ni tuyo, ni puedo serlo, porque otra me tiene ligado, y deseo me tenga por todo un largo y dilatado siglo, y que mientras los hados guarden y conserven la vida de mi amada Canente, hija

de Jano, no la haga yo agravio, ni la falte al debido amor y fe enlazándome con otra.[3]" Circe sin embargo reiteró sus esfuerzos y súplicas muchas veces; pero todas fueron en vano; y viéndose despreciada le dijo: „No pienses que tu desprecio ha de quedar sin castigo, pues te aseguro que no has de volver á la presencia de esa tu amada Canente, y por propia experiencia has de saber lo que es y puede una muger amante y ofendida, y que Circe es muger ofendida y amante." Entonces volviéndose dos veces hácia el ocaso, y otras dos hácia el oriente, tocó tres veces al jóven Pico con su vara, y repitió otras tres veces los versos y fórmula solemne de sus encantos. Él echó á huir; y admirándose de que corria con mayor ligereza que lo que acostumbraba, se empezó á mirar á sí mismo, y vió tenia alas en su cuerpo, é impaciente por verse de repente convertido en una ave nueva, y destinado á habitar en aquellas selvas del Lacio, se enfurece contra los árboles, y con su duro pico hiere, traspasa y taladra sus troncos y ramos: las alas se vistieron del color purpúreo de la clámide que traia puesta: lo que antes habia sido presilla de oro para prenderse y recogerse el vestido se volvió plumas, y el cuello quedó ceñido con un collar, que hacia el color de oro de las plumas: en suma, del que antes era Pico no quedó otra cosa que el solo nombre.

Los de su comitiva, despues de haberle andado buscando y llamando á voces por aquellos montes, repitiendo muchas veces en vano su nombre, sin haberle hallado en ninguna parte, llegaron buscándole donde estaba Circe (pues ya habia enrarecido las auras, y habia dejado que las espesas nieblas y la oscuridad se desvaneciesen y disipasen con la fuerza del sol y de los vientos), la arguyen y hacen cargo con verdaderas acusaciones sobre que les descubra su Rey y se le restituya, llegando el caso hasta el extremo de

apelar á la fuerza, y prepararse á acometerla con sus fieros dardos. Ella arrojó y esparció sobre ellos una porcion de ponzoña y zumo de yerbas venenosas, invocando al mismo tiempo á la Noche, á las deidades nocturnas, al Erebo y al Caos, y suplicando con mágicos aullidos á la triforme Hécate.[4] Las selvas y los valles, cosa portentosa y maravillosa, se mudaron y pasaron á otro sitio; bramó la tierra; los árboles cercanos perdieron su verdor, y quedaron pálidos y marchitos; las yerbas de los prados se humedecieron, y salpicaron con rocío de color de sangre; parecia que las piedras y peñascos se rompian y daban unos roncos estallidos, que ladraban los perros, que la tierra brotaba por todas partes negras y venenosas serpientes, y que andaban volando por el aire una multitud de espectros, imágenes y visiones de los muertos. Atónitos con tales prodigios los que poco antes querian acometerla, empezaron á temblar: ella entonces les tocó los rostros con su vara envenenada y encantadora, cuyo contacto los fue despojando de su antigua figura, de la que nada quedó á ninguno de ellos, y todos fueron convertidos en varias y diferentes fieras.[5]

„Era ya puesto el sol de aquel dia, y Canente, como no volvia su esposo, y le esperaba con impaciencia, asomándose á mirar el camino por donde habia de venir, entró en una grande inquietud por su tardanza. Los criados y todo el pueblo salieron á buscarle llevando antorchas encendidas, y registraron en su busca todas las selvas, discurriendo por todos los montes y collados, sin haberle hallado en ninguno de ellos. Canente, aunque lloraba, se arrancaba los cabellos y daba grandes gritos, no se contentaba con esto, sino que salió como loca de su casa, y echó á andar y correr en su busca por los dilatados campos. Seis dias y seis noches anduvo corriendo por ellos y por los collados y valles, sin haber comido ni dormido en todo

este tiempo. Cansada con el llanto y el camino, llegó á la ribera del Tíber, donde se reclinó á descansar en su frescura. Alli, como el cisne que estando para morir canta con mayor melodía sus exequias, acompañando con lágrimas y gemidos sus suspiros y dolores, llena de afliccion se quejaba con un sonido muy débil y desmayado. Por último extenuándosele y liquidándosele sus medulas con el llanto, llegó á desfallecer, y se desvaneció[6] y resolvió, convirtiéndose en ligeras y sutiles auras. La fama de este suceso aun permanece en aquel sitio, al que en señal de él los antiguos labradores llamaron Canente del mismo nombre de la Ninfa." Estas y otras muchas cosas semejantes, añadió Macareo, me fueron contadas y ví por mis ojos en el largo tiempo de un año que nos detuvimos en el palacio de Circe, al cabo del cual, ya flojos y perezosos con el mucho descanso, se nos mandó por Ulises volver al mar, y hacernos otra vez á la vela. Como Circe habia dicho que teníamos que correr aun muchos mares, y muchos peligros que padecer, temí, confiésolo; y llegando á estas orillas, me detuve."

* * *

Notas

1. Jano fue Rey de Italia, hombre prudentísimo, á quien figuraron con dos caras para significar que veia lo pasado, y previa lo futuro, que son dos dotes de la prudencia. Veneráronle por Dios; edificáronle los romanos un templo, que solo se cerraba en tiempo de paz, y de su nombre se llamó Janículo uno de los siete montes sobre que estaba fundada Roma.

2. La clase de tales versos se puede rastrear y comprender por los que Séneca en el principio de la tragedia Medea pone en boca de esta famosa encantadora.

3. Repulsa digna de ser imitada, y egemplo de la fidelidad conyugal.

4. Invocacion casi igual á la que hizo Medea en la fábula de la rejuvenescencia de Eson, padre de Jason, y á la de Séneca en la citada tragedia de Medea.

5. Las pasiones cuando llegan á exaltarse y á un grado desmedido convierten á los hombres en fieras, como la ira en leon, la lascivia en cerdo &c.; y como las rameras, de quien es símbolo Circe, desentonan en los hombres las pasiones, de aqui provino la fábula de que Circe los convertia en fieras.

6. Por esta Ninfa Canente estan significados la melodía y el sonido de la voz; y se desvaneció como aquel se va poco á poco desvaneciendo, y cesando el zumbido luego que el aire deja de ser herido.

Fábula VII

LOS COMPAÑEROS DE DIOMEDES CONVERTIDOS EN AVES.

Con esto concluyó Macareo la referencia que hacia á Acheménides, despues de lo cual este, como ya asociado á los troyanos, asistió con ellos á la ceremonia fúnebre de colocar Eneas en una urna de mármol las cenizas de Cayeta, su ama de leche, que murió en aquellas regiones, en cuyo túmulo puso este breve epitafio: *Aqui la notoria piedad de Eneas, mi alumno, me honró á mí, Cayeta, y á mi cadaver con el fuego de la pira, despues de haberme sacado del de Troya.* Los troyanos soltaron luego los cables, y desenlazando sus naves de la herbosa playa en que las habian tenido amarradas, se alejaron de la peligrosa isla y palacio de la famosa encantadora Circe, y dirigieron su rumbo á saltar en tierra en los bosques en donde el sombrío y niebloso Tíber desemboca en el mar su corriente mezclada con roja arena.

Alli, de resultas de una batalla que tuvo que vencer, se apoderó Eneas del palacio del Rey Latino, hijo de Fauno, y recibió por esposa á su hija.[1] Esto dió causa á una cruel guerra con la nacion feroz de los rútulos, por estar aquella prometida por muger á su Rey Turno, que poseido del mayor furor intentaba recobrarla, y que se le cumpliese lo prometido. En esta

guerra tomó parte toda la Toscana, aliándose á los latinos y troyanos, y en ella se peleó por largo tiempo con mucho empeño y con vario suceso, andando indecisa la victoria. Cada partido de los dos beligerantes procuraba reforzarse con alianzas y tropas auxiliares, y de los Príncipes y pueblos comarcanos unos seguian á los rútulos, y otros defendian á los troyanos; y Eneas no hizo en balde su viage á solicitar la alianza de Evandio,[2] de quien la consiguió. Vénulo fue enviado por Turno á la gran ciudad que habia edificado el prófugo griego Diomedes con la ayuda de Dauno, Rey de la Pulla, con cuya hija casó, y recibió en dote parte del reino. Luego que llegó Vénulo desempeñó el encargo de Turno, y pidió el auxilio; pero Diomedes se excusó diciendo que él no podia empeñar los pueblos y vasallos de su suegro en una guerra que no le interesaba, y que de sus propias tropas no tenia las suficientes para armar y enviar á Turno. „No son estas ficciones ni pretexto de excusa, dijo Diomedes á Vénulo, porque aunque la tristeza se renueve en traer á la memoria sucesos desagradables, será preciso el referirlos. Despues que la ciudad de Troya fue abrasada, y sus muros fueron despojos de las llamas de los griegos, y despues que Ayax, hijo de Oileo, cargó sobre todos nosotros la pena que él solo merecia por el rapto y estupro de Casandra en el templo de Minerva, se vengó esta Diosa en dispersar á todas nuestras naves, y arrebatados de una tempestad que envió contra nosotros, sufrimos todos los griegos rayos, oscuridad, lluvias, la ira del cielo y del mar, y por colmo de todas estas calamidades la de la pérdida que tuvimos, estrellándose la mayor parte de nuestras naves en las rocas de Cafareo.[3] Para no detenerme refiriendo por su órden estos tristes sucesos, basta decir que si Príamo los hubiese visto, se hubiera condolido de la Grecia. Á mí y á mi nave nos libertó de ser anegados el cuidado y favor

de Minerva; pero de nada me sirvió; pues me fue imposible desembarcar en mi propio reino, alejándome de sus playas Venus en venganza y castigo de la herida que la hice en el sitio de Troya cuando defendia de mí á su hijo Eneas;[4] y son tantos los trabajos y peligros que padecí y en que me ví, tanto en los mares como en batallas terrestres, que muchas veces llamé dichosos y envidié la suerte de aquellos á quienes la tempestad y las rocas de Cafareo sumergieron en las aguas, y querria haber sido uno de ellos. Mis compañeros llegaron á desfallecer despues de haber padecido los últimos trabajos por mar y tierra, y me suplicaron que pusiese fin á mi errante viage. Pero Acmon, que era de ingenio vehemente, y estaba endurecido con las calamidades y trabajos, les dijo: „Esforzados varones, ¿qué es lo que ya puede sucedernos peor y mas grave que lo que nos ha acaecido hasta aqui, y que vuestra paciencia pueda rehusar el tolerarlo? ¿Le queda á Venus (aunque quiera) alguna cosa mas y peor que hacer contra nosotros? Cuando se temen cosas peores son del caso los ruegos para evitarlas; pero cuando los males han llegado al último estado, ya se les pierde el temor, y su misma gravedad influye ánimo y seguridad. Aunque la misma Venus nos esté oyendo; aunque, como lo hace, tenga un odio cruel á todos los que somos gobernados por Diomedes, debemos todos despreciar su odio, y no acobardarnos, sino luchar contra él con todas nuestras fuerzas." Con este razonamiento provocó mas Acmon á Venus, y avivó en ella la antigua ira, que ya estaba algo apaciguada. Muchos aprobaron su discurso y resolucion; pero otros en mayor número, aunque amigos suyos, la desaprobamos, y le reprendimos por ella. Disponíase á responder y replicar á los que le reprendian; pero se le adelgazó y extenuó la voz, y se le contrajo y estrechó la garganta:[5] sus cabellos se convirtieron en plumas, y tambien se

llenaron y cubrieron de ellas su nuevo y estrecho cuello, su pecho y espaldas. Sus brazos se encorvaron y se hicieron alas; una gran parte de los pies se distribuye en largos y delgados dedos, y el rostro se endurece en pico y finaliza en punta. Mientras Lico, Idas, Retenor, Abas y Nicteo se maravillan de una transformacion tan extraña, se convierten en aves semejantes, y la mayor parte del escuadron toma vuelo, y se pone á volar al rededor de nuestra nave. Si me preguntas ahora cuál sea la forma de estas dudosas aves, te diré que aunque no son cisnes, son muy parecidas á estos por su blancura. En fin despues de tantas desgracias llegué con mucho trabajo y con la mínima parte de los mios á los estados de Dauno, quien me recibió favorablemente, y me dio á su hija en casamiento."

Con esto puso Diomedes fin á su razonamiento, y despidió á Vénulo, el cual al retirarse de los estados de aquel, pasando por los campos Mesapios y senos Peucesios, que están en la Pulla, vió en ellos unas cuevas entre una espesa y una oscura selva, y que en su interior destilaban menudas gotas de agua, las cuales eran habitacion del Dios Pan, y antes lo habian sido de algunas Ninfas. Un pastor de la Pulla las espantó é hizo huir de alli, llenándolas de un súbito terror; pero aunque al principio se dejaron poseer de él, despues se recuperaron poco á poco, hicieron burla y desprecio del pastor que las seguia, dejaron la fuga, y se pusieron á bailar. El pastor, viéndolo, las llenó de improperios, y remedándolas agrestemente en el baile, añadió á esto groseras injurias y palabras desvergonzadas y obscenas, y no dejó de insultarlas hasta que su garganta se endureció y escondió en el tronco de un árbol en que se iba transformando, que fue el olivo silvestre ó acebuche, cuyo jugo y el de sus amargas aceitunas dan indicio de la mordacidad del pastor, y son una nota de su atrevida lengua, porque la

aspereza de sus palabras se traspasó al fruto del tal árbol.[6]

* * *

Notas

1. Lavinia.

2. Fue Rey de Arcadia, que despojado de su reino vino á Italia, y se estableció en el pais de los Aborígenes.

3. Fue un promontorio de la region Eubea, en el que Nauplio, padre de Palamedes, por un engaño y ardid hizo zozobrar á algunas naves de Ulises en venganza de la calumnia con que este acusó á su hijo, y fue causa de su muerte.

4. Habla Diomedes del combate que tuvo con Eneas, en el que hirió á Venus, que concurrió á defender á aquel.

5. Hasta los gentiles conocieron la gravedad de la blasfemia, y comentaron para ella extraordinarias penas, que aterrorizasen á los blasfemos.

6. Esta transformacion indica lo dificil que es el desprenderse de la índole y propiedades que ya han llegado á ser hábito robusto, pues se conservan en el hombre, aunque mude de estado y fortuna.

Fábula VIII

LAS NAVES DE ENEAS CONVERTIDAS EN NINFAS.

Como Vénulo y los demas que le acompañaron se volvieron refiriendo que Diomedes les habia negado el auxilio que habian ido á pedirle, los rútulos tuvieron que continuar sin él la comenzada guerra, en la que de una y otra parte se derramó mucha sangre. Turno procuró incendiar las naves de Eneas, arrojando contra ellas teas encendidas. El fuego ya habia prendido en los buques, sirviendo á la llama de alimento la brea y demas combustibles, é iba ya subiendo el incendio á las velas y mástiles, y humeaban los bancos de los remeros. En este estado y conflicto la madre de los Dioses Cibeles, acordándose que estas naves se habian construido con madera del monte Ida,[1] se dejó ver en medio de los aires subida sobre su carro uncido de leones,[2] y despues que se llenó el aire con el sonido de los instrumentos de metal que la acompañaban, y que ella misma sonó su trompeta, dijo: „En vano, Turno, te aplaudes á la vista de la llama que tu mano sacrílega acaba de encender: yo la apagaré, y no permitiré que el voraz fuego abrase los trozos y miembros de mis bosques." La Diosa hablaba aun cuando se oyó un fuerte trueno, al cual siguieron unos grandes aguaceros mezclados con granizo. Los vientos irritados turbaron

los aires é hincharon el mar, levantando de repente furiosas olas, arremolinándose, y soplando con ferocidad de partes contrarias. Valiéndose Cibeles de la violencia de uno solo de ellos, le hizo soplar de modo que rompió los cables con que estaban amarradas las naves troyanas, y alejándolas con una violencia que las hacia caminar inclinadas y de costado, las sumergió en lo mas hondo del mar. Alli se ablandó la dureza de la madera; y convirtiéndose esta en flexibles cuerpos, las corvas popas tomaron figura de cabezas; los remos se volvieron piernas, pies y dedos; lo que antes era costado quedó por tal, y la quilla por espinazo; las cuerdas se hicieron suaves cabellos, y las antenas brazos, quedando solo el antiguo color; y de este modo fueron convertidas en Ninfas del mar que jugaban sobre las olas, que antes tanto temian; y las que habian tenido su nacimiento en los ásperos montes, ahora se regocijan en medio de los mares, sin acordarse de su antiguo orígen, pero sí de los muchos peligros que habian sufrido en el mar; y poniendo sus manos por la parte de abajo enderezaban las naves inclinadas, y que iban á peligrar, no siendo las que llevaban griegos á su bordo. Como las tales Ninfas se acordaban de las calamidades y ruina que padeció Troya cuando eran naves, despues de su transformacion conservaron el odio á los griegos, y vieron con gozo y alegría el naufragio de la nave de Ulises, y que la de Alcinóo cuando iba navegando se convirtiese en una roca, y se vistiese de dura piedra lo que antes era leño. Era de esperarse que el prodigio de la escuadra animada de las Ninfas en que habian sido convertidas las naves troyanas pusiese miedo á los rútulos, y les hiciese desistir de la guerra; pero en lugar de ello esta se enardeció y siguió, teniendo cada partido sus deidades en favor: cada uno de los dos héroes Turno y Eneas, con una animosidad como de Dioses, se

empeñaban en la guerra, menos ya por defender los estados dotales y el reino del Rey Latino, suegro del segundo, y por retener por muger á su hija Lavinia, que por solo el vivo deseo de la victoria, el cual les habia enardecido hasta el grado de que tenian por cosa afrentosa y vergonzosa el darse á partido, y desistir sin haber vencido. El suceso que tuvo tan empeñada y porfiada guerra fue que Venus tuvo la complacencia de ver vencedor á su hijo Eneas, y que Turno fuese vencido y muerto á manos de aquel. La ciudad de Ardea, corte y cabeza del reino, y que mientras vivió Turno se tenia por inexpugnable, y estaba en el mayor auge de su poder, fue asaltada y tomada por las armas troyanas, que la incendiaron y abrasaron, dejando todas las casas y edificios reducidos á un gran monton de ardientes y humeantes cenizas, del cual se vió salir una ave hasta entonces nunca vista, la cual esparcia las cenizas con el movimiento de sus alas. El triste canto, la flaqueza y el color de esta ave eran á propósito para denotar la calamidad de una ciudad tomada y saqueada. Llamóse Ardea, conservando el nombre de la ciudad de cuyas cenizas se formó y salió, y ella misma en demostracion de dolor se hiere con sus propias alas.

Con esta victoria, y con las empresas que á tanta costa habia concluido el valor de Eneas, suspendió y detuvo la antigua ira de todos los Dioses, y hasta de la misma Juno, y les obligó á ponerla fin. Cuando ya Eneas, despues de fundado y establecido felizmente el reino para su hijo Ascanio, estaba en sazon de ser trasladado al cielo, Venus su madre visitó y suplicó por él á todos los Dioses, y asida al cuello de su padre Júpiter, despues de muchas caricias le dijo: „Padre mio, que nunca te has mostrado duro y negativo á mis súplicas, ruégote que ahora seas mas piadoso y condescendiente que nunca á la que te voy á hacer, y es que á mi hijo

Eneas, que por mí desciende de tí, y eres su abuelo, le concedas algun rasgo de divinidad, aunque sea poco, pues me contentaré con tal que le concedas algo, y le eleves al número de los Dioses menores. Bastante mérito es el que haya una vez bajado á ver el desagradable reino de Pluton, y haber una vez atravesado la laguna Estigia." Todos los Dioses manifestaron anuencia, y la misma Juno no solo no mostró indiferencia en su semblante, sino que explicó su consentimiento con palabras cariñosas, y que denotaban que ya se habia aplacado su ira. Entonces Júpiter dijo á Venus: „Tú y tu hijo sois dignos del don de la divinidad, y de que se te conceda lo que pides, y para quien lo pides. Ten, hija mia, por concedido lo que deseas." Con esta respuesta que le dió Júpiter se llenó Venus de alegría, y dió gracias á su padre, y desde alli, conducida por los vientos en su carro tirado por palomas, se dirigió á las playas de los Laurentes, donde el rio Numico, que corre entre espesos cañaverales, desemboca en el vecino mar. Á la deidad de este rio encargó que lavase y purificase á su hijo Eneas de todo lo que tenia de mortal, y le entrase en el mar con mansa y suave corriente. El rio egecutó el encargo de Venus, y con sus aguas purificó y quitó á Eneas lo que tenia de mortal, dejándole solo la parte mas noble é inmortal.[3] Venus despues de este rito de lustracion ungió el cuerpo de su hijo con una celeste esencia, y le lavó el rostro con ambrosía mezclada con el dulce néctar, con lo cual le dejó hecho Dios. El pueblo romano le llama y tiene por uno de los Dioses Indígetes, y le recibió como tal en sus aras y en sus templos.

Despues de la deificacion de Eneas los dos reinos albano y latino quedaron bajo la dominacion de su hijo Ascanio, que tuvo dos nombres, siendo el primero Julio, al cual sucedió su hermano Silvio, y Latino, hijo de este, renovó el cetro, reino y nombre antiguo de Silvio su padre. Despues

reinaron Alba y Epito su hijo, al que siguieron por su órden Capis y Capeto, del cual fue hijo Tiberino, que habiéndose ahogado en el rio Albula, le trocó el nombre en el de Tíber. De Tiberino fueron hijos Rémulo y Acrota. El primero, que era el mayor, murió á la violencia de un rayo en castigo de haber intentado aterrar á los hombres con fingidos y artificiales rayos como si fuera Júpiter. Acrota, mas modesto y moderado que su hermano, poseyó el reino, y por su muerte le dejó á Aventino, el que habiendo sido enterrado en el mismo monte en que habia tenido su palacio, le dió el nombre de monte Aventino. Sucedió Proca, que tuvo su aula y habitacion en el monte Palatino, y gobernó desde él.

* * *

Notas

1. Este monte, que era uno de los de la Frigia, estaba dedicado á Cibeles.

2. Ya queda anotado que Cibeles se apropió los leones para su carro desde que fueron convertidos en ellos Hipomenes y Atalanta.

3. Los materialistas y novadores de estos tiempos deben confundirse al ver que hasta los étnicos conocian y confesaban la inmortalidad del alma.

Fábula IX

VERTUMNO Y POMONA.

En tiempo del Rey Proca hubo una famosa muger llamada Pomona, que se aventajaba á todas las Hamadríadas latinas en el cultivo de los jardines, y ninguna fue mas cuidadosa que ella en la crianza y conservacion de las frutas, por lo cual se le dió el nombre de Pomona.[1] No frecuentaba las selvas ni los rios; sus delicias eran los amenos campos, y los árboles que producen delicadas frutas. Su mano derecha no estaba acostumbrada al manejo del dardo, sino al de la podadera, con la cual unas veces cortaba á los árboles lo superfluo para que sus ramos no se extendiesen mas que lo regular, y otras les hendia la corteza, é ingeria en ella el renuevo de otro árbol, y le alimentaba y hacia vivir con el jugo ó savia del ingerido: ademas de esto tenia cuidado de humedecerles la tierra, y regarles con corrientes aguas las fibras de sus chupadoras raices. Estos eran sus cuidados, y esto formaba toda su diversion, sin que nunca hubiese conocido ni menos apetecido los deleites de Venus; mas con todo recelándose de alguna violencia de los rústicos de aquellos campos, habia cercado sus jardines para que ninguno pudiese entrar en ellos, y estar defendida del trato, que aborrecia, de los hombres. ¿Qué no hicieron para solicitarla los Sátiros,

juventud inclinada á los bailes? ¿Qué no hizo el Dios Pan coronado de pino? ¿Qué no hizo Sileno, cuanto mas viejo mas entregado á los juegos juveniles? Y ¿qué no hizo en fin para reducirla á su amor aquel otro Dios que espantaba de los jardines á los ladrones con su guadaña?[2]

Pero aunque á todos estos excedia en amarla Vertumno,[3] no era mas afortunado ni mas bien correspondido que los demas. ¡Cuántas veces en trage de segador, y que nadie le tendria por otra cosa, se le presentó llevándole una cesta llena de espigas! Otras muchas veces, llevando sus sienes coronadas de verde heno, parecia segador de yerbas. Otras con la ahijada en la mano parecia labrador que acababa de desuncir los cansados bueyes. Cuando llevaba una podadera se juzgaria que era podador de viñas. Si llevaba á cuestas la escala, se diria que iba á coger manzanas. Con una espada parecia que era un soldado, y con la caña en la mano un pescador. Por medio de tantos disfraces muchas veces tuvo el gusto de presentarse ante Pomona, y recrearse mirando su hermosura. Por último tomó la figura de una vieja; llenó de arrugas su rostro y su cabeza de canas, adornada con una pintada mitra,[4] y sosteniéndose en un báculo: en esta forma entró en el jardin de Pomona, y en tono de admiracion al ver las frutas, la dijo: „Ciertamente que eres de fino gusto y delicada y diestra en el cultivo de los árboles;" y al mismo tiempo que la alababa la dió algunos ósculos, que parecian de mas viveza que los de una vieja: despues se sentó sobre unos terrones, mirando que los árboles tenian sus ramos encorvados y agoviados con el peso de las frutas ya sazonadas. Habia en frente de ella un bien copado olmo, que estaba lleno de racimos de uvas; y despues de haber alabado la industria de enlazar al olmo una parra, de la que pendian los racimos, dijo: „Si este árbol estuviese solo, y sin los sarmientos que tiene

entretejidos, nada mas tendria que hojas, ni habria en él cosa que fuese apetecida; y si la vid ó parra que apoya sobre el olmo no estuviese enlazada con él, estaria tendida y arrastrando sobre la tierra. El egemplo de ese árbol deberia hacerte deponer la aversion á casarte, y persuadirte é inclinarte al consorcio. ¡Oh! si te dejases inclinar á él y le apetecieses, tendrias mas pretendientes que la hermosa Elena, mas que la gallarda Hipodamia, que fue causa de la sangrienta batalla entre los Lapitas y Centauros, y mas que la casta Penélope, muger del tímido y al mismo tiempo audaz é intrépido Ulises. Aun ahora, sin embargo de tu aversion y natural desdeñoso, te solicitan y galantean mil pretendientes, tanto semi-Dioses como Dioses de los agrestes que residen en las montañas Albanas. Tú, si eres cuerda, si apeteces colocarte bien, y si quieres admitir los consejos de esta experimentada anciana, que te ama mas que ninguno de tantos pretendientes, y mas que lo que tú puedes creer y comprender, no hagas caso de los vulgares y ordinarios, sino elige para tu union al Dios Vertumno, por cuyo amor y fidelidad salgo yo por fiadora, pues no se conoce él tan bien á sí mismo como yo le conozco, ni es una deidad que ande vagando por todo el orbe, sino que tiene su asiento y residencia fija en estas selvas y bosques: mira que no es de la clase de los que apetecen y aman la última que vieron. Tú eres para él el primero y el último objeto de su ardiente amor, y solo á tí se reserva y dedica la flor de sus años: añade á esto que es un gallardo jóven, que reune en sí las gracias de la edad y de la naturaleza, y que tiene la habilidad de transformarse con aptitud y elegancia en todas las figuras que se le antojan, y hará cuanto tú quieras, aunque le mandes lo mas dificil; y á mas de esto es de tu mismo gusto é inclinacion, y procura llevarte la ventaja en el cuidado y esmero de las

frutas: hace mucho alarde y aprecio de las que son de tus jardines; pero lo que principalmente ama y desea es á tí, y no á otra cosa alguna, á quien pospone las sabrosas frutas y las yerbas y plantas de delicado jugo que se crian en los huertos. Compadécete de su amor, y cree que es él mismo el que te está requebrando y hablando por mi boca. Teme la venganza que toman los Dioses contra los insensibles; teme á la Idalia Venus, que aborrece los corazones duros y que se resisten al amor, y teme por último la ira de la cruel Nemesis, que nunca se olvida ni se desentiende del merecido castigo.

* * *

Notas

1. Viene de *pomus*, voz latina, que en castellano significa la manzana.

2. Era el obsceno Dios Príapo, de quien hace burla Horacio en una de sus sátiras.

3. Este era un Dios que mudaba formas y figuras cuando se le antojaba, como Proteo &c.

4. En la remota antigüedad llamaban mitra á uno de los adornos que servian para la cabeza, entre los cuales se contaban tambien el cidaris, el galero, los títulos, las diademas, y otros semejantes.

Fábula X

IFIS Y ANAXARETE.

„Para que temas con mas razon (pues por mi mucha edad sé y he conocido muchas cosas) te contaré un suceso muy notorio y sabido en toda la isla de Chipre, y su referencia podrá suavizar la resistencia y dureza de tu inclinacion, y hacerte mas fácil á los ruegos y al amor. Ifis, continuó la fingida vieja, nacido en dicha isla de padres humildes y plebeyos, vió á la noble y hermosa Anaxarete, que traia su antigua é ilustre descendencia de Teucro, hijo de Telamon. Su vista encendió en él un activo fuego de amor, que le penetró hasta los huesos y medulas. Sin atreverse á descubrirle le resistió bastante tiempo, hasta que llegó al extremo de que ya no bastaba la razon para reprimir y tener oculta la vehemencia de su pasion, la cual le dirigió y condujo hasta el atrio y primera entrada de su querida en busca de ocasion de suplicarla y manifestarle su amor. Alli unas veces viendo al ama ó camarera de Anaxarete, y manifestándole el extremo de su amor, la rogaba por la salud de su alumna le fuese para con ella buena intercesora, y la ablandase á su cariño. Otras veces se valia de los criados, á los que hablaba en un tono cariñoso y lisonjero, y les rogaba con mucho ahinco le proporcionasen algun favor de su señora: muchas veces les daba billetes

para que se los entregasen, manifestándola en ellos lo fino y excesivo de su amor: otras veces se explicaba poniendo á las puertas y ventanas guirnaldas y ramos de flores humedecidas y regadas con el rocío de sus lágrimas: siempre estaba en el portal, reclinando su delicado cuerpo y cabeza en el duro umbral, y alli se quejaba y maldecia aquellas puertas, que para él siempre estaban cerradas. La esquiva Anaxarete se desentendia á todas estas demostraciones, y mas sorda que el mar cuando se embravece, y mas dura que el hierro Nórico[1] y que el peñasco vivo y aun no cortado y arrancado de la cantera, despreciaba las ansias de Ifis, y se burlaba de ellas con hechos de desprecios y burlas pesadas, y llegó hasta despedirle con palabras orgullosas, desesperanzando enteramente á su amante. No pudo Ifis sufrir con paciencia el tormento de tan durables y tan constantes desprecios, y la respondió y exclamó diciendo: „Has vencido, Anaxarete; tu dureza se ha resistido á mi amor; ya desengañado no volveré á importunarte ni á causarte mas molestia; prepara alegres y solemnes triunfos, entona himnos y cánticos triunfales, aclama á Apolo con el epíteto de Pean,[2] y ciñe tus sienes con laurel, pues me has vencido, y tu esquivez ha despreciado mi amor; yo muero de buena gana como víctima de tu desprecio. Ea, cruel y de empedernido corazon, gózate y recréate con la victoria; pero entiende que tendrás que alabarme en algo, y que aunque mas me desprecies, habrá en mí alguna cosa que te sea grata, y por ella tendrás que reconocer y confesar mi mérito; y entiende tambien que mi amor no cede por tus desprecios, y que no se acabará en mí antes que la vida; pues á un mismo tiempo habré de carecer de ella y del amor que te tengo. No pienses que la fama y la voz popular serán las que te hagan sabedora de mi muerte; yo mismo me presentaré á tí, y te daré noticia de ella, y deleitarás tu vista

empleándola en mi cadaver, y en mirar un triste despojo de tu esquivez. Pero ¡ó Dioses! si es que teneis algun cuidado de los sucesos de los mortales, no os olvideis de los mios (ya no puede mi lengua proseguir suplicándoos); disponed de modo que llegue á los mas remotos siglos la fama y noticia de la dureza de Anaxarete y de la constancia de mi amor, y dad á la fama de entrambos la larga duracion que negasteis á la vida de sus cuerpos." Esto dijo; y dirigiendo primero su vista, y en seguida sus desmayados brazos á los postes de la puerta, que tantas veces habia adornado con guirnaldas y festones de flores, ató y puso en ella unos lazos y cordeles, diciendo: „¿Es posible, cruel é impía Anaxarete, que son estos los ramos y guirnaldas que te agradan y deleitan?" y al acabar de decir esto metió la cabeza y cuello en el lazo; se arrojó al aire, pero siempre con la cara hácia la estancia de Anaxarete, y quedó colgado y hecho un desdichado cadaver á la violencia de la dislocacion de las vertebras del cuello. La puerta, impelida del movimiento de los pies, hizo un ruido que parecia gemido, y abriéndose de pronto, descubrió é hizo manifiesto el fracaso de la muerte de Ifis: acudieron los criados de Anaxarete dando gritos. Descolgaron el cadaver, al que sin efecto aplicaron algunos auxilios; y como no diese esperanza alguna de vida, le llevaron á la casa de su madre (porque su padre ya habia muerto). Esta le tomó en su regazo, y abrazando tiernamente los yertos miembros de su hijo, despues que desempeñó aquellos sentimientos y sollozos que suelen hacer las desdichadas madres, dispuso el entierro, al que ella misma asistió llorando por medio de la ciudad, acompañando al féretro que llevaba á arder en la pira el amoratado cadaver. Por casualidad estaba la casa de Anaxarete en la carrera que llevaba el entierro, cuyos clamores y triste ruido llegaron á los oidos de la cruel Anaxarete, la cual ya

empezaba á agitarse por la conciencia de su dureza y por el temor de la deidad que castiga,[3] y aunque movida de curiosidad, dijo: „Vamos á ver el entierro de este desdichado," y se subió al último cuarto de su casa para verlo desde las ventanas, que hizo abrir. Apenas vió desde alli á Ifis en el ataud cuando se le endurecieron los ojos, su sangre se heló, cubriéndose todo su cuerpo de amarillez. Intentó quitarse de la ventana; pero quedó fija en ella. Quiso apartar el semblante, y tampoco pudo. En fin la dureza de su corazon se comunicó á todas las partes del cuerpo, que fue convertido en piedra. No creas que lo que te cuento es una ficcion. Salamina conserva aun la estatua por imagen de su señora, y edificaron en esta ciudad un templo en honor de Venus, que favorece al que se inclina al amor.

„Haz reflexion sobre esta aventura, hermosa Ninfa; no seas ya tan orgullosa, y rinde las armas al amor. ¡Ojalá que seas siempre feliz! ¡Ojalá que de las heladas de la primavera se libren las flores de tus árboles, y que los vientos del otoño derriben sus frutos!" Luego que Vertumno acabó esta historia, que no movió á Pomona, deja los atavíos de vieja, se transforma en un gracioso jóven, y se presenta á los ojos de Pomona tan hermoso como cuando sale el sol de una nube que habia oscurecido su resplandor. Él se apercibia á la violencia; pero ya la fuerza no era necesaria, porque la Ninfa se habia cautivado de la hermosura del Dios, y se dejó penetrar de un mutuo y recíproco amor.

Despues de la muerte de Proca, el usurpador Amulio se apoderó á fuerza de armas del unido reino de los albanos y latinos, despojando de él á su mayor hermano Numitor, el que siendo ya anciano, fue restituido, y lanzado el usurpador por el valor de sus dos nietos Rómulo y Remo: sucedió aquel á su abuelo, y en el dia de las fiestas Palilias[4] demarcó y señaló

los muros para la fundacion de Roma, en la que estableció su reino. Por el robo de los sabinos se movió guerra por estos y por Tacio su Rey contra los romanos; y como en esta guerra hubiese sido abierta y entregada á los sabinos, por traicion de Tarpeya, la avenida y el puesto fortificado que estaba al cargo de Tarpeyo su padre, se la dió el merecido castigo de quitarla la vida los mismos sabinos, que la pagaron, segun lo ofrecido, la traicion, tirando todos contra ella los escudos que llevaban en sus manos siniestras, y la dejaron oprimida y sepultada debajo de un gran monton de ellos. Despues los sabinos con mucho silencio y reprimiendo la voz, como lobos que acometen de callada, despues de haberse apoderado de las centinelas, á quienes habia rendido el sueño, dirigieron el ataque contra las puertas que Rómulo tenia cerradas y aseguradas con gruesos cerrojos y cerraduras. Juno, aun adversa y contraria á la descendencia de Eneas, abrió y franqueó una de dichas puertas, y la tenia de par en par para que por ella entrasen los sabinos, sin haber hecho ruido alguno al tiempo de volverla sobre su quicio. Sola Venus, que era protectora de Rómulo y del reino fundado por Eneas, advirtió la traicion, y sintió la caida de las aldabas, y la abertura de los cerrojos y de la puerta. Hubiera acudido al momento á cerrarla; pero no podia hacerlo, porque no era lícito ni permitido á ningun Dios el deshacer ni rescindir lo que hubiese hecho otro Dios. No obstante para socorrer á Rómulo é impedir la entrada de los sabinos fue á ver á las Ninfas de la fuente que está cerca del templo de Juno, y las pidió socorriesen á los romanos. Las Ninfas no se detuvieron en lo que pedia Venus, ni la hicieron esperar el cumplimiento de sus justos preceptos, y al punto abrieron y soltaron las venas y manantiales de la fuente. Antes de esta erupcion estaba fácil la entrada al templo abierto de Juno, al que las aguas no habian

cerrado el camino. Pusieron pues las Ninfas azufre en los íntimos conductos de la fuente, y con el humo de los betunes encendieron toda la cóncava cañería, y con estos y otros medios hicieron que el vapor y el calor penetrasen hasta lo mas íntimo y profundo de los manantiales, y las aguas, que antes vencian en frialdad á la nieve de los Alpes, empezaron á salir tan ardientes como el fuego. Los dos postes humeaban, y se ennegrecieron con el vapor encendido, y la puerta, que inútilmente se habia abierto á los desaforados sabinos, quedó intransitable por las aguas, que detuvieron á los sabinos hasta que acudieron á impedirles y disputarles la entrada las tropas romanas que les opuso Rómulo; y despues que en aquella empeñada accion quedó el suelo cubierto de cadáveres sabinos, y algunos que tambien murieron de los romanos al furor de las espadas, que derramaron mucha sangre de una y otra parte, tanto de los de Rómulo como de los de Tacio su suegro, se acordó poner fin á la guerra, y no llevarla hasta lo último, haciendo reunion de los dos reinos, y admitiendo á Tacio á la parte del mando de entrambos juntamente con Rómulo. Despues de la muerte de Tacio quedó en Rómulo el gobierno, que antes era comun, y él solo daba y promulgaba leyes á entrambos reinos, consolidados en uno solo. En este estado de cosas el guerrero Dios Marte, depuesto su morrion y descubierta su cabeza, se presentó al padre de los Dioses y de los hombres Júpiter, y le habló en la forma siguiente: „Pues ha llegado el tiempo, padre mio, de que ya esté consolidado y afirmado el recien fundado imperio de Roma, el que ya está reunido en solo Rómulo, ha llegado tambien el de que me des y concedas á mí y á tu digno nieto Rómulo el premio que me prometiste de elevarle de la tierra, y colocarle en el cielo y en el número de las deidades. Tú en algun tiempo y en el concilio

de todos los Dioses (bien me acuerdo, noté y tengo muy presentes tus cariñosas palabras) me dijiste que yo por mi arbitrio podria elevar al cielo y á la clase de inmortal á uno de mis hijos: ruégote que sea firme y se me cumpla tu promesa." Condescendió Júpiter oscureciendo el aire con negras nubes, y aterrando al mundo con truenos y relámpagos, con los que manifestó su aprobacion y consentimiento; y comprendiendo Marte estas señales de anuencia á la elevacion de su hijo, y á quitarle de la tierra, se afirmó en su lanza, y saltó á su carro tirado de caballos uncidos al yugo, salpicado con la sangre de las batallas, y agitándolos con el látigo, atravesó en un instante la vasta extension de los aires, y paró en la cima del monte Palatino,[5] donde encontrando á Rómulo que hacia justicia á su pueblo, lo arrebató en su carro. El cuerpo de este Príncipe al subir al cielo se purificó, y todo lo que tenia de mortal se disipó como la bala de plomo que es arrojada con una honda. Su rostro se le trocó en muy hermoso, y con la magestad de deidad, y vestido con la trábea[6] en la forma en que se le ve en su estatua de Quirino. Hersilia su muger lo lloraba como perdido, cuando la Reina Juno manda á Iris que baje á la tierra á consolarla, hablándola asi de su parte: „Ó matrona singular, honor y decoro de los romanos y sabinos, dignísima de haber sido antes muger del gran Rómulo, y de serlo ahora de Quirino, deja ya de afligirte, enjuga tus lágrimas, y si tienes deseos de ver á tu marido, ven conmigo al bosque sagrado que está sobre el monte Quirinal,[7] y que hace sombra al templo del Rey de los romanos.[8]" Iris obedece; y habiendo bajado á la tierra en su arco pintado con mil colores, llamó á Hersilia, y la dijo lo que Juno la habia mandado. Ella llena de respeto, y sin osar levantar la vista, la dijo: „Guíame, ó Diosa, donde dices (porque bien conozco que lo eres, aunque de pronto no pueda decir cual

seas), y muéstrame á mi marido, pues si los hados me conceden el verle, confesaré que veo al cielo." Al momento, guiando Iris, subieron al monte Quirinal, donde vieron que una estrella caia á la tierra por los aires, la cual encendiendo con su resplandor el cabello de Hersilia, la arrebató y subió al cielo, donde recibiéndola en sus brazos Rómulo el fundador de Roma, la mudó el cuerpo y el nombre, llamándola la Diosa Ora, que junta con su marido se veneró por los romanos en el templo de Quirino.

* * *

Notas

1. Nombre gentilicio que tenia la region que hoy se llama Baviera, en la cual parece hubo abundancia de hierro.

2. Esta voz era triunfal. Significaba los himnos que se cantaban á Apolo en los triunfos, y asi dijo el mismo Ovidio: *Dicite io Paean, io Paean, dicite Paean.*

3. Esta era Nemesis.

4. Eran unas fiestas que se hacian á Pales, Diosa de los pastores, y en el dia de estas fiestas se principió la fundacion de Roma; de modo que eran un aniversario de dicha fundacion.

5. Era uno de los siete montes sobre que estaba fundada Roma.

6. Era una vestidura, de la cual habia tres especies; una propia de los Dioses, otra de los Reyes y magistrados, la cual en tiempo de la República se llamaba trábea consular, y solo usaban de ella los cónsules, y otra que era propia de los augures.

7. Otro monte de los siete de Roma.

8. Rómulo con el nombre ya de Quirino.

Tomo IV · Libro decimoquinto

Libro decimoquinto

ARGUMENTO.

Siguióse Numa; el cual hizo viage á la ciudad de Crotona para inquirir su orígen y antiguo rito, donde supo que las piedras negras se habian convertido en blancas; y alli mismo oyó á Pitágoras, que disputaba de las perpetuas transformaciones de las cosas. Despues Egeria, llorando la muerte de Numa, sin admitir consuelo de Hipólito que le contaba sus transformaciones, se convierte en fuente. Esto no es menos admirable que el haberse transformado la lanza de Rómulo en árbol, y que á Cipo le naciesen cuernos. Julio César finalmente fue convertido en una estrella despues de su muerte.

* * *

Fábula primera

MISCILO ABSUELTO POR LA TRANSFORMACION DE LAS BOLAS NEGRAS EN BLANCAS.

En tanto se busca quien pueda sostener el peso de tanta magnitud, y que sea digno de suceder á tan gran Rey como á Rómulo, la fama, pronosticadora de la verdad, destina á Numa[1] para el gobierno de la ciudad de Roma. Este hombre grande no se contenta con conocer bastantemente los ritos de los sabinos, sino que concibe cosas mayores en su capaz ánimo, é inquiere cuál sea la naturaleza de las cosas. Este anhelo y cuidado le habian hecho dejar á Cures su patria, y caminar hasta á aquella célebre ciudad que tomó su nombre de Croton, aquel que recibió á Hércules en hospedage. Alli preguntando y queriendo averiguar quién fuese el que fundó en Italia aquella colonia ó ciudad griega, le satisfizo su deseo y curiosidad un viejo instruido de las antigüedades de su patria, diciéndole lo siguiente:

„Hércules, enriquecido con la presa de los bueyes de España que habia tomado á su Rey Gerion, se cuenta que navegando desde el Océano Atlántico, aportó felizmente á las playas y al promontorio de Lacinia, donde saltó en tierra, y dejando los ganados que traia que anduviesen

errantes y apacentándose en la tierna yerba, fue admitido en hospedage por Croton, que alli egercia la hospitalidad, en cuya casa descansó de las fatigas de su largo viage; y al despedirse de él le dijo que en el futuro tiempo de sus nietos y descendientes en el mismo sitio en que estaba la casa en que le habia hospedado seria edificada una célebre ciudad, como asi lo comprobó despues el siguiente suceso: „Hubo un tal griego llamado Miscilo, el cual fue hijo de Alemon, y era el mas acepto á los Dioses entre todos los de su tiempo. Á este apareció Hércules en lo mas profundo de un sueño, y le dijo: „Despierta, deja tu casa y tu patria, y marcha al punto á establecerte y fijar tu mansion junto á la corriente pedregosa del remoto rio llamado Esar." Esto le dijo, y le amenazó con muchas y muy temibles desgracias si asi no lo egecutaba. En esto recordó Miscilo, desapareciendo á un tiempo Hércules y el sueño; se levantó, y reflexionando entre sí lo que habia soñado, estuvo mucho tiempo indeciso y vacilante y sin resolverse á obedecer, pues aunque la deidad se lo mandaba, habia una ley que lo prohibia, y que imponia pena de muerte al que intentase emigrar y dejar la patria. Despues de algun tiempo tuvo una noche otro igual sueño, en el que le pareció que veia al mismo Hércules que le volvia á mandar lo mismo, y le amenazaba con muchas mas y mayores desgracias si no obedecia. Con este segundo sueño se llenó de temor, y empezó á prepararse y á dar las disposiciones de abandonar su patria y emigrar á otra region, transfiriendo y llevando consigo los Dioses Penates, y lo mas precioso que tenia en lo interior de su casa. No fue esto tan oculto que no llegasen á penetrarse sus designios, y á hablarse de ellos en la ciudad. En su consecuencia fue acusado de transgresor de la ley: se sustanció su causa, y sin necesidad de testigos ni otras pruebas se hizo patente su delito por su

propia confesion. Él en el asqueroso trage y estado de reo,[2] alzando su rostro y manos hácia el cielo, dijo: „Divino Hércules, á quien doce célebres trabajos elevaron á deidad, ruégote que me des socorro, pues tú eres la causa y el autor de mi delito." Era antigua costumbre en Argos cuando iban á juzgar á un delincuente echar en una urna bolas blancas si pensaban absolverlo, y bolas negras para condenarlo. Segun este rito se dió contra Miscilo la sentencia condenatoria, echando todos los jueces bolas negras en la urna; pero al vaciarla para contar los votos se halló que todas habian mudado el color de negro en blanco, y que la sentencia dada contra Miscilo se convirtió en favorable por favor y beneficio de Hércules. Dió á este gracias por ello, y luego que el viento se presentó favorable, se hizo á la vela, atravesó el mar Jonio; y despues de haber pasado la ciudad de Tarento, que debia su orígen á los lacedemonios, á Sibaris, el rio Neeto, de los salentinos, el golfo de Turios, á Temese, los campos de Calabria, y recorrido con mucha dificultad y peligro todas estas costas, llegó por último á la embocadura del rio Esar, donde el destino le habia señalado su asiento. Habiendo hallado cerca de alli el sepulcro del célebre Croton, edificó una ciudad, conforme á la órden que habia recibido de Hércules, y le puso el nombre del sepultado.[3]" Tal era la tradicion del pais sobre esta famosa ciudad, que los griegos habian venido á edificar á las costas de Italia.

„En ella habitaba, continuó el anciano, un hombre de la isla de Samos,[4] que se habia desterrado voluntariamente de su patria por el odio que tenia á los tiranos que habian usurpado su dominacion. El cual, aunque en el mundo y distante del cielo, se remontaba á él con la contemplacion de las cosas divinas, y vió con el ingenio lo que no podia con los ojos del cuerpo, enseñando todo aquello que habia alcanzado por medio de sus

meditaciones y vigilantes especulaciones: él explicaba á sus discípulos, que hasta cierto tiempo guardaban silencio, y no hacian otra cosa que oir con admiracion su doctrina, los principios y creacion del mundo, las causas de las cosas, qué cosa era la naturaleza, qué era Dios, de dónde provenian y se formaban las nieves, cuál el orígen de los rayos, si era Júpiter ó la nube que se rasgaba la que formaba y causaba los truenos, qué lo que conmovia las tierras y causaba los terremotos, cómo y por qué leyes hacian sus giros y círculos los planetas y los astros;[5] en suma él enseñaba cuanto antes habia estado oculto é ignorado. Él fue el primero que reprendió como abuso la costumbre de comer carne de los animales, y argüia contra ella con estas doctas, pero no creidas razones:

„Absteneos y guardaos, mortales, decia el samio Pitágoras, de ensuciar vuestros cuerpos con manjares abominables: teneis y deben bastar para vuestro alimento las semillas que contienen y producen harina, las sabrosas manzanas, que con su peso agovian las ramas de los árboles, y en las vides las uvas llenas é hinchadas de su gustoso zumo: hay yerbas y plantas que pueden comerse crudas: hay otras que se hacen sabrosas cociéndolas al fuego: no se os prohiben la leche, el queso y la miel, que huele á la flor del tomillo. La próvida naturaleza os contribuye sus riquezas, y la tierra os provee de delicados alimentos, y os proporciona abundantes comidas, sin que tengais que encrueleceros en la matanza y derramamiento de la sangre de los animales. Las fieras y los brutos son los que sacian su hambre con carne, aunque no todos, porque los caballos, las ovejas, los bueyes y vacas se alimentan paciendo yerba: solo los animales fieros y crueles, como son los armenios tigres, los furiosos leones, los lobos y los osos se ceban en manjares mezclados con sangre. Ciertamente es una cosa delincuente y

horrorosa que unas entrañas se sepulten en otras, y que un cuerpo hambriento sacie su hambre y engorde con otro cuerpo, y que un animal viva y se mantenga á costa de la muerte de otro animal. Ciertamente entre tantos dones como cria la mejor madre la tierra ¿es posible que no hay otros que os agraden que los horrorosos, y que para comerlos es menester ensangrentar los crueles dientes en las heridas, é imitar la crueldad de los Ciclopes? ¿Es posible que no halleis otro medio de saciar vuestra hambre, y llenar vuestro voraz vientre, habituado á la hartura, de otro modo que á costa de perder y destruir á otro animal? Bien veis que aquella antigua edad que se llamó de oro fue feliz, manteniendo á los hombres con las frutas de los árboles y con las plantas que producia la tierra, y no manchaban su boca con sangre de los animales. Entonces las aves volaban seguras por los aires; la liebre corria sin temor por medio de los campos, ni la credulidad habia expuesto al pez á ser cogido con el anzuelo: el universo tranquilo no conocia las asechanzas ni engaños: todo estaba en paz; pero despues que aquel perverso y dañoso autor (cualquiera que fuese), ansiando por otros alimentos, inventó llenar el hambriento vientre con manjares de carne, abrió con esto el camino á la maldad: yo creo que lo primero en que se ensangrentó el hierro fue en la muerte de las fieras: en esto no creo hubo delito, y soy de opinion que sin ofensa de la piedad podian matarse las fieras que traian expuesta nuestra vida; pero aunque para asegurarla se mataban, no por eso se comian. Desde aqui dió otro paso mas adelante la maldad, y empezó á matarse y á ofrecerse en sacrificio el cerdo, porque arrancaba las semillas y mieses con su corvo hocico, y desvanecia y quitaba la esperanza de las cosechas.[6] El cabron, porque pacia los tiernos retallos de las vides, fue llevado por víctima á las aras de Baco. Su culpa acarreó este

justo castigo á entrambos; pero ¿en qué habeis pecado vosotras, inocentes ovejas, ganado útil y apacible, que sirve para defender á los hombres de las inclemencias del tiempo, y que proveyéndonos del néctar de vuestra leche, y de vuestras lanas para vestirnos, nos sois en vida mas útiles que despues de muertas? ¿En qué han pecado los bueyes, animales sencillos, en quienes no se halla dolo ni fraude, que ningun daño hacen, y sirven para el continuo trabajo? Es un ingrato é indigno del don y fruto de las mieses el que se atreve á matar un buey, quitándole del yugo y del arado, y recompensándole asi el trabajo y beneficio de haberle labrado sus campos; y lo es tambien el que se atreve á descargar la destructora segur sobre la cerviz maltratada con el yugo, y con la que tantas veces habia cultivado y renovado los campos, y habia proporcionado tantas cosechas. Y el caso es que no para en esto la malicia y gravedad de la atrocidad, sino que quieren los hombres disculparla, atribuyéndola á las mismas deidades, las que suponen y creen se huelgan y complacen con la muerte y sacrificio de un laborioso novillo, y en esta creencia eligen el mejor y mas elegante, sin vicio ni defecto (que esto es lo que le perjudica), y adornándole con oro y cintas victimales,[7] le conducen y ponen ante las aras, donde sin entenderlas oye las deprecaciones del sacrificante, y ve que le rocían las astas y la frente con la salsa mola,[8] compuesta de las mismas semillas que sembró y cultivó, y que al darle el mortal golpe salta su sangre y tiñe el cuchillo, que como si fuese en un espejo acaso habria visto poco antes en el agua preparada para el sacrificio. Aun sin acabar de morir le abren y miran con cuidado sus entrañas y fibras para rastrear y adivinar por ellas la voluntad de los Dioses. ¿De dónde ha venido á los hombres tanta y tan insaciable hambre de manjares prohibidos? ¿Cómo teneis, mortales, valor y atrevimiento para

saciarla con ellos? Yo os requiero no lo hagais, y que fijando vuestra atencion en mis advertencias al tiempo que vayais á satisfacer vuestra hambre con los miembros de los animales que para ello matais, reflexioneis y conozcais que os comeis los cuerpos de vuestros colonos, y dais esta recompensa á los que han trabajado para vosotros; y pues se mueve mi boca por superior inspiracion, seguiré al Délfico Dios que me la mueve, os abriré el mismo cielo, y os manifestaré los celestiales oráculos. Grandes y hasta aqui ocultas é ignoradas cosas os tengo que explicar, que nunca penetraron los ingenios de nuestros antepasados, y para ello quiero tener el deleite de remontar mi discurso hasta los altos astros, y elevado como por una nube, dejando la tierra y su habitacion, sobreponerme á los hombros del robusto Atlante, y desde alli miraré con desprecio la tierra y los hombres, que descaminados y destituidos de la antorcha de la razon vagan sobre ella, animaré con mis exhortaciones á los que tiemblan y temen la muerte, desenvolviéndoles y explicándoles la serie y órden de su destino.

„Débiles mortales, les diré, atónitos con el miedo de la muerte, ¿por qué temeis la Estigia y el reino tenebroso, vanos nombres, suplicios imaginarios,[9] inventados por los poetas? Sea que la llama reduzca los cuerpos á ceniza, ó sea que la podredumbre los consuma, se acabarán con ellos los males, y no tendrán que padecer otros algunos. Solo las almas son inmortales, y cuando dejan su primer asiento van á habitar y vivir en otros cuerpos. Yo,[10] que os hablo, me acuerdo que en tiempo de la guerra de Troya fuí aquel Euforbo á quien Menelao atravesó el pecho con una lanza; y há poco tiempo que conocí en Argos en el templo de Juno el escudo que yo llevaba entonces. Todas las cosas se mudan; nada perece, y el espíritu anda vagante de allá acá y de acá allá animando diversos cuerpos: desde los

de las fieras pasa á los humanos, y desde estos á los de las fieras, sin perecer en ningun tiempo.[11] Y asi como la blanda cera, aunque siempre sea una misma, recibe varias figuras, y se la transmuta de unas en otras, deshaciendo la anterior y dándola otra nueva, del mismo modo y por este egemplo os hago entender que el espíritu siempre es uno mismo; pero va emigrando de unas figuras en otras. En este supuesto (mirad que os desengaño) lo que conviene es que no atropelleis la piedad por la gula y apetito de saciar el vientre: absteneos de hacer que con una muerte nefanda salgan y emigren de sus antiguos cuerpos los espíritus con quienes acaso tengais algun parentesco,[12] y no alimenteis vuestra sangre con otra sangre.

„Ya que me he engolfado en este gran mar de tan secretos misterios, y navego en él á toda vela, sabed que nada hay en todo el mundo que permanezca en un estado fijo: todas las cosas caminan á su destruccion, y todas las figuras varían y vagan de unas en otras. Las mismas estaciones del tiempo corren lentamente, no de otro modo que las aguas de un rio; y asi como estas no pueden estar paradas ni un solo momento, porque una ola impele á la otra, y es impelida de la que viene detras, del mismo modo huyen y corren los tiempos, y se suceden unos á otros, renovándose siempre,[13] pues lo que fue antes ya pasó, viene lo que no habia sido, y los instantes y momentos siempre se van renovando. Bien veis como la noche se alarga y va caminando hasta el punto del amanecer, en el que la resplandeciente luz del dia sucede á la oscuridad, y que el cielo va mudando su aspecto y color, pues es diferente el que nos presenta á media noche cuando todo está en silencio, y los vivientes entregados al sueño, del que tiene cuando el lucero de la mañana sale en su carro tirado de caballos blancos, y despues vuelve á mudar el color cuando la Aurora, hija de

Palante, precursora de la luz, baña al mundo con su resplandor, y le prepara para la venida del sol. El orbe y cuerpo de este está rubicundo cuando por la mañana, montando el horizonte, se va elevando de la tierra, y cuando al ponerse se esconde debajo de ella, y cándido y resplandeciente cuando está en medio de su carrera, porque alli está mas puro el aire, y menos cargado de los vapores de la tierra. La luna, presidenta de la noche, tampoco conserva y tiene una misma figura, pues si está en creciente, es hoy menor que será mañana, y mayor hoy que mañana si está en menguante. Ademas de esto ¿no observais cómo el año va variando sus cuatro estaciones, que sucediéndose unas á otras, imitan las cuatro edades de nuestra vida?[14] En la primavera, semejante á la niñez, es el año tierno y como lactante: entonces las yerbas y plantas hermosas con su verdor, aunque debilitadas y sin vigor, crecen y alientan la esperanza de los labradores. Entonces todo florece, y el campo se rie, y nos presenta un aspecto agradable con la variedad de los colores de las flores, aunque todavía no tengan vigor y firmeza las hojas. Pasa el año con mas robustez de la primavera al estío, en el que ya imita á un esforzado jóven y á la edad de la juventud, que es la mas robusta, y en la que mas abundan y se enardecen los humores y las pasiones. Al estío sigue el maduro y sazonado otoño, semejante á aquella edad apacible entre jóven y viejo, en la que apaciguado el ardor de la juventud, está el hombre en un temperamento medio, y empiezan á encanecérsele las sienes. Últimamente sigue el invierno, semejante á la vejez erizada y de trémulo paso, la que ó despoja al hombre de sus cabellos, ó se los encanece. Nuestros cuerpos tambien se van del mismo modo trocando y mudando sin cesar ni parar en ellos un momento el lento estrago,[15] y asi no seremos mañana lo que fuimos ayer ni lo que

somos hoy. Hubo un cierto dia en que habitamos y existimos en el vientre de nuestras madres, no hombres aun, sino un embrion inanimado, y una primera esperanza de llegar á ser hombres. La naturaleza aplicó á nosotros sus diestras y formadoras manos, y despues que nos tuvo ya formados y animados, y en sazon de nacer, no quiso estuviésemos mas tiempo comprimidos y encarcelados en el vientre de nuestras madres, que ya no podia dilatarse mas, y de aquella estrecha cárcel nos sacó á respirar el aire libre.[16] Despues de nacer, sin tener fuerzas para sostenernos, pasamos el tiempo de la lactancia echados en la cuna ó en el regazo de nuestras madres. Cuando ya tenemos algun mas vigor empezamos á movernos, y á andar con pies y manos como los animales de cuatro pies, á lo que se sigue el esforzarnos á ponernos y estar en pie, temblando con débiles piernas, y empezar á echar los pasos, sostenidos y apoyados en algun arrimo. Adquiriendo poco á poco agilidad y fuerzas, llegamos á la juventud, cuya robusta edad se nos pasa con ligereza,[17] y con la misma corre tambien el tiempo de la edad media, y como cuesta abajo nos resbalamos y precipitamos á la vejez caduca y consumidora, que nos quita y debilita las fuerzas de todo el tiempo anterior, y nos conduce á la muerte. Milon ya viejo[18] lloraba al mirar flojos y débiles sus brazos, en otro tiempo tan robustos y nerviosos como los de Hércules. Elena tambien lloraba en su vejez al mirar en el espejo su rostro lleno de arrugas, y se admiraba entre sí misma de ver en lo que habia parado su singular hermosura, por la que habia sido dos veces robada.[19] El tiempo consumidor de todas las cosas, y tú tambien, odiosa vejez, todo lo destruis y arruinais, y desmoronando y corrompiendo todas las cosas con los estragos y dentelladas del tiempo,[20] las haceis perecer con una lenta y pausada muerte. Aun aquellas cosas que

llamamos elementos no estan exentas de vicisitudes, ni permanecen en un ser: escuchadme con atencion, y os explicaré y manifestaré las mutaciones que suceden en ellos.

„El mundo desde su orígen contiene cuatro primeros cuerpos, que son el principio de que proceden todos los seres. Los dos mas pesados, la tierra y el agua, son llevados á lo inferior con su propio peso: el aire y el fuego, mas puro que el aire por carecer de gravedad, ocupan la region mas elevada, los cuales, aunque distantes uno del otro por su situacion, no obstante entran en la composicion de todos los cuerpos, y estos se resuelven y convierten últimamente en ellos. La tierra se resuelve y convierte en agua; el agua al disiparse se vuelve aire; el aire, habiéndose descargado de lo mas grosero que tenia, se sutiliza y toma la naturaleza del fuego, y por medio de una revolucion enteramente contraria el fuego que se condensa se convierte en aire; este aire vuelve otra vez á ser agua, y el agua que se espesa vuelve á tomar la consistencia y la solidez de la tierra. En el mundo ninguna cosa conserva su primera forma; y la naturaleza, novadora de todas las cosas, repara unas formas con la destruccion de otras. En todo el universo (creedme) ninguna cosa perece ni se aniquila, sino que solo varía, muda y renueva su antigua figura: llamamos nacer el empezar á ser otra cosa que lo que era antes, y morir el dejar de ser lo que antes, y tomar otra nueva forma: aunque haya estas variaciones, y las cosas de acá se truequen en las de allá, y al contrario, lo que es los seres permanecen constantes, y nunca perecen. Vivo en la cierta creencia de que no hay cosa alguna que permanezca mucho tiempo sin mudar de forma ni perder su antigua figura. Debe bastaros para persuadiros de esto el observar que por las continuas vicisitudes desde el dichoso siglo de oro habeis venido á parar

poco á poco é insensiblemente en el de hierro, y que tantas veces habeis visto mudarse y trocarse la faz de la tierra y unos sitios en otros. Yo he visto reducidas á mares y ocupadas por las aguas las que antes fueron tierras sólidas y firmes, y por el contrario reducido á tierras lo que antes fue mar, y que asi lo demuestran las conchas marinas, y las viejas áncoras que suelen hallarse en lo empinado de los montes. Vemos tambien que lo que antes fue un llano campo hoy está reducido á un valle por el ímpetu y corriente de las aguas, y que desmoronadas las montañas con las avenidas, se convirtieron en amenas y apacibles llanuras, y las tierras que antes fueron pantanosas estan ahora áridas con las secas arenas, y las que antes fueron de secano abundan ahora en humedades, y estan hechas estanques de agua. En unas partes la naturaleza ha brotado nuevas fuentes, y en otras se han secado y cerrado los antiguos manantiales; en unas partes al ímpetu de los terremotos nacen y salen nuevos rios, y en otras al mismo ímpetu suspende su corriente, y se cierran y secan los que antes habia. Asi ha sucedido con el rio Lico,[21] á quien se sorbió una grande abertura que hizo un terremoto, y le transmutó y mudó su nacimiento y corriente á otro sitio muy distante. El Erasino[22] unas veces corre sobre la tierra, y otras escondiéndose debajo de ella, va por último á renacer y salir en los campos de Argos. Del Caico, rio de Misia, se cuenta tambien que mudado su nacimiento y antigua corriente, corre ahora por otra muy diversa. Tambien el Amaseno, rio de Sicilia, algunas veces corre con arenosas aguas, y otras se queda en seco por cerrársele sus manantiales. El agua del rio Anigro,[23] era antes buena para beber; pero hoy es peligroso hasta el tocarla, despues que (si no es que los poetas han mentido) los Centauros la inficionaron y envenenaron, lavándose en ella las heridas que les habian hecho las flechas de Hércules.

La del rio Hipanis,[24] que baja de las montañas de la Escitia, habiendo sido antes dulce, está hoy corrompida con una amargura salobre. Antissa, Paros y Tiro en otro tiempo fueron islas; hoy estan unidas á la tierra firme: al contrario Léucada,[25] que estaba unida al continente, se ha separado despues, y se ha hecho una isla. Tambien se dice que Zanclea[26] estuvo unida á la Italia hasta que el mar la cercó y separó de la tierra. Si preguntas qué se han hecho Helice y Buris, ciudades de Acaya, las hallareis sumergidas en las aguas; y todavía los marineros suelen mostrar los pueblos que fueron sumergidos con sus murallas. Cerca de Trecene, patria de Piteo, hay un monte algo empinado y sin árboles algunos, el cual habiendo sido antes una llana campiña, ahora es una montaña, porque (causa horror el referirlo) el ímpetu de los vientos encerrados en las cavernosas entrañas de la tierra, luchando en ellas y buscando salida, como no la encontrase, ni hubiese abertura alguna por donde salir el aire libre, extendió é hinchó la tierra[27] del modo que el soplo de la boca suele hinchar una vejiga ó una piel de cabron. El sitio permaneció y permanece aun en forma de un elevado collado, que se endureció y petrificó con el transcurso del tiempo.

„Entre las muchas cosas que me ocurren, y que vosotros habreis conocido ú oido decir, os añadiré y referiré algunas pocas. Hasta las aguas padecen vicisitudes, y mudan sus cualidades y figuras. La que mana en la fuente que está junto al templo de Júpiter Ammon al medio dia está fria, y caliente al salir y ponerse el sol. En los pueblos Atamanes[28] se cuenta haber una fuente, la cual cuando la luna está en su menor luz enciende y hace arder los maderos que arrojan en ella. Los Cicones[29] tienen un rio, cuya agua petrifica las entrañas del que la bebe, y convierte en piedra lo que con ella se rocía ó toca. El rio Crati y el Sibari,[30] que no está muy distante de

estas playas, tienen la virtud de volver los cabellos color de oro ó ámbar. Pero lo que es aun mas de admirar es que hay aguas que no solo mudan los cuerpos, sino tambien los ánimos. ¿Quién no ha oido hablar de la fuente Salmacis,[31] que vuelve afeminados á todos los que se bañan en ella? Tambien hay un lago en Etiopia, en el cual si alguno bebe, ó se enfurece, ó padece un sueño de maravillosa pesadez. Cualquiera que bebe el agua de la fuente de Clitorio[32] aborrece el vino, solo le gusta abstenerse de él, y beber agua pura; lo que procede ó de que hay en dicha fuente alguna virtud contraria al calor del vino,[33] ó de que, segun lo cuentan los naturales de aquel pais, el hijo de Amitaon,[34] despues que por virtud de los encantos y las yerbas curó y libertó de la locura y furor á las hijas de Preto, arrojó en aquellas aguas los humores de que las purgó el celebro, con lo que contrajeron la virtud y eficacia de aborrecer el vino. Las aguas del rio Lincesto[35] corren con una virtud contraria á las de la fuente Clitorio, pues el que bebe con abundancia de ellas se emborracha como si hubiera bebido vino puro. En Arcadia hay un lago, que los antiguos llamaban el lago de Feneo, cuyas aguas son perniciosas bebidas de noche, y de dia no hacen daño. Á este modo los lagos y los rios tienen diversas y opuestas virtudes. En lo antiguo la isla llamada Ortigia[36] andaba flotando sobre las aguas como una nave, y ahora está inmóvil y fija. El navío Argo temió en otro tiempo á las Simplegades, esparcidas con el concurso de las quebradas olas, las cuales ahora son islas firmes, y capaces de resistir á toda la impetuosidad de los vientos. El Etna, que arde y arroja erupciones de azufre encendido, no arderá siempre, porque no siempre hubo en él fuego ni estuvo encendido. Porque bien sea que conceptuemos á la tierra un grande animal que vive y respira llamas por algunos sitios, puede trocar cada vez que se

conmueve las bocas y caminos de su respiracion, cerrar las antiguas cavernas, y abrir en otras partes otras nuevas. Bien sea que opinemos que los vientos encerrados en las mas profundas cavernas de la tierra agitan las piedras unas con otras y las materias inflamables, y con estas agitaciones las encienden, luego que llegue el tiempo de que dichos vientos se aplaquen y apacigüen, cesará el fuego, y las cavernas subterráneas se quedarán frias: y por último bien sea que opinemos que los fuegos subterráneos se ceban y nutren por los betunes y azufres que hay en la tierra, luego que estos se consuman con el largo tiempo, y falte la materia y alimento á las llamas consumidoras, faltará el fuego, y se apagará él mismo por falta de materia en que cebar su hambre devoradora. Se dice que los que habitan en el monte Palene, que está en la region de los Hiperboreos,[37] si se bañan nueve veces en el lago Triton, se les puebla de plumas todo el cuerpo. No tengo por creible lo que acabo de referir, ni tampoco lo que se cuenta de las mugeres de Escitia, que untándose con el zumo de ciertas yerbas venenosas sus cuerpos, les nacen plumas, y se convierten tambien en aves. Pero no por esto se ha de dejar de dar crédito á las cosas que califica la experiencia, la cual nos está manifestando que al paso que los cadáveres de los animales se van corrompiendo con el tiempo y por su cálido humor, se convierten en gusanos y otros insectos. Haced la experiencia en un novillo (cosa es que está bien conocida por repetidos egemplares); matadle, y despues tenedle guardado y encerrado hasta que se corrompa, y de él nacerán y saldrán laboriosas abejas,[38] que siguiendo la inclinacion del padre de quien nacieron, frecuentan los campos, recogen el rocío de las flores, y se apresuran á la conclusion de su obra, trabajando con la esperanza de su alimento y de la multiplicacion de su especie. Los tábanos tambien nacen

del cadaver del guerrero caballo, si se le sepulta y esconde en la tierra. Si quitais los brazos á un cangrejo, y cubris de tierra el resto del cuerpo, saldrá un escorpion con aquella cola tan temible. Es cosa conocida entre los labradores que los gusanos de seda se convierten en mariposas. El cieno de las lagunas contiene en sí semillas que producen las verdes ranas, y las engendra truncadas de pies, los que despues les van saliendo acomodados para nadar, y los posteriores son mas largos que los brazos para que puedan saltar con mas facilidad. El oso recien nacido solo es una masa de carne; la madre lo forma en miembros[39] lamiéndolo, y le da la forma que le vemos. Es cosa sabida que las abejas que nacen en aquellas celditas hexágonas[40] que hacen en los panales, no están al principio bien formadas, y que los pies y las alas les vienen algun tiempo despues. ¿Quién creeria á no verlo que de la yema que esta en medio del huevo pudiesen formarse y nacer la ave dedicada á Juno, cuya cola está sembrada de estrellas, el águila de Júpiter, las palomas de Venus, y en una palabra todo género de aves? Hay quien cree que corrompida la medula del espinazo de un cadaver humano encerrado en el sepulcro, se convierte en una culebra. Todas las referidas transformaciones traen su principio de otros seres; pero hay una ave, que los asirios llaman el Fénix, que se repara y renueva á sí misma: esta ave no se mantiene de yerbas ni granos, sino de las lágrimas del incienso y del jugo del amomo. Luego que cumple los quinientos años de su vida fabrica con su duro pico y sus uñas un nido en las ramas de una encina ó en la copa de una palma, y poniendo en él aristas de canela, de nardo, de cinamomo con mirra, se echa sobre todo, y concluye su vida en medio de olores aromáticos. Aseguran que de él renace otro pequeño Fénix para vivir otros tantos años. Luego que este tiene bastantes fuerzas para llevar peso, carga

con el nido que le sirvió de cuna y de sepulcro á su padre, y despues de haberlo llevado hasta la ciudad del sol,[41] deja este precioso depósito á la puerta del templo de este Dios. Si en el número de estas maravillosas novedades debe entrar y contarse la de la alternacion de sexos, tambien debemos maravillarnos de lo que se cuenta de la hiena, que unas veces es hembra y otras macho. El camaleon, que se mantiene del aire, va mudando su color, segun el que tienen las cosas que toca. Baco trajo los linces de la conquistada India, cuya orina, segun se dice, se convierte en piedra luego que sale de la vejiga, y se congela al punto que toca el aire. Se concluiria el dia, y el sol llegaria al término de su carrera antes que yo acabase de referir rodas las cosas que se han transformado en nuevas especies. Vemos que con el tiempo todo se va trocando, y que unas naciones se robustecen y fortalecen, y otras se destruyen. La gran ciudad de Troya, que en algun tiempo fue famosa y abundante en poblacion y riquezas, y que á costa de mucha sangre pudo defenderse por el tiempo de diez años, ahora destruida y arrasada solo presenta en lugar de sus riquezas algunas ruinas y restos de su antigüedad y los sepulcros de sus antepasados. Esparta antigüamente fue una ciudad célebre; Micenas, Atenas y Tebas florecieron igualmente, y en el dia Esparta está reducida á un campo despreciable; Micenas se halla destruida; Tebas, corte de Edipo, ¿qué otra cosa es hoy que una fábula? y de Atenas ¿qué ha llegado hasta nosotros sino el nombre? Ahora dicen que empieza á elevarse la troyana Roma, que edificada junto á la corriente del Tíber, pone su gran mole por cimiento para fundar un grande imperio. Esta pues aumentándose cada dia, va mudando su forma, y llegará tiempo en que sea la capital de todo el orbe. Asi se cuenta que lo predijeron los agoreros y los oráculos; y segun hago memoria, Heleno, hijo de Príamo,

cuando Troya fue destruida consoló á Eneas que lloraba y desconfiaba del remedio, diciéndole: „Hijo de la Diosa, si tienes alguna confianza en el arte de leer en lo por venir que yo poseo, puedo predecirte que Troya no será enteramente destruida en tanto que tú vivas. El hierro y el fuego te abrirán camino, y llevarás contigo las tristes ruinas de Ilion, hasta que halles en una tierra extrangera un establecimiento, donde serás mas dichoso que en tu patria. Ya estoy viendo una gran ciudad que deben edificar tus descendientes, tal que no hay ni habrá, ni se ha conocido otra igual en los pasados siglos. Sus próceres y principales la harán poderosa por mucho tiempo; pero un descendiente tuyo y de tu hijo Ascanio[42] la elevará á señora y cabeza del mundo. Despues que haya acabado su carrera, los Dioses se lo llevarán de la tierra para colocarlo en el cielo, que le está destinado.[43]" Esta fue la prediccion que hizo Heleno á Eneas. Hoy que empieza á cumplirse estoy contento de los progresos de una ciudad que está aliada con Crotona, y veo con gusto que ha sido útil á los troyanos el haber sido vencidos por los griegos.

„Pero volviendo á mi asunto, y al fin y término que me he propuesto, y del que me he apartado algo, habeis de saber que el cielo y cuanto se contiene debajo de él, y asimismo la tierra y lo que se encierra dentro de ella, va mudando cada dia su forma. Nosotros, que somos una parte del mundo (porque no somos solamente cuerpos, sino tambien almas espirituosas, que pueden transmigrar á las fieras y á los ganados), dejemos que vivan seguros y tranquilos aquellos seres en quienes pueden residir los espíritus de nuestros padres, hermanos y parientes, ó en fin, de los hombres cualesquiera que sean: no metamos en nuestros estómagos manjares y cenas como la de Tiestes. El que degüella á los inocentes novillos, y oye

insensible sus tristes bramidos, ¡qué mala costumbre adquiere, y cómo se habitúa á derramar con impiedad la sangre humana! Lo mismo sucede al que se atreve á degollar á un cabritillo, que da gritos semejantes á los de un niño, y á comerse una ave que él mismo ha cebado. En todas estas cosas ¿qué es lo que falta para una completa maldad? Y ¿adónde se pasará y hará tránsito desde la impiedad de matar á los animales? El buey sírvanos para arar hasta que envejecido se muera. La oveja suminístrenos el defensivo contra el frio; y las cabras nos sirvan solo para ordeñarlas y sacarlas su leche. Dad de mano á las redes y lazos; no egerciteis las artes engañadoras; no useis de la liga para engañar los pajarillos, ni de las flechas para los ciervos y demas animales de los montes, ni tampoco de los anzuelos escondidos bajo del cebo para los incautos peces. Perseguid y destruid á los animales que son dañosos; pero no hagais mas que matarlos, y no os sirvais de ellos para comer, sino contentaos con los alimentos proporcionados y conducentes."

Instruido Numa con estos y otros semejantes documentos, se cuenta que volvió á su patria, y que habiendo sido rogado y solicitado, sucedió á Rómulo, y tomó el gobierno del pueblo y reino latino. Este Rey, por los sabios consejos de Egeria su muger y de las Musas que consultaba, tuvo la felicidad de inspirar á un pueblo feroz, y que solo respiraba guerra, sentimientos de paz, afabilidad y equidad, y de instruirlo en las ceremonias de la religion. Reinó hasta una extrema vejez, y su muerte causó y costó lágrimas á las matronas romanas, al pueblo y á los senadores. Su muger, habiendo dejado á Roma, se retiró á la selva de Aricia, donde interrumpió muchas veces con sus gemidos y quejas los sacrificios que se ofrecian á aquella Diana que Orestes habia llevado alli. ¡Ah! ¡cuántas veces las Ninfas de los bosques y de los lagos la persuadieron que no llorase, procurando

consolarla con sus palabras consolatorias! ¡Cuántas veces Hipólito, viéndola bañada en lágrimas, le dijo: „¡Pon fin á tu llanto! No pienses que tu suerte es sola digna de llorarse; reflexiona las desgracias que acaecen á otros, y sufrirás con mas paciencia las tuyas! Mis calamidades bastarán á consolarte, y ¡ojalá que no tuviese yo en mí mismo egemplares que proponerte para templar tu dolor! Pues puedo referirte los sucesos de aquel Hipólito que algunas veces habrá llegado á tus oidos, y que fue víctima de la credulidad de su padre, y de la calumnia y engaño de su madrastra. Te causará admiracion, y con dificultad podré inclinarte á la creencia; pero tengo de ello tales pruebas, como que soy el mismo Hipólito á quien la hija de Pasifae,[44] en despique de que desprecié sus ruegos é instancias amorosas, me acusó á mi padre, fingiendo y suponiendo que yo me habia atrevido contra su honor, y atribuyéndome lo que ella habia intentado y querido, recriminando contra mí su propio delito, ó por recelo de que yo no lo descubriese é hiciese creer á mi padre, ó lo que es mas regular, ofendida y resentida de mi resistencia y desprecio. Aunque yo estaba inocente, mi padre, creyendo con ligereza la calumnia, me desterró de Atenas, y al tiempo de mi partida profirió contra mí las mas horrorosas imprecaciones. Caminaba yo á mi destierro sobre mi carro, dirigiéndome á Trecene á refugiarme de mi abuelo Piteo, que reinaba en ella. Ya llegaba á las playas de Corinto cuando se alborotó el mar, y las aguas formaron una excrescencia que parecia una montaña que por momentos se iba elevando, hasta que precediendo espantosos bramidos, se rompió en lo mas alto aquel cúmulo de aguas, del que salió un terrible becerro marino armado con sus cuernos, y levantado del medio cuerpo arriba sobre las aguas, arrojaba gran porcion de ellas por las narices y boca. Llenáronse de pavor los que me

acompañaban; mas yo, á quien solo afligian el cuidado y pena de mi destierro, me mantuve en mi presencia de ánimo. En esto espantándose los feroces caballos que tiraban el carro, volvieron la cabeza y cuello hácia el mar al oir el ruido, y empinadas las orejas, y espantados á la vista del monstruo, dejaron el camino, y echaron á correr, y á arrastrar el carro por asperezas y peñascos. Yo me esforzaba en vano á detenerlos, tirando de las riendas salpicadas de las blancas espumas que arrojaban, y me inclinaba hácia atras para tirar con mas fuerza. Estas diligencias no me hubieran sido inútiles, y yo hubiera conseguido detener el ímpetu y furor de los caballos; pero tuve la desgracia de que una de las ruedas que sostienen el ege se quebró y deshizo por haber tropezado en el tronco de un árbol. Esta casualidad me hizo caer del carro, y como estaba asido á las riendas y enredado en ellas, si lo hubieras presenciado hubieras visto cómo fueron arrastradas mis vivas entrañas, cómo mis nervios y miembros se iban quedando á pedazos prendidos en los troncos y puntas de los peñascos, cómo sonaban mis huesos al tiempo que se rompian y quebraban, y cómo por último exhalé el alma ya debilitada,[45] y en fin hubieras visto que no quedó de todo mi cuerpo miembro alguno que pudieras conocer, porque todos quedaron destrozados, y todo yo era una herida. ¿Puedes ahora, Egeria, ó te atreves á comparar tu desgracia con la mia? Añade tambien que bajé al reino tenebroso; que lavé mis heridas en las aguas inflamadas del Flegeton,[46] y que jamas hubiera vuelto á ver la luz del dia, si el hijo de Apolo[47] por la virtud poderosa de su arte no me hubiese vuelto la vida.[48] Como Pluton estaba indignado del beneficio que acababa de recibir, y que mi presencia pudiera inspirar envidia á las sombras, Diana, al conducirme fuera de los infiernos, me cubrió de densas nubes; y para que estuviese

seguro, y pudiera sin daño ser visto, mudó esta Diosa todas mis facciones, me aumentó la edad, y me dejó enteramente desconocido. Estuvo algun tiempo perpleja sobre si me dejaria en la isla de Creta ó en la de Delos. Y por último dejando la una y la otra, y pasando adelante, me trasportó á este pais,[49] y me mudó el nombre para que el de Hipólito no recordase mis desgracias. „Tú te llamas Hipólito, me dijo; en lo sucesivo te llamarás Virbio.[50]" Desde entonces habito en este bosque, y como uno de los Dioses menores vivo aqui oculto bajo la proteccion de Diana, y estoy dedicado y adscrito á su deidad."

Con todo, las desgracias de Hipólito no fueron bastantes para consolar el llanto de Egeria, la cual, dejándose caer en lo mas bajo de la falda de la montaña, se deshacia en lágrimas; y conmovida Diana de la piedad y cariño conyugal que la tenian en tanta afliccion, hizo de su cuerpo una fuente, y adelgazando sus miembros los redujo á un continuo manantial.

La novedad de esta transformacion admiró á todas las Ninfas de aquel bosque, y el hijo de la Amazona[51] se quedó tan pasmado como aquel labrador de Toscana cuando vió en el campo que araba un terron que primero por sí mismo y sin impulso de otro se movia, y despues dejando la forma de tierra, tomó la de hombre, y empezó á predecir lo por venir. Los naturales del pais le llamaron Tages, y fue el primero que enseñó á los etruscos el arte de adivinar. Tambien se puede comparar la admiracion de Hipólito á la de Rómulo, cuando habiendo arrojado su lanza al monte Palatino, la vió al momento echar raices, y que ya no era lanza, sino árbol, cuya sombra admiró á los que la veian, y nunca esperaron pudiera producirla una lanza.

En fin, la admiracion de Hipólito fue tan grande como la de Cipo,[52]

cuando mirándose en las aguas del Tíber, vió que tenia cuernos en su cabeza. Esta maravilla la tuvo al principio por una ilusion; pero habiendo llevado muchas veces las manos á la frente, tocó con ellas lo que acababa de ver. Esta aventura, que le sucedió cuando volvia á Roma despues de haber vencido los enemigos de la patria, le obligó á detenerse; y levantando los ojos y manos al cielo, hizo esta súplica: „¡Ó Dioses! si este prodigio es un feliz presagio, consiento que lo sea para el pueblo romano; si es de mal agüero, que no sea funesto sino á mí solo." Despues erigió un altar de césped, sobre el cual quemó incienso, derramó vino, y despues que sacrificó dos ovejas, especuló en sus entrañas lo que los Dioses le anunciaban por este extraño caso. El adivino Tirreno,[53] que las examinó al mismo tiempo, percibió que prometian, aunque de un modo oscuro, grandes destinos á Cipo; pero luego que quitó la vista de las fibras de la víctima para levantarla á los cuernos de Cipo: „Salve, le dijo; yo te saludo en calidad de Rey. Lo que te acaba de suceder me anuncia que Roma y cuanto está sujeto á su poder te reconocerán por Soberano. Apresúrate á entrar en la ciudad que te abre sus puertas: asi lo mandan los hados. Luego que llegues á la ciudad serás coronado, y tu reinado será largo y tranquilo." Á estas palabras Cipo retrocedió, y apartando su desagradable rostro de los muros de la ciudad, dijo: „¡Ah! ¡qué funesto presagio! ¡Arrojen los Dioses lejos tal agüero! Mas bien querré pasar en destierro el resto de mi vida, que entrar en el Capitolio con el nombre de Rey." Dijo esto, y al punto convoca al senado y al pueblo; y habiendo tenido la precaucion de cubrirse la cabeza con una corona de laurel, se puso sobre una altura hecha por los soldados.[54] Alli, despues de haber rogado á los Dioses segun costumbre antigua, habló en estos términos: „Aqui hay un hombre que será vuestro

Rey si no le echais de la ciudad. Quién sea este lo mostraré por una señal, no por el nombre. Cuernos tiene en la frente, y los adivinos le han pronosticado que si entra en Roma será Rey, y os dará leyes. Pudiera haber entrado con ímpetu por las puertas abiertas; pero yo se lo he estorbado, aunque ninguno está mas unido á él que yo. Á vosotros, ó romanos, pertenece ahora estorbarle la entrada, y si lo teneis por causa suficiente para ello, aprisionadle con pesadas cadenas, ó mas bien aseguraos de tal miedo con la muerte del tirano." Á este discurso siguió un confuso rumor de todo el pueblo, como el que hace un torbellino cuando sopla en los elevados pinares, ó como el de las olas del mar cuando se oyen desde lejos; pero entre lo mucho que confusamente articulaba el pueblo se percibia bien que todos á una voz decian: „¿Quién es ese hombre?" En esto empezaron á buscarle, mirándose y reconociéndose las frentes y cabezas unos á otros, buscando al que tenia la señal de los cuernos, y entonces Cipo, quitándose la guirnalda que los cubria, y enseñando los dos que tenia en sus sienes, les dijo: „Yo soy; miradme: aqui teneis al que buscais." Todos bajaron la vista, y empezaron á suspirar, no atreviéndose á mirar (¡quién lo creyera!) la cabeza de aquel que tan benemérito era á la patria; y no permitiendo que estuviese mas tiempo desairado con aquella insignia tan indecorosa, se la cubrieron volviéndole á poner la guirnalda.

Los senadores, no pudiendo permitir la entrada en la ciudad á un hombre á quien el agüero pronosticaba y destinaba la dignidad real, le concedieron y decretaron fuera de ella otra tanta tierra cuanta pudiese rayar y señalar con el sulco que uncidos al arado hiciesen dos bueyes desde salir el sol hasta ponerse; y para la perpetua memoria de este suceso hicieron esculpir en los postes de bronce de la puerta por donde debia

haber entrado Cipo una estupenda figura de un hombre con cuernos.

* * *

Notas

1. Rómulo estableció con el poder y la fuerza armada el reino de los romanos, y Numa pacífico se dedicó á consolidarle con los ritos y ceremonias, conociendo que la religion es la columna de los Estados.

2. Habia una toga que se llamaba *sordida*, la cual ponian á los reos cuando los sacaban á ajusticiar.

3. Crotona, que hoy se cree ser Cortona.

4. Isla del mar Icario.

5. Todo esto es un breve compendio de la filosofia de Pitágoras.

6. Por estas razones y las demas que siguen se sacrificaban el cerdo á Céres y el macho cabrío á Baco.

7. Era rito el dorar las astas y frente de las víctimas, y adornarlas con cintas y guirnaldas; y á esto aludió Virgilio en aquel verso:

8. Era una composicion líquida y fluida que se hacia con harina y agua, con la cual rociaban la víctima, y á este acto llamaban inmolacion, nombre que vino despues á significar todo el sacrificio.

9. Para establecer Pitágoras su desconcertado dogma de la transmigracion sienta primero la frugalidad de aquella primera edad que se llamó de oro, en que los hombres se mantenian con frutas y semillas, queriendo reducir las cosas á estos primitivos alimentos, y proscribir el uso de las carnes, apoyándose para ello en su errado dogma de la transmigracion, bien opuesto á la razon y á la creencia que hasta él tuvieron todos los gentiles de que las almas no pasaban á animar á otros cuerpos, sino que eran inmortales, y segun sus méritos eran destinadas á tormentos ó á delicias eternas en el desagradable reino de Pluton.

10. Es Pitágoras, en cuya persona va hablando el poeta.

11. Este es el principal fondo del error de la transmigracion.

12. En la hipótesis de su error quiere decir que el espíritu del animal que se mata puede haber sido el que antes animó á alguno de los abuelos ó ascendientes del que quita la vida al animal.

13. Horacio describió bien esta sucesion y vicisitud de las estaciones del año en aquella célebre oda que empieza: *Diffugere nives*.

14. Nuestro poeta hace cuatro las edades del hombre, comparándolas á las cuatro estaciones del año; pero otros las hacen siete con respecto al número de los planetas, y las cuentan de este modo: infancia, adolescencia, juventud, edad viril, decadente, senectud y decrepitud.

15. Á semejanza de esto dijo Horacio: *Singula de nobis anni praedantur euntes*; con lo que describió el lento estrago que van causando los años cuando empiezan á declinar, que eso significa la voz *euntes*.

16. Esto comprueba la opinion de que el feto no respira en el útero materno, ni hasta que nace y sale al aire exterior.

17. Todo esto conforma bien con lo que leemos en el libro de Job acerca de la vida del hombre: *Fugi velut umbra, et numquam in eodem statu permanet.*

18. Fue en su juventud un célebre atleta de la ciudad de Crotona de tan grandes fuerzas, que de una puñada mataba á un novillo, y cogiéndole sobre sus hombros, le llevaba por el espacio de un estadio, que son doscientas y cincuenta varas castellanas.

19. La primera por Teseo, y la segunda por el troyano Páris.

20. El tiempo es significado por el planeta Saturno, cuya pintura mitológica es la de un hombre membrudo, descarnado y decrépito, con alas en los pies, un relox de arena con alas sobre la cabeza, signos todos de su velocidad, y una guadaña en la mano con que todo lo destruye.

21. Tito Livio le llama Marsio, y es un rio que corre en la Lidia, cerca de la antigua ciudad de Laodicea.

22. Rio de la Arcadia, que nace de una laguna llamada Estinfale, de la cual se llama Estinfalo hasta que se oculta debajo de la tierra, y cuando vuelve á salir se llama Erasino.

23. Rio del Peloponeso, en la Elide; y se advierte que todos estos nombres son segun la geografia antigua.

24. Rio de la antigua Salmacia, que desemboca en el Ponto-Euxino, llamado hoy el mar Negro.

25. Isla del mar Jonio, llamada hoy de S. Mauro.

26. De esta ya queda antes anotado ser Mesina, en Sicilia.

27. La misma opinion sigue Séneca sobre las causas que producen los terremotos.

28. Eran unos pueblos de la region de Epiro.

29. Pueblos de la Tracia.

30. Rios de la Calabria.

31. De esta fuente ya se habló en el lib. 4.º en la fábula de Hermafrodito y la Ninfa Salmacis.

32. Estaba en el Peloponeso, no lejos del istmo de Corinto.

33. No es punto decidido si el vino es ó no cálido ó frio; y Macrobio en el lib. 7.º de los Saturnales sostiene con eficaces fundamentos que el vino es frio.

34. Fue un médico llamado Melampo.

35. Era un rio de Macedonia.

36. Era la isla de Delos, en la que Latona parió á Apolo y á Diana.

37. Era la region que se llamaba Escitia, tierra muy fria, y que por soplar alli á la continua el viento Boreas fue llamada Hiperborea.

38. Lo mismo afirma Virgilio en el lib. 4.º de los Geórgicos.

39. Este es un símil, por el cual se explican bien los efectos de la educacion. Nacen los hombres estúpidos y desarreglados en sus pasiones, y los padres con la buena educacion les van formando para la moralidad, y para la vida social y virtudes morales.

40. De seis ángulos.

41. Es probable fuese la que se llamó Heliópolis.

42. Dice esto por Julio César, de quien debe entenderse.

43. Aqui se indica la apoteosis ó deificacion de Julio César, despues de cuya muerte apareció un cometa, que, segun en su vida lo refiere Suetonio, se creyó era el alma del dictador, que habia sido recibida en el cielo, y colocada en el número de los Dioses.

44. Fedra, muger de Teseo, y madrastra de Hipólito.

45. Este funesto suceso se describe bien por Séneca en la tragedia que intituló *Hipólito*.

46. Era un rio de los del infierno, cuya corriente fingieron era de fuego.

47. Esculapio, á quien hacian Dios de la medicina.

48. En esto no conviene Horacio, quien en la oda *Diffugere nives* manifiesta la contraria opinion de que Hipólito quedó en el infierno, y Diana no pudo conseguir de Pluton y Proserpina le restituyesen á la vida.

49. El valle de Aricia, donde estaba retirada Egeria.

50. La etimología de esta voz es *bis vir*, esto es, dos veces hombre, porque despues de destrozado volvió á recuperar su antiguo ser, segun la opinion que aqui manifiesta el poeta.

51. Hipólito.

52. Fue un ciudadano romano célebre, porque se resistió á la ambicion de reinar.

53. Etrusco ó de Toscana, pues ya queda dicho que los de esta nacion fueron los primeros que inventaron las artes adivinatorias.

54. Cuando el Emperador ó Capitan habia de perorar al egército lo hacia sobre un poste de céspedes, que formaban los mismos soldados.

Fábula II

ESCULAPIO ES LLEVADO Á ROMA.

Musas, deidades propicias á los poetas (pues lo sabeis, y no se os olvidan las cosas por el transcurso de mucho tiempo), recordadme, para que yo pueda referirlo, de donde fue traido Esculapio á la isla que está rodeada por el Tíber, y admitido entre las deidades romanas. Una cruel peste infestó en otro tiempo todo el aire y la atmósfera de Italia, la cual causaba muchos estragos, y los cuerpos de los enfermos se corrompian, y en lugar de sangre destilaban materia. Afligidos y oprimidos los hombres con tantas muertes, despues de haber intentado en vano los medios humanos, y viendo que nada aprovechaban el arte ni los remedios, recurrieron á implorar el auxilio del cielo, y enviaron á consultar el oráculo de Apolo que estaba en Delfos, suplicándole se dignase socorrer la calamidad, dando una saludable y favorable respuesta, y poniendo fin á los males que afligian á la ciudad. Apenas se habia acabado la súplica de los diputados, cuando á un tiempo temblaron el templo, los laureles y las aljabas que él tiene, y se oyó salir del fondo de la sagrada trípode[1] esta voz, que llenó de admiracion á todos: „Romanos, lo que venis á buscar aqui lo podiais haber hallado en lugar mas cercano que este. No teneis necesidad

de mi auxilio, sino del de mi hijo.[2] Id con buen auspicio, y llevad á Roma al hijo de Apolo."

Despues que el prudente senado recibió la celestial respuesta se informó con cuidado del nombre de la ciudad en que existia Esculapio, y cuando lo supo envió comisionados que navegasen á Epidauro para traerle. Luego que la nave llegó, los romanos se presentaron á los principales de la ciudad, que se habian juntado para recibirlos, y les rogaron que les diesen á Esculapio para que su presencia finalizase los crueles males que la Italia padecia, añadiendo que asi lo mandaba el oráculo de Apolo. Hubo sobre este punto muchos y varios pareceres, porque algunos fueron de opinion de que debia concedérseles el socorro que pedian, y otros muchos lo resistieron, fundándose en que no debian desprenderse ni entregar á unos extrangeros una deidad que era suya propia y el apoyo de su salud. Sin haberse resuelto cosa alguna se concluyó el dia, y llegó la temerosa noche, en la cual el Dios Esculapio apareció en sueño al principal de los legados romanos en la misma forma y figura que se le suele ver y venerar en su templo, teniendo un báculo en la mano izquierda, y componiendo su larga barba con la derecha, le dijo con semblante halagüeño: „Deja el temor: iré contigo; pero será bajo otra figura. Mira ahora esta serpiente que se enrosca al rededor de mi báculo: nótala bien con la vista para que puedas conocerla. Me transformaré en ella, aunque seré algo mayor, y pareceré tan grande como deben ser las deidades cuando se transforman." Con esto desapareció el Dios, y con él el sueño; despertó el embajador, y llegó el dia.

Luego que la Aurora disipó las tinieblas, los próceres se juntaron en el magnífico templo de Esculapio, y le ruegan que muestre con señales en qué lugar quiere ser reverenciado. Apenas habian acabado su súplica cuando

este Dios en figura de una reluciente serpiente con empinada cresta anunció su venida con espantosos silbidos. Al llegar y dejarse ver en dicha forma conmovió é hizo temblar la estatua, las aras, las puertas, el pavimento, el techo y todo el templo. En medio de este y en lo mas elevado de un altar se constituyó la serpiente, y erigiéndose del medio cuerpo arriba, empezó á volver á todos lados sus ojos, que centelleaban como fuego. Los circunstantes se llenaron de pavor, y el sacerdote que asistia, adornada su blanca cabeza y cabellera con la venda sacerdotal, conociendo que la deidad se ocultaba bajo la figura de serpiente, gritó diciendo: „Este es el Dios; este es Esculapio: todos los que os hallais presentes alabadle y veneradle, diciendo conmigo: Sea en pública utilidad, ó deidad placidísima, el que te hayas dejado ver en esta figura, y resulte de ello el que socorras á los pueblos que te veneran y celebran tus fiestas." Todos los que estaban presentes, obedeciendo al sacerdote, veneraron á Esculapio, repitiendo la deprecacion que acababa de hacer aquel, y los romanos hicieron piadosos y religiosos votos y promesas con el ánimo y con la voz.[3] Mostró la deidad que las aceptaba con los ademanes de mover la cresta, y repetir tres silbidos como prendas y señales de su anuencia. Al momento empezó á deslizarse é irse bajando por los vistosos escalones del altar; y volviendo la vista hácia atras, miraba las antiguas aras como despidiéndose de su domicilio y del templo en que habia habitado. Desde alli siguió deslizándose y arrastrando por el suelo, que estaba sembrado de ramos y flores; y atravesando con su movimiento espiral por medio de la ciudad, se dirigió al puerto, donde paró, y con halagüeños ademanes daba á entender que despedia al acompañamiento, y á los que hasta alli le habian seguido, y entró en la nave de los romanos, que se halló sobrecargada con el nuevo

peso de la deidad. Los legados se llenaron de gozo; y habiendo sacrificado un toro en la playa, soltaron las amarras de la nave, que tenian adornada con coronas y guirnaldas de flores, y se hicieron á la vela.

El buque navegaba con un suave y próspero viento; y el Dios, que iba en figura de serpiente, subiéndose á la popa, y erigiendo su cerviz, miraba desde alli las cerúleas aguas. Á beneficio del viento atravesó la nave el mar Jonio en seis dias, y llegó á las costas de Italia, por las que continuó su rumbo, dejándose atras el promontorio de Lacinia, famoso por el templo de Juno, el golfo de Esciglo, el de Calabria, y á fuerza de remos se apartó de los peñascos de Anfisa, y caminando á la derecha, pasó á la Ceraunia, el Romechio, Caulona y Naricia.[4] Y venciendo todos los peligros de estos mares, se entró en el estrecho de Peloro, que está en Sicilia, y atravesando las islas Eolias, el Temese, abundante de metales, la Leucosia, el templado Pesto, siempre floreciente por su abundancia de rosales. De alli pasó á la vista de Capri, del promontorio de Minerva y de las colinas de Surrento,[5] tan nombradas por sus buenos vinos; de la ciudad de Hércules, de Stavia y de Nápoles, ciudad deliciosa, que es la mansion de los juegos y placeres; del templo dedicado á la Sibila de Cumas; de las fuentes calientes de Bayas; de Linterno, que lleva muchos lentiscos; del Vulturno, que trae mucha arena debajo de su corriente; de la ciudad de Sinuesa, poblada de palomas blancas; de Minturna, donde el aire es grueso y nocivo; de Cayeta, donde Eneas enterró á su ama de leche; de Formium, donde reinó el cruel Antifates; de Terracina, ciudad rodeada con una laguna; del promontorio de Circe, y de Ancio, que tenia una firme playa, donde los romanos, viendo que el mar empezaba á embravecerse, se vieron obligados á entrar. Luego que tomaron tierra, Esculapio salió de la nave, y caminando con

tortuosos arcos y vueltas espirales, llega al templo de Apolo su padre, que estaba en esta playa. Despues que el mar se apaciguó sale de alli, vuelve á la nave, y deslizándose por lo largo del timon, subió á la popa, y se colocó en ella mientras navegaban hácia Castro, de donde pasaron cerca de la ciudad de Lavinio, y de alli entraron en la embocadura del Tíber. Aqui salieron á recibirle todo el pueblo precipitadamente, las matronas, los senadores, y hasta las Vestales, que guardan el fuego de Vesta traido de Troya,[6] saludando todos á la recien venida deidad con una alegre vocería, y acompañando por las riberas á la nave que caminaba por el rio, quemaban incienso en las aras que á trechos y al efecto tenian prevenidas y erigidas. Á una y otra orilla habia voces y aclamaciones, y se ofrecian inciensos y víctimas, y de este modo llegó la nave á la ciudad, que era ya cabeza del orbe. En fin, luego que llegaron á Roma, Esculapio se subió á lo alto del mástil del navío, y busca al rededor lugar aparente para habitar. Dividiéndose el Tíber en dos brazos, forma en este sitio una isla, que dista á igual distancia de sus dos orillas. Aqui se fue el hijo de Apolo despues de haberse revestido de la magestad que le convenia. Puso fin á los llantos, y trajo la salud á la ciudad.

* * *

Notas

1. Era una mesa de tres pies que habia en el templo de Apolo de Delfos, desde la cual daba la sacerdotisa los oráculos.

2. Esculapio, hijo de Apolo.

3. Las súplicas y oraciones de la sola voz valen muy poco si no van acompañadas del ánimo y de la intencion, y por eso se dijo aquel sabido verso: *Si mens non orat, in vanuum lingua*

laborat.

4. De todos estos pueblos no ha quedado vestigio alguno, ni ha llegado noticia á nuestros tiempos, ni la pudieron adquirir los comentadores de Ovidio.

5. Todas eran poblaciones de la costa de Italia.

6. Entre las cosas que Eneas sacó de Troya fue el fuego, en el cual veneraban á la Diosa Vesta, y para cuyo cuidado y conservacion se fundó el colegio de las vírgenes Vestales.

Fábula III

CÉSAR TRANSFORMADO EN ASTRO.

Esculapio vino de otras regiones á ser venerado en nuestros templos; pero César es deidad propia de Roma su ciudad. Este hombre incomparable, grande en la guerra, grande en la paz, no mereció tanto ocupar un lugar en el cielo y formar en él un nuevo astro por haber triunfado de los enemigos de Roma, por haber arreglado los negocios de la república, y por haberse adquirido una gloria inmortal, como por las virtudes de su sucesor.[1] En efecto, el mayor mérito de César, su mas brillante título es ser padre de Augusto. El haber sujetado á la Gran Bretaña, el haber visto sus naves victoriosas entrar en el Nilo, el haber domado á los rebeldes numidas y vencido á su Rey Juba, el haber reducido bajo el poder de los romanos los pueblos del Ponto, soberbios con las victorias y nombre del gran Mitridates; en una palabra, el haber triunfado algunas veces, y el haber merecido tambien muchas veces los honores del triunfo, son unas acciones menos gloriosas para él, que el haber adoptado á un hombre tan grande. ¡Dioses! haciendo á Augusto el dueño del mundo, habeis atendido bastantemente á nuestra felicidad.

Convino pues colocar á César en el número de los Dioses para que

Augusto no procediese de sangre mortal. Venus, que conocia la necesidad que habia de hacerlo, y que veia al mismo tiempo las conspiraciones que tramaban contra la vida del Soberano Pontífice,[2] estaba inquieta, y daba parte de sus inquietudes á todos los Dioses que encontraba. „Mirad, les decia, los funestos preparativos que hacen contra mí; mirad con qué furor y con qué crueldad acometen á los dias de un Príncipe, el único que me queda de la sangre de Julio.[3] ¿Por ventura he de ser yo sola siempre egercitada de justos cuidados? Yo no pude en otro tiempo preservarme de los golpes de Diomedes, cuyas flechas fueron teñidas en mi sangre. Yo no pude salvar á Troya, á pesar de los esfuerzos que hice para defenderla. Testigo de los peligros infinitos que corrió Eneas mi hijo, yo le he visto expuesto á las olas, errar de mares en mares, bajar despues á la mansion de las sombras, en fin sostener una larga y peligrosa guerra contra Turno, ó si he de confesar la verdad, con Juno mas bien. ¿Para qué me acuerdo de los daños de mi generacion? La desgracia de hoy no me deja acordar de las cosas primeras: veis que los malvados cuchillos se aguzan contra mí, los cuales os ruego que eviteis; estorbad una gran maldad, y no permitais que el fuego sagrado de Vesta se apague con la muerte del Pontífice."

Tales eran las quejas con que Venus congojosa en vano hacia resonar el Olimpo para hacer sensibles á los Dioses de sus males. Aunque no les sea permitido mudar los decretos eternos de las Parcas, pueden sin embargo anunciar por medio de algunas señales las desgracias con que nos amenazan. Cuentan en efecto que las armas, que hacian un horroroso ruido en medio de los aires, y las terribles trompetas y tambores que se oian en el cielo[4] prenunciaron la maldad. Tambien el sol, pálido y macilento, daba una triste y lúgubre luz: muchas veces se vieron arder hachas entre los

otros astros, y caer gotas de sangre mezcladas con la lluvia. El lucero no daba sino una triste luz, y el carro de la luna estaba ensangrentado. El funesto buho dió agüeros tristes en mil lugares; en mil lugares se vieron estatuas de mármol cubiertas de sudor, y se oyeron cantos y voces que amenazaban en los bosques sagrados. Las víctimas ofrecian funestos presagios, y anunciaban tumultos y sediciones. Aun en las entrañas de una de estas víctimas se vió que el cuchillo habia cortado la parte superior del hígado. Los nocturnos perros aullaban en las plazas públicas al rededor de los templos y de las casas: cuentan tambien que se vieron vagar las sombras de los muertos, y que se llenó de temblores la ciudad. No obstante los presagios de los Dioses no pudieron vencer las asechanzas y hados futuros. Llevaron al Capitolio los puñales y espadas, porque no hallaron en toda la ciudad lugar mas propio para el parricidio que el senado. Venus, testigo de estos funestos preparativos, despues de haber dado señales de su dolor hiriéndose el pecho, queria ocultar á César bajo de la misma nube con que en otro tiempo habia ocultado á Páris del furor de Menelao, y cubierto á Eneas contra los tiros de Diomedes, cuando Júpiter le habló de esta manera: „¿Pretendes, hija mia, oponerte á la sentencia irrevocable del destino? Entra en el palacio de las Parcas, y verás alli los destinos de todos los hombres tan profundamente grabados en el bronce y metal, que ni el choque de los cielos, ni la violencia del rayo, ni la ruina entera de la naturaleza son capaces de borrarlos. Hallarás alli los de tus descendientes esculpidos en perpetuo diamante: yo mismo los he leido; y como los tengo en la memoria, voy á decírtelos para que no ignores mas tiempo lo que debe sucederles. El que causa hoy tus inquietudes ha cumplido sus destinos: los dias que debia vivir en la tierra han fenecido: tú y su hijo

adoptivo, que heredero del nombre de su padre sucederá en el imperio, dispondreis que como elevado al cielo se le edifiquen templos y sea venerado en ellos, y me tendrá de su partido para que con fortaleza concluya las guerras hasta dejar vengada la muerte de su padre. En su reinado, cercada y sitiada la ciudad de Modena,[5] será reducida á pedir la paz. Los llanos de Farsalia,[6] regados otra vez con sangre de Macedonia, experimentarán su castigo, y el gran Pompeyo será vencido en los mares de Sicilia.[7] Tambien será vencida Cleopatra, muger del general romano Marco Antonio, sin que le aproveche este matrimonio, y quedarán vanas y frustradas sus amenazas de hacer tributario á Egipto el Capitolio romano. ¿Para qué te numeraré los pueblos bárbaros que estan de la una y otra parte del Océano, puesto que la tierra y el mar estarán sujetas á este gran Príncipe?[8] Despues que haya dado la paz al universo, le dará leyes justas y saludables, y se aplicará únicamente á hacerlas florecer. Su virtud y prudencia serán el egemplo y las reglas de las costumbres y probidad. Llevando sus miras y prevencion á la edad de los futuros siglos, escogerá para sucesor al hijo de una esposa virtuosa,[9] al que dejará su nombre y el imperio. En fin, no será recibido en el cielo, que le pertenece, hasta que sus años igualen al número de sus heroicas acciones. En este supuesto, hija mia, encárgate entre tanto de recibir el alma de César cuando salga de su cuerpo muerto á puñaladas, y transfórmala en una estrella[10] para que tu descendiente Julio César mire siempre desde los astros el Capitolio y Foro romano."

Apenas Júpiter habia acabado de hablar, cuando Venus descendió al senado sin ser vista de nadie; y recibiendo el alma de su César antes que se desvaneciese en los aires, la llevó á los cielos; y mientras la llevaba vió que

arrojaba un gran resplandor, y la dejó tomar su vuelo. Entonces se elevó ella misma mas allá de la luna; y dejando sobre su camino una huella luminosa[11] y una especie de cabellera inflamada, fue al cielo á formar un nuevo astro; y viendo de alli las heroicas hazañas de su hijo, confiesa con placer que son mayores que las suyas, y se alegra de serle inferior. Aunque la modestia de Augusto no permite que sus hechos se prefieran á los de su padre, no obstante la fama, libre y no sujeta á mandatos algunos, lo prefiere, aunque él lo rehusa; y en esto solo no está de acuerdo con él. Asi Atreo cede á los títulos de Agamenon: asi Teseo vence á Egeo su padre: asi Peleo es inferior á su hijo Aquiles.[12] En fin, para usar de egemplos iguales á ellos, asi Saturno es menor que Júpiter. Júpiter reina en los cielos, Augusto es el dueño de la tierra: uno y otro son rectores y padres. Ruégoos, ó Dioses compañeros de Eneas, que abristeis camino por medio de los fuegos y aceros, Dioses Indígetes, Quirino, fundador del imperio romano; Marte, padre del invicto Rómulo; Vesta, y tú Apolo, que ambos estais en el número de los Dioses Penates del Emperador; Júpiter, que de lo alto del Olimpo echas miradas favorables sobre el Capitolio; vosotras en fin, divinidades benéficas, cuyo auxilio es lícito á un poeta implorar, ruégoos que se aleje mas allá de nuestra vida aquel dia en que este gran Emperador debe dejar la tierra, de la que es dueño, para ocupar su lugar en el cielo: cuando esté entre vosotros haced que favorezca á los que le ruegan.

* * *

Notas

1. Octaviano César.

2. Como César para apoderarse de la república reunió en sí todas las supremas dignidades,

no olvidó ni despreció la de Pontífice máximo, con la cual arrogó á sí, y reunió en sí lo religioso y profano.

3. Julio Ascanio, hijo de Eneas, de quien la adulacion hizo descendiente á César.

4. Señales que refiere Suetonio precedieron á la muerte de César.

5. En la cual se habia hecho fuerte, y se resistia Marco Antonio contra Augusto.

6. Se debe entender los de la ciudad de Filipo de Macedonia, llamada tambien Hematia, donde fue la célebre batalla Filipense, una de las civiles mas famosas, en las que fueron destrozados Bruto y Casio.

7. Indica la batalla naval que hubo en ellos contra uno de los hijos de Pompeyo, cuya armada de trescientos y cincuenta navíos quedó reducida al corto número de seis ó siete, con los cuales pudo huir.

8. Octaviano.

9. Habla de Tiberio, hijo adoptivo de Octaviano, y natural de Libia.

10. Por esta transformacion que creyeron de Julio César en estrella le pintaban y esculpian con una estrella en la cabeza, y este distintivo tenian todas sus estatuas.

11. Era el cometa de que antes hemos hablado, y que creyeron ser el alma de César.

12. Congerie de egemplos de hijos que fueron mas famosos que sus padres.

Peroracion

He concluido ya esta mi obra, contra la cual ninguna jurisdiccion tendrán ni podrán borrarla ni la ira de Júpiter, ni el fuego, ni el hierro, ni el tiempo consumidor. Cuando llegue aquel dia, que no teniendo derecho sobre otra cosa que sobre mi cuerpo, acabe el espacio de mi incierta vida, la mejor parte de mí será eterna y ensalzada sobre los astros, y mi nombre será indeleble. Seré leido por todo el pueblo en toda la extension de las tierras que estan sujetas á la romana potencia; y si algo tienen de verdad los presagios de los poetas, vivirá mi fama por todos los siglos.

* * *

Índice

Tomo I · Prólogo **4**

Prólogo 5

Tomo I · Vida de Ovidio **11**

Vida de Ovidio 12

Tomo I · Libro primero **18**

Libro primero 19

Introduccion 21

Fábula primera 22

Fábula II 24

Fábula III 28

Fábula IV 30

Fábula V 32

Fábula VI 34

Fábula VII 36

Fábula VIII 39

Fábula IX 41

Fábula X 45

Fábula XI 47

Fábula XII 51

Fábula XIII 53

Fábula XIV 58

Fábula XV 60
Fábula XVI 63
Fábula XVII 66
Fábula XVIII 67

Tomo I · Libro segundo **70**
Libro segundo 71
Fábula primera 73
Fábula II 86
Fábula III 88
Fábula IV 92
Fábula V 95
Fábula VI 97
Fábula VII 101
Fábula VIII 104
Fábula IX 106
Fábula X 109
Fábula XI 110
Fábula XII 112
Fábula XIII 115
Fábula XIV 118
Fábula XV 119

Tomo I · Libro tercero **121**
Libro tercero 122
Fábula primera 124

Fábula II 126
Fábula III 130
Fábula IV 133
Fábula V 136
Fábula VI 139
Fábula VII 142
Fábula VIII 145
Fábula IX 149
Fábula X 155

Tomo II · Libro quarto **159**
Libro quarto 160
Introduccion 162
Fábula primera 165
Fábula II 170
Fábula III 173
Fábula IV 176
Las hijas de minio transformadas en murciélagos 181
Fábula V 184
Fábula VI 190
Fábula VII 192
Fábula VIII 196
Fábula IX 200

Tomo II · Libro quinto **203**
Fábula primera 204

Fábula II 212
Fábula III 216
Fábula IV 221
Fábula V 224
Fábula VI 230
Fábula VII 234
Fábula VIII 238

Tomo II · Libro sexto **240**
Libro sexto 241
Orgullo de Aracne 242
Fábula primera 245
Fábula II 251
Fábula III 258
Fábula IV 261
Filomela confiada á Tereo 263
Fábula V 268
Filomela noticia á su hermana el delito de Tereo 271
Fábula VI 273
Fábula VII 275
Fábula VIII 278

Tomo II · Libro séptimo **280**
Libro séptimo 281
Fábula primera 282
Jason roba el vellocino de oro 288

Fábula II 291
Pelias degollado por sus hijas engañadas por Medea 297
Fábula III 300
Fábula IV 303
Fábula V 306
Fábula VI 309
Fábula VII 316
Fábula VIII 319

Tomo III · Libro octavo **325**
Libro octavo 326
Fábula primera 327
Fábula II 334
Dédalo hace alas para sí y su hijo Icaro 336
Fábula III 338
Fábula IV 340
Fábula V 343
Fábula VI 355
Fábula VII 359
La hambre se apodera de Eresicton 365
Fábula VIII 370

Tomo III · Libro nono **373**
Libro nono 374
Fábula primera 375
Fábula II 381

Fábula III 384
Fábula IV 390
Fábula V 392
Fábula VI 395
Fábula VII 401
Fábula VIII 412

Tomo III · Libro décimo 419
Libro décimo 420
Fábula primera 421
Fábula II 423
Fábula III 427
Fábula IV 429
Fábula V 431
Fábula VI 433
Fábula VII 436
Fábula VIII 438
Fábula IX 442
Fábula X 451
Fábula XI 453
Fábula XII 455
Fábula XIII 456
Fábula XIV 462
Fábula XV 464

Tomo III · Libro onceno 466

Libro onceno 467
Fábula primera 468
Fábula II 472
Fábula III 476
Fábula IV 480
Fábula V 488
Fábula VI 502

Tomo IV · Libro duodécimo 505
Libro duodécimo 506
Fábula primera 507
Fábula II 517

Tomo IV · Libro decimotercio 533
Libro decimotercio 534
Fábula primera 535
Discurso de Ulises 542
Fábula II 557
Fábula III 566
Fábula IV 571
Fábula V 579

Tomo IV · Libro decimocuarto 582
Libro decimocuarto 583
Fábula primera 584
Fábula II 589

Fábula III 591
Fábula IV 595
Fábula V 600
Fábula VI 604
Fábula VII 611
Fábula VIII 616
Fábula IX 621
Fábula X 625

Tomo IV · Libro decimoquinto **633**
Libro decimoquinto 634
Fábula primera 635
Fábula II 663
Fábula III 669
Peroracion 675